Karlheinz Deschner

Historia criminal del cristianismo

Desde la querella de Oriente
hasta el final del periodo justiniano

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S. A

Traducción de Anselmo Sanjuán

Cubierta: Geest/Hüverstad

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

Título original: *Kriminalgeschíchte des Christentums*

© 1986, Rowohit Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg
© 1992, Ediciones **Martínez Roca, S. A.**
Provenca, 260, 08008 **Barcelona**
ISBN 84-270-1561-5
Depósito legal B. 41.827-2000 ,
Fotocomposición: Pacmer, **S.A.**
Impresión: Liberdúplex, S. L.
Encuademación: Reinbook, S. A.

Impreso en España - Printed inSpain

.

Dedico esta obra, especialmente, a mi amigo Alfred Schwarz. Asimismo deseo expresar mi gratitud a mis padres, que tanto me ayudaron en todo momento, y a todos cuantos me prestaron su colaboración desinteresada:

Wilheim Adier
Prof. Dr. Hans Albert
Lore Albert
Klaus Antes
Else Amold
Josef Becker
Kari Beerscht
Dr. Wolfgang Beutin
Dr. Otto Bickel
Dr. Dieter Bimbacher
Dr. Eleonore Kottje-Bimbacher
Kurt Birr
Dr. Otmar Einwag
Dr. Kari Finke
Franz Fischer
Kláre Fischer-Vogel
Henry Gelhausen
Dr. Helmut Háu^ler
Prof. Dr. Norbert Hoerster
Prof. Dr. Walter Hofmann
Dr. Stefan Kager y Frau Lena
Hans Kalveram
Kari Kaminski y Frau
Dr. Hedwig Katzenberger
Dr. Klaus Katzenberger
Hilde y Lothar Kayser
Prof. Dr. Christof Kellmann
Dr. Hartmut Kliemt
Dr. Fritz Kóble
Hans Koch
Hans Kreil
Ine y Ernst Kreuder
Eduard Küsters
Robert Máchier
Jürgen Mack
Volker Mack
Dr. Jórg Mager
Prof. Dr. H. M.
Nelly Moia
Fritz Moser
Regine Paulus
Hildegunde Rehie
M. Renard
Germán Rüdel
Dr. K. Rügheimer y Frau Johanna
Heiz Ruppel y Frau Renate
Martha Sachse
Hedwig y Willy Schaaf
Friedrich Scheibe
Else y Sepp Schmidt
Dr. Wemer Schmitz
Norbert Schneider
Dr. Gustav Seehuber
Dr. Michael StahI-Baumeister
Prof. Dr. Wolfgang Stegmüller
Almut y Walter Stumpf
Artur Uecker
Dr. Bemd Umiauf
Helmut Weiland
Klaus Wessely
Richard Wiid
Lothar Willius
Dr. Eisbeth Wolffheim
Prof. Dr. Hans Wolffheim
Franz Zitzisperger
Dr. Ludwig Zollitsch

índice

1. La lucha por las sedes obispales del este durante el siglo v
y hasta el Concilio de Calcedonia 13
El alboroto de los monjes y el cambio de bando de Teófilo . . …… 17
El Doctor de la Iglesia Jerónimo y sus socios hacen de «oficiales de verdugo» al servicio de Teófilo y contra el Doctor de la Iglesia Juan 20
Sobre la humildad de un príncipe eclesiástico ..... ……. 24
El Padre de la Iglesia Epifanio, el Sínodo «ad Quercum»: Asesinato y homicidio en el palacio del patriarca 25
Hagia Sophia arrasada a fuego: El final de Juan y de los johannitas ..... …….. 27
El patriarca Cirilo hace frente al patriarca Nestorio 30
***Las** escuelas teológicas de Antioquía y Alejandría* ..... ……. 33
Comienza la lucha por la «Madre de Dios» ..... ……. 34
El Concilio de Efe so del año 431: El dogma obtenido mediante el soborno ..... ……. 43
La «Unión» o el increíble chanchullo de la fe: La bribonada entre Cirilo y el monje Víctor ..... …. 56
San Cirilo como perseguidor de «herejes» e iniciador. de la primera «solución final» ..... ……. 61
Shenute de Atripe (hacia 348-466), abad de monasterio .... …… 66
El santo Shenute como adalid antipagano: Robos, arrasamientos y asesinatos ..... …… 69
***La** controversia eutiquiana* ..... …… 74
El «Latrocinio de Éfeso» del año 449 ..... …… 79
El Concilio de Calcedonia, o sea: «Gritamos en aras.de la piedad» 86
El canon 28 .....,……..... 93

2. El papa León I (440-461) 97
León predica su propia preeminencia y la humildad a los legos……..... 99
El verdadero rostro de León ..... ……. 102

San León contra san Hilario ..... …… 103
El papa León atribuye al emperador la infalibilidad en cuestiones de fe, imponiéndose a sí mismo el deber de proclamar la fe profesada por el emperador .....
Contrapartida: «Servicio militar en el nombre de Cristo...» . . . 106
Colaboración para el exterminio de los «herejes» al amparo de la «exaltación de la dignidad del hombre» 108
León I persigue a pelagianos, maniqueos y priscilianistas, pero predica el amor a los enemigos 109
***León** Magno da al diablo a los judíos* 113
***La** hora «estelar de la humanidad»* 119
122
3. La guerra en las Iglesias y por las Iglesias hasta la época del emperador Justino (518)..... 127
Oriente arde en llamas, o bien: «[...] El diablo, tú y León» ... …… 129
El papa León azuza los ánimos contra los «demonios» cristianos de Oriente ..... …… 133
Tampoco bajo el emperador León I deja el papa León de exigir la violencia contra «los criminales» y de rechazar cualquier negociación ..... …… 135
Los cristianos batallan entre sí por la fe ..... …… 138
El papa Hilario, el emperador Antemio y algunas farsas grotescas entre cristianos asaltantes del trono 140
El papa Simplicio corteja al usurpador Basilisco y al emperador Zenón ..... …… 144
El «Henotikon», un intento de unificación religiosa combatido por Roma, crea divisiones aún más profundas en el Imperio y la cristiandad .....,,,,…… 147
Se inicia el cisma acaciano. Alta traición eclesiástica 149
Teodorico conquista Italia: «¿Dónde está Dios?» ..... …… 154
La colaboración con la potencia «herética» de ocupación .. 158
El emperador Anastasio y el papa Gelasio bajan a la palestra . . 161
La teoría de los dos poderes, o el Estado como esbirro de la Iglesia ..... ,,,,

4. Justiniano (527-565): Un teólogo en el trono imperial . . ….....183
Justino y la subversión total: De porquero
a emperadorcatólico (518-527).....185.
La persecución de los monofisitas bajo Justino I 188
El «Líbellus Hormisdae» 190
Roma abandona a Ravena y se pasa al bando bizantino . . . ……192
***Las** cruzadas tempranas y toda índole de historias sacras*
arábigo-etíopes 195
El emperador Justiniano, dominador de la Iglesia 197
Justiniano emula la humildad de Cristo y «pone en orden
las guerras y los asuntos religiosos» 198
*Exprimir a los seglares para privilegiar a los obispos . . , , ……*200
Teodora, amante de criados y patriarcas (?)... y esposa
del emperador 204
La revuelta Nika 208
El emperador Justiniano persigue a los cristianos disidentes
«para que perezcan míseramente» .....209.
«Una especie de procedimiento inquisitorial»
para los paganos 212
Para los judíos, «un destino de ignominia» 214
Justiniano extermina a los somántanos 216
Los vándalos, o «contra aquellos que son objeto
de la ira de Dios……219
Elarriano Genserico persigue a los católicos 223
Hunerico y el clero amano dedicados a la expropiación,
las proscripciones y las masacres 228
El clero católico a favor de «una especie de cruzada»
contra los vándalos 232
«¡Os traemos la paz y la libertad!» 234
Parabienes papales por la «expansión del Reino de Dios»,
o «Todos ellos sumidos en la indigencia» 238
Sobre la «gran batida contra los godos» y otras cuestiones
marginales 240
La gran beneficiaría de todo aquel infierno: La Iglesia
romana 250
Algunas comedias de enredo entre este y oeste, o el papa
asesino Vigilio 256
Notas….....*265*

CAPÍTULO 1

LA LUCHA POR LAS SEDES OBISPALES DEL ESTE DURANTE EL SIGLO V Y HASTA EL CONCILIO DE CALCEDONIA

«Las luchas y la escisión no perdonaron tampoco a la Iglesia romana [...], pero no alcanzaron nunca el grado de apasionamiento ni sangrienta ferocidad que estaba a la orden del día en Oriente.»

J. HALLER"

«La lucha en torno a Orígenes desembocó en una guerra formal entre las dos capitales de Oriente y sus poderosos obispos: Teófilo de Alejandría y Juan de Constantinopla.»

J. STEINMANN[2]

«Aliados a los coptos y, en cuanto ello era posible, a Roma, Teófilo, Cirilo y Dióscoro traicionaron al componente helénico en el cristianismo para cimentar y aumentar el poder del patriarca de Alejandría. Pero fue una victoria pírrica [...]. El ocaso del cristianismo griego se hizo ya patente en el momento mismo en el que Teófilo, forzado por los coptos, ordenó el maltrato del origenista Ammonio con las palabras "Maldice a Orígenes, hereje". Aquello constituyó, simultáneamente, la sentencia de muerte definitiva sobre los griegos de Egipto.»

C. SCHNEIDER, TEÓLOGO[3]

Así como Alejandría poseía, por lo pronto, el rango más elevado entre las ciudades del Imperio de Oriente, también el metropolitano alejandrino desempeñó por mucho tiempo el papel principal en la Iglesia oriental. Su patriarcado era desde sus inicios el más compacto de Oriente. Tenía gigantescas posesiones en bienes raíces y hasta el Concilio de Constantinopla (381) mantuvo allí un primado indiscutible. Lo mantuvo, al menos de facto, hasta 449, año del «Latrocinio de Éfeso», contando ocasionalmente con el apoyo de Roma. Paulatinamente, sin embargo, se vio desplazado en la jerarquía de los patriarcados orientales por el de Constantinopla, con larga trayectoria ascendente. Los patriarcas de Alejandría deseaban ver colegas débiles e ineptos en la capital, pues ellos mismos aspiraban a un papado oriental. Fueron, tal vez, los primeros obispos de rango superior en adoptar el título de «arzobispos» *(archiepiskopos) y* como mínimo desde el siglo ffl, y de forma preferente, también la denominación de «papa» *(papas)* que mantuvieron de forma continua. El uso de la denominación de patriarca se fue imponiendo muy lentamente a lo largo del siglo iv. Incluso de parte católica se concede que, desde la fundación de Constantino «la sede alejandrina padeció de celos casi ininterrumpidos respecto a la de Constantinopla» (Wetzer/WeIte). Para derribar a sus rivales de la capital, los alejandrinos se valieron, sin embargo, de la controversia teológica en aquella época de «luchas a muerte por la formulación de los dogmas».[4]

Ello lo puso de manifiesto con toda virulencia la lucha por el poder entre los patriarcas Teófilo de Alejandría y Juan Crisóstomo de Constantinopla. Hacía ya un siglo que la sede obispal alejandrina venía siendo ocupada por personas incursas en la mejor tradición del santo Doctor de la Iglesia, Atanasio. O sea, que en su lucha contra el Estado «se servían brillantemente de las bien probadas técnicas: soborno, manipulación de la opinión pública, intervención de la propia guardia personal, o bien de bandas de marineros y monjes armados» (F. G. Maier). Los obispos de Alejandría mantenían una tropa de choque militar, compuesta por centenares de porteadores de enfermos con la que asaltaban templos y sinagogas, expoliaban y expulsaban a los judíos y combatían, en general, por

el terror todo cuanto les causaba estorbo, incluidas las autoridades imperiales.

Con todo, el patriarca de Constantinopla, la «segunda Roma», seguía acrecentando paulatinamente su prestigio e influencia. Finalmente, el segundo concilio ecuménico de Constantinopla (año 381) le concedió la preeminencia honorífica entre todos los obispos orientales (Canon 3). Es más, el cuarto concilio ecuménico de Calcedonia le equiparó el año 451 al papa, a despecho de la áspera protesta de este último. Es natural que, en consonancia con ello, aumentasen también las posesiones y los ingresos del patriarcado cuyos inmuebles y empresas (dominios, viñas, molinos) estaban diseminados por todo su territorio y experimentaron continuos incrementos gracias a donaciones y legados.[5]

Los jerarcas alejandrinos no estaban, sin embargo, dispuestos a aceptar voluntariamente su postergación, sino que se aprestaron a la lucha usando todos los medios. Su intento de entronizar en Constantinopla a un alejandrino, ya durante el concilio del año 381, fracasó. Tras la muerte del obispo Nectario (397) -que contó con el favor del emperador Teodosio I, pero con la hostilidad del papa Dámaso- se frustró *asimismo* el propósito del alejandrino Teófilo de imponer a su candidato en la capital. Era éste el presbítero alejandrino Isidoro, con quien ya nos topamos anteriormente (véase vol. 2) a raíz de su fatal misión política y cuya función no era ahora otra que la de mantener ocupado el puesto para el sobrino del patriarca, Cirilo, demasiado joven aún. Veinte años más tarde, sin embargo, la suerte sonrió a Teófilo (385-412). Este sacerdote tan culto como carente de escrúpulos, auténtico faraón de los territorios nilotas, que aspiraba a convertirse en una especie de primado de todo Oriente, consiguió a la sazón y con la ayuda de la corte derribar a Juan Crisóstomo, soberano de la iglesia constantinopolitana, y enviarlo al desierto y a la muerte.[6]

Apenas dos decenios antes de que Juan tomase posesión en Constantinopla (398-404) aún perduraba allí la furia de las feroces pugnas con los amaños. Ahora tan sólo halló allí a un obispo adjunto, Sisinio, pastor supremo de los novacianos, única secta que Teodosio toleró junto a los católicos. Sisinio apenas causó disgustos al patriarca; gozaba también del aprecio de los «ortodoxos», particularmente de los de la corte. Era hombre de verbo fácil e ingenioso. Sólo el hecho de que cada día acudiese dos veces a las termas resultaba algo chocante, tanto más cuanto que los novacianos se caracterizaban por un estricto ascetismo. La réplica de Sisinio acerca de su doble baño termal cotidiano fue, desde luego, chispeante: ¡Una tercera vez no me sienta bien![7]

El Doctor de la Iglesia Crisóstomo, nacido en Antioquía como hijo de un alto oficial del ejército, que murió tempranamente, era, según el *menologion*, libro litúrgico de la iglesia bizantina, chocantemente pequeño,

extremadamente flaco, de cabeza, orejas y nariz grandes y barba rala. Después de unos años de monacato en el desierto, una dolencia estomacal (causada por la ascesis) le llevó el año 386 a ser presbítero en Antioquía, llamado, presumiblemente, por el obispo Melecio. El posterior y fatal traslado a la sede patriarcal de Constantinopla se lo debía al anciano Eutropio. Pues cuando el emperador Arcadio, tras la muerte de Nectario se hallaba indeciso acerca del nombre del sucesor, el supremo eunuco de la corte y todopoderoso ministro hizo llamar por medio de correos extraordinarios al ya famoso predicador (antijudío), Juan. Teófilo quiso impedirlo, pero enmudeció apenas se le hizo una indicación referente al material reunido contra él, ya más que suficiente para un proceso criminal. jY no fue otro sino el reluctante alejandrino quien tuvo que consagrarlo como obispo en enero de 398 ![8] Con todo. Teófilo no cejó en sus planes, sino que usó la batida casi universal dirigida contra el origenismo, aquel conflicto entre «origenistas» y «antropomorfistas» que desgarraba especialmente al monacato oriental, para fomentar su propia política eclesiástica, aprovechándola por tanto como arma de batalla contra el patriarcado de Constantinopla.

El alboroto de los monjes y el cambio de bando de Teófilo

A finales del siglo iv había ya decenas de miles de monjes en Oriente y particularmente en Egipto, tierra de ascetas por antonomasia. Su avance triunfal arrancaba de sus innumerables monasterios y eremiterios a través del Sinaí, Palestina, Siria, Asia Menor y las provincias occidentales del imperio. En Oriente, desde luego, ejercían ya una considerable influencia en la sociedad, tanto sobre el pueblo como sobre los estratos dominantes. Había colonias de eremitas que atraían a personas venidas desde muy lejos para «edificarse» en ellas. Los aspectos excéntricos, las mortificaciones, las vigilias de los «atletas de Cristo», causaban asombro y se les veneraba de modo rayano en la superstición, casi como a seres supraterrenales.[9]

Por una parte esta gente se ornaba con los méritos de una caridad de la que daban fe su hospitalidad, la concesión de albergue apropiado a los forasteros en sus asilos y el cuidado prestado a pobres y enfermos así como la asistencia a prisioneros y esclavos. Añádase cierta actividad «cultural» más o menos asidua: la confección de libros, por ejemplo, y la creación de bibliotecas, sin que, como ya mostró Hamack, estuviesen especialmente pertrechados en el plano teológico. Por otra parte, ya el emperador Valente hubo de intervenir legalmente el año 370 contra los «amantes de la holgazanería» en las comunidades monacales *(monazontes)* ordenando

que «se les sacase de sus escondrijos por disposición oficial y se les ordenase regresar a su ciudad originaria para reasumir allí sus tareas». Pues los monjes, esos «cristianos perfectos» tenían una profesión «cuyo desempeño era, como ningún otro, compatible con cualquier grado de estolidez, holgazanería e ignorancia» (E. Stein). Y pese a la prohibición del emperador Teodosio I, pronto se les vio vagabundeando por doquier, agolpándose especialmente en las ciudades, de modo que en algunos distritos como el de Ennatón, en Alejandría, llegaron a existir unos seiscientos monasterios de monjes y monjas «poblados como colmenas» (Severo de Aschmunein). Tanto el «ortodoxo» Crisóstomo, como el «herético» Nestorio criticaban aquel vagabundeo por las ciudades y el último llegó a excomulgarlos por ello. Pero si bien un obispo podía contar firmemente con el apoyo de aquéllos, su violencia, llegado el caso, no conocía límites. Pues a lo largo de todas las épocas, hasta el mismo siglo xx -el ejemplo más craso es el Estado ustascha croata en el que desempeñaron la función de dirigentes de auténticas bandas asesinas y de comandantes de campos de concentración-, los poderosos del clero y del Estado instrumentalizaron abusivamente a los monjes, echándose de ver que ellos aceptaban gustosos aquella manipulación. Desempeñaron un papel descollante en la aniquilación del paganismo, en el saqueo y arrasamiento de sus templos, pero con cierta frecuencia, también en las luchas intestinas de la Iglesia. Su existencia «marcada por el espíritu» se tomaba «vida de desenfreno» (Camelot, O. P). Se desplazan hacia las ciudades, originan tumultos, se entrometen en disputas teológicas, en asuntos internos de la Iglesia, se insolentan contra los abades, como en la Gran Laura, contra Sabas o contra Georgios. Con tanta más frecuencia atacan a los obispos. En Constantinopla, por ejemplo, a los dignatarios eclesiásticos Pablo, Gregorio de Nacianzo y a Juan Crisóstomo, cuyo deseo le hace hablar así a menudo: «Bastaría que no hubiese monasterios y en las ciudades imperaría tal armonía legal (eunomia) que nadie tendría ya que huir nunca a los monasterios». Pero también vemos a bandas de monjes luchar, dirigidos por el siniestro abad Shenute, santo de la iglesia copla, por el santo Doctor de la Iglesia Cirilo, o por su tío Teófilo. «No en vano se dirigían los papas y patriarcas, una y otra vez, a los círculos monacales. Bien sabían ellos cuan fácil les resultaría ejercer una eficaz presión sobre las decisiones del gobierno valiéndose de la multitud.» En su mayoría eran de un «primitivismo chocante», que sólo hallaba «sosiego» usando el argumento de la «violencia física». Pues tenían tantas menos contemplaciones en su lucha cuanto que, siendo «pneumáticos», se creían «especialmente inspirados por el Espíritu Santo» (Bacht, S. J.).[10]

En Oriente se produjo -algo significativo y fatal al mismo tiempo- un cambio de bando por parte del obispo alejandrino, quien necesitaba de aquellos camorristas religiosos para lograr sus objetivos. Entre los mon-

jes de Nitria, una depresión del desierto libio donde, según Paladio, vivían 5.000 de ellos, menudeaban los origenistas. Los del desierto de Escitia eran, muy probablemente, antropomorfistas en su mayoría. Tendían gustosos a entender de forma literal el antropomorfismo bíblico. Teófilo, afecto a la fracción origenista por su relación de estrecha confianza con el presbítero Isidoro, origenista acérrimo, se alió en un principio con los monjes de Nitria. Promocionó a sus dirigentes, los cuatro «hermanos largos», exceptuando al mayor, Ammón, un asceta fanático que, según se decía, se quemaba alternativamente ya éste, ya aquel miembro, con un hierro candente, y que rehuía hoscamente todo contacto con el patriarca. A Dióscoro, sin embargo, que también se le resistía, lo hizo obispo de Hermopolis Parva. A Eutimio y a Eusebio los convirtió en sacerdotes y administradores del patrimonio eclesiástico de Alejandría hasta que la crasa codicia del patriarca los empujó nuevamente al desierto.

Todavía en su encíclica para la Pascua del año 399, Teófilo atacó furibundo a los antropomorfistas, que se imaginaban a Dios en figura físicamente humana. A raíz de ello, éstos acudieron engrandes tropeles hacia Alejandría desde los monasterios de Pacomio, en el Alto Egipto, sembrando el pánico por toda la ciudad y amenazando matar al patriarca si no se retractaba. Teófilo, apasionado lector de Orígenes, pero comparado, por otra parte, al faraón a causa de su afán de dominio y de su amor a la ostentación, y tildado además de «adorador del dinero», de «dictador de Egipto», cambió ahora de trinchera, precisamente cuando la opinión general se iba volviendo contra Orígenes. Declaró que también él lo aborrecía y que había decretado su *damnatio* tiempo ha. Se convirtió en un inflamado defensor de los antropomorfistas y halagó a los iracundos manifestantes monacales: «Viéndoos a vosotros, me parece contemplar el rostro de Dios». Comenzó a «limpiar» Egipto de origenistas y, yendo más allá, puso en marcha una campaña de propaganda antiorigenista de gran estilo, una «auténtica cruzada» (Grützmacher). Paladín del origenismo hasta el mismo año 399, ahora, un año más tarde, anatematizó en un sínodo de Alejandría sus controvertidas doctrinas y también a sus adeptos, en especial a los «hermanos largos», exceptuando a Dióscoro. También las cartas pascuales de los años siguientes le sirvieron de pretexto para una feroz polémica en la que prevenía contra las «blasfemias», la «locura», el «criminal error de Orígenes, esta hidra de las herejías», que equiparaba Satán al mismo hijo de Dios. Orígenes, afirmaba Teófilo, era un idólatra, había «escarnecido a Cristo y enaltecido al demonio», había escrito «innumerables libros de vacua locuacidad, llenos de vanas palabras y de cuestiones farragosas [...], mezclando su propio hedor al aroma de las divinas enseñanzas». Y a este respecto servía un ragout tan repugnante de textos de Orígenes, mezclados muy a propósito, que tenía que revolver los estómagos de los «ortodoxos».

En carta circular a los obispos afirmaba que los «falsos monjes», capaces en su insania de «perpetrar lo peor», atentaban contra su vida. «Han sobornado con dinero a gente de baja estofa para provocar un baño de sangre. Sólo la gracia de Dios ha impedido hasta ahora mayores desgracias. Nos, lo hemos soportado todo con humilde paciencia [...]». En realidad fue él mismo quien acudió presuroso al desierto de Nitria acompañado de soldados para perseguir a los origenistas, incluidos los cuatro «hermanos largos». A uno de sus portavoces, el anciano Ammón, lo amenazó con estrangularlo con su manto y lo golpeó hasta que sangró por la nariz. También excluyó de la Iglesia al presbítero Isidoro, un origenista casi octogenario, a quien pocos años antes quería elevar al patriarcado de la capital. Eso después de intentar sobornarlo y forzarlo a una declaración falsa (debía testimoniar, faltando a la verdad, que una difunta había dejado sus bienes a la hermana del patriarca). Además lo calumnió gravemente acusándolo de prácticas «sodomíticas» con un grumete (¡eso 18 años antes!). Finalmente, él mismo asaltó en medio de la noche y al frente de una tropa de choque semibeoda -entre ellos sus esclavos negros etíopes- un monasterio al que saqueó y prendió fuego. El incendio arrasó todo el edificio con su biblioteca y causó la muerte de un joven, quemándose, incluso, «los santísimos misterios» (El benedictino Baur). La demanda judicial de los maltratados monjes abarcaba setenta puntos. El papa Anastasio I (399-401), calificó, sin embargo, a Teófilo de «hombre santo y honorable» (vir sanctus et honorabilis), y en carta dirigida al patriarca Juan de Jerusalén reconocía su desconocimiento teológico confesando que hasta hacía poco ¡ni siquiera sabía quién era Orígenes ni qué obras había escrito[\n]

El Doctor de la Iglesia Jerónimo y sus socios hacen de «oficiales de verdugo» al servicio de Teófilo y contra el Doctor de la Iglesia Juan

Unos cientos de monjes huyeron el año 401 de Egipto; algunos hacia Constantinopla, otros, la mayoría, a Palestina. En esta, por cierto, el Doctor de la Iglesia Jerónimo estaba librando también su batalla contra los origenistas. El gran santo y patrón de los estudiosos, inmortalizado por Altdorfer, Durero y Leonardo, había contribuido mucho hasta entonces parí defender la obra de Orígenes en el Occidente latino. Tradujo entusiasmado varios de sus libros, lo plagió descaradamente, como hicieron otros muchos, y lo ensalzó como «el mayor de los maestros de la Iglesia desde el tiempo de los apóstoles», como «genio inmortal», indignándose de que Roma lo atacase una vez «no por lo novedoso de sus tesis, no por

herejía, como pretextaban ahora los perros rabiosos que lo acosan, sino porque no podían soportar la fama de su elocuencia y de su saber». A fin de cuentas, también los doctores de la Iglesia Basilio, Gregorio de Nacianzo, Atanasio y Ambrosio se comprometieron otrora en favor de Orígenes. Ahora, sin embargo, cuando el viento soplaba en favor de sus enemigos y era impugnado por el papa Anastasio, por los obispos Simpliciano de Milán y Cromado de Aquilea, y, asimismo, por los sínodos de Jerusalén, Alejandría y Chipre, Jerónimo, siguiendo en ello a otras prominentes cabezas de la Iglesia, cambió bruscamente de bando. Con todo impudor, renegó de su antiguo maestro, y de la noche a la mañana, por así decir, se convirtió camaleónicamente en un antiorigenista rabioso.

En un escrito a propósito, increpa venenosamente al obispo Juan de Jerusalén, que no quería renegar de Orígenes y que, prescindiendo de ello, estaba ya en el bando opuesto en la «guerra de los monjes». «Tú -le apostrofa Jerónimo-, el santo padre, el ilustre obispo, orador aclamado que apenas te dignas dirigir una mirada a tus consiervos, aunque también ellos, al igual que tú, hayan sido redimidos por la sangre del Señor [...]. Tú desprecias a los seglares, a los diáconos y a los sacerdotes y te vanaglorias de poder hacer mil clérigos en una hora [...].

»Tus aduladores afirman que eres más elocuente que Démostenos, más sagaz que Crisipo, más sabio que Platón y tú mismo pareces creerlo así». Tal es la manera ultrajante, zahiriente y ofensiva que el santo Doctor de la Iglesia tiene de luchar contra el obispo de Jerusalén, a quien acusa de haberle echado en contra suya el poder del Estado. «Un monje, ¡ay!, amenaza a otro monje con el exilio y tramita un decreto de confinamiento: un monje que se gloría de sentarse en la sede que ocupó un apóstol.»[12] Salta a la vista como en este caso, como en la mayoría de los casos, la política, la política eclesiástica y la teología, están inseparablemente entretejidas. Y si en un momento dado el patriarca Teófilo intentó todavía mediar entre las partes litigantes, ahora cambió rápidamente de bando. Todavía a finales del año 396 había intentado apaciguar a los adversarios, pero Jerónimo le endosó una réplica cuyo tenor se repetiría a lo largo de toda la historia de la Iglesia: «También nosotros deseamos la paz, y no sólo la deseamos, sino que la fomentamos, pero la paz de Cristo, la paz verdadera».

Esta paz, la «paz de Cristo», la «verdadera», la «auténtica paz» es la que buscan esos discípulos del Señor siglo tras siglo: contra los cismáticos, los «herejes», los infieles, contra los enemigos exteriores e interiores, contra todo el que no piense como ellos. Siempre y por doquier, también en el mismo siglo xx, se oye ese latiguillo de la «paz auténtica» y es tan frecuente y típica en demasía, tan embobadora de las generaciones, tan ampulosamente hipócrita, que cabe hacer una pequeña digresión al respecto. Esa frase causa estragos en la primera y segunda guerras mun-

diales, en la guerra fría subsiguiente, en la fase de rearme alemán, alentado por la Iglesia: valga el ejemplo del cardenal Frings, miembro de la Unión Cristianodemócrata (CDU), quien ante la Dieta Católica de Bochum, üldaba la objeción de conciencia de «sentimentalismo reprobable», de «presunción humanista», afirmando que «por consiguiente, según la concepción del papa, conducir una guerra contra la injusticia no sólo es un derecho, sino incluso un deber (!) de todos los Estados. La paz auténtica sólo (!) puede asentarse sobre un orden divino. Cuando y donde quiera que éste sea atacado, las naciones deben restablecer el orden vulnerado aunque sea por la fuerza de las armas».[13]

Ergo: la paz auténtica reina únicamente allí donde sus intereses, donde todos los intereses del papado -¡intereses, por cierto, ubicuos!- son preservados. ¿No es ese el caso?, ¡pues guerra!, sea como sea y sin diferirla hasta lo último. «¡Por la fuerza de las armas!» Esto, sólo esto es lo que esa ralea, es decir Jerónimo, Agustín *e quanti viri* hasta nuestros días, entienden bajo la expresión «Paz de Cristo», «paz verdadera», «orden divino», a saber, su ventaja, su poder, su gloria y, fuera de ello, ¡nada más!

Así pues, también Teófilo había cambiado entretanto de partido y Jerónimo, que seguía escupiendo todo su veneno contra los «herejes», incitaba además al patriarca a cortar «los brotes malignos con afilada hoz». El santo observaba la santa persecución y los éxitos del alejandrino y los notificaba triunfalmente complacido por los estragos. Le felicitó por sus ataques contra los «herejes», contra «las víboras ahuyentadas» hasta los más ocultos escondrijos de Palestina. Egipto, Siria y la casi totalidad de Italia se verían libres del peligro de este error y todo el mundo exultaba ante sus triunfos.[14]

Como quiera que el celo persecutor de Teófilo acudía a todas partes, escribiendo cartas a los supremos pastores de Palestina y de Chipre, obispo por obispo, y a Atanasio de Roma, enviando emisarios contra los así acosados, que no podían ya gozar ni siquiera de la protección de Juan de Jerusalén, éstos prosiguieron su huida hacia Constantinopla y Juan Crisóstomo los acogió e intercedió por ellos hasta el punto que el gobierno citó a Teófilo a responder ante un concilio en la capital. Juan debía emitir su juicio en él.

Teófilo, sin embargo, se las ingenió para darle la vuelta al asunto.

Por muy bien que dominase a las masas, Juan no era en absoluto persona indicada como obispo de la corte. No sólo tenía en contra suya a sus rivales alejandrinos, sino también a otros muchos prelados católicos. Destacaban entre ellos Severiano de Gebala, en Siria, predicador que gozaba de gran estima en los círculos cortesanos de Constantinopla, poseedor de extraordinarios conocimientos bíblicos, paladín, tanto del credo niceno como de la lucha contra los «herejes» y judíos y también el obispo Acacio de Berea (Alepo), a quien el poeta sirio Baleos cantó en cinco di-

tirambos. Añadamos al obispo Antioco de Tolomeos (Acó de Fenicia) y a Macario Magnes, a quien probablemente se puede identificar con el obispo de Magnesia (en Caria o Lidia).[15]

Pero era especialmente en la misma capital, rica y finamente civilizada, donde Juan se hizo persona non grata. Resultaba insufrible para los millonarios contra los que tronaba con sus prédicas «comunistas», reprochándoles que sentían más aprecio por sus retretes dorados que por los mendigos apostados ante sus villas. Además de ello declinaba, precisamente, las invitaciones de los proceres *(aristoi).* Su ascetismo intransigente, causa de sus persistentes dolencias estomacales, desagradaba a las damas de la corte, amantes de la vida placentera, y también a otras, a quienes, en privado o en público, reprochaba sus intentos de rejuvenecerse. «¿Por qué lleváis polvos y afeites en el rostro como las prostitutas? [...]» Desagradaba especialmente a la emperatriz Eudoxia, valedora del clero, de la Iglesia y, en un principio, también del propio Crisóstomo, a quien acabó odiando. Él la había apostrofado de «Jezabel», tras la confiscación de una finca. Motivo suficiente para que Teófilo incoase querella criminal contra su adversario: *laesa maiestas.* Juan excluyó sin más a varios eclesiásticos: a un diácono, por adulterio, a otro, por asesinato. Su rigor afectó incluso a algunos obispos a quienes depuso por haber obtenido su consagración de manos del metropolitano de Efeso, Antonino -que se sustrajo a toda responsabilidad suicidándose-, mediante el pago de tasas proporcionadas a los ingresos anuales. La simonía y la codicia florecían ya entre el clero.

Juan no gozaba de simpatías ni siquiera entre muchos de sus propios sacerdotes, entregados a una vida de placeres. Especial aversión suscitaba entre quienes veneraban el «sineisactismo» (de *syneisago* = convivir), la vinculación con una mujer consagrada a Dios, la *giné syneisaktos (la mulier introducta,* en latín). Esa convivencia que admitía incluso el uso, totalmente casto, de una cama en común podía ser, como tantas cosas más, bíblicamente documentada-por sus practicantes. Su uso se extendió a miles de casos y perduró algunos siglos tanto en Oriente como en Occidente. Crisóstomo, sin embargo, malentendió esta obstinada mortificación y la impugnó en un doble y recio tratado afirmando que «sería ya mejor que no hubiese más vírgenes (consagradas a Dios)».[16]

Por último, se opusieron vehementemente al patriarca algunos grupos de monjes. En tomo al abad Isaac, un sirio fundador de un convento en Constantinopla, se formó, apenas el antioqueno ocupó la sede, un partido monacal que lo rechazó y lo calumnió acerbamente durante años. El propio abad Isaac se convirtió en un apasionado partidario de Teófilo y en afortunado acusador durante el proceso contra Juan.'[7]

Sobre la humildad de un príncipe eclesiástico

Isaac y sus partidarios habían tildado al patriarca de arrogante y orgulloso, y con ello apenas si cometían injusticia con él. El santo, sacerdote del Altísimo era, como tantos otros de sus homólogos, todo menos modesto. No sólo predicaba así: «Por eso nos puso Dios en el mundo [...] para que peregrinásemos por él como ángeles entre los hombres [...I». No sólo enseñaba así: «¡Nada, oh hombre, hay tan poderoso como la Iglesia. La Iglesia es más poderosa que el cielo [...], el cielo existe por mor de la Iglesia y no la Iglesia por mor del cielo!», sino que denominaba al emperador «consiervo» ante Dios, se ufanaba de que el obispo era igualmente un príncipe y por cierto «aún más digno de respeto que aquel (el emperador). *Pues las leyes divinas han puesto al mismo emperador bajo la autoridad (espiritual) del obispo*». Se jactaba de que «el sacerdote tiene rango muy superior al del rey», de que *«incluso la persona del mismo rey está sometida al poder del sacerdote [...] y que éste es un soberano superior a aquel»*. Capaz fue, incluso, de exclamar: «Los gobernantes no gozan de un honor semejante al de los presbíteros. ¿Quién es el primero en la corte?, ¿quién lo es cuando se está en compañía de mujeres? o ¿cuándo se entra en casa de los magnates? Nadie tiene un rango superior al suyo».[18]

Y, naturalmente, pretende ver la dignidad espiritual honrada en cualquier caso, en todo momento, «sea cual sea la índole de su titular», exigencia y doctrina que, de permitírsela un tirano «temporal», se vería abatido por un huracán de carcajadas. Timo engañabobos de lo más simple porque aquí cohonesta toda amoralidad, toda vileza y satisface a todas las ovejas de la grey, especialmente a las más bobas, a la mayoría. Y así, por muchos y muy viles que fuesen los granujas que «dirigían» esta Iglesia, por tremebunda que sea la explotación que la enriquece y por monstruosas las iniquidades que la hacen poderosa, ella en cuanto tal se mantiene intachable y santa, ¡fabuloso en verdad! Y cuando un príncipe eclesiástico desea suscitar admiración en tomo suyo y ser cortejado, no lo hace en absoluto pensando en sí mismo, ¡qué va!, ¡lejos de él esa mezquina egolatría! Queremos ser honrados, pero no por nosotros mismos, ¡Dios nos guarde! ¡No!, exclama «Pico de Oro» *(Chrísostomos),* el patrón de los predicadores -recordemos nuevamente al respecto que, según él, hasta la mentira es legítima en aras de la salud del alma y que legitima esa afirmación con ejemplos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento-. «Pensad: no se trata de nosotros, sino de la dignidad misma, del cargo de supremo pastor, ¡no de esta o aquella persona, sino del obispo! ¡Que nadie me preste a *mí* oídos, sino a la alta dignidad!». «Mientras ocupemos esta silla, mientras desempeñemos esta función de pastor supremo, poseeremos también tanto la dignidad como la autoridad que le son

inherentes, aunque no seamos dignos de ellas.» Lo dicho: ¡fabuloso! Y la argumentación lo sigue siendo todavía hoy, pues incluso en la actualidad siguen embaucando con ello a las masas. Oh no, ellos no desean honores personales. Ellos son muy sencillos, honestos, probos, «si bien sólo hombres». En ellos se debe honrar únicamente a Dios y éste es lo más grande de todo.[19]

Juan tenía, pues, enemigos y su ladino adversario, Teófilo, a quien por casualidad apodaban en Alejandría *Anphalla* (algo así como «el zorro») se valía contra él de todos los recursos posibles y le iba arrancando una a una todas sus bazas. En vez de defenderse, pasó a la ofensiva y, siguiendo un bien probado método, llevó la lucha al ámbito dogmático, acusando a Juan de la «herejía» de Orígenes.

El Padre de la Iglesia Epifanio, el Sínodo «ad Quercum»: Asesinato y homicidio en el palacio del patriarca

En el invierno del año 402, el alejandrino le echó al patriarca constanünopolitano un empedernido «cazador de herejes» al cuello, el Padre de la Iglesia Epifanio de Chipre (hoy Constancia). Teófilo le escribió en tono bravucón que la Iglesia de Cristo «había cortado la cabeza a las serpientes de Orígenes con la espada del Evangelio cuando aquéllas salían arrastrándose de sus madrigueras, librando así de aquella maligna peste a la santa legión de los monjes de Nitria». Epifanio, siniestro artífice de un «arca de los fármacos para la curación de toda herejía» había lanzado entonces el grito de guerra antiorigenista y se había ejercitado lanzando sus dardos contra este teólogo, el más controvertido de la Iglesia primitiva -y que él tenía registrado con el n.° 64 en su «arca de fármacos»- tanto más cuanto que los origenistas de su diócesis le creaban bastantes quebraderos de cabeza y, por lo demás, le resultaban insufribles la tendencia espiritualizante de Orígenes y su exégesis simbólica. Entretanto, incluso no pocos católico certifican la enervante estolidez del famoso obispo, de celo, eso sí, tan ardiente como obtuso: como si el cristianismo, todo él, no resultase del *«failure ofnerve»* (Murray), de carencias en el vigor intelectual y en el sistema nervioso.

El «patriarca de la ortodoxia» (Nicea II, 787) había acudido ya, en 390 o en 392, a Jerusalén, cuyo obispo local simpatizaba con Orígenes. Ante la comunidad reunida combatió el origenismo y conjuró al arzobispo Juan a abjurar de Orígenes, «el padre de Arrio y fuente de todas las herejías». Exhortó insistentemente a Juan para que condenase incondicionalmente al «hereje». Por aquel entonces. Teófilo intentaba todavía hacer de mediador a través de su antiguo confidente y origenista convencido, Isidoro, a quien envió a Jerusalén. Es más, incluso apoyó al obispo de Jeru-

salen en su querella contra los monjes de Belén que esperaban en vano que aquél condenase a Orígenes. Ahora, sin embargo, el patriarca alejandrino mandó ir a Constantinopla al metropolitano chipriota, a quien antes fustigó como «alborotador» y «hereje» y a la sazón calificaba de «santo entre los santos». Epifanio surcó rápido los mares procedente de Chipre, recogió firmas contra Orígenes y soliviantó los ánimos contra Crisóstomo por dar cobijo a las «herejías» de aquél. Hizo cuanto pudo para conseguir la deposición del patriarca, pero, amenazado por aquél, se dio a la fuga y murió en alta mar, el 12 de mayo de 403, en su viaje de retomo.

Simultáneamente, Teófilo contactó con prelados de su adversario que habían sufrido sus filípicas y laboró contra él haciendo uso, sin la menor contemplación, de la calumnia, del soborno y del engaño. Envió dinero a la camarilla de la corte y, a través del obispo Severiano de Gabala y de sus cómplices, hizo falsificar sermones de Juan y, bien provistos de pullas contra la emperatriz Eudoxia, los puso en circulación para aplastar al patriarca con su ayuda.[20]

En el verano del año 403, después del eficaz trabajo de zapa de sus amigos y colaboradores, el mismo Teófilo apareció por fin en persona en el Cuerno Dorado, no sin declarar previamente antes de su partida: «Voy a la corte para deponer a Juan». Acudió allí con 29 obispos egipcios, con un séquito de monjes, con mucho dinero y con profusión de valiosos presentes para el entorno personal del emperador. Se alojó extra muros en un palacio de la ya encizañada Eudoxia: ésta murió al año siguiente a causa de un aborto. Después, tras varias semanas de esfuerzos, auténtico escándalo público, puso de su parte a la mayoría del clero de Constantinopla, algunos obispos incluidos. Como quiera que el emperador ordenase en vano a Crisóstomo iniciar el proceso contra Teófilo, éste inauguró por su parte un concilio en septiembre, en la ciudad de Calcedonia (la actual Kadikóy), situada en la orilla asiática del Bosforo y enfrente de la capital. Fue convocado en el Palacio de la Encina *(ad Quercum),* recién construido por el depuesto prefecto Rufino y propiedad imperial desde su asesinato. El escrito acusatorio señalaba 29 delitos del santo Doctor de la Iglesia (entre ellos el de haber hecho sangrar a golpes a algunos clérigos y el haber vendido gran cantidad de piedras preciosas y otros bienes del tesoro eclesiástico). Un miembro del sínodo, el abad Isaac, completó esa lista de crímenes con otros 17 (entre otros el de que el patriarca había ordenado aherrojar y azotar al monje Juan y el de haber robado depósitos ajenos).[21]

El acusado no compareció personalmente, pero envió a tres obispos. A los tres se les hizo sangrar a golpes y a uno de ellos le pusieron una cadena alrededor del cuello, cadena que estaba, propiamente, destinada para Juan. De haber venido éste, le hubieran expedido de inmediato fuera de la capital en una nave mercante. De hecho, y tras largas sesiones, fue

depuesto por los «padres», arrastrado hacia un barco en medio de la oscuridad de la noche y, pese a todo, rehabilitado al día siguiente. Eudoxia interpretó un aborto como castigo divino. Al humillado se le concedió un retomo triunfal. Todo indica que entre constantinopolitanos y alejandrinos se produjeron alborotos y reyertas sangrientas y que el pueblo buscó a Teófilo para arrojarlo al mar. Éste desapareció a la desbandada rumbo a Egipto, con todos sus sufragáneos y acompañado también por el abad Isaac que, obviamente, temía el regreso de su adversario. La restante camarilla de Teófilo siguió, sin embargo, agitando en contra de Juan en la capital y Teófilo mismo lanzó un virulento panfleto contra él. Sin embargo fracasó hasta una tentativa de asesinato: el criado del clérigo Elpidio, sobornado, al parecer, con 50 piezas de oro, apuñaló a cuatro personas en el palacio del patriarca antes de que pudieran reducirlo. Sus instigadores, no obstante, no fueron encausados. En cambio, se usó fuerza militar contra Juan. El emperador se negó a recibir de sus manos la comunión. Saqueos, asesinatos y homicidios siguieron su curso. El regente, aunque más bien afecto a Juan, estaba bajo la fuerte influencia de Eudoxia y, ganado para la causa de los clérigos adversarios, acabó por imponer a Juan un destierro de por vida.

Hagia Sophia arrasada a fuego: El final de Juan y de los johannitas

Mientras Juan era llevado, aquella noche de junio del año 404, a un barco, le prepararon además unos fuegos de artificio especiales: desde el mar pudo ver como se consumía en llamas Hagia Sophia, el templo de la sabiduría divina, y con él el suntuoso palacio senatorial. (El origen del incendio, que se inició en el trono obispal de la catedral y la convirtió en un montón de escombros y cenizas, sigue sin esclarecerse hasta hoy. Las facciones se acusaban mutuamente.) Por cierto que Hagia Sophia, en cuyos anexos habitaba el patriarca, fue destruida nuevamente por la rebelión Nika del año 523, pero tras cada reconstrucción se convertía más y más «en el centro místico del Imperio y de la Iglesia», en «morada predilecta de Dios», repleta de maravillas artísticas y de reliquias, pero dotada asimismo de «cuantiosos bienes y posesiones para el mantenimiento del santuario y de su clero» (Beck).[22]

El mismo año del destierro de Juan, el patriarca Teófilo redactó una nueva homilía pascual contra Orígenes, «quien con argumentos insinuantes había seducido los oídos de los candidos y los crédulos», exigiendo en este tono: «Quienes deseen, pues, celebrar la fiesta del Señor, deben despreciar las quimeras origenistas», y concluyendo impúdicamente con la consabida hipocresía: «Reguemos por nuestros enemigos, seamos bue-

nos con quienes nos persiguen». Es más, dos años más tarde, cuando el desterrado Juan se arrastraba hacia su muerte, el alejandrino lanzó todavía un libelo contra él en el que su ya desahuciado rival aparecía como poseído por los malos espíritus, como un apestado, como ateo. Judas y Satán, como un tirano demente que entregó su alma al demonio, como enemigo del género humano, cuyos crímenes superaban incluso a los de los forajidos de los caminos. De «monstruoso» calificaron los cristianos de entonces al panfleto y también de deleznable a causa de sus reiteradas execraciones.[23]

San Jerónimo, sin embargo, halló magníficos aquellos rabiosos improperios contra san Juan -no en vano se vanagloriaba (en una epístola á Teófilo) «de haberse nutrido de leche católica desde su misma cuna»- y no sólo eso sino que tradujo aquellas sucias difamaciones. Pues el «papa Teófilo» -halagadora confesión- había mostrado con plena libertad que Orígenes era un hereje. Él mismo se ocupó en Roma de la difusión de aquellos odiosos exabruptos alejandrinos y en carta adjunta a Teófilo alababa a éste y a sí mismo: «Tu escrito, como podemos constatar orgullosos, aprovechará a todas las Iglesias [...]. Recibe, pues, tu libro que es también el mío o, más exactamente, el nuestro».[24]

La mejor prueba, sin embargo, de que la teología no era sino tapadera de la política de la Iglesia y Orígenes un puro pretexto en la lucha contra Juan Crisóstomo, lo muestra la propia conducta de Teófilo. Apenas había deshancado a su antagonista, olvidó su antipatía hacia Orígenes, contra quien, durante años, lanzó venenosas acusaciones de herejía. «Con frecuencia se le veía enfrascado en la lectura de Orígenes y cuando alguno mostraba su asombro, solía responder: "Las obras de Orígenes son como un prado en el que hay bellas flores y algo de cizaña. Es cuestión de saber escoger".»[25]

Al exilio de Juan le siguió la *damnatio memoriae*, el tachado de su nombre de los dípticos, de los libros eclesiásticos oficiales de Alejandría, Antioquía y Constantinopla (con ello se imitaba presumiblemente un uso oficial del Estado). Tres años adicionales de destierro, su deportación de acá para allá hasta el último rincón del imperio, una dolencia estomacal crónica, accesos de fiebre frecuentes, ataques de salteadores, todo ello -aunque también recibiese apoyos, ayuda, visitas y bastante dinero- acabó con su vida el catorce de septiembre de 407, en Komana (Tokat), donde otrora resaltaba magníficamente un famoso templo de la diosa Anaitis, con millones de sacerdotes y hierodulas. En su escrito, redactado en el exilio, a Olimpia, santa de las iglesias griega y latina, Crisóstomo reconocía que no había nada a quien temiese tanto como a los obispos, exceptuando unos cuantos.[26]

Acá y allá y no sólo en la capital, dio comienzo una áspera persecución dejohannitas. Fueron incontables los encarcelamientos, las torturas,

los destierros, las multas de hasta 200 libras de oro. En el otoño del año 403, tras la deposición de Juan, se contaron por cientos los monjes que sucumbieron a manos de los fieles. Muchos huyeron a Italia, «tragedia de tonos tanto más siniestros cuanto que fueron puestos en escena por obispos católicos» (el benedictino Haacke).[27]

En su apremio, el patriarca perseguido (el obispo de Cesárea de Capadocia azuzó contra él a toda un horda de monjes) había apelado, sin reconocer primado alguno de Roma, en sendas cartas de igual tenor al obispo de aquélla y a los de Milán y Aquilea. Pero tres días antes había comparecido ya ante el papa un mensajero que Teófilo había despachado con urgencia. Posteriormente llegó un segundo mensaje del alejandrino, un amplio escrito de autojustificación y que contenía frases alusivas a Crisóstomo como estas: «Ha asesinado a los servidores de los santos», «es un ateo, apestado, sarnoso *(contaminatus),* un demente, un tirano rabioso que en su demencia se gloría de haber vendido su alma al demomo con tal de adulterar *(adulterandum)».*

Inocencio I manifestó en sendas cartas del mismo tenor que deseaba mantener buenas relaciones con ambos partidos. Ante el emperador Honorio sugirió un concilio ecuménico, pero una delegación de cinco miembros del soberano y del papa (entre ellos los obispos Emilio de Benevento, cabeza de la misma. Veneno de Milán y Cromacio de Aquilea) fue sometida a vejaciones en Atenas en el mismo viaje de ida, y también en Constantinopla. Y no sólo no obtuvieron audiencia ante el emperador Arcadio, sino que fue encarcelada e internada en algunas fortificaciones costeras. Y tras un intento de soborno que debía inducirlos a abandonar a su suerte a Juan Crisóstomo y a romper toda relación con su sucesor Ático, fue expulsada. De vuelta en casa después de cuatro meses informó sobre las «fechorías babilónicas». Y en cuanto al propio exiliado, que clamaba su desdicha y había pedido al papa que lo auxiliase «lo antes posible», a la vez que conjuraba «la horrible tormenta desencadenada en la Iglesia», «ese caos», Inocencio I se limitó a enviarle una carta de consuelo en la que le exhortaba a la paciencia y la resignación ante los designios de la divina voluntad y le ensalzaba las ventajas de una buena conciencia. La actitud del papa era tal que hubo de ser falseada, considerándosele después como autor de un escrito de gran entereza al emperador (con supuesta respuesta de éste en la que le pedía disculpas).[28]

Treinta años más tarde, a finales de enero del año 438, Teodosio n mandó trasladar los restos de Crisóstomo a la iglesia de los apóstoles de Constantinopla, desde donde fueron a parar a San Pedro de Roma en 1204. Ello sucedió tras la sangrienta conquista de la ciudad por los cristianos latinos. Y allí reposan aún, bajo una gran estatua erigida en su memoria.[29]

La vida de un obispo corría entonces muchos más riesgos por cuenta

de los propios cristianos -el destino de Juan no es el único ejemplo que lo ilustra- que los que había corrido jamás por cuenta de los paganos. Nada menos que cuatro obispos de una ciudad frigia fueron sucesivamente asesinados por sus propios fieles.

Y cuando, tras degradarlo y expropiarlo, el emperador Teodosio nombró a la fuerza al poeta y prefecto de Constantinopla, Flavio Ciro -un hombre tan popular que la muchedumbre del hipódromo lo vitoreaba más aún que al propio emperador-, obispo de aquel contumaz municipio frigio (pese a que abrigaba la sospecha de que era pagano), no tenía, presumiblemente, otra razón que la de pensar en la suerte corrida por sus cuatro inmediatos antecesores. Ciro, sin embargo, se ganó en un voleo el corazón de su violenta grey, gracias a la extrema brevedad de sus sermones -su sermón inaugural consistió en una única frase- y el año 451, cuando el clima de la corte se hizo más bonancible, dejó de lado su dignidad espiritual.[30]

El Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo resultó aniquilado y el patriarca de Alejandría Teófilo, vencedor. Su sucesor y sobrino, el Doctor de la Iglesia Cirilo, se opuso abiertamente a toda pretensión de rehabilitar al santo Crisóstomo y «todavía por mucho tiempo» (Biblioteca patrística) siguió convencido de su culpa. Lo comparó con Judas y se negó a que apareciese en los dípticos alejandrinos, en las listas de nombres de santos difuntos que se leían en'el momento de la Eucaristía. Hubo que esperar hasta el año 428 para que atendiese, aunque fuese a regañadientes, a los ruegos del nuevo primado de Constantinopla, Nestorio, e incluyese el nombre de Juan en los dípticos de Alejandría. «No quiero hablar de Juan -apostrofó en su momento Nestorio a su adversario Cirilo-, cuyas cenizas veneras ahora a regañadientes.» Posteriormente Cirilo derrocó a este nuevo patriarca de Constantinopla usando métodos muy similares a los que había visto practicar a su tío.[31]

El patriarca Cirilo hace frente al patriarca Nestorio

Sólo pocos días después de la muerte de Teófilo, Cirilo de Alejandría (412-444) se encaramó a la sede patriarcal tras reñida lucha con su competidor, el archidiácono Timoteo, y en medio de graves tumultos. El santo, que, según el cardenal Hergenróther, no se sentía impulsado «por afán de poder o por consideraciones de tipo personal, sino por el sentido del deber y por el celo para con la pureza de la fe» era en realidad un «nuevo faraón», quintaesencia de los patriarcas sedientos de poder, taimado y falto de escrúpulos hasta el punto de superar a sus antecesores, incluido Demetrio y hasta el mismo Atanasio. El santo Doctor de la Iglesia controlaba el comercio del trigo egipcio y acrecentó sus posesiones con ayu-

da de las brutales bandas de monjes. Practicaba la peor de las simonías, vendiendo obispados a la gente más abyecta. Persiguió a los judíos de forma tan desmesurada que se le puede denominar, sin miedo a exagerar, promotor de la primera «solución final». Es más, el año 428, su propio clero lo llevó a los tribunales a causa de su violenta actuación en Constantinopla, si bien Cirilo consideró a sus acusadores como existencias en bancarrota, propias del «basurero alejandrino»

El emperador remitió a los acusadores, entre quienes figuraba el monje Víctor, que le producía especial impresión, al patriarca de la capital, Nestorio. Pero Cirilo se anticipó al proceso que le amenazaba siguiendo exactamente el sublime ejemplo de su antecesor y tío, cuyas campañas de exterminio contra la «herejía» y el paganismo había vivido desde dentro. Ya había, incluso, tomado parte en el tristemente famoso «Concilio de la Encina» (403), que derrocó a Juan Crisóstomo. Las aspiraciones a la autonomía, sustentadas por sus colegas y rivales de Constantinopla, le desagradaban ya de por sí. De ahí que, al igual que su predecesor Teófilo (y que su sucesor Dióscoro) prosiguiese la lucha contra el patriarcado de Constantinopla para preservar la propia posición hegemónica. Cuando Nestorio, siguiendo seguramente el deseo del emperador, se dispoma a sentarse como juez sobre su persona, él lo acusó de «herejía». Le achacó intenciones aviesas. Afirmó que Nestorio «había dado motivo de escándalo a toda la Iglesia, depositando en todos los pueblos la levadura de una nueva y extraña herejía» En una palabra, fiel a la ya probada táctica de su antecesor y maestro Atanasio y de su tío Teófilo, trasladó de inmediato la rivalidad en el plano de la política eclesiástica, la lucha por el poder, hacia el plano religioso: ello resultaba tanto más fácil cuanto que hacía ya mucho tiempo que existían posiciones teológicas contrapuestas entre la escuela alejandrina y la antioquena, de la que provenía Nestorio. Este era partidario, probablemente incluso discípulo, de Teodoro de Mopsuestia, quien impuso su impronta a las radicales posiciones cristológicas de los antioquenos.[32]

Nestorio, con quien -¡la cosa suena muy prometedora!- se inicia «el periodo clásico de las luchas cristológicas» (Grillmeier, S. J.), es decir, un duelo de alcance prácticamente universal y de dos siglos y medio de duración, nació en Germánica (Marasch, Siria) el año 381 en el seno de una familia persa. Su vida recuerda, en más de un aspecto, a la de su predecesor Juan Crisóstomo. Había sido monje en el monasterio de Euprepio, junto a Antioquía, donde fue consagrado sacerdote, «pues tenía una hermosa voz y sabía hablar bien» (el historiador de la Iglesia, Sócrates). Pero, por lo demás, dice el viejo *Léxico de la Teología católica* de Wetzer/WeIte, «carecía de una formación espiritual superior. Visto desde fuera, su vida era modélica. Apenas se mezclaba con la gente, estaba siempre en casa sentado ante sus libros y, gracias a su vestimenta, su flacura y su palidez,

fingía la apariencia de un hombre de severas costumbres. Ello le hizo famoso en corto tiempo».[33]

Al igual que otrora Crisóstomo, Nestorio accedió a la sede obispal constantinopolitana, el 10 de abril de 428, gracias a su fama de predicador y desplazando a otros concurrentes. En seguida prodigó sus ataques contra judíos y «heréticos», pero trató consideradamente a los pelagianos, lo que no le granjeó las simpatías de Roma. Por todo el patriarcado se produjeron disturbios y también, acá y allá, algunos hechos sangrientos. «¡Dame, oh emperador, un orbe limpio de herejes y yo te daré a cambio el cielo. Extermíname a los extraviados en la fe y yo exterminaré contigo a los persas!», así exclamó Nestorio, ya en su sermón inaugural, y atacó implacablemente a los cristianos de otra confesión, a los cismáticos, a los «herejes», a los novacianos, a los apolinaristas y a otras «sectas». Apenas cinco días después de su ordenación, mandó destruir la iglesia en la que oraban secretamente los arríanos. Cuando se consumía en llamas éstas incendiaron también las casas vecinas. Con el mismo fanatismo combatió también a los macedonianos o «pneumatómacos» («los que combaten contra el Espíritu Santo», es decir, contra su equiparación al Dios Padre), a quienes arrebató sus oratorios en la capital y en el Helesponto: «Un adversario grandilocuente de los herejes -opina Hamack-, un hombre de bríos, imprudente, pero no innoble [...]». Y el emperador dio más relieve aún a los *pogroms* de su patriarca intensificando todavía más las leyes penales el 30 de mayo de 428.[34]

Pero no tardó Nestorio en incurrir él mismo en sospecha de «herejía». De ello se cuidó Cirilo, a quien la significación y la influencia de su competidor en la capital le parecieron, ostensiblemente, excesivas. De ahí que intentase, prosiguiendo así la vieja querella entre ambas sedes patriarca* les, derribar a Nestorio de modo tan alevoso como el que usó en su día su tío Teófilo para derribar a Crisóstomo.

Como siempre en tales casos, se halló rápidamente una razón teológica que, ciertamente, puso pronto en conmoción a las Iglesias de Oriente y Occidente, pero que, en sí misma considerada, no tenía por qué haberlas conmocionado. Lo único que la atizaba era, según E. Caspar, «el odio suspicaz y la implacable voluntad aniquilatoria con la que Cirilo persiguió e hizo morder el polvo a su adversario». También un historiador del dogma como R. Seeberg, subraya que no eran las discrepancias teológicas las que apremiaban a Cirilo a luchar contra Nestorio y las doctrinas antioquenas por él sustentadas, doctrinas que hasta entonces habían gozado de un respeto equivalente a cualesquiera otras. Eran más bien divergencias personales y, sobre todo, cuestiones relativas a la política eclesiástica, la constante pugna contra Antioquía y, especialmente, contra Constantinopla. La situación de prepotencia del arzobispo alejandrino sólo era comparable a la del de Roma, pero ésta quedaba lejos y, además, a

partir del Concilio de Nicea, estaba más o menos aliada con Alejandría. Antioquía y la pretenciosa capital estaban más cerca y era sobre todo decisivo doblegar a esta última. Para ello, Cirilo preparó ahora a Nestorio la misma tragedia que su tío y predecesor Teófilo había escenificado contra Crisóstomo. «Pues si Teófilo -dice Seeberg- acusó a su adversario de origenismo por haber ofrecido su protección a los origenistas, a quienes él perseguía, ahora Cirilo convertía en herética la propia doctrina de su adversario, consiguiendo con ello, no sólo convertir en hereje al obispo de Constantinopla, sino hacer sospechosa la teología antioquena. Ello constituía una jugada política maestra, pues con ella golpeaba con igual furia a las dos rivales de Alejandría. En consonancia con su tradición en la política religiosa, Cirilo buscó y halló la alianza de Roma. La teología antioquena sucumbió a esta política».[35]

Las escuelas teológicas de Antioquía y Alejandría

A lo largo del siglo iv, la lucha en tomo a la complicada esencia de Dios, al problema de la naturaleza del «Padre», del «Hijo» y a la relación entre ambas, se había dirimido -contra el arrianismo y con el favor de todo el poder del Estado- en favor de la plena divinidad del «Hijo» y de su identidad esencial con el «Padre», punto de vista que se impuso finalmente el 28 de febrero del año 380 por orden tajante del emperador (véase vol. 2): «El unigénito brotó de manera inefable desde la esencia del Padre, de modo que la plena naturaleza de su Progenitor nos brinda en él su aroma [...]», formula Cirilo poéticamente. Y Ambrosio comenta sagazmente el pasaje bíblico: «¡Haya en el firmamento de los cielos lumbreras que iluminen la Tierra!» (I Gen. 1, 14). «¿Quién pronuncia estas palabras? Dios las pronuncia. ¿Y para quién otro las pronuncia sino para el Hijo?» ¡Una prueba más en favor del dogma de la Iglesia![36]

Pero en el siglo v -y aunque ello sea una locura, responde a todo un método- el espectáculo «cristológico» -embobador de tantas épocas y tantas generaciones, dirimido con casi todo tipo de intrigas y violencias- versaba sobre esta cuestión, sobre este gran misterio: ¿qué relación mantienen entre sí la naturaleza «divina» y «humana» de Cristo? Incluso si semejante engendro del magín clerical hubiese existido: ¿cómo aprehender con la razón o con cualquier otra facultad de la psique humana un misterio tan literalmente insondable? Es natural que los expertos se envolviesen nuevamente en insolubles controversias. Y una vez más toda la población del Imperio Romano de Oriente participó acaloradamente en ellas.

Según la escuela teológica antioquena, la más fiel, sin duda, al texto bíblico que partía del Jesús «histórico» de los evangelios, es decir, del

hombre y de la existencia independiente de una naturaleza humana antes de su unión con el Hijo de Dios, en Cristo había dos naturalezas separadas y coexistentes. Según la doctrina alejandrina, que partía del *Logos*, del Hijo de Dios que asumió la naturaleza humana, las naturalezas divina y humana se unían íntegramente en él. Esa «unión hipostática», esa *«communicatio idiomatum»* recibía en la Iglesia primitiva la denominación, más o menos exacta (¡prescindamos del hecho de que allí no había, naturalmente, nada exacto ni podía haberlo en modo alguno!), de *mixtio, commixtio, concursas, unió, connexio, copulatio, coitio,* etc. Para los antioquenos, los «realistas», la unión entre ambas naturalezas era meramente psicológica. Para los alejandrinos, los «idealistas», los «místicos», era metafísico-ontológica. También el Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo defendía la tendencia antioquena en su versión más moderada. Paladín de la alejandrina era el Doctor de la Iglesia Cirilo, su auténtico inspirador. Atisbos de esta última aparecen ya en Atanasio, por ejemplo, en su sentencia: «No es que el hombre se hiciese más tarde Dios, sino que Dios se hizo hombre para divinizamos». En vez del cisma amano, pues, ahora había que contar con el monofisita, que sacudiría por más tiempo y con mayor intensidad que lo había hecho aquél al Estado y a la sociedad, cau* sando más daños que la invasión de los «bárbaros», aquel reasentamiento de pueblos enteros.[37]

Comienza la lucha por la «Madre de Dios»

Nestorio provenía de Antioquía y era un representante de la escuela antioquena. Una vez en Constantinopla, donde se discutía acaloradamen» te acerca de la Madre de Dios, quería imponer enérgicamente y por todos los medios «lo correcto», ciñéndose estrictamente a la opinión antioquena. Husmeando el tufo del apolinarismo y del fotinianismo, usaba giros que (tal vez sin querer), evidenciaban cierto dualismo en la persona de Cristo. Para el alejandrino Cirilo que, sin mencionar expresamente a Nestorio, se manifestó inequívocamente contra él a finales del año 428, aquello equivalía a una doctrina cristológica «herética». Cirilo, sin embargo, para quien lo que en el fondo estaba en juego no era en absoluto la controvertida cuestión cristológica que él puso en el primer plano, aumentó y agravó la distancia dogmática que lo separaba de Nestorio mucho más allá de sus dimensiones reales. Es más, contradiciendo lo que su propia conciencia sabía, le imputó dolosamente a éste la doctrina de que Cristo constaba de dos personas diferentes, a lo que, como dice J. Haller, «ni Nestorio ni ninguno de sus partidarios afirmaron jamás. Cirilo se delataba con ello a sí mismo mostrando que no era el celo en pro o en contra de una opinión doctrinal lo que le impulsaba a la lucha, sino que

-como ocurrió en casos parecidos anteriores o posteriores a éste- la controversia doctrinal había de servir de pretexto o de arma para librar una batalla por el poder en el seno de la Iglesia y aniquilar a un temido competidor».[38]

Y es el dominico francés P. Th. Camelot, nada menos, patrólogo, historiador del dogma y asesor del II Concilio Vaticano, quien parece dar la razón a Haller, pues este católico concede (con el *imprimatur* eclesiástico): «Pues el obispo de Alejandría tenía que ver forzosamente cómo su prestigio se eclipsaba progresivamente ante el de la "Nueva Roma", a la que el Concilio de Constantinopla había otorgado una primacía honorífica el año 381. Y es por ello tanto más comprensible (¡) que Alejandría realizase ahora el intento de intervenir en los asuntos eclesiásticos de la capital. Ya había ocurrido así con Pedro de Alejandría, que apoyó al usurpador Máximo contra Gregorio de Nacianzo y basta también recordar al respecto el papel jugado por Teófilo en la deposición de Crisóstomo («Sínodo de la Encina», 403).[39]

Con todo, después de hacer constataciones tan incriminatorias para Cirilo como la de que el papel del santo «no fue nada honroso» frente a la tragedia de Nestorio y que es forzoso «reconocer que algunos rasgos del carácter de Cirilo parecen dar, en cierta medida, la razón a Nestorio y a sus partidarios contemporáneos y modernos»; que es asimismo «innegable que en más de una ocasión le faltó aquella "mesura" que le predicaba su adversario»; que su «intervención arbitraria en los asuntos de Constantinopla [...] nos resultan sorprendentes y algunas de sus intrigas escandalosas», después de todas estas concesiones, más bien incriminaciones, Camelot -en contradicción con su reconocimiento, en la página antecedente, de una motivación vinculada a la política de poder, a saber, la «creciente» pérdida de prestigio de Cirilo en beneficio de su rival- parece «estar seguro de una cosa: fuesen cuales fuesen los rasgos de carácter de Cirilo, los únicos [!] sentimientos que le impulsaban eran la preocupación por la verdad y el celo por la fe. Nada [!] hay en los textos que justifique en verdad el reproche de un talante autoritario. No hay ningún pasaje que muestre la intención de procurarle a Alejandría la posición hegemónica sobre Constantinopla, de aplastar y aniquilar a su adversario. Es verdad [...]», prosigue de inmediato el dominico, «de cierto que fue duro contra Nestorio», pero, afirma triunfalmente, en las negociaciones del año 433, Cirilo supo «mostrarse mesurado y renunciar, en aras de la paz, a formulaciones con las que se había encariñado, pero que eran impugnables».[40]

En realidad, esa mesura, esa condescendencia, que tan sorprendente parecía, constituía cabalmente una demostración, particularmente manifiesta, incluso, de cuál era el motivo real de Cirilo: la política por el poder. Pues el año 433, apenas liquidado Nestorio, el vencedor se avino a

toda prisa en la absurda farsa cristológica. Ya no tenía nada que temer de Nestorio y aquellas fintas engañosas en las cuestiones dogmáticas no fueron nunca las que le motivaron en primera línea. La unión de las dos naturalezas en Cristo no afectaba en su fuero interno, si es que le afectaba lo más mínimo, a un hombre de su talante. Era, antes que nada, un medio con vistas a un fin. En sí misma era, según expresó en diversas ocasiones, algo «inefable e indescriptible»: lo que no impidió que otros de su misma hechura hablaran incesantemente de ello a lo largo de los siglos. Aunque ello no resulte hoy tan fácil.

Pues la forma en que un teólogo católico se ve entretanto forzado a dislocar su cabeza, centrando, por una parte, su vista en la investigación y mirando, por la otra, continuamente y de reojo por la seguridad de su profesorado y hacia sus superiores, a los que en definitiva ha de dar la razón, es algo que Camelot expresa con todo impudor en la tercera página de la introducción a su obra *Éfeso y Calcedonia.* Pues, según él manifiesta, el historiador no puede «pasar ciertamente por alto las pasiones e intereses que guían a los hombres ni tampoco, en modo alguno, los a menudo más que lamentables percances» (percance como la aniquilación de los paganos, por ejemplo, percance como la quema de brujas, como el exterminio de los indios, como el embobamiento y la explotación del pueblo; percances como la Noche de San Bartolomé, como la guerra de los Treinta Años; percances como la primera y segunda guerras mundiales, como el fascismo, como Auschwitz, Vietnam, etc., etc.: la historia se compone de percances). «Pero él -el historiador- no debe contemplar con rígida mirada, como hipnotizado, estas miserias de la historia, sino que debe mirar las cosas desde una atalaya superior, si no quiere obtener una perspectiva demasiado estrecha y fragmentaria, por no decir mal predispuesta, del curso de los acontecimientos».[41]

A saber: imparcial es únicamente quien enmarca el curso de los eventos con la «parcialidad» de esta Iglesia, desde «esa perspectiva suya más eminente», desde una perspectiva y una distancia ofuscadoras, falseadoras o que, lo que es peor, ponen incluso todo cabeza abajo; es decir: quien mira sub *specie aeternitatis.* A este efecto es gustosamente capaz de convertir lo negro en blanco y lo blanco en negro -¡véase la regla 13 de la Compañía de Jesús!-, de modo que no serán ya aquellas miserias lo decisivo en la historia sino ¡los aspectos captados desde la eminente atalaya! Ahora una y otra vez se suscita la cuestión de qué es lo que infunde a esta gente «valor» para esas enormidades. Y una y otra vez, puesto que no se trata de ignorantes, se da la siguiente respuesta: una repulsiva mezcolanza de carencia de honestidad intelectual y de un desbordante oportunismo religioso, *summa summarum,* una espantosa deficiencia de pudor. «También las grandes figuras de Cirilo y León deben ser contempladas bajo una luz adecuada [...].»[42]

¡Deben! Por cierto que sí..., y la «luz adecuada» es la más tenebrosa de la Tierra.

Así pues, ajuicio de Cirilo, Nestorio sustentaba una cristología «herética», en cuanto que, presuntamente, negaba la «Unión Hipostática» y enseñaba la existencia de dos hipóstasis en el «Señor» (en unión meramente extema, psicológica o moral), y no de una hipóstasis o *Physis,* como pensaba Cirilo *(«Mía physis tou theou logou sesarkomene»):* «Una sola naturaleza del logos divino hecho carne». Y es curioso a este respecto, que Cirilo toma la expresión *mía physis,* que él cree proveniente de Atanasio, del obispo Apolinar de Laodicea, amigo, ciertamente, de Atanasio, el encarnizado enemigo de los arríanos, cuya refutación condujo o sedujo a Apolinar a refutar asimismo la plena naturaleza humana de Cristo y a reconocerle una única naturaleza, con lo que también este amigo de Atanasio cayó en herejía. «Este hombre -escribe A. Hamman con *imprimatur* eclesiástico sobre Cirilo- tenía en sí la ortodoxia inhumana del inquisidor»; y poco después añade de un modo casi grotesco: «Y no obstante se dejó extraviar por las erróneas formulaciones de Apolinar, creyendo que provenían de Atanasio; pretendiendo, sin el menor tacto, imponérselas a Nestorio. Un adversario tan innoble como él que hubiese interpretado literalmente sus doce anatematizaciones hubiera podido, sin más, depararles el mismo destino que el que Cirilo deparó a las expresiones de Nestorio». No tardaron, efectivamente, los monofisitas en remitirse a la autoridad de Cirilo. Y por lo que respecta a Nestorio, el teólogo e historiador de la Iglesia Ehrhard, un católico, certifica nada menos que su doctrina, «de modo muy similar» a la de Arrio, era apropiada «para satisfacer el pensamiento "racional". Con ello perseguía asimismo el objetivo de despejar del modo más plausible las objeciones de judíos y paganos contra la divinidad de Cristo».

Consecuentemente, Nestorio tampoco quería hacer de la Virgen María una diosa o una deidad. No quería en modo alguno que se la denominase «paridora de hombre» pero tampoco, en sentido directo, «Madre de Dios», «paridora de Dios» *(Theotokos).* Designación ésta que tampoco aparece ni una sola vez en la amplísima obra (la más extensa entre los antiguos escritores eclesiásticos orientales) del Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo, que también provenía de la escuela antioquena, algo que no puede ser pura casualidad. Nestorio, una de cuyas primeras medidas consistió en la inclusión del nombre de su derrocado predecesor en los rezos eclesiásticos, fustigaba sin tapujos la idea de una deidad envuelta en pañales, como si fuese una fábula pagana, ¡y es que lo era en realidad! Venía predicando contra el *theotokos,* si bien para nada se oponía a ese concepto «bien entendido»: hasta él mismo lo usaba ocasionalmente. Prefería, no obstante, el título de «Mater Christi», «paridora de Cristo» *(Christotokos).* Temía que la expresión «paridora de Dios» (en latín *Deípard)* origi-

nase un malentendido. Pues, ¿no se convierte con ello María en una diosa a los ojos de muchos? Y ¿cómo podría Dios -pregunta Nestorio, que advierte en ello, según escribe al obispo de Roma Celestino I (422-432), «una corrupción nada leve de la verdadera fe»- tener una madre? Nadie puede dar a luz a alguien más viejo que él mismo. Pero Dios es más viejo que María.

Pero eso, ciertamente, confundió a su comunidad y particularmente a aquellos que «en su ceguera, que los incapacita para la recta visión de la reencamación divina, ni comprenden lo que dicen, ni saben cuál es el objeto de su celo». No hace mucho -dice- que ha llegado nuevamente a sus oídos «cómo muchos de entre nosotros se asedian mutuamente con preguntas». Pero si Dios tiene una madre, concluye Nestorio, «entonces el pagano no merece realmente reproche alguno cuando habla de las madres de los dioses. Y Pablo sería un embustero cuando determina que la divinidad de Cristo «carece de padre y de madre» y de genealogía. Querido amigo, María no ha alumbrado a la divinidad [...1, el ente creado no es madre del increado [...]. La criatura no ha alumbrado al creador, sino al hombre, que fue instrumento de la divinidad [...]». Tanta lógica, sin embargo, irritó a la grey, a la «miserable pandilla» como decía el mismo patriarca, contra la que desplegó la policía y a la que hizo azotar y encarcelar. Pues muchos seglares y monjes habían comenzado ya a venerar a María como Madre de Dios y de un modo exaltado por demás, pese a que el Nuevo Testamento la menciona escasísimas veces y sin especial estima, o incluso la ignora, como es el caso de Pablo y de otros escritos. Y eso aunque el Nuevo Testamento hable inequívocamente de los hermanos de Jesús como si fuesen hijos de María, como lo sigue haciendo, por ejemplo. Tertuliano en época muy posterior. ¡Pero la gran masa quería ser redimida! ¡Quería un Dios pleno!, por consiguiente también su madre debía ser «Madre de Dios», tanto más cuanto que el paganismo conocía ya tales madres de dioses: en Egipto, en Babilonia, en Persia o en Grecia, donde la madre de Alejandro, por ejemplo, era «madre del dios».

Cirilo, sin embargo, que -insistimos- «no era empujado a la lucha contra Nestorio por contraposiciones dogmáticas» atacó su recomendación como nueva «herejía», pese a que, sin duda, se ajustaba más a la tradición. A este respecto, presentó «con refinada sutileza sus querellas personales contra aquél como algo absolutamente nimio frente a la controversia dogmática» (Schwartz) y convirtió la palabra clave «Madre de Dios» en distintivo de la verdadera fe. Con suaves halagos supo ganarse en Roma el favor de su «Padre santísimo y dilectísimo a los ojos de Dios», Celestino I, «pues Dios exige de nosotros que seamos vigilantes en estas cuestiones» y, ducho en todos los ardides de la política eclesiástica, avivó el acoso de Nestorio guardando exteriormente una apariencia de distinción y sensatez, aunque se consumiese en **su** interior. Para ello hizo que

sus agentes extendiesen por Constantinopla el rumor de que Nestoria rehuía la expresión «Madre de Dios» porque no creía en la divinidad de Cristo.[43]

Dos decenios largos antes de Celestino, hubo otro papa que mostró una conducta extrañamente discreta respecto a la «Madre de Dios».

En efecto, a finales del siglo iv, el obispo Bonoso de Sárdica había cuestionado la virginidad permanente de María declarando, de conformidad con el Evangelio, que, aparte de Jesús, María había tenido varios hijos más. Era ésa una tesis avalada por la Biblia, pero sumamente herética para la Iglesia. Con todo, el Sínodo de Capua (391) no condenó a Bonoso, sino que transfirió la decisión a los obispos limítrofes, quienes, por lo demás, también la rehuyeron. Consultaron al obispo de Roma, Siricio, quien ciertamente defendió la virginidad perdurable de María, pero tampoco emitió dictamen alguno. Eso lo dejó en manos de sus «colegas», algo tanto más chocante cuanto que Siricio era precisamente de aquellos a quienes gustaba prodigar órdenes en todas las direcciones. Es probable que su circunspección refleje el hecho de que en el siglo iv Roma no conocía aún oficialmente ningún culto mariano.[44]

El título de *Deípara* falta en todo caso en la literatura del cristianismo primitivo. Está completamente ausente en el Nuevo Testamento, que únicamente hable de la madre del Señor en cuanto éste es hijo de Dios, pero no ella *Deípara.* También falta este título mariano en toda la literatura cristiana de los siglos n y ni, durante los que ella apenas jugó papel alguno especial (el predicado de *theotokos* de Arístides, Apol. 2, 7, no aparece sino más tarde, en la traducción armenia. Y en el caso de Hipólito, se trata asimismo de una interpolación tardía, es decir, de una falsificación). Hay que esperar a los años veinte del siglo iv para hallar las primeras titulaciones de *theotokos* -según Camelot «hacía ya mucho tiempo que estaban en uso entre los cristianos», ¡afirmación que no corrobora con ningún testimonio seguro anterior al siglo iv!- documentadas por el obispo Alejandro en el símbolo de la fe alejandrino. Y también el Sínodo de Antioquía (324/325) que resume el «Tomos de Alejandro» escribe: «El hijo de Dios, el *logos,* nació de María *Deípara (theotokos)...».* Pero muchos decenios después, ni el mismo Doctor de la Iglesia Juan Crisóstomo -retengámoslo una vez más- usa jamás la expresión *Deípara,* y resulta por lo demás chocante que raras veces habla de María.[45]

Todavía en el siglo v hay otros obispos que rehuyen aquella titulación. Incluso Sixto III (432-440), que poco después de 431 acabó la suntuosa basílica de Santa María Maggiore sobre el Esquilino, la primera iglesia de advocación mariana y por mucho tiempo la única, designaba simplemente a la madre de Jesús -pese a Éfeso- en la dedicatoria allí inscrita como «Virgen María». Y alrededor de otros veinte templos marianos se denominaban simplemente «Santa María». La difusión del culto a

la madre de Dios fue, en términos generales, muy lenta, particularmente en Occidente.[46]

El título de *Deípara* podría, incluso, tener consecuencias muy arriesgadas. Pues, ¿acaso la figura de María no adquiría con ello rasgos muy similares a las diosas y madres de dioses paganas? Una mujer que alumbra a un dios, ¿no debía ser ella misma una diosa? No sólo los creyentes más sencillos propendían a esa creencia; también los más cultos eran proclives a ella. Realmenta había ya sectas marianas y una secta de los montañistas llamaba «diosa» a María. Y había grupos cristianos que veían en Cristo y María dos deidades anexas a Dios. Ya en Nicea -afirma el pa--triarca alejandrino Eutiquio- participaron patriarcas y obispos que creían que «Cristo y su madre eran dos dioses junto a Dios. Eran bárbaros a quienes se designó como marianitas».[47]

Es curioso que en el transcurso de su litigio, Nestorio y Cirilo se remitieran ambos a la *«fides nicaena»,* al «gran y santo concilio». Por ello intercambiaron una serie de cartas entre sí, así como con otros, en los años 429-430 (época en la que los vándalos desembarcan en África y asedian seguidamente Hipona y los hunos avanzan hacia el Rin). Ya en su primera misiva, Nestorio fundamenta el rechazo del título *theotokos* en el hecho de que éste está ausente en el símbolo de la fe nicena. Cirilo se remite precisamente a éste y reprocha a su «hermano de dignidad en el Señor» sus «blasfemias», el «escándalo» que ha suscitado ante toda la Iglesia, la difusión de una «herejía insólita y extraña» y le previene de la «irresistible ira de Dios». Nestorio pasa por alto «las ofensas que has proferido contra Nos en tu pasmosa carta, pues exigen la paciencia de un médico [...I». Presupone en Cirilo una lectura «puramente superficial» y desea «liberarlo de todo falso discurso». Todavía se muestra pleno de optimismo o aparenta al menos estarlo: «Pues los asuntos de la Iglesia toman cada día un sesgo más favorable [...I».[48]

Cirilo no puede negar que la denominación *Deípara* falta en \o. *fides nicaena,* pero la halla allí de forma implícita y a la vista de la ubicua difusión de los escritos de su adversario amenaza con las palabras de Cristo: «No creáis que he venido al mundo a traer la paz. No es la paz lo que vine a traer, sino la espada». Y como Nestorio «ha malentendido y malinterpretado» el Concilio de Nicea, Cirilo exige: «Tienes que declarar por escrito y bajo juramento que das al anatema tus deleznables e impías doctrinas y que deseas pensar y enseñar como todos cuantos, en Oriente y en Occidente, somos obispos, doctores y guías del pueblo».[49]

Cirilo labora por todos los medios posibles contra el patriarca de Constantinopla, de quien afirma con escarnio que se pretende «más listo que nadie» y que opina que «sólo él ha captado el sentido de la escritura divinamente inspirada, el misterio de Cristo». Lo tilda de «hinchado de soberbia y de enemigo venenoso para los demás a cuenta de su sede». Ci-

rilo fue reuniendo un florilegio de citas de los padres de la Iglesia y también de aquellos textos homiléticos de su antagonista que le resultaban convenientes. Todo discurso de éste era copiado rápidamente por escrito y enviado por correo urgente a Alejandría. El santo redactó cinco libros «contra las blasfemias de Nestorio» y tergiversó de tal manera a éste en cartas confidenciales que ninguna transigencia podía ya mediar en el conflicto. Como tropas de choque, lanzó contra él a bandas de monjes. Desplegó un trabajo de agitación en todas las direcciones. Buscó aliados y conmilitones en el este y en el oeste y, naturalmente, los de mayor influencia posible. Inundó la corte con sus epístolas. Escribió (en tono prudente) al emperador Teodosio, a la emperatriz Eudoqui, a las princesas Arcadia y Marina, y en tono más áspero a Pulquería, hermana del emperador, cuyas tensas relaciones con Nestorio conocía evidentemente. Se dirigió a algunos obispos, a Juvenal de Jerusalén, al ya casi centenario Acacio de Berea, y, sin relegarlo al último lugar, a Celestino de Roma, a quien adjuntó todo el florilegio patrístico juntamente con una exposición *(commonitorium)* de la «herejía» de su adversario.[50]

Cuando Nestorio tomó contacto con Roma -y lo hizo desde una posición de igual rango, algo que tenía que crear allí desazón- deseaba, por así decir, discutir objetivamente la cuestión teológica y combatir, «unido en la concordia a su fraternal homólogo, al demonio, al enemigo de la paz», pues, como escribió al papa, veía como entre sus propios clérigos «se extendía una epidemia herética cuyo hedor recordaba enormemente a Apolinar y a Arrio». Pronto se apercibió, sin embargo -y en ello se muestra muy atinado-, de que los romanos «eran demasiado ingenuos para poder penetrar en las sutiles precauciones de las verdades doctrinales». Cirilo, por su parte, a quien sus ataques le habían granjeado la antipatía de sus colegas de Oriente, supo aproximarse a Roma más hábilmente, aunque ello no le resultase nada agradable por principio. «Padre santísimo y dilectísimo de Dios», así enaltecía al papa afirmando que «la costumbre eclesiástica me obliga a informarte. Hasta ahora he observado un profundo silencio [...1. Pero ahora, cuando el mal ha llegado a su culmen, me creo en el deber de hablar y comunicarte cuanto ha sucedido [...I».

Y contra su propia convicción, Cirilo, que también había vertido ya su virulenta crítica a Nestorio al latín (Nestorio omitió hacer otro tanto) presentó las doctrinas de su adversario de modo tan calumnioso, tan distorsionado que «aquél no se habría reconocido a sí mismo en ella» (Aland). Toda la luz recaía, al respecto, de su parte y toda la sombra sobre su adversario.[51]

Aunque fuese tan sólo por sus pretensiones al primado, Roma acogió con satisfacción el primer intento de contacto que el alejandrino emprendió en el verano de 430. Y aunque las disputas teológicas la moviesen

siempre menos que las cuestiones de poder, aprendió sin embargo a ejercer magistralmente el poder sirviéndose de la doctrina. Es así como el diácono León, el futuro papa, recogió a la sazón un dictamen (a efectos de refutación, naturalmente) de su amigo Juan Casiano,- el abad de St. Victor de Marsella. Éste había vivido en Constantinopla en la época de Crisóstomo, sabía griego y hallaba además que el título de *Deípara (materDei et generatrix)* estaba ya en la Biblia. Y Celestino decidió contra Nestorio por medio de un sínodo romano del 2 de agosto de 430, digamos que por juicio sumarísimo, «sin examen atento de los documentos» (Hamman). El papa autorizó, como signo de su gracia, a Cirilo a aplastar en su lugar *(vice nostra usus)* «con gran severidad» la herejía de Nestorio, «el veneno de sus prédicas» y casi simultáneamente reconvino ásperamente a éste, exigiéndole, incluso, que se retractase «abiertamente y por escrito de la engañosa innovación», en un plazo de diez días. «Estamos preparando -le amenazaba- hierros candentes y cuchillos, pues no hay que tolerar por más tiempo unas heridas que han merecido ya su cauterización.» A Cirilo, en cambio, lo consideraba el romano «como coincidente con Nos en todas sus opiniones», «como acreditado y denodado defensor de la fe verdadera». Lo alababa: «Has puesto al descubierto todos los lazos de la mendaz doctrina» y lo animaba así: «Hay que extirpar semejante tumor [...]. Actúa, pues [...]».[1]

Y Cirilo actuó. Siguió reuniendo material contra Nestorio y mostrando un respeto más bien escaso a la verdad. Con intención totalmente dolosa le imputó falsas doctrinas, pese a que Nestorio reconocía como totalmente ortodoxo incluso el título mariano de «Madre de Dios». El emperador reprochó a Cirilo su espíritu «pugnaz» y «revoltoso» y le advirtió: «Que sepas, pues, que Iglesia y Estado son una misma cosa y que por orden mía y por la providencia de nuestro Dios y Redentor se unirán más y más cada vez [...], y no toleraremos bajo ninguna circunstancia que por causa tuya cunda el desorden entre las ciudades y las iglesias». Teodosio estaba a favor de quien él había nombrado para la sede de Constantinopla y Nestorio gozaba asimismo de la protección de la emperatriz Eudoquia, mujer tan bella como culta e hija de un filósofo ateniense. Pero el patriarca tenía ya, y precisamente en Constantinopla, muchos enemigos y ante todo la intrigante Pulquería (399-453), hermana mayor del soberano cuyas violaciones secretas del voto de castidad criticó Nestorio, y que, el año 439, tuvo que abandonar la corte a requerimiento de Eudoquia. Se le oponían además distintas sectas a las que había combatido sangrientamente. Había asimismo numerosos monjes en la capital que, dirigidos por el abad Dalmacio, defendían la causa de Cirilo, y, por encargo de éste, soliviantaban los ánimos difundiendo mentiras acerca de Nestorio como la de que éste predicaba la existencia de dos hijos de Dios, de dos hipóstasis en Cristo, de que veía en Jesús tan sólo un hombre y nada más. Aco-

sado de este modo, Nestorio se apresuró para que, por intervención de Teodosio, se convocase, en Pentecostés del año 431, un sínodo imperial en Éfeso, capital de la provincia de Asia, sin presentir lo más mínimo que sería eso lo que le llevaría a su ruina.[52]

El Concilio de Éfeso del año 431: El dogma obtenido mediante el soborno

Cuando en 1931 el papa Pío XI dispuso la conmemoración del 1.500 aniversario del Concilio de Éfeso mintió en su encíclica *Lux Veritatis* al afirmar que éste se reunió por mandato del papa *(lussu Romani Pontificis Caelesüni I).* ¡En realidad la convocatoria de sínodos imperiales, desde Nicea, obedeció siempre a órdenes del emperador y nunca a las del obispo de Roma! Ni uno solo de los ocho concilios ecuménicos -a los que la Iglesia no atribuyó esa denominación sino más tarde, por haberle resultado particularmente provechosos- fueron convocados, inaugurados, dirigidos o confirmados por el «papa», sino todos (de forma más o menos directa) por el emperador. El derecho de convocatoria imperial es algo tiempo ha demostrado y especialmente por F. X. Funk. Pero no es sólo que los regentes se arrogasen ese derecho, sino que la iglesia se lo concedió «sin más» (H. G. Beck). Y otro tanto vale decir, anotamos de pasada, de su derecho a presidir en persona o mediante un representante los sínodos menores, los patriarcales, las asambleas eclesiásticas locales, etc., y de firmar dándoles fuerza legal, sus resoluciones. Pues los monarcas podían influir asimismo en las materias dogmáticas o disciplinarias de estas reuniones eligiendo el lugar de su celebración o mediante una criba de sus asistentes. Es más, ellos mismos ordenaban elaborar e imponer fórmulas dogmáticas y fue nada menos que el Doctor de la Iglesia y papa León I quien reconoció la infalibilidad del emperador.[53]

También el Concilio de Éfeso fue convocado, el 19 de noviembre de 430, por Teodosio II para la festividad de Pentecostés (7 de junio) del año 431 con el fin de reforzar el orden y la paz eclesiásticas, aunque estos concilios solían ser contraproducentes a este efecto. «El bien de nuestro Imperio -escribía el emperador cuya actitud era desde un prin-' cipio hostil a Cirilo, a quien había reprochado soberbia y afán disputador y rencoroso- depende de la religión. Ambos bienes están en mutua y estrecha relación. Se interpenetran y cada uno de ellos obtiene provecho del crecimiento del otro [...]. Pero antes que nada, nuestro afán se cifra en el respeto a los asuntos de la Iglesia en la medida exigida por Dios [...].»[54]

El escrito de la convocatoria imperial muestra la estrecha relación entre el Imperio y la religión. Cada uno de ellos estaba supeditado al otro y

esperaba sacar provecho de él. Y que la Iglesia, en particular, nunca parece obtener el suficiente lo demuestra palmariamente la carta del obispo Celestino al emperador Teodosio II, fechada el 8 de mayo de 431: «La causa de la fe debe ser para vos aún más importante que la del Imperio:
su majestad debe prestar más atención a la paz de la Iglesia que a la seguridad de todo el orbe. Para todo hallará su majestad feliz solución con tal de preservar primero lo que resulta más valioso a los ojos de Dios».[55]

Apenas es posible exagerar la consideración que merecen esas líneas, reflejo del pensamiento católico-romano que recorre todas las épocas hasta hoy (como lo muestra drásticamente la política de influyentes círculos clericales, incluido el papa Pío XII, frente a las bombas atómicas). Ante todo y por encima de todo, lo más valioso: la Iglesia. Su causa es más importante que la del Imperio. Y lo mismo ocurre con su paz, es decir, su ventaja: ¡más importante que «la seguridad de todo el orbe»! El jesuíta Hugo Rahner comenta en tono triunfal: «La anteposición de lo eclesiástico frente a lo estatal [...]».[56]

Todos los metropolitanos de Oriente fueron citados para el concilio. También lo fueron los de Occidente, incluido el obispo de Roma, Celestino, que envió delegados. Lo fue también Agustín, de cuya muerte, acaecida cuatro mese antes, no tenía noticia la corte.

Nestorio fue el primero en acudir con dieciséis obispos y una escolta de soldados, «como si se tratara de una batalla» (Hefele), aunque debamos constatar que los soldados eran «los más pacíficos en aquella reunión de gallos de pelea» (Dallmayr). Con todo, el patriarca y otros seis o siete supremos pastores rehusaron comparecer ante el sínodo antes de que estuviese reunido en su totalidad. También estaba allí presente el obispo local, Memnón, quien secundaba a Cirilo con todas sus iglesias y el episcopado de Asía Menor, deseoso de escapar de la supremacía de Constantinopla. También Juvenal de Jerusalén, que acudió con quince prelados palestinos, oportunista y ambicioso, que aspiraba a una posición de supermetropolitano y a la autonomía respecto a Antioquía, estaba de antemano de parte de Cirilo. Éste, por su parte, había venido en barco y ya desde Rodas había notificado a los suyos: «Mediante la gracia y el amor de Cristo, nuestro Salvador, a los hombres hemos cruzado este mar ancho y profundo con vientos suaves y apacibles [...]».[57]

En contra de las disposiciones imperiales, Cirilo irrumpió allí acompañado de un poderoso séquito personal, un enjambre de unos cincuenta obispos sufragáneos egipcios, muchos clérigos y hordas de belicosos monjes, en parte analfabetos, pero firmes en su fe. Esas escoltas de matones compuestas en su origen por vagabundos, porteadores de enfermos y marineros, eran, desde la época de Atanasio, instrumentos dóciles de la política de fuerza de los obispos. Sumamente fanáticos, no se detenían ante ningún exceso y aterrorizaban a tribunales, autoridades y a los pro-

píos adversarios eclesiásticos. Precisamente el monacato, mimado y tutelado por el alto clero, trabajaba así por doquier «con los medios más brutales para soliviantar a las masas» (Stein). También el obispo local, Memnón, había excitado al pueblo de Éfeso contra Nestorio, para quien estaban cerradas las puertas de todas las iglesias. Pues el mismo Cirilo no sólo había escrito, ya en 430, cinco libros *Adversus Nestorii blasphemias* y redactado a vuelapluma, aquel mismo año, otros tres tratados polémicos *De recta fide,* enviando uno al emperador Teodosio, dos *Ad reginas,* a sus tres hermanas Arcadia, Marina y Pulquería, y otro a su esposa Eudoquia, sino que ya había condenado en doce «Anatematismos» tanto al «enemigo de la Santa Virgen» como sus supuestas tesis convirtiendo con ello su papel de acusado en el de acusador. Trataba a Nestorio como hereje convicto, iniciativa contraria a derecho, pues, según norma canónica del Reich, entonces vigente, una controversia dogmática sólo podía ser zanjada por un sínodo convocado por el emperador. Aparte de ello Nestorio había declarado en varios escritos que, con ciertos reparos, también reconocía a María el título de *Deípara,* el *theotokos,* escribiendo, por ejemplo, al obispo de Roma: «Por lo que a mí respecta, no estoy en contra de quienes quieren usar el término *theotokos,* mientras no se le interprete, imitando la necedad de Apolinar y de Arrio, de modo que implique una confusión de las naturalezas».[58]

El concilio no pudo iniciarse en la fecha fijada, el 7 de junio, porque el patriarca Juan de Antioquía -que llevaba semanas de penoso viaje por tierra durante el que enfermaron algunos obispos y murieron algunas acémilas- así como algunos obispos de Siria y Palestina se retrasaron. Pero aunque (o precisamente porque) un mensaje de Juan del 21 de junio prometía su pronta llegada, Cirilo resolvió dar ya comienzo a las sesiones. Hacía calor. También aquí cayeron enfermos bastantes obispos; algunos murieron, incluso. Pero ya antes de que llegase el grueso de los fieles de Nestorio, Cirilo inauguró el 22 dejunio del 431 el Sínodo en la iglesia mayor de Éfeso, convertida ya hacía algún tiempo en iglesia mariana. Lo hizo por propia iniciativa y pese a la expresa prohibición det gobierno, a despecho de la enérgica protesta de 68 obispos de diferentes provincias (protesta fraudulentamente sustraída a las actas griegas del concilio) ya «que las acciones atropelladas -decían- que algunos han osado se volverán, por Cristo nuestro Señor y por los divinos cánones, contra su osadía e insolencia», también pese a la protesta reiteradamente elevada por el representante del emperador, el comisionado Candidiano, que se temía un «concilio privado», hasta que, finalmente, se le echó a la calle *«imperioso et violenter».* Cirilo se aseguró así, del modo más simple, una mayoría. Y *a posterior!* el rango de «Tercer Concilio Ecuménico de Éfeso».

El santo, que se alzó con todas las bazas sin el menor escrúpulo, afir-

maría más tarde que unos cuantos obispos sirios se habían adelantado a sus colegas anticipando su estancia en la ciudad y le habían rogado en nombre del patriarca Juan -¡que luego protestaría y votó precisamente contra él!- iniciar de inmediato el sínodo. Los datos aducidos por Cirilo causan al mismo Camelot «cierta dificultad [...]. Pero antes de cuestionar la sinceridad de Cirilo, habría que pensar más bien que no se acordaba ya exactamente de los hechos o confundía unos con otros [...]». ¡¿Acaso no vemos con harta frecuencia hoy en día que los políticos pierden su memoria y que, cabalmente, la Iglesia ya no recuerda, sin más, las cosas más importantes y confunde, incluso, calificándola de resistencia su colaboración con Hitler, Mussolini y Pavelic?! No hay nada nuevo bajo el sol.

Cirilo presidió a 153 obispos y según las actas de las sesiones ocupó delegadamente «el puesto de Celestino, el santo y venerable obispo de la iglesia de los romanos. Pues Cirilo tampoco esperó la llegada de los delegados de éste, los obispos Arcadio y Proyecto, ni tampoco la del presbítero Filipo. Primero se leyeron muchas áureas sentencias de la patrística acerca de la encamación del *logos* y la unión de la divinidad y la humanidad en Cristo. Después se las confrontó aparatosamente con 20 pasajes escogidos de Nestorio, «blasfemias» horrendas que causaron tal impacto en los oídos del obispo Paladio de Amasea que, casi petrificado de consternación, se tapaba sus ortodoxos oídos. A continuación se lanzaron sucesivos rayos y centellas, algunas bien estruendosas contra el maldito hereje que, para Euopcio de Ptolemais «merecía todos los castigos ante Dios y los hombres». Y ya en el primer día de sesiones impuso la excomunión y deposición del «impío» Nestorio, a quien ni siquiera oyó -se mantuvo prudentemente alejado- y a quien se mandó informar de todo con esta indicación personal: «A Nestorio, el nuevo Judas». Los sinodales procedieron, se dice en la resolución formal, a «emitir este triste dictamen sobre él derramando abundantes lágrimas. El Señor Jesucristo, por él ultrajado, resolvió por consiguiente, a través del santísimo sínodo reunido que, ya privado de la dignidad obispal, fuese excluido del conjunto de la asamblea sacerdotal». No obstante «es hoy juicio unánime de los historiadores del dogma que Nestorio fue injustamente condenado como hereje». Y también lo es, de seguro, que el proceder de Cirilo «se caracterizó por una implacabilidad poco honrosa».

Mientras que Nestorio tuvo que ser protegido por los soldados, Cirilo se hizo festejar frenéticamente, con antorchas e incensarios: una puesta en escena tan llena de vileza como coronada por el éxito.[59]

Jubiloso comunica al clero y al pueblo de Alejandría: «¡Salve Señor!» -acerca de este 22 de junio- que «tras una sesión que duró todo el día castigamos por fin al desdichado Nestorio con la deposición y privación de su dignidad de obispo. Fue condenado sin que osase siquiera presentarse al santo sínodo. Mas de doscientos obispos estaban allí reunidos»,

considerable exageración del santo. El dictamen conciliar lleva la firma de 197 obispos, pero allí había únicamente «unos 150 obispos» (Camelot y también el *Manual de la Historia de la Iglesia).*[60]

Cirilo sigue contando a los suyos que todo Éfeso estuvo esperando desde muy temprano hasta muy tarde el juicio del «santo sínodo» y comenzó después a felicitarlo unánimemente y a alabar a Dios porque «había sido aplastado el enemigo de la paz». Después de abandonar la iglesia todos fueron acompañados hasta sus viviendas en medio de antorchas. «En toda la ciudad se celebraron fiestas de júbilo y luminarias. ¡Las mujeres llegaron incluso a preceder nuestros pasos agitando sus incensarios! El Señor ha mostrado su omnipotencia a quienes blasfemaron contra su nombre».[61]

Resulta chocante: ¡a lo largo de la carta no se encuentra ni una sola sílaba referente a la proclamación de la maternidad divina de María, que es lo que pretendidamente estaba enjuego! ¡Los textos conciliares no contienen ni una definición expresa del *theotokos*\ *«En Éfeso no hubo en absoluto semejantes definiciones»*, enfatiza el cronista del concilio y asesor del II Concilio Vaticano, Camelot, para concluir poco después su exposición con estas palabras: «Esa historia divina y humana al mismo tiempo condujo en Éfeso a una *definición dogmática* expresiva de los más sublimes valores religiosos y de todo el realismo [!] de nuestra redención». Esto demuestra una vez más que no es sólo el carácter de los teólogos católicos lo que está endiabladamente perdido, sino también su lógica y que personas de esa índole sólo tienen cabeza al objeto de trastornar la del prójimo. (Por lo demás está muy bellamente expresado: ¡esta historia divina y humana al mismo tiempo!) Por cierto que el papa Pío XI habló repetidas veces, rememorando aquel espectáculo de Éfeso, de una definición solemne *(solemniter decretum)* relativa a María como Madre de Dios. No obstante, alguien -quizá el Espíritu Santo- tiene que haberlo iluminado después: ¡Su encíclica *Lux Veritatis* (¡Qué escarnio!) del 25 de diciembre de 1931 no contiene la menor alusión a una definición! En lugar de ello, Pío explica ahora el dogma de la maternidad divina de María como pura consecuencia de la doctrina de la «unión hipostática», que por cierto tampoco fue enunciado entonces conceptualmente.[62]

Por lo demás, en su fuero interno, Cirilo no concedía gran importancia ni a lo uno ni a lo otro. De ahí que su carta se limite consecuentemente a hablar sobre cómo él y su séquito fueron incensados y sobre la aniquilación del «hereje», de su temido rival a quien se hizo saber por escrito:

«El santo sínodo reunido en la ciudad de Éfeso por la gracia del más pío de los emperadores, santo entre los santos, a Nestorio, el nuevo Judas: Has de saber que a causa de tus impías manifestaciones y de tu desobediencia frente a los cánones del santo sínodo has sido depuesto este 22 de junio y que ya no posees rango alguno en la Iglesia».[63]

El Padre de la Iglesia Teodoreto de Ciro, participante en el concilio, escribió sobre ello: «Nuevamente se lanza furioso el egipcio contra Dios y pelea contra Moisés y sus siervos. La mayor parte de Israel aprueba a su adversario, pues son muy pocos los justos y tienen que sufrir tribulaciones por causa de su piedad [...]. ¿Qué comediógrafo escribió jamás semejante fábula? ¿Qué autor trágico pudo crear algo de tal aflicción?».[64]

Nestorio declaró acerca de esta asamblea ecuménica que Cirilo encarnaba él mismo cada sesión «pues dijese lo que dijese, todos repetían sus palabras. Su persona representaba, sin duda alguna, el tribunal [...]. ¿Quién fue el juez? Cirilo. ¿Quién el acusador? Cirilo. ¿Quién fue obispo de Roma? Cirilo. Cirilo lo era todo». Por su parte, el papa Celestino reivindicó, naturalmente, para sí «la mayor parte, gracias a la ayuda de la Santísima Trinidad» y se glorió de haber proporcionado el escalpelo «para cortar ese absceso del cuerpo de la Iglesia», pues «la espantosa podredumbre lo hacía aconsejable». (En el siglo xx, el historiador católico Palanque atribuye al «hereje» Nestorio mal carácter y a san Cirilo «malevolencia»).[65]

En la mente del papa Celestino, sin embargo, aquella asamblea de Éfeso se transfiguraba en una «gran legión de santos» que le «atestiguaba la presencia del Espíritu Santo». En realidad, Cirilo se había valido de él como pretexto, usándolo en su lucha contra Constantinopla, contra el patriarca y contra el emperador. Los delegados papales no tuvieron la menor influencia en las resoluciones y ni siquiera representaron a todo Occidente: el episcopado de África y el de Iliria tenían su propia representación autónoma. Por último, los legados romanos, cuya llegada ni siquiera fue aguardada para comenzar las sesiones, sólo se mencionan al final y muy de pasada en un informe tan amplio como el enviado a Celestino. De hecho, ello estaba en consonancia con su actuación, pese a algunas frases ampulosas como esta: «El santísimo y beatísimo Pedro, primero y cabeza de los apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia católica, obtuvo de Nuestro Señor Jesucristo, redentor del género humano, las llaves del Reino y la potestad de atar y desatar. Y él sigue viviendo y juzgando en la persona de sus sucesores [...]», etc.[66]

Con todo, no era sólo el caso de que Cirilo había usado a Roma como una baza, sino que Celestino, que realmente era entonces poco más que una carta en manos del alejandrino, había sido distinguido en Oriente como pocos papas anteriores a él. La declaración de su legado, el sacerdote Filipo, fue, al menos, incorporada a las actas conciliares ¡y pudo servir todavía de pieza probatoria de la infalibilidad papal al I Concilio Vaticano (1870)! En todo caso, «la tragedia del patriarca Nestorio en su lucha con Cirilo, y el mismo Concilio de Éfeso, ofrecieron al papado ocasión para mostrar ante el orbe entero desde la gran tribuna de la iglesia estatal de Oriente las nuevas pretensiones de la época de las decretales. Se puede hablar con plena razón de una tragedia porque las distintas con-

cepciones de las escuelas antioquena y alejandrina acerca de la encarnación no tendrían, en modo alguno, que haber desembocado en herejías y cismas para la Iglesia. El factor motriz que arrastró a la catástrofe, fue el odio suspicaz y la implacable voluntad aniquiladora con los que Cirilo atizó y llevó a su paroxismo la controversia nestoriana. Su tropa de choque más fuerte la constituían a este respecto bandas de monjes poco formados, adversarios de la razón, y por ello mismo, muy propensos al fanatismo [...]». Tal es el juicio del teólogo católico e historiador de la Iglesia G. Schwaiger sobre uno de los mayores santos del catolicismo.[67]

Con todo, la proclamación triunfal de Cirilo no puso colofón al concilio.

Algunos días después (a causa del mal tiempo y por «haberse despeñado los caballos») comparecieron los obispos sirios, llamados entonces «los orientales» -preventivamente excluidos por el santo- encabezados por su patriarca Juan de Antioquía, amigo de Nestorio. Apenas descabalgados se constituyeron, el 26 de junio, juntamente con una parte de quienes el 21 de junio se opusieron a Cirilo y en presencia del comisionado imperial y protector oficial del concilio, Candidiano, en lo que sin duda era «concilio legítimo, no se le puede denominar de otro modo» (Seeberg). si bien era un sínodo sustancialmente más reducido de unos 50 obispos. Depuso a Cirilo y al obispo local Memnón, gravemente comprometido, cuyas hordas de monjes acosaron de tal modo a Nestorio que hubo que proporcionarle protección militar (el documento de deposición lleva 42 firmas en las actas griegas; en la versión latina de Rusticus, 53). El sínodo declaró excomulgados a los restantes padres conciliares hasta tanto no condenasen las proposiciones heréticas de Cirilo «frontalmente opuestas a la doctrina del Evangelio y de los apóstoles». La minoría dirigió al emperador una áspera protesta contra la «bárbara asamblea» de los adversarios e interceptó los escritos de Cirilo a Teodosio, a raíz de lo cual el santo echó a la calle a sus bandas de monjes más contundentes y aguerridos. Entre ellos descollaba especialmente Shenute de Atripe, santo de los coptos. El resultado fue una anarquía total: el concilio minoritario, de signo nestoriano, apenas pudo ser protegido de la soliviantada multitud, aunque también Nestorio iba flanqueado por una «pandilla de la porra» con la que amenazaba mortalmente a los obispos de Cirilo.[68]

Durante el mes de julio, después de llegar los legados romanos, los obispos Arcadio y Proyecto y el sacerdote Filipo, auténtico portavoz, la mayoría conciliar se reunió todavía en una quinta sesión. Filipo hizo notar en su discurso de salutación que el papa Celestino había zanjado ya la cuestión mediante su carta a Cirilo. Seguidamente se leyó un segundo escrito papal, primero en latín, como exigieron firmemente los legados, y después en griego. Los reunidos, obviamente preparados por Cirilo, prorrumpieron en gritos: «¡Justo juicio! ¡Gloria a Celestino, el nuevo Pablo!

¡Gloria a Cirilo, el nuevo Pablo! ¡A Celestino, custodio de la fe, a Celestino cuyo espíritu está con nosotros en el sínodo! ¡A Celestino da las gracias el sínodo! ¡Un Celestino, un Cirilo, una fe en el sínodo, una fe en el mundo!». (¡Un solo pueblo, un solo Reich, un solo Führer!) ¡¿Qué alemán de mi generación no pensaría, al oír esa retórica totalitaria, en el grito -¡bastante más modesto pese a todo!- de la época nazi?!

¡Una sola fe en todo el mundo! eso es lo que desearían siempre, ¡si se trata de *su* fe! De su falta de fe...

Alejandría y Roma quedaban, por así decir, coordenadas y equiparadas paritariamente en las aclamaciones sinodales. De ahí que el legado papal Filipo, valiéndose de un jerga sacra nauseabunda, se apresurase a presentar el asunto bajo la perspectiva romana: «Agradecemos al sacro y venerable sínodo que tras haber leído en vuestra presencia la carta de nuestro santo y bienaventurado padre, vosotros os habéis unido como miembros sacros a la sacra cabeza por medio de vuestras voces y exclamaciones sacras [...] pues vuestra bienaventuranza sabe bien que la cabeza [...] de toda la fe y de todos los apóstoles es el bienaventurado Pedro» (¡tanta santidad no puede ser otra cosa que una mentira!). También al día siguiente hizo Filipo manifiestas las aspiraciones de Roma a su primado, pero el obispo Teodoro de Ancira, malogró muy hábilmente sus propósitos. Tampoco Cirilo pensaba lo más mínimo dejarse convertir en mandatario del papa y destacó finalmente de nuevo la preeminencia del orden sinodal más antiguo, la aprobación, por parte de los romanos, de la resolución del concilio (¡y no, por ejemplo, viceversa!), sin que ambas partes tirasen no obstante a matar. Cada una de ellas usaba a la otra para sus propios fines.[69]

El 11 de julio, la delegación papal confirmó la deposición de Nestorio. El 16 de julio, el concilio de la mayoría declaró nula y contraria a los cánones la deposición de Cirilo y de Memnón por parte de los orientales. El 17 de junio excomulgó al patriarca Juan de Antioquía (después que éste rechazase una triple citación de comparecencia) y a sus partidarios y dispuso su suspensión de todos los cargos espirituales hasta tanto «no se enmendasen». Así pues, cada uno de los concilios declaró maldito al otro, de forma bastante cristiana y cada uno de ellos envío a la corte una delegación, a requerimiento de la más alta dignidad. El emperador confirmó así las resoluciones de ambos. Fracasó un intento de avenencia. El abad Dalmacio, que pasaba por santo y presumiblemente no había abandonado su celda en 48 años, entró en acción de parte de Cirilo. Dalmacio se puso ahora al frente de unas pandillas de monjes y se manifestó entre cánticos sagrados y acompañado de una gigantesca multitud ante el palacio imperial hasta que fue recibido por el indeciso soberano, quien ahora debía, más aún, tenía que tomar una decisión, pero siguió aún vacilante. A principios de abril apareció en Éfeso el tesorero imperial, Juan *(comes*

sacrarum largitionum), con un escrito de su señor que deponía a Cirilo, Memnón y Nestorio, hasta que él mismo, el *comes* Juan, arrestó a los tres actores principales, Cirilo, Nestorio y el obispo local Memnón, «en prevención» de tumultos, toda vez que ambos partidos se pelearon en su presencia al ser convocados conjuntamente. Al último, por deferencia, se le dejó en su propio palacio.

En esta fase decisiva del concilio, en la que Cirilo presentó el dogma de la «Madre de Dios» o de la virgen *Deípara,* como se prefiera, «se fue abriendo paso un vuelco en el ánimo de la corte» (Biblioteca patrística). De ahí que Cirilo escapase pronto de su encarcelamiento y estuviese, ya a finales de octubre, de nuevo en Alejandría. Allí recompensó a sus guardianes admitiéndolos en el clero local y se dedicó, sobre todo, a activar a su manera, y por medio de sus agentes en la capital, la continuación del concilio, «al estilo Cirilo», por así decir. Pues este hombre, el que con mayor frecuencia y patetismo habla del «aspecto carismático de la Iglesia» (K. Rahner, S. J.), a quien el papa Celestino llama «mi santo hermano Cirilo», *«bonusfidei catholicae defensor», «probatissimus sacerdos», «vir apostolicus»,* a quien Atanasio Sinaíta ensalza como «el sello de los Padres» y cuyo nombre ha sido perennizado en absoluto, en la historia de la Iglesia y del dogma, como el del instrumento providencialmente elegido, como el gran abogado, salvador, incluso, de la ortodoxia, este hombre comenzó a dilapidar el dinero de la iglesia alejandrina derramándolo sobre la corte. Ésta estaba plagada de cómplices y espías suyos y el santo soborno cielo y tierra, todo cuanto era sobornable, pero todo ello «en favor de la fe amenazada» (Grillmeier, S. J.). «Las últimas negociaciones eclesiásticas [...]», así titula el dominico Camelot (con el *imprimatur* eclesiástico) este apartado: «[...] todo lo cual es un asunto en el que no queremos demoramos en particular, pues no atañe directamente al concilio».[70]

Nosotros, en cambio, sí que queremos demoramos aún en ello, tanto más cuanto que apenas habrá nadie dispuesto a creer que el alejandrino inundó la corte imperial con sus *eulogias* («donativos») por razones caritativas.

San Cirilo, distinguido -¡estigmatizado!- por decreto de la Congregación de Ritos, con fecha de 28 de julio de 1882, con el máximo título concedido por la Iglesia católica, el de *Doctor Ecciesiae,* obsequió personalmente o por medio de terceros, con generosidad de gran comerciante y arriesgándolo todo en el justo momento, a las princesas y a la camarilla palaciega con codiciadas plumas de avestruz, costosos tejidos, tapices y muebles de marfil. Untó con gigantescas sumas a altos funcionarios, usando así de sus «conocidos recursos de persuasión», como dice Nestorio con sarcasmo -que no le duraría mucho desde luego-, de sus «dardos dorados». Dinero, mucho dinero: dinero para la mujer del prefecto preto-

rio; dinero para camareras y eunucos influyentes, que obtuvieron singularmente hasta 200 libras de oro. Tanto dinero que, aunque rebosante de riqueza, la sede alejandrina hubo de tomar un empréstito de 1.500 libras de oro, sin que ello resultase a la postre suficiente, de modo que hubo de contraer considerables deudas. (Cuando el sucesor de Cirilo, Dióscoro, tomó posesión de su cargo, halló las arcas vacías a causa de estos sobornos.) En una palabra, el Doctor de la Iglesia Cirilo se permitió, sin detrimento de su santidad sino, más bien, al contrario, poniéndola cabalmente así de manifiesto, «maniobras de soborno de gran estilo» (Caspar), pero, al menos, maniobras tales -escribe complacido el jesuíta Grillmeier- «que no erraron en sus objetivos». Disponemos de inventario de aquellas maniobras constatables en las actas originales del concilio. Una carta de Epifanio, archidiácono y secretario *(Syncellus)* de Cirilo al nuevo patriarca de Constantinopla, Maximiano, menciona los «regalos», una lista adjunta los desglosa exactamente, y el Padre de la Iglesia Teodoreto, obispo de Ciro, informa al respecto como testigo ocular.[7']

El dogma costó lo suyo, no cabe duda. A fin de cuentas ha mantenido su vigencia hasta hoy y el éxito santifica los medios. En este caso, literalmente, incluso al promotor del éxito. Y no es éste ni mucho menos el único caso en que se granjearon así el favor del Espíritu Santo y en que la teología, o por mejor decir, sus resultados prácticos se pagaron en metálico. El dinero jugó ya desde muy temprano su papel en la imposición de la fe y de la violencia y también, y a mayor abundancia, en épocas subsiguientes. El jesuíta Bacht aborda tangencialmente la cuestión de «los cuantiosos dineros de soborno», que «nunca (¡) escatimaron los patriarcas de Alejandría». ¡Pero tampoco escatimaron los otros!, los de Roma sin ir más lejos, de modo que los soberanos de la Iglesia y de la «herejía» operaron con ellos, pagándolos y embolsándoselos, y también los emperadores cristianos, como ya hizo el primero, Constantino, quien no sólo colmó al clero de dinero y prebendas, sino que también distribuyó donativos entre los pobres para hacerlos cristianos.[72]

Y de seguro que también jugó su papel el que el dogma de la maternidad divina de María tomase cuerpo precisamente en Éfeso, es decir, en la sede central de la gran deidad madre pagana, de la Cibeles frigia, de la diosa protectora de la ciudad, Artemisa, cuyo culto, rendido por peregrinos, era algo habitual desde hacía siglos para los efesios. Artemisa, venerada especialmente en mayo, como «intercesora», «salvadora» y por su virginidad perpetua, acabó por fundir su imagen con la de María, si bien los últimos devotos de la diosa escondieron su imagen en el templo «adjuntándole cuidadosamente todos los fragmentos de las columnatas y estatuas de cierva que pudieron hallar mientras la construcción era arrasada por los cristianos, llevados de su santo celo» (Miltner).[73]

Cirilo, a quien, según Altaner, el mundo debe -entre otras cosas- «el

más famoso de los sermones a María de la Antigüedad» (Hom. 4) -en caso de que sea auténtico, algo contra lo cual hay serios reparos incluso por parte católica-, dio plenamente en la diana con sus «dardos dorados». Hasta el pío *Manual de la Historia de. la Iglesia,* editado con la bendición obispal no puede por menos de hablar de una «amplia donación de regalos entre las personalidades más influyentes de la capital», a consecuencia de la cual el patriarca «gravó la iglesia alejandrina con una enorme carga de deudas». El manual parece, al mismo tiempo, irritado por el hecho de que «Nestorio tildó, amargado, de soborno aquella acción», como si no hubiese sido efectivamente uno de los más tremendos. Los católicos se buscan penosamente aquí, como en todos los casos altamente escabrosos, subterfugios no menos escabrosos. El teólogo Ehrhard, por ejemplo, no subsume el uso de las ingentes cantidades de soborno por parte del Doctor de la Iglesia «bajo el concepto con el que hoy se designaría», pues en ese caso «habría que condenarlo del modo más enérgico» y eso, por lo visto, no debe hacerse. De ahí que acuda al eufemismo, calificándolo de bien conocida «costumbre de la época [...] de no presentar un ruego a una (?) alta personalidad sin acompañarlo de un presente». Pero, en todo caso, hasta para el propio Ehrhard, el santo «rayaría más alto en nuestra estima si no se hubiese plegado a esta costumbre y hubiese confiado única y exclusivamente en la bondad de su causa». Pero eso **es,** precisamente, lo que no podía hacer el santo.

El patriarca de Constantinopla, sin embargo, perdía ahora a ojos vista el terreno bajo los pies. La opinión de la corte dio un vuelco. El emperador Teodosio II, cuyo parecer dependió a lo largo de su vida del de su entorno, estaba intimidado, además, por la actitud terrorífica de los monjes de Cirilo como también, quizás, por aquella carta del papa Celestino en la que, precisamente por entonces, el año 431, le inculcaba la idea de que el auténtico soberano de su reino *(impertí rector)* era Cristo, por lo cual el regente debía proteger la ortodoxia y defender la fe verdadera, a la par que acentuaba la prioridad de todo lo religioso frente á todo lo «temporal». De ahí que Teodosio dejase a Nestorio en la estacada, tanto más fácilmente cuanto que este cometió el error de ofrecerle su abdicación. Renunció a su sede obispal y suplicó al déspota poder intervenir, en cambio, para promulgar en todas las iglesias edictos reprobando la «charlatanería de Cirilo», evitando así el escándalo a los más simples. El 3 de septiembre del año 431 Nestorio fue a su antiguo monasterio junto a Antioquía y el 25 de octubre fue sucedido en su cargo por el presbítero Maximiano, una nulidad que no causó estorbo ninguno a Cirilo.

Ni tampoco al papa. Celestino saludó la «elevación» de Maximiano, le dedicó una carta escrita plenamente en tonos propios del superior y dirigió una larga carta pastoral a los clérigos de Constantinopla, como si to-

dos estuviesen a sus órdenes. El 15 de marzo del año 432 se abatió nuevamente contra el destronado Nestorio comparándolo con Judas, salvando las distancias a favor de éste. Fustigó su «impiedad», pero mantuvo su prudencia guardándose de dar «el nombre de "herejía" a su perfidia», pues, «no toda impiedad es herejía», expresión muy equívoca. Y mientras denostaba a Nestorio como «pecador» de «ofuscada mirada», se presentaba a sí mismo bajo la luz más favorable. «Reivindico para mí -escribía el papa- el mayor mérito gracias a la ayuda de la reverenda Trinidad, en el restablecimiento de la calma [!] en el conjunto de la Iglesia y en las cimas de la actual alegría; pues fui yo [...] quien echó la semilla [...].» «Como el extirpar este tumor del cuerpo de la Iglesia era algo que parecía aconsejable a la vista de la terrible podredumbre, acompañamos el escalpelo a las vendas curativas.»

También Cirilo anunció su triunfo al orbe a toques de trompeta y no descansó hasta que su ya condenado antagonista, el «lobo carnicero», el «dragón redivivo», el «hombre de pérfida lengua inflamada por el veneno», que, sin embargo, se había estado resignadamente en calma durante varios años, no cayó dentro de su esfera de poder. Deportado primero a Petra (Wadi Musa, en la Palestina del sur), fue finalmente llevado a un remoto rincón, casi sin agua, del desierto egipcio (con el encantador nombre de «Oasis»), lugar de residencia de funcionarios de la corte, caídos en desgracia, y de presidiarios. Vigilado por los espías del santo, Nestorio vegetó hasta consumirse en las condiciones más primitivas, sólo y olvidado, pero inquebrantable en su fuero interno y firme en la convicción de su ortodoxia hasta el final de sus días, siendo secuestrado y obligado varias veces a cambiar de residencia hasta el año 451. Después de una fallida petición de gracia, murió presumiblemente en los alrededores de Panápolis (Alto Egipto). Legó al mundo unas memorias, el *Libro de Heráclides* y su afligida autobiografía (editada en 1910), en la que trazó ciertos paralelismos entre su destino y el de su predecesor Juan Crisóstomo y también con el de Anastasio y Flaviano.[74]

Nestorio fue la víctima de la colusión entre Alejandría y Roma, y, por último, también de la corte. El papa Celestino I había jurado a Teodosio prestarle su apoyo para cimentar tanto más sólidamente su propia dominación. Y después del concilio elogió de forma casi entusiástica al monarca y con las palabras del profeta denominó a su Imperio «reino para toda la eternidad». Ese título de gloria le pertenecería siempre ya que «ninguna época ni longevidad lo podrán borrar. Pues es eterno cuanto sucede por amor al rey eterno». Esto estaba ciertamente en consonancia con su antigua declaración: «Dichoso el Imperio entregado al servicio de la causa de Dios». En realidad, dichoso en tal caso no lo es tanto, desde luego, el Imperio como el papado. Eso es, por lo demás, lo debido. ¡Se trata únicamente de eso! Y ello es lo que justifica cualquier dureza, cual-

quier bajeza, cualquier abyección. De ahí que W. Ullmann subraye con razón que fue el mismo papa quien rogó al emperador que Nestorio, ya condenado por el veredicto de los obispos, fuese además apartado de la sociedad, algo que J. Haller interpreta como señal «del miedo y del odio que todavía suscitaba el derrocado», a quien aún se creía capaz de un reinicio de la controversia pelagiana.[75]

El cronista conciliar Camelot nos presenta, sin embargo, un resumen típico de la teología católica. Partiendo de la cuestión de cuál fue «el auténtico Concilio de Éfeso», opina de inmediato que muchos historiadores ven en este sínodo «tan sólo un asunto bien triste», una «tragedia lamentable y embrollada» escenificada por el «faraón alejandrino» (apelación, por lo demás de un católico famoso, el historiador de la iglesia L. Duchesne, a quien la institución tampoco dejó del todo indemne) y expresa de hecho que «hasta hoy en día muchos estudiosos, incluso muy buenos y en modo alguno heréticos en su totalidad, se sintieron impulsados a juzgar severamente e incluso a malfamar la conducta de Cirilo en todo este asunto y, en consecuencia, al mismo concilio». Y con no poca frecuencia da la impresión de que el mismo Camelot propende a ello, pues aduce razones de peso en favor del concilio de Nestorio y de Juan y también otras equivalentes en contra de Cirilo, cuya impugnabilidad y carácter escandaloso están «fuera de toda duda». Claro está que a continuación escribe así: «La presencia de los legados romanos basta, sin embargo, para garantizar el carácter ecuménico del concilio de Cirilo, calidad ausente del de los obispos orientales. Fue así como el concilio de Cirilo, y no el de Juan, estuvo en comunidad con el papa».

Con ello se pone una vez más de manifiesto, como en mil otras ocasiones de la historia, que basta meramente hacer causa común con el papa para convertir en justo lo injusto. Dice, con todo, Camelot que algunos hablan del «latrocinio de Éfeso», no concediéndole más valor que al del año 449. Más aún, en su libro *Los cuatro grandes concilios,* aparecido en la editorial católica Kósel, H. Dallmayr califica de «fiasco» y de «el concilio más escandaloso en la historia de la Iglesia» a aquella asamblea en la que los legados papales hallaron que «todo respondía a los cánones y a las reglas eclesiásticas».[76]

Hoy apenas hay en Éfeso unos cuantos monumentos cristianos. La antigua iglesia del concilio es una ruina e Izmir, que es con mucho la ciudad más grande de la comarca, cuenta apenas con dos mil cristianos entre sus 450.000 habitantes.[77]

La «Unión» o el increíble chanchullo de la fe: La bribonada entre Cirilo y el monje Víctor

Cuando los vientos volvieron a soplar en la otra dirección y comenzaron las protestas en todo Oriente, Cirilo, vencedor de momento gracias al oro y la astucia, desechó todo cuanto había propugnado teológicamente en Éfeso, con tal de preservar su puesto. Los dos sínodos -el papa Celestino le había felicitado varias veces por su fructífero trabajo conciliar en marzo de 432- se habían separado, en realidad, en actitudes totalmente irreconciliables. Con todo, después de cierto tira y afloja, Cirilo capituló dogmáticamente. Ya en 433, renunció a buena parte de su terminología y firmó un profesión de fe a manera de fórmula unitaria que también Nestorio hubiese aceptado en buena medida, si es que no del todo. Ahora admitió como válida la diferencia entre las cualidades divinas y humanas de Cristo, algo que hasta entonces había reprobado, y se pronunció a favor de una fórmula de compromiso típicamente equívoca: Cristo verdadero Dios y verdadero hombre en «unidad inmixta». Y de acuerdo con ello también la maternidad divina de María. «En definitiva, también Nestorio hubiese podido firmar eso» (Haller). Es más, para H. Daílmayr, que se confiesa cristiano, no hay «hoy mucha gente que dude de que Nestorio hubiese suscrito de todo corazón este credo unitario. Sólo que no estaba en situación de hacerlo, pues no le fue presentado». ¡Era la reproducción textual de un escrito de protesta contra los «Anatematismos de Cirilo», símbolo de fe escrito probablemente por Teodoreto de Ciro y que los antioquenos aliados con Nestorio habían redactado ya, palabra por palabra, el año 431 en Éfeso y enviado a la corte! «Alégrese el cielo, exulte la Tierra», exclamó ahora Cirilo ante Juan. Y como contrapartida por su signatura, los antioquenos reconocieron ahora -y en ello siguió insistiendo Cirilo, pues eso era lo único decisivo para él- la consagración del nuevo patriarca de Constantinopla, Maximiano, y -lo que Seeberg reputa como un «suicidio moral»- la condena de su antecesor, Nestorio.

¡Ellos, que enseñaban lo mismo que él! y que hacía poco, regresando de Éfeso, en Tarso y en la misma Antioquía, arrebatados por la indignación, habían condenado en sendos sínodos a Cirilo como apolinarista, improperio que aparece una y otra vez en sus escritos, excluyendo de la Iglesia tanto al santo como a sus partidarios! El obispo Alejandro de Hierápolis seguía empeñado en que aquél se retractase de sus Anatematismos. Más aún, un grupo opositor dirigido por los obispos Eladio de Tarso y Euterio de Tiana urgió al nuevo papa Sixto III para que anatematizase al alejandrino. Provincias enteras renegaron de Juan. Pero lo que menos necesitaba el emperador era una disputa clerical. Hizo pues intervenir a Simeón el Estilita, el santo tan a menudo ridiculizado en la antigüedad y **en** la modernidad (por parte de Gibbon, Tennyson y Haller) pero alta-

mente venerado por la Iglesia, que primero se pasó siete años de pie sobre una columna pequeña y después otros treinta sobre otra mayor. Al parecer, Simeón arrancó de la «idolatría» a etnias enteras y causó un número tal de extraordinarios milagros que ello raya «en lo increíble» incluso para los católicos (Wetzer/WeIte). Frente al clero, desde luego, Simeón, tan fecundo en milagros y en visiones -a quien en otro tiempo habían incluso perseguido sus propios monjes del monasterio de Teleda-, mostró ser a todas luces impotente. E incluso cuando un comisionado especial de Teodosio, el tribuno y notario Aristolaos, a quien aquél envió a Antioquía, exigió la condena de Nestorio juntamente con la de sus escritos, siguieron resistiendo los orientales reunidos en sínodo. Sólo después que el patriarca Juan apelase al «brazo secular» y tras la dura intervención de los funcionarios del emperador, firmó el episcopado sirio la condena de Nestorio a excepción de una pequeña minoría agrupada en torno al nestoriano Alejandro de Hierápolis. Éste fue depuesto y deportado a Egipto por disposición del patriarca. Una vez más vencieron la corrupción y la violencia. Juan, que en 431 había depuesto a Cirilo apoyado por todos sus prelados, escribió ahora: «¡Asentimos (a los obispos ortodoxos de Éfeso), deponiendo a Nestorio [...]!».[78]

Se trataba de un chanchullo casi increíble, al que llamaron la «Unión», tramado entre los patriarcas Cirilo y Juan y en el que dos papas metieron también cucharada: Celestino I, que había muerto entretanto, y su sucesor Sixto III, quien, con una autocomplaciencia rayana en el cinismo, escribió a Juan: «El desenlace de este asunto te habrá hecho ver cuánto vale el estar de acuerdo con Nos». (En memoria del concilio hizo también adornar con mosaicos la iglesia de Santa María Maggiore, cuya estructura había reformado.)

Varios obispos fuera de la órbita de poder de Cirilo le atacaron desde luego acremente, como hizo Sucenso de Diocesarea o Valeriano de Tarso. Pero incluso una parte de sus propios partidarios y entre ellos uno de los primeros, Acacio de Melitene, acérrimo antagonista de Nestorio, se escandalizaron de tal modo que Cirilo tuvo que tragarse algunos reproches, hacer declaraciones y seguir, en una palabra, un camino sinuoso, maligno y sin escrúpulos para no perder su apoyo. Juan, por su parte, unido por antigua amistad con Nestorio aparecía como su traidor. Los antioquenos aparecían en general y cada vez más como los acusados, mientras que Cirilo y Alejandría saboreaban su triunfo como partido más fuerte. Casi de inmediato, Teodosio II y Valentiniano III hicieron quemar todos los escritos de Nestorio. «Advierte, querido hermano» -celebraba el papa Sixto ante el patriarca antioqueno- a los «munificentísimos y cristianísimos emperadores» y «cuan vigilantes se han entregado a la causa de la religión, cómo resolvieron sin demora, sin atender a los asuntos temporales hasta que no satisficieron antes los celestiales [...]. Han pues-

to su empeño en favorecer la causa del papa, que nunca sustrajo su apoyo al imperio. Ellos saben que prestan su solicitud a quien sabrá resarcírsela con réditos. Lo que nos hace dignos de alabanza, es ver a los soberanos temporales aliados al rey celestial».

¡Trono y altar! «¡Dame, oh emperador, la Tierra limpia de herejes y yo te daré el cielo como recompensa. Aniquila conmigo a los heterodoxos y yo aniquilaré contigo a los persas!» Así exclamó Nestorio en la prédica con la que inauguraba su cargo. Ahora era él mismo el hereje aniquilado. A excepción del *Líber Heraclidis* (disponible en versión siriaca) sólo se conservan algunos fragmentos de sus escritos, aunque él mismo no fuese «nestoriano» y no estuviese muy lejos de la fórmula que pronto sería promulgada en Calcedonia como ortodoxa. Se consideró «ortodoxo» hasta el último momento y ya contemporáneos suyos hablaron de la «tragedia de Nestorio». Y de hecho no ha podido ser convicto de herejía hasta el presente. Investigadores de renombre intentaron rehabilitarlo. El historiador del dogma, R. Seeberg ha esclarecido la fe de Nestorio basándose en el *Líber Heraclidis,* en el que critica mordazmente a Cirilo y expone su propia posición. Seeberg resume: «Esa doctrina no tiene, de hecho, nada de «herética» [...]. Viene, en sustancia, a coincidir plenamente con León y el calcedonense. La diferencia estriba en que estos últimos han prodigado acusaciones y afirmaciones de carácter general, mientras que Nestorio es tan esmerado en la refutación de sus adversarios como en la exposición de sus concepciones. Apenas resulta exagerado considerar a su libro como el intento más significativo y más sagaz de resolver el problema cristológico de entre los emprendidos en la Iglesia antigua». Y el católico Franzen escribe por su parte que «sigue siendo algo no dilucidado hasta hoy» en qué medida era «herética» su enseñanza. Lo es sobre todo porque de este lado es muy raro que se reconozca la comisión de un error grave, de un delito.

No obstante, los nestorianos, públicamente perseguidos, huyeron en desbandada al reino persa. Allí obtuvieron una acogida favorable y debilitaron aún más a la ya débil *Catholica.* El año 485, los dos soberanos de las iglesias respectivas, el nestoriano Barsuma de Nisibe, y el católico Bábilas de Seiéucida, se anatematizaron recíprocamente. Bábilas fue ejecutado aquel mismo año. Los nestorianos, en cambio, separados oficialmente de los católicos desde el Concilio de Seiéucida del año 485, se expandieron poderosamente. Como también fueron duramente combatidos por los monofisitas, ello condujo a nuevas luchas. A despecho de todo, su expansión continuó, llegando en el siglo vi a Ceilán y a las comarcas turcas del Asia Central. En el siglo vn llegaron a China, que toleró durante dos siglos a los cristianos, a través de la ruta de la seda. Como escribe el Katholikos Timoteo I, que impulsó afanosamente las misiones, muchos «cruzaron los mares hacia la China y la India, llevando tan sólo su

báculo y su bolsa» En el siglo xiv, la invasión mongola determinó, sin embargo, su brusco y rápido declive. En el siglo xvi, numerosos nestorianos se unieron a Roma bajo la denominación de caldeos o cristianos de Malabar. En el siglo xvn, muchos se hicieron monofisitas (jacobitas). Pero todavía en el siglo xx sigue habiendo (pequeñas) iglesias nestorianas en Irak, Irán, y Siria, aparte de los 100.000 nestorianos del Kurdistán, unos cinco mil en la India y unos veinticinco mil en EE.UU. Nestorio pasó, con todo, a la historia como el «hereje» reprobo de Dios, mientras que ya el Concilio de Calcedonia, lo que en todo caso es harto significativo, celebró a Cirilo como un segundo Atanasio adornándolo con el título de «abogado de la fe ortodoxa e inmaculada».[79]

Realmente, el santo era un consumado artero, como lo eran, sin duda, muchos de los príncipes de la Iglesia, si bien no todos llegaron a santos y, menos aún, a doctores de la Iglesia. Pero por muy taimadamente que el «abogado» hubiese luchado antes de la eliminación de su enemigo -supuestamente por mor de la fe y no del poder- ahora que ya tenía el poder, la fe no parecía ya tan importante. Y si poco tiempo atrás había amenazado a Nestorio citando al Señor: «No creáis que yo he venido al mundo a traer la paz; no es la paz lo que yo vine a traer, sino la espada». Ahora, tras el aplastamiento de Nestorio en la primavera del año 433, confesó a Juan de Antioquía que «tenía presentes las palabras del Señor: "Mi paz os doy; mi paz os dejo"». Había aprendido también a rezar: «Dios y Señor nuestro, danos la paz, pues con ellos nos lo has dado todo». ¡Muy al caso después de tenerlo ya todo![80]

Lo que antes valía, no valía ya. Juan pensaba lo mismo y le escribió así: «Por lo que respecta a las razones de esas discrepancias de opinión, no es necesario entrar en ellas en estos tiempos de paz». La respuesta de Cirilo era muy análoga: «De qué modo surgió la disidencia es algo que no vale la pena exponer. Considero más conveniente pensar y decir todo aquello acorde con este tiempo de paz». Y de pronto podía ahora «convencerse plena y firmemente [...] de que la escisión de la Iglesia carecía totalmente de objeto y resultaba por ello inconveniente». Todo era ahora armonía, incluso en lo referente al credo. Complacido por el «querido hermano y colega Juan» a través de una «intachable profesión de fe», lo único que «puede constatar tras esas santas palabras» que «Nos pensamos como Vos. Pues ya hay únicamente un Señor, una fe, un bautizo» (Efes. 4, 5). Sí, ahora todo parecía ir a pedir de boca. Cirilo, el gran paladín de la fe, el abogado de la ortodoxia, no persistió ya en las expresiones de la escuela alejandrina, sino que asumió las fórmulas dogmáticas de la moderada cristología antioquena. Repentinamente dio muestras de «un alto grado de espíritu de conciliación» (el católico Ehrhard). Y los «criticones», los «detractores», los «insensatos», los «heterodoxos», la gente dada a la «locura» y a las «fábulas», todos aquellos «habituados a distor-

sionar lo correcto», a «tergiversar» al Espíritu Santo, todos los que a la «manera de avispas salvajes zumban acá y allá y llevan en sus labios palabras inicuas contra mí», sí, todos «tienen que ser entregados a la irrisión», a todos hay que «taponarles la boca». «Sobre sus cabezas atraen un fuego inextinguible».[81]

Aquellos manejos en torno a las creencias, ponen en evidencia cuan poco le interesaba la verdad al Doctor de la Iglesia Cirilo. Según toda evidencia, apenas mostró interés en la controversia pelagiana que no afectaba a su afán de poder, mientras que el papa Celestino -que ni siquiera pudo imponerse a los obispos de África en el asunto de Apiario- persiguió a los pelagianos en la Galia< Britania y hasta el fin del orbe de entonces, Irlanda, antes de que él mismo se durmiese «felizmente en el seno del Señor» (Grone).[82]

Y al chanchullo de la Unión corresponde la -digámoslo así- bribonada menor en relación con el monje Víctor.

Víctor, presumiblemente un abad, fue uno de los tres acusadores de Cirilo, del «basurero alejandrino», cuyas quejas dieron motivo para el concilio. Era uno de los más peligrosos por gozar de especial respeto. Su acusación se vino abajo en Éfeso. Ahora, con Cirilo ya como vencedor, Víctor temió por su existencia. Por otra parte, el prestigio y la sabiduría del monje, que resultaban imponentes incluso para el emperador, seguían alimentando el temor de Cirilo. Así pues, Víctor se mostró ahora dispuesto a una declaración según la cual nunca había dirigido acusación ninguna contra Cirilo. Corroboró esta increíble mentira con un juramento, tras de lo cual pudo regresar a su monasterio. Y Cirilo, el santo Doctor de la Iglesia, no sólo fingió prestar crédito al juramento, sino que hizo de la mentira jurada su «triunfo más sólido» en su escrito de defensa contra el emperador. También Víctor, afirmaba, había sido calumniado como él, aunque nunca hubiese acusado a su patriarca. Así pues, ambos quedaban con su fama impoluta.[83]

El alejandrino había obtenido un triunfo colosal con el Concilio de Éfeso, menos en el ámbito teológico que en lo relativo al poder en el seno de la Iglesia, que es lo que propiamente se estaba ventilando. «El concilio -subraya H. Kraft- tuvo su importancia por el hecho de que finalmente condujo a una clara condena de Nestorio. Su contribución al esclarecimiento del dogma cristológico fue, en cambio, escasa.». Fue ante todo un triunfo contra el patriarca de Constantinopla, la capital, pero también contra el gobierno que, al menos en un principio, prestó su apoyo a Nestorio. El patriarcado de Alejandría, en fase ascendente desde Atanasio, alcanzó ahora la cima de su poder. Cirilo se convirtió en el dirigente de la Iglesia oriental, es más, elevó «su poder temporal en Egipto por encima del de los representantes locales del emperador» (Ostrogorsky).[84]

San Cirilo como perseguidor de «herejes» e iniciador de la primera «solución final»

El afán de poder, auténticamente horrendo, de este santo se satisfizo -como es desde luego típico para el catolicismo en general- bajo el pretexto de la lucha por la fe. Las obras de Cirilo ocupan, con todo y pese a diversas pérdidas, diez volúmenes de la *Patrología Graeca*, amplitud sólo superada por las de Agustín y de Juan Crisóstomo entre todos los antiguos padres de la Iglesia.

Impávido contempla Cirilo a la «Iglesia de Dios» amenazada por tantas «herejías», por «doctrinas perversas e impías» de otros cristianos, «impíos», que, sin embargo, «se precipitarán también prontamente en las profundidades del infierno», en los «lazos de la muerte»; eso en caso de que no hallen «ya en esta vida un final miserable: él estaba allí para ayudarles a hallarlo. Sólo sobre el trasfondo de su obsesión por el poder se puede entender el borbotón informe, abrumador, y soporífero a menudo, de sus denuestos. La demonización de todos los cristianos disidentes, ya iniciada en los primeros siglos, tiende a acrecentarse aún más en él, siguiendo en ello exactamente las huellas de su siniestro predecesor y maestro, san Atanasio, de «nuestro bienaventurado y celebérrimo padre», a quien no aventaja, ciertamente, en obcecación, pero sí en brutalidad a la vez que llega como mínimo a su altura en lo referente a su inepcia como estilista. Incluso por parte católica se considera que su lenguaje y su exposición son poco atrayentes, lo cual no puede ser casual. Su expresión se califica de pedestre y difusa y, pese a ello, exuberante y recargada muchas veces (Biblioteca patrística). En una palabra: «Sus escritos no tienen un rango literario muy elevado» (Altaner/Stuiber). Eso expresado de una manera muy suave.

Quien no está con él, sólo puede ser un «hereje» a quien le imputa «insensatez», «ignorancia excesiva, desmesurada», «extravío y corrupción» -pues quien enseña algo distinto ha de ser también moralmente malvado-, le reprocha «escándalo», «blasfemias», «locura», «charlatanería y vacuidad», «demencia llevada al extremo». Tales gentes «inicuas en grado sublime», «tergiversadores y calumniadores consumados», «semejantes a beodos», «obnubilados por el delirio», «minados por la levadura de la maldad», «gravemente enfermos de ignorancia de Dios», llenos de «frenesí» y de doctrina «de origen diabólico», «pues falsean incluso la fe que nos fue legada apoyándose en la invención de la bestia rediviva», que aquí significa a Nestorio.[85]

Cirilo apenas es capaz de poner fin a tales explosiones de dicterios, propias, desde luego, de un santo. Y naturalmente, exigía -poniendo ahora sus ojos en el emperador-: «¡Fuera, pues, con esas heces humanas!». «¡Fuera, pues, con esa charlatanería y vacuidad, con todo ese desvarío y

engaño de palabras repulidas!» Y así como Nestorio en su misma prédica inaugural exhortó al emperador: «Aniquila conmigo a los herejes [...]» y ya en mayo de 428 se procuró de aquél un edicto contra todas las «herejías», también para Cirilo era obligación obvia del déspota el exterminar herejes. Pues, dice amenazando con el Antiguo Testamento, «si no se convierten, el Señor hará refulgir la espada contra ellos». El Señor lo era no sólo el emperador, sino, sobre todo, Cirilo.

De ahí que, apenas elegido obispo el 17 de octubre del año 412, procediese a atacar a los novacianos hasta entonces tolerados y considerados totalmente «ortodoxos». Especialmente rigoristas en su moral, ello no impresionaba precisamente a un hombre como Cirilo. Enfrentándose abiertamente al gobernador imperial ordenó cerrar por la fuerza sus iglesias, expulsándolos del país -otra trasgresión de la ley del Estado- y embolsándose tanto el patrimonio eclesiástico como el privado del obispo novaciano Teopento. Cirilo, comenta elogiosamente la «Biblia patrística», dio «el golpe de gracia» a más de una secta, pero -opina naturalmente el comentarista- con su «arma principal», con la «pluma». «¡Ay de la locura!», clama una y otra vez; «¡Ay de la insensatez y de la mente alocada!»; «¡Ay del entendimiento débil como el de una vieja y del espíritu vencido, que sólo puede parlotear [...]!». ¡Oh sí!, los «herejes» sólo cuentan «invenciones impías», «fábulas repugnantes», «estupidez supina». Y siempre están en las «cimas de la iniquidad». «Su garganta es, en verdad, una tumba abierta [...], sus labios esconden el veneno de las víboras.» «¡Despertad, borrachos, de vuestra ebriedad!»[86]

Cirilo persiguió también a los mesalianos (del sirio *msaliyane* = orantes, llamados por eso *Cuchitas* en griego): ascetas pertenecientes en su mayoría a las capas sociales más bajas, con larga barba y vestidos de penitencia^ que se abstenían de trabajar y trataban de servir a Cristo mediante la renuncia y la pobreza totales. A este efecto, solían fomentar la convivencia de hombres y mujeres como expresión de la «fraternidad», algo que disgustaba especialmente a los católicos. Toda vez que ya habían sido condenados anteriormente, Cirilo hizo reprobar una vez más sus doctrinas y sus prácticas en Éfeso, forzándolos así a refugiarse en la clandestinidad. Naturalmente, hubo otros muchos que participaron en esta persecución. El patriarca Ático de Constantinopla (406-425), elogiado por el papa León y venerado como santo por la Iglesia oriental (su fiesta se celebra el 8 de enero y el 11 de octubre), exigió a los obispos de Panfilia expulsar a los mesalianos como si fuesen alimañas o ratas. El patriarca Fabliano de Antioquía los hizo desterrar de Edesa y de toda Siria. El obispo Anfiloquio de Iconio, los persiguió en su diócesis y otro tanto hizo el obispo Letoio de Mitilene, que incendió sus conventos. Para el obispo Teodoreto, Padre de la Iglesia, eran simples «cuevas de ladrones». Con todo, los mesábanos resurgieron en la Edad Media a través de los bogomiles.[87]

Pero cada vez que Cirilo lanza un ataque, la parte atacada -algo típico en la casi bimilenaria política clerical- es presentada como un abismo de error, locura, estupidez, delirio. La otra, aparece como ortodoxia inmaculada, encamada por él mismo, cuya «exposición sabia y comprensible no es susceptible de censura en ningún punto», como él mismo se certifica modestamente. Una y otra vez, él y sus parciales pertenecen a aquellos «que han asentado firmemente su fe en un roca inquebrantable, que preservan su piedad hasta el final [...] y se ríen de la impotencia de sus adversarios. "Dios está con nosotros [...]"». De esta parte luce siempre «el resplandor de la verdad», mientras que la otra rezuma «insensatez y embriaguez», predica «como en sueño y en delirio», con ignorancia de «las Escrituras y del poder de Dios. Dormid, pues, como es debido, vuestra borrachera».[88]

«El testimonio más hermoso de su noble ánimo -ensalza a Cirilo una "edición especial" con el *imprimatur* eclesiástico concedido en la época hitleriana- es que hasta en la propia lucha intentó obsevar el mandamiento del amor fraterno y, pese a su vehemencia innata, nunca se dejó arrastrar hasta la pérdida de su autodominio, ni siquiera ante la más abyecta malevolencia de sus adversarios.» Y un investigador más reciente de este santo lo reputa como «intelectual de marcada frialdad cerebral» y su lucha contra la «herejía», como bastante «mesurada» (Jouassard): ¡al menos si se la compara con sus ataques contra los paganos y, sobre todo, céntralos judíos![89]

El patriarca Cirilo, que constata en estos últimos una «ausencia total de comprensión del misterio» cristiano y habla de su «estolidez», de su «insania», y los califica de espiritualmente «ciegos», de crucificadores, de «asesinos del Señor», los trata en sus escritos «aún peor [...] que a los paganos» (Jouassard). Pero Cirilo, no se limitó a asestar golpes literarios, como la mayoría de los padres de la Iglesia, sino que también los asestó en la práctica. Ya en 414, este hombre «de energía extraordinaria», este «carácter de una pieza» (Daniel-Rops, católico), confiscó todas las sinagogas de Egipto, haciendo de ellas iglesias cristianas. También en Palestina aumentó por aquella época la represión de los judíos, siendo sus sinagogas incendiadas por mano de monjes fanatizados. Y cuando en la misma Alejandría, donde vivían muchos judíos, Cirilo citó ante sí a sus dirigentes, se produjeron al parecer atrocidades por parte de los judíos, incluso una masacre nocturna, aunque las fuentes no permiten ni probar ni tampoco desechar, en principio, estos hechos. En todo caso, el santo, sin estar en modo alguno facultado para ello, hizo que una muchedumbre gigantesca, dirigida por él, asaltase y destruyese la sinagoga, saquease las propiedades de los judíos como si se estuviera en situación de guerra, y los hizo desterrar, incluidos mujeres y niños, privados de su hacienda y de alimentación en un número de, presuntamente, cien mil o incluso de

doscientos mil. La expulsión fue total y la comunidad judía alejandrina, la más numerosa de la diáspora y con más de setecientos años de existencia, fue así erradicada: la primera «solución final» en la historia de la Iglesia. «Puede que este modo de proceder de Cirilo -se dice en la "Biblia patrística", en 1935- no esté totalmente exento de inmisericordia y violencia.»

Cuando Orestes, el gobernador imperial, se quejó de inmediato ante Constantino, acudió allí a toda prisa una horda de monjes del desierto «despidiendo desde lejos el olor de la sangre y la santurronería» (Bury), que insultó a Orestes, bautizado en Constantinopla, tildándolo de idólatra y pagano y llegando a las manos contra él. Lo hirieron de una pedrada en la cabeza y lo habrían matado presumiblemente si el pueblo no se hubiera puesto de su lado. Cirilo rindió al atacante, que murió en el tormento, honores de mártir, aunque ni siquiera todos los cristianos lo tenían por tal. Es más, en un sermón glorificó al monje, y ya el 3 de febrero de 418 hizo elevar a 600 el número de miembros de su tropa de choque, que había sido reducida a 500 por un decreto imperial del 5 de octubre de 418.[90]

Después que el suplicio causase la muerte del «mártir» surgió el estímulo adecuado para el asesinato de Hipatia.

Pues en marzo del 415 y con la aquiescencia de Cirilo, que soliviantó además los ánimos para ello (Lacarriére), fue despedazada la filósofa pagana Hipatia, conocida y celebrada en todo el mundo de entonces, hija del matemático y filósofo Theon, último escolarca conocido de la Universidad del Museo de Alejandría. Era asimismo maestra de Sinesio de Cirene, quien por carta la elogiaba como «madre, hermana y maestra», de «filósofa dilecta de Dios», pues tenía, incluso, alumnos cristianos. Y no sólo eso, sino que el mismo *Praefectus augustalis* Orestes gustaba de tratar con ella, lo que provocaba el encono de Cirilo. Pero una vez que el patriarca exaltó las pasiones populares difamando a Hipatia en sus sermones como maga y propalando infundios sobre ella, fue asaltada por la espalda por los monjes del santo, dirigidos por el clérigo Pedro, arrastrada a una iglesia, desnudada y hecha literalmente trizas con fragmentos de cristal. El despedazado cadáver fue públicamente quemado: «La primera persecución de brujas de la historia» (Thiess).[91]

Pero aquello era también, y en mayor medida, una persecución de páganos. El patriarca Cirilo pasaba por ser «en boca de todos, el promotor espiritual del crimen» (Güidenpenning). Incluso la obra colectiva *Reformadores de la Iglesia,* publicada en 1970 con el *imprimatur* eclesiástico, escribe lo siguiente acerca de este santo católico, que figura entre los más grandes: «Cuando menos [!] es moralmente responsable del abyecto asesinato de la ilustre pagana Hipatia». Pues hasta un historiador cristiano como .Sócrates, que, a mayor abundancia, es uno de los que entre todos **sus** colegas aspiraba a una mayor «objetividad» informa que el hecho **era**

imputado por el pueblo a Cirilo y a la Iglesia de Alejandría. «Podemos, pues, estar convencidos de que la noble y cultísima mujer fue efectivamente la víctima más prominente del fanático obispo» (Tinnefeid). El paganismo tenía en Egipto una posición más fuerte de lo que comúnmente se cree. Había grupos numerosos de paganos en lo que suele denominarse «el pueblo» y entre las capas rectoras había importantes personalidades, especialmente entre los intelectuales.[92]

Cirilo, continuador de la lucha de su tío y antecesor contra los paganos no podía, en principio, ver en ellos nada que los diferenciase de los judíos. Era necesario «hacerles morder el polvo», como hizo el por él tan celebrado Josías «que quemó a los idólatras juntamente con sus bosques sagrados y sus altares erradicando toda clase de hechicería y adivinación y reprimiendo las malas artes de la mentira diabólica». Cirilo no olvida añadir: «De este modo aseguró a su gobierno el respeto y la alabanza de los antiguos y por ello es admirado hasta nuestros días por todos los que saben estimar el temor de Dios».[93]

Sin embargo, este santo criminal, que afirma por una parte que los filósofos griegos habían robado lo mejor que tenían a Moisés y que, por su parte, había plagiado de otros sus «exudaciones» literarias, tan aburridas como afectadas (30 libros nada menos *Contra el impío Juliano:* ¡I O libros por cada uno de los escritos por Juliano «contra los galileos»!); este Cirilo, convicto de múltiples mentiras, de calumnia contra Nestorio, y también de grave soborno, culpable de expropiaciones a favor de la Iglesia y en beneficio propio, de destierros de la deportación más brutal de millones de personas, de complicidad en asesinato; este demonio, que demostraba una y otra vez con hechos qué «peligroso riesgo» entrañaba, como él mismo decía, «el enemistarse con Dios y el ofenderlo de cualquier modo desviándose del camino del deber», sería bien pronto celebrado como «defensor de la verdad» y como «fogoso amante de la exactitud». El iniciador de la «solución final» en la historia de la Iglesia cristiana, a la que, ciertamente, seguirían aún muchas otras «soluciones finales» se convirtió en el «santo más ilustrado de la ortodoxia bizantina» (Campenhausen), pero también en uno de los santos más radiantes de la Iglesia católica romana, en *Doctor Ecciesiae.* E incluso después del exterminio de judíos por parte de Hitler, Cirilo sigue siendo para muchos católicos «un historiador extraordinario, virtuoso en toda la extensión del término» (Pinay) [!]. En cambio, ya en el siglo xvi el católico L. S. Le Nain de Tillemont ironizaba discretamente pero con ese cinismo tan celebrado entre los suyos: «Cirilo es un santo, pero no se puede decir que todas sus actuaciones sean igualmente santas». Y es así como también el cardenal Newman, aparentemente irritado, contrastaba de forma un tanto ridicula «las obras externas» de Cirilo con su «santidad interior».[94]

En todo caso, un investigador como Geffcken, con afán de «imparcia-

lidad» y esforzado en buscar «el lado bueno en ambos campos enfrentados», no puede por menos, pese a todo, de «sentir una profunda repugnancia» ante Cirilo, hallando en él «fanatismo sin auténtica, y menos aún, luminosa pasión, erudición sin profundidad, celo sin auténtica fidelidad en los detalles, un grosero gusto por la pendencia, sin destreza dialéctica, y, en el fondo de los fondos, falta de integridad en la lucha...». Esta opinión no es exclusiva de Geffcken, sino la de casi todos los historiadores no católicos. Y eso tiene sus buenas, o mejor dicho, sus malas razones.[95]

Cuando el santo murió, todo Egipto respiró aliviado. Una carta, quizás apócrifa, pero atribuida al Padre de la Iglesia Teodoreto, testimonia el alivio general: «Por fin, por fin murió este malvado. Su defunción complace a los supervivientes, pero habrá atribulado a los muertos».[96]

Mencionemos al menos un ejemplo que ilustre qué clase de cataduras humanas se movían en el entorno del patriarca.

Shenute de Atripe (hacia 348-466), abad de monasterio

Shenute («Hijo de Dios» en saídico) fue acompañante de Cirilo en el Concilio de Éfeso, donde «jugó un papel extraordinario» *(Léxico de la Teología y de la Iglesia}.* Cuando era más joven, sin embargo, pastoreaba ganado en el Alto Egipto: inicio frecuente de una brillante carrera cristiana. Pronto ingresó en el Monasterio Blanco de su tío Pgól, donde fue sometido a menudo a duros castigos, adelgazando de tal modo a fuerza de ayunos que, según su discípulo Visa, «llevaba la piel pegada a los huesos». No obstante lo cual, a partir del año 383, él mismo regentó el Monasterio Blanco junto a Atripe, en la Tebaida, un doble monasterio en el que, en ciertas épocas, dirigía hasta 2.200 monjes y 1.800 monjas. Hasta J. Leipoldt, el biógrafo moderno de Shenute, a quien tanto gusta justificar a su héroe y que subraya que «fue algo más que un duro tirano», lo ve, pese a todo, como alguien que atribulaba incansablemente a «paganos y pecadores» con «descomunal violencia», como hombre «cuyo puño era tan ágil como su lengua [...], un vigoroso héroe». Pues el «gran abad», el «profeta», el «apóstol», no se detenía ni ante el embuste palpable, ni ante el asesinato cometido por su propia mano. Era, más bien, capaz de vapulear bárbaramente y durante decenios a sus monjes, y, a veces, hasta de matar a alguien a golpes, y ello por «transgresiones» mínimas. Bastaba una risa, una sonrisa. La *Vida de Shenute,* escrita por Visa, usa habitualmente al respecto la siguiente e impresionante perífrasis: «[...] la Tierra se abrió y el inicuo se precipitó vivo en el infierno».[97]

Los maltratos gozan de especial estima entre los grupos teocráticos, pues las palizas no se propinan únicamente en aras de la «enmienda» o

para reforzar la «autoridad propia», sino como catarsis mágica, como eliminación de nocivos miasmas. La punición física existía ya en el derecho sacral judío, pero, al menos, no podía sobrepasar la ya elevada cifra de 40 azotes, reducida más tarde a 39. (Por lo que respecta al derecho egipcio se tenía constancia de 100 golpes; el griego exigía 50 o 100). La época cristiana mantuvo la vigencia de la flagelación y la usó profusamente. ¡Pero lo significativo del asunto es que ahora se tiene en cuenta el rango social de las personas a la hora de tasar el castigo! También la penitencia eclesiástica acudía al látigo. De ahí que el XVI Concilio de Toledo (693), dispusiera castigar con cien azotes el pecado de idolatría o de impureza cometido por personas plebeyas. Pero no solamente se azotaba a los legos, sino incluso a los propios religiosos, como fecha más tardía, a partir del siglo v y ello ¡hasta el siglo xix! Pero la flagelación era especialmente asidua y ferviente en los monasterios. Jean Paúl escribía todavía en su época que «el novicio católico se convertía en monje a fuerza de azotes».[98]

Shenute, agitado entre la exaltación y la depresión profunda había estipulado por escrito toda clase de minucias, tratando cada una de ellas como si fuera un acto de Estado. Pero de lo que para él se trataba no era de que «se observasen los mandamientos *importantes* para la vida del convento, sino de que prevaleciese su voluntad despótica».[99]

Cierto que, ocasionalmente, reconocía la brutalidad de su régimen, que Dios no le aconseja «librar esa dura guerra en ti mismo», promete un régimen más suave, dejar que sea el cielo quien castigue a los pecadores. Pero estos sentimientos son efímeros. Gusta de sentar la mano con dureza, con una aspereza, presume Leipoldt, mayor de la prescrita por la regla monacal. Todo delito debía darse a conocer con lo que, consecuentemente se fomentaba, es más, se exigía perentoriamente, la delación. Y él mismo golpeaba en persona a los hermanos, que frecuentemente se retorcían de dolor en el suelo. Cuando uno de ellos sucumbió a la tortura, se autoexculpó con excusas sofísticas o, mejor dicho, cristianas: tenía «un carácter plenamente consecuente con su posición» (el benedictino Engberding) y se convirtió en santo de la Iglesia copta (celebración el 7 de abril = 1 de julio).[100]

La rudeza de Shenute se echa de ver en su conducta contra aquellos que se cortaban de un tajo los genitales «para hacerse puros». Cierto que el rigor de la clausura hacía en general imposible las relaciones sexuales, incluso cualquier delito «práctico» de esta índole. Los monjes tenían prohibido hablar entre sí en la oscuridad y a las monjas se les vetaba ver a sus hermanos de sangre, ni aunque fuese en su lecho de muerte. Un asceta curandero no podía ni sanar a una mujer, ni tampoco un miembro viril. Tanto mayor era la exuberancia con la que prosperaban las fantasías más lascivas. Y el registro de pecados del Monte Blanco recoge una y

otra vez este tipo de «delitos». Así pues, cuando algún escrupuloso se cortaba el pene para «hacerse puro», mutilación que la Iglesia prohibía pese a su obsesión demencial por la castidad, el santo lo expulsaba de inmediato, sin contemplaciones. «Ponió bañado en su propia sangre en una cama y sácalo después al camino [...]. Sea ejemplo o señal (de escarmiento) para todos los transeúntes» Pese a todo no era totalmente inmisericorde. Al menos permite -permite, meramente, no es que ordene en absoluto- no abandonar a los automutilados, en aras de la salud de su alma, para que la diñen enseguida en el monasterio. Pues «si quieren seguir los caminos del Señor, entrégalo a sus parientes para que no mueran en nuestras proximidades [...J».[101]

Sólo las monjas se liberaban de ser vapuleadas personalmente por el abad. Seguramente para evitar tentaciones. Una especie de legado perpetuo, un «anciano», le representaba para ello. Y la «madre» del monasterio, la superiora, tenía que notificarle a él, el «padre», todas las infracciones, siendo él quien determinaba el número de golpes. Sólo las niñas podían ser vapuleadas en todo momento sin su consentimiento. En ambos monasterios, al igual que en otros, había niños aunque no sepamos otra cosa de su existencia, sino que las palizas jugaban un «papel primordial». «Los niños del Monasterio Blanco tenían el privilegio de ser golpeados a menudo.» Su miserable vida en los monasterios cristianos merecería un estudio riguroso. ¡También lo merece su destino en los actuales hospicios (cristianos)![102]

Sobre las tumbas que el abad Shenute asignaba a las monjas nos informa una carta singular en la literatura del monacato copto:

«A Teonoe, hija del apa Hermef, que según nos informasteis en los comienzos cometió malignamente delitos y robó: treinta bastonazos.

»A la hermana del apa Psiros, que, según nos informasteis al principio, sustrajo una cosa: veinte bastonazos.

»A Sofía, la hermana del viejecito, que, según nos informasteis, contradijo y replicó con obstinación a quienes la aleccionaban y también a (otros) muchos sin justificación y que dio una bofetada en la cara o en la cabeza a la vieja: veinte bastonazos.

»A Genliktor, la hermana del pequeño Juan, que según vuestro informe, deja que desear en su prudencia y conocimientos: quinze bastonazos.

»A Tese, hermana del pequeño Pschaips, que según informáis, acudió presurosa a Sansno, impulsada por la amistad y la concupiscencia: quinze bastonazos.

»A Tacus, llamada Rebeca, cuya boca aprendió a hablar mentirosa y vanidosamente: veinticinco bastonazos.

»A Sofía, hermana de Zacarías: diez bastonazos. Yo sé por qué se le han de propinar.

»Y también su hermana Apola hubiese merecido igualmente recibir

unos bastonazos, pero por amor a Dios y por el miramiento con que se le trata, la perdonamos esta vez, tanto en lo que respecta a aquel comercio (prohibido) como al vestido que se puso por vano placer [...]. Pues sé que no los podría soportar (los bastonazos) al estar tan grasicnta y obesa [...].

»A Sofía, hermana de José: quince azotes. Yo sé la razón para propinárselos.

»Sansno, hermana del apa Helio, la que dice: "Yo enseño a los demás": cuarenta bastonazos. Pues a veces acudía, llena de amistad, a su vecina. Otras mentía por cosas vanas y perecederas, dañando así a su alma, respecto a la cual nada vale el mundo entero y menos aún una pintura, una copa o una tacita que la induzcan a mentir.

»Todos estos (bastonazos) se los propinará el anciano con su propia mano (es decir, personalmente) en los pies, estando sentadas en tierra y mientras la vieja Tahóm y otras mujeres mayores las sujetan. Y también aquellos ancianos [...] deben sujetar con bastones sus pies hasta que aquél deje de castigarla, tal y como nosotros mismos hicimos con algunas al principio. Cuando venga a nuestro monasterio, debe indicarnos los nombres de aquellas que se le opongan en lo que sea. Ya os indicaremos lo que deba hacerse con ellas. Si él quiere, con todo, propinarles más golpes, sea así. Es legítimo que lo haga. Si les quiere dar menos, él será quien lo determine. Si quiere excusar a alguien, sea, pero si su corazón está contento con algunas de vosotras, de modo que también esta vez os quiere perdonar [...] sea.»[103]

También el castigo de la expulsión, aplicado a menudo, venía precedido a veces del calabozo y la flagelación. No obstante lo cual, el teólogo Leipoldt justifica estas y otras barbaridades de formas más o menos sumarias: «El éxito salta a la vista: Shenute fue capaz de salvar a su monasterio de la mejor manera posible a través de todos los peligros inherentes a un crecimiento excesivamente rápido. La época subsiguiente estaba ya habituada a la regla y a sus rigores (...]».[104] W

El santo Shenute como adalid antipagano: Robos, arrasamientos y asesinatos

La actividad de Shenute no se agotaba, desde luego, en los azotes, por intensiva y extensiva que fuese en ese campo. Su terror está, más bien, estrechamente vinculado al ocaso del paganismo en Egipto, ocaso que aquí -donde ya Clemente de Alejandría reputaba a los hombres como «peor que monos», a causa de su idolatría- fue, desde finales del siglo iv, más violento que en otras partes.[105]

Las incursiones exterminadoras se efectuaron, no obstante, casi siempre bajo la dirección de obispos y abades que no veían otra cosa, incluso

en los templos más espléndidos, que focos de infección, baluartes de Satán. Y como arrasadores de la peor especie obraban aquellos «puercos de sayal negro», como decían los griegos, que tenían aspecto de hombres, pero vivían como cerdos. Ascetas con instintos reprimidos, tendían a la agresividad, a la destrucción. Parecían expresamente creados para la acción arrasadora, tanto más cuanto que sus filas estaban repletas de excéntricos de existencias tragicómicas. Ya el origen social de algunos de los más famosos de entre ellos resulta casi típico. Shenute fue pastor; Macario, contrabandista; Moisés, salteador de caminos; Antonio, escolar fracasado. Sus discípulos y correligionarios habían elegido la «contracultura» y el hecho de que «se oponían al diablo como auténticos "boxeadores profesionales"» (Brown)[106] era uno de los factores que más contribuyó a su prestigio en el mundo cristiano.

Recorrían el país en hordas exaltadas, gustosamente recubiertos de pieles de animales, asolando y quemando los templos, arrasando hasta las obras de arte más grandiosas, bastando para ello que pareciesen representar a dioses. Toda vez que los funcionarios estatales se mostraban más tibios en la persecución del paganismo, los monjes se hicieron cargo de ella. Allá donde ardía un santuario antiguo, donde era reducida a cenizas una iglesia de «herejes» o una sinagoga, o donde había dinero al que echar mano allí estaban ellos casi indefectiblemente. Legiones de codiciosos de botín saqueaban a fondo las aldeas sospechosas de «falta de fe». «Los monjes cometen muchos delitos», se atrevió el mismo emperador Theodosio I a opinar ante el obispo Ambrosio, y el 2 de septiembre del año 390 decretó su expulsión de las ciudades (medida que revocó, en todo caso, ya el 17 de abril de 392). Quizá se había acordado del texto de Libanio -del pagano altamente estimado, esclarecido (de quien poseemos muchos discursos y más de mil quinientas cartas que hacen de él una de las personas mejor documentadas de la Antigüedad)-, de un pasaje sobre los monjes, tan fervientemente admirados por los cristianos, monjes que, sin embargo, «devoran más que los elefantes y vacían muchas cráteras», que ocultaban hábilmente su modo de vida real «bajo una fingida palidez». De ahí que, se queja Libanio, en su escrito *Pro templis* al soberano, se precipiten como torrentes salvajes y arrasen el país destruyendo todos los templos. «Aunque tu ley siga vigente, oh emperador, irrumpen en los templos cargados con leños o armados de piedras y espadas. Después hunden los techos, derriban los muros, despedazan las imágenes de los dioses, destrozan los altares. Los sacerdotes no tienen otra elección que callar o morir. Una vez destruido el primer templo acuden presurosos al segundo y al tercero y amontonan más y más trofeos para escarnio de la ley.»[107]

La demolición de los templos requería autorización estatal. Las acciones destructivas fueron ordenadas por ley, en 399, por lo que respecta a

Siria. En Occidente, en cambio, donde la aristocracia romana seguía defendiendo la vieja religión, ese mismo año obtenían protección legal, si bien un decreto de Estilicen confiscó en 407 todos los santuarios paganos en el territorio perteneciente a la capital. En Oriente fue Teodosio II quien dispuso, en 435, la clausura definitiva de los templos, el exorcizarlos y el destruirlos. Pero ello debía efectuarse sin grandes alborotos *(sine turba ac tumulto).* Y como quiera que las autoridades, los funcionarios y los soldados toleraban a menudo el paganismo más allá de lo que permitían los decretos promulgados bajo la presión clerical, el clero y el pueblo procedieron también a destrucciones no autorizadas -«noches de cristales rotos» a la antigua- o, como expresa eufemísticamente el término técnico, procedieron a «cristianizar»: «A menudo» -pretende hacemos creer el jesuíta Grisar- o, incluso, «sobre todo, a causa de los tumultos provocados por los paganos». Especialmente en las provincias orientales, donde predominaba el cristianismo y la resistencia de los paganos era, en el doble sentido del término, puramente «académica» (Jones), el número de templos demolidos se fue acrecentando ya en la segunda mitad del siglo iv, dándose frecuentemente el hecho de que las masas fanatizadas caían cruentamente sobre los partidarios de la vieja fe. Se sabe que se defendían en ocasiones, pero no mucho más.[108]

El terror venía, sin embargo, precedido de una larga preparación literaria. También por parte de Shenute.

Siguiendo bien acreditados métodos, insultaba y vilipendiaba profusamente en sus libelos a los «ídolos» y a los «idólatras»: a los adoradores de la madera, de la piedra, «de pájaros, cocodrilos, animales salvajes y ganado». Se mofaba de las velas flameantes, de la unificación con incienso: cosas que florecen incluso en el catolicismo actual, aunque no suceda ya en favor de los «dioses», sino ¡menuda diferencia! en favor de «Dios» (y de sus «santos»). Shenute se servía al respecto de una táctica que también sigue siendo usual entre todos los círculos eclesiásticos y de modo especial entre los católicos: delante de la plebe lanzaba improperios y denuestos de lo más grosero y primitivo, reforzando así el odio fanático. Ante círculos más cultivados adoptaba un tono serio y se esforzaba, por difícil que ello le resultara, en ganarse más bien al adversario mediante la caballerosidad. «Y como Shenute apenas abrigaba otros sentimientos frente a los paganos y su culto divino que no fuesen los de la mofa y el escarnio, exultaba, en consecuencia, ante la guerra de persecución, muchas veces sangrienta, que el populacho cristiano libraba cabalmente en su época contra los últimos sacerdotes del helenismo. Alaba a los "justos reyes y generales" que destruyen los templos y derriban las imágenes de los dioses. Se alegra de que arrastren lejos las estatuas. Se divierte con las canciones cristianas que se mofan de los paganos y de sus templos.» (Leipoldt)[109]

Por entonces, y también más tarde, el «gran abad» se dedicó a asolar el país. Shenute, un enemigo de la ciencia, era el peor aborrecedor de los helenos, un celóte católico que alaba a voz en cuello a todos los poderosos que aniquilan los templos y las estatuas de los dioses (y esto último es algo que está a la «orden del día» desde el asesinato de Juliano: Funke). Al frente de bandas de ascetas casi militarmente entrenados, debidamente excitados por él y suficientemente hambrientos -la carne, el pescado, los huevos, el queso y el vino estaban prohibidos y prácticamente sólo se permitía el pan y una única comida al día- irrumpía en los templos, los saqueaba y demolía, arrojando al Nilo las imágenes de los dioses. Todo cuanto poseía algún valor y podía dar dinero, se lo llevaba a su monasterio. Incluso el año anterior a su muerte, acaecida, presumiblemente, cuando contaba ya 118 años, asoló de ese modo un templo en la Tebaida. De ahí que el teólogo Leipoldt no pueda por menos de reputar como «mérito» incuestionable de Shenute el hecho de que «a partir del año 450 los dioses no fuesen ya venerados en el Alto Egipto».[110]

No pocas veces, el santo demolió con su propia mano los templos de su país. «El ejemplo de su arzobispo Cirilo le animaba así a obtener grandes éxitos de esa manera rápida y cómoda», escribe Leipoldt, quien también nos describe cómo Shenute incendió el santuario pagano en la cercana Atripe o el templo de la aldea de Pneuit (hoy Pleuit). «Los paganos que presenciaban su acción no se atrevieron a oponer resistencia. Unos huyeron de allí como "zorras ahuyentadas por el león". Los otros se limitaron a implorar: "¡Respetad nuestros lugares santos!", es decir: ¡Mostrad piedad por nuestro sagrado templo! Fueron muy pocos los que tuvieron el valor de amenazar a Shenute: si la pretensión de éste era fundada, podía tramitarla e imponerla a través del tribunal. De hecho, en el último momento se alzaron voces, incluso entre los seguidores de Shenute, que, temiendo seguramente las malas consecuencias, aconsejaban la paz. Pero Shenute creía que debía desoírlas. Confiaba en el favor de su arzobispo y del gobierno cristiano e intentaba consumar su propósito fuese como fuese. Sustrajo del templo todos los objetos transportables, los candelabros sagrados, los libros de magia, las ofrendas, los recipientes para el pan, los objetos de culto, los exvotos y hasta las mismas imágenes sagradas de los dioses y regresó así a su monasterio cargado de rico botín: más tarde se le reprochó a Shenute, posiblemente con razón, haberse apropiado de los ricos tesoros del templo para proporcionar a sus monjes, en aquellos tiempos de penuria económica, un ingreso supletorio. Las nefastas consecuencias de esta acción no tardaron, naturalmente, en dejarse sentir. Cuando llegó a Antinou un hegemón pagano, Shenute fue acusado ante él por los sacerdotes del templo saqueado. Pero si pensaron que el funcionario pagano podía darles la razón, se equivocaron. Olvidaban cómo los odiaba el pueblo y cómo veneraba éste a Shenute. En una palabra, el día

del juicio Shenute no compareció sólo en Antinou. Los cristianos, hom*-bres y mujeres, acudieron allí venidos de todas las aldeas y fincas de los alrededores en tropeles tan numerosos que casi desbordaban los caminos. Su número se acrecentaba de hora en hora. Pronto se hicieron dueños de Antinou, cuya población era aún pagana en buena parte. Y cuando la sesión debía comenzar la muchedumbre allí reunida exclamó como un solo hombre: "¡Jesús!, ¡Jesús!". La furia popular sofocaba la voz del juez: el proceso se frustró. Shenute, en cambio, fue conducido en medio de un griterío triunfal a la denominada Iglesia del Agua, en donde pronunció un sermón contra los paganos.»[1,1]

Al expolio, derribo, amotinamiento y extorsión, dirigida, sobre todo, contra los acaudalados propietarios rurales griegos, la clase económica dominante, vino a sumarse el asesinato.[112]

A raíz del arrasamiento a fuego del gran templo de Panápolis, fue aniquilado el adinerado dirigente de los paganos. Y como quiera que el abad penetró también en las casas de otros notables para destruir toda clase de dioses y objetos diabólicos, y «limpiar» la comarca, también allí se produjeron derramamientos de sangre. Y respecto al arrasamiento nocturno, por parte de Shenute, de la casa de Gesio, recién partido de viaje, en Akhmín, cuyos «ídolos» fueron arrojados al río debidamente despedazados, y la queja del expoliado ante el gobernador, la *Vida de Shenute* nos informa así: «Desde que Jesús le privó de sus riquezas, nadie ha vuelto a oír nada de él»; fórmula acuñada eufemísticamente, a todas luces, para referirse a las criminales hazañas del santo. También cuando -como él mismo reconoce- destrozó a golpes una estatua de Akhmín visitada por muchos devotos, saqueando e incendiando la ciudad, y masacrando a sus habitantes, éstos, confiesa Shenute, corrieron la misma suerte que Gesio:
«No se supo nunca más de ellos y después de la masacre sus despojos fueron dispersados por el viento [...]». «Un carácter duro, rudo, impetuoso, pero también fascinante y arrebatador» para el que «sólo contaba **lo** práctico: obedecer a Dios y cumplir con su tarea.» *(Léxico de la Teología y de la Iglesia.)*[113]

En otra obra standard católica, la *Patrología* de Altaner, Shenute figura (con *imprimatur* del año 1978) como el «enérgico organizador del monacato egipcio», como «el más notable de los escritores del cristianismo nacional copto de Egipto». También E. Stein ensalza al abad como al hombre más descollante de su pueblo en el plano espiritual, como «héroe de la literatura copta», añadiendo, sin embargo, que «su bajo nivel intelectual y su rudeza, que no se detenía ni ante el asesinato ni el homicidio perpetrados por su propia mano, nos sirven de índice con el que evaluar la miseria espiritual de su nación».[114]

La controversia eutiquiana

Algunos años después de aquel vergonzoso escándalo, del «chanchullo de la Unión», Nestorio vegetaba miserablemente en el destierro después de haber sido puesto fuera de juego. Sus antípodas, el amigo traidor, Juan, y san Cirilo no vivían ya. Pero la oposición continuaba y acabó por causar también la ruina de Alejandría. La controversia monofisista, que vino a suceder en el siglo v a la amana, causó una división aún más profunda de la Iglesia y del cristianismo. Resulta, por cierto, grotesco al respecto que los «herejes» monofisitas, los partidarios de la fórmula *mia physis*, se remitían en lo esencial a san Cirilo, pues, en un sentido amplio «no enseñaban otra cosa que la cristología cirílico-alej andrina» (Grillmeier/Bacht, S. J.). Con ello este Doctor de la Iglesia queda ubicado en la inmediata proximidad de la «herejía» más popular de Oriente en el cristianismo antiguo. Eso si no fue, como sospecha algún investigador, su promotor más influyente.[115]

En Constantinopla, Nestorio fue sucedido, en 431, por Maximiano, «una nulidad». A éste le sucedió, en 434, el ambicioso Proclo que ya había optado en vano tres veces por la sede episcopal. Finalmente y después de su muerte, acaecida en 466, la ocupó Flaviano, de carácter más bien íntegro, pero débil. Siguiendo el bien probado nepotismo, cuando en 422 murió en Antioquía el patriarca Juan, fue sucedido por su sobrino Domnos, asesorado sobre todo por Teodoreto, el teólogo más importante de aquella escuela, pero hombre de «ortodoxia» vacilante. Desde la muerte de Cirilo, el 27 de junio de 444, imperaba en Alejandría el patriarca Dióscoro, su sobrino, que siguió activando la tradicional lucha por el poder contra Constantinopla y propugnaba una teología ultracirílica. Era persona «de ambición desenfrenada e implacable hasta la brutalidad, apoyado en este punto por el ejército imperial y por las bandas de monjes, fanáticas y bregadas en la lucha» (Schwaiger). Los católicos ven, de forma casi unánime, en Dióscoro una de las figuras obispales más desagradables del siglo v. Pero no es casual, sino lógico que Cirilo lo nombrase precisamente a él su archidiácono, distinguiéndole con su especial confianza. Ambos estaban cortados de la misma madera. Y encaja perfectamente con ello el hecho de que Dióscoro, apenas muerto su valedor Cirilo, acusase a éste de haber dilapidado el tesoro de la Iglesia, confiscase su legado y excluyese del clero a varios de sus parientes.[116] Por lo demás, en su lucha contra Constantinopla y siguiendo en ello los pasos de Cirilo, Dióscoro atacó simultáneamente al patriarca de la ciudad y a la teología antioquena. Pero el lazo que tendió a sus dos adversarios se fue cerrando en tomo a sí mismo, más que probablemente porque lo tendió, como hizo Cirilo, en alianza con Roma, creyendo que también prevalecería sobre ésta. Dos influyentes personalidades de Constantinopla, el

eunuco de la corte Crisafio, y el archimandrita Eutiques, secundaron al alejandrino en su lucha.

Desde que Crisafio había logrado el destierro de la emperatriz Eudoquia y el total apartamiento de la hermana del emperador. Pulquería, era él quien dirigía la política de Teodosio II. El poderoso eunuco estaba, sin embargo, enemistado con el patriarca de la ciudad, Flaviano, pues éste no le había enviado el debido obsequio, gesto de deferencia esperado tras su elección, sino tan sólo pan bendecido que aquél devolvió de inmediato, manifestando su deseo: lo que tenía era apetito de oro. Tercero en aquella alianza: el archimandrita Eutiques, que regentaba un gran monasterio próximo a Constantinopla, persona que gozaba de gran prestigio en Oriente y era, además, padrino del omnímodo eunuco. El ilustre trío intentaba liquidar la «Unión» del año 433 e imponer como directriz los tristemente famosos «Doce anatematismos» de Cirilo, oponiéndose así a la victoria -en verdad deshonrosa- de la teología antioquena. En relación con ello, el patriarca de Alejandría, Dióscoro, debía recuperar su preeminencia frente al de Constantinopla, Flaviano.[117]

Fue el anciano abad Eutiques quien inició la maniobra. Los católicos gustan de presentarlo como poco sólido en lo dogmático, como un bobo en cuestiones teológicas. Pero en las cuestiones divinas, naturalmente, unos y otros sabían y saben bien poco, por más que algunos sean más locuaces, más avispados o menos escrupulosos y obtengan «razón» aunque sea por motivos que nada tienen que ver con la lógica, la probidad o un saber empíricamente fundamentado. ¿Cómo podrían siquiera tenerlo? En este asunto no hay *nada* «fundamentado». Todo está suspendido en el aire, sin ningún asidero; mero espejismo de nomenclaturas, «mera idea» en sentido kantiano, «pura búsqueda a tientas y, lo que es peor, entre meros conceptos». ¿Hay algo filosóficamente más vergonzoso que tener que reiterar esto una vez más?'[118]

En alusión a Eutiques, el nuevo espectáculo teológico que irrumpía ahora en escena, y que pronto estremecería a medio mundo, se denominaría controversia eutiquiana, en cuyo transcurso se rompería, por vez primera, la alianza tradicional entre Roma y Alejandría.[119]

Sobre Eutiques, monje desde su juventud y con fama de singular piedad, recayó la sospecha de herejía. El papa, que inicialmente había elogiado su celo, le amenazó finalmente con el destino de todos aquellos a cuyas «doctrinas extraviadas» se había adherido, en caso de que «persistiese en la inmundicia de su insensatez». A saber, Eutiques negaba la creencia de que Cristo asumió «dos naturalezas después de la unión». Acentuaba la doctrina profesada por la escuela alejandrina acerca de la unión de las naturalezas divina y humana hasta convertirla en una fusión total, un monofisitismo. Esta variante cristológica se remontaba al obispo Apolinar de Laodicea (fallecido hacia 390), convicto de herejía, quien en

la controversia acerca de la unión de las dos naturalezas en el Señor, restringía la humana, algo que en su tiempo no llevó aún a las barricadas a los ortodoxos. Se llegó incluso a copiar y difundir toda una serie de escritos del obispo «herético», atribuyéndolos nominalmente a padres de la Iglesia «ortodoxos». Algo que hoy parece consolar al teólogo H. Kraft porque, entre otras cosas, muestra «cuan poco entendían, incluso los antiguos, (!) de aquellas cuestiones sobre las que tan apasionadamente controvertían». En realidad nada puede entenderse de aquello que se burla, cabalmente, de toda experiencia y se basa en meras ficciones o, hablando claro, en ideas quiméricas. En una palabra, para asegurar la unidad de la persona de Cristo, el monofisitismo niega la plenitud de su naturaleza humana, bien sea, según los herejes más moderados, desde la resurrección o bien, según los radicales, desde su encamación, lo cual equivale a afirmar la diversidad de su naturaleza humana respecto a la nuestra.

Así como Nestorio urgía, al parecer, por separar en Cristo lo divino y lo humano; por distinguir la personalidad divina de la humana, Eutiques, en cambio, enseñaba que lo divino y lo humano se hallaban inseparablemente mezclados en él, que lo humano quedaba subsumido en lo divino. Ni más ni menos: «Una naturaleza única después de la unificación», jla fórmula *mía physis*, que Eutiques había tomado prestada de san Cirilo! Todo el eutiquianismo, concede Camelot, «vive de la intransigente fidelidad a las formulaciones de san Cirilo y particularmente a la fórmula de «una única naturaleza». Los monofisitas atribuían a Cristo, después de su encamación, una *sola* naturaleza, la divina *(mía kai mone physis).* Eutiques cuestiona, pues, la humanidad de Cristo. La consideraba como transmutada en la deidad «tal como una gota de miel resulta absorbida por el agua del mar». Contra ello se pusieron ahora en pie los antioquenos, los mismos que tan prontamente mudaron la opinión el año 433, a raíz de la «Unión». Su nuevo patriarca, Domnos, sobrino y sucesor de Juan, protestó ante el emperador por las desviaciones doctrinales y las calumnias del monje Eutiques.[120]

El patriarca alejandrino Dióscoro (445-451) tomó ahora cartas en el asunto. El sucesor de san Cirilo, que, modestamente, se llamaba a sí mismo «emperador de Egipto», había obligado ciertamente a los parientes de su antecesor a entregar las riquezas atesoradas bajo la protección del santo, pero por lo que a él respecta siguió cultivando los mismos vicios. Al igual que aquél, impuso un auténtico «régimen de terror». Es más, «no era intachable ni siquiera en el plano moral (!)» (Ehrhard). Al igual que Cirilo, también él tenía sus espías y sus cómplices en la corte imperial y también siguió los pasos de aquél (y de otros muchos obispos) en lo tocante a la instrumentalización de los monjes para imponer sus objetivos en la política de poder. Algo que no deja de ser curioso, pues aquéllos constituían una comunidad surgida para huir del mundo. Es así como todos los idea-

les primigenios del cristianismo se tomaron en sus valores opuestos y ello en un plazo de tiempo más bien breve que largo. Protegido por sus guardaespaldas, el arzobispo Dióscoro -santo venerado por los monofisitas- regía valiéndose de la cruda violencia y en caso de necesidad -¡en el ejercicio de su jurisdicción espiritual!- de asesinos a sueldo. Su propio clero, al que tiranizaba sin la menor consideración, acabó acusándole de querer gobernar el país por sí mismo, suplantando al emperador (Marciano).[121]

El patriarca se vio pronto envuelto en una querella cada vez más violenta con sus colegas de Antioquía, querella librada por medio de cartas y cuyo trasfondo era el de la rivalidad tradicional entre ambas sedes patriarcales, tanto más virulenta ahora cuanto que la sede de Constantinopla la ocupaba un antioqueno, Flaviano. «Dióscoro -escribía el historiador de la Iglesia y obispo de Ciro, Teodoreto, por encargo del patriarca antioqueno Domnos- nos remite incesantemente a la sede de San Marcos, sabiendo, sin embargo, que la gran ciudad de Antioquía tiene la sede de San Pedro, maestro de san Marcos y, a mayor abundancia, superior y ca^ beza de todos los apóstoles».[122]

La protesta llegó a Flaviano, pastor supremo de Constantinopla, exigiendo de Su Santidad, «que no permita que se conculquen impunemente los santos cánones, sino que combata valientemente en aras de la fe». Pero Flaviano, hombre bastante modesto y timorato -a quien la historiografía eclesiástica gusta tanto más de llamar «irónico» cuanto que, sinceramente, son pocos los príncipes de la Iglesia que pueden ser calificados de tales- no quería medir sus fuerzas con el poderoso soberano monacal de su diócesis. Pues como escribe Nestorio, que incluso desde su exilio seguía atentamente la evolución en el campo de batalla, Eutiques lo utilizaba como a «un sirviente suyo». Sólo cuando el obispo Eusebio de Dorilea (Frigia), un carácter exaltado, temido, que siempre venteaba «herejes» en torno a él, se alzó también contra Eutiques, se vio Flaviano obligado a intervenir. Flaviano decía, suspirando, de Eusebio que ya había denunciado a Nestorio en su día y que «en su celo por la fe hallaba demasiado frío al mismo fuego». El año 448, el patriarca citó a Eutiques ante el *Synodos endemousa* (sínodo diocesano).[123]

Eutiques no acudió, impedido primero por una promesa y después por enfermedad. Sólo acudió a la tercera citación -según el derecho canónico la citación ante un tribunal sinodal debía realizarse tres veces- compareciendo en la séptima y última sesión sinodal, el 22 de noviembre de 448, acompañado por un tropel de monjes y también por soldados y funcionarios del prefecto de la guardia. Aquel hombre que aseguraba vivir en su celda como en una tumba fingió durante el proceso «la pose de un eremita ausente del mundo» que por motivos profesionales, digámoslo así, «no podía abandonar su clausura». Pero, en realidad, «estaba, desde hacía ya

decenios, plenamente involucrado en las peripecias de la política eclesiástica». Con esas palabras caracteriza el jesuíta Bacht una conducta que, *mutatis mutandis,* resultaba más que típica de la hipocresía de innumerables dirigentes eclesiásticos en los viejos y en los nuevos tiempos.[124]

Eutiques se remitió a la fe de san Atanasio y de san Cirilo, defendiendo una posición inequívoca y radicalmente monofísita: cierto que Cristo es hombre verdadero, pero su carne no era esencialmente igual a la humana. Cierto que *antes de* la encamación constaba de dos naturalezas, pero no ya *después de aquélla.* Las dos naturalezas, en el momento de la encamación, se fundieron más bien en *una* única naturaleza divina *(monos physis).* Repitió su *confíteor* incansablemente: «Confieso que Nuestro Señor constaba de dos naturalezas *antes de* la unión, pero no ya *después de* ella». ¡Hasta el papa León, según confesión propia, estuvo mucho tiempo sin comprender «lo extraviado» de la doctrina de Eutiques! Parecía, incluso, que en un principio se ponía de su parte, tanto más cuanto que había sido un aliado complaciente en la lucha contra Nestorio. El patriarca Flaviano tuvo un arrebato de valor y, derramando las consabidas lágrimas, depuso a Eutiques como calumniador de Cristo, lo despojó de su condición de abad y de sacerdote y lo dio al anatema. A Roma envió las actas *(Gesta)* firmadas por 32 obispos (¡posteriormente! se añadieron las firmas de 23 archimandritas y abades). Todo lo expuso al papa, consignando la magnitud de su dolor y la abundancia de sus lágrimas. En un principio, el papa sentía poca simpatía por Flaviano, ya fuese tan sólo por la suspicacia de los obispos de Roma frente a la ambición de sus colegas de Constantinopla. Además, Flaviano había demorado deliberadamente el envío de las actas a Roma. En junio de 449, sin embargo. León I condenó también a Eutiques y su «error antinatural e insensato». Ahora calificó a aquel procer del monacato, en olor de gran santidad y casi septuagenario (era tan antinestoriano y amigo de Cirilo que éste le envió un ejemplar de las actas conciliares de Éfeso), de *«senex imperitas»* y también de *«stultissimus»,* de tonto de capirote, que no conocía ni las Escrituras ni tan siquiera el comienzo del Credo.[125]

El «lobo de la herejía» no cedió, pese a todo. Envió cartas a todo el mundo, a los obispos de Ravena, Alejandría, Jerusalén y Tesalónica, a los «defensores de la religión». Sólo se ha conservado la epístola a León I en la que Eutiques califica todo aquello de juego con cartas marcadas, afirmando asimismo: «Hasta mi propia vida se vio amenazada por el peligro» si no fuese porque el concurso divino, gracias a las preces de Su Santidad (un malentendido, seguramente, malintencionado), hizo acudir una pronta ayuda militar que me sustrajo a la furia del populacho que me acosaba». Adjuntaba su profesión de fe. Aparte de ello compuso un florilegio de los «padres» con abundantes condenas de la dualidad de naturalezas. Es más, intentó incluso incidir en la opinión de la población mediante carte-

les murales, que, naturalmente, fueron de inmediato arrancados por orden del patriarca Flaviano. Eutiques halló, no obstante, apoyo en el emperador Teodosio II, cuya atención pudo atraer gracias a su hijo de confesión, el poderoso eunuco Crisafio. Y secundados por el arzobispo alejandrino, Dióscoro, ambos consiguieron que el emperador promoviese la costosa empresa de un concilio imperial en Éfeso: para reforzar la fe verdadera, como subrayaba el regente en su decreto de convocatoria del 30 de marzo de 449. Fue inútil que Flaviano, que no presagiaba nada bueno y que se alió con el papa León I -también éste recibió su invitación el 16 de mayo- intentase estorbar la pía asamblea.[126]

El «Latrocinio de Éfeso» del año 449

El sínodo imperial de Éfeso, convocado por el emperador para el 1 de agosto no se constituyó hasta el 8 de este mismo mes de 449, contando con unos ciento treinta obispos. Las sesiones se celebraron nuevamente en la iglesia de María, lugar del triunfo cirílico. Ateniéndose a la orden imperial, ejercía la presidencia el alejandrino Dióscoro, quien, según la acrisolada práctica, acudió con 20 obispos-vasallos. El papa León había mantenido inicialmente buenas relaciones con él y le había expresado su respeto y afecto juntamente con la esperanza de que continuase el buen y próspero acuerdo entre Roma y Alejandría: «Deseamos -le escribió el 21 de julio de 445- poner cimientos más firmes a tus inicios para que no falte nada a tu perfección, pues, como hemos podido comprobar, te acompaña el mérito de la gracia espiritual». Sin embargo, cuando la gracia espiritual se fue al diablo, lo calificó, sarcástico, de «nuevo faraón», como habían llamado a Cirilo. La naturaleza única de Cristo, la rehabilitación de Eutiques -en revancha por su condena el año anterior-, la deposición de Flaviano y la puesta fuera de juego de todos los «nestorianos», era ya cosa decidida. Dos comisionados imperiales, el *comes* del sagrado consistorio, Elpidio, y el tribuno Eulogio, que se presentaron con un rígido itinerario del curso previsto para el concilio y fuerte despliegue militar, lo controlaban todo. A Teodoreto de Ciro, la potencia teológica más brillante de los adversarios, le había sido absolutamente vetada la participación. Y los padres conciliares del sínodo diocesano del año anterior, juntamente con otros muchos obispos de toda especie, hasta un total de 42, no obtuvieron derecho al voto. Dióscoro mismo se presentó con sus monjes y también con su guardia personal armada y camuflada como grupo de «enfermeros» *(parabolanen)* «dispuestos a cualquier violencia» (Caspar). Precavidamente había traído consigo al archimandrita sirio Barsumas (Bar Sauma), un conocido antinestoriano a quien un escrito imperial acreditó, en premio a su virtud y su ortodoxia, como representante de

los abades orientales en el concilio. Barsumas, que sin ser obispo y contra toda tradición, obtuvo asiento y voto en el concilio, era amigo de Eutiques. Ambos iban acompañados de un considerable tropel -en el caso de Barsumas eran, al parecer, mil- de robustos monjes armados de porras. En todo caso, aquellas hordas de monjes mostraron ser sumamente útiles en las distintas fases del concilio.[127]

Mucho menos útiles resultaron, sin duda, los tres legados de León I (desconocedores del griego y supeditados al traductor, el obispo Florencio de Sardes), el obispo Julio de Puteoli, el diácono Hilario, más tarde papa, y el secretario Dulcicio. El cuarto legado, el más importante al parecer, era el sacerdote Renato, que murió en Délos durante el viaje. Los enviados de León habían traído cartas para diversos proceres de Constantinopla, entre ellas una para el emperador, a quien intentaba disuadir de la celebración del concilio. La correspondencia de León incluía, por último, la *Epístola dogmática ad Flavianum,* el llamado *Tomus Leonis,* una declaración dogmática del pontífice, que, en acres palabras, propugnaba la distinción perdurable de naturalezas en el Verbo encarnado: «unidad de la persona» y «dualidad de las naturalezas»: con ello, el papa entraba en contradicción con el Doctor de la Iglesia Cirilo, que había hablado a menudo de «dos naturalezas», antes de la unión y de «una naturaleza», tras ella e incluso, y de forma expresa, «de una naturaleza del logos encamado» *(mía physis tou logou sesarkomene),* doctrina que había sido condenada como herética por el obispo de Roma, Dámaso (en 377 y en 382) y también por el Concilio de Constantinopla (en 381).[128]

El *Tomus Leonis* -en el que el «hereje» Nestorio, que lo estudió en su exilio, veía confirmada su propia doctrina- fue, por cierto, depositado, según cuenta una leyenda posterior, sobre la tumba de san Pedro y concluido allí de forma milagrosa. Sin embargo, en el concilio que condenó la doctrina de las dos naturalezas de Cristo «después de la encarnación», ni siquiera fue leído. En el mismo comienzo, Dióscoro atajó rotundamente una iniciativa de los legados papales en ese sentido y Juvenal le apoyó. Se amenazó con el destierro a todo el que «hablase de dos naturalezas después de la encamación de Cristo». Se reputaba la doctrina nestoriana como algo peor que si procediese del demonio. Los ánimos se inclinaron totalmente a favor de Dióscoro y de Alejandría. «¡Viva para siempre Cirilo! ¡Prevalezca Alejandría, la ciudad de la ortodoxia!», gritaban los padres conciliares. Y también: «Todo el orbe ha reconocido tu fe, oh Cirilo, hombre sin par en el mundo».[129]

La gente de León hizo un papel nada airoso. Después de su primera intervención, que no obtuvo precisamente una acogida muy amistosa, ni siquiera pudieron tomar la palabra durante bastante tiempo. Cuando, en seguimiento de Juvenal, cuatro quintas partes de los conciliares -113 de unos 140 participantes- certificaron, según lo previsto en el programa, la

ortodoxia de Eutiques, el obispo Julio de Puteoli se abstuvo. ¡Una serie de malentendidos hizo que los mismos legados pontificios apoyasen también el voto contra Flaviano! Sólo cuando tras su condena (y la de Eusebio de Dorilea, litigante obstinado y antiguo abogado en Alejandría, cuyas intervenciones eran interrumpidas con gritos de energúmeno) Flaviano hizo valer su protesta en alta voz cuestionando la competencia de Dióscoro, se atrevió el delegado Hilario a lanzar un breve veto lanzando en el justo momento un *contradicitur* a la asamblea: punto culminante en la intervención de los delegados papales.

No obstante, las disposiciones del Espíritu Santo, adoptaron formas bien chocantes. Se produjeron un estruendo y un barullo enormes. A una seña de Dióscoro dirigida a los prepotentes militares se abrieron las puertas por las que irrumpieron soldados con la espada desenvainada, su guardia personal, los *parabolanos* alejandrinos, monjes enfurecidos y la vocinglera multitud. Las paredes de la iglesia de María retumbaron a los gritos de: «¡Quien hable de dos naturalezas, sea anatema!», «¡Afuera Eusebio!, ¡Quemadlo!, ¡Quemadlo vivo!, ¡Hay que cortarlo a trozos!». A trozos, porque él «escindía a Cristo». Es digno de hacer notar al respecto que en relación con las «exclamaciones» y «aclamaciones» de los conciliares de la Iglesia antigua «se pretendía advertir un influjo tanto más operante del Espíritu Santo cuanto más unánimes y ruidosos eran los gritos. El abad Barsumas amenazaba a Flaviano, que quería huir hacia el altar, gritando:
«¡Matadlo a golpes!». El arzobispo de Constantinopla -quien posteriormente pudo todavía (gracias a un correo secreto a través del legado Hilario) apelar a la «sede del Príncipe de los Apóstoles»: «La necesidad impone que yo informe debidamente a Su Santidad *(sancütatem vestram)»,* comienza su escrito pidiéndole pronta ayuda en pro de «la amenazada fe de los padres»-, este príncipe de la Iglesia constantinopolitana, insistimos, intentó por lo pronto buscar su seguridad refugiándose en el altar, siendo alcanzado, al parecer, por el arzobispo Dióscoro que lo derribó y lo trató a patadas, provocando de inmediato que otros conciliares, particularmente monjes, se le uniesen espontáneamente. El maltrecho Flaviano -las circunstancias y fecha de su muerte son controvertidas- sucumbió, tal vez, a sus heridas pocos días después, camino de su destierro en Hipaipa (Lidia). (Eso en caso de que hubiera sido herido, lo que se ha cuestionado por parte católica, y no fuese eliminado por Santa Pulquería -algo que Chadwick trata de probar- a quien beneficiaba su muerte.) En el concilio siguiente, en Calcedonia, se dijo también que Dióscoro asesinó a Flaviano o bien que lo estranguló Barsumas. Como quiera que sea:
los padres conciliares proclamaron ahora (en Calcedonia) a Flaviano como santo y mártir, siendo así que él mismo fue, tal vez, víctima de una santa (su festividad es el 18 de febrero). Y *auno domini* 1984 F. van der Meer nos alecciona así en su introducción a *La Iglesia Antigua:* «El panorama

de la antigua Iglesia resulta tan encantador para el cristiano de hoy porque éste halla en él una Iglesia indivisa: se expresa, cierto, en dos lenguas, pero es una Iglesia única, segura de sí misma, impávida y, por ello mismo, convincente».

El legado papal, por su parte, el diácono Hilario, se despidió un tanto precipitadamente abandonando todo su equipaje *(ómnibus suis),* fundando más tarde en Roma, en signo de acción de gracias por su milagrosa salvación, una capilla bajo la advocación del apóstol Juan, patrono de Efeso, capilla que todavía se puede contemplar hoy en el laterano: *«Liberatori suo beato Johanni evangelistae Hilarus episcopus famulus Christi».*[130]

También Eusebio de Dorilea -depuesto y convicto de hereje- se escabulló y envió sus súplicas a León: «La única ayuda que le queda aparte del Señor».[131]

Y el obispo Teodoreto, que también perdió su sede en Éfeso, hizo llegar a Roma tres cartas de tono sumamente adulador: una epístola de un servilismo rastrero para el propio papa, otra para el archidiácono Hilario, sucesor de León, y otra dirigida al mismo presbítero Renato, ya fallecido, a quien rogaba: «Persuade al más santo de los arzobispos (el romano) para que haga uso de su poder apostólico», encomiando al respecto a aquella santísima sede, «sobre todo», por «haber quedado (siempre) al abrigo de todo hedor herético».[132]

El sínodo imperial de Éfeso constituía un tremendo triunfo de los monofisitas y de Dióscoro, quien llevó las riendas del concilio con más firmeza aún que su predecesor, san Cirilo, con ocasión del otro Concilio de Éfeso, apenas dos decenios antes. Al contrario que Cirilo, Dióscoro no necesitaba ya el apoyo del obispo de Roma, a quien mantenía a raya, convirtiéndose ahora -con la ayuda del emperador, que confirmó las resoluciones sinodales- en «señor efectivo de la Iglesia» (Aland). Ciento trece de los «padres» presentes habían declarado a Eutiques ortodoxo y lo habían rehabilitado, deponiendo en cambio a Flaviano. Con ello eliminaron de un manotazo la «Unión» del año 433. El papa León, desde luego, anatematizó a Dióscoro; tildó su proceder no de «juicio», sino de «vesania»; el concilio de «*nonjudicium sed latrocinium»,* de «sínodo bandidesco», de asamblea en la que «so capa de la religión ventiló intereses privados» *(privatae causae),* afirmación que valdría asimismo para toda la historia de la Iglesia e incluso para cada creyente particular. Por lo demás, no sólo el patriarca de Constantinopla, también el de Antioquía, Domnos II (442-449), juntamente con Eusebio y el obispo Ibas de Edesa (rehabilitado, por cierto, en Calcedonia y vuelto a condenar cien años más tarde en la «Cuestión de los Tres Capítulos» el año 553), en una palabra, todos los prelados antioquenos prominentes fueron depuestos, condenados y subsiguientemente desterrados. Las sedes de las Iglesias orientales

más ilustres fueron ocupadas por partidarios de Dióscoro, quien también excomulgó al papa León I, si bien con el único apoyo de diez obispos egipcios. En suma, una victoria que apenas tenía par en la historia anterior de Alejandría.[133]

El papa dirigió a la sazón un escrito, con el correo del 13 de octubre de 449, a su «clemente majestad», al «más cristiano y venerable de los emperadores», a Teodosio, afirmando por lo pronto audazmente que todo habría tenido un desenlace muy distinto si se hubiesen seguido sus directivas. Si no se hubiese estorbado la lectura de su carta al «santo sínodo» (que también le merecía el calificativo de «latrocinio»), la exposición de su «fe incontaminada que agradecemos a la inspiración del cielo y que mantenemos con firme fidelidad, hubiese cesado el estruendo y la ignorancia teológica -¡como si esa ignorancia no fuese el alfa y el omega de la teología!- se habría disipado. Las envidias clericales -algo que sigue floreciendo en nuestros días- no hubiesen hallado ningún subterfugio para su obra maligna». Es más, el papa censuraba que «al pronunciarse el veredicto no estaban presentes todos los conciliares». ¡Como ya pasó en Éfeso en 431! «Se nos ha informado de que a algunos se les denegó sin más la participación, de que otros fueron introducidos de matute, quienes con docilidad de esclavo -¡ni siquiera tenían por qué haber sido obispos!- y cediendo a la arbitrariedad, prestaron su mano a una firma impía, pues sabían exactamente que perderían su puesto si no se plegaban a sus órdenes (las de Dióscoro).» ¡Como si las cosas fuesen distintas cuando los concilios siguen directrices católicas![134]

El papa León exigía, pues, «la revocación de ese siniestro seudoveredicto, que supera cualquier sacrilegio». El diablo jugaba de tal modo con cierta gente insensata «que les aconsejaba veneno cuando buscaban una medicina». ¡Ay!, el corazón de León se encogía al decirlo. Rogaba a su majestad convocar un concilio en «tierra italiana» para solventar todas las cuestiones controvertidas y restablecer el amor fraterno. El romano permitía generosamente que participasen también los obispos orientales. Quería, incluso, reconducir «a la salud con curativa medicina» a los que se hubiesen desviado del recto camino de la fe verdadera. «Incluso si alguno hubiese incurrido en pertinaz transgresión, no debería perder los vínculos que lo unen a la Iglesia si mudaba sanamente de parecer.» En caso contrario, desde luego, tendría que tragarse el tósigo católico perdiendo asimismo su puesto. Por lo que respecta a corrupción y afán de poder, ambos bandos andaban igualados.[135]

Con todo, por mucho que el papa condenase las resoluciones conciliares considerándolas como auténticos crímenes y sintiéndose mortalmente ofendido por ellas, no se atrevía a impugnar, ni menos aún a derogar el veredicto de Éfeso, ni mediante declaración pública personal, ni tampoco mediante un sínodo. Con ello hubiese entrado en contradicción con el de-

recho imperial relativo a la Iglesia: el «primado jurisdiccional» sobre la totalidad de la Iglesia, acá o allá. Y cuando más tarde, él mismo envió a la Galia una parte de las actas del Concilio de Calcedonia con el *exemplar sententiae,* el texto exacto de la sentencia emitida contra Dióscoro, no tuvo reparo alguno en suprimir de entre las razones que fundamentaban aquella sentencia la del anatema que Dióscoro lanzó contra él mismo: no convenía que los obispos occidentales llegasen siquiera a tener conocimiento de aquella tremenda posibilidad.[136]

Cierto es que León apeló urgentemente al emperador escribiendo una y otra vez: «Os conjuro», «¡No carguéis con el lastre de un pecado cometido por otros!», «Desechad toda culpa de vuestra pía conciencia». Le rogaba invocando «la divinidad una y trina [...], por los santos ángeles del cielo». Le imploraba con todos sus obispos, con todas las iglesias de «esta mitad de nuestro imperio». Invocaba «entre lágrimas a la clemente majestad». La exaltaba como «el más cristiano de los emperadores ante quien todos doblaban humildemente su rodilla». Pero también escribió al santo Flaviano (difunto ya entretanto), al clero y a los monjes de Constantinopla, a los ciudadanos de la capital, a obispos de Oriente, de Italia y de las Galias. A todos los exhortaba a la defensa del catolicismo. Pero, sobre todo, se escudaba en Pulquería, la hermana mayor del emperador, mojigata y sedienta de poder, que había educado a su hermano tanto más cristianamente cuanto que ella misma había hecho voto de castidad, induciendo a sus hermanas a hacer otro tanto. Como quiera que ella «había apoyado siempre los esfuerzos de la Iglesia», el papa la requería para que interviniese ante Teodosio en virtud «de la alegación que el mismo apóstol Pedro le había expresamente encomendado». También el diácono Hilario, que tan milagrosamente escapó de Éfeso, adjuntó un escrito a Pulquería. La (falsa) monja pasaba, por lo visto, en Roma por ser la figura clave en la casa imperial de Constantinopla.

El déspota mismo, no obstante, se puso decididamente de parte de Dióscoro. No se ablandó ni siquiera cuando León I intentó mover el ánimo de su «clemente majestad» en la Roma oriental para que derogase el veredicto del sínodo imperial de Éfeso, pese a que ahora trataba de lograrlo a través de cuatro cartas -impetradas por León en la fiesta de la «Cathedra Petri», el 22 de febrero en la iglesia de San Pedro-: una del emperador Valentiniano, otra de su madre Gala Placidia, otra de su mujer Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II, y otra de la hermana de Valentiniano, y a las cuales, como decían las altas señoras «mezclaban lágrimas a sus palabras» y «apenas si podían hablar de tanta pena». Las epístolas de **la** corte -León lo había tramado todo hábilmente- rezumaban por cierto devoción ante la sede romana, que «superaba a todas en dignidad», y eran más papistas que el papa. Pero Teodosio no admitía intromisión alguna del «patriarca León» en los asuntos de Oriente, calificando al sínodo

de «juicio divino» y a sus resultados de «verdad pura». Flaviano, «culpable de nocivas innovaciones», recibió el castigo que merecía. «Desde su alejamiento imperan en la Iglesia la paz y la unanimidad total [...].» Sucesor del «bienaventurado Flaviano», que no pudo ya recibir la carta de consuelo de León fue Anatolio, hechura de Dióscoro y presbítero suyo, apocrisiario alejandrino en la corte. Anatolio, a su vez, entronizó de nuevo a Máximo, miembro de la misma facción, en Antioquía.[137]

Pero precisamente en el momento en que Dióscoro de Alejandría se disponía a regir sobre la totalidad de la Iglesia oriental, cayó desde toda la altura de sus triunfos. Una simple y desdichada casualidad condujo a una alteración total de la política imperial y eclesiástica.

El 28 de julio del año 450, el emperador Teodosio, obstinado oponente del papa y valedor de los monofisitas hasta el fin de su vida, sucumbió a una caída de caballo en una cacería cuando sólo tenía 49 años. Murió sin dejar varón. Santa Pulquería, su hermana, tan dada a beaterías y otrora apartada por Crisafio de la escena política, tomó las riendas del Estado y, sin más rodeos, hizo decapitar al omnímodo eunuco con quien hacía causa común el patriarca de Constantinopla -ésa fue la primera acción del nuevo gobierno-, arrancando a Eutiques de su monasterio y enclaustrándolo a la fuerza en Constantinopla. El papa León vio como de súbito «aumentaba considerablemente la libertad de los católicos en virtud de la gracia de Dios».

Y, efectivamente, bajo el general Marciano (450-457), encumbrado hasta el poder por el hombre fuerte de Oriente, el jefe del ejército Aspar, con quien (Marciano) se casó en agosto de aquel año Pulquería -que era aún virgen a sus 51 años y lo seguiría siendo en el futuro- y a quien haría regente adjunto, los vientos soplaron en dirección completamente opuesta. El advenedizo que, según escribe Próspero, era «hombre estrechamente vinculado a la Iglesia» y adversario declarado de los monofisitas, por lo demás, apenas otra cosa que un dócil instrumento en manos de la emperatriz, ofreció insistentemente un concilio al papa que «sirva a la paz de la religión cristiana y a la fe católica». Pero León, sabiendo ahora que el déspota estaba de su parte, no necesitaba ya de concilio alguno. Dios le había escogido para la «defensa de la fe», escribió a Marciano, conjurándole, con todo, a no dar lugar a que esta fe se sometiera siquiera a la discusión de un concilio. Acto seguido, el cadáver de Flaviano fue inhumado solemnemente en la catedral de Constantinopla. Eutiques fue excomulgado en un sínodo doméstico y Dióscoro, hasta ahora victorioso patriarca de Alejandría, fue acusado de blasfemia contra la Santa Trinidad, de «herejía», de latrocinio, de asesinato, etc. Y Alejandría «tomó a ser escenario de luchas sangrientas surgidas de la intolerancia» (Schuitze). Todos los obispos volvieron repentinamente la espalda a Dióscoro como animados por un solo corazón y una sola aspiración, echándole todas las culpas

y encareciendo que sólo habían cedido ante la violencia. También Anatolio (449-458), convertido en patriarca de Constantinopla por Dióscoro, se arrastró ante la cruz -esta vez ante la romana- bajo la fuerte presión ejercida por la «monja» desposada, abandonando la causa de su propio promotor, Dióscoro, y enviando a Roma una retahila de declaraciones de arrepentimiento de conciliares de Éfeso, a la vez que practicaba un doble juego. También el patriarca antioqueno. Máximo, recogió declaraciones condenatorias contra Nestorio y Eutiques. Hasta el propio archidiácono de Dióscoro le volvió la espalda, convirtiéndose, como se dijo más arriba, en patriarca de Alejandría.[138]

Este patriarcado, que durante tres generaciones había avanzado de victoria en victoria, en su lucha por el dominio de la Iglesia oriental, había perdido, en todo caso, su posición dominante. Su sed de poder se vio, incluso, definitivamente frustrada. A partir de ahora fue su rival constantinopolitana la que ejerció un dominio incuestionado en Oriente gracias a una archidiócesis de más de trescientos obispados. No sólo superaba, con mucho, a Alejandría y a Antioquía, sino también al obispo de Roma, quien sólo ejercía su dominio sobre casi toda Italia e Iliria. Bien es cierto que éste tendía afanoso sus hilos hacia Oriente, pero no todo transcurriría allí a la medida de su gusto.

El Concilio de Calcedonia, o sea: «Gritamos en aras de la piedad»

Todavía el 9 de junio de 451, León rogó al emperador Marciano que aplazase el concilio, pero éste había tomado ya otra decisión. Es así como se llegó al famoso cuarto concilio ecuménico, de secular influencia, pero celebrado con cartas tan marcadas como las del anterior «latrocinio» y, ocasionalmente, al menos, no inferior a él en turbulencias.

Como era usual, lo convocó el emperador, cuyo escrito de invitación del 17 de mayo de 451 a todos los metropolitanos se iniciaba con esta frase: «Los asuntos divinos han de anteponerse a todos los demás». El monarca había fijado también, sin consultar a ningún obispo ni «papa» el tiempo y el lugar (primero Nicea, después Calcedonia, hoy Kadikoy, situada en el Bosforo, frente a Constantinopla), lo cual era entonces algo perfectamente obvio. Como lo era el que también se sometiese a ello, sin objeción alguna, el papa León «Magno», pese a que no deseaba en modo alguno el concilio y más bien había manifestado su disgusto en diversas ocasiones, enfatizando que en tiempos tranquilos hubiese celebrado gustosamente un concilio en Italia. Puesto, sin embargo, ante hechos consumados, escribió en una epístola de salutación a la asamblea obispal (26 de junio de 451): «Es loable la pía decisión del augusto soberano por

la que se dignó convocamos para aniquilar los lazos mortales tendidos por el demonio y restaurar la paz de la Iglesia, salvaguardando el derechoy el honor del muy bienaventurado apóstol Pedro por medio de la misivacon la que también nos invitaba a Nos a honrar con nuestra presencia el venerable sínodo. Pero ciertamente, ni la premura, ni cierta antigua costumbre lo permitían. Ahora bien, quiera vuestra fraternidad considerarme allí presente, presidiendo *(praesidere)* vuestro sínodo en la persona de los hermanos enviados por la Santa Sede».[139]

Los legados de León acudieron realmente en esta ocasión: los obispos Pascasino de Lilybaeum (Marsala, Sicilia), hombre de su especial confianza, para quien exigía la presidencia *vice apostólica,* Lucencio de Ascoli, el sacerdote romano Bonifacio con un escribiente y asimismo Julián de Quíos, experto en Oriente. Con todo, apenas si pudieron leer la salutación papal y ello en una reunión especial... ¡casi al final de las reuniones conciliares! Y cuando el concilio se reunió el 8 de octubre de 451 en la basílica de Santa Eufemia, la presidencia, en el centro de la nave principal, estaba constituida por los plenipotenciarios del emperador, cónsules, senadores, prefectos; dieciocho, nada menos. Y el mismo emperador intervino perso- | nalmente y de forma determinante, sin abandonar su «divino palacio», en las sesiones del concilio. El 25 de octubre presidió él mismo, junto a la emperatriz, y aprobó las resoluciones, con lo que éstas obtuvieron su validez. La afirmación hecha por Pío XII en su encíclica *Sempitemus Rex Christus,* en 1951, a raíz del jubileo por los 1.500 años transcurridos desde el concilio, en el sentido de que éste se reunió bajo la presidencia de los legados papales y de que todos los padres conciliares reconocieron esta prerrogativa de Roma, es tan incierta como el aserto de Pío XI en su encíclica *Lux Verítatis* del año 1931 con motivo de la celebración del 1.500 aniversario del concilio de Éfeso, por no hablar de otras deformaciones tendenciosas y tergiversaciones históricas de la encíclica de Pacelli. Todas ellas, eso sí, al servicio de las pretensiones de un primado de Roma.[140]

Pero también mienten los teólogos católicos desde la cúspide hasta los rangos más modestos, incluyendo al jesuíta J. Linder quien -con su *imprimatur*- escribe así: «Los concilios ecuménicos estaban siempre [!] presididos por los papas o por sus representantes». Incluyendo también a los apologetas católicos Koch/Siebengartner, quienes, a su vez con *imprimatur,* escriben lo siguiente: *«Nunca se celebró una asamblea general de la Iglesia sin estar presidida* por el papa o por sus delegados». Incluido asimismo el católico J. P. Kirsch (también con *imprimatur):* «Los presidentes del sínodo eran los legados papales». Incluido, en fin, el *Léxico de la Teología y de la Iglesia:* «Un legado papal ejercía la presidencia». Y eso no debe extrañamos, pues hasta el mismo legado Lucencio afirmaba en Calcedonia contra Dióscoro: «Tuvo la osadía de celebrar un sínodo sin la autoridad de la Santa Sede, algo que no se permitió ni sucedió nunca».

Los católicos son capaces de mentir así a lo largo de dos milenios ante la faz del mundo.[141]

El papa León I reivindicó ciertamente para sí el derecho a presidir el concilio de 451, ¡pero no lo obtuvo! Requirió del emperador Marciano que Pascasino ejerciese la presidencia en su lugar *(vice mea)* y también escribió a los obispos de las remotas Galias que sus hermanos «presiden el sínodo en representación mía», ¡pero en realidad sólo pudieron hacerlo un único día! Incluso el franciscano holandés M. Goemans, quien piensa que un lector atento de las actas conciliares «puede hacerse la idea a la vista del descollante papel de los *comisionados* imperiales, que la auténtica presidencia del concilio estaba en sus manos» constata por sí mismo a cada paso que son ellos, justamente, quienes «presiden», «presiden» y «presiden» en las sesiones 1.ª, 2.ª, 4.ª, 5.ª. En la 6.ª (5 de octubre), en la que se confirmó solemnemente el símbolo de la fe de Calcedonia, estuvieron presentes el emperador y la emperatriz Pulquería. Constata también que sus comisarios «presiden asimismo las sesiones de la 8.ª a la 17.ª [...]». Eran ellos efectivamente quienes llevaban las riendas del concilio. Y fueron ellos también, y nadie más, quienes lo salvaron en cada una de sus varias fases críticas.[142]

Sí, el Espíritu Santo habló también, a buen seguro, por boca de los representantes del déspota: y así será siempre, con tal que hable en favor de la Iglesia romana. Y si no es así será el demonio quien hable. (Por qué el Espíritu Santo permite tan siquiera que hable también el demonio, que se hable y se tomen también decisiones en detrimento de la Iglesia romana -eso incluso en concilios reconocidos por Roma, en concilios «ecuménicos» como el de Constantinopla (381) y hasta, como hemos de ver aún, en el de Calcedonia-, eso es secreto del Espíritu Santo.)

León I no tenía tampoco el más mínimo interés en que se discutieran cuestiones relativas a la fe. Semejantes debates, auténticas confrontaciones cuando se trataban especialmente aspectos dogmáticos, no son nunca del gusto de los papas. No puede existir la menor duda, escribió León en su salutación acerca de los conciliares, acerca «de lo que yo deseo. Por eso, dilectísimos hermanos, reprobamos de forma rotunda y tajante la osadía de suscitar debates acerca de la fe inspirada por Dios. Calle el fa-. tuo descreimiento de los extraviados y prohíbase la defensa de aquello que no es lícito creer [...]». Y en una última misiva con fecha del 20 de julio conjuraba así al emperador Marciano: «¡No haya la más mínima disputa acerca de cualquier reanudación del proceso!».[143]

Pero la exigencia papal, «¡No haya discusiones en lo relativo a la fe!», fue tan desoída como desatendido su deseo de ejercer la presidencia del concilio. Al contrario, los comisionados imperiales insistieron expresamente en aquella discusión. No obstante lo cual, el credo redactado por la propia comisión conciliar fue apasionadamente rechazado en la 5.ª se-

sión (el 22 de octubre). Los legados papales amenazaron con su retomo y con un concilio en Italia. El emperador presionó sobre los conciliares: o un nuevo símbolo de fe o el traslado del sínodo al país del papa. De inmediato se dio la preferencia a lo primero. Los obispos cedieron y redactaron una nueva definición de fe en la que dieron cabida al escrito doctrinal de León. Pero ello no sucedió en reconocimiento de una autoridad doctrinal, sino porque se tenía la convicción de que su *Tomus* coincidía con la fe ortodoxa.[144]

El concilio, un triunfo de la ortodoxia, en el que participaron presuntamente 600 obispos fue una de las asambleas más pomposas de la antigua Iglesia. El cardenal Hergenróther da una cifra de entre «520 y 630» participantes. En las actas conciliares -que no siempre recogen el orden cronológico de las sesiones *(praxeis, actiones)* y muestran en general discrepancias en los recuentos- constan en todo caso tan sólo 430 firmas. En realidad «sólo estaban presentes 350 o 360 padres» (Goemans). La 1.ª sesión, el 8 de octubre, se dedicó a la inculpación de Dióscoro, destronado en la 3.ª (31 de octubre) ¡sin que su doctrina fuese, pese a todo, condenada! Dióscoro se mantuvo prudentemente alejado desde entonces, pero replicó por su parte excomulgando al papa. El concilio le privó de su sede obispal y de todas sus dignidades espirituales (el emperador lo desterró más tarde, primero a Cizico, después a Heraclea y, finalmente, a Gangra, en Paflagonia, donde murió después en el exilio). *Un único* malhechor para no perder a otros: la táctica ya seguida contra Nestorio. Por lo demás la asamblea reconoció, por miedo a las represalias, una fórmula idéntica a la deseada por el emperador Marciano -a la sazón presidente del sínodo y aclamado como «novus David», «novus Paulus», «novus Constantinus», más aún: como «sacerdote» y «maestro de la fe» [!]-, por el papa y por el patriarca de Constantinopla, Anatolio: la doctrina difisita, un Cristo de dos naturalezas, base de toda la teología ortodoxa, de los griegos, de los católicos y de los protestantes.[145]

Pues así como la profesión de fe de Nicea tomó cuerpo en este concilio tan sólo por intervención del emperador Constantino (por ello la denominaba sarcásticamente Haller «símbolo constantiniano»), también la fórmula definida en Calcedonia «se aprobó tras intensa intervención política: sólo un amenazador ultimátum del emperador hizo posible zanjar de forma inequívoca y definitiva la cuestión de la relación entre las naturalezas divina y humana en Cristo y plasmarlo todo en forma de una profesión de fe formulada por el concilio» (Kawearau). El mismo León I atribuía al emperador el mérito principal de la victoria del sínodo sobre la nueva «herejía», «pues gracias al santo celo de su clemente majestad fue exterminado el maligno error [...]».[146]

El déspota siguió, pues, prestando más tarde su decidido apoyo a este símbolo y el nestoriano Elias de Nisibe (975-1049) no andaba muy des-

caminado al escribir en su libro *Pruebas de la verdad de la fe:* «Pero el emperador habló así: "Ni se han de admitir dos personas, siguiendo a Nestorio, ni una naturaleza, siguiendo a Dióscoro y sus parciales, sino dos naturalezas y una persona". Lo que él ordenó lo mantuvo con violencia y matando a espada a los contradictores mientras afirmaba: "¡De los dos males, el menor!" [...]. Los maestros enseñaron [...] que el parecer expuesto por el emperador es reprobable y viciado, apartado de la verdad, y se mantuvieron firmes en su antigua y ortodoxa fe; fe inalterable que no dio pie a violencias ni dio lugar a mediaciones, ni a donaciones de obsequios, ni a dispendio de dinero en su favor [...]».[147]

En cualquier caso, la mayoría de los padres conciliares apenas comprendían qué era lo que allí se ventilaba teológicamente. Según un documento clerical, la mayoría de los obispos del sínodo de Antioquía (324-325) no eran expertos «ni siquiera en cuestiones relativas a la fe de la Iglesia», hecho que esclarece de modo contundente cuál era el calibre espiritual de muchos de ellos. ¡Como lo esclarece asimismo el hecho de que en el de Éfeso muchos obispos no eran capaces ni siquiera de escribir su propio nombre y firmaron por mano de otros! ¡Y también en el de Calcedonia participaron 40 obispos analfabetos! Hasta un católico moderno subraya el nivel cultural, chocantemente bajo todavía, del «episcopado romano-oriental» (Haacke). ¿Acaso la del romano-occidental era distinta? ¡Era, reconocidamente, peor aún![148]

Por supuesto que la fórmula «Un Cristo en dos naturalezas» tampoco era comprensible para nadie. ¡Una distinción sin separación, una unión sin confusión! Gran misterio, en verdad. Nadie lo ha comprendido aún. Eso se colige de la declaración del benedictino Haacke (que compara a los monofisitas «con los nacionalsocialistas»: «Frente a la «confusión» preconizada por los monofisitas, se subrayó la «coadunación», frente a la distorsión de la «íntima subjetividad», la íntima «interpenetración». ¡Pues lo que justamente se necesitaba era un Señor absolutamente divino! ¡Y absolutamente humano! Pero, por encima de todo, ¡una sede obispal![149]

La lectura del escrito dogmático de León -*Epístola dogmática o Tomus* de León, en Oriente (también «Tomos del malvado León», según la, historiografía copta), con una fijación antialejandrina en su cristología- se vio acompañada, en la segunda sesión conciliar, el 10 de octubre, por aclamaciones de entusiasmo: «¡Ésta es la fe de los padres! ¡De los apóstoles! ¡Así lo creemos todos, así los ortodoxos! ¡Sea anatema, quien no lo crea así! ¡Pedro habló por boca de León! ¡Es lo que enseñaron los apóstoles! ¡Pía y verdadera es la doctrina de León! ¡Cirilo enseñó lo mismo! ¡Sea anatema, quien no enseñe tal doctrina!». Los ilustres adalides de la fe no querían ni tomarse tres días de reflexión hasta la próxima sesión:
«Ninguno de nosotros está en duda, ya hemos firmado», exclamaron;

triunfo, también, de la autoridad papal, que durante cuatro siglos, hasta el año 869/870 (Constantinopla), no fue ya superada en ningún otro concilio «ecuménico».[150]

La estereotipada expresión «¡Pedro habló por boca de León!» parecía no querer desprenderse ya nunca más de los labios de teólogos y apologetas católicos, tanto menos cuanto que ésta se había esfumado de la boca de los obispos orientales. Cada vez que se ponían sobre la mesa «pruebas» históricas de la autoridad doctrinal del papa, aquélla aparecía también en el menú. Pero, escribe el teólogo e historiador de la Iglesia Schwaiger, «un atento estudio de las fuentes evidencia que el Concilio de Calcedonia no remite en ninguna parte, a la hora de justificar la aceptación del *Tomus Leonis,* a una supuesta autoridad incondicional del papa en cuestiones doctrinales [...]. Una parte de los obispos aceptó el *Tomus,* ostensiblemente, tan sólo a causa de la abrumadora presión imperial».[151]

La «obra maestra» leoniana -que en nuestros días sería bastante más idónea para curar insomnios, incluso los más agudos, que para zanjar la más suave de las dudas en cuestiones de fe- tenía, en amplios pasajes, un tenor del que nos puede dar idea esta muestra: «El nacimiento según la carne es manifestación de la naturaleza humana; el alumbramiento de la Virgen, en cambio, signo de la potencia divina. La niñez del pequeño se manifiesta en la humildad de la cuna; la grandeza del Altísimo se anuncia por boca del ángel [...]. Aquel a quien tienta como hombre la astucia del diablo es el mismo a quien los ángeles sirven como a Dios. Pasar hambre, sed, fatigarse y dormir es, a todas luces, propio de humanos, pero dar de comer a 5.000 con cinco panes, dispensar a la samaritana agua de vida tal que quien bebe de ella nunca más padece la sed, caminar sobre las aguas del mar sin que se hunda su pie, calmar las hinchadas olas conjurando la tormenta, todo ello es inequívocamente propio de Dios. Como tampoco pertenece a la misma naturaleza -y paso por alto otras muchas cosas- el llorar con amor compungido al amigo muerto y el despertarlo de nuevo a la vida, tras yacer cuatro días bajo la losa de la tumba, con una sola orden de su voz. O bien el colgar de la cruz y el transformar el día en noche o hacer temblar a los elementos. O bien el ser traspasado por los clavos y el abrir las puertas del paraíso al ladrón creyente. Como tampoco corresponde a la misma naturaleza el poder decir: "Yo soy uno con el Padre" y "El Padre es mayor que yo"».[152]

Bien rugido. León, no sería aquí, precisamente, la expresión más adecuada.

No es de extrañar que historiadores del dogma críticos como Hartnack o Seeberg juzguen muy desdeñosamente el *Tomus* de León. Ya es asombroso que E. Gaspar le atribuya «vigor convincente», una «eficacia convincente entre amplísimos círculos». ¡Y tanto! Pues ¡qué cosas, por amor **de** Dios, no fueron ya capaces de convencer a amplísimos círculos![153]

Quizá no haya nada que pueda glosar mejor esta tentativa papal, esa desangelada exaltación espiritual que trata de explicar lo que es *per se* inexplicable, de dar plausible concreción a algo vanamente quimérico, que el consejo dado por san Jerónimo a Nepociano previniéndolo contra declamadores y pertinaces vanilocuentes: «Dejemos a los ignorantes lanzar palabras vacías de sentido y a traer hacia sí la admiración del pueblo inexperto con su verborrea. La petulancia de explicar lo que uno mismo no entiende no es, por desgracia, nada infrecuente. Uno acaba por considerarse a sí mismo una lumbrera cuando ha hecho tragar infundios a los demás. No hay nada más fácil que embaucar al pueblo simple o a una asamblea ingenua, pues cuanto menor es su conocimiento de causa, tanto más aumenta su admiración».[154]

Culturalmente, la mayoría de la espléndida asamblea conciliar era, en verdad, una «asamblea ingenua»: eso incluso aunque no se hubiese dado el caso de que uno de cada diez entre aquellos reverendísimos señores no sabía leer ni escribir. En desquite de ello su pico funcionaba tanto mejor. Pues no todo fue cavilar sobre problemas teológicos, respecto a lo cual distintos motivos daban pie para callarse. También se ventilaron escándalos como el de las querellas entre los obispos Basanio y Esteban de Éfeso. Se produjeron auténticos tumultos y los padres, animados por el Espíritu Santo, dieron lugar a escenas tales que también el católico G. Schwaiger halla no pocos paralelismos entre el famoso cuarto concilio ecuménico y el «Latrocinio de Éfeso». R. Seeberg, que constata una «impresión de lo más desagradable», acentúa incluso «que su desarrollo no fue menos tumultuoso que el del "Latrocinio"». Caspar halla palabras casi idénticas. Las actas de la sesión ponen de manifiesto que los sinodales se habrían empantanado en su propio alboroto y se habrían visto abocados a un pronto fracaso si el Estado no los hubiese constreñido a seguir un procedimiento como de protocolo notarial.[155]

Los comisionados imperiales reprendieron el griterío «plebeyo» de los obispos. Éstos replicaron chillando: «Gritamos en aras de la piedad; de la ortodoxia».

Y mientras que Dióscoro -su situación estaba tan perdida de antemano como la de Nestorio el año 431 en Éfeso- siguió siempre fiel a sí mismo y mantuvo lo que había defendido, los obispos que lo habían ovacionado dos años antes le volvieron ahora la espalda casi como un *solo* hombre. Ya en la primera sesión, por la tarde y a la luz de las velas, su deposición era cosa decidida. Lo abandonaron sin la menor consideración: «¡Fuera el asesino Dióscoro!» se oyó exclamar. Ahora y en la tercera sesión, el 13 de octubre, cuando lo destronaron *in absentia* se oyeron cosas como: «hereje», origenista, blasfemo contra la Trinidad, libertino, profanador de reliquias, ladrón, incendiario, asesino, reo de lesa majestad, etc.[156]

La aparición de Barsumas, nestoriano declarado, suscitó la misma tor-s

menta de indignación: «¡Fuera el asesino!». El obispo de Cizico gritó: «Él mató al bienaventurado Flaviano. Él estaba allí gritando: "¡Abatidlo a golpes!"». Algunos de los supremos pastores exclamaron: «Barsumas ha llevado a toda Siria a la perdición». Barsumas permaneció impertérrito. Cuando apareció el historiador de la Iglesia Teodoreto de Ciro, fiel amigo de Nestorio y adversario de Cirilo, pero «innegablemente una de las figuras mayores de la época» (Camelot), en verdad, una especie de Agustín de Oriente (Duchesne), los «padres» de Egipto, Palestina e Iliria hicieron retumbar la iglesia con rugidos que atronaban los oídos: «¡Expulsad al judío, al adversario de Dios, y no lo nombréis obispo!». «¡Es un hereje! ¡Un nestoriano! ¡Fuera el hereje!» Pero incluso el «Agustín de Oriente», el obispo Teodoreto, el enemigo de Cirilo y amigo de Nestorio, traicionó a este último tras cierta resistencia. En un principio declaró todavía: «Os aseguro ante todo que no tenía los ojos puestos en un obispado [...]». Pero era de eso de lo que se trataba también en su caso. Y cuando se le amenazó con no restituírselo y con una nueva condena, declaró en acta: «Nestorio sea anatema y todo el que diga que la Virgen no es *Deípara.* También quien escinda en dos al Hijo Único [...]. ¡Y acto seguido, recibid mi saludo!».[157]

¡Y acto seguido, recibid mi saludo!

Sólo trece obispos egipcios que aparecieron con Dióscoro, rompieron filas respecto a los demás. No declararon culpable a Eutiques y se negaron tenazmente a aceptar la carta doctrinal de León: «Nos matarán, nos matarán si lo hacemos». De nada sirvió que se les apremiara o amenazara. Como mínimo exigían una demora hasta la elección de un nuevo patriarca. Es más, deseaban seguir sosteniendo la fe de sus padres y preferían morir allí mismo a ser lapidados a su regreso a Egipto. Todo ello expresado con gran patetismo y, finalmente, saldado de momento con la concesión de una moratoria por parte de los funcionarios imperiales hasta tanto no se cubriese de nuevo la sede alejandrina. No faltó el gimoteo de los obispos. Y desde luego la fórmula de las «dos naturalezas» condujo realmente, como pronto veremos, a violentos excesos en Egipto y en Palestina.[158]

El canon 28

Veintisiete cánones habían superado ya los trámites de manera casi enteramente satisfactoria para Roma (prescindiendo de los cánones 9 y 17 que ya habían ampliado los derechos del patriarca de Constantinopla), cuando en la sesión del 29 de octubre, el último de ellos, el 28, deparó un revés de la peor especie en el ámbito de la política y la jurisdicción eclesiásticas a León «Magno» y al papado, es decir, al vencedor en el campo

dogmático. En verdad que ese canon se convirtió en «la razón primordial de las desavenencias venideras..., hasta el día de hoy» (Dólger).[159]

La asamblea obispal (vengándose así evidentemente por la imposición del dogma que Roma consiguió gracias a la interposición del emperador) codificó la supremacía del patriarca de Constantinopla en Oriente. Remitiéndose al canon 3 del Concilio de Constantinopla (381) -que atribuía al obispo local el «primado de honor», si bien «tras el obispo de Roma»- el Concilio de Calcedonia reconoció ahora al patriarca de la «Nueva Roma» (Constantinopla) «las mismas prerrogativas» que al patriarca de la Roma antigua y, por descontado, el derecho de ordenación en las diócesis de Asia, Ponto y Tracia. Ello se hacía «siguiendo una costumbre ya establecida desde hace mucho tiempo» *(consuetudinem, quae ex longo iam tempore permansit).* Es decir, que el obispo de Constantinopla podía consagrar a los metropolitanos de estas diócesis. Con ello obtuvo no sólo un primado honorífico, sino también la jurisdicción sobre un amplio territorio de Oriente. Cierto que se certificó el derecho de anterioridad a la Roma antigua, pero a la nueva se le concedieron iguales prerrogativas. Los legados papales -que al parecer no habían sido preparados por el papa para la discusión de cuestiones jurisdiccionales- evitaron intencionada, pero imprudentemente estar en esa sesión decisiva. En la siguiente, sin embargo, protestaron del modo más enérgico. A la invitación de los comisionados de que presentasen los cánones, cosa que ambos bandos hicieron precipitadamente, Pascasino citó el canon 6 de Nicea, pero, claro está, en la versión *falsificada* por Roma. Pues ese canon tiene por título -en un texto latino que se remonta documentadamente hasta el año 435-: *De primatu ecciesiae Romanae* y afirma en su primera frase:
«La Iglesia de Roma tuvo desde siempre la primacía *(Primatum)».* Eso era, sin embargo, una interpolación que falta en la versión constantinopolitana del mismo canon. El legado Lucencio, obispo de Herculaneum, cuestionó el carácter voluntario de las signaturas afirmando que los padres fueron víctimas del ardid, de la violencia y del embaucamiento, firmando bajo presión. La respuesta fue, no obstante, un amplio coro de voces, quizá la voz de la unanimidad: «¡Nadie ha sido forzado!». Los supremos pastores testificaron uno a uno haber firmado voluntariamente y no tener objeción alguna contra la resolución. Los gerentes imperiales levantaron correctamente acta de todo y ratificaron el canon 28 con los votos de los legados romanos en contra: «Lo expuesto fue aceptado por la totalidad del sínodo».

Por supuesto que León I se manifestó expresamente de acuerdo con las decisiones conciliares en la medida, y sólo en la medida, en que afectaban a la fe, *«in solafidei causa».* Por lo demás no quería que para la «Nueva Roma», la nueva ciudad imperial, valiese lo que ya valía para la Roma antigua. Pues en los asuntos divinos -escribió al emperador, al tiempo que le expresaba su «dolido asombro» de que el espíritu codicio-

so de prestigio volviese a perturbar, apenas restablecida, la paz de la Iglesia- imperaban otros principios que en los humanos, *«alia ratio est rerum saecularium, alia divinarum»*. Pero en realidad, el que el *status* civil de una población determinase también su *status* eclesiástico se ajustaba plenamente al principio ya claramente formado en el sínodo de Antioquía (328 o 329). León se mostró todavía bastante moderado frente al emperador. Frente a otros como Anatolio, santa Pulquería y Julián de Quíos babeaba de rabia. Rezumando por su parte afán de poder, el «arzobispo de Roma», apelativo que usaron los sinodales para él tras la clausura del concilio, desaprobaba con radical iracundia las aspiraciones de Constantinopla a la supremacía, tildándolas de «codicia desenfrenada», «extralimitación desmesurada en sus competencias», «desvergonzada pretensión», «desvergüenza inaudita», como intentó -según dio a entender a Anatolio, patriarca de Constantinopla, a quien dirigió la carta más violenta- de «echar por tierra los cánones más sagrados. Te pareció sin duda que se te presentaba un momento favorable, toda vez que la sede alejandrina había perdido el privilegio de segunda en el rango y la antioquena se vio privada de su cualidad de tercera en esa jerarquía honorífica, para, sometiendo estas ciudades a tu férula, privar de su honor a todos los metropolitanos».[160]

Aliada con el emperador. Roma había aniquilado el «papado» alejandrino. Evidentemente, León temía ahora un «papado» en Constantinopla, en la capital del imperio, y ello tanto más cuanto que Roma ni siquiera era ya capital de Occidente, pues lo era Ravena. De ahí que mientras León encomiaba el Concilio de Nicea como «privilegio divino», rebajaba la autoridad del concilio «ecuménico» de Constantinopla (381), acusando de «ambición de poder» al patriarca Anatolio e indicando enfurecido que no «servía absolutamente de nada» aducir en favor suyo aquella «pieza escrita» «supuestamente redactada por no sé qué obispos hace sesenta años», un papel que ninguno de sus antecesores presentó para conocimiento de la Santa Sede» «y ahora tú pretendes, vana y tardíamente, sonsacando de forma artera la apariencia de una aprobación a los hermanos (del Sínodo de Calcedonia) venir en apoyo de esa pieza escrita, caducada de antemano y tiempo ha arrumbada (!) [...I». Y mientras que la Iglesia griega mantuvo en general la permanente vigencia del canon 28, León declaró «nula» la aprobación de los obispos -en carta a la emperatriz Pulquería- «cancelándola íntegramente en virtud de la autoridad del santo apóstol Pedro y mediante determinación general» *(in irritum mittimus et per auctoritatem beati Petri apóstol!, generali prorsus definitione cassamus).*^

Hasta el jesuíta A. Grillmeier reconoce con franqueza que el canon 28 atrajo más la mirada del papa «que la decisión dogmática del sínodo». Es más, concede que León «apenas se ocupó, quiza nada, de la situación objetiva de las Iglesias orientales».[162]

Y sin embargo, este papa se presentaba de puertas afuera como sumamente solícito y desinteresado: «Me declaro tan henchido de tal amor para con la totalidad de los hermanos -escribía a su rival de Constantinopla— que no puedo atender ningún ruego suyo que pueda serles nocivo [...]». Y no fue la única vez que León I enmascaró su colosal ambición tras la apariencia de su fraternal amor al prójimo. Cuando, por ejemplo, combatió a san Hilario en las Galias -ya tenemos de nuevo a dos santos enfrentados- concluía así un escrito dirigido al episcopado galo: «No es que Nos propugnemos en favor nuestro las consagraciones en vuestra provincia, como tal vez [!] presenta Hilario la cuestión, siguiendo su mendacidad y tratando de seducir vuestro ánimo, sino que es concesión que os hacemos como expresión de nuestra solicitud para atajar innovaciones y no dar ocasión a quien ose aniquilar vuestros privilegios».[163]

¿Quién era este papa que, mientras reprochaba a otros obispos, incluidos los santos, su arrogancia -con razón en muchos casos- usaba él mismo, y seguro que sin razón para ello, de un lenguaje apenas concebible por su arrogancia en ningún jerarca romano de los que le antecedieron en el cargo; que fingía salvaguardar los privilegios de otros obispos, mientras los privaba de ellos, ocultándolo además tras una apariencia de altruismo?

CAPÍTULO 2

EL PAPA LEÓN I (440-461)

<[...] una personalidad de caudillo.»
DANIEL-ROPS[1]

«[...] hasta León I la sede de san Pedro noconoció ni un solo obispo de importancia y grandeza históricas.»
F. GREGOROVIUS[2]

«Rugía y los cobardes corazones de los animales empezaban a temblar.»
EPITAFIO ESCRITO EL AÑO 688
EN LA LÁPIDA DE LA TUMBA DE LEÓN 1
A SUGERENCIA DEL PAPA SERGIO I[3]

«Aludiendo a su nombre se le ha exaltado hasta nuestros días como el León de la tribu de Judá, calificativo halagador, que no merece. Más bien se le podría comparar con el zorro.»
J. HALLER[4]

«León es el primero de los papas de la Iglesia de la Antigüedad de quien nos consta poseía una idea del papado clara y determinada [...]. Esa idea arrancaba del hecho de que el obispo romano era el sucesor del apóstol Pedro. De ahí extraía León la conclusión de que él poseía las mismas atribuciones que Cristo concedió al apóstol.»
A. EHRHARD, TEÓLOGO CATÓLICO[5]

«León Magno nos legó [...] esa doctrina del primado de forma tan excelente que ha constituido hasta nuestros días la columna vertebral del papado.»
W. ULLMANN[6]

Nada se sabe acerca de la patria, los padres y los estudios de León I. *«The best that can be suggested cannot be more than a guess»* (R. Jalland). Los más antiguos autores católicos gustan de situar su ascendencia en círculos nobles: a los «herejes» se les atribuye más bien, en caso de duda, un origen «menor». León nació, presumiblemente, a finales del siglo iv y la mayor parte de los manuscritos del *Líber pontificalis* lo consideran oriundo de la Toscana. Volterra es la que reivindica con más energía que ninguna otra ciudad su calidad de lugar natal de León I. ¡Todavía en 1543 este municipio imponía una multa de 48 *solidi* a todo el que no conmemorase festivamente el aniversario de León, el 11 de abril![7]

Tiro Próspero de Aquitania, curial bajo León, menciona a Roma como su ciudad natal, aunque también la llama «mi patria», lo que puede tener, sin duda, un sentido más amplio. Lo que es seguro es que León era ya diácono de la «sede apostólica» bajo sus predecesores, Celestino I y Sixto III, ejerciendo ya entonces una gran influencia. Hasta Cirilo de Alejandría procuraba ganarse su favor. Y la regente de Occidente, Gala Placidia, lo envió el año 440 a las Galias para que allanase la enemistad entre el general Aecio y el gobernador Albino. Mientras desempeñaba esta misión, el archidiácono León I fue elegido papa y consagrado como tal, tras su regreso, el 29 de septiembre de 440.[8]

León predica su propia preeminencia y la humildad a los legos

La importancia histórica de este papa radica en su ampliación del primado de Roma. Contando con poco apoyo en la tradición -si exceptuamos sus últimos predecesores*-) pero con naturalidad, sistematismo y consecuencia tanto mayores, León cimentó y amplió las pretensiones del poder papal.

Para fundamentar y propagar esas pretensiones se sirvió, ante todo, de la doctrina de Pedro. Ésta le había sido ya predicada a todo Occidente, África incluida, pero León hizo uso y abuso particularmente frecuente de

la misma, elevándola a *potestatis plenitudo,* a «petrinología», no sin integrar en ella elementos de la ideología pagana exaltadora de Roma y del Imperio con su correspondiente «ceremonial de palacio». León habla incesantemente de Pedro, colocándolo siempre en el candelero. Después equipara con él a los obispos de Roma y los convierte en «partícipes» del honor de Pedro, más aún, en sus «herederos». Es esta la época en que emerge también el concepto de «vicario» de Pedro. Y mediante los conceptos de «vicario», de «heredero», León se identifica también jurídicamente con Pedro, reivindicando la totalidad de los supuestos plenos poderes de aquél. Con todas las artes de una osada exégesis equipara también a Pedro, «la trompeta de los apóstoles» con Jesús, le hace partícipe del poder de Dios para, de este modo, hacer que también el papa participe del mismo. Todo concluye allí en una «inmutable participación». ¡Pues por boca del papa habla Pedro. Quien escucha al papa, escucha a Pedro, escucha a Cristo, escucha a Dios! «Así pues, cuando nuestras amonestaciones hallan oído en vuestra santidad, creed en verdad que es Él, de quien ejercemos como vicarios *(cuius vice fungimur),* quien habla».

Si, según Cipriano, Pedro tenía meramente un primado *ínter pares,* ahora León lo eleva muy por encima de los demás apóstoles. Conjura a cada paso la preeminencia de Pedro, la legitimación de los papas para su mandato, el papel de Roma como la sede de las sedes, la *sedes apostólica,* cabeza de la Iglesia. Con ello distorsiona la tradición e intensifica las pretensiones, presentando otras completamente nuevas, para lo cual se valía, incluso, de Valentiniano y de las damas de la casa imperial a quienes ordena escribir cartas a Constantinopla con exigencias que van mucho más allá de lo hasta entonces establecido en relación con el primado romano. Sólo el obispo de Roma y nadie más es «vicario de Pedro», expresión que, salvo que hubiese sido ya usada, en 431, por el legado Filipo en Efeso, fue probablemente León el primero en acuñar. Petrus «en cuyo lugar Nos reinamos»: el primer *pluralis majestatis* de la historia de los papas. De ese modo, el obispo romano, «no sólo es obispo de esa sede, sino primado de todos los obispos». Todos le deben obediencia, también todos los *maiores ecciesiae,* los patriarcas. A él se le ha de encomendar «la dirección de toda la Iglesia», como «príncipe de toda la Iglesia», «de todas las Iglesias del orbe entero». Sólo «un anticristo, el diablo» lo negaría. Y quien cuestione su *«principatum»* no podrá «menguar su dignidad, sino que, engreído por el espíritu de la soberbia, se precipitará él mismo en los infiernos». Bien se echa de ver quén es aquí el engreído, ello pese a que León enfatice a cada paso su bajeza, su indignidad, su calidad de *«indignas haeres»* (indigno heredero). Pues fue este personaje, ducho en todos los entresijos del derecho romano (autor también de una estrecha vinculación jurídica entre el papa y Pedro gracias a los conceptos de «participación» y de «herencia» y, por lo tanto de una indivisible

unidad entre teología y derecho, entre Biblia y jurisprudencia), quien acuñó ya previsoramente la célebre, y tristemente célebre a la par, formulación -razones para esa triste celebridad las hubo mucho tiempo ha y las siguió habiendo, y con harta frecuencia- de que ni siquiera «los herederos indignos» carecen de la dignidad de Pedro» *(etiam in indigno haerede).* De ese modo, comenta el católico Kühner, «todo, incluido el crimen, podría ser justificación».[9]

El papa León recalcaba infatigable la (omni-)potencia de los papas y, consecuentemente, la suya propia. Predicaba y escribía insistentemente en esa línea: «Pedro fue elegido en todo el orbe para ser cabeza de todos los apóstoles, de todos los pueblos convocados, de todos los padres de la Iglesia». «Desde todos los puntos del orbe vienen a buscar refugio en la sede de San Pedro.» León lo ensalza como «roca» y fundamento, como «custodio del Reino de los Cielos», como «arbitro de la remisión o reducción de los pecados». Cierto que todos los obispos, concede, tienen una «dignidad común», pero en modo alguno el «mismo rango». Algo similar ocurría ya con Pedro y los apóstoles, pues «aunque todos fuesen elegidos de una misma, sólo *a uno* le fue otüigado el destacar por encima de los otros». Y no es ya que León se propase afirmando que «lo que Pedro sentencia también queda sentenciado en el cielo», sino que encarece asimismo que él, el papa, goza, en el desempeño de su cargo, «del perpetuo favor del todopoderoso y eterno Sumo Sacerdote», que es «semejante a él [!] e igual al Padre».[10]

Imposible llevar la arrogancia a límites superiores. Pero ya en su primer sermón como papa, el 29 de septiembre de 440 -el primer sermón papal recogido por la tradición- exultó, en actitud nada modesta, con el salmista: «Él me bendijo, pues obró en mí grandes milagros [...I», para exclamar jubiloso poco después, que Dios le había «colmado de honores», encumbrándolo hasta «lo más alto»."

¡Tanto mayor era su insistencia al predicar humildad a las ovejitas de la grey! «Pues la plena victoria del Redentor, debelador del mundo y de Satán, tuvo su comienzo y su fin en la *humildad»* (León conjura a menudo y de modo muy gráfico al diablo y al infierno, y con menos frecuencia, como era usual, al cielo: éste da menos de sí). Yendo más lejos, León afirma: «Así pues, dilectísimos, la entera [!1 doctrina de la sabiduría cristiana no consiste en palabras ampulosas ni en sutiles disquisiciones;
tampoco en el afán de gloria y honor -eso quedaba para él y sus igualessino en la *humildad* auténtica y voluntaria»: ésta iba destinada a los subditos, a los sujetos a vasallaje y explotación. Baste recordar al respecto que el obispo de Roma era, ya en el siglo v, el mayor latifundista de todo el Imperio romano.[12]

El verdadero rostro de León

León nos ha legado una obra escrita de una extensión superior a la de cualquier otro papa anterior a él: 90 sermones y prédicas de festividad, cuaresma o pasión (ni de sus antecesores, ni de sus inmediatos seguidores se nos ha conservado prédica alguna). El número de epístolas que poseemos de él es casi el doble (114 de ellas relativas a la política cara a Oriente). Pero, «dilectísimos», no es tan fácil explorar un carácter a partir de unos sermones. Sermones que eran, por lo demás, muy breves. Algunos (el 1, el 6, el 7, el 8, el 13 y el 80) extremadamente cortos, como si hubiese puesto su celo en imitar el ejemplo de Flaviano Ciro. Y sus 173 epístolas (entre ellas unas veinte espúreas y 30 dirigidas a él) son primordialmente producto de sus secretarios, sobre todo de la mano de Próspero de Aquitania, autor oriundo de la Galia meridional, amigo de Agustín, fervientemente entregado a la especulación teológica y enconado oponente de los pelagianos. De él provienen también «según toda probabilidad» el contenido teológico de aquellos «escritos de estadista que hicieron cabalmente célebre el nombre de León en Oriente y Occidente», como escribe J. Haller, quien subraya previamente: «Cuando menos, aquella forma artificiosa, tan estimada en esa época de decadencia, el *pathos* altisonante, con gran derroche de palabras para decir tan poco, la cadencia rítimica, que embelesa el oído con su eufonía y lo distraen de la pobreza y la debilidad de las ideas, podrían proceder tanto del servidor como del señor».[13]

En todo caso, León, de talante tan autocrático, tan amante ya del ceremonial cortesano «apostólico» (!), tan pomposo propagador del primado romano -aunque solía denominar «objeto de temblor» *(materia trepidationis)* a la «Sede de Pedro»- era un típico «señor», un déspota espiritual, a quien Nicolás I, uno de sus más notables sucesores compara con el «león de la tribu de Judá» (Apocalipsis 5,5) en una carta dirigida al emperador Miguel, león que, «apenas abría su boca hacía estremecer al orbe entero, incluidos los mismos emperadores». Por más que todo ello fuese una hipérbole y por más que él engalanase hábil, por no decir farisaicamente, su sed de poder, sus continuas exigencias sazonadas con numerosas citas bíblicas -autodenominándose, verbigracia, «discípulo de un maestro humilde y apacible», maestro «que dice "tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, pues soy indulgente y humilde de corazón [...], mi yugo es suave y mi carga ligera"»-, León era en realidad una naturaleza rotundamente antievangélica. En una carta del 10 de octubre de 443 dirigida a los obispos de Campania, Piceno y Tuscia se muestra irritado porque «por doquier» *(passim)* se consagra a esclavos como sacerdotes y prohibe resueltamente el nombramiento de sacerdotes a quienes no avale «un linaje adecuado». ¡El cristianismo había nutrido otrora sus filas, y en no peque-

ña medida con personas de esos estratos! Ahora el papa prohibe que un «vil esclavo» *(servilis vilitas)* sea elevado a sacerdote, pues no puede acrisolarse ante Dios quien no pudo hacerlo ni ante su mismo señor. León I, el Doctor de la Iglesia, «el Magno», convierte así la calidad del linaje en prerrequisito de la carrera sacerdotal. ¡Condena la ordenación de esclavos como sacerdotes como violación de la santidad del sacramento del sacerdocio y de los derechos de los amos! Con ello, la Iglesia se adaptó a la sociedad esclavista de la fase final del Imperio romano, sociedad de la que ninguna otra institución era tan representativa como ella. El estado cristiano tomó, complacidamente, noticia de ello. Tan sólo unos años después -la conexión es palpable- Valentiniano III promulgó un decreto por el que prohibió la ordenación de esclavos, colonos y miembros de las corporaciones laborales forzosas.[14]

También frente a sus colegas obispales se muestra León I altanero. Es él quien manda, quien debe mandar. Pues él destaca por encima de todos ellos. Les hace sentir su superioridad respecto a ellos, que él «por voluntad del Señor está en posición preeminente». Amplía su mandato directo a prelados que hasta entonces habían sido independientes de Roma, como el metroplitano Aquilea. Somete también a sus órdenes a los obispos españoles. Los de la Galia no lo tratan ya como «Tu Fraternidad», hasta entonces usual, sino «Vuestro Apostolado» *(apostolatus veste r).* También se le ensalza con la denominación *«corona vestra».* Aparte de ello, el plural se hace ahora usual en el tratamiento.[15]

El modo como León procedió contra sus colegas obispales, responde asimismo a esa actitud. Tal fue el caso en la Galia, donde los obispos de Arles y de Vienne contendieron por la dignidad de metropolitano. Vamos a referirnos primero, muy de pasada, a los antecedentes.

San León contra san Hilario

En los albores del siglo v, Heros se hizo cargo de la sede de Arles, la *«gallula Roma»* («Roma gala»), que era entonces una de las ciudades más florecientes de Occidente. Heros, discípulo de Martín de Tours, había obtenido su dignidad obispal mediante la amenaza y la violencia (según testimonio de Zósimo) y sólo pudo consolidar su sede con ayuda del usurpador Constantino III, quien residió en Arles desde el año 409 al 411. Es por ello perfectamente creíble que Heros, como escribe el historiador Sozomeno, diese cobijo en su iglesia al cercado usurpador del trono y lo consagrase, incluso, como obispo sin que ello impidiera, no obstante, su ejecución. Poco después de ello, y a consecuencia de sus manejos políticos y de otro tipo, Heros se vio pronto padeciendo exilio en Palestina, juntamente con el obispo Lázaro de Aix, sobre el que pesaban grandes

acusaciones. Aquí acosaron a Pelagio, a quien llegaron a acusar formalmente con un amplio escrito.[16]

Un sucesor de Heros, el influyente Patroclo de Arles (412-426), *«un personnage asser suspect»* (Duchesne), asesinado posteriormente, consiguió la elevación al solio pontificio de Zósimo. Ello gracias al respaldo que le dispensaba el gobierno de su amigo Flavio Constancio, a quien debía propiamente su sede obispal. Y casi de inmediato, Zósimo honró al obispo Patroclo con una serie de «sorprendentes privilegios» (el católico Baus). Ya su primer decreto del 22 de marzo de 417 -¡cuatro días después de su elevación a Papa!- estableció en favor de aquél «un amplio poder metropolitano». Es más, aparte de ello, le otorgó el derecho de supervisión «sobre toda la Iglesia gálica» (el católico Langgártner). Con todo ello no hacía probablemente otra cosa que pagar con la mayor celeridad la factura que Patroclo le presentó por su ayuda en la elección papal.[17]

El obispo de Arles había fomentado esa tendencia atribuyendo trapaceramente un origen petrino a su sede. La ironía de la historia hizo que fuese la misma Roma, concretamente a través de Inocencio I, quien propaló la historia de que todas las iglesias del mundo habían sido fundadas por Pedro o sus discípulos. Aquello compaginaba muy bien con su interés por el primado, pero condujo después al conflicto entre el papa y otros clerizontes sedientos de poder. En esa línea, Patroclo de Arles se inventó un discípulo de Pedro, san Trófimo de Arles, y este personaje, que ni siquiera existió, fue, no obstante, exaltado a misionero de las Galias y fundador de la iglesia de Arles. Con ello y con la anuencia del papa Zósimo, Patroclo se elevó también a metropolitano. Los obispos de Marsella, Narbona y Vienne protestaron en el acto y negaron su obediencia a Roma, pese a algunas citaciones y acres reprimendas. Próculo de Marsella fue depuesto y pocos decenios después ello condujo a una grave desavenencia entre el papa León y un sucesor de Patroclo, san Hilario de Arles, a quien aquél privó de los derechos de metropolitano, derechos que ya habían restringido sus antecesores.[18]

El arzobispo Hilario de Arles (429-449), un santo auténtico de la Iglesia católica (festividad el 5 de mayo) descendía de círculos políticos dirigentes de vieja raigambre. Al principio fue monje del monasterio insular de Lerinum (Lérins) y fue investido de los honores episcopales -pese a la mucha resistencia que él mismo opuso, si hemos de creer a su biógrafo- gracias a un pariente, su antecesor el obispo Honorato. Nos dice también el biógrafo que san Hilario hacía todos sus viajes descalzo, incluso en invierno, cubierto de un hábito miserable sobre una áspera camisa penitencial a efectos de mortificación; que rescataba prisioneros, fundaba monasterios y construía iglesias; que los días de ayuno predicaba a menudo hasta tres horas seguidas y que lloraba amargamente cuando una des-

gracia afectaba a uno de los suyos. Por otra parte, san Hilario, al decir de san León, irrumpía tumultuosamente y por la fuerza de las armas en aquellas ciudades cuyo obispo había muerto para imponerles un sucesor de entre sus parciales. Incluso cuando el obispo Proyecto yacía aquejado de grave enfermedad apareció el santo, quien consagró a Importuno a la cabeza de la diócesis. «En su arrogancia -decía el papa, sarcástico-, creía que la muerte del hermano no acudía al paso debido.» Contra lo esperado, Proyecto mejoró y los habitantes de la ciudad elevaron sus quejas contra Hilario: «Apenas tomaron noticia de su llegada y ya había desaparecido de nuevo». También por lo que respecta a las excomuniones era el metropolitano harto expeditivo. De ahí que León, el santo, se enfureciese contra Hilario, el santo, quien «busca su fama más en una ridicula celeridad que en una mesurada actitud sacerdotal». Aquí se enfrentaban santo contra santo, algo que no era tan infrecuente y que sucedió incluso entre los doctores de la Iglesia. Y como suele pasar en círculos no santos, también entre los santos es el que está más arriba quien descabalga al que estarnas abajo.[19]

El romano tenía miedo de su resoluto y elocuente colega, de la formación de un patriarcado en Arles, incluso temía se constituyese una Iglesia de las Galias independiente, temor tanto mayor cuanto que también la aristocracia gala, emparentada con Hilario, secundaba a éste y se oponía a la nobleza italiana. De ahí que León, al estallar el conflicto entre, por una parte, Hilario y, por la otra, Proyecto y el obispo Celedonio -este último depuesto por aquél por estar, según parece, casado con una viuda- procedió a lanzar un ataque frontal. «Ansia someteros a su dominio *(subdere)* -escribía León a los obispos de la provincia de Vienne- y no quiere, por su parte, soportar el someterse a san Pedro *(subiectum esse)*» y «Vulnera con palabras de suma arrogancia la reverencia que debemos a san Pedro [...]». El santo León reprocha al santo Hilario su «ambición de nuevas pretensiones insolentes». Asevera que «es siervo de su concupiscencia», que «no se considera sujeto a ninguna ley ni limitado por ninguna prescripción de orden divino» que «perpetra lo que es ilícito» y «desconsidera lo que debiera observar [...]». Cuando el arlesiano intentó, el año 445, solventar la cuestión hablando buenamente con el papa tras cruzar a pie los Alpes en lo más crudo del invierno -«entró impávido en Roma, sin caballo, sin silla y sin abrigo» *(Vita Hilarü)*- León, por su parte, lo puso bajo custodia y lo llevó ante un concilio. Hilario, sin embargo, lanzó contra la asamblea improperios de tal violencia que «a ningún seglar le es permitido pronunciar ni a ningún obispo oír» *(quae nullus laicorum dicere, nullus sacerdotum posset audire)* y emprendió viaje de regreso.

El romano dejó tan sólo el derecho de regir su propia diócesis -derecho del que ya se había hecho propiamente indigno- a quien se había

sustraído al veredicto «mediante una huida vergonzosa» y «aspira a la autoridad de forma malévola».

Cabe resaltar, con todo, que León no depuso al popular Hilario (como afirmó posteriormente una falsificación hecha en Vienne). Sin embargo, siguiendo sus hábitos, se aseguró el apoyo del poder estatal para dar fuerza a sus medidas. Informado «por el fidedigno informe del venerable obispo romano León» acerca del *«abominabilis tumultus»* en las iglesias gálicas, el emperador Valentiniano III mandó el 8 de julio de 445 que «para todo el tiempo futuro» y bajo multa de 10 libras de oro, se prestase obediencia a sus propias órdenes y a la autoridad de la Sede Apostólica. A los gobernadores de provincia les ordenaba que llevasen por la fuerza ante el tribunal del obispo romano a aquellos obispos que se resistiesen «como salvaguarda de todos los derechos que nuestros mayores otorgaron a la Iglesia romana».[20]

León acentuó especialmente el deber protector del soberano, que para él finge a menudo como *«cusios fidei»,* considerándolo en verdad característica esencial de la potestad imperial. El monarca ha obtenido su poder de manos de Dios y en consecuencia se debe no sólo al gobierno del mundo, «sino ante todo *(máxime)* a la protección de la Iglesia»: ¡ésa será *siempre,* para cualquier papa, la misión más importante, con mucho, del poder estatal! Y ello conlleva perpetuamente, con tal que sea mínimamente posible, el exterminio o, en todo caso, la opresión de los disidentes.[21]

León tenía ahora a los obispos de la Galia sujetos a su poder, pero desde luego sólo a los del sur, el territorio donde el emperador seguía, de momento, ejerciendo su soberanía gracias a Aecio. Pero también allí se aproximaba la catástrofe.

Por lo que respecta a Hilario, en la travesía invernal de los Alpes, de retorno a su sede, contrajo una enfermedad a la que sucumbió en 449. Lo lloró, parece, todo Arles y la población se mostró tan ansiosa de tocar su santo cuerpo que el cadáver corrió peligro de ser despedazado. León tuvo ahora palabras de recuerdo para el santo *«sanctae memoriae»*.

El papa León atribuye al emperador la infalibilidad en cuestiones de fe, imponiéndose a sí mismo el deber de proclamar la fe profesada por el emperador

Pero incluso frente a las personas de rango superior al suyo sabía este papa comportarse de manera significativa. Cuando el emperador Valentiniano III, hombre débil, espléndido con la Iglesia y muy influido por la doctrina petrina de León, visitó Roma en febrero del año 450, León se dirigió a él en un sermón laudatorio, en el tono de aquella típica seudohu-

mildad clerical, que rezumaba en realidad arrogancia y afán de dominación: «Ved, pues, como Cristo entregó la dirección de la primera y más populosa ciudad del mundo a un hombre pobre e insignificante como Pedro. El cetro de los reyes se sometió a la madera de la cruz; la púrpura de la corte se humilló ante la sangre de Cristo y de los mártires. El emperador [...] viene y anhela la intercesión del pescador». El *sacerdocium* del papa se equipara así en derechos al *imperium* del cesar, pero «ya está echada la semilla de su anteposición» (Klinkenberg).[22]

Ello no quita que cuando la situación lo requena, también León «Magno» sabía doblar su espinazo ante los de arriba. Tanto más cuanto que los poderosos combatían a herejes y paganos: actividad que él les exigía y que gustaba denominar «labor», denominación que también aplicaba a su propia actuación. Si ello resultaba oportuno ensalzaba, incluso, a los emperadores -que precisamente por entonces (algo a lo que hasta ahora apenas si se ha prestado atención) se autotitularon como «pontifex»- como «custodios de la fe», «hijos de la Iglesia», «heraldos de Cristo». En ese caso les reconocía los derechos más asombrosos hasta en el ámbito eclesiástico, incluso la autoridad en el plano religioso, «santidad sacerdotal». En los textos leoninos hallamos más de 15 loas acerca del talante real y sacerdotal (obispal) del monarca.[23]

«Sé -escribe el papa León I al emperador León I- que estáis más que suficientemente iluminado por el espíritu divino que mora en Vos». Acredita al déspota que «nuestra doctrina armoniza también con la fe que Dios os inspiró», con lo cual le concede, incluso, la inspiración doctrinal. Le certifica incluso el derecho de derogar dogmas relativos a las resoluciones conciliares. ¡Y en varios escritos esas concesiones culminan incluso en el reconocimiento de la infalibilidad! Pues León I, llamado «el Grande» (y único papa, si exceptuamos al también «Grande» Gregorio I, honrado con el nada frecuente título de «Doctor de la Iglesia»), se humilla hasta tal punto ante el emperador que en cartas dirigidas a éste le encarece repetidamente que no necesita de adoctrinamientos humanos, pues está iluminado por el Espíritu Santo y ¡no puede errar por principio en asuntos de fe! León asevera con auténtico énfasis que el emperador homónimo «poseído por la más pura luz de la verdad, no flaquea en aspecto alguno de la fe [...] sino que con juicio santo y perfecto distingue lo recto de lo falso». «Estáis -le escribe- más que suficientemente aleccionado por el Espíritu de Dios, que mora en Vos, y no hay error que pueda confundir a Vuestra fe». «Su clemencia no requiere adoctrinamiento humano y se ha nutrido de la más pura de las doctrinas desde la superabundancia del Espíritu Santo». Es más, reconoce que es deber suyo (del papa) «revelar lo que sabes y proclamar lo que crees» *(patefacere quod intelligis et praedicare quod creáis}:* ¡y todo ello a pesar de que el papa no está en modo alguno convencido de la infalibilidad del emperador![24]

(Resulta interesante saber que no pocos obispos, por ejemplo, aquellos de Secunda Syria y más aún los de Prima Armenia usaban incluso el pasaje de Mt. 16, 18: «Tú eres Pedro y sobre tu roca edificaré yo mi iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» como referido a León, ¡pero no al papa, sino al emperador! Consideraban, naturalmente, a Cristo como cabeza de la Santa Iglesia católica, pero su «fuerza y fundamento sois Vos», a saber, el emperador, «a ejemplo de la inconmovible roca sobre la que el Creador de todo ha construido su Iglesia».[25]

Contrapartida: «Servicio militar en el nombre de Cristo...»

Por otro lado, sin embargo. León no se cansa de repetir que no es tanto el emperador sino Cristo y Dios quienes gobiernan; que el emperador ha recibido su poder desde lo más alto, *«regnatper Dei gratiam»*. Confió a Julián de Quíos la misión de transmitir en el momento adecuado al emperador las *«opportunas sug gestiones»*. Pues, él, León, conocía por «amplia experiencia», la fe del glorioso augusto y sabía que «está convencido de que el mejor servicio que puede prestar a su poder es el de trabajar pensando especialmente en la integridad de la Iglesia». Pues el emperador ha recibido su poder, ante todo, para proteger a la Iglesia, como León acentúa con énfasis, usando a menudo el apelativo de *«cusios fidei»*, referido al emperador. Y lo que es bueno para la Iglesia, sugiere, es también bueno para el Estado. «Redundará en ventaja de toda la Iglesia y de vuestro Imperio el que en todo el orbe no prevalezca más que *un solo* Dios, *una sola* fe, *un único* misterio para la salvación del hombre y *una sola* confesión». Y no contento con ello, este vicario de Cristo muestra seductoramente cuan provechosa puede ser la religión del amor para la guerra; la Buena Nueva para el potencial militar. «Si el Espíritu de Dios fortalece la concordia entre los espíritus cristianos -alusión a los emperadores Marciano y Valentiniano- entonces todo el orbe verá como crece la confianza en un doble sentido: pues progresando en la fe y en el amor [¡] el poder de las armas [!] se hará invencible, de forma que Dios, conmovida su gracia por la unidad de nuestra fe, aniquilará simultáneamente el error de la falsa doctrina y la hostilidad de los bárbaros.»[26]

¡Eso es hablar claro! ¡El amor y las armas!

Unidad, fortaleza, aniquilación de los enemigos: todo ello fue, tiempo ha, programa y, desde luego, también práctica habitual de la cristiandad, singularmente en Roma donde, presumiblemente, en los albores del siglo v, el cristiano Aponio, verbigracia, no solamente proclama con fervor la hegemonía eclesiástica de la ciudad eterna, sino también una teología imperial cristiana. Según ella, los reyes romanos son la cabeza del

pueblo, pero «por supuesto, aquellos que han reconocido la verdad y sirven humildemente [!] a Dios. De ellos emanan las pías leyes, la paz loable y la sublime sumisión [!] frente al culto de la Santa Iglesia, como desde lo alto del carmelo [...]». Pero para que todo eso: la pía legislación, la loable paz y la sumisión, emane y cunda bellamente, los reyes tienen que «prestar su servicio a las armas en el nombre de Cristo, rey de reyes [,..]».[27]

Justamente así lo entendía León, que pregonaba para todo el orbe un Dios, un imperio, un emperador (¡Un Dios, un Reich, un Führer...!) y, naturalmente, una Iglesia, todo lo cual lo presentaba él como «orden sacro», como *«pax christiana»*, únicamente amenazada por dos enemigos: «los herejes» y «los bárbaros». «De ahí que también el emperador deba luchar contra ambos» (Grillmeier, S. J.).[28] De ahí que este obligado a la *«reparatiopacis»*, es decir a lo que ellos entienden por ese término: guerra hasta obtener lo que desean, sin reparar en pérdidas. Y ése sigue siendo actualmente su deseo. Algo que ilustran diecisiete siglos de historia eclesiástica, más sangrienta que no importa qué otra historia. Y más hipócrita...

Colaboración para el exterminio de los «herejes» al amparo de la «exaltación de la dignidad del hombre»

Un papa así no conoce el perdón para los «herejes». Una y otra vez ataca con encono los «extravíos doctrinales de los herejes de dientes rechinantes», sus «impíos dogmas», sus «monstruosidades». Todos ellos, enseña León, están seducidos por la «perfidia del diablo», «corrompidos por maldad diabólica», dados a «todos los vicios posibles», propensos a «pecados cada vez más graves». Y si bien aquéllos presentan a veces un aspecto humilde, halagador, «revestidos con piel de oveja aunque por dentro sean lobos carniceros», en realidad se limitan a ocultar «su naturaleza de fieras sanguinarias tras el nombre de Cristo». Es el diablo quien los guía y si esas bestias, esa «trailla de fieras sanguinarias» actúa a veces, como ya quedó dicho, con artera conmiseración, con afable simpatía, «finalmente acaban por atacar a muerte».[29]

Palabras certeras en el fondo: son la descripción del propio proceder. Un autorretrato clásico.

Como profilaxis teológico-pastoral León recomienda insistentemente -lo cual se relaciona estrechamente con lo anterior- el ayuno, la insensibilización de la carne, el desprecio del mundo y, particularmente, el desprecio del placer, algo vigente en esa «moral» hasta muy entrado el siglo xx. «El placer -aduce León- conduce a la morada de la muerte.» En realidad ocurre precisamente todo lo contrario: la represión del instinto

conduce a la agresión; la muerte del placer al placer de matar. ¡Apenas hay nada al respecto -véase Nietzsche- que el cristianismo no haya puesto cabeza abajo! De ahí que el cristianismo deba, según León Magno, «luchar incesantemente contra la carne», suprimir de raíz los placeres de la carne. «Tiene que sofocar sus apetitos, desecar sus vicios» y «evitar todo placer terreno» en absoluto. Para León «todo amor al mundo está fuera de lugar». Enseña literalmente: «Tenéis que despreciar lo terrenal para tener parte en el Reino de los Cielos».[30]

Todo ello es diáfano como la luz del sol para León, el papa, el santo, el Doctor de la Iglesia. Quien piensa de otro modo vive «en la inmundicia». Pues ¿en favor de quién, pregunta, «luchan las apetencias de la carne, si no es en favor del demonio? [,..]».[31]

León Magno enseña realmente que «¡fuera de la Iglesia no hay nada puro y santo!» y se remite para ello a Pablo (Rom. 14, 23) ¡De ahí que **el** papa prohiba «todo trato» con los no católicos! Exhorta expresamente a despreciarlos. A ellos y a sus doctrinas. Ordena rehuirlos como «a un veneno mortífero». Aborrecedlos, rehuidlos y evitad hablar con ellos». «No haya comunidad alguna con quienes son enemigos de la fe católica y sólo son cristianos nominales». Todos ellos tendrán que «recogerse a sus siniestras guaridas».[32]

Es claro que toda discusión acerca de la fe, toda controversia religiosa, algo que probablemente rechaza todo papa como tal, resultaba, ya de antemano, especialmente inaceptable para un hombre como él, que consideraba a los no católicos poco menos que como a demonios, como «lobos y bandidos». Lo relativo a la doctrina era ya cuestión decidida y si algo quedaba por decidir, eso era cosa suya. Sin el menor reparo exponía a los padres conciliares de Calcedonia que no podían abrigar dudas acerca de cuál era su deseo (de él) «acerca de aquello que no era lícito creer [...]». Y después del concilio apremió al emperador a no permitir ulteriores negociaciones. Eso entrañaría mostrarse desagradecido frente a Dios, «Lo que fue formalmente definido *(pie et plene)* no puede discutirse de nuevo. En otro caso suscitaríamos la impresión, como quisieran los reprobos, de que nosotros mismos dudamos [...]». Las «cuestiones dudosas» no debían ser, según León, sometidas a examen. Sólo él, exclusivamente él, podía presentar las resoluciones correctas con su «autoridad máxima». «Pues si a las opiniones humanas les fuera siempre lícito el debatir *(disceptare),* nunca faltarán personas que se atrevan a oponerse a la verdad y a confiar en la vanilocuencia de la sabiduría terrena.» «A la auténtica fe, en cambio, le basta saber quién es el que enseña» *(scire quis doceat).*[33]

Pero si alguno enseña algo distinto a lo de León, éste se servirá del estado contra él siguiendo un uso largamente probado, pero que él reitera especialmente. También el papa León apela al déspota de Oriente en términos casi idénticos a los usados otrora por Nestorio: «Si Vos defendéis

la segura salvaguarda de la Iglesia, entonces, la segura mano de Cristo defenderá también vuestro imperio». En el oeste, la firme mano de Cristo se las tenía que haber con una «mujer mojigata» y un «emperador imbécil» (Gregorovius): con la augusta Gala Placidia, muy sumisa a la Iglesia, que durante mucho tiempo gestionó los asuntos del Estado como regente de su hijo, y después con éste, el no menos católico Valentiniano III. Aquélla siguió, posteriormente, tomando parte en importantes decisiones políücas y ello hasta su propia muerte, acaecida el 27 de noviembre de 450. (Uno de los consejeros que le sirvió por más años fue san Barbitiano, un sacerdote autor de muchos «milagros», primero en Roma y después en Ravena.)[34]

El gobierno tenía, ciertamente, interés en fomentar las tendencias centralizadoras de la Iglesia aunque tan solo fuera porque el vacilante Imperio espera sacar de ellas su propio provecho en aquellas provincias ocupadas o amenazadas por los bárbaros. Tales consideraciones contribuyeron cabalmente al éxito de León en Occidente. A lo largo de los siglos iv y v, toda la política del Estado frente a la Iglesia perseguía, por una parte, el objetivo de unificarla y pacificarla. Por otra parte, sin embargo, era reacio a que una sede particular ejerciese una dominación en exclusiva. Es así como el Estado, aliado con Roma, se impuso a Alejandría en el Concilio de Calcedonia, pero el intento de mantener en jaque a Roma a través del patriarca de Constantinopla fracasó. El Estado era débil y el papa se valió de esa debilidad para sus objetivos. A ese fin, comprensiblemente, él mismo se mostró siempre acomodaticio y nunca insubordinado.[35]

León I mantenía relaciones óptimas con los monarcas. Una gran parte de la correspondencia que de él conservamos -144 cartas- va dirigida a la casa imperial. El católico Camelot comenta elogioso: «Una colaboración en la confianza y la armonía». El jesuíta K. Rahner habla de la «devoción imperial de León». Y ya en sus epístolas más antiguas el papa lanza vehementes pullas contra los «herejes»: no eran otra cosa que una turba de facciosos, sectaria y levantisca, poseída por los extravíos, la corrupción, la mendacidad y la impiedad; llena de perfidia y necedad. Su doctrina un único delirio, maligno y pestilente: *error, pravus error, totius erroris pravítas, pestíferus error, haereticus error.*[36]

La iniciativa para esta cooperación antiherética, la lucha de los «hijos de la luz» contra los «hijos de las tinieblas» partió evidentemente del papa. Era él quien enviaba escritos de elogio y agradecimiento a sus majestades por el castigo de sus adversarios. Sabía muy bien que sin el apoyo del poder estatal la «herejía», y particularmente en Oriente, se haría predominante. De forma expresa y reiterada exhortaba por ello a Valentiniano III, a Marciano, a León I y a la emperatriz Pulquería, ardiente partidaria de la idea papal, a combatir a los «herejes», a *«pro fide agere»*.

Deseaba que quienes sostuvieran credos disidentes fuesen expulsados de cargos y dignidades. Ansiaba sobre todo su destierro, pero también justificaba apasionadamente para ellos la pena capital, exigiendo que se les impidiera a toda costa «seguir viviendo con semejante credo». La pestilencia de la herejía era «para el papa como una enfermedad» que «había que extirpar del cuerpo de la Iglesia» *(haereses a corpore Ecciesiae resecantur).* El emperador, que debía perseguir a los «heréticos» tanto con la «espada de su lengua» como con la «espada refulgente», se le antoja a León auténtico *«Vicarias Christi vel Del»,* «brazo ejecutor de Dios». Ese talante sanguinario le merece al teólogo católico Stockmeier este comentario, hecho ya en 1959: «Se invita al Estado a que, con todos sus medios y posibilidades, coadyuve a la obtención de la situación ideal [!]». «Bajo la mano protectora del emperador, la religión se entrega a la fecunda abundancia de sus valores [!] y bienes y halla también allí su refugio. Su mirada se vuelve agradecida hacia él [...]. »[37]

A su agente, el obispo Julián de Quíos (en la Bitinia póntica), que fue probablemente el primer apocrisiario en la corte imperial de Constantinopla, escribía León que si hay gentes «que se aventuran hasta el delirio, hasta el punto de que prefieren el loco desenfreno a ser curados, el emperador está legitimado para reprimir con energía tanto a los perturbadores de la paz eclesiástica como a los enemigos del Estado, que se gloría, con razón, de sus cristianos soberanos». «En tal caso deben al menos -como dice en otra misiva a su legado- temer al poder de quienes tienen la potestad punitiva.»[38]

Al patriarca Anatolio de Constantinopla, de cuyas ambiciones recelaba él, poseído por los celos, y a quien denunció ante el emperador, le expuso el 11 de octubre de 457 su «profundo malestar por el hecho de que entre tus clérigos hay algunos proclives a la maldad de nuestros adversarios [...]. Tu solicitud debe atender vigilante para seguir sus pasos *(investigaríais)* y castigarlos con el debido rigor *(severitate congrua).* Aquellos en quienes el castigo no surte efecto alguno, deben ser apartados sin miramiento».[39]

Y como el rigor de Anatolio no le parecía suficiente, el año 457 escribió al emperador León que si su hermano «Anatolio se muestra laxo por excesiva bondad y miramiento en la represión de los clérigos "heréticos", tened a bien, en aras de vuestra fe, dispensar a la Iglesia la medicina salutífera para que aquéllos no sólo sean separados del orden sacerdotal, sino desterrados de la ciudad». «Pues el mal debe también inflamar en el momento oportuno el sentido obispal y apostólico de vuestra piedad exigiendo el justo castigo.»[40]

A Genadio, el exarca de África, le escribió que la misma violencia con que se volvía contra los enemigos debía aplicarla a los enemigos de la Iglesia y «librar, como guerrero de Dios, las batallas de la Iglesia en lu-

cha por el pueblo cristiano». Pues es bien sabido que los «herejes», si se les deja en libertad, «se alzan turbulentamente contra la fe católica para inocular el veneno de la herejía en los miembros del cuerpo de Cristo». Ya en su momento había agradecido al emperador Marciano el que «por designio divino, la herejía fue destruida mediante vuestra intervención».[41]

Era esto, no cabe duda, lo que el papa Pelagio loaba como «ubérrima solicitud por la fe» en León y también lo que el emperador Valentiniano ensalzaba el 17 de julio de 445 como la «humanidad del clemente León I». Y también es, a todas luces, lo que un moderno panegirista, el jesuíta H. Rahner, celebra una y otra vez como *«moderatio»* de León:
«En un sentido amplio y no traducible de este término, auténticamente romano y cristiano, que tan del gusto de León era [...], *moderatio* era un sentido fino de la justicia distributiva, de la noble mesura, del equilibrio intermedio entre los extremos, de la atinada y a menudo certeramente diplomática evaluación de lo posible en cada momento dado, actitud que pese a su elegante ductilidad persigue impertérrita sus objetivos [...]». En una palabra, de lo que se trata para León, dice también el teólogo católico Fuchs, ya en la segunda mitad del siglo xx es de «realzar la dignidad humana». Caso, pues, similar al de Juan Pablo II (véase mi folleto *Un papa viaja al lugar del crimen).*[42]

León I persigue a pelagianos, maniqueos y priscilianistas, pero predica el amor a los enemigos

León I jugó ya un papel decisivo en la ruina personal de Julián de Eclano, el gran antagonista de san Agustín. Pues según un informe de Próspero, el que Sixto III no reinstaurase en su sede al acosado Julián, en 439, se debió a la intervención del diácono León. El mismo que lo volvió a condenar más tarde (capaz, también, de apremiar al emperador Marciano para que confinase a una comarca aún más remota al ya desterrado Eutiques).[43]

El primer ataque de León, una vez papa, lo dirigió contra los pelagianos de Venecia. El obispo Séptimo de Altinum le había denunciado que en la diócesis de Aquilea había clérigos parciales de Pelagio y Celestio que habían sido admitidos en la Iglesia sin previa retractación. León alabó al sufragáneo, mientras que censuró acremente al metropolitano, pues por la laxitud del pastor habían penetrado en el rebaño del Señor «lobos en piel de oveja». Le amenazó con desatar contra él la áspera vía apostólica, si persistía en su tibieza, y le urgió para que condenase el «error», la «soberbia de la extraviada doctrina», la «grave enfermedad» *(pestilentiam),* para que «erradicase esta herejía».[44]

El papa persiguió a los maniqueos desde el 443 con un talante casi inquisitorial.

Pues, según escribió por entonces, «en todas las herejías hallaba algo verdadero en uno u otro aspecto», pero en el dogma de los maniqueos no hallaba *ni lo más mínimo,* que pudiera siquiera ser tolerado. Todo era malo en ellos. Mani mismo era un «embaucador de desdichados», el servidor de una «superstición impúdica»; su doctrina una auténtica «fortaleza del diablo», quien imperaba allí «soberanamente, no ya sobre *una* especie de depravación, sino sobre *todas* las más inimaginables necedades e infamias en su conjunto. Toda la pecaminosidad pagana, toda la pertinacia de los judíos, hombres "de pensamientos camales", todo lo prohibido en las doctrinas ocultas de la magia, todos los sacrilegios y blasfemias reunidas en la totalidad de las herejías, todo ello ha venido a desembocar en esta secta como en una especie de *letrina,* juntamente con toda la inmundicia restante». León encarece: «No hay en ellos nada santo, nada puro, nada verdadero», «todo va envuelto en tinieblas y todo es engañoso»; más aún, «el número de sus crímenes es mayor que el número de palabras de que podamos disponer para su mención».[45]

Hipérboles, generalizaciones y absolutizaciones que hablan por sí mismas.

El maniqueísmo (véase vol. 1), que sobre el trasfondo de un monismo trascendental divide el mundo de las apariencias según un dualismo riguroso es, en virtud de sus elementos budistas, iranios, babilonios, del judaismo tardío y cristianos, un universalismo sincrético, una religión universal que se extendía desde España hasta China. Objeto, a menudo, de áspero rechazo por su pretensión de validez exclusiva, sólo fue religión de Estado en el reino uigur (paleoturco) de Mongolia, desde el año 763 hasta el 814. Los emperadores cristianos persiguieron una y otra vez este culto como la más peligrosa de todas las herejías, si bien Diocleciano se les anticipó al combatirlo ya legalmente. Ya el católico Teodosio I, que por lo demás hizo derramar la sangre como si fuera agua, amenazó con la pena de muerte a los adeptos del maniqueísmo, después que toda una serie de padres de la Iglesia hubiesen escrito contra el mismo. Especialmente fecundos fueron al respecto Efrén y Agustín (véase vol. 1), quien durante casi diez años nada menos había sido, él mismo, maniqueo.[46]

Después que los vándalos conquistaron Cartago (439), muchos maniqueos huyeron a Italia, especialmente a Roma, mezclados entre la masa de fugitivos africanos. León los atacó allí repetida y enconadamente calificándolos de «cáncer corrosivo», de «sumidero fecal» y en su «solicitud» (Grisar, S. J.) mandó seguir sus pasos, detenerlos y, probablemente, atormentarlos. También encarceló al obispo maniqueo *(a nobis tentus),* forzándolo a confesar. En diciembre de 443 hizo que un tribunal de senadores, obispos y sacerdotes cristianos, presidido por él mismo, interrogase a cierto número de *electi* y de *electae* («escogidos» y «escogidas», a quienes no les era lícito matar a ningún ser viviente, ni dañar a las plan-

tas, ni tener comercio sexual, mientras que los *auditores* sí que podían casarse). El papa puso al descubierto sus «depravaciones»; también su impudicia ritual cometida en una muchachita al objeto de liberar las partículas divinas de luz ínsitas en el semen humano. Pues tanto León, el santo, como Agustín también santo, *(non sacramentum, sed exsecramentum)* apuntaron con su dedo «hacia la lascivia maniquea como tal» (Grillmeier, S. J.). León ordenó recoger los escritos de los malditos y quemarlos públicamente. Algunos, capaces aún de «enmienda», tuvieron que abjurar, fueron sometidos a punición eclesiástica y arrancados de «las fauces de la impiedad». A aquellos a quienes «ningún remedio» podía ya salvar, el papa los hizo condenar por jueces «temporales», «según los decretos de los emperadores cristianos» a destierros de por vida [!] *(per públicos iudices perpetuo sunt exsilio relegati).* Durante el interrogatorio hizo además investigar los datos personales de maniqueos foráneos forzándolos a declarar acerca de sus maestros, sacerdotes y obispos en otras provincias y ciudades. Además de ello, el 30 de enero de 444, ordenó a todos los prelados de Italia seguir los rastros y echar mano a todos los maniqueos que se hubiesen escabullido. A este efecto adjuntaba las actas procesales de Roma para que sirvieran de directiva, de estímulo y de emulación. Finalmente extendió su caza «policial» de herejes hasta Oriente.[47]

Y no sólo eso. Además incitó a los seglares a denunciar, a fisgar, a hacer de soplones, a una actividad que benéficamente florecería después en la Iglesia medieval, en el transcurso del exterminio de los heterodoxos, de la «brujas». «¡Desplegad, pues, el santo celo que exige de vosotros el cuidado de la religión!», exclamaba; y ordenaba así: «Que denunciéis ante vuestros sacerdotes a los maniqueos que se ocultan por doquier». Exigía:
«Poned al descubierto los escondrijos de los impíos y abatid en ellos al mismo demonio, de quien son sus servidores. Pues, dilectísimos, si bien es cierto que todo el orbe y toda la Iglesia en todas las regiones deben tomar las armas de la fe contra tales hombres, sois precisamente vosotros quienes debéis distinguiros por vuestro brío [...]».[48]

Este mismo León, que actuaba ya casi como un inquisidor medieval, podía, inpertérrito, repetir hasta la saciedad sus manidas sentencias cristianas exigiendo indulgencia, mansedumbre, amor al prójimo, evitación de la pugnacidad y renuncia a la venganza. Era capaz de predicar una y otra vez farisaicamente: «Y como no hay nadie que no caiga en falta, sabed también perdonar». «No seamos tan reacios a conceder lo que con tanto gusto nos concedemos a nosotros mismos.» «Desechad toda ene^ mistad entre los hombres por medio de la mansedumbre [...] "no devolviendo a nadie mal por mal" y "perdonándoos unos a otros como Cristo nos perdonó también a nosotros".» «Cese toda venganza [...].» «¡Cesen, pues, todas las amenazas!» «Que el cruel rigor se tome clemencia y la iracundia suavidad.» «¡Que todos se perdonen recíprocamente sus fal-

tas!» «Recemos, pues: "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores".» El papa acentúa enfáticamente al respecto: «Con ello no nos referimos únicamente a aquellos que nos son allegados por la amistad o el parentesco, sino realmente a *todos* los hombres, a los que nos une la naturaleza, sean enemigos o aliados, libres o esclavos».[49]

¡Pero no a los herejes! ¡No a los maniqueos! ¡No a los pelagianos! ¡No a los priscilianistas! ¡No a los judíos! ¡No a todo el que siga un credo distinto! ¡Ni a los no creyentes en general, «... a todos los hombres»! ¡Papel, papel, papel! Toda la hipocresía de esta Iglesia, su «Buena Nueva» de dientes rechinantes, su «amor a los enemigos», que devora hecatombes, su repulsiva palabrería sobre la paz; todo eso es lo que aquí se palpa. La repugnante doblez, la mendacidad que recorre toda su historia; que estigmatiza toda su historia; que hace escarnio de sí misma; que se pone a sí misma en la picota; que se redude a sí misma al absurdo. ¡Desde la Antigüedad hasta hoy! ¡El evangelio del verdugo! O dicho de otro modo, de León Magno. El papa vuelve con inusitada frecuencia y casi siempre con crispada irritación a la cuestión maniquea. Con los mismos vituperios caracteriza una y otra vez a estos hombres como instrumentos de Satán, como parásitos dañinos, falsificadores de la Escritura, como «gente obtusa [...] que en su ciega ignorancia o llevados por sus sucios apetitos se inclinan hacia cosas que no son santas sino abominables».[50]

Aunque el «sentimiento común del pudor» impida a León «entrar en más detalles», se demora gustoso en esas «cosas», en las «acciones perversas» que «los deleitan; que maculan cuerpo y alma; que no respetan ni la pureza de la fe, ni la decencia», «de aspecto obsceno». A este respecto advierte -y ofende a la par- «ante todo» a las mujeres para que no traben conocimiento con gente semejante ni se diviertan con ella: «¡Para que no caigáis en los lazos del demomo, mientras vuestro oído se recrea candidamente con sus historias fabulosas [...1. Pues como Satán sabe que sedujo al primer hombre a través de la boca de una mujer [!1 y gracias a la credulidad de la mujer expulsó a todos los hombres de la dicha del paraíso, también ahora acecha a vuestro sexo con confiada astucia [...]».[51]

A la par que advierte a las mujeres, las difama siguiendo una vieja tradición cultivada por los cristianos más insignes de la Antigüedad: por Pablo, Juan Crisóstomo, Jerónimo y Agustín. Que las mujeres están destinadas «primordialmente» a satisfacer la lascivia de los hombres, tal y como enseña el santo Crisóstomo, era algo que el papa podía observar por sí mismo entre los maniqueos, pues éstos revelaron, en efecto, a su tribunal «un hecho depravado, cuya sola *mención* causa vergüenza» Pero, pese a todo, lo menciona. Es más, fue él quien dirigió la investigación acerca del mismo «tan meticulosamente que disipó la menor duda inclu-

so en aquellos más bien reacios a creer la cosa y también en los consabidos criticastros. Estaban presentes todas las personas con cuya complicidad pudo cometerse el hecho abominable: una muchacha de diez años de edad *como máximo,* naturalmente, y dos mujeres encargadas de desnudarla y disponerla para la impúdica obra. También estaba presente el joven, de edad apenas adolescente, que había desflorado a la muchacha, y su propio obispo, de quien partió la orden de tan execrable delito. Toda esa gente declaró lo mismo y con idénticas palabras. A raíz de ello se pusieron al descubierto abominaciones que nuestros oídos apenas si podían escuchar. Nos dispensa «de tener que herir los oídos más castos con palabras más claras la prueba de las actas, de las que se desprende, con toda claridad, que esta secta carece de la más mínima decencia, del más mínimo decoro, del más mínimo pudor, y que su ley es la mentira, su religión, el demonio; su sacrificio, la desvergüenza».[52]

Finalmente, el papa León obtuvo del emperador Valentiniano, el 19 de junio de 445, un rescripto más severo para el mantenimiento del «orden público», que restablecía los antiguos castigos ordenando tratar a los maniqueos como profanadores de un santuario, privándolos en todo el Imperio de derechos y honores civiles y calificando al maniqueísmo de *«publicum crimen»,* condenable *«toto orbi».* Según el decreto, todo el que les concedía cobijo se hacía culpable de los mismos delitos. Los cómplices perdían también la posibilidad de estipular contratos y el derecho de herencia activo y pasivo, entre otras cosas. En la introducción se dice que «los delitos de los maniqueos recientemente descubiertos no merecen ninguna indulgencia. No hay desvergüenza, por monstruosa, innombrable e inaudita que sea, que no haya sido puesta al descubierto por el tribunal del muy bienaventurado papa León sobre la base de confesiones propias, hechas, con toda franqueza, ante el ilustre senado [...]. No podemos por menos de tomar conciencia de todo ello, ya que no cabe permitirse una actitud laxa ante tan abominables ofensas contra la deidad». Esta orden imperial de persecución de los maniqueos, que muestra una vez más el estrecho engranaje entre la Iglesia y el Estado, entre derecho y religión, entre *res romana* y *Ecciesia,* se redactó en la cancillería papal y el mismo papa tuvo «parte determinante» en ello, como escribe el jesuíta H. Rahner después de celebrar, pocas líneas más arriba, *«el sutil equilibrio de León entre el más acá y la huida del mundo»* y antes de celebrar, a renglón seguido, «el amor, tan ensalzado por León», «la humanidad de León, auténtica proeza secular». En realidad, la ley antimaniquea, promulgada a instancias suyas, era «de una dureza draconiana» (el católico Ehrhard), persiguiendo a los maniqueos «hasta en los más recónditos escondrijos» (el católico Stratmann).[53]

Este mismo León, capaz de instigar al Estado a una persecución brutal era asimismo capaz de exigir de aquél una noble indulgencia y hasta

el perdón. «¡El rigor del dominio sobre nuestros subditos debe ser atemperado y toda represalia por un delito, suprimida! ¡Alégrense los infractores de haber llegado a ver estos días en que, bajo el dominio de príncipes píos y temerosos de Dios, son condonados hasta los más duros castigos públicos! Remita toda clase de odio [...].» Ese mismo León, capaz de azuzar al Estado a que juzgue, destierre, encarcele y mate a los herejes, podía, por otra parte, implorar así, en el tono del cristianismo más evangélico: «¡Remita toda venganza y olvídese toda ofensa!»... «De modo que si alguno estaba poseído de espíritu vindicativo contra alguien hasta el punto de arrojarlo a la prisión o hacerlo aherrojar, procure de inmediato su liberación ¡y no sólo en el caso de su inocencia, sino incluso cuando parezca merecer el castigo!» Ese mismo León era capaz de exclamar: «Que nadie nos sienta como opresores [...]». Y sabía que Jesús prohibía que se le defendiera «armas en mano contra los impíos».[54] ¡Papel, papel, papel!

La entrega de los maniqueos, por parte del papa, a la jurisdicción criminal del Estado respondía ciertamente a las normas jurídicas, a las leyes imperiales relativas a los «herejes». Lo nuevo radicaba en la estrecha cooperación entre tribunales eclesiásticos y temporales. Y al igual que podemos decir que la decapitación de Prisciliano y sus compañeros constituye el primer hecho sangriento contra los «herejes», podemos asimismo calificar los ataques de León contra los maniqueos de primer proceso «inquisitorial» aunque ello no sea cierto desde una perspectiva estrictamente jurídica.[55]

El inglés T. Jalland, biógrafo de León, estima que el modo de proceder de éste no sólo arroja luz sobre su carácter, sino que califica asimismo su persecución de los maniqueos de «*the first known example of a partneship between Church and State in carriyng out a policy ofreligious persecution*». Hasta entonces, sólo el Estado había reprimido a los hete-^ rodoxos. Ahora, por vez primera, la Iglesia asumía esa tarea en la persona del papa. Con todo, hay que recordar al respecto la persecución conjunta de priscilianistas, donatistas y arríanos, de paganos y judíos, ya en el siglo iv, aunque hasta ahora ningún papa se había comprometido personalmente de forma tan inquisitorial.[56]

Pocos años después de la expulsión de los maniqueos de la ciudad de Roma, León se lanzó a la lucha contra los priscilianistas en España. El obispo local de Astorga (Asturia Augusta), Toribio, había constatado en 445, a raíz de un viaje de inspección, que aquellos subsistían aún, denunciando en dieciséis capítulos sus principales herejías.[57]

Las notificaciones del obispo español eran relativamente correctas y en todo caso había informado al papa de forma considerablemente más objetiva de lo que se desprende de la respuesta de éste. Pues León «comprimió las objetivas notificaciones en su esquema y trazó con ello una

imagen distorsionada del priscilianismo: los priscilianistas fueron homologados a los maniqueos» (Haendier).[58]

Realmente, el romano volvía a generalizar aquí de un modo análogo. Lo que no es papista es, sin más, diabólico. De nuevo despotrica contra esta «abyecta herejía», esta «secta abominable», «esta impía locura» que, una vez más, «arruina toda moralidad, suprime todo vínculo matrimonial, aniquila todo derecho divino y humano». Cierto que ya antaño, en 385, la primera ejecución de cristianos a manos de cristianos en Tréveris (véase vol. 1) había indignado todavía a la cristiandad y la sentencia de muerte halló «un eco inequívocamente negativo incluso entre los obispos [...] más notables» (el católico Baus). El, ¡ay!, tan humano y moderado León, que tan farisaicamente clamaba por la conmiseración, la supresión de toda venganza, de toda amenaza, de todo odio; el elocuente proclamador del perdón, de la Buena Nueva destinada a *todos* los hombres, del amor al prójimo y a los enemigos; el hombre que enseñaba que Cristo no quería verse defendido por manos armadas, ese hombre se siente a la sazón dichoso por el atropello de Tréveris, justifica apasionadamente la liquidación de Prisciliano y de sus compañeros. «Con razón *(mérito)* desplegaron nuestros padres, en cuya época irrumpió esta impía herejía, todos los medios en toda la amplitud del orbe para extirpar de la Iglesia hasta el último resto de esta impía locura. También los monarcas terrenales aborrecieron de tal modo este criminal desvarío que abatieron a su creador y a muchísimos [!] *(plerisque)* de sus discípulos con la espada de las leyes públicas. León «Magno» no se recata al respecto de subrayar, hasta con cierto cinismo, la oportunidad de semejante asesinato de «herejes»: «Este rigor benefició por mucho tiempo a la clemencia de la Iglesia, que, aunque satisfecha con el tribunal obispal, evita castigos cruentos, apoyándose no obstante en la severidad de los príncipes cristianos. Pues aquellos que temen los castigos físicos se acogen con frecuencia a los remedios espirituales». León convocó en Galicia una asamblea eclesiástica contra los priscilianistas, sin poder, desde luego, erradicarlos del todo. Todavía un siglo más tarde, el Sínodo de Braga (capital de los suevos en los siglos v y vi) lanza nada menos que diecisiete anatemas, basados en la iniciativa de León, contra los priscilianistas, que, al parecer, eran todavía muy numerosos en España, y urge a los obispos para que combatan más enérgicamente la «herejía».[59]

León Magno da al diablo a los judíos

Los excesos antijudíos de este papa están mucho menos documentados que sus ofensivas antiheréticas. Apenas si se hace mención de ellos. Pero, a despecho de ello, León I debe figurar en la larga lista de padres de

la Iglesia hostiles a los judíos, lista que va de Justino, Ireneo y Cipriano hasta llegar a Atanasio, Eusebio, Efrén, Crisóstomo, Jerónimo, Hilario» Ambrosio y Agustín (véase vol. 1).

Para León, tan noble, clemente y moderado, los judíos tampoco son otra cosa que necios, obcecados, mentalmente ofuscados. Sus sacerdotes, «aborrecibles a los ojos de Dios». Sus doctores de la Ley, «insensatos». Su saber es «sumamente ignorante», su sabiduría «totalmente ignara». «No captan con su entendimiento lo que han aprendido de las palabras de la Sagrada Escritura. Pues para sus insensatos rabinos la verdad es un escándalo y para sus obcecados doctores de la Ley, la luz se convierte en tinieblas.» Una y otra vez aparecen los estereotipos que tan del gusto de la Iglesia han sido hasta nuestros días, tópicos pintados en blanco sobre negro, frases de tosco cartel de propaganda, de sectaria difamación de lo más burdo. Una y otra vez tenemos, de un lado, «las tinieblas de la ignorancia» y del otro «la luz de la fe». Una y otra vez luchan allí «los hijos de las tinieblas» y allá «la luz de la verdad». Una y otra vez contienden «la injusticia [...] y la justicia»; «la mentira contra la verdad»; «la obcecación contra la sabiduría»: el sempitereno y repelente esquema.[60]

Una y otra vez este papa reprocha a los judíos la muerte de Jesús. En cada uno de sus sermones fustiga de continuo a sus «desalmados dirigentes y a sus prevaricadores sacerdotes». «Todos los sacerdotes estaban obsesionados por el pensamiento de cómo perpetrar su crimen contra Jesús.» Todos ellos «poseídos por un frenesí parricida, tenían un único objetivo en su mente»: Todos «son equiparables por su crueldad» y Pílalos «acabó por entregar la sangre del justo al pueblo impío [...]».[61]

Siguiendo la tendencia que ya aparece en los Evangelios, León inculpa a los judíos y exculpa a Pilatos, el romano, «aunque éste prestase su brazo a la enfurecida turba [...]» pues «las manos de los judíos, prestas a. secundar a Satán», clavaron «en la cruz su carne concebida sin pecado». «Su impiedad fue más fuerte que todas las losas y piedras sepulcrales.» En cambio, «los guerreros de Roma mostraron más disposición a creer en el hijo de Dios [...]». «Es sobre vosotros, sobre vosotros, pérfidos judíos, y sobre vuestros dirigentes, reprobos a los ojos de Dios, sobre quien recae todo el peso de la iniquidad.» «La injusticia que echaron sobre sus hombros Pilatos, por su sentencia, y los soldados, por el cumplimiento de la orden de ejecutar al Señor, os hacen aún más odiosos a los ojos de los hombres.»[62]

«Esa mañana, judíos, el sol no *salió,* sino que *se puso* para vosotros. No fue aquélla la acostumbrada luz que iluminaba vuestros ojos, sino una horrible obcecación que ofuscó vuestro corazón impío. Esa mañana destruyó vuestro templo y vuestros altares, os despojó de la Ley y de los profetas; abolió vuestra realeza y vuestro orden sacerdotal transformando todas vuestras tiestas en eterna aflicción. Pues desdichado y cruel fue

vuestro propósito de entregar a la muerte al "autor de la vida" y "Señor de la gloria", entregado por vosotros, "toros cebados y becerros en tumulto, bestias rugientes y perros rabiosos".»[63]

Más de una vez, León I compara a los judíos con animales enfurecidos, con toros y bueyes, conjurando «la obstinada y ciega furia de los tOros cebados y la furiosa agitación de becerros indómitos». Los tilda de «fieras rugientes», ávidas «de la sangre del pastor de la justicia».[64]

El papa León «Magno» no se cansa nunca de difamar a los judíos. Constantemente los ultraja como «perseguidores inflamados por la ira», «asesinos», «criminales», «impíos», «judíos impíos y descreídos», «judíos de pensamientos carnales», «judíos criminales», «ancianos sedientos de sangre», «el pueblo alborotado y ciego», «ofuscado e irreconciliable», «pueblo desenfrenado, que sólo miraba por los ojos de los sacerdotes». (¿Qué otra cosa han hecho los católicos respecto a sus papas y ello a lo largo de siglos?) A cada paso. León se refiere a su «acción depravada», a «su iniquidad», a «su crimen horrible», a la «rabia destructora de los judíos», a la «ceguera de los judíos», a la «malignidad de los judíos», a la «obstinación de los judíos», a la «obstinación y crueldad de los impíos». Continuamente alude a ellos como «insensatos doctores de la Ley», «sacerdotes aborrecibles a Dios», «servidores y mercenarios de Satán». Los menciona como «reprobos», «rebosantes de hipocresía», de «ultrajes», de «vituperios» de «absurdos discursos de mofa». Da siempre por bueno «que los judíos, inflamados por la furia, mortificaron a Jesús de todas las maneras que se propusieron», que lanzaron «contra el Señor de la gloria» «los dardos mortíferos de sus discursos y las flechas envenenadas de sus palabras». Una y otra vez les hace gritar: «¡Crucifícale, crucifícale!». «Eso debe haceros conocer que habéis sido reprobados.» «Con razón, pues, os condenan ambos testamentos.» Para el papa León, estas obras de los judíos serán «para todos los tiempos objeto de execración».[65]

Tan odiosa diatriba tenía que emponzoñar al pueblo cristiano. Tenia que conducir a una represión legal cada vez más severa de los judíos, a la expropiación y al arrasamiento a fuego de sus sinagogas -algo que ya se dio en la Antigüedad (véanse vols. 1 y 2)- y, posteriormente, a los continuos *pogroms* de las edades Media y Moderna. Pero ha habido que esperar al año 1988 para que el católico Krámer-Badoni escriba, refiriéndose precisamente a León I: «Las leyes del Estado de cuño más discriminatorio se promulgaron precisamente bajo su pontificado y no vinieron inopinadamente. Los emperadores romanos nunca se habían inmiscuido en asuntos religiosos si los seguidores de una religión mantenían su lealtad política. Aquel papel intolerante les fue impuesto por la Iglesia».[66]

Por cierto que todas las invectivas de León y de la Iglesia contra los judíos como «deicidas» son tanto más grotescas cuanto que éstos se limitaban a cumplir la voluntad de Dios. ¡Dios quiso ser asesinado por ellos!

¡Es así como quiso redimir al mundo! Ya desde la eternidad había previsto todos los trámites de ese proceso: o todo lo más tarde después de que su «plan de salvación» (a saber «primeros padres de la humanidad», «percance del pecado original», «diluvio» y otros episodios) se vio abocado a más de un fracaso. Los judíos eran, pues, meros ejecutores del plan. Habían sido escogidos por Dios mismo -León lo sabe muy bien- «para fomentar la obra redentora» y fue cabalmente «su injusta crueldad la que nos trajo la salvación». Es por ello por lo que para el «magno» papa son, ciertamente, objeto «de execración y, por otro lado, también motivo de alegría pese a todo». Desde luego, lo que menos advertimos en él es alegría por causa de los judíos y otro tanto puede decirse de otros «famosos» padres de la Iglesia, antijudíos vociferantes. Pero para qué perder más palabras acerca del contrasentido de una teología que obliga a odiar y perseguir a veces (¡demasiadas veces!) hasta la muerte a los judíos ¡aunque todo se lo debe a ellos![67]

La hora «estelar de la humanidad»

La gloria más esplendorosa la alcanzó León en 452, cuando los hunos con Atila a su cabeza irrumpieron en la Italia septentrional a través de los pasos, no vigilados, de los Alpes Julianos y tras librar la dura batalla de los Campos Cataláunicos, una de las grandes carnicerías de la historia europea. Los hunos asolaron y saquearon aquellas regiones, expugnando Aquilea, Milán y Pavía. Su rey Atila era, juntamente con Genserico -con quien siempre mantuvo contacto y colaboró con éxito- uno de los caudillos más notables de su tiempo. A despecho de ello, ya entonces se abrigaba el sentimiento de que los hunos -como pasaba en la Alemania nazi^ con los rusos- eran una especie de subhumanos. Más bien pequeños, de cráneos alargados -así los describen los cronistas latinos-, ojos oblicuos y piel oscura, cubiertos de pieles y avanzando como diablos, montados sin silla en sus pequeños caballos salvajes y sembrando el terror y la muerte... «¡Que Jesús siga manteniendo semejantes bestias fuera del orbe romano!», rezaba san Jerónimo. Con todo, el año 452, algunos legados imperiales (el cónsul del año 450, Avieno, el antiguo prefecto, Trigecio y el mismo obispo León), acudieron presurosos hacia el agresor y en Mincio, junto a Mantua y entre el lago de Garda y el Po, le rogaron que se retirara, a raíz de lo cual Atila, el «Azote de Dios», desistió de seguir su avance.

Este asunto ha hecho derramar mucha tinta. Y no es casual el que posteriormente reinase un silencio casi absoluto acerca de los otros dos legados. Tanto más se habló, en cambio, de León, quien, sorprendentemente, sólo hace una única y breve referencia a este asunto. Se le exaltó

-lo que más bien constituye leyenda cristiana que historia- como liberador de Italia frente a las hordas de los hunos. Se llegó incluso a decit que durante la alocución que el papa dirigió a Atila los apóstoles Pedro y Pablo aparecieron suspendidos en el aire para apoyar a León. Rafael plasmó (1512-1514) aquella «hora estelar de la humanidad» (Kühner) en un famoso fresco de la *Stanza d'EUodoro* en el Vaticano. Algardi ornó con la misma escena el altar funerario de León (bajo Inocencio X). En cambio, cuando el padre de Casiodoro (conspicuo hombre de Estado bajo Teodorico el Grande y después monje) y Carpilio, el hijo de Aecio, consiguieron, una vez más, la retirada del ejército de los hunos mediante otra legación petitoria no se hicieron tantos aspavientos. Y en Mantua no fue de hecho la lengua de León, por muy elocuente que fuese, la que detuvo a Atila, sino -como era de esperar para un hombre de su talante, a quien un obispo romano difícilmente podía infundirle más respeto que un senador- cosas de naturaleza muy distinta: la falta de víveres para sus soldados y caballos, las diversas epidemias en el ejército, los disturbios en su retaguardia, el peligro de un avance sin cobertura, la dificultad de operar con la caballería en las regiones montañosas de la Italia central, el inminente ataque de la Roma de Oriente en Panonia, el reino huno. Tal vez, también, el recuerdo de la muerte de Alarico después de la conquista de Roma.[68]

En todo caso a lo largo de los siglos siguientes hubo muchos príncipes *católicos* a quienes muy a menudo les importaron un comino los intereses papales y ¡¿habría sido el papa respetado precisamente por Atila y motivado en éste resoluciones tan significativas, tan preñadas de consecuencias?! ¿Debemos creer, como Próspero de Tiro, que la «presencia del más alto príncipe eclesiástico [!]» produjo tal alegría al rey de los hunos que «éste desistió de proseguir la guerra, prometió mantener la paz y se retiró a las regiones del Danubio?».[69]

De ahí que, por parte católica, todavía hoy se siga exaltando a León como salvador de Europa y el siglo v como «un momento crucial para Occidente y la Iglesia». Pues, «en el mar embravecido de la invasión de los bárbaros, León se mantuvo firme como una roca ante el oleaje». Uno se siente casi tentado de denominarlo «papa de la Acción Católica». Y para «profundizar» en su conocimiento, el teólogo católico J. Puchs aporta en su libro el «Gráfico 19 A. El papa León "Magno" defiende a los hombres en el ámbito natural: salvando a la humanidad de su aniquilación a manos de los *hunos* [...]». Y exactamente enfrente, en la página siguiente, el «Gráfico 19 B. *La Iglesia defiende nuestra dignidad* humana previniendo contra el *comunismo*». Así se conjuntan las cosas en este Comentario para *catequistas* en el que «la referencia al Corpus Christi Mysticum refulge por doquier» (O. Berger): sin duda en una perspectiva adecuada al momento histórico.[70]

Atila regresó a Panonia y murió de improviso, ya al año siguiente,

en 453, en el lecho nupcial de una germana, probablemente la bella princesa burgunda Ildico, en medio de la embriaguez y del agotamiento amoroso: una de las noches de bodas de la historia y de la literatura mundiales. Para los hunos, dice H. Schreiber en su biografía de Atila, «una auténtica muerte de huno, una muerte de rey». Pues aunque fuesen impávidos jinetes, también poseían «suficiente sabiduría y arte de vivir para reputar por feliz a quien moría en plena efusión gozosa». Con razón se admira Schreiber de que los hunos no hicieran la menor recriminación a la muchacha. «Apenas mil años después-, Ildico habría sido tenazmente torturada hasta hacerle confesar que era una bruja causante de la muerte de Atila mediante un maligno filtro amoroso.»[71]

Por lo visto el amor de ambos era tan conocido en el entorno del rey que la sospecha de homicidio ni siquiera llegó a pasárseles por la mente. En la tradición bizantina, por el contrario -la tradición del oeste-, las acusaciones de asesinato proliferaron con exuberancia, tanto en las crónicas monacales como en las sagas heroicas.[72]

Por el pío Occidente circulaban en general, y no por casualidad, ideas muy deformadas o falsas acerca de los hunos. Naturalmente debelaron a pueblos enteros en sangrientas luchas, pero después no los esclavizaron privándolos totalmente de sus derechos, como tan frecuentemente hacían los cristianos (cuyos campesinos tenían a veces más simpatías por los turcos que por sus amos cristianos). Los grupos étnicos integrados en el reino huno obtuvieron una equiparación total hasta el punto de que fueron, en ciertos casos, preferidos a las tribus del este. «Ése es un fenómeno excepcional en la historia del desarrollo humano», escribe M. de Ferdinandy, y, «sin embargo, sumamente fácil de explicar: para el nómada victorioso el enemigo vencido se transforma inmediatamente en amigo si no falta a su palabra o se convierte en traidor [...1. El dirigente de un pueblo vencido o que se someta voluntariamente es nombrado miembro del Consejo del Gran Khan. Y eso no es puro formalismo. El rey ostrogodo Balamiro se convirtió en el más íntimo de los amigos de Atila. El rey de los Gépidos, Ardarico, se convirtió además en su sucesor designado [...]. Los pueblos germánicos han permanecido fieles al recuerdo de su gran dominador de otrora [...]». Por lo demás Atila era un hombre que también luchó «con la espada de Dios», del Dios de los hunos, claro está.[73]

Tres años más tarde. León I fue incapaz, sin embargo, de impresionar **de** modo especial a los vándalos.

Por aquel entonces, Petronio Máximo, hizo abatir públicamente a golpe de espada al emperador Valentiniano III, mancillador de su honor familiar, obligando a su viuda, Eudoxia, a casarse con él. Ésta, sin embargo, llamó al rey de los vándalos, Genserico, cuya flota apareció de allí a poco en la desembocadura del Tíber. ¡El pánico se apoderó de Roma! León salió ahora al encuentro de los vándalos, pero aquélla no fue ya una

«hora estelar». Los invasores saquearon la ciudad -sin asesinar ni incendiar- durante 14 días y... en toda regla. El mismo papa tuvo que entregar con su propia mano los cálices más preciosos. El emperador Máximo y su hijo murieron durante su fuga (que Genserico les concedió): Máximo, probablemente, a manos de un miembro de su guardia personal. Padre e hijo fueron despedazados por el pueblo y arrojados al Tíber. Los vándalos forzaron a miles de prisioneros, entre ellos a la emperatriz Eudoxia y a sus hijas Eudoquia y Placidia, a emigrar con ellos. Al regresar a África se llevaron además obras de arte irremplazables, una parte de las cuales se perdió para siempre a causa de los naufragios.[74]

Ni la conducta de León ni su cristianismo parecen haber impresionado gran cosa a los romanos. Pues era este mismo gran predicador quien exclamaba indignado: «Es extremadamente peligroso que los hombres se muestren desagradecidos a Dios, que no quieran ya acordarse de sus benéficas acciones, que no quieran mostrar su alegría ni por su castigo y contricción, ni por su liberación [...]. Me avergüenzo de decirlo *(pudet dicere),* pero no puedo silenciarlo: los ídolos paganos son más venerados que los apóstoles. Los absurdos espectáculos son más concurridos que las iglesias de los santos mártires».[75]

León I tenía ya sus razones al constatar: «La dignidad de san Pedro no se pierde ni en el caso de un sucesor indigno» *(Petri dignitas etiam in indigno haerede non déficit).* Frase digna de un brindis, antigua, burda y malévola, pero que de siglo en siglo se fue haciendo cada vez más irrenunciable para la *Catholica.* Por supuesto que León -capaz de declarar que la Iglesia misma «desiste, por repugnancia, de toda persecución sangrienta» dejando esa persecución en manos de los príncipes cristianos «ya que el temor ante la pena capital impulsa a la gente a la salud espiritual»- se sentía cualquier cosa menos indigno. Y la Iglesia incluye a este antiguo inquisidor entre sus papas más insignes. Llegó a santo y -gracias a Benedicto XIV- a Doctor de la Iglesia en 1754. ¡Es más, obtuvo el renombre de «Magno»! «Humildad, mansedumbre y amor para con todos los hombres eran los rasgos característicos del santo y sumo pastor y por ello lo honraban y amaban el emperador y los príncipes; los proceres y los plebeyos; los paganos y los pueblos más rudos» (Donin).[76]

CAPÍTULO 3

LA GUERRA EN LAS IGLESIAS Y POR LAS IGLESIAS HASTA LA ÉPOCA DEL EMPERADOR JUSTINO (518)

«El monofisismo se convirtió en religión nacional del Egipto cristiano y de Abisinia y en el siglo vi era también predominante en Siria occidental y en Armenia. El nestorianismo, con sus dudas acerca de la Madre de Dios, conquistó para sí Mesopotamia y Siria oriental. Esto tuvo una importante consecuencia política: medio Egipto y el Próximo Oriente saludaron en el siglo vil a los árabes como liberadores del yugo religioso, político y financiero de la capital bizantina.»
K. BOSL'

«[...] la más acérrima condena del credo de Calcedonia como decreto impuesto a las Iglesias orientales radica en la historia de los dos siglos siguientes, en el intervalo de 451 hasta aproximadamente 650, es decir, entre Calcedonia y la irrupción del Islam: este periodo se inaugura con las rebeliones más horrorosas del pueblo y de los monjes, especialmente en Egipto, en Palestina y en partes de Siria, contra el calcedonense. Al final de esos doscientos años hallamos Iglesias nacionales monofisitas, sólidamente organizadas, en Armenia, Siria, Egipto y Abisinia, todas ellas poseídas por un odio acérrimo contra la Iglesia imperialista de Bizancio.»
P. KAWERAU[2]

Oriente arde en llamas, o bien: «[...] El diablo, tú y León»

El gran concilio, comparado muy a menudo con el «Latrocinio de Éfeso» y al que Hamack denomina «Sínodo de los bandidos y de los traidores» para distinguirlo de aquel, no calmó los ánimos. Todo lo contrario: fue eso justamente lo que lo soliviantó de verdad. Fue el comienzo de nuevas y numerosas desdichas y escándalos. Fue arranque de una escisión que aún hoy se hace sentir, en relación con la cual, cada parte se consideró y se sigue considerando, por descontado, como «ortodoxa», poseedora de la «fe verdadera».

El de Calcedonia fue un sínodo de las Iglesias del Imperio. Sus resoluciones se convirtieron en leyes imperiales. Y como quiera que los términos con que se revistió la nueva doctrina: esencia, naturaleza, substancia *(ousia, physis, hypostasis)* fueron usados desde siempre en acepciones muy diferentes por los pensadores griegos, a los amantes de la especulación teológica y de la pendencia intelectual se les abrieron inagotables posibilidades de discutir sin mutuo entendimiento y de acusarse recíprocamente de herejía; tanto más cuanto que el término «persona» (griego: *prosopon)* aportado por los latinos era ampliamente polisémico, de modo que Occidente, hasta la muerte del papa Gregorio I (604), se vio especialmente afectado por la discordia.[3]

Es claro que aquí no analizamos el desarrollo postcalcedoniano con vistas a «su fuerza de inspiración de una cristología espiritual» (Grillmeier). ¡Dios nos libre!, ¡no! «Sólo» nos interesa sus consecuencias en la política eclesiástica; las interminables querellas religiosas; la pugna por la «ortodoxia»; las herejías y las eternas disensiones eclesiásticas; todo el odio, la sangre, las rebeliones y las intervenciones militares, especialmente en Palestina y en Egipto. También los destierros, encarcelamientos, exterminios; todos los conflictos, de cada década, entre emperadores y papas hasta el, finalmente, logrado entendimiento entre el papa Hormisdas y el emperador Justino I, casi setenta años más tarde. Entendimiento que no acarreó, naturalmente, la paz sino nuevas y más enconadas persecuciones.[4]

Rápidamente surgieron ahora imputaciones contra aquella asamblea eclesiástica por sus supuestas inclinaciones nestorianas. Incluso se acusó despectivamente a los sinodales de nestorianos y, más tarde, también de «difísitas» (la «gente de las dos naturalezas»). Pues precisamente los parciales del obispo san Cirilo creían ver ignorada en Calcedonia la cristología de este último y la marcada diferencia entre ambas naturalezas, que León propugnaba, se les antojaba puro nestorianismo, ¡horrible herejía! (De hecho, el hasta hoy proscrito Nestorio había contribuido, desde el punto de vista de la historia del dogma, a preparar decisivamente las fórmulas cristológicas de Calcedonia y en su momento saludó las formulaciones leonianas como una justificación de su persona. ¡El papa, en cambio, volvió a condenar por segunda vez, juntamente con el concilio, a quien ya estaba desterrado en el desierto! Ahora, sin embargo, hasta el jesuíta W. de Vries parece reconocer en los sínodos de la Iglesia nestoriana persa de los siglos v y vi [exceptuando, en el peor de los casos, el del año 486 en Seleucia] «una cristología totalmente correcta».)[5]

La resistencia contra Calcedonia no venía, pues, de los nestorianos. Vino de los monofisitas de Egipto, donde han residido hasta hoy los sucesores de los patriarcas cismáticos en serie ininterrumpida, y de Siria, baluarte del monofísismo, donde eran monofisitas hasta los monjes, fervientemente admirados por el pueblo. Venía también de los monofisitas de Arabia y Abisinia, adonde huyeron, después del año 451, un sinnúmero de cristianos sirios. Venía asimismo de Persia y Armenia y condujo a la separación de pueblos enteros que se alejaron del catolicismo. De ahí que en el siglo vi un variopinto conjunto de sectas dominase las riberas surorientales del Mediterráneo: severianos, julianistas, fantasiastas, teodosianos, gayanitas, ftartólatras, actistas, temistianos, triteístas, tetraditas y niobitas. Y todas ellas y algunas más se vieron favorecidas en el siglo vn por la expansión del Islam, que se apoderó de Palestina, Siria y Egipto y permitió que prosperasen numerosas Iglesias nacionales que existen, en parte, en la actualidad.[6]

Todavía a lo largo de toda la Edad Media los obispos, teólogos e historiadores monofisitas atacaron «la errónea doctrina del hipócrita concilio», el «sucio credo del concilio herético», como hizo a comienzos del siglo ix el obispo de Takrit Abu Ra'ita, para quien el «ignorante Marciano» era, sin más, «un segundo Jeroboán». Poco después el copto Severo, obispo de Usmunain, afirmaría en su *Libro de los Concilios* que Dióscoro recibió en Calcedonia «una fuerte bofetada» de manos de la reina -también el *Léxico de la Teología y de la Iglesia* ensalza a Pulquería como «vigorosa», «heredera del espíritu de su abuelo Teodosio I»- lo que dio pie a «nuevas vejaciones de Dióscoro». Según el historiador jacobita Barhebraeus (1225-1286), el escritor más conocido de su nación, la santa mantenía relaciones sexuales con su marido pese a su voto de castidad. Y por

cierto, también con su propio hermano Teodosio, según Nestorio. (De hecho Pulquería no pasaba por santa en la antigüedad: a la vista estaba y de forma muy drástica su, en más de un sentido, desaprensivo afán de encumbramiento. Esa veneración «sólo es constatable, según el léxico de la Iglesia antes mencionado, a partir de la Edad Media».) Todavía a principios del siglo xvi, el patriarca de los jacobitas Ignacio Nuh (Noé), habla de Calcedonia como de «ese maldito concilio... condenado por boca del Señor» y pone en la de Dióscoro estas palabras dirigidas al emperador Marciano, «el amigo del diablo»: «Ya es bastante que en este concilio haya tres cabezas: el demonio, tú y León».[7]

Pulquería, Marciano y León, trío suficiente en todo caso para que, tras un concilio de resultados más que halagüeños para Roma, la casi totalidad de Oriente ardiera en vivas llamaradas.

En Alejandría, cuyo arzobispo Dióscoro había sido desterrado en noviembre de 451 a Paflagonia, el soliviantado pueblo cristiano quemó viva a la guamicióm imperial apenas supo de los resultados del concilio. Con ella ardió la iglesia donde se habían refugiado, el antiguo templo de Serapis. Marciano apeló a los alejandrinos para que se unieran a «la santa y católica Iglesia de los ortodoxos». «Obrando así salvaréis vuestra alma y vuestras obras complacerán a Dios.» Bien pronto les prohibió, sin embargo, hacer cualquier clase de propaganda contra el concilio, y en su áspera constitución *Licet iam sacratissima* impuso a los «herejes» una larga serie de castigos. El archidiácono Proterio (451-457), confidente de Diáscoro, a quien abandonó luego, sólo pudo tomar posesión de su sede en medio de feroces batallas callejeras, de asesinatos y homicidios. Únicamente fue consagrado por cuatro obispos, que también traicionaron a Dióscoro, en noviembre de 451 y sólo pudo mantenerse en el cargo con el reconocimiento papal y protegido por un fuerte contingente de tropas. El pueblo y los monjes, pero también muchos clérigos, estaban de parte de Dióscoro, mientras que Proterio, «el auténtico discípulo de los apóstoles» (León I), tenía su principal apoyo en el emperador Marciano. Poco después de la muerte de éste, estalló en Alejandría, como pronto veremos, un tumulto todavía mucho más violento, en el que, una vez más, los monjes tuvieron decisiva participación.[8]

En general, fueron precisamente los monjes quienes atizaron en Oriente la resistencia contra Calcedonia. Hubo desde luego otros grupos de monjes que agitaron incansablemente en su favor. En cualquier caso «los monjes lucharon en primera línea en todos los frentes» (Bacht S. J.).

Ya antes de acabar el concilio se produjo una sangrienta revuelta de monjes en Palestina. Los dirigentes del monacato local, Romano y Marciano, juntamente con el religioso y antiobispo Teodosio (451-453), piadoso fanático y seguidor de Dióscoro, que debió de organizar ya tumultos en el mismo concilio, conquistaron Jerusalén con unos diez mil ascetas y

la mantuvieron ocupada durante veinte meses, antes de huir al Sinaí. El ambicioso Juvenal, patriarca de la ciudad desde el año 422 al 458, a quien acusaban los monjes, y no sin razón, de haber quebrantado «sus juramentos y promesas» y traicionado la teología de Cirilo, perdió entretanto su sede. El año 431 había presentado en Efeso falsos documentos en apoyo de sus ambiciones de poder y de la ampliación de su diócesis (nada menos que en tres provincias: Fenicia I y II y Arabia), prestando además una ayuda sustancial a Cirilo. En 449 se pasó a sus adversarios y, junto a Dióscoro, fue, de seguro, el líder más prominente de aquel «latrocinio conciliar» y además el primero de entre 113 obispos que abogó por la rehabilitación de Eutiques, a quien hallaba «completamente ortodoxo». En Calcedonia volvió a cambiar rápidamente de trinchera. Volvió ignominiosamente la espalda a su antiguo aliado Dióscoro y se proclamó partidario de su destierro y de la rehabilitación de Flaviano. A la sazón huyó -¿necesito recordar que en Oriente se le venera como santo? (se conmemora el 2 de julio)- como una exhalación a Constantinopla.

En cambio, en Jerusalén, Teodosio ocupó su puesto apoyado por el pueblo y los monjes. Estos últimos arrasaron a fuego bastantes casas y perpetraron una atrocidad tras otra. Al obispo de Escitópolis, Severiano, lo mataron a golpes, juntamente con su séquito, tras su regreso del concilio. Y no fue éste el único obispo liquidado. Muchas sedes obispales cayeron ahora en manos de los monofisitas, que dominaron enseguida toda Palestina, aunque no tardarían mucho en ser expulsados de ella; eso sí, no sin intervención de las tropas y sin una batalla en toda regla. El levantamiento fue financiado parcialmente por la emperatriz Eudoquia, la viuda de Teodosio II, que residía en Jerusalén. Enemistada con la corte se resistía al ataque de Marciano y de Pulquería, su odiada cuñada, contra Eutiques. Por obra de Eudoquia, de su influencia y de sus intrigas casi todos los monasterios de los contornos de la «ciudad santa» renegaron de Juvenal. Desde Roma, el papa agitaba en cambio los ánimos contra «las hordas de falsos monjes», contra los mercenarios del anticristo, como él decía en noviembre de 452 en carta a Julián de Quíos, en la que también culpaba al fugitivo Juvenal. Dos años antes el papa quena incluso que el nombre de Juvenal (junto al de Dióscoro y el de Eustaquio de Berito) se omitiese en las misas. Y con todo, este falsificador y tránsfuga oportunista era un misionero tan activo a los ojos del Señor que ya hacia el año 425 había consagrado al jeque de una tribu beduina como primer «obispo de los aduares». Más tarde se encumbró hasta «el honor de los altares»: ¡bien merecido! ¡En enero de 454, sin embargo, León tuvo que dar las gracias al soberano por haber repuesto violentamente a Juvenal en su sede! ¡Y el 4 de septiembre de aquel año, él mismo azuzaba al patriarca para que endureciese sus ataques! León exigía asimismo la eliminación de los eutiquianos. Todos ellos debían **ser** deportados, como los partidarios de Dios-

coro, allí donde no causasen el menor daño y ser perseguidos aplicándoles el código de lo criminal.[9]

El emperador Marciano, complaciente servidor de Pulquería y del papa, que le testimoniaba complacido la unión en su persona «del poder real con el celo sacerdotal» había anunciado ya en Calcedonia que tomaría medidas contra quienes rechazasen su definición: las personas privadas del pueblo llano serían expulsadas de la capital. Militares y clérigos serían depuestos. Indicó la posibilidad de otros castigos adicionales y tan sólo entre febrero y julio de 452 promulgó cuatro decretos para cimentar y remachar los acuerdos conciliares, y en ellos, sobre todo en el cuarto, el 18 de julio de 452, se represaliaba a los «eutiquianos». Prohibió sus reuniones, sus enseñanzas, sus sermones y también el consagrar obispos y sacerdotes o el construir monasterios. Les vetó el envío de sacerdotes, y a los monjes, la vida en comunidad. Les privó del derecho de testar o heredar y los desterró de Constantinopla. A los clérigos y monjes del monasterio de Eutiques los desterró, incluso, fuera del imperio. Quien los acogía se exponía a confiscaciones y a la deportación. Quien oía sus sermones tenía que pagar una multa de diez libras. A los monjes los atropello con leyes como las aplicadas contra «herejes» y maniqueos. Sus escritos contra el credo de Calcedonia debían ser quemados, sus poseedores y difusores, deportados. Y esa represión, con despliegue de tropas, acabó imponiendo pronto la verdadera fe.[10]

El emperador conciliar persiguió también a los paganos con toda brutalidad. En el año 451 amenazó con confiscaciones y ejecuciones toda acción de culto pagano, medidas que afectaban a celebrantes, ayudantes y cómplices. La multa que habían de pagar los gobernadores que fuesen negligentes en la aplicación de la ley -en el año 407 era de 20 libras de oro- fueron elevadas a 50 libras de oro para el gobernador y otras tantas para sus funcionarios.[n]

El papa León azuza los ánimos contra los «demonios» cristianos de Oriente

Detrás de todos los ataques antiheréticos estaba, no obstante. León I. Una y otra vez trataba de impedir nuevas discusiones acerca de los acuerdos conciliares, de tener en jaque a los «herejes» y de enviar al exilio, en la más extrema soledad, a los monjes rebeldes.

En tono triunfante anunciaba a los obispos de la Galia que después de Calcedonia nadie podía defender la «errónea doctrina» pretextando ignorancia «pues el sínodo reunido expresamente para ello, con casi seiscientos hermanos y colegas obispales, no se permitió usar del arte de la disputación o de la disertación elocuente contra la fe divinamente funda-

mentada [...]. El santo sínodo alejó ya de la Iglesia de Dios esos monstruosos embustes de mentes diabólicas [...] dando al anatema ese vergoña zoso estigma».[12]

En Constantinopla, Julián, un italiano educado en Roma que era obispo de Quíos, junto a Nicea, y había aprendido por ello el griego, ejercía de vicario permanente de León contra los «herejes» del momento *(contra temporis nostri hae reticos).* Después de su escrito oficial de nombramiento del 11 de marzo de 453, el papa tenía con él, por así decir, su espía acreditado en la corte, su vigilante, su confidente, su mediador y su azuzador. Su misión era, exigía León una y otra vez, combatir a los «herejes» y también a los monjes rebeldes, es decir, hacerlos perseguir por el emperador y por los tribunales seculares. Julián tenía que aplicar «como vicario mío *(vice mea functus)* un cuidado especial para que la herejía nestoriana o eutiquiana no renaciesen en ningún lugar. Pues el obispo de Constantinopla no es una garantía para el catolicismo». «No quiero, por el momento, alzarme contra él como se merece [...].» El vicario leoniano no podía perder de vista ni al patriarca de la capital ni a Eudoquia, la viuda del emperador, que atizaba la rebelión de los monjes en Jerusalén y Palestina y también el malestar entre los monjes egipcios. Otra tarea de Julián, y no la menos importante, consistía en tutelar en provecho de Roma, «asesorándola», a la mojigata pareja imperial, que vivía según «el matrimonio de san José», a la que el papa ensalzaba a menudo su acción sacerdotal a la par que, todavía con mayor frecuencia, les exigía cumplir con su «deber protector» para con la Iglesia. Al monarca mismo le recomendaba el papa «tengas a bien atender a las sugerencias *(suggestiones)* de Julián como si fuesen mías».[13]

Ese jerarca tan supuestamente moderado y humano no vacilaba nunca en amargar al máximo la vida a sus adversarios, en cerrarles cuando menos la boca de forma aún más radical, teniendo para ello en el emperador Marciano, el antiguo general desposado con la monja Pulquería, un dócil instrumento. He aquí cómo le escribía el 15 de abril de 454: «Si pues aceptáis gustoso mis sugerencias para tranquilidad de la fe católica, deberéis saber que se ha puesto en mi conocimiento por medio de mi hermano y colega Julián, que el impío Eutiques continúa merecidamente en su destierro, pero que incluso en el lugar de su condena *(damnationis loco)* rezuma en su desesperación el abundante veneno de sus blasfemias contra el conjunto de los católicos y que, con mayor desvergüenza aún, sigue escupiendo la doctrina que lo hizo condenable y abominable para todo el orbe, de modo que podría engañar a gente inocua *(innocentes).* **De** ahí que considere muy prudente el que Vuestra clemente persona lo haga llevar a un lugar más alejado y escondido».[14]

En marzo de 453, León expresaba al obispo Julián de Quíos y a la santa emperatriz Pulquería profunda satisfacción por las medidas impe-

ríales. Y, naturalmente, le produjo especial alegría el que el regente mandara restablecer «el orden» con la fuerza de las armas a través del *Comes* Doroteo. Muchos monjes perdieron en ello su vida. Los archimandritas Romano y Timoteo fueron encarcelados en Antioquía, al destronado patriarca Teodosio lo encerraron en los calabozos de un monasterio de Constantinopla. Pero el papa León eligió aquel sangriento trabajo en un escrito a su majestad calificándolo de obra de su fe, fruto de la piedad imperial *(vestraefidei opus, vestrae pietatis estfructus).* Había que hacer sanar al enfermo e imponer paz a los tumultos. «Me alegro, pues..., de que Vuestro Imperio goce de la calma, ya que lo dirige Cristo, y sea poderoso, ya que Cristo lo protege.» León rezaba incesantemente por Marciano, según le escribió dos años antes de la muerte de éste, «pues la Iglesia y la *res publica* romana se benefician grandemente, gracias a Dios, a través de Vuestro bienestar».[15]

Tampoco bajo el emperador León I deja el papa León de exigir la violencia contra «los criminales» y de rechazar cualquier negociación

Pulquería, a quien el papa tanto gustaba elogiar por «los cuidados, gratos al Señor, de su santo corazón», aunque no sin añadir que debía también «ser constante en esa práctica», murió en julio de 453, y Marciano el 26 de enero del año 457: los rezos de León pidiendo larga vida a su majestad no fueron escuchados.

Se supone que la dignidad imperial fue ofrecida al poderoso *Magister militum* Flavio Ardabur Aspar, un «hereje» amano, hijo de una goda y de un noble alano. Aspar, sin embargo, que fue general romano desde el año 427 al 471 pero nunca partidario de la ortodoxia, la rechazó (o fue rechazado). De ahí que, finalmente, obtuviese la púrpura y, según algunos autores, no sin la ayuda de aquél, uno de sus oficiales. León I (457-474), de cuya desconfianza gratuita vino a caer víctima el propio Aspar, un hombre acrisolado por su fidelidad a tres emperadores. Pues León, estricto católico por su parte -muy atento a la santificación y especialmente devoto del santo estilista Daniel, obtuvo por parte de la Iglesia el epíteto de «el Grande»-, mandó asesinar en el palacio imperial a Aspar y a su hijo Patricio, a quien él mismo había elevado a César. También en esta acción jugó un papel el catolicismo beato del soberano frente a su víctima, amana y de convicciones anticalcedonianas.[16]

Cuando, tras la muerte del emperador Marciano, la oposición monofisita se fue haciendo más y más fuerte, el papa León I recalcó con tanto más ahínco la obligatoriedad de las resoluciones dogmáticas de Calcedo-

nia. Estaba resuelto a prohibir cualquier transacción nueva «acerca de lo que fue decretado por inspiración divina» o, como escribía en otro lugar, «contra aquello revestido de tal autoridad *(tancta auctoritas)* cual es la del Espíritu Santo». De modo que León no sólo declinó una invitación personal a Constantinopla, sino que instruyó además a sus legados para que, una vez recibiesen su carta doctrinal del 17 de agosto de 458 (una especie de complemento de su carta doctrinal a Flaviano y a la que la posteridad llamó por ello Tomo II), no entrasen en ningún tipo de disensiones.[17]

Pero el romano siguió agitando incansablemente los ánimos contra el «descarrío herético» de tantísimas personas en Oriente, especialmente en Constantinopla, Antioquía y Egipto. Quería imponer por doquier, como escribía al obispo Julián, «lo dispuesto en Calcedonia para salvación del mundo exterior y bajo la dirección del Espíritu Santo». En aras de su «salvación» se dirigió a obispos, presbíteros, diáconos; envió legados a la corte, como hizo el 17 de agosto de 458 con los obispos Domiciano y Geminiano; escribió una y otra vez al nuevo emperador León, de cuyas virtudes «se pueden alegrar el Estado romano y la religión cristiana». Pero como cada vez que la Iglesia se empeña enérgicamente en su «salvación», ello sólo podía y tenía que suceder, también ahora, a costa de la perdición de muchos. El papa León, en efecto, apremiaba *o\filius ecciesiae* imperial a adoptar urgentemente las medidas pertinentes para restablecer la *«christiana libertas»*, lo cual, si es posible, tiene siempre este significado: la privación de la libertad de todos los demás. Conjura al emperador para que «él, teniendo bien presente la fe común, frustre todos los manejos de los heréticos», le instiga personalmente, una y otra vez, para que resista «a las manos asesinas de los impíos», «a la maligna astucia», a la «maldad de los herejes», le apremia a castigar a «los criminales». Exige la depuración del clero, que el príncipe «triunfe sobre los enemigos de la Iglesia, pues si ya es motivo de gloria para Vos el aniquilar las armas de pueblos enemigos [!], ¡cuánto mayor será esa gloria si liberáis a la Iglesia alejandrina de sus furiosos tiranos!». Una vez más se ve aquí qué es lo que está siempre en juego para los papas: aniquilación de los enemigos exteriores del Imperio y aniquilación de todos los enemigos interiores. «Sé consciente, venerable emperador..., de cuánta ayuda le debes a tu Madre Iglesia que se gloría de modo especial teniéndote a ti como hijo.» León «el Grande» quería ver en acción a la violencia y las armas, pero no concilios ni discusiones religiosas. Aborrecía las disputas en general y muy particularmente las relativas a cuestiones de fe. También frente al emperador reiteró a menudo la necesidad de desechar cualquier posibilidad de transacción, a la par que afirmaba: «No tenemos espíritu vengativo, pero no podemos vinculamos con los servidores del diablo».[18]

Y así, una vez más, la intolerancia radical se ve acompañada del habitual disimulo del eufemismo. La última frase de León recuerda fatalmente a la de san Jerónimo, citada y comentada más arriba: «También nosotros deseamos la paz y no sólo la deseamos, sino que la fomentamos, pero la paz de Cristo, la paz verdadera». La misma actitud, la misma hipocresía.

Las cartas que León enviaba al Este eran textos de agitación envueltos en pías frases. Giran siempre en torno al mismo tema, apremiando al sojuzgamiento, depuración y aniquilación del adversario, al que se injuria una y otra vez como impío, maligno, satánico y criminal, demonizándolo así groseramente. Sólo «el anticristo y el demonio», sugiere el papa al emperador León I el 1 de diciembre del año 457, tendrían la osadía de atacar «la inexpugnable fortaleza». Sólo aquellos que «no se dejan convertir por la maldad de su corazón», que «bajo la apariencia de su celo espiritual dispersan su mentirosa semilla pretendiendo que ésta es el fruto de su búsqueda de la verdad». La furia desenfrenada y el odio obcecado «han urdido hechos cuya sola mención provoca desprecio y aborrecimiento..., pero Dios nuestro Señor ha enriquecido grandemente a su majestad iluminándolo acerca de sus misterios. Por eso no debéis olvidar nunca esto: la potestad imperial no os ha sido otorgada únicamente para gobierno del mundo, sino ante todo [!1 para proteger a la Iglesia *(sed máxime ad Ecciesiae praesidium)...* ¡Sería, en consecuencia, algo grandioso para vos si os fuera posible añadir la corona de la fe a la diadema imperial pudiendo celebrar un triunfo sobre los enemigos de la Iglesia!».[19]

En definitiva, aquellas personas cuyo aplastamiento exige el papa son cristianos y sacerdotes a quienes él desprecia y aborrece, a quienes imputa mentiras, odio y furia desenfrenada, a quienes injuria como «anticristos» y «demonios»: lenguaje que abunda por demás entre los «mejores» círculos cristianos, entre sus dirigentes.

Muchos apologetas que descalifican los estudios de investigadores críticos como los de E. Caspar y, más aún, los trabajos de E. Schwartz, J. Haller y muchos otros, tildándolos de «enfoques exclusivamente políticos», han de hacer a su vez, arduos esfuerzos para presentar los motivos primordiales de los papas, no como políticos, sino, naturalmente, en palabras de E. Hofmann, como «genuinamente religiosos». Y los apologetas por su parte «acentúan» que la «lucha por la cuestión calcedoniana», que constituyó durante más de medio siglo «el centro de todos los esfuerzos papales», se desarrolló «en gran medida sobre el plano político».[20]

Pero lo que se desarrolla en gran medida sobre el plano *político* es, consecuentemente, *político* en gran medida, primordialmente *político*, y en el fondo sólo *político*, mera lucha por el poder: por el poder en el interior de la Iglesia. Por el poder en el interior de cada una de las Iglesias rivales y por el poder de una sobre todas las demás. ¡Eso es lo que la historia demuestra! Lo religioso se presenta como pretexto. Es puro medio al

servicio de un fin. El hecho de que muchos cristianos, y precisamente los de buena fe y buenos sentimientos -pero no bien informados- vean, sientan y vivan todo eso de forma muy distinta, en nada afecta a los hechos, a la realidad. Cierto que esos cristianos,, y a mayor abundancia las «fuerzas religiosas», pertenecen también a esa realidad; es más, son ellos quienes la hacen posible en general, pues son su fundamento, su condición previa. Pero todo ello queda en el ámbito «de lo privado». En cambio, la entidad que se sirve de todo eso con un cinismo carente de escrúpulos, abusando desaprensivamente de ello a lo largo de la vida (a veces incluso con el subterfugio y el autoengaño: «El pueblo me mueve a lástima»), esa entidad hace historia, historia universal: historia criminal.

Los cristianos batallan entre sí por la fe

La contienda cristológica, la pugna entre caldenonenses y monofisitas, asoló con furia casi increíble las regiones orientales del Imperio romano. Esa contienda abarca la segunda mitad del siglo v y todo el vi. Las difamaciones, deposiciones, destierros, riñas, intrigas, asesinatos y homicidios se hacían interminables. Uno de los bandos de la cristiandad intentaba incesantemente recusar las formulaciones calcedonianas; el otro, imponerlas. Aunque violentamente divididos entre ellos, los monofisitas eran unánimes en su resistencia contra el sínodo «maldito», contra Roma *y* Calcedonia. Las acciones violentas que la ortodoxia exigía continuamente y a las que los gobiernos se prestaban a menudo, las persecuciones y los martirios tan sólo servían para intensificar el odio confesional, la resistencia. Y los compromisos que procuraban hallar a veces algunos emperadores, su condescendencia, transigencia y complacencia ocasionales, todo ello fracasó fundamentalmente a causa de la resistencia del catolicismo. Por supuesto que lo que estaba enjuego, como la mayor parte de las veces, era algo mucho más amplio: lo que importaba no era tanto la charlatanería cristológica, ni el dogma de las dos naturalezas, como la influencia, la ambición, el dinero, el poder y el nacionalismo, sobre todo el de egipcios o sirios. Pues pese a toda la exaltación del delirio confesional, había, en el trasfondo, cierta lucha «nacional» de egipcios y sirios por su propia existencia como tales. Y había también, y estrechamente vinculado a ella, un fuerte antagonismo social entre los nativos, ya fuesen semitas, sirios o felagas del valle del Nilo, los coptos, y la exigua capa superior griega, más o menos cultivada, compuesta por terratenientes griegos que, apoyados por los funcionarios, policías, oficiales y sacerdotes imperiales, proclamaban su fidelidad a la Iglesia oficial del Imperio. De ahí que la población nativa buscase, contra aquella clase dominante, contra aquellos opresores foráneos que los explotaban implacablemen-

te, la protección de los monjes, a quienes admiraban con delirio, y de los obispos del país, los cuales, naturalmente, también abusaban deellosasu manera.[21]
Con todo, el primer plano estaba ocupado por el espectáculo de la fe. Los adversarios de Calcedonia se alzaron especialmente en Alejandría, el centro de la oposición. Y si bien el papa León había hablado en 454 de las «tinieblas que anidaban en Egipto», la verdad es que esa tiniebla se hizo aún más densa.[22]

Al patricarca alejandrino Dióscoro I, depuesto en Calcedonia como partidario de Eutiques, le siguió en la sede el católico Proterio (451-457), fiel al concilio (pero que infligió al papa una derrota en la cuestión del conflicto por la fijación de la Pascua, que Roma sólo encajó reconcomida por la rabia). Y poco después de la muerte de Marciano, el 26 de enero de 457, los monofisitas contrapusieron a Proterio a uno de los suyos, el monje sacerdote Timoteo (457-460), con el apodo de «Ailuros» (la comadreja), un adicto seguidor de Dióscoro, que fue consagrado canónicamente por dos obispos. Llevaba al parecer años soliviantando a los monjes de Alejandría contra Proterio, llegando incluso a presentarse de noche con apariencia de ángel delante de las celdas de los anacoretas para exhortarlos a evitar a Proterio y a elegir a Timoteo (él mismo) como obispo. En caso de que esta historia, legada por diversas fuentes, sea verdadera muestra hasta qué punto se abusaba de los monjes, y caso de ser falsa, muestra, cuando menos, hasta qué punto se podía abusar de la buena fe del mundo: del que, desde luego, parece posible abusar sin límites en cualquier época. Timoteo «Ailuros» fue, ciertamente, encarcelado en seguida por el gobernador imperial, y el ahuyentado Proterio fue traído de nuevo a Alejandría por una escolta militar, pero sólo duró allí hasta el 28 de marzo de 457, día en que una furiosa turba de cristianos lo asesinó (durante la misa del Jueves o Viernes Santo) en la iglesia de San Quirino. Su cadáver fue profanado, despedazado y quemado, pero él mismo fue hecho santo de la Iglesia romana (su festividad se conmemora el 28 de febrero).

A continuación, el arzobispo Timoteo «Ailuros» -León I lo llama «parricida» y en todo caso fue el beneficiario del crimen- «limpió» de enemigos el episcopado egipcio. A todos los obispos que se resistieron los privó de su sede. En un sínodo alejandrino lanzó el anatema contra el papa y contra el patriarca de Constantinopla; era manifiestamente una venganza por la deposición de Dióscoro, el ascenso de Constantinopla y también, de seguro, por el desaire hecho a la cristología de Cirilo en Calcedonia. El año 460, sin embargo, el emperador León mandó apartar de su sede al alejandrino: apremiado a ello una y otra vez y de la forma más enérgica por el papa, quien inundó Oriente con su correspondencia y conjuró al regente para que no sólo fuera soberano del orbe, sino también protector de la Iglesia. Timoteo «Ailuros» fue desterrado; primero a Pa-

flagonia, después a Crimea. Ascendió al solio alejandrino Timoteo Salophakiolos («el de la mitra vacilante»), con el apoyo de tan sólo diez obispos, «un nuevo David por su mansedumbre y paciencia».[23]

Todavía en 460 envió León cartas de felicitación y advertencia a Egipto, la última correspondencia que de él se conserva. Felicitó entusiasmado al recién nombrado *«Salophakiolos»*, elogió al emperador por la expulsión de su predecesor, el «infame parricida», y murió en otoño del año siguiente, el 10 de noviembre.[24]

León I, la primera figura de pontífice descollante en la historia, un hombre hábil como pragmático y también como doctrinario, la perfecta mezcla de ambas cosas, se parecía en su conducta, como ya dijo atinadamente Haller, más al zorro que al león. Frente a quien estaba más alto, ante el emperador León I, podía mostrar un servilismo tan devoto como si fuese el abanderado del cesaropapismo. Pero cuando la ocasión lo exi» gía adoptaba resueltamente aires señoriales incluso frente a los más poderosos. Consumado diplomático, era capaz de lanzarse al ataque, y de retirarse, humillarse y pisotear y fomentar $u propio encumbramiento por encima de todo lo demás. Pero su mayor capacidad consistía en amedrentar vejatoriamente al propio clero. Podía leerles la cartilla a auténticos santos y negar la dignidad sacerdotal a «viles» esclavos. Era capaz de exigir humildad y obediencia de la grey y para sí mismo la potestad de mandar sobre toda la Iglesia, el rango supremo, el honor máximo: y todo ello dándose apariencias de modestia. Y sobre todo, era capaz de perseguir inmisericordemente, o hacer perseguir, todo cuanto no era católico:
con encarcelamientos, destierros, aniquilación física, a la par que predicaba el amor al prójimo y al enemigo, el pleno perdón y la renuncia a toda venganza. Una y otra vez sabía servirse del emperador sin dejarse instrumentalizar por aquél, sin que le importase un comino el Imperio occidental, servidor de sus intereses. Antes bien, se valía de su impotencia para conseguir sus propósitos y usaba su poder residual como una baza contra Oriente para sacar también provecho de ello, si bien, en sus últimos años, cada vez con menos éxito. Con todo, las decisiones de León crearon una impronta de siglos en el derecho canónico. Y su autoridad llegó a tal extremo que sus cartas fueron objeto favorito de los falsificadores cristianos.[25]

El papa Hilario, el emperador Antemio y algunas farsas grotescas entre cristianos asaltantes del trono

A León I le siguió en el solio el sardo Hilario (461-468), que tomó posesión el 19 de noviembre, «no por mérito propio, sino por la gracia de Dios». Era el mismo diácono que huyó tan precipitadamente del «Latro-

ciñió de Éfeso» y en acción de gracias por su salvación fundó una capilla en Roma.

Sus experiencias en Oriente dejaron en él una huella profunda. Su correspondencia iba dirigida, casi exclusivamente, a destinatarios occidentales y especialmente a obispos hispanos o galos. De sus siete años de pontificado, que no son tan pocos, no se conserva ni una sola carta sobre el problema cristológico de Calcedonia. Es más, aparte de un insignificante fragmento, ¡no hay un solo escrito suyo dirigido a Oriente! La inquieta situación en el sur de la Galia, las conquistas de los germanos en esa región, la usurpación de la sede de Narbona por parte de Hermes, la privación parcial de derechos de este último, la constante rivalidad entre Arles y Vienne, los disturbios que también afectaron a España, todo ello no explica del todo aquel hecho. Tanto menos cuanto que el papa también tuvo tiempo para perseguir en Roma a los «macedonianos» (favorecidos por el emperador Antemio) y, sobre todo, para satisfacer una desbordante pasión constructora, embelleciendo aún más el Laterano y, tras el saqueo de los vándalos, también y con gran pompa otras «casas de Dios», como San Pedro, San Pablo y San Lorenzo. La Iglesia romana era ya la más rica de todo el mundo cristiano, bastante más rica, incluso, que las de Constantinopla y Alejandría. Mientras que la ciudad venía a menos, se empobrecía y decaía progresivamente, las basílicas fulgían con fabuloso esplendor: pilas bautismales con ciervos de plata, cruces recamadas de piedras preciosas, altares refulgentes de lujo, antecriptas con arcos dorados... Mientras que en toda la correspondencia papal «no hay ni asomo de un problema religioso [...]» (Ullmann).[26]

En política exterior, el emperador León I, católico santurrón, desplegó, generaciones antes de Justiniano, un tremendo esfuerzo por aniquilar el reino vándalo, cuya religión resultaba tan odiosa a los católicos romanos como su raza y sus costumbres.

Comoquiera que desde finales del año 465 no hubiese ya emperador en Occidente, León nombró en 467 a Antemio, yerno de Marciano, cesar de Occidente. Antemio, que ya había vencido a ostrogodos y a hunos, entró en Italia con un ejército, se convirtió allí en augusto y amenazó a Genserico con una guerra en la que también intervendría Oriente si no cesaba de hostigar al Imperio occidental. Pero cuando de ahí a poco el mismo Genserico declaró la guerra, la Roma de Oriente equipó un ejército por la gigantesca suma de unas sesenta y cuatro mil libras de oro y setecientas mil de plata, causa a la que se atribuyen los apuros financieros que padeció Bizancio incluso en el siglo siguiente. Pero había que hacer desaparecer a toda costa al reino «hereje». En todo caso la guerra anti vándala de León, en la que su cuñado Basilisco, hermano de la emperatriz Verina, iba, en 468, al mando de 1.100 barcos y más de cien mil hombres -cifras supuestas y a buen seguro considerablemente abultadas- constituyó un fiasco to-

tal. Ya tenían la victoria casi en el bolsillo, pero, en el último momento, fueron víctimas, una vez más, de la artería del anciano Genserico, quien se apoderó de nuevo de todas las conquistas realizadas por la Roma oriental.[27]

El emperador Antemio (467-472) era indiferente en lo religioso y puede que, en su fuero interno, hostil al cristianismo. Nombró prefecto de la ciudad a un filósofo y creyente en los antiguos dioses y concitó con ello las iras del papa Hilario. Su tolerancia frente a paganos y «herejes» suscitó desconfianza y acabó siendo víctima de Ricimero, el todopoderoso hacedor y deshacedor de emperadores en Occidente, que creyó amenazada su posición. Ricimero elevó el año 472 al senador Flavio Anicio Olibrio a la dignidad de augusto (el marido de Placidia, hija de Valentiniano III) y después de cinco meses de guerra civil conquistó Roma. Una horda germánica, compuesta de cristianos de fe amana se abatió el 11 de julio sobre la ciudad, ya castigada por el hambre y la peste, sometiéndola al asesinato y al saqueo. Según una antigua narración, si bien las fuentes divergen una vez más, sólo tuvieron miramientos con el territorio vaticano, repleto ya de monasterios e iglesias, y con San Pedro. Antemio, en todo caso, murió despedazado a golpes de espada en una batalla callejera, en la iglesia de San Crisógono. Pero al mes siguiente, a mediados de agosto, falleció el mismo Ricimero (siendo enterrado en el barrio de la Suburra, en la iglesia de Santa Ágata por él construida o renovada). A las pocas semanas le siguió Olibrio. Ambos fueron víctimas de la peste.[28]

Comoquiera que en 474 murió también en Constantinopla el emperador León, se hizo imposible una nueva intervención en Occidente, en el que poco antes se produjo una nueva ruptura con Genserico. En Oriente, sin embargo, la contienda religiosa convulsionó al Imperio de tal manera que los dos regentes que siguieron a León hubieron de transigir en mayor o menor medida con el monofisismo: en medio de circunstancias tan grotescas que podrían figurar en una farsa.

León I había nombrado a su nieto, el hijo de Zenón, corregente y sucesor suyo el año 473. Después de la muerte de León, el 18 de junio de 474, Zenón (su verdadero nombre era Tarasis Kodissa, 474-475 y 476-491), un capitán de forajidos oriundo de Isauria y muy odiado por el pueblo, se hizo elevar a augusto y corregente en febrero, siendo también el primer emperador que se hizo coronar por el patriarca. Su pequeño vastago, León II, no sobrevivió ni hasta finales de año. La emperatriz viuda, Verina, intentó conseguir la púrpura para su amante y puso en escena la farsa de una revolución palaciega para engatusar a Zenón. El emperador huyó como una exhalación a sus lares bandidescos, pero no olvidó llevarse consigo el tesoro estatal mientras los cristianos masacraban a los isaurios en la capital. Quien realmente ascendió al trono fue -contra lo previsto en el guión-, no el amante de Verina, sino el hermano de ésta, Basilisco (475-476,

sólo dieciocho meses), el lastimoso perdedor de la guerra contra los vándalos, a quien se le supone, con cierta probabilidad, un origen germánico. Basilisco envió contra Zenón a un pariente de éste, Ilón, también jefe de salteadores isaurios, un cristiano ortodoxo a quien el usurpador encandiló con grandes promesas. Pero en vez de eliminar a Zenón, su antiguo jefe, Ilón se pasó a sus filas y laboró por su reposición unido al patriarca Acacio. A finales de 476, Zenón recuperó el poder. No mediante la guerra -estuvo a punto de darse a la fuga ante las tropas conducidas por el general de Basilisco, que no era otro que el notorio amante de la emperatriz, galán bien conocido en la capital-, sino con dádivas y promesas. Zenón supo retener ese poder pese a su impopularidad, al desafecto de los círculos senatoriales y a las continuas guerras civiles. Él, por su parte, ordenó la liquidación de Basilisco, de su esposa y de su hijo, mientras que sus compatriotas, que volvieron con él a la capital, cometían nuevos y peores desafueros.[29]

Los desórdenes religiosos vinieron además a complicar los políticos. En efecto, el usurpador Basilisco, que halló la muerte por hambre al ser encerrado con su familia en una cisterna seca, en Asia Menor, había intentado, después de rebelarse, granjearse apoyos mediante una política estrictamente promonofisita. Influido por el patriarca Timoteo «Ailuros» («la comadreja» o «el gato», según otras versiones), repuesto tras 16 años de exilio, revocó sin más las decisiones de Calcedonia y el *Tomus Leonís*, dándolos al anatema, pues sólo habían provocado descontento y desavenencias. A todo el que no estuviera dispuesto a suscribir el nuevo decreto, el llamado *Enkykiion* (conservado en dos versiones), le amenazó con aplicarle las leyes «antiherejes» de Constantino y de Teodosio II: ¡Más de medio millar de obispos firmaron al momento la profesión de fe «herética»! Era, por añadidura, el primer «decreto sobre la fe» promulgado por un emperador al margen de cualquier sínodo, autocráticamente. Por cierto que la mayoría de esos obispos se habían declarado hacía poco, bajo León, decididamente calcedonenses...[30]

No es fácil confundir a un teólogo: su impudicia es ilimitada. Días de triunfo para Timoteo «Ailuros». Otra vez tenía el timón en sus manos tras ser recibido entusiásticamente en Alejandría después de un prolongado exilio. Ahora tomó, ciertamente, un rumbo más moderado. Y en Antioquía, tercer foco de disturbios tras Alejandría y Jerusalén, Pedro Fullo (Petrus «Gnapheus», «el batanero»), un monje monofisita, ascendió a la sede obispal. También aquí se trataba de una reposición:

años antes había desalojado de la misma al patriarca católico Martyrios (459-471) hasta ser depuesto en 471 por León I, que lo encarceló, deportó a Egipto y enclaustró, finalmente, en el monasterio superortodoxo de los akoimetas, cerca de la capital. Con todo -hagamos una breve anticipación-, Pedro retomaría una vez más, la tercera, desde el año 485 al 488,

a la codiciada sede antioquena, otrora baluarte de la ortodoxia, y murió cuando aún la ocupaba con rango de patriarca. Previamente pasaron estas cosas: su suplantador, Juan de Apamea, a quien él mismo había nombrado obispo, fue, a su vez, rápidamente descabalgado. El sucesor de Juan, el calcedonense Stefanos II (477-479), pereció en batalla callejera. El siguiente, Stefanos III, murió después de pocos años, y Calandión, su sucesor, fue también expulsado.[31]

«La antigua Iglesia -exulta hoy F. van der Meer- es tema de moda porque se vuelve a tener conciencia de que el agua más cristalina es la más próxima al manantial.»[32]

El papa Simplicio corteja al usurpador Basilisco y al emperador Zenón

En Roma, entretanto, Hilario fue sucedido por Simplicio (468-483). Éste volvió a convertir la política cara a Oriente en una cuestión central en el desempeño de su cargo y rodeó de halagos al usurpador con tanta devoción como si se tratara del soberano legítimo. En una palabra: se comportó como tantos otros papas en una situación similar. «Apenas considero la veneración con la que yo, el más humilde de los servidores, contemplo a los emperadores cristianos -así iniciaba, el 10 de enero de 476, un agitador escrito de homenaje-, abrigo el deseo de dar expresión, me" diante ininterrumpida correspondencia con Vos, al agradecido sentimiento que me embarga.» Simplicio habla allí de su «veneración humildísima» «amorosa, respecto a Vuestra Majestad», de su deber de «saludar como es debido a Vos, hijo glorioso y clementísimo, excelso emperador». Pero a continuación fustigaba «los latrocinios de los doctores extraviados» de Oriente y especialmente a «Timoteo, asesino de un obispo», «que ha atizado de nuevo el incendio de la anterior locura..., reuniendo a tambor batiente una pandilla de depravados -¡todos ellos ellos cristianos sin excepción!-, apoderándose otra vez de la Iglesia de Alejandría, otrora mancillada por él con sangre obispal. Ha llegado además a nuestros oídos que este hombre sanguinario ha expulsado al actual y legítimo obispo...

»Mi espíritu, venerable emperador, se estremece cuando considero los muchos crímenes cometidos por este «gladiador». Más aún me horroriza, lo confieso con franqueza, que todo ello pudiera suceder, por así decir, ante los mismos ojos de Vuestra Majestad. Pues, ¿quién ignora o duda -se deshace nuevamente en halagos gratos al usurpador- del talante de sincera piedad propio de Vuestra Majestad, de Vuestra entrega a la causa de la verdadera fe? Fue, sin duda, el divino designio de la Providencia quien dispuso todo para que, en bien de la salud del Estado, Vos crecieseis edificándoos en el virtuoso ejemplo de ambos emperadores, Mar-

ciano y León, siendo instruido por ellos en el sentimiento de tierna simpatía con la verdad católica y así nadie osará pensar que vais a la zaga en la fidelidad religiosa respecto a ellos, que os precedieron en la dignidad imperial» Y tras exponer, naturalmente, a Basilisco que «el soberano piadoso debe atender por encima de todos los asuntos del Imperio a aquello que preserva su soberanía», es decir, que «debe anteponer el recto cumplimiento de sus deberes para con el cielo a cualquier otro asunto», «sin lo cual nada goza de sólida duración», le conjura «con ahínco y con la voz del bienaventurado apóstol Pedro *(beatí Petri apostoli voce),* sea cual sea la calidad de mi persona como ministro de mi sede: no dejéis que los enemigos de la antigua fe prosigan impunemente su mala obra si queréis que también Vuestros propios enemigos se os sometan... No sufráis que la fe, nuestra única esperanza de salvación, sea vulnerada de forma alguna, si queréis que Vos mismo y Vuestro Estado gocen de la gracia de Dios».[33]

Una vez más era deber del soberano amparar la verdadera fe católica y deponer a Timoteo, quien no sólo era un asesino, sino más vil que Caís, «Anticristo» y *«divini culminis usurpator».* Eso mientras el papa usaba simultáneamente los términos de *«christianissimus princeps»* para ensalzar al usurpador. Y efectivamente, el *Enkykiion,* que convertía al monofisimo en confesión oficial del Imperio, pero que provocó la inmediata y resuelta resistencia del patriarca de Constantinopla, Acacio (472-489), unido conspirativamente a Zenón, fue derogado formalmente por medio de un *Antienkykiios.* Acacio era un político de descollante talento y se fue con virtiendo crecientemente en centro de los ataques del romano. El patriarca, seguramente el primer obispo de la capital que exigió para sí el tratamiento de «Patriarca ecuménico» *(universalis Patriarcha),* ignoraba además fríamente el *deferre ad sedem apostolicam* y tenía de cierto en su mente algo más importante que la simple preservación de la «recta fe», a saber, el mantenimiento de sus pretensiones como patriarca, los derechos de soberanía anejos a su *thronos,* la vigencia del canon 28. De ahí que llegase a rogar a Daniel Estilita, a quien las masas veneraban con frenesí, que bajase de su columna, situada en Anaplous, cerca de Constantinopla, y encabezase una gigantesca muchedumbre que él puso en marcha contra Basilisco, quien la esquivó refugiándose en su palacio. Fue una manifestación refinadamente organizada, tan fructífera para el patriarca como penosa para el emperador. «El enemigo de la Santa Iglesia hubo de hincar su rodilla», dice exultante la *Vita S. Danielis Stylitae.* Con todo, era Zenón quien inspiraba mayor temor a Basilisco, pues aquél preparaba ya su contragolpe desde una posición militar de superioridad, a partir de las montañas isaurias. De ahí que Basilisco, después de pocos meses, revocase el «Decreto de la Fe» (mediante un nuevo decreto redactado en un estilo retorcido, que delataba su interna renuencia) declarándose ahora

sin ambages en favor del punto de vista opuesto: «Que la fe apostólica y ortodoxa... siga, ella sola, en vigor, inviolada e incólume, y que impere para siempre en todos los templos de la ortodoxia católica y apostólica...». Y con todo, el usurpador fue barrido de la escena a finales de agosto de 476, pese a las escasas simpatías de que Zenón gozaba entre la población. Su final se reputaba más bien como castigo del cielo que como éxito del emperador retomado, al que pronto acudieron en tropel los prelados a rendirle su homenaje. «¡Qué cambio venido de la mano del Altí[w] simo!», exclamó inmediatamente Simplicio en tono exultante. Ahora exigía una y otra vez la deposición y el destierro de sus enemigos en Oriente; la de Pablo de Éfeso, la de Pedro Fullo, la de Timoteo «Ailuros» y la de muchos otros. Apremiaba al emperador para que ahora, con la ayuda de Dios, «expulse a los tiranos de la Iglesia», imponiéndoles un «exilio sin remisión» *(ad inremeabile... exilium).* En un santiamén el papa se acomodó a la nueva situación. Hizo como si nunca hubiese tenido el menor contacto con el derrocado Basilisco, burda treta de la que la clericalla se sirvió secularmente, sin interrupción, hasta la misma época postnazi: primero su «hijo gloriosísimo y clementísimo, excelso emperador», después «tirano», «tirano herético», incluso, en palabras de su sucesor, Félix III. Simplicio hizo como si no hubiese solicitado los favores del usurpador, al igual que hacía ahora con Zenón; como si no hubiese recordado a Basilisco que se mirara en sus grandes modelos, Marciano y León I, como ahora se lo recordaba a Zenón. La epístola papal «rezuma literalmente de un servilismo untuoso, de devota lisonja y de loas delirantes al emperador» (üllmann).

Zenón causó, de momento, una inmensa alegría al papa gracias a una profesión de fe ortodoxa, disponiendo además, a requerimiento suyo, el destierro de Timoteo «Ailuros», destierro que fue impedido por la muerte de éste, acaecida el 31 de julio de 477, justamente cuando se lo habían de llevar a su destino. Se dijo que se había envenenado. Su archidiácono y sucesor monofisita, Petros III Mongos, sólo pudo mantener 36 días su sede patriarcal. Los monjes de la oposición la reconquistaron en favor del católico Salophakiolos, no sin que se produjesen al respecto batallas callejeras. Pedro Mongos fue condenado a la deportación, pero se sustrajo a la misma pasando a la clandestinidad. Alejandría tenía ahora dos patriarcas: uno visible, a quien no se respetaba, y otro respetado, pero invisible.

Entretanto, Zenón, que había recuperado el poder en Constantinopla con ayuda de la ortodoxia y de Acacio, pensaba más en el interés de su capital que en el de Roma y tanto menos en el de su servil obispo. De ahí que pronto decretase con toda claridad: «La Iglesia de Constantinopla es la madre de nuestra propia piedad y de todos los cristianos ortodoxos, y la santísima sede de nuestra ciudad debe gozar, legítimamente y para

siempre, de todos los privilegios y honores relativos a los derechos de consagración y a la preeminencia que posee frente a las demás, tal y como eran reconocidos antes de que asumiésemos nuestro cargo». Al mismo tiempo, Zenón intentó mediar entre ambos partidos eclesiásticos contendientes promulgando, en 482, un Decreto de Unión, auténtico edicto de fe en forma de carta a los cristianos de Alejandría, Egipto, Libia y Pentápolis.[34]

El «Henotikon», un intento de unificación religiosa combatido por Roma, crea divisiones aún más profundas en el Imperio y la cristiandad

El *Henotikon* (la fórmula de «unificación», denominación extraída del lenguaje vulgar, del que el exquisito papado no hizo nunca mención nominal) era en sí una obra maestra del patriarca Acacio y de su amigo Pedro Mongos, expresión típica de la idea de una Iglesia imperial e intento de compromiso entre católicos y monofisitas, que, sin embargo, acabó pronto ahondando las diferencias ya existentes. En aras de la unidad del Imperio, de la que, se pensaba, era condición imprescindible la unidad religiosa, quería reconciliar a monofisitas y difisitas y, sobre todo, pacificar a Egipto y Siria en el plano político-religioso en bien del Estado. Ello resultaba tanto más necesario cuanto que el emperador se veía acosado tanto por los ostrogodos como por los generales en rebelión, Ilón entre ellos.

El *Henotikon* no era formalmente herético. Tomaba como base las profesiones de fe de Nicea (325) y de Constantinopla (381). Mantenía la unidad de Cristo y su igualdad esencial con el «Padre» y también el término ya tópico de «Madre de Dios». Sustentaba la teología cirírila de los «Doce Anatematismos» y también la condena del «hereje» Eutiques y la del «hereje» Nestorio: Zenón mandó, en 489, destruir totalmente la escuela de los nestorianos de Edesa. En cambio eludía algunos puntos controvertidos. Evitaba toda clase de complicaciones dogmáticas, ciertas formulaciones de Calcedonia, cuyos estatutos ignoraba, y de modo especial los conceptos precarios, por no decir peligrosos, de «persona» y de «naturaleza». Dejando, pues, de lado el punto eminentemente conflictivo (una o dos naturalezas: de Cristo se decía únicamente que «era uno y no dos») Zenón, un cristiano piadoso por demás, pretendía ganarse a los monofisitas para la Iglesia del Imperio, unificar al clero contendiente en una línea intermedia y asegurar de este modo un culto unitario y la paz religiosa en bien del Imperio. «A quienquiera que piense o pensara de otro modo, entonces, ahora o en cualquier momento, sea en Calcedonia o en cualquier otro sínodo, ¡lo declaramos *Anathema*\» Con esa misma

radicalidad, incluso de forma aún más resuelta, había inculcado un siglo antes, el 28 de febrero de 380, otro emperador, Teodosio I, la fe ortodoxa.[35]

Pero si la opresión sangrienta de Teodosio no logró la unidad, tampoco lo consiguió el intento de conciliación, pues el *Henotikon* no satisfizo ni a los ortodoxos ni a los monofisitas. Cada obispo particular obraba como mejor le parecía, escribe Evagrio de Antioquía, quien, dicho sea de paso, fue, entre los historiadores antiguos de la Iglesia, el que poseyó los más elevados títulos estatales.Los contendientes cristianos «no tenían ya la menor comunicación entre sí. Eso llevó a muchas escisiones en Oriente, Occidente y África... La situación se hizo aún más absurda pues tampoco los obispos orientales comunicaban lo más mínimos entre sí». Efectivamente, incluso en Oriente, donde el *Henotikon* había sido suscrito por los patriarcas monofisitas de Alejandría, Pedro Mongos («el Tartamudo»), el partidario más significado de Timoteo, por el de Antioquía, Pedro Fullo, y también por Martirius de Jerusalén y otros prelados, incluso allí existían cuando menos cuatro grupos cristianos principales que rivalizaban acremente entre sí: uno a favor de Calcedonia sin *Henotikon,* otro en favor de Calcedonia y del *Henotikon,* otro en contra de Calcedonia y en favor del *Henotikon* y otro contra Calcedonia y contra el *Henotikon.* Es más, continuamente se producían nuevas escisiones: severianos, julianistas, agnoetas (Cristo como hombre no era omnisciente), actistetas (el cuerpo de Cristo era increado), ctistólatras (adoradores de lo creado), triteístas, damianistas, cononistas, niobitas, etc., que difundían doctrinas más o menos contrarias o totalmente contrarias, en su caso, acerca de la naturaleza de Cristo y la resurrección del cuerpo humano. Ni siquiera todos los monofisitas aceptaron el *Henotikon.* No lo hacían, por ejemplo, los acéfalos, la tendencia más extrema del monofisismo.[36]

A pesar de todo ello, el *Edictum Zenonis,* como se denominó originalmente, hubiera pacificado paulatinamente la encarnizada lucha eclesiástica de Oriente, si el obispo de Roma no la hubiera atizado desde lejos. El *Henotikon,* una declaración de fe puramente imperial, lo ignoraba completamente sin pedirle para nada su consejo. Añadamos que precisamente su más enconado rival, el patriarca Acacio, que seguía desde un principio un curso intermedio buscando cierto compromiso entre calcedonenses y monofisitas, alentaba e incluso dirigía los intentos mediadores del gobierno. Aparte de ello, el papado rechazaba de plano cualquier solución de compromiso en cuestiones dogmáticas blasonando como siempre de su fidelidad a los principios. Por último, Roma se aferraba tanto más firmemente a las decisiones de Calcedonia cuanto que la Iglesia romana también había tomado parte en las mismas haciendo oír su palabra. Fue incluso la primera vez que pudo siquiera hablar en uno de los grandes sínodos imperiales. «Hasta entonces, todas las decisiones fueron adoptadas

sin su participación, única y exclusivamente por cuenta de los obispos y teólogos orientales.» (Dannenbauer)[37]

De ahí que, muy al revés que su antecesor Hilario, el papa Simplicio reanudase la tradición de León I, aunque con mucha menos habilidad. Roma quería a todo trance que no se llegase a un compromiso y menos aún a uno conseguido a costa de sus pretensiones de primado universal.

Sus exhortaciones a Oriente para que combatiese la herejía eran incesantes, pero partía de una valoración equivocada tanto de Acacio, una cabeza eminentemente política y muy superior a la suya, como del emperador. Ambos lo ignoraban a menudo y en cualquier caso no lo tomaban en serio. Con todo, Simplicio apremiaba una y otra vez a Acacio para que consiguiera del soberano la deportación de los «herejes» a lugares inaccesibles, para que los apartase de la sociedad humana mediante una disposición especial, situándolos al margen como si tuvieran una enfermedad contagiosa, lo que equivalía a una proscripción en toda regla. Insistía en que no se les concediese la menor posibilidad de rendir satisfacción y en que se sacase también de su escondrijo clandestino a Pedro Mongos, «socio y príncipe de los herejes» y se le confinase a un país lejano. Había que impedir cualquier rebrote del desvarío herético y no había que conceder tregua en ello. Era deber del patriarca asediar al emperador, oportuna o inoportunamente, rogándole que amparase al catolicismo haciendo uso del poder del Estado.[38]

La resistencia imperial contra los «herejes» le parecía demasiado débil a Simplicio. Le desagradaba asimismo que el patriarca de la corte de Zenón consagrase al de Antioquía, sede independiente de Constantinopía, viendo en ello un acrecentamiento intolerable del poder de Acacio. Y cuando en Alejandría, muerto ya en febrero de 482 el recién nombrado Timoteo Salophakiolos, los católicos eligieron al monje Juan Talaia mientras que el emperador y Acacio lo dejaron de lado, por perjuro y por trai» dor, y entronizaron al obispo cismático y amigo de Timoteo «Ailuros», Pedro Mongos, al *«socius hereticorum»* excluido de la Iglesia, como Simplicio escribía a Acacio, el difusor de «herejías militantes», y al mismo emperador (ninguno de los dos contestó: *«Nullum responsum»*, hizo constar su asombrado sucesor Félix), la disputa con Roma estalló sin paliativos.[39]

Se inicia el cisma acaciano. Alta traición eclesiástica

Los obispos de Oriente y los de Occidente, especialmente los de Roma, tenían un interés común, que era por lo demás el que más divisiones creaba entre ellos: el interés por la política de poder, unido siempre a la política personal. El *Manual de la Historia de la Iglesia* constata con

razón que el inextricable embrollo de la Iglesia oriental «no se podía resolver con fórmulas teológicas, pues su origen estaba en otra parte. Había que habérselas con determinadas personalidades» (Beck). Es decir: con intereses de poder político y personal, muy vinculados, desde que el mundo es mundo, a los de la «gran política». Ello contribuía a hacer más intrincados los antagonismos.[40]

Cuando todavía practicaba una política religiosa ortodoxa, Zenón depuso a Pedro Mongos, pero no lo desterró pese a los muchos requerimientos del papa. Ahora, que pretendía mediar, reconciliar y ganarse también las simpatías de sus subditos monofisitas, necesitaba nuevamente a Pedro y lo repuso en su sede tras la muerte de Salophakiolos. Pues el mismo *Henotikon,* aquella moderada fórmula de unificación con la que el emperador pensaba zanjar las disputas clericales y obtener la unificación de las Iglesias de Oriente, había sido elaborado por Pedro Mongos (482-490), una mente osada y tenaz, juntamente con Acacio.[41]

Candidato del papa era Juan Talaia, quien, debido a su vinculación con Ilón, hubo de jurar ante el emperador, el senado y en presencia del patriarca que nunca se haría ordenar obispo. Quebrantando el juramento se hizo, con todo, ordenar obispo como sucesor de Salophakiolos en Alejandría. Zenón lo sustituyó, indignado, por Pedro Mongos. Y mientras los monjes compañeros de Talaia estigmatizaron a Pedro como hereje, pues era monofisita aunque partidario del *Henotikon,* Talaia por su parte se dirigió al influyente general Ilón precisamente cuando éste urdía planes de rebelión contra el soberano. Ilón se asoció para ello con el patriarca de Antioquía, Calandión, e intentó contactar con el dominador de Italia, Odoacro. El papa estaba ya en tratos con éste. Talaia huyó por Antioquía donde coincidió con Ilón, a quien ya había enviado presentes cuando aún administraba la sede alejandrina (Bacht, S. J.). Desde Antioquía prosiguió su fuga hasta Roma, pues, aconsejado por Calandión y el general, había apelado al papa. El 10 de marzo de 483, Simplicio murió tras larga enfermedad poco antes de que llegase Talaia, pero su sucesor, Félix, elegido bajo la presión de Odoacro, también atacó con dureza al emperador: ¡justo en el momento en que Ilón se sublevaba contra él en Asia secundado por el patriarca de Antioquía, el aliado de Talaia y del papa![42]

El papa Félix III (483-492) -«tercero» pese a que Félix II fue antipapa- fue el primer papa descendiente de la alta nobleza romana. Fue el primero que ascendió al cargo tras la caída del Imperio de Occidente. Era seguramente el candidato de Odoacro y se mostró dispuesto -o hizo que lo estaba- a trabajar con los nuevos amos germánicos. Casado antes de su carrera eclesiástica, tenía varios hijos. Él mismo era hijo de un sacerdote y (presumiblemente) tatarabuelo de Gregorio «el Grande».[43]

El nuevo pontífice protestó acuciado por Talaia. Lo hizo con bastante más resolución que su débil y servil predecesor. Era inexperto en asuntos

curiales, pero tenía una eficaz cancillería, con Gelasio, el futuro papa, a su frente. El mismo año 483 envió a Bizancio una embajada con los obispos . Vital de Trento y Miseno de Cumas y, sin atacar directamente al *Henotikon,* expuso al soberano que la «recta vía media» era Calcedonia, sabiendo que para el emperador lo era el *Henotikon.* En otro escrito, mixtura de arrogancia, mordacidad apenas encubierta y bien escogidos pasajes de la Biblia intentó, inútilmente, que Acacio «se justificase, a la mayor brevedad, ante San Pedro» y su sínodo. Acacio, que ampliaba enérgicamente su propia posición de poder, no abrigaba ese propósito. Su rango en la Iglesia imperial era más o menos el del papa, pero en cuanto que «papa» de Oriente, no se sentía ya igual, sino bastante superior. De hecho los obispos romanos, pese a la cada vez más dura polémica, a su lucha por los principios y a sus muchas pretensiones, estaban condenados, jurídica, táctica y, en cierto modo, espiritualmente, a cierta impotencia. Eran, casi, una *quantité négligeable,* al menos frente a los soberanos de Oriente. De ahí que, apenas desembarcados en Abidos, los legados de Roma fuesen encerrados y sobornados por Acacio. Mudaron miserablemente de opinión e incluso asistieron a la misa celebrada por el patriarca. El papa respondió con la excomunión y anatematización irrevocable de Acacio «que me ha encarcelado a mí en la persona de los míos» en un sínodo romano. Anatema extensivo a todo obispo, sacerdote, monje o seglar que tuviese trato con él: el primer gran cisma entre Oriente y Occidente. «Dios ha privado a Acacio de su dignidad obispal mediante veredicto proveniente del cielo», declaraba solemnemente la sentencia condenatoria. «Has de saber que fuiste excluido de la dignidad obispal y del número de los creyentes y que nunca te liberarás de los indestructibles lazos del anatema.»

La condena de deposición emitida por el sínodo y suscrita por los 77 si* nodales la llevó a Constantinopla el *Defensor Ecciesiae* Tutus (según otra versión, los monjes akoimetas opositores, fieles a Roma, fijaron la bula condenatoria al palio arzobispal de Acacio durante la misa dominical, lo que provocó que el séquito de éste abatiese a golpes a unos y encarcelase a los otros). Tutus, sin embargo, fue asimismo sometido a presiones y so" bomado teniendo que ser despedido por el papa al igual que los legados Vidal y Miseno. Había comunicado con Acacio en misa solemne y reconocido al monofisita Pedro Mongos como patriarca de Alejandría. Sólo once años más tarde fue readmitido Miseno por el papa Gelasio para no arriesgar que el arrepentido muriese por enfermedad o vejez sin reconciliarse con la Iglesia. El otro legado, Vital, había muerto ya...[44]

Félix escribió entonces al emperador una carta en cuyo inicio expresaba ya su temor por la «salud del alma» del soberano y a cuyo término volvía a conminar por «tribunal de Dios» -todo ello en un tono inaudito hasta entonces, de mordaz condensación y fríamente cortante, inspirada evidentemente por el responsable de la cancillería papal, Gelasio- para

que el emperador, en las cuestiones atañentes a Dios, sometiese *(subdere)* su voluntad a los obispos de Cristo, de quienes tenía que aprender, y no enseñar, y para que no jugase el papel de amo de la Iglesia, sino que la obedeciese, pues era voluntad de Dios «que su majestad, en muestra de pía devoción, incline su cerviz ante esa Iglesia»: pretensión de dominación papal anunciada ya para siglos venideros y expresada en una frase que se hallará reiteradamente en muchas codificaciones canónicas. Ni el regente, que estimaba más la lealtad de Egipto y de Siria que el aplauso de Roma, ni Acacio, que borró tranquilamente el nombre del papa -quien lo calificaba de «serpiente», de «bubón de pus» y de «enfermo canceroso» -, acción que simbolizaba su exclusión de la Iglesia, se preocuparon lo más mínimo por la opinión de Simplicio. Razón para que el sínodo romano del 5 de octubre de 485 se quejase de «que nuestras perlas son arrojadas a los cerdos y los perros... Satán ha sido reducido, pero sigue operando». El papa depuso, pues, y excomulgó a los tres patriarcas remitiéndose a un derecho consuetudinario, aplicado, desde mucho tienptpo atrás, en Italia. La consecuencia fue un cisma que separó a Roma de Constantinopla durante 35 años (484-519).[45]

Sólo hay que leer en su debido contexto esos pasajes de increíble petulancia para hacerse una idea de lo que se permitía un clero romano, que se encumbraba más y más a base de trapacerías, frente a un emperador cuya voluntad no coincidía con la de aquél. «Quede clara constancia -escribía Félix (Gelasio)- de que también para el ámbito de Vuestra propia jurisdicción sería sumamente saludable que Vos, en las cuestiones atañentes a Dios, sometieseis Vuestra imperial voluntad a los obispos de Cristo, como ordena la ley divina, sin pretender que aquélla prevalezca *(praeferre)* sobre aquéllos. No sois Vos quien ha de enseñar los sagrados misterios, sino aprenderlos de Vuestros ministros. Debéis obediencia a la bien fundamentada autoridad de la Iglesia y no intentar imponerle normas meramente humanas. No debéis pretender disponer despóticamente *(dominan)* sobre las santas instituciones de la Iglesia, pues es Dios mismo quien ha dispuesto que Vuestra Majestad incline piadosamente su cerviz ante la Iglesia.»[46]

Roma nunca cuestionó la ortodoxia del *Henotikon.*

Es bien significativo que la epístola papal para nada se refiera a la querella monofisimo-difisismo. Pues lo que estaba realmente enjuego no era la fe, sino, una vez más, el prestigio y el poder. «Sin esa porfía entre los dos papas, el de la Vieja y el de la Nueva Roma es probable que aquella querella entre Oriente y Occidente, que duraría 35 años y que se inició con Félix III, ni siquiera hubiera surgido» (Haller). Se trataba de las pretensiones hegemónicas de Constantinopla. Roma deseaba la disputa, la provocó adrede, a todo trance. De ahí que se enfrentase, arrogante como nunca, al emperador y al patriarca. Se permitía tales alardes de va-

lor, desde luego, bajo la protección de dos «herejes» germánicos, primero Odoacro y después Teodorico. Roma rechazó todos los intentos de avenencia del emperador y ¡se alió, incluso, con las tropas sublevadas contra él![47]

El rebelde fue en este caso aquel Ilón que, bajo el poder del usurpador Basilisco, salió en campaña para aplastar al destronado Zenón, pero lo aupó nuevamente al trono. Ilón, isaurio como Zenón y promovido por éste a general, no llevó, desde luego, una vida excesivamente feliz como consejero de la retomada majestad, pues fue víctima de tres intentos de asesinato (en 477,478 y 481: en el tercero perdió una oreja, pero volvió a escapar con vida), si bien Zenón negó rotundamente tener nada que ver con los atentados y expresó en cada caso su viva simpatía al tenaz superviviente. Durante bastante tiempo evitaron ambos la lucha abierta comportándose como si fuesen aún «jefes de forajidos en las montañas de su patria natal» (Schwartz). El servicio al lado de Zenón se tomó excesivamente arriesgado para Ilón; consiguió que se le nombrase comandante de Siria y allí, con ayuda de la emperatriz viuda, Verina, proclamó antiemperador al general Leoncio.[48]

La oposición calcedoniana hizo también causa común con Ilón. Antes que nadie Juan Talaia de Alejandría, a quien Zenón declaró reo de alta traición, perjuro y capaz de los hechos más abominables. Talaia había establecido estrechos vínculos con Ilón y más tarde con el también conjurado exarca de Egipto. Finalmente, imitando a Atanasio, huyó también a Roma, donde él conspiraba contra el emperador y el papa urdía la ruptura con Constantinopla. Poco después se les unió también Calandión el archicatólico patriarca de Antioquía, ciudad donde residía el antiemperador Leoncio, pero tras la derrota de éste -su gloria duró sólo dos meses- Calandión fue deportado convicto de alta traición. Ilón, que intentó en vano involucrar al rey Odoacro, usurpador del trono italiano, fue derrotado con su antiemperador, entregado a León y ejecutado en 488. No tardó mucho, sin embargo, Odoacro en declararse independiente de Constantinopla y en aliarse a los vándalos de África.[49]

A partir de ese momento el papado inició una serie de virajes de un oportunismo de dimensión histérico-universal y mientras sus víctimas fueron cayendo una tras otra, él se fue acrecentando y robusteciendo. Primero se volvió contra la Roma de Oriente aliándose con los godos. Después aniquiló a los godos y a los vándalos unido a la Roma de Oriente;
Seguidamente volvió a enfrentarse a la Roma de Oriente uniéndose a los longobardos. Y luego, obtenida ya su «libertad» combatió a los longobardos, sus liberadores, con ayuda de los francos. En este volumen podremos seguir de cerca únicamente el primero y segundo acto de esta desvergonzada comedia.

En Occidente, donde imperaban el desbarajuste y el caos, circunstan-

cías tanto más favorables para los papas, se fueron sucediendo, tras la muerte de Valentiniano III, toda una serie de emperadores fantasmales hasta un total de nueve en tan sólo veinte años. Seis de ellos fueron casi seguro asesinados, y entre ellos Mayorano, que murió violentamente junto al Ira, tras apenas cuatro años de gobierno, y Artemio, a quien mataron en Roma el 11 de julio de 472. El hacha del verdugo y el veneno hicieron estragos. Era el general Ricimero quien detentaba las riendas del poder, auténtico «fabricante de emperadores» y más poderoso que Estilicen o que el mismo Aecio. De hecho fue él quien, vastago amano de un príncipe suevo y de una hija del rey ostrogodo Walia, preparó el futuro dominio de reyes germánicos en Italia aunque no pudiera aún abrigar la esperanza de reinar él mismo. Después, la última figura fantasmal del Imperio occidental, el niño de cuatro años Rómulo Augústulo, fue destronado por el esciro Odoacro, cuyo padre Edeco tenía una destacada posición en el ejército de Atila. Rómulo se retiró, consolado con una renta, y Odoacro (476-493) fue el primer rey germano que gobernó sobre toda Italia. Es discutible hasta qué punto obtuvo el reconocimiento de Constantinopla. El padre de Rómulo, Orestes, antiguo secretario de Atila, y su hermano Paulus perdieron la vida por orden de Odoacro el 28 de agosto y el 4 de septiembre, respectivamente. El emperador Julio Nepote, huido en 475, protestó cuatro años más desde Dalmacia hasta que fue asesinado en una casa de campo cerca de Salona, en mayo de 480. Tal fue el ocaso del Imperio romano de Occidente, hundido, como dice M. E. Gibbon en su monumental obra *Decline and Fall of the Román Empire* por el «triunfo de la religión y de la barbarie».[50]

Teodorico conquista Italia: «¿Dónde está Dios?»

La Roma de Oriente se convirtió en la sucesora legal del imperio. El conflicto latente entre las partes occidental y oriental de aquél se agravó continuamente según pasaba el tiempo. La vieja táctica papal de servirse de los regentes occidentales para contrarrestar a los orientales hizo quiebra tras la muerte de Valentiniano III. La Roma de Oriente consiguió imponerse políticamente a los germanos, tanto en el interior como en el exterior. Es más, el emperador Zenón consiguió por su parte mantener su trono, amenazado de continuo, gracias «al juego de esgrima diplomática menos convencional de todos los tiempos» (Rubín). A aquel resultado contribuyó no poco el que supo desviar hacia Italia a los ostrogodos, que amenazaban el Imperio romano de Oriente.[51]

Los ostrogodos, sometidos el año 375 por los hunos, que avanzaban como un huracán, llegaron a comienzos del siglo v a la cuenca del Danubio húngaro y tras la muerte de Atila (año 453) y el rápido desmorona-

miento de su gigantesco imperio, que parecía imbatible, se sometieron a la soberanía romana. Entonces se asentaron en Panonia, en la región del lago Balatón. Aquí nació, a mediados del siglo v, Teodorico (el Dietrich de Berna de la Saga), como hijo del rey Teodomiro de la dinastía de los ámalos y que probablemente fue bautizado amano ya de niño. Las fuentes, apenas dicen nada sobre su origen y su juventud, ni tampoco sobre sus primeros años de reinado. Cuando contaba 7 años vino como rehén a Constantinopla, donde permaneció 11, al parecer, entre el círculo de personas más próximas a León. Allí cultivó el latín y el griego y aprendió a apreciar la cultura antigua. Se familiarizó con la situación política y militar y contrajo matrimonio con una princesa imperial.

El rival ostrogodo más peligroso de Teodorico era Teodorico Estrabón. Durante años, jugó la baza de enfrentar entre sí a aquellos dos príncipes relacionados por un lejano parentesco, quienes, no obstante, se unieron en más de una ocasión contra el emperador. A raíz del golpe militar de Basilisco, en 475, Teodorico el ámalo tomó partido por Zenón mientras que Teodorico Estrabón, el mayor de los dos, se unió al usurpador, perdiendo el año 476 todos sus honores. Posteriormente, fue revestido nuevamente de todos sus cargos y dignidades. El año 481, sin embargo, sucumbió a una herida que él mismo se produjo inadvertidamente. Los dos hermanos de Estrabón, que asumieron ahora la jefatura juntamente con el hijo de éste, Requitach, fueron asesinados de allí a poco. El año 484, Teodorico abatió en Constantinopla, con su propia espada y a sabiendas de Zenón a un primo suyo.[52]

Como quiera que, pese a todos los honores en favor del ámalo -hecho patricio en 476 y cónsul y amigo del emperador en 484- se produjesen una y otra vez fricciones entre él y el regente e incluso incursiones asoladoras de Teodorico por la Tracia (los territorios resecados del bajo Danubio no podían alimentar ya a su gente) Zenón le encomendó formalmente una campaña contra Odoacro, el «dominador violento» (Procopio).[53]

Odoacro era esciro o rugió y, en todo caso, germano y amano. Investido rey el 23 de agosto de 476, aunque jamás llevó púrpura ni diadema, dominó Italia durante trece años, desde los Alpes hasta el Etna. Genserico le cedió en 477 Sicilia a cambio de un tributo. Posteriormente, cuando amenazó también con irrumpir en el Imperio oriental coincidiendo con la devastación de Tracia por Teodorico y con la rebelión de Illos, hechos que pusieron en gran aprieto al emperador, éste acudió al bien probado recurso de poner fuera de juego a unos germanos sirviéndose de otros, espoleando a los rugieres a invadir Italia. Pero Odoacro se les adelantó y en dos campañas, años 487 y 488, aniquiló su país (situado en la actual baja Austria en la orilla izquierda del Danubio) y a la mayor parte de su pueblo: guerra no sólo entre dos tribus germanas, sino también entre cristianos, pues los rugieres eran asimismo amaños. Zenón, sin embargo, se

reconcilió de nuevo con Teodorico, sometió a Illos en 488, lo mandó decapitar y, aquel mismo año, lanzó al rey de los ostrogodos contra Odoacro a quien consideraba usurpador y tirano, y a quien sólo había admitido como gobernador a regañadientes. Zenón, «maestro en el arte de sacar partida de las situaciones», como hace constar Procopio, sedujo a Teodorico con la perspectiva de «ganar para sfy para sus godos todo Occidente tras someter a Odoacro. Para él, miembro del senado romano, sería en efecto más digno debelar a un dominador violento e imperar después sobre Roma e Italia, que involucrarse en una peligrosa lucha con el emperador. A Teodorico le alegró sobremanera la propuesta y emprendió camino hacia Italia con todo el pueblo godo».[54]

Esto sucedió en el otoño del año 488.

Teodorico partió de Mesia con sus guerreros, sus mujeres y sus niños, pero en modo alguno con todo su pueblo, una parte del cual se quedó en los Balcanes. Tomaron parte, en cambio, pueblos de otros orígenes hasta llegar a un total de 100.000 o, quizá, 200.000 personas. Tal vez eran muchos menos. En todo caso eran muchos menos que los habitantes de la Roma de entonces. «Todo el mundo -escribe un contemporáneo, el obispo Enodio de Pavía- se venía encima, en carros que les servían de casas, rapiñando hacia sus tiendas móviles todo cuanto caía en sus manos.» Por cierto que también estos godos, recordémoslo, eran cristianos. De camino y a su paso por Rumania, exterminaron a la casi totalidad de los gépidos, una tribu emparentada con ellos y también cristiana, pero que les era hostil. En una situación extremadamente crítica de la batalla, Teodorico hubo de exponerse en primera fila y, según una fuente muy antigua, causar estragos «como un torrente desbocado en los sembrados o como el león en un rebaño». Después, en la Italia septentrional, hubo una guerra encarnizada de cuatro años y rica en vicisitudes, con deserciones y traición en ambos campos contendientes y a resultas de la cual toda aquella región, y en especial Liguria, sufrió una devastación horrible.

Por lo pronto, Teodorico venció a Odoacro con un gran ejército, reforzado por otras huestes germánicas, en el verano y el otoño, junto al río Isonzo y cerca de Verona, cuyo río, el Adige, vio obstruido su caudal por la masa de cadáveres de los guerreros. Después de ello, Milán le abrió sus puertas, probablemente bajo la influencia del obispo local, Lorenzo, quien desde el comienzo de la guerra apostó por Teodorico, el más fuerte (convirtiéndose bajo su reinado, tal vez, en el prelado más poderoso de Italia. También el obispo de Ticino-Pavía hizo una visita de presentación al ámalo en Milán). El 11 de agosto de 490 tuvo lugar una dura batalla junto al Adda, en la que Teodorico, apoyado por el rey visigodo Alarico II, obtuvo una tercera victoria a pesar de sufrir grandes pérdidas. Como en ocasiones anteriores, el desesperado Odoacro se retiró a Ravena, su última plaza fuerte. Los godos lo cercaron y sometieron a un asedio

de dos años y medio a la ciudad, casi inaccesible a causa de las lagunas, pantanos y terraplenes; una de las fortalezas más fuertes, casi inexpugnable, de aquel entonces: fue la «Batalla de los Cuervos», de que habla la saga. Ni los atacantes podían avanzar, ni los defensores hallar un respiro a causa de la merma continua de sus filas. Pero el agresor pudo bloquear Ravena por mar, a partir del verano de 492, cuando se procuró barcos en Ariminio. El 25 de febrero de 493, el arzobispo Juan de Ravena medió hasta conseguir un tratado según el cual ambos reyes ejercerían su dominación sobre una Italia dividida en partes. El 26 de febrero, los portones de Clasis se abrieron a Teodorico. El 5 de marzo, el arzobispo lo condujo a Ravena en solemne procesión, entre cruces, penachos de humo y cánticos de salmos. Sin embargo, días más tarde, Teodorico invitó a Odoacro a reunirse con él en el palacio imperial de Lauretanum y, ante las vacilaciones de los asesinos comisionados al efecto, abatió con su propia espada -y quebrantando su juramento- a su socio germano, sexagenario e indefenso: un cristiano amano a otro cristiano amano. «¿Dónde está Dios?», dijo Odoacro cuando el primer golpe de espada le hirió en la clavícula. Y Teodorico, al ver como su segundo golpe partía en dos a Odoacro hasta casi la mitad de su cuerpo dijo: «Este engendro no tiene ni un hueso en el cuerpo». A continuación aniquiló a la familia de Odoacro. Al hermano lo atravesó de un flechazo en una iglesia. A su hijo Thela lo hizo deportar primero y ejecutar después. A su mujer Sunigilda la condenó a morir de hambre. Aparte de ello, las tropas de Odoacro, juntamente con sus familiares, fueron totalmente exterminadas a lo largo y lo ancho de Italia por orden del ámalo.[55]

¡Teodorico el Grande!

Ahora era señor único de Italia, si bien bajo la superior soberanía del emperador de Oriente. Y este sanguinario vencedor, alumno aventajado del arte cristiano de matar, organizador de una masacre que recuerda vivamente al espantoso baño de sangre tras la muerte de Constantino, quien como soberano amaba perlas de la retórica pía como *«píetas riostra», «providentia nostra»,* etc. y se sentía plenamente como rey por la gracia de Dios. Era también el caso de Constancio II, «el primer representante de los ungidos por la gracia de Dios» (Seeck) quien, pese a la extensa degollina practicada previamente entre sus parientes, se sentía como soberano especialmente enviado por Dios hasta el punto de poder declarar: «Queremos que en todo momento se nos celebre por nuestra fe [...]». Teodorico, el rey germánico por la gracia de Dios, decía ahora por su parte: «Con la asistencia divina, todo cuanto deseamos se someterá a nuestra voluntad». O bien: «Reinamos con la ayuda de Dios». Por todas partes ordenó el sostenimiento de las iglesias amanas y él mismo erigió en Ravena un templo a san Martín, al lado mismo de su residencia, y reconstruyó la *Basílica Herculis.* Lo cual no es óbice para que fuese, al menos entonces (y

por lo tanto en términos absolutos) «ladrón y asesino» y por cierto uno de «rango máximo» (De Ferdinandy).[56]

Los godos de su tiempo eran *«foederati»* y no ciudadanos romanos. Sólo ellos, sin embargo, podían ser soldados. A los romanos se les vetó el servicio militar, a excepción de algunas tribus belicosas de las regiones fronterizas. Pero al igual que en el caso de los católicos romanos, tampoco los arríanos hallaban en el cristianismo un impedimento para la guerra. Al contrario: las prescripciones eclesiásticas se tomaban, al parecer, muy en serio y Teodorico mismo se preparaba antes de cada acción militar con oraciones y penitencias. En su orden de movilización para su campaña en las Gallas podía leerse: «Más que persuadirlos al combate, a los godos les basta simplemente con que se lo anuncien, pues una estirpe belicosa halla su placer *(gaudium)* en ponerse a prueba en aquél». (También Gundobad, el piadoso rey de los borgoñones, cuyos príncipes eran muy adictos a Roma, había aprovechado el conflicto en que se desangraban los cristianos germánicos para emprender una expedición de pillaje a Liguria, de donde se trajo muchos prisioneros.)[57]

Inmediatamente después de la victoria de Teodorico, buena parte de Italia del sur y del centro -y con mayor razón aún Roma, que ya había cerrado sus puertas a un Odoacro, cuya estrella declinaba- y hasta la misma Sicilia se declararon en favor de este rey, cuyo Imperio ostrogodo se extendía desde Hungría y las antiguas provincias romanas al norte de los Alpes hasta el sur de las Gallas, Imperio que duraría, no obstante, tan sólo sesenta años hasta ser definitivamente aniquilado, en 553, en la batalla del Vesubio (véase capítulo siguiente).

Pertenecían a los territorios de asentamiento gótico, en sentido más estricto, Samnio, Piceno, Tuscia del Norte, Emilia, Venecia y, de modo especial, las tierra al norte del Po. De forma más dispersa, los godos se establecieron en Dalmacia, Istria, Savia y Panonia. En la política exterior, Teodorico consiguió una posición dirigente gracias a sus alianzas con todos los Estados germánicos. Se casó con la hermana del merovingio Clodoveo, entregó en matrimonio sus hijas a los reyes visigodos y vándalos y su nieta al rey de los turingios.[58]

La colaboración con la potencia «herética» de ocupación

Cuando el ámalo irrumpió en Italia persistía, desde el *Henotikon*, el cisma entre este y oeste, es decir la enemistad entre Constantinopla y el papa. Ello encajaba perfectamente en los planes del godo, quien pensaba en primera línea en su propia influencia en Roma y menos en la del emperador. De hecho, la misma Constantinopla atribuía las dificultades

para entenderse con Teodorico a la escisión eclesiástica. Movido, tal vez, menos por una tolerancia de principio que por cálculo político, el ámalo practicó una política amistosa para con los católicos. De todos modos, los soberanos arríanos, tanto los visigodos como, y de modo especial, los ostrogodos, eran bastante transigentes, exentos de cualquier prurito de convertir a los demás. Los romanos no fueron forzados a la conversión. Ellos mismos alabaron la magnanimidad de los godos, que, ciertamente, no era resultado del arrianismo, sino herencia germánica como lo indicaba este proverbio: si se ha de pasar entre un altar pagano y una iglesia, no hay mal alguno en mostrar veneración por ambos lados. El clero amano, que sólo vivía en celibato a partir del grado de obispo y no ofrecía cabida al monacato, no intentaba ganar ningún ascendiente sobre el propio gobierno ni activar la misión entre los vecinos católicos. Nadie podía reprochar al mismo rey el haber hecho nunca amano a un católico, ni el haber perseguido a un solo obispo. Su madre, Hereleva, se hizo católica siendo bautizada con el nombre de Eusebia. El papa Gelasio estaba en contacto con ella, pero no quería por su parte que los obispos viajaran a la corte real sin su *placel.* En Roma, donde Teodorico apareció por vez primera el año 500 siendo recibido por el pueblo, el senado y por el papa al frente de sus sacerdotes, acudió primero -300 años antes que Carlomagno- a la basílica de San Pedro a rezar «con gran devoción y como un católico» ante la (supuesta) tumba del apóstol, a quien donó dos candelabros de plata que pesaban setenta libras. También con los judíos fue tolerante, como lo había sido Odoacro. «Por respeto a la civilización -decía- no debe privarse de los beneficios de la justicia a aquellos que persisten en los errores de fe.» O bien: «No podemos imponer una fe por decreto, pues nadie puede ser forzado a creer contra su voluntad». En varias ocasiones defendió a los judíos contra el clero de Roma, donde el año 521 la sinagoga judía, tres siglos más antigua que San Pedro o el Laterano, fue reducida a cenizas por los católicos. Todo indica que fue un acto de venganza por el castigo de algunos cristianos que mataron violentamente a sus señores judíos. Desde luego, los romanos ya habían devastado la sinagoga en numerosas ocasiones y por última vez la habían quemado reinando Teodosio. También en Ravena incendiaron los cristianos una sinagoga. Y fueron también católicos quienes en esa ciudad arrancaron el cadáver de Teodorico de su tumba para ultrajarlo. Eso sí, para los paganos practicantes, el godo mantuvo en vigor la pena de muerte en seguimiento del derecho penal de los emperadores Marciano y Valentiniano.[59]

Como rey de Italia, Teodorico ejerció su jurisdicción sobre la Iglesia, no sólo el derecho de supervisión general, sino también la judicatura civil y criminal. También los papas, que sacaron provecho de su reinado aumentando aún más su propia influencia le reconocieron como regente legítimo. Cuando menos se vieron forzados «a mostrar ante el todopode-

roso arriano la máscara de sentimientos amistosos, aunque ello contribuyese, quizás, a acrecentar su odio interno» (Davidsohn). Pues eran precisamente los católicos italianos los que nunca se avinieron a la idea de que sus dominadores, los godos, fuesen herejes.

Con todo, los papas, que por lo demás habían combatido el arrianismo hasta su exterminio, nunca se insubordinaron a la sazón contra el arrianismo, estando ellos mismos, como era el caso, bajo el dominio de los arríanos. Tampoco a Gelasio, el papa más relevante del siglo, después de León, le paso por la mente el propósito de predicar contra el poder «herético» de los ocupantes. En casi toda Italia había obispos arríanos ejerciendo sus cargos junto a los católicos. Al igual que en Ravena, también en Roma había iglesias amanas y ningún paladín de la fe católica osó tocarlas: ¡lo que podían, en cambio, eso sí, era incendiar sinagogas! ¡Pues los judíos no eran quienes gobernaban! ¡No dependían de ellos! Obispos católicos tan prestigiosos como Epifanio de Pavía y Lorenzo de Milán eran estrechos colaboradores del ámalo. Y el mismo Gelasio contactaba con el «poderoso Señor» mediante cartas donde se le mostraba más bien como devoto suyo. Es más, en un pleito (relativo a cuestiones financieras) con el conde gótico Teya, un hombre que, como el papa escribía, «pertenecía, sin duda, a la otra comunidad», se permitía amenazar a aquél aludiendo a su propio «hijo, el rey mi Señor [...] pues como, en su sabiduría, no quiere oponerse en nada a los asuntos eclesiásticos, es justo que quien viva bajo su mandato imite el ejemplo del poderoso Señor para no suscitar la apariencia de que obra contra su voluntad». De igual modo, Gelasio, pese a su feroz polémica contra la Iglesia opositoria del este y contra Acacio, trataba delicadamente al emperador, encareciéndole, incluso, que «tampoco» su predecesor Félix III había «ofendido en lo más mínimo» el nombre del emperador. Y él, por su parte, celebraba «cuan grande era el pío celo que su clemente majestad mostraba en su vida privada».[60]

En Oriente, entretanto, no sólo había muerto, en noviembre de 489, Acacio, cuya sede fue ocupada por Fravita durante tan sólo cuatro meses -él mismo murió en marzo siguiente- sino también Zenón, en abril de 491. El papa Félix, fenecido en febrero del año 492, había solicitado últimamente su favor, pero de un modo frío, por así decir -sin ser correspondido-, presentándolo como víctima de su inepto patriarca. Ariadna, la imperial viuda, se alió ahora con un funcionario de la corte entrado en años, que se había encumbrado bajo Zenón y había sido tres años antes, tras la muerte de Pedro Fullo, pretendiente a la sede patriarcal de Antioquía. Ahora se convirtió en emperador: Anastasio I (491-518).[61]

El emperador Anastasio y el papa Gelasio bajan a la palestra

Anastasio, a quien el patriarca de Constantinopla, Eufemio, inculcó expresamente su obligación de dar soporte a la ortodoxia, a la profesión de fe de Calcedonia, al ser elegido emperador, comenzó bien pronto a defender el *Henotikon* de Zenón. Personalmente muy piadoso, según reconocía incluso el nuevo papa Gelasio, favoreció a Severo de Antioquía (512-518), posterior patriarca de los monofisitas y hombre de gran cultura y no menos éxito. Un «hombre genial» (Bacht, S. J.), quien del año 508 a 511 fue huésped de la corte imperial. Poco a poco, el Imperator se inclinó hacia los monofisitas hasta ponerse, incluso, totalmente de su parte. Ya antes de su elevación al trono había predicado ocasionalmente en favor de aquéllos y estaba realmente en boca de todos como sucesor de P. Fullo. Pero esta parcialidad del soberano hacia los monofisitas empujó a los católicos a la rebelión, sobre todo a los del Asia Menor y a los de los Balcanes, tanto más cuanto que Anastasio I aplicaba también una rigurosa política fiscal. Sus medidas al respecto merecieron juicios muy diversos, especialmente positivos por parte de Prokopio y del estudioso Juan Lido. El monarca pudo, cuando menos, consolidar la situación monetaria y sanear las finanzas del Estado renovando a fondo el sistema fiscal y gracias a una administración austera y todavía relativamente humana. Fue incluso el único de los emperadores romanos tardíos que suprimió un impuesto que gravaba a las ciudades, el *chrisargyron*, un impuesto en oro, lo cual favoreció a las clases más pobres. Al morir no dejó deudas y sí, en cambio, 320.000 libras de oro para el fisco. Ergo, desde una perspectiva católica: «La codicia de oro y la herejía mancharon su reinado y su nombre» (Wetzer/WeIte). El emperador Anastasio no erigió tampoco edificios suntuosos, como hizo más de un papa, y sí en cambio instalaciones portuarias, acueductos y obras semejantes, a la par que adoptaba enérgicas medidas en previsión de las hambrunas. Y, finalmente, bajo su reinado no se efectuaron jamás «persecuciones tan devastadoras como las desencadenadas por Justino y Justiniano tras la abolición del *Henotikon* [...], y cuando juzgó necesario deponer a un obispo, exigió estrictamente que no se derramara sangre» (Schwartz). Consecuentemente, hasta un enemigo teológico lo consideró como «Anastasio, el buen emperador, el amigo ,de los monjes y protector de los pobres y de los desdichados».[62]

Pero no todos gozaron de su protección.

Por lo pronto, Anastasio, «limpió» la corte de compatriotas isaurios de su antecesor, cuya familia en pleno puso tierra de por medio. La misma Isauria se vio afectada durante años por una guerra limitada. Todos los enemigos fueron abatidos o hechos prisioneros y amplios sectores de

la población deportados a Tracia. Lo que en realidad caracteriza a este gobierno son, con todo, las guerras defensivas contra los persas, el viejo «enemigo secular», y contra los búlgaros, descendientes residuales de los hunos, quienes, reforzados por otras tribus asiáticas se convirtieron en un nuevo «enemigo secular». Ha de consignarse, sin embargo, que este emperador, en craso contraste con sus sucesores católicos «evitó, por principio, las guerras de agresión» (Rubín).[63]

Por lo demás, Anastasio hizo causa común con los monofisitas. El patriarca de la corte, Eufemio (490-496), sirio y, doctrinalmente, calcedonio riguroso, recelaba desde un principio del futuro emperador. Conocía sus prédicas de seglar, de modo que antes de su coronación hizo que asegurase bajo juramento que «salvaguardaría la integridad de la fe y no introduciría novedades en la Santa Iglesia de Dios». El patriarca depositó en su archivo el texto de la *«homología»*. Era manifiesto que el patriarca se inclinaba más hacia Roma -donde ni Félix III ni Gelasio I se mostraron, sin embargo, muy deferentes con él- que hacia su perjuro soberano. El obispo de la corte logró escapar a varios atentados y también, al parecer, establecer contacto con los rebeldes isaurios, contra quienes combatía Anastasio desde su elevación. Este último hizo que un sínodo constantinopolitano depusiera y expulsara, el año 496, a Eufemio por alta traición, siendo deportado a Euchaíta. A su sucesor Macedonio (496-511) se le tomó juramento de fidelidad al *Henotikon.* De ese modo, el monarca provocó la resistencia, aún más rabiosa, de los católicos, estando varias veces a punto de perder su trono. Ahora bien, en relación con todo ello entraban en juego no sólo motivaciones religiosas, sino también de índole económico-política, que suelen ir a menudo de la mano de aquellas.[64]

A finales de febrero de 492 murió en Roma el papa Félix III. Gelasio I (492-496) se convirtió, ya el 1 de marzo, en su sucesor. Como cancelario de la curia había redactado ya cartas de Félix y obtenido considerable ascendiente, y aunque su pontificado duró pocos años imprimió a éstos un carácter inconfundible, de fuerte impronta, pues era enormemente pugnaz, lleno de ímpetu, de sagacidad dialéctica y de intransigencia. Aficionado a cierta ironía sarcástica, propendía también en su correspondencia a la ampulosidad, a la verborrea, a periodos enrevesados, a frases largas como una solitaria y a recursos estilísticos puramente retóricos. De todo ello resultaba, sin embargo, en conjunto una hábil mezcla literaria de jurisprudencia romana y sentencias bíblicas. Rara vez se olvidó al respecto de amenazar con el juicio divino. En una palabra: este pontífice estaba predestinado, diplomática y jurídicamente para este cargo y no sólo tuvo enorme relevancia política, sino que desde hacía un cuarto de milenio, desde Novaciano, el primer papa con una formación teológica efectiva. El *romanus natus*, como se llamaba a sí mismo, aunque todo indica que nació en el norte de África, no se arredraba ni ante la argucia, ni ante la

cruda mentira: tal su afirmación de que sólo Roma había decretado el Concilio de Calcedonia para rendir servicio a la verdad. O bien la de que desde la época de Cristo ni un sólo emperador se arrogó el título de sumo sacerdote. De la jerarquía de los patriarcas derivaba él además un poder judicial, cuestionando a Constantinopla todas las prerrogativas aceptadas entretanto por el Imperio y por la Iglesia. Aparte de ello, tomó partido contra Odoacro, forzado a la defensiva, y en favor del más fuerte, Teodorico, y supo sacar partido a su situación, entre un emperador semiparalizado por las querellas intestinas, las incursiones de los germanos y los hunos, y el rey, que le daba su apoyo, para elevar sus exigencias de poder hasta un nivel que sólo se volvió a alcanzar más de tres siglos después.[65]

Los papas sabían, naturalmente, lo que debían a los creyentes y a la Biblia y por ello tampoco Gelasio desperdiciaba ocasión para encarecer que él mismo no era digno de su cargo, que era él «el más insignificante de los hombres» *(sum omnium hominum minimus).* Por otra parte, sin embargo, y pese a toda esa indignidad, sólo sobre él gravitaba el «cuidado» de toda la cristiandad. Y ese cuidado, según Gelasio, abarcaba todo cuanto afectaba a los creyentes, a toda su vida, pública y privada en este mundo.[66]

Gelasio citaba a menudo las supuestas palabras de Jesús en Mt 16, 18. Insistía repetidamente en la petrinidad de la sede romana, pues era la sede de San Pedro la que legitimaba y confirmaba a las restantes. Y en el sínodo de marzo de 495, que readmitió al legado Miseno, se hizo aplaudir modestamente, pese a su confesada indignidad, por los asistentes a la asamblea: 45 obispos y 58 presbíteros a los que hay que sumar algunos diáconos y representantes de la nobleza. No menos de once veces lo aclamaron así los sinodales: «Vemos en tí al Vicario de Cristo», «Vemos en ti al apóstol Pedro», siendo ésta la primera vez que se contemplaba a un papa como Vicario de Cristo y se le declaraba por tal públicamente.[67]

Gelasio, «el más insignificante de todos los hombres» no se cansaba de trompetear satisfecho por todo Oriente proclamando la primacía de su propia potestad, su propio rango, su propio poder; o por mejor decir, no sólo por Oriente, sino por todo aquel mundo, en el que él era el primero. Pues lo más sublime y lo primero es lo divino, es Dios, *«summus et verus imperator»*. Que sea lo divino es algo que decide Roma, la «primera sede de Pedro, santo entre los santos», «la sede angélica». Ella es el custodio y sancionador de las verdades de fe. Sólo lo que ella reconoce tiene también validez. Es ella la que legitima, en virtud de la potestad de que sólo ella está revestida, cualquier sínodo. Gelasio fue el primer papa que adjuntó sus propias decretales y las de sus predecesores a los estatutos sinodales, concediéndoles por lo tanto la misma importancia que a los cánones de los sínodos. Algo que Oriente no ha reconocido jamás. Pese a ello, Gelasio se sentía superior a todos. Es más, declaró que esta sede podía

convertir «en lo contrario» cualquier decreto conciliar. Desde luego, semejantes afirmaciones no tenían el menor apoyo histórico; eran, sin más, falsas. Sin embargo, respondían a la temible tendencia y, si se quiere, a la lógica inmanente al afán de poder papal, iniciada en época muy anterior a Gelasio y ya señalizada por el concepto de *gubemare,* de la *gubernatio,* concepto que aparece de continuo en los escritos curiales del siglo v. Afán de poder eufemísticamente designado como conciencia de su cargo y que Gelasio llevó a una primera culminación, hasta el punto de que más de una vez consideró ultraje hecho a Dios el que se desatendieran o desestimasen sus pretensiones papales. Este hombre revolvió cielo y tierra para acentuar la preemeninencia de Roma (y consecuentemente la propia) ante todo lo demás. «No podemos silenciar lo que todo el orbe sabe, a saber, que la sede de San Pedro tiene potestad para desatar cualquier cosa que hubiese sido atada por la decisión de no importa qué obispo y que (esta sede) tiene potestad para someter a juicio a cualquier iglesia, mientras que nadie puede constituirse en juez de ella. Los decretos han establecido que se puede apelar a ella desde cualquier parte del mundo, pero que no se podrá interponer recurso contra ella (acudiendo a otra instancia)»: pasaje que halló cabida en muchas colecciones de derecho canónico.[68]

La teoría de los dos poderes, o el Estado como esbirro de la Iglesia

Aunque Gelasio, una vez papa, escribió una sola vez al emperador, sus campañas epistolares, ambiciosas o, más bien, temerarias, iban en buena medida dirigidas contra él, a quien el *Henotikon* involucraba directamente en el cisma eclesiástico. Y si bien el romano no cuestionaba el hecho de que el emperador sobrepujaba por su dignidad a todo el género humano, ante él (el papa), que en esto enlazaba con las ambiciones ambrosianas (véase vol. 2) -las «coronaba»-, aquél no era más que un «hijo» *(filíus).* En cuanto tal no estaba legitimado, se pretendía, para juzgar a los hombres de Iglesia. Pues él (el emperador) no era su cabeza, sino que tenía el derecho y el deber -y en ello le iba la salud de su alma- de servir a los intereses de la Iglesia, persiguiendo y castigando todo cuanto suscite disturbios en el Estado y en la Iglesia, o provoque cismas y «herejías». A saber, si el poder de la Iglesia fuese escaso o nulo, entonces debe el Estado obrar en su lugar: ¡su potestad soberana! En una palabra, el emperador ha de ejecutar las órdenes de aquella sede escogida por Dios para mandar sobre todos los obispos. El emperador es el siervo de Dios, el *Minister Dei.*[69]

Era inevitable que aquel exorbitante crecimiento del poder de la *Ca-*

tholica la convirtiese no sólo en opositora, sino también en rival y enemiga del Estado apenas intentase este último recortar las pretensiones de aquélla, pretensiones cada vez mayores, más descaradas, dispuestas a cualquier falsificación (¡llamadas desde siempre, y también en el siglo xx, «Derechos de Dios»!): pues siempre, hasta en nuestros días, se escuda en la sentencia de que hay que obedecer antes a Dios que a los hombres. Léase: al clero por encima de todo.

«Así como el alma sobrepuja al cuerpo y el cielo a la Tierra, también el poder espiritual al temporal», aleccionaba ya J. Crisóstomo. «El reino del emperador abarca la Tierra y las cosas terrenas. El nuestro las almas y la cura de las mismas. En la misma medida en que el alma se eleva por encima de todo lo terrenal, también nuestro reino se eleva por encima de aquél del emperador». También Ambrosio, a raíz de su enfrentamiento con el emperador Tedosio había establecido la preeminencia del concepto «religión» respecto al de «orden» estatal. Es más, ya entonces emitió abiertamente la osada afirmación respecto al «valor claramente inferior» de la «gloria real» comparada con la «dignidad del obispo», usando el símil, no precisamente modesto, del plomo comparado con el oro.[70]

Los príncipes de la Iglesia gustaban de remitirse a tan solemnes sentencias en situaciones conflictivas.

En años anteriores, el patriarca de Antioquía, Calandio, y el de Alejandría, Juan I Talaia, habían sido depuestos por la justicia criminal del emperador. El primero por alta traición (en 485) y el segundo por perjurio. Ahora el papa Gelasio reivindicaba -¡vieja tentativa obispal, por lo demás!- el *prívilegium fori.* El emperador no estaba legitimado, según ello, para hacer de juez del clero, pues el alumno no puede estar por encima del maestro. Las leyes, tanto las humanas como las divinas, según Gelasio, prescribían «que las sentencias sobre los obispos emanasen de un sínodo obispal» y ello aun en el caso de que «su transgresión fuese de índole terrenal».[71]

¿A qué leyes humanas aludía aquí el papa? ¿A la constitución de Constantino del año 355 ? Pero ésta mostró no ser buena en la práctica y hubo de ser abolida poco después. ¡Valentiniano III, en cambio, sometió también a los obispos a tribunales civiles en asuntos criminales el 15 de abril de 452! Pero con su reivindicación de una jurisdicción espiritual especial, léase: con la «subordinación» de la justicia criminal estatal bajo un tribunal de arbitraje eclesiástico, el papa Gelasio establecía un nuevo postulado lanzando un ataque de osada desfachatez contra el derecho público para arrebatar al emperador uno de los principios constitucionales básicos del ordenamiento jurídico antiguo y ello en beneficio de la Iglesia.[72]

Pero la cosa iba aún más lejos. Este papa, que ignoraba la realidad a la manera en que la ignora un sonámbulo; que negaba el pasado poniendo la historia cabeza abajo; que designaba al emperador no como vértice

de la Iglesia, sino como «hijo», como «defensor», «custodio», «patrono» de la Catholica *(fidei cusios et defensor ortodoxiae),* fórmulas ya usadas por su predecesor Félix III, este papa, insistimos, afirmó (en 495) no sólo que «Toda la Iglesia del orbe sabe que la sede de San Pedro tiene potestad para desatar cualquier cosa atada por no importa qué sentencias obispales», sino que estableció además esta tesis tremebunda: en las «cuestiones celestiales» el emperador debe subordinarse a los obispos, aprender de ellos y no instruirlos él, no dominar, sino obedecer. Debe inclinar la cerviz por mandato divino. Literalmente: «Dos son, pues *(quippe),* las cosas por las que en primera línea se rige este mundo, excelso emperador:
la sagrada autoridad de los obispos *(auctoritas sacrata pontificum)* y la potestad real *(regalis potestas).* De estas dos cosas, el peso de los obispos es tanto más considerable, cuanto que serán ellos quienes darán cuenta ante el juicio divino acerca de los reyes de los hombres. Pues tú, dilectísimo hijo, sabes que, aunque estés por encima del género humano en cuanto a la dignidad, inclinas, sin embargo, tu cerviz piadosamente antes tus superiores en cuestiones divinas *(praesulibus)* esperando de ellos los medios de tu salvación».[73]

Este texto acerca de la «doctrina de los dos poderes», que aquí se establece por vez primera, convertida en fundamento del derecho canónico medieval y en factor de relevancia histérico-universal, fue probablemente el más citado a lo largo de un milenio con ocasión de cualquier declaración papal. Devino un tópico clásico pese a no ser otra cosa que una fanfarronada urdida prácticamente a partir de las ficciones de los antecesores de Gelasio. Éste apostaba con ello no ya por una doctrina que equiparaba los derechos de los dos poderes. Lo que pretendía, más bien, es superponer la potestad episcopal a la imperial y osaba al respecto pronunciar amenazas soterradas: «¡Pues es mejor que escuchéis en esta vida lo que yo reclamo de Vos que tener que oír ante el juicio de Dios cómo os acuso! [...] ¿Con qué descaro podríais en su momento rogar la eterna recompensa de Aquel a quien aquí abajo habéis perseguido sin trabas?».[74]

Con todo, estas y otras inauditas insolencias de Gelasio: como la de que el sucesor de Pedro es el primero en la Iglesia y preeminente respecto a todos los demás; que él puede juzgar irrestrictamente en ella y que nadie en este mundo puede sustraerse a su sentencia ni tampoco impugnarla, todo ello era aún teoría, muy alejada de la realidad y, curiosamente, sólo la hacía posible la protección del dominio «herético» de los ostrogodos. Es cierto que el *Manual de la Historia de la Iglesia* pone esto en cuestión y nos presenta, incluso, al papa como una especie de paladín de la resistencia, pero, naturalmente, frente a un Odoacro ya en declive. Pero hasta para ese manual «se evidencia cada vez más que para Roma el núcleo escabroso de aquel asunto no tenía que ver con la cuestión calcedoniana, sino con el primado de Constantinopla» .

Y no era, claro está, «la sed de poder» la que hablaba por boca de este campeón de la supremacía papal, sino tan sólo «el sentimiento de su alta responsabilidad ante el juicio de Dios [...]» (Hofmann), juicio con el que Gelasio se complacía justamente amenazar y con el que todos ellos amenazan una y otra vez...[75]

El papa Gelasio en lucha contra la «pestilencia» de los cismáticos, «heréticos» y paganos

La constante lucha contra cismáticos y «herejes», reflejada a menudo en las aproximadamente sesenta epístolas o, en su caso, decretales de este papa y asimismo en sus seis tratados teológicos, cuatro, nada menos, contra los monofisitas, sólo estaban, naturalmente, «al servicio de Dios» y de nada más.

A los cismáticos «griegos», expresión cada vez más repetida, que marcaba bien las recíprocas distancias, les reprochaba Gelasio una y otra vez su obstinación y sus extravíos. Él sabía bien que «aquellos errores no se le perdonarían ni a los muertos». Con todo, nunca atacaba directamente el *Henotikon* -ni siquiera lo mencionaba- sino las consecuencias de política personal de él resultante. Lo que estaba primordialmente en juego no era la doctrina, sino siempre las personas, las sedes y el poder. Gelasio colmaba a estos «griegos» con acusaciones, reconvenciones, escarnio y mofa. Se finge admirado -gusta usar de las expresiones *«miramur», «valde miran sumus»* para iniciar sus cartas- lo cual entraña siempre en él algo peligroso. Constantinopla, la capital del Imperio -afirma Gelasio- «no cuenta siquiera entre las (grandes) sedes». No tiene siquiera la posición metropolitana. Su sede patriarcal -que de hecho era la primera en todo Oriente y equiparada a la de Roma por el canon 28 de Calcedonia- no tiene rango ni cabida entre las sedes, *«nullum nomen»*. El patriarca no tiene en absoluto potestad pontificial para revisar sentencias de la «sede apostólica», única que decide acerca de la verdad, tan reprobablemente despreciada por Acacio y sus seguidores. En una palabra, «todos» los escritos del papa tenían el mismo objetivo: «Situar en la ilegalidad a los obispos orientales» (Ullmann).[76]

Gelasio provocó desde un principio al patriarca Eufemio de Constantinopla, y no se dignó siquiera comunicarle su toma de posesión. Éste, en cambio, le envió sus parabienes. (Acusado pocos años después de alta traición, Eufemio fue depuesto y desterrado.) Gelasio no pensó ni por un momento -su *responsum* es claro al respecto- en informar a un subordinado desde la altura de «la primera sede de la cristiandad». Llevando al extremo su propia arrogancia, reprocha a Eufemio el ser sumamente *«arrogans»*, le reprocha también prevaricación, debilidad; lo achanta con

su habilidad dialéctica, con su corrosivo sarcasmo, con su altanería: «Os veis precipitados desde lo alto de la comunidad católica y apostólica en otra herética y condenada. Lo sabéis y no lo negáis [...] y nos invitáis a condescender *(condescenderé)* con Vos, desde nuestra altura a esa bajeza [...]». Y acaba con una velada amenaza: «Nos veremos, y tanto que nos veremos, hermano Eufemio ante aquel tribunal de Cristo que inspira temor y temblor» *(pavendum tribunal Chrísti).* Pues las amenazas con el juicio final, con «el juicio del Juez y Rey eterno» menudean en los textos de Gelasio.[77]

También se dirigió a menudo contra Acacio, contra el «crimen» del patriarca, contra la «pestilencia de Eutiques», contra el «eutiquianismo pestífero de Oriente», tildándolo simplemente de «maldad obstinada», de «vanas y malignas locuras», de «lamentable insidia», de «charlatanería». A este respecto, «eutiquianismo» significaba para él todo un revoltijo de «herejías», «todos los cómplices, partidarios y correligionarios de una iniquidad *(pravitas)* en su día condenada». Naturalmente, sus invectivas apuntaban también contra todos los disidentes de Occidente. Incluso el año 493, en el momento mismo en el que se libraban las batallas carniceras de Isonzo, de Verona, del Adda y en tomo a Ravena, e Italia se hallaba asolada por una guerra de cuatro años, el papa escribe a los obispos italianos del Piceno, una zona del Adriático próxima a la actual Ancona que ¡la devastación de su tierra por los «bárbaros» le duele menos que su transigencia frente a las seducciones diabólicas de los «herejes»! Del mismo modo se revolvía contra la otra vez emergente agitación de los pelagianos en Dalmacia, en la que no veía otra cosa que una pestilente charca. Al obispo Séneca, por él excomulgado, lo motejó de «rana que se precipita ignorante en las aguas fecales del pantano pelagiano», de «cadáver indigno y mosca muerta». Expulsó de Roma a los maniqueos e hizo quemar sus libros ante la puerta de la basílica de Santa María (Mayor). Conducta, que el jesuíta H. Grisar loa como muy similar «a la seguida por León "Magno"».[78]

Siguiendo la vieja tradición romana, Gelasio permaneció totalmente imperturbable ante las objeciones de los demás; se hizo sin más «el sordo» tratándolos con una actitud «completamente reprobatoria» (Caspar) y disculpándolas en cierta ocasión, con sarcasmo, como una «mezcolanza herética», incapaz «de distinguir lo verdadero de lo falso». La seguridad en su propia persona era tal ¡que no vacilaba en referir a sí mismo las sentencias de Cristo ni en compararse con éste![79] Pero hasta en el siglo xix, Pío IX, proclamador de la infalibilidad papal -a quien por lo demás hasta algunos estudiosos católicos, y también algunos obispos y diplomáticos, tenían por tonto, por loco-, citó refiriéndolas a su persona las palabras de Cristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida [...]». El mismo papa, en todo caso, que se apuntó una curación milagrosa frustrada

cuando, en 1870 conminó a un tullido con las palabras de «¡Levántate y anda!».[80]

Fue también Gelasio quien eliminó la última de las fiestas paganas, cuya celebración pública aún se toleraba, la fiesta de las lupercalias, una especie de carnaval, aunque más procaz, licenciosa y escandalosa, limitada a las mujeres. Era una de las fiestas más antiguas de la religión romana, la más antigua de la ciudad y dedicada al dios Luperkus, el Pan ahuyentador de los lobos. Introducida, según opinión tradicional, a causa de la esterilidad femenina, tenía en todo caso una fuerza purificadera y conjuradora de desdichas. Se admite que *«un petít groupe de chrétiens dissídents»* (Pomares) parecía interesarse por ella. En realidad, tampoco la generalidad de los cristianos querían renunciar a esa fiesta, pero Gelasio inculcó a sus ovejitas que no era posible participar en el banquete del Señor y en el del diablo, ni beber de su cáliz y del del diablo. Predicaba también contra la magia pagana y contra las costumbres impías y prohibía las diversiones. De modo que la Iglesia convirtió la fiesta de purificación de las lupercalias en la Fiesta de la Candelaria o de la Purificación de María, que originalmente se conmemoraba el 14 y, más tarde, incluso en nuestros días, el 2 de febrero.[81]

Aunque el papa Gelasio proclamaba que la condena de Arrio incluía indefectiblemente la de todos los arríanos y de todo el que estuviera contaminado por esa peste, no quería plantar cara a los godos, los ocupantes y, de hecho, auténticos dueños del poder, como lo hacía con los «griegos»: algo tan notable que no está mal que lo hagamos constar nuevamente. Y, sin embargo, los «griegos» eran tan sólo «cismáticos», pero católicos. Los godos eran «herejes»... ¡y además bárbaros! Sus templos cristianos y su clero estaban ampliamente implantados. El papa los tenía enfrente por doquier ¡En la misma Roma había un obispo amano e iglesias amanas al lado mismo de la residencia papal! Pero Gelasio no hizo nada contra los godos, ni como cancelario ni como papa. Mientras que a los demás «herejes», a los paganos y a los cismáticos orientales los trataba haciendo gala de rudeza e infamia, con una pugnacidad y un denuedo nada usuales, dejó en paz a los godos, señores del poder. Es más, no sólo era capaz de usar para el rey «hereje» un tratamiento con el predicado del máximo funcionario del imperio, «Vuestra Magnificencia», sino que -algo que apenas tenía nada que ver con el ceremonial cortesano- le atribuía piadosos sentimientos cristianos. Era evidente que Gelasio, que por lo demás atacaba furiosamente a todos cuantos discrepaban de su fe, se dominaba *porque él mismo era aquí el dominado',* porque su confesión era minoritaria en Occidente. Los germanos arríanos regían, en efecto, casi en todo él. No sólo estaban en Italia sino en casi todos los países de alrededor: en el norte los burgundios, en el sur de Francia y en España, los visigodos. En África, los vándalos. Ante eso, el tronitonante,

por no decir el bravucón, Gelasio se achicaba humildemente pues también para él regía el principio básico, clásico entre los católicos: cuando se es mayoría, contra la tolerancia; en otro caso, a favor de ella.[82]

Un papa pacifista no puede gozar de un largo pontificado

El papa Anastasio II (496-498), bajo cuyo pontificado tuvo lugar la conversión de Clodoveo, rey de los francos, suceso que hizo historia, parecía más o menos empeñado en, como él decía, «traer la paz a los pueblos». Ya en su primera carta al emperador Anastasio se expresa así: «El corazón de Vuestra Clemente Majestad es el sagrario del bienestar público». Escribe, incluso, que a él, al emperador «¡le ha ordenado Dios, como vicario suyo que es sobre la Tierra [¡] ejercer la presidencia!». Parece evidente que este papa quería negociar con su soberano el final del Cisma. Y realmente sus esfuerzos en pro de una conciliación con la Roma oriental llegaron tan lejos que una parte del clero se apartó de su lado constituyendo un partido que lanzó contra él la sospecha de la «herejía». Hasta el autor del oficial *Líber pontificalis,* cuya publicación se inició entonces, le acusa así: «Quería atraer en secreto a Acracio. No lo consiguió y murió por castigo divino» *(Voluit occulte revocare Acacium et non potuit; cui nutu divino percussus est).* Este juicio, recogido por el *Decretum Gratiani* y así mismo por la *Divina Commedia* de Dante, determinó la falsa imagen de este papa en la historia. Sin embargo, en 1982, el *Manual de la Historia de la Iglesia,* publicado con su correspondiente imprimatur, certifica en su favor que llevó a cabo «una política racional». Pero ya el 19 de noviembre de 498 se lo llevó de este mundo una muerte repentina, no pudiendo siquiera, como era usual, determinar la elección de su sucesor. Y a la sazón estalló de nuevo en Roma un pequeño cisma local. Una vez más luchaban entre sí dos papas, guerra civil que impidió durante años desarrollar cualquier política hacia Oriente. Lo que ahora estaba en juego era únicamente el poder en Roma, en «La sede apostólica»: una lucha sangrienta acompañada de todo un montón de falsificaciones fundamentales.[83]

El cisma laurentino con su acompañamiento de luchas callejeras y de batallas en las iglesias

El 22 de noviembre se convirtió en papa el archipresbítero Lorenzo. Su elección por parte de una minoría se consiguió ostensiblemente gracias al dinero de soborno entregado por el presidente del senado Festo, un

hombre del emperador; dinero venido de Constantinopla, pues, en agradecimiento a su elección. Lorenzo prometió firmar el *Henotikon*. El mismo día y también en San Pedro convertían asimismo en pontífice romano al diácono Símaco. Éste, que nació aún pagano en Cerdeña y no se bautizó sino más tarde, en Roma, tenía un carácter más vulnerable que Lorenzo y también sobornó por su parte, si bien mediante la suma bastante modesta y que, al parecer se embolsó Teodorico, de 400 *solidi* de oro. El obispo Lorenzo de Milán la había adelantado y el obispo Enodio de Pavía -un literato altamente apreciado en Oriente y en Occidente que en sus malos versos cantaba a Venus pero también al cristianismo primigenio y los Hechos de Pedro y Pablo (que debía además su encumbramiento a Lorenzo)- los avaló. Sus esfuerzos posteriores ante la corte papal para recuperarlos resultaron inútiles.[84]

La compra y venta de sedes obispales, la captación de votos mediente soborno -incluidas y muy especialmente las elecciones a papa-, la entrega del tesoro eclesiástico y de bienes inmuebles, todo ello no era ya nada infrecuente a finales del siglo v. Todo lo contrario: ya entonces, los obispados, en su mayoría, eran asignados no en base a los méritos sino a cambio de dinero, pues las sedes importantes recaían ya, generalmente, en los vastagos de la nobleza. Se daba frecuentemente el caso de que los compradores pagaban con posesiones de la diócesis que no les pertenecía aún, aunque el vendedor tenía ya la garantía de un documento de compra venta, de modo que el rey Alarico protestó enérgicamente en 532 por esta simonía ante el papa Juan II (el primero que cambió su nombre por llamarse Mercurio).[85]

La doble elección del año 498 dividió a Roma en dos partidos. Al cisma este-oeste vino a sumarse otro cisma, el romano o laurentino. Se produjeron luchas callejeras y batallas en las iglesias y poco después el mundo fue testigo de un extraño espectáculo: los dos papas dejaron la decisión en manos del Espíritu Santo, quien esta vez habló, incluso, por boca de un «hereje», el rey godo. Lorenzo era exponente de la fracción adicta al emperador y favorable, por lo tanto al *Henotikon.* Símaco era defensor del símbolo de Calcedonia y por ello mismo hostil al *Henotikon.* Teodorico estudió en Ravena el problema del Espíritu Santo y resolvió a favor de Símaco, ya que éste se metió en el bolsillo a la mayoría y él mismo, (Teodorico) el dinero de Símaco.[86]

El papa Símaco (498-514) no lo tuvo, por lo demás, muy fácil, ni siquiera tras su victoria. Cierto que en 499 pudo desplazar a su rival Lorenzo, por medio de amenazas y promesas, como obispo a Nocera, pero los partidos no desaparecieron y la contienda continuó tanto a nivel propagandístico como militar.

La oposición, la mayoría del senado, que, dirigida por el eximio Festo, se afanaba a toda costa por reconciliarse con Constantinopla, presentó

al rey en 501 un largo registro de pecados de Símaco que iba desde la gula (se le comparaba con la de Esaú) y la dilapidación de bienes eclesiásticos hasta las relaciones deshonestas con algunas mujercillas *(mulierculae),* siendo la más conocida una panadera romana que llevaba el extraño mote de «conditaria». Teodorico suspendió a Su deteriorada Santidad y, por lo pronto, le impuso trasladarse a Rímini. Pero como también allí, mientras Símaco paseaba desprevenidamente de mañana por la playa, apareciesen las conocidas *mulierculae,* éste se sustrajo ahora a sus deseos y se les escapó de las manos huyendo a Roma como una exhalación y con un solo acompañante.[87]

Privado de muchas iglesias y del palacio de Letrán, se mantuvo a salvo extramuros, en San Pedro, y allí inició la construcción de Episcopia, residencia obispal de la que paulatinamente fue surgiendo la posterior *re-r* sidencia papal, el Vaticano, lugar que ya era malfamado en la Antigüedad: *«infamibus vaticani locis»* (Tácito). Teodorico, sin embargo, que ya había designado entretanto al obispo de Altinum, Petrus, como visitador de la Iglesia, ordenó en 501 y de mutuo acuerdo con Símaco, que el caso de éste se tratase en un concilio panitálico en Roma. Con todo se atajó el intento de los acusadores de probar sus acusaciones mediante declaraciones de los esclavos del papa. El Santo Sínodo no permitió eso a los esclavos. Los tumultos aumentaron y la lucha se ampliaba continuamente. Finalmente, la mayoría de los sinodales se declaró incompetente y escribió así al rey: «Es asunto de su potestad soberana el velar por el restablecimiento de la Iglesia y por la pacificación de Roma y las provincias siguiendo los divinos consejos. Por ellos rogamos que, como pío soberano, vengáis en socorro de nuestra debilidad e impotencia, pues la simplicidad sacerdotal no puede medirse con la astucia del mundo y no podemos soportar por más tiempo los peligros que amenazan en Roma a nuestros cuerpos y a nuestras vidas. Permitidnos más bien volver a nuestras respectivas iglesias mediante un precepto vuestro que todos anhelamos vivamente».

Documento bien penoso. El «hereje» debía acudir en ayuda de los ortodoxos. Teodorico rehusó. Una parte de los padres conciliares emprendió viaje de vuelta y el apurado Símaco no quería ya negociar. En septiembre, abandonó su asilo de San Pedro y acompañado por el clero y por una turba popular se trasladó al lugar de las sesiones. Sus enemigos, temiendo con bastante razón un asalto, fueron a su encuentro. Nuevas batallas callejeras con heridos y muertos, muchos de ellos sacerdotes entre **los** que figuraba Gordiano, un parcial de Símaco y padre del futuro papa Agapito. Y como Símaco mismo estuvo al borde de la lapidación; como, según sus palabras, «él y su clero habían sido objeto de una degollina», se negó a compadecer todavía ante el concilio. Irritado Teodorico, ya que, como él decía, por todas parte imperaba la paz menos en Roma, permitió

ahora, aunque a regañadientes, que el sínodo dictase una sentencia, aunque no hubiese investigación. Los sinodales, reducidos ya a 76 obispos de los 115 inicialmente presentes, pusieron ahora fin «por piadosa deferencia» a aquella desoladora comedia. En su cuarta sesión, denominada «sínodo de las palmas», declararon, el 23 de octubre de 501, que dejaban la sentencia en manos de Dios al no poder juzgar al papa Símaco a causa de su inmunidad. Le restablecieron en su cargo y abandonaron, casi como en una fuga, la ciudad «santa» pues la mayoría del clero local estaba, más bien, a favor de Lorenzo.[88]

De ahí que el cisma perdurase. La culpabilidad del papa se había hecho demasiado evidente: de modo indirecto, por culpa suya, a raíz de otro sínodo ulterior, el del año 502, pero también, y no en último término, a causa de un escrito apologético del obispo Enodio de Pavía, que tan afecto se mostraba a Venus y a los dioses antiguos en sus escritos. Éste tenía probablemente miedo a causa de su fianza de 400 *solidi* de oro. Pues ni él mismo estaba dispuesto a avalar la inocencia del papa por más que, como poeta de pro, lo llamaba literalmente regente del celeste imperio. Reclamaba para él una alta dignidad ya por el mero hecho de su cargo y prevenía contra cualquier denigración de ese cargo por culpa de su titular [!1, conminando a todos a barrer delante de su propia puerta. Atizada especialmente por Festo y los senadores, la guerra civil estalló ahora con toda su virulencia, tanto más cuanto que el antipapa Lorenzo, a quien por cierto Símaco había privado entretanto de su dignidad de obispo, retomó nuevamente a Roma, contando con la tolerancia de Teodorico, y dominaba casi plenamente la ciudad con casi todas sus basílicas titulares, unas dos docenas. Durante unos cuatro años residió, manteniendo una clara preponderancia, en el Laterano, mientras que Símaco debía conformarse con San Pedro, donde, como queda dicho, realizó las primeras obras del palacio vaticano. La anarquía imperó durante varios años con luchas libradas bajo los gritos de guerra de «¡Por Símaco!» y «¡Por Lorenzo!». Ambos partidos se turnaron en las demandas de protección al rey amano. El derecho de asilo de iglesias y monasterios fue ignorado y cada día y cada noche dejaban su correspondiente secuela de saqueos y muertes. Los sacerdotes eran abatidos a mazazos ante las mismas iglesias. Las monjas eran maltratadas, deshonradas. En una palabra, la discordia sangrienta se enseñoreó durante varios años de los católicos de Roma hasta que Teodorico, por razones políticas, intervino en favor del papa más débil y Lorenzo, por más que ni sus peores enemigos pudieran echarle personalmente en cara ninguna tacha, tuvo que abandonar el campo en 506. Sus parciales entre el clero tuvieron que condenarlo expresamente una vez pasados al bando de Símaco. Y también a Pedro, obispo de Altinum y visitador en 501, a quien Símaco había ya proscrito. Lorenzo, el antipapa grecófilo, fue víctima de un viraje antibizantino del rey y, en parte, del senado. Éste ce-

rró filas con los godos, por orden de Teodorico, y comenzó a enfrentarse a la Roma de Oriente. Mientras que Símaco, en acción de gracias por su victoria, ornaba las iglesias, especialmente San Pedro, y fundaba otras nuevas, su adversario acabó su vida en una finca de su valedor Festo y, al parecer, bajo rigurosa ascesis. El cisma, sin embargo, perduró hasta la misma muerte de Símaco.[89]

Las falsificaciones de Símaco

Como quiera que la afirmación -hecha en el transcurso del proceso contra Símaco y suscrita por 76 obispos- de que el papa no podía ser juzgado por ningún hombre no tenía base histórica alguna, según admitió el mismo sínodo, el año 501 un partidario del papa falsificó todo este asunto profusa y descaradamente. Su intención básica era evidenciar la independencia del obispo de Roma respecto a cualquier tribunal, espiritual, o temporal, echando mano de casos del pasado totalmente fingidos.[90]

El bando papal compuso cartas, decretos, actas conciliares e informes históricos. En un estilo increíblemente primitivo -lo único, por así decir, auténtico en todo ello-, con un latín más propio de «bárbaros» que de romanos, lo cual ilustraba drásticamente la decadencia lingüística y educativa, se fabricaban, se inventaban casos precedentes para apoyar al papa Símaco contra su rival Lorenzo: las supuestas actas procesales de papas anteriores, las *Gesta Liberií papae,* las *Gesta de Xysti purgatione et Polichronii Jerosolymitani episcopi accusatione,* las actas de un Sínodo de Sinuessa, *Sinuessanae Synodi gesta de Marcellino,* datadas, supuestamente, en el año 303. Todos estos procesos no eran sino un infundio creado con vistas al escándalo en tomo a Símaco, inventándolos sin traba alguna y fingiendo verosimilitud hasta en detalles mínimos como el de la indicación de los nombres de ciertas localidades. A todos los procesos se les inventó un desenlace igual que el deseado en el proceso contra Símaco, incluyendo la declaración de que *«nadie ha juzgado nunca al papa porque la primera sede no es juzgada por nadie».* O bien: «No es justo emitir un veredicto contra el papa». O bien: «Nadie puede acusar a un obispo, pues el juez no puede ser juzgado». Y el final de una decretal pontificia falsificada desde el principio hasta el fin reza así: *«Nadie puede juzgar a la primera sede,* de la que todos desean tener un juicio bien aquilatado. Ni el emperador, ni la totalidad del clero, ni los reyes, ni el pueblo pueden juzgar a quien es juez supremo».[91]

Las *Gesta purgationis Xysti* son un remedo, puro infundio, del proceder de Símaco, del proceso de Símaco, simulado hasta en pelos y señales pero, por cierto, sin nexo alguno con el pasado. El papa es en ellas acusado por los nobles romanos, como Símaco lo fue por Festo y otros aristó-

cratas de Roma. Al igual que pasó con Símaco, también aquí se le imputan relaciones deshonestas, en este caso con una monja. Y así como en el caso de Símaco debían intervenir los esclavos, en el remedo hay un esclavo que sirve de testigo. Pero un ex cónsul -jugando el papel del ex cónsul Festo, partidario de Símaco- pone fin al proceso: «pues no está permitido emitir sentencia contra un papa».[92]

Estas crasas falsificaciones, «imputables al bando de Símaco o, tal vez, al mismo Símaco» (Von Schubert) -para el jesuíta Grisar tienen «un carácter totalmente privado»- poseen una relevancia que no se limita tan sólo a la historia del momento. De carácter supuestamente privado en su totalidad, jugaron más tarde un gran papel en el derecho canónico. Una vez reelaboradas, hallaron parcialmente cabida en el *Líber pontificalis* y, gracias a éste, gran difusión. Es más, la formulación del falsificador *«Prima sedes a nemine iudicatur»* se convirtió -ironía cínica de la historia- ¡en la fórmula que denotaba el primado de jurisdicción papal! A raíz del proceso contra León III, en el año 800, se remitieron a ella. Y también Gregorio VII recurrió en 1076 a citas literales de aquellas falsificaciones[93]

Hay un factor notable en todas estas contiendas: la polémica publicística.

Pues fue precisamente el hecho de que se podían presentar graves acusaciones contra Símaco, sin que éste, evidentemente, pudiera justificarse satisfactoriamente; el hecho de que, como ya constaba, hubiese dilapidado bienes eclesiásticos y de que sus adversarios se mofaban en un libelo de los «obispos ancianos y decrépitos» con sus «pandillas de mujerzuelas» lo que llevó a declarar enfáticamente por vez primera: ¡el obispo de Roma no puede ser juzgado por nadie! Como hombre tendrá que expiar en el más allá, pero en la tierra es intangible y exento de cualquier expiación judicial. Y cuando apareció otro libelo «Contra el sínodo de la absolución desatinada», el diácono Enodio, un partidario de Símaco, reivindicaba en su escrito apologético en favor de los obispos de Roma nada menos que la inocencia y la santidad de estos últimos en cuanto bienes de herencia legados por san Pedro. Según la teoría de Enodio, preñada de consecuencias, Pedro había legado a sus sucesores «un tesoro de méritos, inagotable hasta la eternidad y equivalente a una inocencia hereditaria. Todo cuanto le fue entregado a aquél en premio a sus excelsas obras, les pertenece a ellos, iluminados por el mismo resplandor en su peregrinaje. Pues, ¿quién dudaría de que quien tiene tan alta dignidad es santo? Aunque le falten aquellas buenas obras que son fruto del propio mérito, le son suficientes aquellas realizadas por sus predecesores en la sede (de Pedro) [...]». Así pues, si un papa no puede presentar obras buenas propias (y creemos poder completar congruentemente: incluso en el caso de que sólo pueda presentar malas) ¡le bastan para salvarlo las realizadas por Pedro! ¡¿No raya eso en una ideología de desfachatez religio-

sa?! ¡¿Quién habló de rayar?!: en 1075 el papa Gregorio VII elevó la cosa hasta el culmen en su siniestro *Dictatus papae,* afirmando que un papa legítimamente consagrado ¡se salvará forzosamente en virtud de los méritos de san Pedro! Lo que también traslucía tras las especulaciones de Enodio, futuro obispo de Pavía, lo señala el obispo de Vienne, Avito, otro partidario de Símaco, con esta frase: «Todos sentimos temblar nuestro propio asiento si el asiento del supremo *(papa urbis)* vacila bajo el peso de una acusación».[94]

El *Líber pontificalis,* libro oficial de cada papa, ornado en la Edad Media por un intenso nimbo, debe su nacimiento a las luchas entre lorenzanos y simaquianos. Y también sus falsificaciones. Pues ambos bandos, aunque bajo perspectivas contrapuestas, iniciaron una colección de biografías de papas y prosiguieron con ello hasta el año 530 o, en su caso, hasta 555. Lo mismo que en las falsificaciones de Símaco, la forma literaria de la «celebérrima historia de los papas» (Seppeit) es notablemente primitiva y, comparada con el nivel cultural más elevado asequible en esta época, se caracteriza por el «desconocimiento de los mínimos elementos de la gramática y de la retórica enseñados en las escuelas» (Caspar). Cierto que a estos clérigos romanos «los animaba la fe en su Iglesia», pero eran «simples de espíritu» (Hartmann). Con todo, trabajaron *pro domo* sin el menor escrúpulo y mencionaron todos los papas, en serie ininterrumpida a partir de Pedro: por lo que respecta a las épocas más remotas era todo puro invento (véase vol. 2). Y haciendo recurso a la fórmula estereotipada *«hic martirio coronatur»* convirtieron desenfadadamente en mártires a los papas de los tres primeros siglos, lo cual constituye asimismo, en su casi totalidad, una falsificación (véase el último capítulo del vol. 2). Pero no solamente los primeros pontificados y casi todos los mártires son producto del embuste: como autor del libro de los papas se menciona, falsamente, al papa Dámaso (para todo el tiempo anterior a su pontificado) cosa que fue después creída por la Edad Media. Y como quiera que el preludio de toda la obra, la correspondencia introductoria entre Dámaso y san Jerónimo (una carta de cada uno de ellos) está íntegramente falsificada, el celebérrimo libro de los papas comienza con puras falsedades. Y el supuesto primado de los papas consiste, por su parte, en una pura argucia.[95]

Alineamiento de las fuerzas en combate: El reino godo y Roma contra Bizancio

Teodorico no estaba entretanto dispuesto a limitar su dominación a Italia y Dalmacia. Había ambicionado por sistema una federación de Estados germánicos y agrupado todas las fuerzas antibizantinas. Extendió

su frontera defensiva hasta más allá del Adriático y en 504 ocupó Sirmio. Al año siguiente, la tensa situación política condujo incluso a un grave conflicto entre las tropas de Teodorico y las del emperador. El godo se había liado con el vecino príncipe de los gépidos. Mundo. Cuando el *Magister militum* de Iliria, Sabiniano, amenazó a éste con un fuerte ejército de diez mil *foederati* búlgaros, acudió en auxilio de los gépidos una hueste gótica proveniente de la recién conquistada provincia fronteriza de Panonia, hueste compuesta por 2.000 hombres de a pie y de 500 jinetes y capitaneada por Pitzia. En la llanura de Morava, el ejército imperial fue prácticamente aniquilado y los búlgaros que no cayeron al filo de la espada se ahogaron en el río. La tierra conquistada quedó incorporada al reino de Teodorico con el nombre de *Pannonia Sirmiensis.*[96]

Occidente se enfrentaba cada vez más abiertamente al emperador -a quien intranquilizaba por el costado oriental el peligro persa- y el soberano achacaba una buena parte de la culpa al papa. A causa de la grave querella eclesiástica de Roma, Símaco apenas había podido ocuparse de la teología y del cisma de Oriente durante un decenio. El año 506 consiguió definitivamente arrancar de sí una decisión y respondió a una inamistosa carta del emperador, cada vez más abiertamente promonofisita, con otra aún más ruda y arrogante, si cabe.

Dejando de lado todas las fiorituras propias de la cortesía oficial, se dirigió al anciano monarca con frialdad casi hiriente, dándole secamente el tratamiento de *«imperator»*, reprochándole que creía únicamente en un Cristo que lo era sólo a medias, alardeando orgulloso de que «su honor era, de seguro, tan elevado, por no decir más elevado, como el de aquél» y amenazándole profusamente con el juicio de Dios. Acababa su carta con una acritud pareja con su autocomplacencia farisaica e hipocresía: «El compañero de la iniquidad no puede por menos de perseguir a quien está incontaminado de ella».[97]

Ello contribuyó a endurecer aún más las posiciones enfrentadas de Oriente y Occidente, tanto más cuanto que el papa tomó partido por Teodorico. Y el senado romano volvió a colaborar con los sacerdotes romanos, algo que causó indignación en Constantinopla. El emperador, que estigmatizó al papa como «maniqueo» habló en una dura misiva de una conjura del senado y la Iglesia romana contra el Imperio. Protegido ahora por el rey godo, el papa, empeñado a la sazón en una lucha encarnizada contra el clero de la Roma de Oriente, reaccionó con osadía, por no decir con desvergüenza. No sólo afirmaba que el emperador quería «incluirlo con atolondrada precipitación entre los herejes», sino que, devolviéndole la pelota de la forma más venenosa, lo tachaba de «protector de los maniqueos», sin recatarse de afirmar mentirosamente que en Oriente sólo eran oprimidos los católicos mientras se permitían todas las «herejías». «¿Crees -escribía Símaco a Anastasio- que por ser emperador no tienes que temer el

juicio de Dios? ¿Piensas que como emperador puedes sustraerte al poder de Pedro, príncipe de los apóstoles? [...]. Compara, pues, la dignidad del emperador con la de quien preside la Iglesia. El uno vela meramente por los asuntos mundanos; el otro, en cambio, por los divinos.»[98]

La resuelta resistencia de Anastasio contra los católicos contribuyó más que nada a que los grupos fieles a la doctrina calcedoniana cerrasen filas y lo pusieran en aprietos cada vez más graves. El nuevo patriarca de la corte, Macedonio II (496-511) tuvo que suscribir también, ciertamente, el *Henotikon,* pero se bandeó de tal manera entre los frentes que los ortodoxos lo consideraron a veces como hereje. Finalmente, sin embargo, tomó posición decidida contra los monofisitas, se encaró abruptamente al soberano e intentó, presumiblemente, desencadenar una revuelta. La paciencia de Anastasio se agotó. Al igual que había hecho con Eufemio, su predecesor, depuso también a Macedonio y en la noche del 7 de agosto de 511 lo desterró a Euchaíta. El nuevo soberano de la Iglesia constantinopolitana, Timoteo (511-518), resultó más dócil para el emperador. Comoquiera que la sede alejandrina estaba ocupada por el patriarca Juan III Niciotas (505-516) y el monje Severo, colmado de favores por Anastasio vino a hacerse cargo, en 512, de la de Antioquía, resultó que los tres patriarcados más importantes de Oriente acabaron bajo el dominio de los monofisitas.

Los obispos y monjes atizaron entonces y de forma cada vez más abierta la rebelión contra el «emperador de herejes», especialmente en Asia Menor y en los Balcanes. Después de la deposición de Macedonio (511) el papa trajo a la memoria a los emperadores paganos perseguidores de cristianos. Exigió estar vigilantes en Oriente y también fidelidad y disposición al martirio. Habló del «servicio militar divino» escribiendo así:
«Ahora es el momento en que la fe reclama a sus combatientes y convoca en su defensa a quienes recibieron los ardientes rayos de la gracia».

Ya antes se habían producido levantamientos ocasionales contra Anastasio sin que «en la mayoría de los casos se pudiera constatar» una motivación política (Tinnefeid). Ya en el primer año de gobierno imperial registra Marcelino Comes «guerra civil entre los bizantinos. Reducida a cenizas la mayor parte de la ciudad y del circo». En el año 501, los tu-» multos giran en tomo a la fiesta pagana de Bryta. En 510, el soliviantado populacho de la capital expulsa de Santa Sofía, durante los oficios divinos, a los monjes del monofisita Severo. El emperador, que exige al respecto una explicación al patriarca Macedonio, tiene que pensar en huir. En 512 está de nuevo enjuego su política promonofisita. Se produce un auténtico levantamiento popular, que los monjes no fueron los últimos en atizar, en cuyo transcurso el emperador, tan sagaz como valiente, hubo de avanzar inerme a afrontar a las masas amotinadas. Se alzan gritos proclamando ya a un nuevo emperador y los monofisitas son asesinados por la multitud. Se emplean tropas contra ella y arden las casas de los altos fun-

cionarios hasta que los disturbios son sofocados por medio de encarcelamientos y ejecuciones. Más o menos por esas horas, monjes monofisitas procedentes de la comarca circundante o venidos de más lejos -hasta de Siria II- penetran violentamente y en oleadas sucesivas en la ciudad, donde muchos hallan la muerte. Pero también la revuelta del año 514, relacionada con los éxitos del usurpador Vitaliano, tiene un trasfondo religioso, y hasta el benedictino Rhaban. Haacke concede que en todas estas agitaciones y levantamientos contra el emperador Anastasio el pueblo de Constantinopla «estaba hábilmente dirigido por los monjes y el alto clero».[99]

Los católicos tenían también de su lado a los parientes del emperador. La emperatriz Ariadna lamentaba profundamente su política eclesiástica. El sobrino Pompeyo se carteaba con el papa y era un católico ferviente. Lo eran asimismo su esposa Anastasia y su amiga Juliana Anicia, hija del emperador de Occidente y descendiente de Teodosio I, cuyo marido Areobindo, mariscal del ejército de Oriente, fue vitoreado como emperador en 512, a raíz de la peligrosa sublevación católica en Constantinopla. El derrocamiento de Anastasio no se produjo por muy poco. Ya se ve quién manejaba los hilos.[100]

El año 513 se subleva el militar Vitaliano y lleva el Imperio al borde de la catástrofe.

El vasallo godo de la provincia de Escitia, la actual Dobruja, que tenía el mando de los regimientos de *foederati*, aprovechó las querellas en el ámbito de la política eclesiástica e hizo suya la divisa de la «ortodoxia» calcedoniana. Ejerciendo de portavoz de la oposición clerical, exigió que los obispos expulsados fueran repuestos en sus sedes y también un concilio con presencia del papa. Era el hombre de confianza de este último, pero estableció asimismo contactos con el rey ostrogodo. Su conducta, su modelo de ataque combinado, por tierra y por mar, contra el Imperio y también sus extorsiones dinerarias y su adiestramiento fatigoso de los soldados le convirtieron en el «gran maestro de hunos y eslavos» (Rubín).[101]

En el año 513 Vitaliano liquidó a dos altos oficiales que estorbaban sus planes y condujo a sus regimientos amotinados ante las puertas de Constantinopla tras reforzarlos con búlgaros dados al pillaje y con campesinos descontentos, partidarios, al parecer, de la doctrina de las dos naturalezas. Vitaliano exigió que el emperador desistiese de su política eclesiástica y Anastasio se vio en una situación extremadamente apurada. Hizo promesas que no mantuvo cuando Vitaliano se retiró ocho días después, perseguido por el sobrino del emperador, Hipacio. El enorme ejército de éste sufrió, sin embargo, una espantosa derrota junto a Odesos (Varna, a orillas del mar Negro), perdiendo presumiblemente 60.000 hombres. En la capital se produjeron tumultos entre los católicos. El año 514 Vitaliano -que había hecho prisionero al sobrino imperial en Odesos y (según una lectura algo insegura) lo había metido en una pocilga- apare-

ció de nuevo ante los muros de Constantinopla. Esta vez le seguía una gran flota por el Bosforo. Cada uno de sus ataques iba acompañado de una nueva exigencia. Primero impuso su nombramiento como *Magister militum.* Después exigió el abandono de la política eclesiástica, la reposición de los obispos destronados y desterrados y negociaciones con la sede romana. A fuerza de presiones arrancó al emperador la promesa, hecha bajo juramento, de convocar para el 1 de julio de 515 un concilio en Heraclea, en la provincia de Europa, concilio que debía ser presidido por el papa y llevar a término la unión de las Iglesias. «Roma», es decir el papa Hormisdas, el nuevo pontífice en el poder (514-523) «puso sus esperanzas en la mediación [!] de Vitaliano», escribe al respecto Haacke. Como rescate para liberar al sobrino imperial, Hipacio, Vitaliano extorsionó del emperador la inaudita suma de 5.000 libras de plata. (Hipacio, que simpatizaba con los católicos, peregrinó el año 516 en acción de gracias por su salvación de un aprieto extremo al Santo Sepulcro. A raíz de ello dispensó ricos donativos a las iglesias y monasterios de la ciudad y sus alrededores.) Las restantes negociaciones fracasaron a causa de las desorbitadas pretensiones del romano, que insistía en una profunda humillación del patriarca. De ahí el tercer ataque del «mediador» papal y por cierto «mientras se procedía a intercambiar las legaciones y en pleno desarrollo de las negociaciones» (Haacke). Vitaliano, cuyos contactos con Hormisdas reconoció éste mismo ante el emperador, manifestó claramente su intención de someter a este último a su voluntad y en 515 -en la época en que debía celebrarse el concilio y 40 obispos de las provincias balcánicas rompieron en verano con sus metropolitanos para dirigirse al papa- atacó Constantinopla por tierra y por mar, de modo que tanto el papa como el rey Teodorico contaban ya, a la vista de esta nueva «mediación», con la derrota del anciano emperador. Pero Vitaliano sufrió una seria derrota, infligida por Marino, un civil que, apoyado por Justino, el inmediato sucesor de Anastasio, usó nuevos medios de combate desde un velero rápido (una variante del «fuego griego», empleado aquí por vez primera). La victoria fue entusiásticamente celebrada por la cabeza dirigente de los monofisitas, el patriarca de Antioquía, Severo.[102]

Sólo la retirada, que tenía más de fuga, salvó a Vitaliano. Anastasio no pensaba ya en seguir, de momento, negociando con Roma. Prefirió enviar al destierro al patriarca ortodoxo de Jerusalén, Elias (494-516) en el verano del 516. Éste se negaba a hacer causa común con Severo. El emperador intentaba así -intento fallido, por lo demás- imponer en esta ciudad el monofisismo. Ahora bien, en vistas de la fuerte presión de los monjes de su diócesis, el sucesor de Elias, Juan III (516-524) no se atrevió a incorporarse a la comunidad de Severo, de modo que fue a parar a la prisión de Cesárea. Tampoco después de su liberación prestó la esperada declaración de lealtad, sino que en Jerusalén y ante una fanática manifes-

tación de 10.000 monjes, lanzó el anatema contra el favorito imperial, Severo, y contra su causa. Algo tanto más impresionante cuanto que Hipacio, el sobrino del emperador, estaba en aquel justo momento presente como peregrino y también se distanció de Severo. El Dux Palestinae, Anastasius, es decir, el representante del Estado, se dio a la fuga. Los católicos intentaron desde entonces obligar a los monofisitas a replegarse y asentar ellos pie en los territorios hasta ahora dominados por aquéllos. No pocos de esos intentos partían desde el oeste.[103]

Cuando en abril del año 517 el papa Hormisdas envió una legación al regente de la Roma de Oriente -en la que figuraba el obispo Enodio de Pavía- entregó a aquélla, aparte del correo oficial, diecinueve escritos secretos de propaganda *(contestationes),* material de agitación religiosa que sus monjes agentes difundieron con afán por Oriente. Hormisdas pretendía ni más ni menos que dirigir a la totalidad de la Iglesia. A través de un subdiácono hizo que todos los obispos del Balean se comprometiesen a «seguir íntegramente a la sede apostólica y a promulgar todos sus decretos». El propósito inconfundible del «Vicario de Cristo», a quien cubría las espaldas el rey godo Teodorico y que esperaba además un nuevo ataque del godo Vitaliano -dispuesto ya para el mismo- era el de subvertir el orden eclesiástico. Animaba a los prelados orientales adictos a Roma a «entrar impávidos en batalla» e incluso apelaba abiertamente a la población de la capital. El jesuíta H. Rahner: «El papa Hormisdas entró en la historia como un gran vencedor y héroe de la paz». El anciano Anastasio no estaba dispuesto a entrar por ahí. Inmediatamente metió a los legados pontificios en un barco no muy apto para hacerse a la mar, ordenó al capitán que no atracase en ningún puerto y los envió a casa. El 11 de junio de 517 comunicó al papa, sin acritud pero resueltamente, la interrupción de las negociaciones. «Si ciertas personas -le escribía- que derivan de los mismos apóstoles su autoridad espiritual no quieren, en su desobediencia, cumplir con la pía doctrina de Cristo, que sufrió para redimir a todos, entonces ya no sabemos dónde podemos hallar el magisterio del Señor misericordioso y Dios grande [...]. Podemos sufrir que se nos ofenda y desprecie, pero no que se nos dicten órdenes» *(iniurari enim et anulan sustinere possumus, iuberi non possumus).*[104]

El emperador Anastasio se abstuvo de todo improperio, como comenta Caspar, «pero animado por el auténtico y vehemente sentimiento de hombre sinceramente piadoso y de soberano, ya al final de sus días, que desde hacía veinte años venía luchando por la unidad eclesiástica tanto en el interior de Oriente como con Occidente, salía al paso de la intransigencia papal, que, con su exigencia relativa a Acacio, imponía a la Iglesia imperial eternizar sus desgarramientos internos».[105]

Una masacre producida ese mismo año, en 517, en Oriente no resultó, por cierto, contraproducente para los deseos del papa.

La tragedia aconteció a raíz de una peregrinación de monjes católicos para ver a san Simeón estilita, en un manifestación multitudinaria al noroeste de Berea. Cuando estos monjes, reforzados continuamente por nuevos tropeles, atravesaban el obispado de Apamea fueron atacados a unos veinte kilómetros al sur de la ciudad. Trescientos cincuenta de ellos murieron allí mismo abatidos a golpes. Otros fueron acuchillados en una iglesia próxima en la que se habían refugiado. Instigadores de la tragedia, según la acusación de los monjes: el obispo Pedro de Apamea y el patriarca Severo de Antioquía. Los monjes protestaron ante el emperador y el papa. Su apelación, escribe el jesuíta H. Bacht, «pudo llegar a Roma a finales de 517. Hormisdas, que captó en seguida esta buena [¡] oportunidad para entrar en contacto con Oriente, envió con fecha 10 de febrero su respuesta. La carta está llena de alabanzas y de aliento [...]».[106]

El emperador Anastasio murió, casi nonagenario, entre el 8 y el 9 de julio de 518, en una noche terriblemente tormentosa: «Golpeado por el rayo de Dios», como decía triunfante el *Líber pontificalis* basándose eíi los rumores que circulaban por Roma. Dejaba ciertamente un tesoro estatal gigantesco, pero no hijos ni sucesor. El 9 de julio, sin embargo, el comandante de un regimiento de guarnición en la corte, Justino, *Comes excubitorum,* ascendió de inmediato al trono.[107]

CAPÍTULO 4

JUSTINIANO (527-565): UN **TEÓLOGO** EN **EL TRONO IMPERIAL**

«La meta es, inequívocamente la de *un solo* Imperio, *una sola* Iglesia, y, fuera de ella, ni salvación ni esperanza. Y *un solo* emperador cuya más noble preocupación es, justamente, la salud de esa Iglesia. En la consecución de esa meta, Justiniano es inasequible a la fatiga, persiguiendo hasta el último escondrijo y con obsesiva minuciosidad todo cuanto se le antoja falso [...].»

Manual de la Historia de la Iglesia[1]

«Nuestro ferviente anhelo fue siempre, y continúa siéndolo hoy, salvaguardar intactas la recta e impoluta fe y la firme consistencia de la Santa Iglesia de Dios, católica y apostólica. Esto lo hemos tenido siempre presente como la más urgente de nuestras tareas de gobierno.» «Y en aras de ese anhelo emprendimos, en verdad, grandes guerras contra Libia y Occidente, por la "recta fe" en Dios y por la libertad de los subditos.»

EMPERADOR JUSTINIANO[2]

«A los unos los mató sin motivo. A los otros los dejó escapar de sus garras pero en lucha con la pobreza, haciéndolos más desdichados que los muertos, hasta el punto de que imploraban que la más miserable de las muertes pusiera fin a su situación. A otros les arrebató la vida juntamente con su hacienda. Y comoquiera que para él la disolución del Imperio por decisión personal era una simple bagatela, no es posible que hubiera emprendido la conquista de Libia e Italia por ningún otro motivo que no fuese el de pervertir también a los hombres de estos territorios juntamente con sus antiguos subditos.»

PROCOPIO, HISTORIADOR BIZANTINO COETÁNEO DEL EMPERADOR[3]

«Las humeantes ruinas de Italia, la aniquilación de dos pueblos germanos, el empobrecimiento y las sensibles pérdidas que diezmaron la población aborigen del Imperio occidental, todo ello era más que indicado para abrir a todos los ojos acerca de las verdaderas causas de **la** política religiosa del Imperio de Oriente [...]. El clero católico tiene una buena dosis de responsabilidad por el estallido de las guerras de aniquilación de aquella época [...]. La influencia de la Iglesia llegaba hasta la última aldea.»

B.RUBIN[4]

«Y con ello dio comienzo la primera Edad de Oro de Constantinopla.»

CYRIL MANGO[5]

Justino y la subversión total: De porquero a emperador católico (518-527)

Con Justino se inició, literalmente de la noche a la mañana, una nueva era en la política religiosa. Roma y la ortodoxia triunfan en ella.

Nacido en 450 en Taurisio/Bederiana (cerca de Naissus o bien de la actual Skopje), el hijo de un campesino ilirio ascendió de porquero a general mientras su hermana Bigleniza siguió afanándose en Taurisio como una aldeana cabal. Justino, que había luchado en la guerra isauria, en la pérsica y contra Vitaliano, era un analfabeto terco y gruñón. Apenas sabía leer y menos aún escribir, ni siquiera su propio nombre. Pero tenía en cambio una astucia campesina, era callado, resuelto y católico integral. «No tenía cualificación ninguna para gobernar una provincia, por no hablar de un imperio» (Bury). Pero, «supone» el jesuíta Grillmeier, ya antes de su elevación al trono era partidario del Concilio de Calcedonia.

Contando ya 67 años, desde el comienzo de su reinado estuvo bajo la influencia decisiva de su sobrino y sucesor Justiniano, que contaba entonces 36 años, y también bajo la del clero católico, particularmente los monjes. Era evidente que Justino y Justiniano tenían ya hace tiempo preparado el cambio de poder. Ya antes de la subversión del mismo mantenían contactos con el paladín de la fe, Vitaliano, y con el papa. Los auténticos pretendientes al trono, sobrinos del fenecido emperador, y jefes militares, Hipacio y Pompeyo -el último de ellos un católico en extremo ferviente- fueron puestos fuera de juego y todos los parientes del emperador en general -algo que ya estigmatizaron Procopio y Evagrio- fueron embaucados para apartarlos del poder. Ya durante la noche en que moría Anastasio, Justino sobornó a cuantos había que sobornar para asegurar la sucesión en su favor, pese a que al día siguiente -¡qué farsa tan repugnante!- aparentaba resistirse de todas las maneras posibles a tomar sobre sí el peso de la corona. En ello pulverizó todo el dinero que había aceptado del gran chambelán Amancio para promocionar la candidatura de un sobrino de éste. De este modo, al día siguiente, 9 de julio de 518, y apenas elevado Justino al trono -con un tiempo realmente «imperial», después

de la tormentosa noche anterior- se pudo enfatizar que aquél debía ante todo a Dios sus galas imperiales y exclamar una y otra vez: «Emperador, tú eres digno de la Trinidad, digno del Imperio, digno de la ciudad» y celebrar el domingo siguiente una pomposa misa en Hagia Sophia.[6]

Con todo, tampoco este ascenso al poder transcurrió sin tumultos ni sangre, por más que, como era evidente, estuviese conchabado y preparado con mucha antelación y fuesen muy pocos los que vislumbraran la tupida red de intrigas y conexiones en direcciones múltiples. Se produjeron feroces disturbios y se repitieron turbulentas escenas hasta en la misma Hagia Sophia. Emergieron varios candidatos al trono para desaparecer en breve como cometas apagados por el hirviente tumulto. Y cuando el senado, gracias al soborno, nombró a Justino, un grupo de opositores se precipitó contra él. Uno de ellos le partió el labio de un puñetazo, pero su gente desenvainó al momento las espadas, abatió a tajos a algunos de los atacantes y dispersó a los otros.[7]

En todo caso, el analfabeto católico, aunque fuese, ciertamente, con la imprescindible ayuda de la superior inteligencia de su sobrino, consiguió todos sus objetivos en un sólo día: su elección, su confirmación y su coronación.

A pesar del juramento prestado a raíz de su elección, comprometiéndose a no perseguir a ninguno de sus rivales y adversarios, Justino depuró la corte de elementos indeseados y, especialmente, de todo cuanto había servido de apoyo al «emperador de los herejes». Casi inmediatamente después de la solemne misa en Hagia Sophia y apenas diez días después del cambio de poder, la oposición, compuesta casi exclusivamente de eunucos y cubicularios fue desbancada: el cubiculario Misael fue desterrado. Igual suerte corrió el chambelán Ardabur. El chambelán Andrés Lausiacus fue decapitado y, por motivos de tanto más peso, el gran chambelán Amancio, cuyo dinero, destinado al soborno, había gastado Justino en su propio provecho. El pretendiente al trono, sobrino y hombre de paja manipulado por Amancio, que no podía ser él mismo emperador por su calidad de eunuco, fue lapidado y su cadáver arrojado al río. Las víctimas simpatizaban manifiestamente con los monofisitas, quienes los exaltaron por su parte como mártires. Pero ya antes de su liquidación se había entonado el *Benedictas* y el *Tres veces santo,* de modo que la Fiesta Calcedonia «celebró su estreno en la liturgia de Constantinopla» (Grillmeier, S'. J.). Ya al día siguiente del asesinato de los competidores, los nombres de los papas León I y los de los patriarcas de convicciones católicas, Eufemio y Macedonio, fueron incluidos en la oración eucarística. Y el mismo 7 de septiembre Justiniano, el sobrino imperial, pudo comunicar a Roma: «Lo más arduo de los problemas relativos a la fe ha sido resuelto con la ayuda de Dios [,..]».[8]

Justino I comunicó ya ei 1 de agosto su elevación -«una muestra de la

gracia de Dios»- a los patriarcas del Imperio y también al papa Hormisdas, anunciando a la «Santidad» que «si bien en contra de nuestra voluntad y en oposición a nuestros deseos, fuimos escogidos y confirmados como soberano, antes que nada, en virtud de la gracia de la indivisible Trinidad, y en segundo lugar por la elección, recaída en nuestro favor, de los muy distinguidos altos funcionarios de nuestro imperial palacio y también del honorabilísimo senado y del ejército, de acendrada fidelidad. Os rogamos ahora que tengáis a bien implorar al divino poder para fortalecer los comienzos de nuestro reinado. Creemos poder abrigar legítimamente esa esperanza y Vos la de ayudar a su cumplimiento». En su escrito de felicitación el papa subrayaba la intervención de la divina voluntad en la elección y mostraba su esperanza en una pronta unificación eclesiástica.[9]

Entre los factores que propiciaron la toma de poder por Justino figuran los siguientes: el ejército, a quien el veterano espadón impuso -¡a todos y cada uno de los soldados- el deber de aceptar el credo calcedoniano. El catolicismo, conocedor de las simpatías que Justino sentía por él. También la masa popular a quien imponía tanto por su origen de porquero como por su ortodoxia, pues la capital era mayoritariamente católica. Los sacerdotes lo ensalzaban loándolo como «el amado de Dios y el más cristiano de los emperadores». Y el sobrino Justiniano proclamó en 520 que Justino fundamentaba su soberanía en «la santa religión».[10]

Una vez más, pues, recuperaba su vigencia la fórmula de Calcedonia. Pues Justino, el hombre determinante del nuevo gobierno, al menos ya en lo concerniente a la política eclesiástica «comprendió que sólo un claro sí a Calcedonia ofrecía perspectivas para pacificar el reino» (Bacht, S. J.). Dicho de otro modo: la Iglesia católica había velado para mantener eterna discordia mientras se viese privada de su papel protagonista y «pacificación» significaba entonces, como lo muestra la historia y lo seguirá mostrando cada vez que se presente la ocasión, lo siguiente: opresión de las demás religiones. También el papa Hormisdas lo entendía así al escribir al emperador: «Ved como día tras día el delirio del viejo enemigo sigue causando tamaños estragos. Pese a que el problema ha sido resuelto por un juicio definitivo, la paz sufre demoras [...]». Pero el papa quería «retomar al amor», deseaba la paz, aquella paz, en todo caso, que ensalzaba ante el emperador con las seudopacifistas palabras de la Biblia: «¡Honor a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad!» Pues hombres de buena voluntad son siempre únicamente aquellos que quieren lo que Roma quiere. Escueta y atinadamente comenta Rubín en su brillante monografía sobre Justiniano: «Paz para los correligionarios, guerra y terror para quienes discrepan»."

La persecución de los monofisitas bajo Justino I

Justino y Justiniano habían conspirado ya con Roma antes de aquel vuelco político. Habían obtenido el poder con la ayuda de los católicos. Debían mostrarse agradecidos tanto más cuanto que el papa Hormisdas abrigaba deseos inequívocos: anatematización de Acacio juntamente con sus sucesores Eufemio y Macedonio, quienes, no obstante, «lo hicieron, ciertamente, lo mejor que pudieron» *(Manual de la Historia de la Iglesia)* y asimismo de sus protectores, los emperadores Zenón y Anastasio. También deseaba, y no en último lugar, la expresa adhesión a la Iglesia romana y la sumisión a sus decisiones, todo ello confirmado por su firma al pie del «formulario» que él les envió. Por el momento acabaron con la política religiosa de Anastasio y tomaron un rumbo opuesto. Ya en los comienzos de su gobierno, en 519 o 520, Justino exigió, mediante edicto, de todos los soldados romanos regulares la aceptación del símbolo de fe calcedoniano bajo amenaza de graves castigos. Y como estaba decidido a imponerla en todo el imperio, puso en marcha, especialmente en Siria y Palestina, una amplia persecución de «herejes»: arríanos monofisitas y demás disidentes. En todo ello, desde luego, jugaban también su papel motivos económicos (pues los nuevos señores también supieron colocar prontamente a sus parientes en influyentes posiciones civiles y militares). Sobre el clero, los legos e incluso los niños recayeron severos castigos.[12]

Aquellos prelados católicos, oficiales y funcionarios ilustres, que habían sido víctimas de las deportaciones, fueron inmediatamente reincorporados a sus puestos, mientras que 54 obispos del bando contrario fueron enviados al destierro a vuelta de correo, por así decir. Filoxeno, el metropolitano de Mabbug (Hierápolis) murió poco después en su destierro de Tracia. Apenas una semana después de la elevación de Justino al trono, a , saber, el 15 de julio, el patriarca constantinopolitano, Juan II (518-520) -elegido todavía bajo Anastasio, de quien era adicto-, fue forzado a abjurar públicamente de su fe en santa Sofía, a reprobar el *Henotikon*, a reconocer el credo de Calcedonia y a condenar a la auténtica cabeza dirigente de los monofisitas, Severo de Antioquía, quien, por cierto, huyó más tarde, el 29 de septiembre a Egipto, siguiendo el camino de no pocos obispos correligionarios. Todo ello sucedió bajo la presión de masas vociferantes, fanáticamente azuzadas, y de los monjes «ortodoxos» encabezados por los superortodoxos *acoimetas* («los que no se acuestan»). El patriarca consintió prontamente en ello, pero haciendo de tripas corazón (lo que le resultó más duro fue la condena de sus predecesores en la sede y la extinción de sus nombres en los dípticos, pero el papa insistió en ello una y otra vez). Pronto se creó una Fiesta de Calcedonia, institución que perduró en el calendario de Constantinopla. Inmediatamente después de la liquidación de los cubicularios -Justino promulgó una circular- apo-

yada en la petición forzada de un sínodo presidido por el patriarca de la corte -que convertía en punible toda herejía, particularmente el monofisismo, y conminaba a los gobernadores de provincia a adoptar las medidas pertinentes. «La consecuencia fue un terror devastador que golpeó ante todo a los monofisitas. Sólo en los países en los que la mayoría de los heterodoxos era absoluta se abstuvo el gobierno de apremiar al cumplimiento literal de sus exigencias. Dondequiera que los ortodoxos se sentían bastante fuertes, una oleada de violenta persecución se abatió sobre los monofisitas. Sus partidarios más fanáticos, particularmente los monjes, emigraron directamente al desierto y fundaron una serie de colonias de emigrantes fuera del alcance del control estatal» (Rubín). El hombre de confianza e hijo predilecto del papa, Vitaliano, exigió incluso la mutilación corporal del dirigente de los monofisitas, Severo. La «jerarquía severiana» fue oprimida y perseguida por doquier, sin que la Iglesia monofisita, forzada bruscamente a la ilegalidad y anatematizada como herética pudiera, pese a todo, ser erradicada. Y eso que algunos deseaban ver destruidos incluso los huesos de los «herejes» ya difuntos.[13] Pero no todos se sometieron.

En Egipto, centro de la oposición a lo largo de los cincuenta años siguientes, no hubo ninguna fuerza capaz, pese a las persecuciones y deposiciones de tantos obispos, de romper la resistencia monofisita. Y también en Siria enseñó ésta los dientes. Las agitaciones duraron allí muchos años. Los prelados católicos elevados a aquellas sedes sólo pudieron, por regla general, desempeñar sus cargos con apoyo militar.

Si la víctima más prominente de los *pogroms* efectuados contra los monofisitas bajo Justino fue el patriarca Severo de Antioquía -quien organizó incansablemente la resistencia desde Egipto y se convirtió allí en santo de los jacobitas, los coptos (festividad el 8 de febrero)-, el más feroz de los perseguidores de monofisitas de aquella época fue el sucesor de Severo, Pablo II (519-521), llamado el judío, un antiguo posadero de Constantinopla. Pablo desencadenó una dura persecución en su archidiócesis en la que perdieron sus sedes unos cuarenta obispos partidarios de Severo. El nuevo patriarca expulsó a los monjes de sus conventos, a los estilitas de sus columnas. Arreó a los hombres a través de campos y montañas como si fueran animales; los expuso a la nieve y al frío; les privó de alimentos, de sus bienes. Les hizo desterrar, torturar y matar. Su furia se abatió sobre clérigos y seglares, sobre hombres y mujeres, incluso sobre niños. Finalmente, Justino tuvo que removerlos a causa de sus crímenes.[14]

Los monjes de Edesa, que se negaban a admitir las fórmulas calcedonianas fueron arrojados de sus conventos por el nuevo obispo Asclepio, quien acudió para ello a la violencia de las armas. Sucedía ello en pleno invierno, en Navidad, y pese a que muchos monjes eran ancianos o esta-

ban enfermos. Sólo pudieron regresar tras un exilio de seis años. Bajo Asclepio fueron desterrados, torturados de múltiples maneras o asesinados numerosos «herejes» más hasta que él mismo fue expulsado por la población en el invierno de 524 a 525.[15]

El «Libellus Hormisdae»

El papa Hormisdas, padre del futuro papa Silverio, quería, desde luego, llegar aún más lejos: hasta la sumisión total. Algo que Roma desea cada vez que se ofrece la ocasión. Y sus ambiciones iban, por supuesto, mucho más allá de la supresión de las directrices eclesiásticas de un **Ze**nón, de un Anastasio, más allá, en suma, del ámbito puramente religioso. Pues en el fondo, lo que está siempre enjuego es el dinero, el prestigio y el poder. De modo que, también en esta ocasión, la sede romana aspiraba a la «ampliación de la influencia papal sobre la vida interna del Imperio oriental en general, sobre su política y sobre otros aspectos de la complicada maquinaria de gobierno» (Vasiliev).[16]

Hormisdas trasmitió sus exigencias y muchas cartas por medio de una legación en enero de 519: un presbítero y dos diáconos, de los que uno de ellos sería más tarde el papa Félix. El 25 de marzo, el senado en pleno y a su cabeza Justiniano y también el campeón de la fe Vitaliano, que ya llevaba tiempo reincorporado a su antiguo cargo (a los dos últimos los llamaba Hormisdas «mis amados hijos»), los acogieron diez millas antes de llegar a Constantinopla. La legación fue recibida en la capital con teas ardientes y cánticos de alabanza y al emperador le fue entregada una carta que perfumaba con abundante incienso al matarife coronado. Hormisdas le ensalzaba como predestinado por Dios, como pacificador nato. No era el Imperio una gloria para él, sino él una gloria para el imperio. Hacía ya mucho tiempo que los pueblos esperaban anhelantes un Justino y su «dulce perfume» había llegado ya previamente a Roma, donde valían estas palabras: «Yo ya te conocía antes de que te crease en el vientre de tu madre [.,.]».[17]

Realmente, el papa Hormisdas había tenido buen olfato. Así como Anatolio tuvo en su día que suscribir la carta pastoral de León bajo la presión de Marciano y Pulquería, Juan II de Constantinopla tuvo que sufrir ahora una humillación total. Por orden de Justino firmó el *Libellus Hormisdae* en su versión plena y literal. Acacio fue anatematizado públicamente. Los nombres de Zenón y de Anastasio fueron, incluso, borrados de los dípticos eclesiásticos. Aparte de ello el patriarca y el emperador reconocieron en un escrito que no tiene par en la historia, su respuesta a la carta del papa, el derecho de aquél a regir toda la Iglesia. ¡Y prestaron su asentimiento nada menos que 2.500 obispos! Una sumisión total; vic-

toria de Roma, 4e las que hacen época. Claro que, como ya se encargaría de demostrar los decenios siguientes, fue una victoria más bien pírrica. Pues no son pocos los que ven el reinado de Justiniano, el emperador católico, como «una de las derrotas más vergonzosas del papado» (H. Rahner, S. J.). De momento, sin embargo, Hormisdas exultaba: *«Gloria in ex' celsis Deo* [...]».[18]

La unión entre Constantinopla y Roma, que condujo al restablecimiento de un gran Imperio católico-romano a la par que al total exterminio de dos pueblos germánicos, también había causado la mayor de las escisiones conocidas hasta entonces en Oriente.

Incluso durante la estancia de los legados papales (hasta el 9 de julio de 520) en Constantinopla se puso drásticamente de manifiesto cuan pro** fundos eran aún allí los enfrentamientos, cuan firme era la adhesión de algunos obispos al *Henotikon,* cuan difícil les resultaba mandar postumamente al diablo a sus predecesores, especialmente a Acacio.

La cuestión estaba relacionada con las firmas estampadas al pie del mencionado *Libellus,* las *«Regulaefidei Hormisdae»,* que presuponían el primado de Roma, el reconocimiento del Concilio de Calcedonia y de «todas las cartas» del papa León I. El metropolitano Doroteo de Tesalónica envió por ello, en 519, dos obispos con dinero de soborno a Constantinopla, que, en palabras del legado papal Juan, «hubieran podido fascinar no sólo a los hombres sino a los mismos ángeles». Y cuando el mismo obispo Juan vino personalmente a Tesalónica para conseguir la firma de Doroteo al pie del *Libellus* de su señor, el arzobispo no estaba dispuesto a ello, presentó objeciones y soliviantó finalmente a la feligresía cistiana para que cayese sobre Juan. Dos servidores del prelado y su anfitrión pagaron con la muerte. El mismo legado resultó gravemente herido. Sólo la policía impidió que su martirio fuera completo. Cuando Hormisdas citó a Doroteo a Roma al objeto de «instruirle en la fe católica», éste no sólo no obedeció, sino que escribió a Su Santidad: «¿A qué perderse en largos discursos ya que Jesucristo, nuestro Dios y Señor, os lo puede revelar todo y daros satisfacción en todo [...]?». Pretendió hacer creer al romano que fue él quien protegió a su legado exponiendo gravemente su propia vida. Y el papa, que no pudo conseguir del emperador la deposición del arzobispo, tuvo que dar, apocado, marcha atrás y replicó finalmente que quien no reconocía su culpa debe tener presente que «se ha apartado del camino cristiano».[19]

En el fondo, Hormisdas, como todo papa inteligente hasta el siglo xx, no tenía nada en absoluto contra un poco de persecución: eso da nuevos alientos, despierta a los dormidos y les hace apretar filas en tomo a la cruz. «Hermanos míos, la persecución no es nada nuevo contra la Iglesia», escribió Hormisdas en el mismo comienzo de los contiendas en torno a la política eclesiástica de la dinastía justiniana. «Y sin embargo: pre-

cisamente cuando es humillada, se yergue y se enriquece con las pérdidas que se le hayan causado. Los creyentes lo saben por experiencia: con la muerte del cuerpo se gana la vida del alma. Caduca lo ínfimo y a cambio se obüene lo eterno. La persecución pone a prueba [...]. Nuestro Señor fue el primero en subir a la cruz.»[20]

Tampoco la cúspide de los católicos pudo evitar el pago de cierto tributo de sangre a raíz del cambio de poder.

Poco después de iniciadas las tareas de gobierno, Justino, Justiniano y Vitaliano se habían garantizado seguridad mutua mediante santo juramento, prestado en la iglesia de Santa Eufemia de Calcedonia, el templo donde se había reunido el concilio del mismo nombre. Después comulgaron. El hombre de confianza del papa, Vitaliano, «nuestro celebérrimo hermano», como se decía en una carta de Justiniano a Hormisdas, había laborado mucho tiempo ha en pro de la unión con Roma y era, como campeón de la fe, mucho más popular que el mismo Justiniano y, por ello mismo, temido por éste. Vitaliano adquirió gran ascendiente y escaló las máximas dignidades. Pronto llegó a *Magister militum presentabais* y, en 520, a cónsul. Pero en junio de aquel mismo año, Justiniano, cuya política se centraba por entero en asegurar su sucesión, lo hizo asesinar, juntamente con otros oficiales, en el transcurso de una fiesta en palacio: posiblemente no a manos de la soldadesca, sino de monofisitas radicales.[21]

Este final de su «amado hijo», perpetrado por otro «hijo amado», no debió de preocupar gran cosa a Su Santidad y no protestó, por supuesto. En cambio, sí que apremió al emperador para que en la cuestión de la reconciliación «no retirase su mano antes de consumar la obra, ni aflojara en su propósito por causa de la resistencia de algunos». No era en modo alguno legítimo «ceder a la voluntad de los subditos cuando ésta fuese contraria a su salvación». Hasta el mismo Justino acabó quejándose pronto, el 9 de septiembre de 520, recordándole que uno de sus predecesores, Anastasio, había sido más tolerante.[22]

Roma abandona a Ravena y se pasa al bando bizantino

El vuelco político efectuado por Justino determinó también, poco a poco y por razones tanto políticas como religiosas, un empeoramiento de las relaciones entre Bizancio y Ravena. La tendencia antigótica, encubierta mientras aún vivía Teodorico aunque éste la intuía perfectamente, sometió finalmente a este rey a un serio acoso y condujo, bajo sus desafortunados sucesores, a la reconquista de Italia por Justiniano.

Todo ello respondía a la naturaleza de las cosas y estaba ostensiblemente planeado desde un principio por más que, de momento, se hizo todo lo posible para embobar a los godos. De ahí que Justino no sólo adoptase

al hijo y sucesor de Teodorico, Eutarieo, sino que lo convirtió en su colega consular para el año 519. Pero todos los hombres conspicuos del nuevo gobierno, Justino, Vitaliano y Justiniano, habían conspirado ya con el papa antes de la eversión política buscando claramente una alianza con él. Y «la paz eclesiástica de Justino conduce rectamente a la guerra de Justiniano contra los godos» (Rubín). Pues la «paz eclesiástica» no entrañaba, naturalmente, una paz real, sino una paz entre «los hombres de buena voluntad». A otros efectos, era una alianza militar entre Bizancio y Roma, que ahora cambiaba de bando.[23]

Justino, católico comprometido, había abandonado inmediatamente el *Henotikon*, eliminando así el obstáculo principal interpuesto entre los católicos de Italia y el emperador. El papado, que hasta entonces había sido *nolens volens*, acomodaticio frente al «rey de herejes», de quien en todo caso continuó aprovechándose, se inclinó ahora fuertemente hacia Bizancio, cosa que también hizo el senado romano. Por su parte Teodorico comenzó a vigilar más de cerca a los católicos, pero ya era demasiado tarde. Si al principio existía un frente común entre el reino godo y Roma contra Bizancio, ahora se constituyó un nuevo frente, mucho más peligroso, con Roma y Bizancio contra los godos. Pues los contemporáneos de principios del siglo vi veían aún en el Imperio bizantino, cristiano y absolutista, el centro del mundo. En un principio, ciertamente, Justino condescendió con los «bárbaros» haciendo concesiones a los godos arríanos de Oriente y eximiéndolos de los *pogroms* generales contra los «herejes». Después, sin embargo, retiró esas concesiones y persiguió también a quienes hasta entonces había tolerado. Desde la transición del año 524 al 525 procedió con todo rigor contra los disidentes religiosos de entre los godos. Muchas iglesias amanas fueron cerradas, confiscadas o convertidas en católicas. También sus grandes posesiones fueron confiscadas en favor de los católicos. Los arríanos fueron excluidos de los cargos públicos y del ejército y muchos de ellos forzados a convertirse. Comenzaron las conversiones en masa, momento en que intervino Teodorico.[24] Para ello se sirvió, lamentablemente, del papa. Hormisdas no vivía ya. Había muerto el 6 de agosto de 523, siendo enterrado en San Pedro: su epitafio fue obra de su propio hijo, el futuro papa Silverio. Pero tampoco el sucesor inmediato, Juan I (523-526), de quien la historia sabe muy poco y sí, en cambio, mucho la leyenda, apenas sentía deseos de implorar una tolerancia en favor de los malditos «herejes» de Constantinopla como la que el mismo Teodorico dispensaba en Italia a los católicos; eso pese a que la atmósfera entre Roma y Ravena se había enfriado notablemente desde el año 519. Así pues, el papa Juan emprendió, estando ya enfermo, viaje a Constantinopla, donde residió desde noviembre de 525 hasta la pascua de 526. Fue objeto de un recibimiento y de celebraciones triunfales. Tras todo aquello estaba, natu-

raímente, el deseo de unidad religiosa y de unidad del imperio. Teodorico había cometido un error diplomático, apreciando probablemente de forma totalmente errónea al papa y al papado. Pero incluso sin ello, las cosas habrían ido, lo más seguro, en la misma dirección. El emperador cayó de rodillas ante el sacerdote «como si fuera el mismo san Pedro». El comunicado romano afirma incluso que el soberano «adoró al papa Juan» *(adoravit).* Éste realizó de inmediato un milagro devolviendo la vista a un ciego, pero, por lo demás, no consiguió gran cosa en favor del rey de los «herejes» y los «bárbaros». Su éxito como papa fue, en cambio, tremendo: el biógrafo papal pretende incluso que lo «obtuvo todo» del emperador. Justino devolvió ciertamente las iglesias confiscadas, pero rechazó el retomo al arrianismo de los convertidos a la fuerza, y es harto probable que en ello coincidiese con Juan. Cuando éste volvió enfermo y fatigado por el viaje a Ravena, muriendo de allí a poco, el 18 de mayo de 526, la leyenda católica tomó pie de este fin tan poco glorioso en la corte del rey «hereje» para transfigurarlo en martirio precedido de un horrible cautiverio. Senadores y pueblo se disputaron las reliquias ya en su lecho de muerte y durante su entierro tuvo lugar un nuevo milagro. En su epitafio, en la sala de la basílica de San Pedro, el «obispo del Señor» figura ya como víctima sacrificada por amor a Cristo. El *Líber pontificalis* lo llama «mártir», mientras que el «rey de herejes», según el biógrafo papal, «ardía en cólera y quena ahogar a toda Italia con su espada». ¡Qué metáfora tan acertada! (Más tarde, algunas leyendas cristianas demonizan a Teodorico. A finales de aquel siglo, en cambio, Gregorio I registra ya milagros realizados por Juan todavía en vida y el obispo Gregorio de Tours, que fabrica uno tras otro libros cuajados de milagros, nos comunica finalmente que el furioso perseguidor de católicos, aprisionó al papa y lo aherrojó: «Yo te quitaré la costumbre de seguir pronunciando maledicencias contra nuestra secta» y «en medio de muchas mortificaciones [...] el santo de Dios» entregó su espíritu.)[25]

¡Así escriben la historia los cristianos!

Al año siguiente, en 527, Justino promulgó una ley contra los «herejes», que arruinaba prácticamente la existencia civil de todos los no católicos. Pues «aquellos que no honran a Dios de manera recta deben también ser privados de los bienes humanos». Pero todo el que no pertenecía a la Iglesia católica debía ser considerado «herético». Objeto de mención expresa fueron los siguientes grupos: maniqueos, samaritanos, judíos y helenos, es decir, paganos.[26]

Las cruzadas tempranas y toda índole de historias sacras arábigo-etíopes

Una especie de cruzada llevó ya a Jusüno a Arabia del Sur, si bien era más bien el comercio y no la misión lo que allí estaba en juego. Ergo, ya entonces -para decirlo con Nietzsche- piratería de alto estilo. Eso es todo...

Una ofensiva de la Abisinia cristiana en Arabia del Sur acarreó una persecución de cristianos y destrucción de iglesias por parte del rey Yusuf (Dhu Nuwas), un fanático prosélito judío. Su antagonista 'Ella 'Asbeha, dominador de Abisinia y cristiano monofisita, llamado «el Rey Cristiano» había atacado a Yusuf en 522, pero llevó la peor parte en dos batallas. Yusuf «limpió» entonces brutalmente su país de misioneros, comerciantes y espías cristianos, y a 300 soldados del ejército invasor cristiano, que se habían entregado voluntariamente, los hizo sacrificar faltando a su santo juramento por Adonai y la Tora. A otros tantos los hizo quemar vivos en la iglesia principal de Zhafar. El Negus 'Ella 'Asbeha limpió Abisinia de los agentes de Yusuf. Éste pidió ayuda al Gran Rey Persa. 'Ella 'Asbeha, que se dedicaba ante todo a ampliar afanosamente su flota, la solicitó del emperador Justino, quien le urgió atacar al «abominable y desalmado judío» por tierra y por mar. Detrás de este conflicto se ocultaban, ostensiblemente, intereses de política comercial. El propio cristianismo abisinio había surgido de las colonias comerciales. El emperador, católico estricto y duro perseguidor de los monofisitas, llegó a rogar, pese a ello, al patriarca alejandrino, el monofisita Timoteo, de quien dependía jurisdiccionalmente la iglesia etíope, que favoreciese amistosamente su misión diplomática ante el Negus, quien obtuvo las bendiciones del príncipe eclesiástico y un considerable número de barcos para el transporte de tropas del emperador.[27]

El Negus envió de momento, en el invierno de 524-525, un ejército de jinetes de la fe de hasta quince mil hombres, según se supone, hacia Arabia del Sur, ejército que desapareció como por encanto tras 22 días de marcha por un desierto sin agua. El grueso de las tropas avanzó hacia la costa poco después de Pentecostés y tras un misa solemne, dándose el caso de que en la travesía, el santo estilita Pantaleón, que vivió 45 años de pie, en vigilia y en oración, sobre una torre en el pico de una montaña (manifiestamente, para estar más cerca de Dios) profetizó la victoria y dispersó al Negus una bendición más. Al llegar a Arabia la flota invasora -la inmensa mayoría de los barcos, 60 la habían fletado comerciantes bizantinos, persas y abisinios- las tropas de asalto recibieron la comunión. Los monjes ayudaron remando durante el desembarco y como quiera que a los abisinios se les apareció ahora no sólo el arcángel San Gabriel, sino también Pantaleón el estilita, Yusuf resultó vencido, tanto más fácilmen-

te, cuanto que, además, le traicionaron los suyos. Él y los comandantes que le permanecieron fieles murieron al filo de la espada cristiana. Después de ello, el Negus 'Ella se apoderó en Zhafard, la capital de la familia y los tesoros de Yusuf e hizo expoliar despiadadamente el país durante siete meses, mientras las iglesias surgían como las setas. La población fue sometida a tales vejaciones que se tatuaba cruces en el cuerpo con tal de escapar al terror del Negus. Arabia del Sur perdió su autonomía, estableciéndose en ella un gobierno cristiano. 'Ella 'Asbeha, por su parte, es hasta hoy santo de la Iglesia. Es más, va casi «a la cabeza en el interés del mundo Occidental por las experiencias salvíficas arábigo-etíopes» (Rubin).[28]

El judaismo, que, al igual que en otros muchos lugares, también estaba en Abisinia, más que probablemente, entre los precursores del cristianismo, no pudo ya mantenerse allí después del triunfo de éste. A mediados del siglo vn cristianos fanáticos forzaron a los judíos a emigrar.[29]

En otro intento de expansión por Oriente, el emperador Justino puso en práctica un método que se haría clásico con el tiempo hasta convertirse en una norma básica del arte cristiano de gobernar, norma que ha perdurado hasta la moderna época colonial: primero procedió como evangelizador, valiéndose del clero y del agua bautismal; después como diplomático y finalmente, más o menos en el último año de su reinado, enviando tropas. De este modo Bizancio creó en el Caucase, con sus importantes pasos de montaña, una zona tapón permanente y de gran valor estratégico, avanzando hasta la actual Georgia. Una vez más los intereses estratégicos confluían aquí con otros de índole comercial no menos importantes.[30]

Los georgianos estaban bajo soberanía persa, pero eran cristianos desde el siglo iv y tuvieron no pocos conflictos con los representantes de la religión del fuego mazdeísta. Finalmente, los cristianos rebeldes, dirigidos por su clero, llamaron en su ayuda al emperador Justino, cosa que habían concertado sin duda alguna con él. Justino envió primero un ejército de hunos con el *Magister militum* Pedro a su cabeza, quien debía luchar «con la máxima energía», pero éste no consiguió nada y fue revocado de su cargo en 526. Bien pronto, sin embargo, los jóvenes estrategas Belisario y Sitias se hicieron cargo de las operaciones en la frontera oriental, siendo apoyados por los sarracenos del príncipe árabe Tafar. Los combatientes cristianos se apoderaron por lo pronto de gran cantidad de botín y de esclavos. Después, no obstante, sufrieron dos serias derrotas en Thannuris y Melabas, provocadas, sobre todo, por el intrincado sistema de obstáculos, fosos-trampa y caballos de Frisa montado por los persas.[31]

Entretanto, Justino murió el 1 de agosto de 527 a la edad de 75 o 77 años, al reabrírsele una herida de flecha en el pie, siguiéndole en la regencia su sobrino Justiniano, a quien primero apartó enérgicamente de sí el soberano enfermo, que no quería soltar aún el timón del Estado. Es pro-

bable, con todo, que Justiniano fuese desde el mismo comienzo el *spiritus rector* áe la política de Justino.[32]

El emperador Justiniano, dominador de la Iglesia

Justiniano I (527-565) hijo de campesinos macedonios como su tío, pero exquisitamente educado, tenía 45 años cuando inició su gobierno. Era un pícnico, de estatura media, carirredondo y con calvicie prematura. Probablemente un tipo dinárico, hombre lleno de contradicciones y enigmas, en aquel entonces, y en nuestros días, un semidiós o un satán, según el ángulo desde el cual se le mire. Se mezclaban en él la viveza de espíritu con una capacidad de trabajo casi excepcional y también con la desconfianza y la envidia. Era minucioso, enérgico, algo rabulístico y simulador; un intrigante sin escrúpulos. Comía poco y a veces ayunaba durante varios días. Todo lo quería hacer él mismo, como corresponde a un tipo humano obsesionado por la actividad; tan enamorado del detalle que sus actos rayaban con frecuencia en la pedantería. Dormía poco —el *«emperador insomne»*- y muchos días, según parece, sólo una hora: «El más vigilante de todos los emperadores». Debió de pasar muchas noches enteras discutiendo con obispos y hombres de gran santidad. «La noche -afirma Procopio, modelo de la historiografía bizantina en su *Historia Secreta*- se la pasa sentado, conversando sin vigilancia [...] y pretende desentrañar sutilmente y con la ayuda de ancianos sacerdotes los enigmas del cristianismo.» Gobernó el mundo sin abandonar apenas su palacio, desde su escritorio, por así decir. Con la ayuda de sus generales Belisario y Narsés forzó la reconquista y reconversión de Occidente al cristianismo. Tres cuartas partes de su reinado, que casi duró cuarenta años, se ocuparon en guerras. A despecho de todo ello se sentía como representante de Dios sobre la Tierra y en consecuencia también como dirigente supremo de la Iglesia: como todos los emperadores bizantinos, tanto de la primera como de la última época imperial. El patriarca, en cambio, no era otra cosa que el obispo de la corte: como cualquier otro patriarca, como el papa. Calificaba a su firma de «divina», su propiedad y él mismo eran «sagrados» (los papas adoptarían pronto esa «sacralidad»). Todas las edificaciones de su palacio estaban santificadas: recordemos al respecto a Constantino I, el Salvador, el Redentor, que se autotitulaba «Nuestra Divinidad».

Si Justiniano da muestras de una incesante actividad en lo político, no es menor la que despliega en lo teológico hasta el punto de que bien podría afirmarse que había errado su profesión. Naturalemte sólo ante algunos puede pasar como un experto. Para otros es simplemente una especie de infeliz aficionado a la teología, un amateur. Aunque haya sido, casi

hasta el final de sus días, un católico de firme adhesión a las doctrinas de Roma -no exento, sin embargo, de trayectorias oportunistas en zigzag- se siente, no obstante, como legislador de la Iglesia, como su amo y señor. Es él quien fija las fechas de los sínodos, quien se reserva el derecho de convocatoria de un concilio ecuménico y de sancionar los cánones conciliares equiparándolos a las leyes del Estado. Resuelve autocráticamente problemas de fe, promulga decretos relativos a la fe. Ocupa las sedes obispales según su arbitrio, algo que se venía haciendo, desde tiempo ha, en Oriente. Pero no sólo es legislador de la Iglesia, no sólo decreta «qué requisitos debe reunir la ordenación de obispos u otros miembros del clero», «qué vida deben llevar los monjes», etc., sino que también es autor de obras de teología y escribe, incluso, himnos sagrados. A medida que envejece tanto más intensa e inequívoca es su dedicación a la teología. Construye Hagia Sophia y gasta, presumiblemente, 320.000 libras de oro en ello. Bajo su gobierno, las iglesias y los monasterios surgen como las setas en todas las provincias. Su pasión constructorora es, si cabe, aún mayor que la de Constantino I. Justiniano, cuyo afán es el restablecimiento del imperio, no sólo es el dominador de la *Catholica,* sino que es además reconocido como tal por el obispo romano, por la ciudad de Roma. A partir de Pelagio I (556-561), Occidente debe contar con la confirmación imperial de la elección de un nuevo papa antes de proceder a la consagración del mismo.[33] i^

Justiniano emula la humildad de Cristo y «pone en orden las guerras y los asuntos religiosos»

Política y religión van indisolublemnte unidas en el imperio Justiniano, que se extiende desde el Golfo Pérsico hasta España. Junto a su actividad organizadora y a sus operaciones militares, este emperador, que se cree dotado de la sabiduría divina, mejor aún, inspirado por ella, consagra grandes esfuerzos a la política eclesiástica. ¡Pues la idea imperial bizantina no conoce en absoluto la separación de poderes entre el Estado y la Iglesia! El emperador es, propiamente, jefe y señor supremo de la Iglesia. Más que estar en ella, está sobre ella. Es él quien regula las cuestiones eclesiásticas, las relativas al culto y la teología, la lucha contra las «herejías», contra los paganos, al igual que lo hace con cualesquiera otros asuntos civiles o militares. «Cada misa solemne celebrada en Santa Sofía y en la que participe el emperador, tiene la impronta de una manifestación política. Como contrapartida, los actos de Estado en el sacro palacio apenas se distinguen de una misa solemne. La confusión entre las esferas mundana y espiritual es algo característico del Imperio bizantino» (Rubín). El soberano es en él responsable ante Cristo de la ortodoxia, de la Iglesia y

del Reino de Cristo sobre la Tierra. Es la «auténüca encamación de este reino, el mediador entre Cristo y la humanidad», el «Vicario de Cristo» (Dólger).[34]

El comienzo del *Codex lustinianus* lo ocupan las leyes relativas a la política eclesiástica. Trece títulos hablan de la fe, de la Iglesia y de los obispos. Ya la primera ley contiene una profesión de fe en toda regla. La siguiente comienza así: «Como quiera que servimos incondicionalmente al Redentor y Señor del mundo, Jesucristo nuestro Dios verdadero, nos esforzamos por ello en emular, en la medida en que ello resulta posible al espíritu humano, su humildad y condescendencia». (Algo que suena de lo más curioso en la boca de uno de los mayores autócratas de todos los tiempos, aunque, desde luego, también sea al mismo üempo uno de los mayores simuladores.) Treinta y cuatro de las leyes complementarias posteriores se refieren asimismo al derecho canónico.[35]

Ya la ley del 1 de marzo de 528, en los inicios de su reinado, contiene pasajes como este: «Toda nuestra solicitud tiene sus ojos puestos en las iglesias santísimas en honor de la Trinidad de esencia indivisa y sacrosanta, en la confianza de poder salvamos a nosotros mismos y al Estado gracias a ella». Y al patriarca le escribía también a la sazón: «Toda nuestra solicitud busca favorecer a las iglesias, gracias a las cuales mantenemos confiadamente nuestro Imperio y consolidamos la vida pública merced a la gracia de Dios, que ama a los hombres».[36]

En la introducción a la sexta ley complementaria del 16 de marzo de 535 el monarca escribe que los hombres deben a la suprema bondad del cielo dos excelsos dones de Dios: la potestad obispal y el poder imperial. Aquélla está al servicio de las cosas divinas; éste rige lo terrenal. «Ambas emanan de un mismo y único origen y son la gloria de la vida humana. De ahí que nada esté tan profundamente arraigado en el corazón de los emperadores como el profundo respeto ante la potestad obispal ya que, en reciprocidad, los obispos están perpetuamente obligados a rezar por los emperadores.»[37]

La vieja canción: el trono y el altar, y en este caso, prácticamente fundidos, constituyen una misma cosa. Razón para que el soberano pueda, con la máxima convicción, poner la fe por encima de todo. De ahí que su edicto sobre la fe dirigido a la población de Constantinopla el 4 de abril de 544 asegure lo siguiente: «Consideramos que el primer y supremo bien de todos los hombres es la recta profesión de la fe de Cristo, verdadera e incontaminada, para que pueda mostrar su vigor por doquier y para que todos los santísimos sacerdotes se unan en una misma convicción, reconozcan unánimemente la verdadera fe cristiana y se erradiquen todas las excusas inventadas por los heréticos».[38]

Justiniano concedió fuerza legal a los cánones de los cuatro concilios «ecuménicos» (Ley complem. 131,1). Pero la influencia cristiana se hace

ver asimismo a menudo incluso en ámbitos totalmente exteriores al de la legislación eclesiástica como cuando en medio del texto de los decretos más profanos, en una resolución, por ejemplo, para atajar los excesos en el juego de dados, se enfatiza de súbito que «él pone en orden las *guerras* y los asuntos religiosos». En otro que prohibe la homosexualidad no se remite a los pertinentes pasajes de sus códigos, sino al Antiguo Testamento. (¡A muchos «corruptores de hombres» [Zonaras] los castigó con la amputación de sus órganos sexuales!)[39]

Exprimir a los seglares para privilegiar a los obispos

Como señor de la Iglesia imperial, Justiniano acrecentó aún más la influencia, ya muy considerable, de los obispos. Su inmunidad y sus derechos estamentales fueron objeto de considerable ampliación. Obtuvieron un *privilegium fori* casi total. El emperador los eximió de la obligación del juramento de testigo y también de la citación ante tribunales civiles o militares, de no ser que él mismo diese su autorización especial al respecto. En cambio amplió la jurisdicción obispal sobre el clero extendiéndola de los casos a resolver por derecho canónico a aquellos propios del derecho civil. El acrecentamiento del poder obispal abarcó a todos los aspectos de la administración. Hacían las veces de autoridad inspectora al servicio del soberano y particularmente en la administración fiscal, en la recaptación de impuestos, en el avituallamiento y en el tráfico. También recayó en ellos el control de las prisiones. Ya intervenían en la elección de todas las autoridades de sus respectivos municipios y obtuvieron funciones de arbitraje incluso frente al gobernador, en caso de prevaricación, supuesta o real, de este último o en caso de litigio en el que él mismo (el gobernador) se viese envuelto. Era deber suyo informar al gobierno acerca de cómo los gobernadores desempeñaban su cargo. En una palabra, el obispo se convirtió en la auténtica cabeza de una ciudad, adquiriendo una autoridad superior a la del gobernador estatal.

El emperador garantizaba por su parte la conservación del patrimonio obispal. Concedió además a la Iglesia el derecho a apropiarse de legados que el testador había destinado de forma indeterminada a fines religiosos. **De** estos legados debía beneficiarse el heredero sólo a corto plazo, tras el cual podía pasar en todo momento a poder de la Iglesia, prescribiendo ese derecho sólo después de un siglo. Las donaciones en favor de la Iglesia estaban exentas de impuestos. También gozaban de esa exención total las más de mil empresas económicas de la «Gran Iglesia» de Constantinopla. En cambio no estaba permitido usar bienes eclesiásticos de cualquier índole para fines profanos, si se exceptúa el rescate de prisioneros.[40]

Obviamente, el clero desplegaba una amplia propaganda en favor de

un regente que tan inmensamente lo favorecía y, consecuentemente, se hacía también cómplice de todos los grandes crímenes de Estado. Directa o indirectamente apoyaba las tremendas guerras del emperador así como la tremenda explotación de sus subditos y, no en último lugar, la padecida por los ricos.

Algo que también es sumamente significativo: la progresiva desautorización del pueblo en el seno mismo de la Iglesia. Si hasta entonces, al menos en la época preconstantiniana e incluso después, el pueblo participaba en la elección de los obispos, ahora esa participación quedó reducida a los principales de cada ciudad. Sólo el clero y los notables locales debían ahora determinar la elección obispal. De hecho, no obstante, el gobierno hacía valer siempre su opinión en la provisión de las sedes más importantes. Eso cuando no retiraba de inmediato a los candidatos no deseados o imponía los de su agrado, sobre todo en Constantinopla. Hasta la propia elección del papa requería la confirmación imperial. Los derechos de consagración eran considerables y en el caso de un patriarca nada menos que 20 libras de oro. Eso los legales, pues las tarifas cobradas ilegalmente eran considerablemente superiores.[41]

Justiniano, que favorecía en todo cuanto podía a los obispos, era a menudo indulgente con los ministros, generales y funcionarios corruptos y en general de buen trato para con los proceres. Simultáneamente esquilmaba a las masas, oprimía duramente al pueblo, apretaba implacablemente la presa del fisco, no sin la muy particular intervención, a lo que parece, de la emperatriz, con cuya ayuda arruinó asimismo a innumerables ricos.

En su *Historia Secreta,* perfumada por el escándalo y publicada postumamente, Procopio, el más destacado representante de la literatura de la época, escribe así: «Justiniano aspiraba con insaciable codicia a apoderarse del patrimonio de los demás y a derramar su sangre. Después de despojar de sus bienes a las familias más ricas, puso sus ojos en otras personas para conseguir también su desdicha». Procopio nos narra acciones bandidescas de gran estilo, informa sobre las sucias tretas usadas contra comerciantes y navieros, sin silenciar «la mala pasada del emperador con la moneda fraccionaria. Antes, los cambistas daban *llOfoles* por un estatera, pero Justiniano ordenó que en el futuro sólo diesen *ISOfoles* por él y de este modo, por cada pieza de oro ganó una sexta parte».[42]

También el historiador bizantino Evagrio Escolástico, un abogado antioqueno que escribió una historia eclesiástica en seis libros que abarcaban la época comprendida entre los años 431 y 594, la fuente más importante para informarse sobre las controversias cristológicas y concebida, por cierto, desde un punto de vista estrictamente católico, nos informa así:
«Justiniano estaba poseído por una codicia insaciable de dinero y era tan concupiscente de la propiedad ajena que vendió por dinero todo su reino a los funcionarios y recaudadores de impuestos y a todos cuantos querían,

sin motivo alguno, poner ataduras a los hombres. Bajo pretextos fútiles despojó de todo su patrimonio no ya a muchas, sino a innumerables personas acaudaladas [...]. Usó el dinero sin remilgos, levantando por doquier muchas y suntuosas iglesias y otras pías edificaciones para el cuidado de niños y niñas, ancianos y ancianas, así como de los aquejados por diversas enfermedades».[43]

El historiador de la Iglesia Evagrio ilustra asimismo drásticamente un rasgo repulsivo y característico de Constantino al que nos referíamos antes de pasada, rasgo por el que «sobrepasaba la mentalidad de las bestias»: la indulgencia criminal para con sus favoritos, en este caso el partido católico de los «azules» en el circo (adversarios de los «verdes», monofisitas). Ambos partidos eran organizaciones deportivas, pero también políticas -algo largamente ignorado- pues en cuanto exponentes y representantes del pueblo «jugaban un papel muy relevante en todas las grandes ciudades del imperio» (Ostrogorsky). Según Evagrio, un católico estricto, el emperador apoyaba de tal modo a los «azules», que «éstos asesinaban alevosamente a sus adversarios en medio de la ciudad y a plena luz del día y no sólo con conciencia de plena impunidad, sino también con la esperanza de ser obsequiados por ello. Ello hizo que muchos se convirtiesen en asesinos. Estaba asimismo en su mano el irrumpir impunemente en las casas para saquear los objetos de valor guardados en ellas y hasta el de vender a los dueños por dinero el simple derecho a salvar sus vidas. Y si algún funcionario trataba de poner freno a todo ello, sólo conseguía poner en juego su propia vida. Cuando un *comes Orientis* hizo ahorcar merecidamente a algunos rebeldes, fue ahorcado él mismo en medio de la ciudad y su cuerpo arrastrado por ella. Cuando el superior de la provincia de Cilicia condujo a cumplir su pena legal a dos asesinos nativos llamados Pablo y Faustino, que le habían atacado con ánimo de asesinarlo, él mismo acabó crucificado recibiendo así el castigo por su actitud concorde con la razón y la ley. De ahí que los seguidores del otro partido optaran por huir. Pero como quiera que nadie les daba cobijo y anduviesen errantes por doquier como criminales marcados por el estigma de la maldición, acechaban a los viajeros y perpetraban asaltos y asesinatos de modo que por todas partes amenazaban la muerte imprevista, el saqueo y otros delitos. Ocurría también ocasionalmente que la violencia de su ánimo mudaba bruscamente de signo y entregaba al rigor de la ley a todos aquellos a quienes había dado suelta en las ciudades para que delinquiesen como bárbaros. Todas las palabras son pocas y el tiempo demasiado escaso para describir adecuadamente la situación. Lo dicho hasta aquí basta para hacerse una idea de lo demás».[43]

Por su parte, el historiador Juan Zonaras, que escribió desde luego bastante más tarde, en el siglo xn, tras retirarse como monje a Glykeria (la actual Niandro), una de las islas que servían de residencia a los prínci-

pes imperiales, después de haber sido comandante de la guardia personal del emperador y presidente de su cancillería, nos dice sobre Justiniano:
«Este emperador era muy accesible pero prestaba fácilmente oído a las calumnias y era duro y pronto para la venganza. No era parsimonioso con el dinero, sino que lo derrochaba, siendo implacable en el modo de procurárselo. En parte lo gastaba en edificaciones, en parte en satisfacer sus caprichos ocasionales. En parte lo dilapidó en guerras y en la lucha contra todos cuantos oponían resistencia a sus deseos».[44]

Justiniano mismo veía (aparentemente) de forma muy distinta todo esto haciendo, cuando menos, votos solemnes «de pasar día y noche en continuos desvelos y cuidados para procurar a los subditos todo cuanto redundase en su provecho y fuese agradable a Dios. NOS no asumimos estas preocupaciones inútilmente, sino que las ponemos mediante nuestro asiduo trabajo al servicio de objetivos que permitan a NUESTROS subditos gozar de bienestar libres de todo temor mientras tomamos sobre NOS todos sus cuidados».[45]

Prescindiendo efectivamente de unos cuantos panegiristas más o menos ingenuos (tales como el poeta Paulo Silentario, Juan Lido, en quien no faltan, sin embargo, algunos tonos críticos que aluden precisamente a la política interior, y Agapito, diácono de Hagia Sophia y supuesto maestro de Justiniano), los historiadores nos pintan una y otra vez al emperador como a un déspota de despiadada rapacidad. Y ni la similitud de los reproches lanzados contra él, ni la, en algunos casos, insuficiente documentación, escribe B. Rubín, alteran para nada «el hecho de que en su mayor parte estaban justificados. Eso es algo que cabe destacar a despecho de todos los errores objetivos y de la distinta acentuación, dependiente del estamento y de la adscripción política o confesional de los críticos».[46]

El ministro de hacienda de Justino era el *Prafectus praetorio* Juan de Capadocia. Encumbrado a partir de un humildísimo estrato social, desempeñaba la ingrata tarea de estrujar, en provecho de su amo, todo cuanto resultaba estrujable. Aplicó, al parecer, torturas bestiales y mediante el sistema de prestaciones personales, exigidas por sus inspectores, arruinó provincias enteras. Era objeto de odios extremos, pero gozaba de gran favor ante el emperador, tanto más cuanto que éste necesitaba cantidades cada vez mayores de dinero, de modo que la política fiscal se hizo cada vez más importante y, apenas subido al trono, dobló los gravámenes para triplicarlos en seguida. Juan tenía, desde luego, una imaginación inagotable para inventar nuevos métodos de esquilmar. Aparte de ello resultaba ya como persona una verdadera provocación para el pueblo por sus bacanales de borrachera y lascivia, notorias en la ciudad, y también por sus apariciones en público, acompañado de todo su harén. Con todo, procuró -vano intento- limitar el poder de los grandes latifundistas.

Investigadores de la relevancia de un Ostrogorsky y de un Haller hablan positivamente de su ejecutoria administrativa, calificándolo de gran ministro, el adversario más importante de Teodora, la esposa de Justiniano, por culpa de la cual perdió Juan sus cargos en 543 y en cuyo nombre solía jurar el mismo soberano, una vez difunta, en ocasiones muy solemnes.[47]

Teodora, amante de criados y patriarcas (?)... y esposa del emperador

Ella tenía, incuesüonablemente, gran ascendiente sobre él. «No hacían nada el uno sin el otro», anota Procopio dos años después de la muerte de ella, afirmación más aplicable, en propiedad, a él que a ella. Teodora, una mujercita grácil, siempre elegante, delgada, pálida, de ojos grandes y negros, que miraban con vivacidad, era temperamental y no carente de ingenio. Poseía asimismo una enorme fuerza de voluntad y era, de seguro, aún más enérgica que su marido. Veinticinco años estuvo sentada junto a él y no tan sólo ocupando el trono, pues en realidad era una especie de viceemperador y corregente. En ocasiones regía, incluso, más que el propio Justiniano. De ahí que se permitiera escribir al rey de los persas: «El emperador no decide nunca nada sin consultarme previamente».[48]

Teodora era hija de un vigilante de osos del hipódromo. Según Procopio, cuando aún era una niña mantenía ya relaciones antinaturales y lascivas con los jóvenes hijos de proceres que venían a visitar el circo. Después prestó «servicios obscenos como paje» en una casa pública, llegando a entregarse, en una sola orgía, a más de cuarenta hombres. Según confesión propia, Procopio se vio efectivamente obligado a callar muchas cosas «por temor a los espías, a la venganza de los poderosos, a la más horrible de las penas de muerte», pero precisamente en su *Historia arcana* se muestra proclive a la denigración. Dicha historia rezuma, en verdad, odio incontenible contra Justiniano y Teodora a quienes él («y la mayoría de nosotros») tenía por auténticos engendros propios de una pesadilla, por la encamación de figuras infernales, por diablos en figura humana, ilustrándolo todo con profusión de anécdotas espeluznantes. Téngase, sin embargo, en cuenta que todo esto proviene de la pluma de un patriota declarado, completamente leal, en el fondo, a la causa del Imperio. Y por violenta que sea su retórica e inagotable su caudal de palabras; por violentos que sean los torrentes de enormes y, no pocas veces, increíbles improperios con los que fustiga la política de la cristianísima pareja imperial, su crítica sabe casi siempre poner el dedo en la llaga. Entre otras cosas nos informa de dos niños de Teodora y de los continuos abortos de quien, de ahí a poco, tanto predicaría el recato y la castidad. Venal, indigna y lasciva, así la denomina un moderno historiador, y también

auténtico «producto cosmopolita, mezcla de grosera prostituta, payaso femenino y cabaretista» (Rubín). Todavía hoy, sus enigmáticos ojos, insondablemente oscuros, siguen mirándonos fijamente desde los mosaicos de Ravena.[49]

Teodora puso fin a su actividad como actriz de teatro, actividad que se agotaba por lo demás en la pantomima cómica o en los «cuadros vivos» -y que también desplegó presumiblemente en el teatro «de las cortesanas»- al casarse con el gobernador de las provincias africanas Hecébolo. Éste, sin embargo, la mandó pronto a paseo, algo que no redundó en su perjuicio, pues después de volver, parece, al vil arroyo, pronto limitó su trato, el íntimo, a personas de alta o de altísima posición. Entre ellas, probablemente, el patriarca monofisita de Alejandría, Timoteo III, su «padre espiritual», a quien recordó agradecida toda su vida y a continuación, tal vez, el patriarca Severo de Antioquía, a cuyas manos pasó desde las de Timoteo. Después se enamoró de ella Justiniano, quien la ennobleció y acabó casándose con aquel «tigre femenino», grácil, tenaz e impulsado por el instinto. Justiniano leía en sus ojos sus deseos y puso medio mundo a sus pies. Muy raras veces hubo en verdad, en la esfera del poder supremo, dos personas que estuviesen tan hechas la una para la otra. «El sistema del Estado se convirtió en combustible que alimentaba el fuego de aquel amor» (Procopio).[50]

Teodora compartía con Justino la pasión por la teología y la política religiosa. Sin embargo, en contraposición a él, adalid fanático, según todas las apariencias, del Concilio de Calcedonia, ella era, ya antes de su ascenso al trono, partidaria de los monofisitas. Ello era, tal vez, resultado de su antiguo amor al patriarca Timoteo, su «padre espiritual». En todo caso le valió mucho incienso de parte de los teólogos monofisitas, quienes falsearon incluso su origen haciéndola pasar por hija de un sacerdote monofisita. A raíz de su muerte celebraron su fama haciendo repicar las campanas de todas las iglesias. Es posible que ella creyera realmente -ya entre sus contemporáneos corrían al respecto los más diversos rumores- en lo que propugnaba. Desde sus mismos comienzos el cristianismo introdujo la discordia entre los más allegados separando, bajo la incitación implacable del clero a los hijos de sus padres, a la mujer de su marido. Puede ser, sin embargo, que Justiniano y Teodora se limitaran, como ya sospecharon el emperador Anastasio y los suyos, a representar una comedia ante el mundo, mofándose cínicamente de él tras haber acordado pérfidamente que el uno profesase en favor de las dos naturalezas del Señor y el otro en favor de una única naturaleza, es decir, en favor, cada uno de ellos, de una de las dos grandes comunidades cristianas al objeto de vincular a ambas a la casa imperial.[51]

Teodora llegó incluso a fundar monasterios de los que partían misioneros monofisitas y a sabiendas de todos, incluido su propio marido, dio

cobijo en su palacio a muchos prelados de ese credo. El patriarca Antimos, a quien Justiniano elevó a la sede de Constantinopla en 535, en una de las fases monofisitas de su política, para darle la patada, al año siguiente por consideración al papa y también, ostensiblemente, con vistas a sus planes de guerra para Italia, sólo salió doce años después del palacio, cuando ya era cadáver.[52]

La hetaira, notoria en toda la ciudad, se convirtió súbitamente, una vez esposa del emperador, en un mujer casta y pía. Su mano era desprendida para con las iglesias y los monasterios. Propugnaba leyes matrimoniales, reglamentaba la vida nocturna e intentaba, incluso, reeducar a las prostitutas de Constantinopla en una «Casa de Penitencia», acogiendo allí a más de quinientas niñas y mujeres por las que pagaba a razón de 5 piezas de oro por cada una. La mayoría de ellas se arrojaron, parece, al mar llevadas de la pura desesperación. Comoquiera que fuese, en ella, el ascetismo y la frustación se tomaron en inhumanidad. Y así, mientras otrora gustaba usar del coito en beneficio de su vida, ahora se complacía en ordenar torturas como recreo de esa misma vida. Día a día acudía a la cámara de los tormentos para deleitarse ávidamente en su contemplación. «Si no ejecutas mis órdenes -rezaba su máxima favorita-, te juro por el Eterno que haré que te arranquen la piel de la espalda a latigazos».[53]

Sin duda alguna Teodora, cuyo despotismo, amor y, sobre todo, odio rebasaban todo límite y a la que una fruición casi maníaca le impulsaba a imponer a sus enemigos el destierro, la prisión, la muerte y toda clase de oprobios y deshonras, era cien veces más temperamental que su coronado señor y también capaz de liquidar despiadadamente a los mismos favoritos de este último. Fue ella, según parece, la que dio también instrucciones para organizar una serie de procesos-farsa contra supuestos homosexuales de las clases altas. Pues, si hemos de creer a Procopio, el rostro de Justiniano no dejaba traslucir ira o indignación ni siquiera frente a quienes provocaban el más estridente de los escándalos, sino que «con suave mirada, con las cejas levemente caídas y en tono grave, ordenaba matar a millones de inocentes, destruir ciudades y requisar todas sus propiedades para las arcas del Estado. Con este carácter el hombre hubiese podido pasar ante todos como un manso cordero». Y no olvidemos que este hombre era el mismo cuya piedad se alababa acá y acullá, que llevaba el epíteto de «divino», cuya ley y palacio eran denominados *«sacer»* y *«sanctus».* El mismo era celebrado como el más pío de los príncipes *(piissimus).* Hombre capaz de escribir por su parte: «El emperador, cuya soberanía está basada en la santa religión, gobierna por la gracia de nuestro Señor en las cosas terrenales [...] habiendo obtenido su cetro por la bondad del Poder eterno».[54]

Apenas es posible imaginarse a Teodora combinando esa continencia **de** manso cordero con esos zarpazos de bestia más que carnicera. Pero,

dejando eso aparte, hasta su muerte, acaecida en 548 a causa de un cáncer y cuando contaba 52 años, fue tan maníaca de la pompa, tan codiciosa del poder y del dinero, tan sanguinaria y embustera, tan desaprensiva como el mismo Justiniano. Una parte de las fincas con que le obsequió el emperador estaba en Asia Menor o en Egipto y solía recorrerlas en sus viajes, al final de su vida, acompañada de un séquito de servidores en número de 4.000 personas, despilfarraba en un santiamén sumas desorbitadas. Ella misma provenía de la nada pero extremaba los gastos de representación. No había nada en lo que ella no interviniese con su opinión y con sus intrigas, ya fuese en la administración, en la diplomacia o en la Iglesia. Encumbraba a sus favoritos a posiciones clave y hacía y deshacía patriarcas, ministros y generales.[55]

Impuso también prescriptivamente el humillante saludo de la prosternación ante el soberano (la *Proskynese) y* vigilaba con ojos de argos un protocolo que obligaba a sufrir larguísimas esperas en las antecámaras incluso a los más altos cargos de la corte. Prodigaba la cárcel y el exilio a todos cuantos no eran de su agrado. Es más, convocaba tribunales especiales con tal de saciar antes su sed de venganza y engrosar aún más su gigantesco patrimonio. Procopio informa acerca de un senador próximo a Belisario, senador que acabó encadenado a un pesebre en un calabozo subterráneo: «Lo único que la faltaba para dar la imagen total de un asno era el relincho del animal». Y sobre el general Buzas, cuya actividad militar ha merecido hasta nuestros días juicios ampliamente favorables y que se pasó al parecer más de dos años encerrado en una cárcel sin luz del palacio, nos dice Procopio: «El hombre que venía diariamente a arrojarle la comida lo trataba como un animal a otro animal, como un mudo ante otro mudo». Teodora no era la última en sacar provecho de las confiscaciones, cada vez más numerosas, de patrimonios privados. En relación con ello había, al servicio de sus intereses, todo un estado mayor propio, con chivatos y agentes secretos, de modo que, tras su muerte, el emperador se limitó a hacerse cargo de este cuerpo de agentes aunque no supo usarlo con la misma alevosía.[56]

Como mujer a la que nada resultaba más ajeno que el estudio de actas, la erudita obsesión por el detalle y, a mayor abundancia, la ocupación en bagatelas, hallaba, al revés que Justiniano, tiempo suficiente para cuidar su físico. Al decir de Procopio, quien desde luego tenía una lengua especialmente venenosa para con ella, hacía todo cuanto podía y más para cuidar su cuerpo. Por las mañanas tomaba un baño desusadamente largo y se desayunaba con los más diversos manjares y bebidas, variedad igualmente amplia en cada comida. Después solía descansar de nuevo pese a que, por lo demás, dormía mucho tiempo. «Aunque la emperatriz se entregaba así a toda clase de excesos, creía, con todo, que podía gobernar el reino en las pocas horas que le quedaban.»[57]

La revuelta Nika

El más importantes de los papeles jugados por Teodora fue, seguramente, el que desempeñó a raíz de la violenta revuelta Nika *(nika*, es decir, victoria, era la consigna de los rebeldes), que estalló en 532.

La rebelión, nutrida del descontento popular, fue un último combate por la libertad. De ahí que hasta los dos partidos que se oponían en el circo, el de los «verdes» *(prasinoi)* y el de los «azules» *(venetoi)*, el primero monofisita y el segundo ortodoxo, conjuntasen ahora sus esfuerzos. Se alzaron, incluso, voces proclamando otro «emperador», Hipacio, sobrino de Anastasio, aunque contra su voluntad. Habían tomado la iniciativa los verdes y los azules asintieron. Las cárceles fueron abiertas por la fuerza y los presos liberados. Numerosos palacios -en primer lugar la prefectura urbana y después el edificio del senado-, iglesias, monumentos y el barrio habitado por la aristocracia fueron incendiados. Constantinopla se convirtió en un desierto humeante día y noche. La misma corte imperial se vio amenazada por las llamas y ni la propia Hagia Sophia se vio libre de saqueos. La situación no parecía ya tener ninguna salida. Asediado en su residencia, Justiniano estaba ya decidido a abandonarlo todo, el trono y el reino, y a huir en barco por el Bosforo. Sólo Teodora lo retuvo pronunciando la célebre sentencia: «Por cuanto a mí respecta, me quedo. Amo la antigua máxima de que la púrpura es un buen sudario».

Belisario, tres regimientos de veteranos, que habían sido entretanto conducidos a la capital, y el comandante de la guardia de palacio, el eunuco Narsés, un favorito de Teodora, restablecieron el «orden» tras cinco días de anarquía: según Procopio «más de treinta mil» hombres fueron atraídos astutamente hacia el circo donde, hora tras hora, fueron acuchillados indiscriminadamente como si fuesen un rebaño de ovejas. Según Juan Malaba, un cronista antioqueno helenizado (a quien se suele identificar con el posterior patriarca de Constantinopla Juan Escolástico), fueron treinta y cinco mil. Juan Lido, pío testigo y entusiasta del emperador, da satisfecho la cifra de cincuenta mil. Zacarías Rhetor, obispo de Mitilene (primero monofisita, después neocalcedonio), nada menos que la de ochenta mil. La masacre, más horrible aún que la fiesta sacrificial perpetrada por el católico Teodosio en el circo de Tesalónica y gloriosamente transfigurada por san Agustín, fue un crimen más imputable a Teodora que a Justiniano. Como quiera que sea: su cristianismo no impidió, ni al uno ni al otro, ahogar en un mar de sangre los disturbios. Rodaron cabezas de los de arriba y de los de abajo. Rodó la cabeza de Hipacio, a quien Justiniano quería conceder su perdón, y también la de su hermano Pompeyo. Dieciocho patricios fueron desterrados y todas sus posesiones confiscadas. Con todo, de aquellas ruinas se elevaron, tanto más bellas, las catedrales. Y como era de rigor, también Teodora, la genocida, se elevó a

corregente oficial. Su nombre apareció en los documentos oficiales, sobre los portones de los cuarteles y... ¡en las tablas votivas de las iglesias! Y es así que hasta la actual Iglesia de Oriente la honra y venera agradecidamente en su memoria.[58]

Sólo le falta aún, ¡qué injusticia!, el honor de los altares.

El emperador Justiniano persigue a los cristianos disidentes «para que perezcan míseramente»

Con el apoyo de su episcopado, Justiniano apremiaba a la unidad en la fe -un Imperio, un emperador, una Iglesia- y, consecuentemente, a la aniquilación total de los no católicos. Procopio nos informa de que «de ahí a poco todo el Imperio romano bullía de sentencias sangrientas, delitos merecedores del destierro y persecuciones de fugitivos».[59]

Justiniano inauguró la tiranía, que aún compartía con Justino, con una brutal persecución de «herejes», procediendo primero contra las sectas menores: «Es justo -decretaron los dos potentados en 527- privar también de sus bienes materiales a quienes no veneran al Dios verdadero». La intolerancia religiosa traía de la mano a la civil. Mediante una ley de inusitada dureza declararon «que todos los herejes quedan privados de todos los beneficios terrenales para que mueran míseramente», enumerando una larga serie de privaciones y castigos en cumplimiento de su pío propósito.[60]

Y bien pronto, la lucha contra los monofisitas, maniqueos, montañistas, arríanos y donatistas se fue ampliando gradualmente hasta que la intolerancia religiosa se convirtió en «una virtud pública» (Diehí).[61]

Al igual que su tío y predecesor, Justiniano prohibió a los herejes las reuniones, la celebración de oficios divinos, el nombramiento de sacerdotes, la posesión de iglesias, muchas de las cuales fueron destruidas bajo su égida. Les puso el veto para cualquier actividad docente, excluyéndolos asimismo de todos los cargos y dignidades y de la abogacía. A quienes copiaban sus escritos se les amenazaba, a partir de 538, con la amputación de una mano. Los «herejes» no podían legar su propiedad, sino a católicos y ellos mismos no podían ser herederos de nada. Algunas sectas no podían ejecutar ni un solo acto que tuviera fuerza legal. En cuanto a los restantes herejes «tampoco poseían apenas derechos frente a la justicia» *(Manual de la Historia de la Iglesia).* Los reincidentes vivían bajo la amenaza de pérdida de los derechos civiles, de la confiscación de todos sus bienes. Si reincidían de nuevo se exponían a la pena de muerte, impuesta también sin contemplaciones. Finalmente, el emperador la impuso no sólo en caso de perjurio y hechicería, sino también en caso de sacrilegio y blasfemia, siendo así que la «herejía» era considerada simple-

mente como blasfemia y en consecuencia penada asimismo con la muerte. Todo esto respondía al «desarrollo interno de la Iglesia», era la «solución nada sacra de un problema religioso [...] cuyas repercusiones llegan hasta nuestros días» (Merkel).[62]

En la *Historia secreta* de Procopio (que no se publicó bajo Justiniano), puede leerse acerca de sus *pogroms* contra los herejes: «Bandas de agentes recorrieron de inmediato todo el país obligando a todo el que hallaban a renunciar a la fe heredada de sus mayores. Comoquiera que los campesinos considerasen aquéllo como algo ignominioso resolvieron unánimente oponer resistencia a aquellos esbirros. Muchos herejes hallaron la muerte por la espada, no pocos llegaron, incluso, al suicidio -en su simplicidad creían que con ello realizaban una obra agradable a los ojos de Dios-, pero en su mayoría huyeron de sus solares. En Frigia, los montañistas se encerraron en sus iglesias, prendieron fuego a éstas y perecieron sin más en ellas. Todo el Imperio romano se llenó así de crímenes y temores [...]».[63]

¡Y a eso lo denominan Historia Sagrada!

La persecución a que Justiniano sometió a la mayor, con mucho, de las Iglesias «heréticas», la monofisita, fue aún más dura que la iniciada por Justino a partir de 519. La policía y la soldadesca les arrebataban sus oratorios, decenas de sus obispos fueron desterrados o acosados de un escondrijo a otro. Fueron expulsados monjes y monjas en cantidad innumerable contra los que se cometieron además abusos de toda índole. Las rebeliones populares producidas en Siria fueron cruelmente reprimidas y ello bajo el patriarca católico de Antioquía, Efrén (526-544), antiguo general y ejecutor de conversiones forzosas (el *Manual de la Historia de la Iglesia* lo denomina «ortodoxo militante»). El *Léxico de la Teología y de la Iglesia*, también católico, lo ensalza por su «actividad extraordinaria-, mente benemérita durante los terremotos [...]». Al igual que Efrén en Siria procedía Pablo de Alejandría en Egipto, un antiguo abad pacomiano investido de la más alta dignidad como funcionario imperial y, simultáneamente, como patriarca. En virtud de su plenipotencia, Justiniano lo nombró príncipe de la Iglesia para derrocarlo y deponerlo de nuevo, el año 542, a causa de sus intrigas, extremadamente osadas, y de sus violencias: se le llegó a acusar de complicidad en el asesinato de un diácono.

En un sínodo celebrado en mayo/junio de 536 en la ciudad imperial se lanzó el anatema sobre los patriarcas Severo de Antioquía y Antimo de Constantinopla (535-536), decisión ratificada por el mismo Justiniano. Los seguidores de Severo fueron expulsados de la ciudad y él por su parte huyó nuevamente a Egipto. Todo lo cual aconteció, por supuesto, con gran satisfacción de Roma, pero en contra de sus intereses políticos fundamentales.[64]

Influido, sin embargo, por Teodora, Justiniano buscó a veces posibili-

dades de entendimiento, debido a lo cual, los esfuerzos de mediación se alternaban con fases de persecución. Ya en 531, el emperador desistió de los duros procedimientos contra los monofisitas apremiado por Teodora y, seguramente, en base a cálculos de su política estatal. Después de la revuelta Nika adoptó la fórmula denominada *«theopaschita»*, próxima a los monofisitas, «Uno de la Trinidad sufrió en la carne», como fórmula de conciliación. ¡Y el mismo papa Juan II la sancionó el 25 de marzo de 534! En 538, Teodora llevó a los monofisitas Teodosio y Antimo a las sedes patriarcales de Alejandría y Constantinopla, lo cual provocó, desde luego, la inmediata protesta del papa Agapito. Éste visitó al año siguiente la corte, a raíz de lo cual, Antimo tuvo que abdicar y sus partidarios más significados tuvieron que abandonar la ciudad. Justiniano recrudeció aún más la persecución contra los monofisitas: durante cierto espacio de tiempo sólo hubo tres obispos de este credo en todo el imperio. Es más, según fuentes monofisitas, los obispos ortodoxos llegaron incluso a quemar a los suyos en la hoguera o a torturarlos hasta la muerte. El problema siguió en todo caso sin resolver, pues Justiniano sólo podía ser emperador de una única Iglesia y durante la reconquista de Italia se vinculó cada vez más estrechamente a Roma, algo que estaba en la naturaleza de las cosas, pues tenía absoluta necesidad del papa y de los católicos italianos. Pero una vez reconquistada la católica Italia y el norte de África, también católico, es decir cuando el centro de gravedad político y militar se desplazó de nuevo a Oriente, el emperador Justiniano, poco antes de su muerte, se pasó ¡a los aftartodocetas, el ala más extrema de los monofisitas![65]

El cisma monofisita adquirió una extensión de considerables proporciones, especialmente por obra del metropolitano Jacobo, muerto en 578, de cuyo nombre deriva el de «jacobitas», denominación que se dio posteriormente a los monofisitas de Siria occidental. Esta confesión creó sus baluartes, convirtiéndose en «Iglesia nacional» de Siria y de Egipto, si bien eso no las eximió de una persecución secular. Los duros *pogroms* recomienzan ya bajo Justino II (565-578) y en tierras griegas se dieron ocasionalmente conversiones forzosas de monofisitas al catolicismo, como pasó en Antioquía en 1072, donde el patriarca de los melquitas, de los «ortodoxos» o «imperiales», hizo destruir las iglesias de los monofisitas mandando aprisionar y torturar a sus sacerdotes.[66]

Entre las «herejías» que Justiniano catalogaba como especialmente perniciosas -por ejemplo los montañistas, los ofitas gnósticos (que concedían una importancia especial a la serpiente), borboritas (que practicaban la comunidad de mujeres y que, al parecer, ofrecían en sacrificio y degustaban el semen obtenido mediante masturbación y el flujo menstrual para redimir los gérmenes de la luz, las almas allí contenidas)- estaban también, entre otras muchas, los maniqueos. Al igual que los borboritas, también ellos intentaban impedir la propagación de la humani-

dad: en su caso mediante medidas anticonceptivas sistemáticamente difundidas.[67]

Siguiendo el ejemplo de muchos dirigentes eclesiásticos —el caso del papa León fue detalladamente expuesto en esta obra (véase cap. 2)- y de muchos emperadores cristianos, especialmente el de Valentiniano I, Valente y Teodosio I y II, también Justiniano persiguió sin contemplaciones a los maniqueos, incluso con dureza mayor que la de sus predecesores. Es cierto que en un principio discutió con ellos para refutarlos, pero ellos defendían sus doctrinas con «satánica obstinación» y muchos morían por ellas. De ahí que ya en el año 527, Justiniano amenazase a los «malditos» maniqueos con la deportación y la pena de muerte en todo el reino. Amenaza que se hacía también efectiva sobre cualquier maniqueo ya convertido que siguiera manteniendo contacto con sus antiguos correligionarios. Máxime sobre el que volviera a reasumir su fe anterior.[68]

Con todo, el emperador no pudo debilitar sensiblemente a la secta y menos aún aniquilarla. Es más, ni siquiera consiguió evitar su expansión. Se dio además el caso grotesco, casi increíble, de que Justiniano mismo nombró, el año 540, como máximo responsable de la hacienda del Imperio al cambista sirio Pedro Barsumas, protegido de Teodora, un hombre que, si hemos de creer a Procopio, confesaba abiertamente su posición dirigente entre los maniqueos y que, sin embargo, siguió ocupando altos cargos estatales incluso después de la muerte de Teodora.[69]

«Una especie de procedimiento inquisitorial» para los paganos

Justiniano prosiguió tenazmente la lucha contra el paganismo. Estigmatizado, desde hacía ya dos siglos, como *crimen publicum*, todavía n(f había muerto. Seguía vivo en comarcas apartadas o en zonas fronterizas, en el desierto sirio, en las montañas de Anatolia, en el oasis libio de Augila, en la isla nilótica de Philae. Su vitalidad era aún mayor entre los círculos cultos de la mejor sociedad constantinopolitana.

En un primer decreto antipagano -que aunque carente de fecha y sin indicación de procedencia es atribuido a Justiniano por la investigación más reciente- ordena que, aparte de aplicar las duras leyes antedichas, se realicen pesquisas para detectar la celebración de sus oficios divinos. Prohibe también las donaciones y ejecuciones testamentarias en favor de pacanos. Otro decreto posterior, de inequívoca procedencia justinianea, ataca especialmente el servicio de ofrendas y sus *«non sánelas»* fiestas. Pero yendo más lejos que la legislación anterior, que ya intentaba resueltamente aniquilar el culto y la capacidad legal de las asociaciones paganas, Justiniano intenta, por así decir, resolver el problema de raíz: ordena

el bautismo forzoso de todo pagano juntamente con su familia so pena de confiscación. Quienes se opongan pierden sus derechos civiles, todos sus bienes, muebles e inmuebles. A los profesores apegados a las antiguas creencias se les prohibe enseñar, se les niega el sueldo estatal a la par que se les confisca su patrimonio. Ellos mismos han de ir al exilio. Por vez primera en la historia «se impuso a los paganos una especie de procedimiento inquisitorial» (Geffcken).[70]

Después de que otra ley imperial, en 529, prohibiese de nuevo a los paganos y a todos los no católicos el acceso a cualquier cargo o dignidad y asimismo el ejercicio de la enseñanza, el emperador abrió en el otoño de aquel mismo año numerosos procesos contra funcionarios renitentes en lo religioso. Y así, a través de persecuciones de dureza hasta entonces inusitada (ocasionalmente, más allá, incluso, de las fronteras del imperio) apremiaba ahora a la aniquilación total, material y espiritual, del paganismo. Es cierto que la mayor parte de las leyes antipaganas existían ya previamente, pero fue entonces cuando se inició una ejecución de las mismas de un rigor inmisericorde. «No soportamos contemplar este desorden sin hacer nada», dijo en 529, año en que también fue clausurada la Academia de Atenas, última de las grandes universidades paganas, a la que privaron de todos sus bienes. La enseñanza de la filosofía quedó prohibida para siempre. Los pensadores atenienses más notables y entre ellos Damascio, el escolarca de la academia, emigraron al Imperio persa. Según parece y contra lo que habitualmente se cree, regresaron de nuevo.

Los últimos santuarios antiguos de Egipto fueron clausurados o bien, como el famoso templo de Júpiter Ammón en el desierto libio, convertidos en iglesias cristianas. A todos los paganos se les privó allí del derecho a ejecutar cualquier acto con fuerza legal. Se les ordenó a todos, incluidos los lactantes, una conversión forzosa e inmediata. Es de notar que el hombre de confianza del emperador en cuestiones de política eclesiástica y también comisionado del mismo, el sirio Juan de Amida, futuro obispo de Éfeso y monofisita, amplió él sólo -de lo cual se vanagloriaba- el Reino de Dios en las provincias de Asia, Caria, Lidia y Frigia, del Asia Menor con 70.000 u 80.000 cristianos más, amén de 96 iglesias y 12 monasterios: no sin coacciones ni sin sobornos, pues el emperador, se dice, pagó a tanto por cabeza. Se impuso la pena de muerte por ofrendar víctimas, por venerar imágenes paganas, también por recaer en el paganismo tras la conversión o porque, siendo ya uno cristiano, no cristianizaba su ámbito doméstico.[71]

Como quiera que el paganismo perduraba por más tiempo en Oriente, más culto, y máxime entre los círculos más educados, su persecución afectó en Constantinopla a muchos miembros de las clases sociales más altas, a filósofos, a altos funcionarios, a senadores, a médicos, etc. Se procedió contra ellos mediante la privación de cargos, confiscación de bienes, tor-

turas y sentencias de muerte. Gramáticos, sofistas, abogados y doctores, todos fueron encarcelados, convertidos a la fuerza, flagelados y, en algunos casos, ejecutados. Las estatuas de los dioses y los libros paganos fueron quemados en público como en junio de 559 en el *kynegíon,* después que los «idólatras» fueran arrastrados por la ciudad. Todos los no bautizados y -como veremos pronto- también todos los cristianos disidentes respecto a la Iglesia católica perdieron sin más todos sus derechos y fueron cruelmente castigados por la más mínima actividad religiosa.[72]

Para los judíos, «un destino de ignominia»

Ocasionalmente, los sayones y obispos imperiales se ensañaron también contra los judíos, pese a que su religión era considerada, desde muchos años atrás, *religio licita.* Sin embargo, en su nueva versión del derecho romano, el *Codex lustinianus,* este emperador eliminó el principio básico del código civil de Teodosio, en el que basaba su licitud la religión judía. «Doscientos años de dominación cristiana bastaron para poner al judaismo fuera de la legalidad» (Stemberg). El autócrata no hacía ya distinción entre judíos, de una parte, y paganos y «heréticos», de la otra, sino que siguiendo el procedimiento de que Teodosio se valió ocasionalmente, los midió por el mismo rasero, lo cual debió sonar horrísonamente a los oídos de los judíos.[73]

Una disposición complementaria imperial del año 537 se dirigía en estos términos al prefecto Juan de Capadocia: «Su Eminencia nos ha informado recientemente de que entre los curiales hay judíos, samaritanos, montañistas u otras personas abominables cuya mente aún no se ha iluminado por nuestra verdadera e inmaculada fe, sino que viven en las tinieblas sin que sus almas perciban los verdaderos misterios. Y como quiera que Nos aborrecemos a los heréticos, creen, por esta razón, quedar exentos de los deberes curiales [...]». El emperador, asombrado de que el prefecto no haya «despedazado» de inmediato a todos cuantos piensan así, decreta para todos ellos que permanezcan en la curia y presten sus servicios y pagos (Muñera), a la par que les niega la totalidad de los privilegios de los demás curiales. Todo lo contrario: en lo tocante a los honores «no deben gozar de ninguno en absoluto, sino que deben soportar un destino acorde con la situación ignominiosa en la que quieren dejar a sus almas».[74]

Justiniano oprimió a los judíos social y jurídicamente. Ya no podían adquirir objetos eclesiásticos de ningún tipo, ni bienes ni terrenos que pudieran servir para construir iglesias. Menos aún podían adquirir esclavos cristianos. Si lo hicieran, tendrían que manumitirlos y pagar una multa de 30 libras. Toda actividad que presupusiera la posesión de esclavos

se les hacía así prácticamente imposible. Fue también este emperador el primero en declararlos inhábiles para declarar como testigos contra un católico. Sólo en el caso de que un católico pleitease contra un no católico podía el judío servir de testigo en favor del primero.[75]

Para África, donde se persiguió a los judíos con la misma dureza que a los donatistas, lo cual contribuyó también a que se produjeran repetidos levantamientos, el monarca promulgó una ley antijudía de rigor especial. Ordenó que las sinagogas no continuasen siendo tales, sino que fuesen transformadas en iglesias. Con ello se suprimió de raíz y por vez primera la protección garantizada por el Estado, prohibiendo en absoluto a los judíos la práctica de su culto.[76]

La «cristianización» de sinagogas -como ocurría con la de los templos paganos- estaba ya en boga desde años atrás. De ese modo una sinagoga de Edesa se convirtió en templo de San Esteban. Otra de Alejandría, en la iglesia de San Jorge, en 414. Otra de Constantinopla se convirtió, en 442, bajo Teodosio II, en iglesia de Santa María. Otra de Dafne, en 507, en iglesia de San Leoncio. Más tarde, el 598, el obispo Víctor transformó en iglesias las sinagogas de Palermo. Ya antes, Juan de Éfeso, que fue bajo Justiniano patriarca de Constantinopla, había transformado en iglesias siete sinagogas situadas en Asia, Caria, Lidia y Frigia. Sinagogas y templos paganos experimentaron en general visibles cambios antes de su uso por los cristianos. Pero también se dio el caso de incendiar o arrasar totalmente una sinagoga antes de que, como pasó en Apamea, se construyera encima una Iglesia.[77]

El regente llegó, incluso, a inmiscuirse en controversias puramente teológicas y en las prácticas usadas por los judíos en su culto. Impuso coactivamente el permiso para leer la Tora o el Pentateuco, es decir, los cinco libros de Moisés, en traducción latina o griega. Con este objeto promulgó el más largo de los decretos relativos a los judíos, la ley complementaria 146, en el año 553. Y no sólo hacía recomendaciones acerca de la lectura de la Biblia, sino que señaló también sus prescripciones al respecto. Así, por ejemplo, los judíos debían entresacar para sus lecturas aquellos pasajes bíblicos con supuestas alusiones a Cristo. En cambio les prohibió su propia exégesis, tal y como está plasmada en la Mishná. También los apremió a adoptar para su pascua las fechas cristianas.[78]

La Iglesia hizo suyos los decretos antisemitas del emperador inculcando, por ejemplo, en numerosos sínodos que no se diese a ningún judío un cargo que lo convirtiese en superior de un cristiano. Incluso allá donde no aplicaba el código de Justiniano, recogió, directa o indirectamente, sus aspectos antijudíos derivando de ellos normas que estuvieron en vigor hasta la Modernidad. «En el fondo, casi todas las leyes antijudías posteriores, eclesiásticas o estatales, se remontan a él, limitándose a complementar su normativa en correspondencia con las particulares circunstan-

cías del momento y el lugar. Muchos de estos decretos fueron adoptados por los Estados surgidos de las invasiones germánicas e inculcados por la Iglesia a través de sus papas y concilios» (Browe).[79]

Justíniano extermina a los samaritanos

Los samaritanos estaban emparentados racial y religiosamente con los judíos, pero mantuvieron tradicionalmente malas relaciones con aquéllos y fueron ya perseguidos bajo el emperador cristiano Galo (véase vol. 1) a raíz de las agitaciones judías. También bajo el emperador Zenón se produjo, el año 484, una revuelta de la secta. La comunidad elevó a rey a un tal Yustasas, supuesto jefe de bandoleros, y conquistó Cesárea y Nablus (la vieja Siquem), donde irrumpieron en la iglesia y cortaron los dedos al celebrante, el obispo Terebinto. El levantamiento fue aplastado mediante una operación militar. Yustasas resultó muerto y todas las posesiones de los samaritanos fueron confiscadas. En Nablus se estableció una fuerte guarnición y su famosa sinagoga fue convertida en un monasterio. A los samaritanos les fue prohibido el acceso a Garizim, su monte sagrado, y el santuario de su cima fue transformado en iglesia de advocación mariana (que los samaritanos reconquistaron, por cierto, bajo el emperador Anastasio para perderla nuevamente a causa de un contraataque cristiano).[80]

Tan frecuentes fricciones no cayeron en el olvido, pero fueron relativamente nimias comparadas con el levantamiento del año 529. Sus causas más profundas las ve la investigación cristiana más antigua radicadas «casi exclusivamente» en el «odio a los cristianos» propio de esta secta (Kautzsch). En realidad, como muestra una detallada investigación de Sabine Wmkler, la
situación era, más bien, «la inversa», siendo la causa de fondo el «fanatismo cristiano», asociado con el «intenso odio de la Iglesia».[81]

Los desórdenes venían precedidos de toda una serie de edictos, fuertemente represivos, de Jusatiniano, entre otros el *«De Haereticis etManichaeis et Samaritis»,* en el que los «herejes» son duramente incriminados juntamente con los paganos, los judíos y los samaritanos y donde el emperador aduce todas las disposiciones antiheréticas de los soberanos cristianos anteriores a las que él añade otras nuevas. Los grupos mencionados no tienen derecho a ocupar cargos ni dignidades públicas, ni a sentarse en un tribunal que juzgue a cristianos o, menos aún, a obispos. No tienen derecho a excluir del testamento a hijos cristianos, quedando ese testamento sin validez, en caso de hacerlo. Tampoco podrán celebrar asambleas legales, ni sínodos, ni practicar bautizos, ni nombrar obispos, ni construir monasterios, abadías o asilos. Tampoco tendrán derecho a administrar fincas por sí mismos ni por medio de los encargados, ni tampoco a explotarlas, etc.

El auténtico motivo del levantamiento lo constituyó, ostensiblemente,

un decreto de 529 que sólo afectaba a los samaritanos, es decir, a una exigua minoría en la que se quería que escarmentasen los demás. El gobierno católico ordenó a la sazón el arrasamiento de las sinagogas samaritanas y el castigo de todos cuantos osasen reconstruirlas. Declaraba incapacitados a los samaritanos para hacer donaciones o enajenar bienes, bajo pena de confiscación de su patrimonio. También los incapacitaba para testar. Sus herederos habrían de ser forzosamente católicos. Los obispos y los gobernantes tenían que velar por el cumplimiento de las medidas.[82]

Algún historiador sostiene que este último edicto *(Cod. lust.* I, 5, 17) no es sino el resultado del levantamiento. Según Procopio y Coricio, un sofista de Gaza del siglo vi, el edicto fue a todas luces su causa. La circunstancia que sirvió de ocasión inmediata para el conflicto fue, al parecer, «una costumbre extendida por el territorio de Palestina» consistente, según nos informa Malalas, en que la juventud cristiana apedreaba el sábado las casas y las sinagogas de los samaritanos. «El día del Sabbat, los jóvenes cristianos salían de leer el Evangelio en las iglesias y se aprestaba a entonar canciones de burla en las sinagogas de los samaritanos, arrojando también piedras contra sus casas. Pues éstos tenían la costumbre de retirarse en días así a sus casas aislándose de los demás. Y en aquel tiempo (es decir, en los inicios del levantamiento previamente menüionado por Malalas), no pudieron sufrir el dejar el campo libre a los cristianos. Cuando, tras la lectura de los Santos Evangelios, la juventud cristiana penetró en las sinagogas samaritanas y las apedreó, los samaritanos salieron en tropel, se revolvieron contra los intrusos y mataron a muchos con sus espadas. Muchos jóvenes corrieron a refugiarse en el altar de san Basilio, que se hallaba allí cerca y algunos de los samaritanos los persiguieron y los mataron frente al mismo.»[83]

La rebelión se propagó por toda Samaría, desde la capital, Escitópolis, en el este, hasta Cesárea, en la costa. Pero el auténtico foco del levantamiento era la altiplanicie samaritana, donde los oprimidos coronaron como rey a uno de los suyos, Julián, presumiblemente un colono. Las fuentes cristianas, consistentes en crónicas del mundo oficiales y en biografías de monjes, informan, claro está, unilateralmente, sin mencionar nunca el aspecto social de la cuestión, el decisivo. Motejan a Julián de «brigante», de «cabecilla de forajidos», de «capitán de bandoleros». El obispo de Nicio, una isla nilótica, señala así el aspecto religioso-nacional del levantamiento en su crónica universal, escrita en griego a finales del siglo vil:

«Un jefe de desahuciados reunió en tomo suyo a todos los samaritanos y desencadenó una gran guerra [...]. Extravió a un gran número de hombres de su pueblo asegurando mendazmente que era el enviado de Dios para restablecer el reino de los samaritanos tal y como lo había hecho Roboán [...1, quien reinó después de Salomón el Sabio, el hijo de David, y sedujo al pueblo de Israel induciéndolo a la idolatría [...]».[84]

La secta levantisca arrasó a fuego muchos pueblos en el entorno de Escitópolis, asoló ciudades y señoríos, demolió la iglesia de Nicópolis, incendió la de Belén, mató al obispo de Nablus, Mammonas, y también a muchos sacerdotes. Sus avanzadillas llegaron hasta Jerusalén, pues los contingentes de tropas más considerables estaban en las fronteras y en el cuartel general. Justiniano relevó al gobernador Baso, lo hizo decapitar y puso en marcha contingentes de tropas fuertemente armadas bajo el mando del Dux Palestinae, Teodoro Simo (a quien secundaron -lo cual indica la virulencia de la rebelión- unidades de tribus árabes aliadas a Roma y dirigidas por el Filarca de Palestina). Teodoro obligó a replegarse hacia el centro a los rebeldes, bisónos y mal armados; los cercó, capturó a Julián y envió a Constantinopla su cabeza, corona incluida. Aparte de ello pasó a espada a 20.000 samaritanos (según Málalas) o a 10.000 (según Procopio). Otros 50.000, la mayoría colonos, huyeron hacia Persia y ofrecieron su ayuda en la guerra contra Bizancio así como la entrega de Palestina, juntamente con todos los tesoros de la «ciudad santa». Nada se sabe sobre el destino de estos refugiados, su asentamiento eventual ni su participación en las campañas contra la Roma de Oriente. Otros se ocultaron en escondrijos de la montaña Garizim o bien en las cuevas de la Traconítida (la meseta de lava llamada hoy el-Lega), que habían servido desde siempre de cobijo a los fugitivos. De allí los expulsó el Dux Ireneo de Antioquía, que sustituyó a Teodoro, con quien tampoco quedó contento Justiniano. Unos veinte mil niños y niñas samaritanos fueron a parar a Persia o la India vendidos como esclavos.[85]

Exterminados en su mayoría, los samaritanos desaparecen, casi, de la historia a partir de entonces.

¿La causa del levantamiento? Radica manifiestamente en su opresión por la cristiana Bizancio, que también perseguía a maniqueos, montañistas, judíos y asimismo, en determinadas fases, a monofisitas y a otros, / pero que lo hacía de forma especialmente dura con una minoría extremadamente exigua como la constituida precisamente por los samaritanos. Avi-Yonah tiene seguramente razón al calificar el comportamiento de aquéllos en el siglo vi como «resultado de su desesperación». «La masa de este pueblo comprendió de repente que, a la vista de la expansión del cristianismo en Palestina y en el extranjero, no había ya esperanza alguna de mantener su antigua posición.»[86]

En el fondo la gran revuelta y la aún mayor degollina no tenían por objetivo esta o aquella religión, sino cosas más palpables. Pues no era casual que el grueso de los sublevados se recluíase de entre los estratos más bajos de Samaría, de entre los habitantes del campo, de entre los artesanos, los colonos y los esclavos; de entre gentes que apenas si tenían algo que perder, salvo, claro está, su propia vida y que escogieron como caudillo a uno de los suyos. Ellos fueron el elemento motriz, mientras que las

capas superiores reaccionaron muy diversamente. La más alta y menos numerosa, que seguramente tenía que competir con los latifundistas cristianos y tenía también mucho que perder, se convirtió a toda prisa -lo que es por demás significativo- al cristianismo. Al menos de puertas para afuera. De ahí que los sublevados ni siquiera contaran con el pleno apoyo de sus propios correligionarios. Para los pobres entre los pobres, los más explotados, lo que estaba primordialmente en juego no era la religión ni la revolución radical, sino tan sólo una modificación en el marco de lo ya existente. Algo que resultaba inadmisible para la clase esclavista entre los cristianos, clase que ponía su empeño en mantener económica e ideológicamente el *statu quo*.[87]

En cambio, en el caso de otro crimen de Justiniano, de índole muy distinta y mucho más grave, a saber, la conquista de Occidente, estaban en juego tanto la religión como la política, si es que ambas cosas se pueden separar en absoluto alguna vez desde un enfoque político universal. Pues si es cierto que la política no tiene a menudo nada que ver con la religión, ésta sí que tiene que ver siempre con la política. Bajo Justiniano, en todo caso, ambas iban inseparablemente unidas siendo manifiesto desde un primer comienzo que su objetivo era restablecer la unidad política y religiosa del Imperio universal de Roma. A este objeto emprendió dos grandes guerras -guerras de agresión- contra dos pueblos germánicos y cristianos, «herejes» desde luego, por lo que «estaban sumidos en plena barbarie y en una rudeza de animales» (el católico Schródl). De ahí que «el mayor anhelo de su corazón y de su pueblo fuese el quebrantar el poder del arrianismo» (el católico Hófler). Ese «anhelo» condujo al exterminio total de los vándalos, de los ostrogodos hasta borrarlos íntegramente de la faz del mundo.[88]

Los vándalos, o «contra aquellos que son objeto de la ira de Dios»

Los vándalos, tribu germano-oriental ya mencionada por Tácito y Plinio el Viejo, parecen haber habitado originariamente Jutlandia del norte (hoy Vendsyssel) y la Bahía de Oslo (hoy Hallingdal). En los dos primeros siglos de nuestra era se escindieron en asdingos, que no se extinguieron hasta después de su asentamiento en África, y en silingos, cuya extinción fue mucho más temprana. Habitaban por entonces en la vecindad de godos y burgundios, entre el Bug y el Elba, en la Polonia central, en la Alemania del nordeste y en Silesia (término latino cuyo correspondiente eslavo es Sieza), nombre derivado de la tribu silinga. Esta última era ya un pueblo de jinetes y más tarde llevaban consigo sus caballos incluso en sus correrías de pillaje por mar. A mediados del siglo ni estaban asenta-

dos en el curso medio del Rin, mientras que los asdingos poblaban el alto Tisza. Durante varias generaciones éstos poblaron la actual depresión húngara, pero el año 406 abandonaron Panonia huyendo probablemente ante la presión de los hunos y, conducidos por su rey Godigiselo, subieron a lo largo del Danubio hasta llegar a la actual Ratisbona. Después descendieron a lo largo del Meno, donde en duras batallas con los francos, aliados de los romanos, perdieron a unos veinte mil de los suyos, incluido el rey Godigiselo. Sólo la intervención de los alanos y de su rey Respendialo los salvó de su ruina. En la noche de san Silvestre del año 406, «convertidos ya en cristianos amaños» (Tüchie) y juntamente con los alanos, con los suevos, sus antiguos aliados, y con otros vándalos silingos, que se les unieron allí, cruzaron el Rin cerca de Maguncia. El río estaba helado (y desguarnecido de tropas a causa del peligro visigodo procedente de Italia septentrional). Saquearon Maguncia -algo que los cronistas describen con vivos colores- donde masacraron también a muchos habitantes que se habían refugiado en una iglesia. Asolaron Worms, Tréveris, Reims, Arras, Toumay, Narbona y otras ciudades y aldeas amuralladas. «Algunos sirvieron de pasto a los perros», se queja por su parte el obispo Orencio de Augusta en Aquitania: «El cortejo fúnebre de un mundo que se hunde». «En las aldeas y las casas, en el campo, en las calles y en todos los distritos, acá y acullá, imperaban la muerte, el dolor, la desolación, la derrota, el incendio y el luto. Toda la Galia humeaba como una hoguera». Y el obispo español Idacio veía la llegada de las cuatro plagas: guerra, hambre, peste y alimañas.[89]

Todas estas atrocidades que se le achacan a los vándalos en estas tremendas correrías a sangre y fuego, fueron cometidas más tarde y especialmente por los sarracenos. Cuando los vándalos arrasaron Maguncia y las Galias; cuando, según pretende una tradición más tardía, asesinaron a los obispos Desiderio de Langres y Antidio de Besancón, eran ya, conviene recalcarlo, cristianos. Lo eran, como mínimo los asdingos, ya «convertidos» en Hungría. Usaban la Biblia y la liturgia del apóstol de los visigodos Wulfila. Todo indica que ya en la batalla de Tolosa, en 422, usaron una sentencia bíblica como grito de guerra. En España, según testimonia Salviano, eran ya con seguridad cristianos *haeretici.* Y naturalmente, también ellos hacían remontar a Dios el origen de la potestad real. Al igual que todo el mundo cristiano, también ellos conocían la realeza divina: expresión de la estrecha unión entre el Estado y la Iglesia.[90]

Tres años permanecieron los vándalos en las Galias. Después, unidos a suevos y alanos y dirigidos por el rey Gunderico (407-428), hijo de Godigiselo, cruzaron los mal defendidos Pirineos en el otoño de 409 e irrumpieron en España (de ellos viene el nombre de Andalucía), donde pasaron dos decenios asolando, saqueando y matando. Allí se hicieron fuertes y libraron en parte batallas victoriosas contra godos, suevos y romanos,

provocando también hambrunas y epidemias. Los silingos fueron entretanto exterminados de raíz en los años 416,417y418 por los godos de Walia.[91]

En Sevilla, el rey Gunderico atrajo contra sí el odio especial del clero católico. Confiscó los tesoros de la iglesia de san Vicente, muriendo bruscamente poco después: obra, sin duda, de la ira de Dios. Asumió entonces el poder su hermanastro Genserico (428-477), hijo bastardo del rey Godigiselo (a quien vio morir con sus propios ojos en la batalla contra los francos: crucificado, si damos crédito a Procopio).

Genserico, hijo de una esclava, tan capacitado y audaz como carente de escrúpulos, taimado hasta estar a la altura de la diplomacia romana, fue uno de los «grandes» políticos germanos de su tiempo. En mayo de 429 -hazaña sin parangón- transportó a 80.000 vándalos, incluidos mujeres, niños, ancianos y esclavos, de España a Marruecos a través del estrecho de Gibraltar. Puede que ya hubiese establecido en Marruecos una cabeza de puente, pero primero batió de forma aplastante a los suevos, que venían empujando a su retaguardia, y también a un ejército imperial. De este modo se aseguró, por si acaso, la retirada. Pero con tan sólo 16.000 guerreros, aunque valiéndose también de atrocidades no perpetradas hasta ahora por los germanos, conquistó como un huracán el norte de África, un país que nunca se perteneció a sí mismo y sí a los cartagineses, a los romanos, a los vándalos, a los bizantinos, a los árabes, a los turcos y a los franceses. País debilitado, ciertamente, por levantamientos de la población mora y también por conflictos religiosos, sociorrevolucionarios y políticos, pero poblado nada menos que por siete u ocho millones de habitantes. Con todo, en algo menos de un año y pese a la resistencia de las tropas imperiales, de la nobleza y del clero católico, Genserico ocupó más de mil kilómetros de costa. Para ello usó ocasionalmente -al menos así lo narra Víctor de Vita, obispo de la época vándala tardía- el recurso de apelotonar a la población vecina obligándola a ir en marcha de ataque contra las ciudades, protegiendo sus tropas con este escudo viviente o bien dejando que los cadáveres de aquellos infelices apestasen el contomo de las fortalezas: una táctica que también Gengis Khan parece haber usado más tarde. En la primavera de 430 batió al general imperial Bonifacio junto a Hippo Regius y puso cerco a la ciudad mientras Agustín moría en ella.[92]

El 11 de febrero de 435, los vándalos concluyeron una paz en Hippo Regius y pasaron a servir a Roma *comofoederati.* Dos años después, sin embargo, hubo ya conflictos con aquélla, de origen manifiestamente religioso. Presumiblemente, el clero católico agitaba contra el culto amano y se negaba a desocupar iglesias en favor de los «herejes». El rey Genserico envió al exilio a algunos obispos, entre ellos a Posidio de Calama, **el** biógrafo de Agustín (véase vol. 2).[93]

Por ese tiempo, los invasores iniciaron sus correrías por mar. Y cuan-

do el 19 de octubre de 439 Cartago cayó en sus manos gracias a un asalto repentino en el que no tuvieron que dar ni un golpe de espada, Genserico, que desterró a todo el clero adversario tras apoderarse de su patrimonio, equipó valiéndose de los barcos atrapados en el puerto una gigantesca flota que dominó durante varias décadas el mar Mediterráno. A partir de entonces y año tras año iniciaba sus incursiones de pillaje con cada primavera, rumbo a Sicilia, a Italia o a España. Más tarde incluso rumbo a Grecia. Como rey cristiano que era, también él sabía, evidentemente, engalanar con orlas religiosas sus piraterías. Estando una vez en Cartago, convertida ahora en su residencia, le preguntaron, izadas ya las velas de los barcos, qué rumbo había que tomar, a lo que respondió, según se dice: «Contra quienes sean objeto de la ira de Dios». Procopio: «De ese modo se abatió sin motivo alguno contra todos cuantos se topaba casualmente».

Ya el año 440 y por instigación de su obispo Máximo, los vándalos asolaron Sicilia con saqueos y *pogroms* anticatólicos (según los cronistas católicos más tardíos, también los arríanos de Sicilia mataron a muchos católicos). Pese a ello, la flota imperial que salió rumbo a la isla recibió orden de volver atrás ante el peligro inminente de ataques por parte de los hunos, y el emperador Valentiniano III y la corte bizantina se acomodaron a concluir una paz. Con ello, Genserico creó el primer Estado germánico independiente sobre suelo romano. Poseía sus provincias más ricas y fértiles: Mauritania, Tingitania, Zeugitania, Byzacena y *Numidia proconsularis.* Finalmente se hizo también dueño de Córcega y Cerdeña cuyos bosques hizo talar por trabajadores forzados para construir sus barcos. Hacia 455 añadió las Baleares, que ya había saqueado en 425. Dominó los mares desde Gibraltar a Constantinopla y ni siquiera prestaba reconocimiento nominal al emperador bizantino. Cierto que en prenda de la paz hubo de enviar a Italia a su hijo Hunerico.[94]

Pero tampoco las costas itálicas se vieron libres de los saqueos y asolaciones de los piratas cristianos, la única potencia marítima entre las tribus germánicas. Y hasta en la misma Roma aparecieron las naves vándalas después de arribar con pavorosa presteza, en junio de 455, a la desembocadura del Tíber. La ciudad fue sometida, a lo largo de 14 días, a un expolio preparado de forma extraordinariamente minuciosa y metódica, expolio mucho más riguroso que el efectuado por Alarico en 410 -desde los antiguos palacios imperiales hasta los templos, desde las preciosas estatuas griegas hasta las tejas de bronce- pero sin baños de sangre, incendios ni devastaciones. Eso sí, también se llevaron consigo a miles de ciudadanos romanos, especialmente a jóvenes y miembros de las clases altas. Y con el corte de suministro de cereales por mar, pronto asoló a Italia una hambruna que condujo después al derrocamiento del nuevo emperador Avito.[95]

En los años cincuenta, los vándalos conquistaron los últimos territo-

ríos romanos norteafricanos. A raíz de la campaña del emperador Mayoriano, Genserico apresó la flota imperial romana mediante un audaz golpe de mano. Eran unos 300 barcos que debían transportar al gigantesco ejército, que ya se aproximaba, desde Cartagena a África a través del estrecho de Gibraltar. Y así, poco antes de que el emperador, llegado en mayo, acudiese a su flota, ésta había desaparecido ya. Incluso una guerra altamente peligrosa para Genserico como la que iniciaron conjuntamente contra él, en 468, la Roma de Oriente y la de Occidente partiendo simultáneamente desde Italia, Egipto y Constantinopla -desde cuyo puerto salió el grueso del ejército bajo el mando de Basilisco, cuñado del emperador León-, incluso esa guerra fracasó después que una gran parte de la flota bizantina cayese, nuevamente, víctima de un artero ataque del rey vándalo frente al actual cabo de Bon, en las proximidades de Cartago. El emperador Zenón reconoció, en 476, la integridad de las posesiones del reino vándalo (incluidas las islas) a cambio de concesiones insignificantes. Aquel mismo año se extinguió oficialmente el Imperio occidental, mientras que el oriental le sobrevivió aún unos mil años, hasta 1453.[96]

El amano Genserico persigue a los católicos

Entre todos los Estados germánicos, el reino de los vándalos fue el único intolerante en lo religioso. Era enemigo acérrimo del catolicismo, aunque esa hostilidad tampoco se fundamentaba, en primera línea, en razones religiosas. Radicaba primordialmente en un punto, eso sí, el más sensible desde siempre para la católica dispensadora de salvación en exclusiva: el punto relativo a sus ingresos, a sus extensas propiedades. Las consabidas confiscaciones hicieron del clero católico un enemigo irreconciliable del rey. Y Genserico sabía mejor que ningún otro príncipe germano de su época capitalizar políticamente el cristianismo, aún reciente, de los vándalos convirtiendo su lucha contra Roma en lucha del arrianismo contra un catolicismo perseguidor de toda disidencia. Eso le valió el apoyo de arríanos y donatistas y también el de muchos que eran indiferentes frente a Roma o reacios a su dominación. Había no pocas convicciones antirromanas, no pocos tránsfugas y colaboracionistas en un Imperio que debía su dominación a su cruda inhumanidad. Y como quiera que Genserico expropió de inmediato y pese a su feroz resistencia a los latifundistas católicos sumiéndolos en la miseria o no dejándoles al parecer más alternativa que el exilio o la esclavitud, algo que no sucedió en ningún otro estado germánico, se atrajo las simpatías de numerosos esclavos y colonos. Tanto más cuanto que fue destruyendo sistemáticamente los libros de registro de la propiedad de las autoridades fiscales romanas, es decir, de la totalidad del sistema hasta entonces vigente. «Los se-

ñores han sido expoliados y expulsados, dice en tono de lamento el obispo Sidonio Apolinar, yerno del emperador Avito. «El bárbaro mantiene a África ocupada, su furia ha desheredado a la nobleza del país.»[97]

Antes que nada fueron saqueadas las iglesias y los monasterios ricos, pues pasaban por ser «baluartes de la dominación romana» (Diesner). Se entiende que, en general, la población civil católica no ofreció resistencia en ninguna parte, permaneciendo indiferente o simpatizando con los invasores. Una parte se convirtió, incluso, al arrianismo. Eso a despecho de los ataques de Genserico, especialmente brutales contra clérigos y monjes, contra las monjas, que eran a menudo violadas. En todo ello jugaba un papel nada desdeñable el fanatismo religioso, la creencia de «estar cumpliendo una misión divina como adalid del arrianismo» (Schmidt). Naturalmente, Genserico hizo que las fincas confiscadas en provecho de los guerreros, exentas de impuestos, las *sortes vandalorum* fuesen nuevamente cultivadas por colonos.[98]

Ambas Iglesias estaban subordinadas al rey vándalo, pero para obtener la unidad religiosa de su reino quería procurarle al arrianismo el poder religioso en exclusiva. Para ello lo convirtió en Iglesia oficial del Estado a la vez que perjudicaba sistemáticamente a los católicos, que contaban con muchas sedes obispales. Esta Iglesia, que encarnaba propiamente la tradición romana se transformó por ello en cabeza e instigadora de la resistencia contra los conquistadores, racialmente ajenos y «herejes». Amano y adicto al rey eran para Genserico cosas tan idénticas como lo eran católico y hostil al rey. Ahora bien, el clero católico se valía manifiestamente de sus vínculos con el exterior para conspirar con potencias extranjeras aunque también en el plano literario hubiese una polémica antiarriana sostenida por obispos como Asclepio, Víctor de Cartena, Voconio de Castellumy otros. Los sermones mismos no sólo no soslayaban, sino que avivaban dicha polémica, lo cual provocó que el rey publicase un «decreto sobre el uso del pulpito». En cualquier caso fueron estos continuos enfrentamientos confesionales «los que estremecieron una y otra vez el reino y coadyuvaron finalmente a su exterminio» (Giesecke).[99]

Se inició así para los católicos una fase de tribulaciones y *pogroms* acerca de la cual hay una fuente de información primordial, pero muy unilateral, la *Historia persecutionis africanae provintiae,* del obispo Víctor Vitensis. Obrando de ese modo, el taimado Genserico, que se consideraba a sí mismo como investido por Dios para ser cabeza de la Iglesia nacional amana, usaba prácticamente contra los católicos los mismos decretos «antiheréticos» de que se valían los emperadores católicos desde Teodosio. Pues la persecución de los católicos por parte de los vándalos «en nada se distingue de las persecuciones desencadenadas por Justiniano contra los no católicos» (Dannenbauer).[100]

Ocasionalmente, como ocurrió tras la ocupación de Cartago, el rey se

apropió de todos los bienes, muebles e inmuebles, del clero adversario, Ordenó asimismo que todas sus iglesias fuesen clausuradas, entregadas al clero amano o usadas como cuarteles. Cuando los católicos forzaron la entrada de una de ellas para celebrar la Pascua, los amaños los acometieron al mando de Andwit, un sacerdote local. El obispo Víctor Vitensis nos informa al respecto: «Desenvainan sus armas y entran espada en mano en la casa de Dios. Otros se encaraman a los techos y lanzan sus flechas por las ventanas de la iglesia. En el preciso momento en que el pueblo escuchaba entre cánticos la palabra de Dios y un lector iniciaba el Aleluya, éste cayó muerto al suelo por una flecha que le atravesó el cuello. El libro se desprendió de sus manos. Y por cierto que también otros muchos perecieron atravesados por venablos y flechas en el mismo centro del pedestal del altar. Y de aquellos que no murieron entonces al filo de la espada, la mayoría sufrió después suplicios por orden del rey y murieron en ellos, especialmente los más ancianos ¡En otros lugares, en Tunusuda, por ejemplo, y también en Gales, Vicus Ammoniae, etc., en los que el pueblo de Dios estaba recibiendo los santos sacramentos, entraron en las iglesias con terrible furia, arrojaron el cuerpo y la sangre de Cristo sobre las losas y los pisotearon con sus sucios pies!».[101]

Al igual que hizo con algunos senadores y altos funcionarios, el rey deportó también en el transcurso de los años a algunos clérigos católicos, entre otros a los obispos de Cartago, Quodvultdeus (a instancias del cual creó san Agustín su catálogo de «herejías». *De Haeresibus,* con 88 de las mismas) y Posidio de Calama, biógrafo de san Agustín. A veces los mandaba al extranjero en barcos nada aptos para la navegación, y si los deportados morían, sus sedes solían quedar vacantes. Otras veces quedaban huérfanas las sedes obispales situadas en los centros del poder vándalo, una vez muertos sus titulares. Según Víctor Vitensis, el número de obispos de las provincias Zeugitania y Proconsularis se redujo bajo Genserico ¡de 164 a 3! Los demás fueron asesinados o expulsados.[102]

La *Cathedra Carthaginensis* estuvo vacante 15 años, desde 439 hasta 454. Y cuando el obispo Deogratias tomó posesión de ella en octubre de aquel año, un hombre inteligente, exento de fanatismo, la convivencia con los no católicos se vio libre de fricciones. Muerto Deogratias, los católicos aprovecharon las dificultades de Genserico en la política exterior para conspirar abiertamente contra él, quien desterró a buen número de ellos, sospechosos de alta traición. La *Cathedra Carthaginensis* quedó de nuevo vacante. Todo indica, en términos generales, que el rey persiguió al clero católico mucho más en aras de la seguridad del Estado que por razones religiosas.[103]

En todo caso evitó crear mártires para no atizar el fervor religioso del adversario; pero mártires los hubo pese a todo, tanto a causa de la obstinación confesional como por razones políticas. Los vándalos amaños veían

probablemente a los católicos romanos, muchas veces «a priori», como enemigos del Estado, óptica que los católicos, precisamente ellos, conocían por principio muy bien. Y al clero vándalo, lo mismo que al católico, no le gustaba desperdiciar ocasión de satisfacer sus sentimientos vengativos.[104]

A causa del continuo peligro de traición al Estado, Genserico exigía de sus funcionarios romanos en la corte que se convirtiesen al arrianismo. A los renitentes les caía encima, por lo pronto, la confiscación de su patrimonio, después el destierro, la tortura y, finalmente, la ejecución. A los cristianos exiliados entre los moros, que evangelizaban entre ellos y habían solicitado del obispo católico más próximo el envío de sacerdotes, el rey los hizo arrastrar hasta la muerte por caballos salvajes. El obispo de Vita, Pampiniano, murió, según parece, martirizado con chapas de hierro candente. El obispo Mansueto de Urusita fue quemado vivo. Genserico castigó asimismo con la muerte toda resistencia contra la prohibición de los oficios divinos católicos o la transgresión de la misma.[105]

Por justa que sea la indignación de los cronistas católicos contra Genserico, uno de ellos cuando menos, le concede algo digno de fama: el Padre de la Iglesia Salviano de Marsella alaba su lucha contra la «impureza». Pues este cristiano bien manchado de sangre era, ¡qué significativo!, tremendamente mojigato en lo sexual. Combinación harto frecuente, como es sabido. No sólo combatió contra la pederastía, sino también contra los burdeles, obligando, incluso, a casarse a todas las prostitutas. «El rey de los vándalos, que, llegado el caso, no se arredraba ante ninguna acción sangrienta, experimenta tal repugnancia ante la peste de la pública lascivia sexual, peste propia de las grandes urbes, y considera hasta tal punto perniciosa esta abominación para sus compatriotas que se ha propuesto erradicarla de cabo a rabo y todo indica que lo ha logrado mientras él viva. Caso único en su género, en toda la historia de Occidente, y auténtico timbre de gloria en el por lo demás dudoso palmares del rey vándalo.»[106]

La historia del Estado vándalo sólo nos ha sido legada, casi en exclusiva, por clérigos católicos -incluso los pocos testimonios históricos de carácter profano están fuertemente influidos por ellos- y es más que probable que esté deformada por su unilateralidad. Esto es así, evidentemente, por lo que respecta al obispo Posidio, amigo de Agustín, al obispo Víctor Vítense, quien escribió entre 485 y 489, probablemente en Constantinopía, su *Historia de las persecuciones en la provincia de África.* Los vándalos, en cuyo «vandalismo» en África del Norte, bajo Genserico, nadie cree ya, fueron cubiertos de calumnias por aquéllos: que arrancaban los niños de los pechos de las madres para estrellarlos contra el suelo; que convertían a sacerdotes y ricos en animales de carga azuzándolos hasta la muerte, etc. Calumnias debidas, manifiestamente, al solo «crimen capital

de ser arríanos» (Gautier). «El obstinado arrianismo de los vándalos ha contribuido, al parecer, tanto o más que sus excesos y correrías de pillaje a que su mala fama haya perdurado tan tenazmente a lo largo de los siglos» (Finley).[107]

Hasta qué punto los autores católicos niegan, tergiversan o se inventan con frecuencia a su albedrío la realidad es algo que puede ilustrar un ejemplo.

Después que Genserico abandonase Roma, informa Pablo Diácono, un clérigo del siglo vm nacido de una ilustre familia longobarda, arrasó, entre otras, la ciudad de Ñola y también de allí se llevó cautivas a buen número de personas. Paulino, entonces obispo de Ñola (quien al igual que su esposa, y por supuesto, al margen de toda comunidad conyugal, llevaba una vida estrictamente monacal: Altaner/Stuiber), pudo añadir al respecto fama inmortal a sus ya un tanto marchitos laureles poéticos: sacrificó todo su patrimonio al objeto de rescatar prisioneros. Es más, ofreció su propia y preciosa persona a cambio del hijo de una pobre viuda. Noble gesto, sin duda, pero como tantas veces ocurre, un infundio. Paulino, murió, y de ello hay constancia, en 431, casi un cuarto de siglo antes de que los vándalos tomasen Roma. Evidentemente, ni con la mejor de las voluntades, podía pues Genserico, como afirma Pablo Diácono, dejar libre sin rescate al obispo Paulino llevado de su admiración hacia él. En cambio, el otro conquistador de Roma, Alarico, sí que lo tuvo cierto tiempo prisionero cuando el año 410 asoló también la Campania. Claro que, también por razones evidentes, no podía saber aún nada de sus méritos ante Genserico.[108]

Pese a todas las exageraciones, falsificaciones incluso, de la historia por parte de la tradición católica, no puede abrigarse la menor duda de que el proceder de Genserico para con el clero católico fue muy duro y a veces sanguinario. Ese clero era, desde luego, no solamente un adversario enconado del arrianismo, sino que se convirtió, cada vez más, en enemigo del Estado. Con todo, los *pogroms* anticatólicos efectuados por los vándalos en África tuvieron grandes ventajas para el papa: ¡con harta frecuencia pasó así con la tribulación de los demás! Pues el clero africano, cuya relación con Roma fue a menudo muy tensa y a veces casi hostil (litigio por el bautizo de los herejes, conflicto pelagiano, asunto Apiario, asunto del obispo de Fussala), reconoció el primado del obispo de Roma ante la presión de los vándalos. Ahora esperaban de él intercesión y ayuda. Hasta el mismo Agustín había tenido, nótese bien, sus reservas frente a ese primado. Durante las persecuciones, sin embargo, «la Iglesia africana se apoyó totalmente en Roma» (Marschall).[109]

Hunerico y el clero amano dedicados a la expropiación, las proscripciones y las masacres

Genserico murió muy anciano a principios del año 477. Su hijo y sucesor fue Hunerico (477-484), cuya esposa, Eudoquia, hija de Valentiniano III, a la que Genserico raptó de Roma en 455, huyó en 472 a Jerusalén, presumiblemente por aversión a la fe amana de su marido. Con todo, el comportamiento inicial de Hunerico frente a los católicos fue el de una pasable tolerancia. Ello dependió seguramente no tanto de la posibilidad de intervención del emperador como de la necesidad de consolidar su trono. En un principio el rey persiguió y quemó enfervorizadamente tan sólo a los maniqueos -lo que le granjeó el aplauso de los católicos- y a los propios parientes, cuyos derechos de sucesión temía. A unos cuantos los envió al exilio privados de recursos, entre ellos a su hermano Teodorico y a su sobrino Godagis, hijo de su hermano Genio. Sólo la muerte natural libró a ambos del asesinato. Receloso, hizo decapitar a la esposa, extremadamente culta, de su hermano Teodosio, y al hijo de ambos (también Genserico había hecho matar en su día a la viuda de su predecesor y hermanastro Gunderico). El patriarca lucundus, antes predicador palaciego de Teodorico y ahora cabeza suprema de la Iglesia vándala, fue quemado públicamente en una plaza de Cartago.[110]

Hunerico concedió nuevamente a los católicos practicar su culto. Es más, en 481 permitió que ocupasen (con el obispo Eugenio) la sede de Cartago. Como contrapartida exigió, desde luego, libertad para el arrianismo en el Imperio de Oriente. Antes que eso, los prelados católicos prefirieron, lo que ya es bien significativo, renunciar a las concesiones. Y cuando Hunerico advirtió que no había ya amenaza alguna de conquista del Norte de África por parte de Bizancio, dio un golpe de timón en la política religiosa, influido, y no poco, por las instigaciones del clero vándalo.[m]

Impulsado por la codicia, la sed de sangre y el delirio religioso inició una opresión sistemática de los católicos y una enconada persecución, sobre todo, de sus sacerdotes: confiscación de todos sus bienes (¡la suma de las multas impuestas era una fuente mayor de recursos que la de los ingresos obtenidos de los talleres del Estado!), destierro al desierto, cárcel, flagelaciones, horribles suplicios y cremaciones en vivo. Quien se negaba a hacerse amano, afirma Procopio, «era quemado o sufría cualquier otro tipo de muerte». Según san Isidoro, arzobispo de Sevilla (fallecido en 636) y uno de los «grandes maestros» de la Edad Media, que ejerció «enorme influencia en el desarrollo cultural» (Altaner/Stuiber), el malvado Hunerico «mandó cortar la lengua a quienes confesaban su fe, los cuales, pese a tal mutilación, pudieron seguir hablando bastante bien hasta el final de sus días». Al parecer quien más instigaba al rey era el pa-

triarca Curila. Trataba incesantemente de persuadirle -con sobrada razón- de que sin la erradicación del catolicismo no podría gozar de un reinado tranquilo y prolongado. Hunerico expulsó también a todos los funcionarios católicos y excluyó del servicio al Estado a la totalidad de los no amaños. Una vez más jugaban su papel en todo ello motivaciones de tipo político, aparte de la extravagancia religiosa. Tales eran, por ejemplo, el amotinamiento de la población católica contra las órdenes del rey y los contactos conspirativos del clero adversario con países «de ultramar». Motivaciones similares habían llevado en definitiva a Hunerico a perseguir también a sacerdotes amaños, quemando a algunos y arrojando a otros a las fieras. El año 483 envió a 4.966 católicos a tierra de moros, es decir al desierto, el peor de los destierros de aquel entonces, donde, se dice, acabaron miserablemente sus días.[112]

La campaña llegó a su culmen en el último año de gobierno de Hunerico.

El 1 de febrero de 484 convocó a todos los obispos católicos del reino, nada menos que 460, para sostener un diálogo religioso en la capital. Previamente mandó maltratar y desterrar a sus portavoces más destacados. Al obispo Laetus de Nepta lo mandó encarcelar y después quemar ya que, según nos cuenta Isidoro, «pese a los múltiples castigos no se prestó a mancharse con la herejía amana». Cuando se hizo patente que los prelados adversarios no se dejaban intimidar, los amaños hicieron fracasar el debate y culparon de ello a los católicos. A raíz de ello Hunerico mandó clausurar, el 7 de febrero, todas sus iglesias y el 24 del mismo mes impuso sin más una prohibición total del catolicismo. Todas las iglesias católicas, juntamente con su patrimonio, fueron expropiadas en provecho de los amaños. Cualquier acto de culto y reunión de católicos fueron objeto de interdicto. Todo católico que no se convirtiese al arrianismo (hasta el 1 de junio) perdía sus derechos civiles. Si era funcionario de la corte perdía esa dignidad y declarado infame. Llovieron las multas, la confiscación de bienes, las deportaciones y la quema de libros. Quienes ejecutaban negligentemente estas disposiciones se veían también afectados por la confiscación y la muerte. Hunerico «nombró» a una verdadera legión de auxiliares de verdugo *(tortores),* cuya misión consistía en martirizar del modo más brutal o, en su caso, matar a los católicos no conversos. Se conocen unos treinta tipos de tortura con sus correspondientes instrumentos. Muchos católicos, entre ellos 88 obispos, abjuraron de su fe.[113]

La ejecución de las leyes competía al clero amano, quien supervisaba la persecución imprimiéndole una gran ferocidad. Con arbitrario despotismo sobrepasaba a menudo, acentuando aún más sus rasgos sanguinarios, lo prescrito por el rey. Obispos y sacerdotes recorrían armados elpaís en aras de su gran obra de conversión y no consideraban antisacramentales ni aún los forzados bautizos impuestos a personas amordazadas. De

noche irrumpían, con la espada misionera en su mano, en las casas de los católicos poniéndolos ante la doble alternativa: segundo bautizo, riqueza y honores o castigos que iban desde la confiscación de sus bienes hasta la muerte, pasando por la deportación. Algunas mujeres católicas fueron, al parecer, crucificadas desnudas. A despecho de todo ello y siguiendo un prudente cálculo, los arríanos, como ya hicieron antaño, evitaron en lo posible los martirios.[114]

Al igual que en otros Estados cristianos, también era, desde luego, frecuente la pena de muerte, especialmente la decapitación agravada previamente con suplicios. Se practicaba asimismo la cremación, la sumersión hasta la muerte, el arrastramiento mediante caballos y el despedazamiento en vivo por fieras. Las torturas preferidas eran la flagelación, la mutilación de narices, orejas, manos y pies y la abrupción de lengua y ojos. La persecución de los católicos fue acompañada de torturas especialmente frecuentes, y los castigos aplicados procedían en su mayor parte del derecho romano.[115]

Todo aquello constituía un tremebundo y ya insinuado cinismo o, si se quiere, cierta actidud consecuente: durante aquella breve, ciertamente, pero asperísima persecución, en el reino vándalo se aplicaron cabalmente contra los propios católicos los más ásperos edictos bizantino-romanos de la época antidonatista. Pues hacía ya mucho tiempo que ellos, los católicos, habían tomado la delantera en todo esto.[116]

También ahora, desde luego, exageraron enormemente las proporciones de sus martirios, como hicieron cada vez que no les tocó perseguir sino ser perseguidos. El obispo Víctor Vitensis conjura una y otra vez una innumerable legión, pero el mismo no menciona más que a doce en total. Y ni siquiera esos doce acabaron dando testimonio con su sangre, «testimonio», por lo demás, que es el que menos fuerza demostrativa tiene entre todos los posibles, aunque sea, eso sí, el que alimenta el peor de los fanatismos. El informe de Procopio muestra ya un tinte legendario al aseverar, por ejemplo, de Hunerico que «a muchos les mandó cortar la lengua de raíz. Algunos de éstos vivían todavía en mi época en Constantinopía y podían, pese a todo, hablar con voz poderosa, pues ese martirio no les causó daño alguno. Dos de ellos, sin embargo, perdieron posteriormente la facultad del habla, después de cohabitar con prostitutas».[117]

Hunerico sucumbió tempranamente, en diciembre del año 484, víctima de una enfermedad. Los católicos acogieron jubilosos la noticia como cada vez que muere uno de sus adversarios. Y una vez más presentaron, naturalmente, ese final como un castigo divino. Si hemos de creer a Víctor de Vita, Hunerico murió devorado por gusanos. Según Víctor de Tonena feneció tras reventar y expulsar los intestinos, al igual que Arrio. Y Gregorio de Tours, que aborrecía todo lo perteneciente a los germanos, salvo si eran francos, exultaba así: «Como recompensa a tales ignominias

Hunerico mismo fue poseído por el espíritu del mal y él, que por tanto tiempo había bebido la sangre de los santos, se desgarró con sus propios dientes...».[118]

¡Historiografía cristiana!

El radicalismo de Hunerico produjo, ciertamente, considerables éxitos, pero agravó el antagonismo vándalo-romano. Y mientras Guntamundo (484-496) fue paulatinamente poniendo fin a los *pogroms* y anulando parcialmente los decretos de destierro de modo que ya sólo continuaban la persecución grupos del clero amano que lo hacían por cuenta propia, el rey Trasamundo (496-523), su perspicaz hermano, que había tomado parte decisiva, incluso en su aspecto literario, en la lucha religiosa, favoreció nuevamente, aunque con circunspección, al arrianismo. Como quiera que los católicos, contraviniendo las órdenes del rey, habían establecido nuevos obispos en sus comunidades, Trasamundo decretó nuevos destierros. Es más, reinando él, «tan prominente por su belleza como por su carácter e inteligencia», se dieron, al parecer, casos en que los vándalos metieron sus caballos y animales de tiro en los templos de los católicos «perpetrando por lo demás atrocidades de todo género, maltratando y apaleando a los sacerdotes y usándolos para los trabajos más viles entre los realizados por esclavos» (Procopio). En términos generales, sin embargo, este cuñado del rey godo Teodorico trabajó menos con la violencia y más con calculada deferencia. Concedió honores, cargos y también ricas donaciones a los conversos llegando a agraciar a los criminales que se convertían. Y los desterrados a Sicilia, 60 en un principio, 120 después y algunos más al final, llevaban una vida pasable. Tenían contacto con el mundo exterior y cada año recibían ropa y dinero enviados por el papa Símaco.[119]

Pero su sobrino y sucesor Hilderico (523-530) aplicó después una política de signo contrario acarreando con ello la ruina de su pueblo.

Hilderico, nieto de Valentiniano III e hijo de Eudoquia, la hija del emperador, a quien los vándalos se llevaron cautiva tras saquear Roma en 455, había pasado la mayor parte de su vida en Bizancio, «unido por estrecha amistad a Justiniano» (Procopio). Era, al contrario que su padre, Hunerico, muy adepto de Roma y del emperador. Cierto que el agonizante Trasamundo le había hecho jurar que no toleraría la reorganización del catolicismo. Pero Hilderico -«¡para no vulnerar la santidad del juramento!» (san Isidoro de Sevilla)- llamó ya antes de ser elevado a rey a los obispos católicos desterrados para que retomasen a sus sedes, ordenó asimismo que fuesen reocupadas las sedes vacantes y devueltas las iglesias expropiadas. Es más, este enfermizo primogénito de Hunerico, que era ya por entonces bastante anciano, se rodeó de nobles de ascendencia románica e hizo todo lo posible para granjearse el favor de la Roma de Oriente y de los católicos.[120]

Hilderico sacrificó incluso el pacto con Teodorico en aras de esa política que era, desde el primer momento, fuertemente procatólica y probizantina. Hasta tal punto que a Amalafrida, hermana de Teodorico y viuda de Trasamundo, que propugnaba enérgicamente salvaguardar el pacto con los godos, la hizo acusar de conspiración y asesinar juntamente con su séquito de 1.000 godos doríforos (su guardia personal) y su mesnada de 5.000 guerreros. La enemistad que desde entonces imperó entre los Estados germánicos contribuyó, de seguro, decisivamente a la ruina de ambos. Teodorico, a quien la noticia del destino de su hermana le llegó en los últimos meses de reinado, proyectó una campaña vindicativa contra Hilderico. Y como ahora había de contar con enfrentarse a las fuerzas navales conjuntas de bizantinos y vándalos construyó con toda celeridad una flota propia de mil dromones o naves rápidas. El 13 de junio del año 526 debía concentrarse en Ravena, pero él murió el 30 de agosto.[121]

Cuando, al año siguiente, el primo de Hilderico y jefe del ejército, Oamer, sufrió un grave revés frente a los moros, el viejo soberano, que nunca había combatido personalmente, fue a dar con sus huesos en la cárcel. Otro tanto le ocurrió a Oamer, que murió en ella tras haber sido cegado. El heredero con más derechos al trono, Gelimer, biznieto de Genserico, fue proclamado rey el 15 de junio de 530. Pero aquel golpe de Estado sirvió de pretexto a Justiniano, que se arrogó el papel de protector de Hilderico, para entrar en guerra. Y el catolicismo jugó un destacado papel en su campaña de exterminio y en la ruina del arrianismo y del pueblo vándalo.[122]

El clero católico a favor de «una especie de cruzada» contra los vándalos

No cabía esperar que los atribulados católicos sintieran simpatía por el estado de sus perseguidores, ni siquiera teniendo en cuenta su deber de someterse a la autoridad. Gelimer era en definitiva un usurpador. Aparte de ello a la Iglesia católica no le importaba gran cosa la autoridad cuando además de no serle propicia era débil. De ahí que bajo el reinado de Trasamundo los católicos sintieran no pocas simpatías incluso por el príncipe moro Cabaón, con el que probablemente conspiraron. Cuando menos, éste dispuso su lucha contra Trasamundo contando con el apoyo de sus subditos católicos. Él mismo, Cabaón, cortejaba al clero católico, restauró las iglesias profanadas por Trasamundo y venció en su campaña: «la mayor parte» de los vándalos murió en aquel entonces «a manos de sus perseguidores. Otros fueron hechos prisioneros y pocos fueron los que pudieron finalmente regresar a casa tras esta campaña» (Procopio).[123]

Es innegable que la católica Roma quería ver exterminado al amanis-

mo vándalo. Ya en el año del vuelco político en Bizancio, en 519, el papa Hormisdas preguntó al nuevo emperador qué pensaba hacer en favor de los católicos del reino vándalo. Pero hasta el buen católico Justino rehuyó la cuestión.[124]

Los deseos de cruzada del clero no entusiasmaban ni a los ministros ni a los militares, por no hablar de los funcionarios de la hacienda. El recuerdo de Genserico, terror de los mares, estaba aún demasiado vivo y también el del destino de Basilisco. Aparte de ello, las tropas acababan de regresar de la campaña contra Persia, si bien el emperador la había terminado cabalmente para poder combatir a los vándalos con todas sus fuerzas. El consejo de la corona, no obstante, estaba decididamente en contra. Escaseaba el dinero a causa del conflicto con Persia, la moral de las tropas era mala y la marina vándala infundía aún pavor. Todas ellas eran razones de peso que parecieron hacer mudar a Justiniano de parecer, aunque sentía imperiosos deseos de reconquistar África del Norte -su importancia económica y su poderío político seguían siendo considerables- tanto más cuanto que sentía un fuerte compromiso religioso.[125]

En ese momento se interpuso el clero católico, el vivo y el muerto, y Dios mismo. Pues éste, afirmaba un obispo de Oriente que intervenía presumiblemente como agente de sus hermanos norteafricanos, le había ordenado recriminar al emperador por sus vacilaciones y anunciar que la liberación de los católicos del yugo vándalo contaría con la ayuda del Altísimo. «Dios mismo le asistirá en ello constituyéndolo en señor de África» (Procopio). Y un prelado muerto, Laetus de Nepta que ascendió «súbitamente a los cielos con la corona de la victoria» obtenida por su martirio bajo Hunerico (san Isidoro), emergió de nuevo, se le apareció en sueños a Justiniano y le empujó también a la guerra. Aparte de ello, los sacerdotes agitaban a lo largo y lo ancho desde los pulpitos difundiendo elocuentemente las atrocidades, reales o imaginarias, de los «herejes».[126]

En una palabra, apenas si caben dudas de que una de las razones principales de Justiniano para iniciar la guerra fue «la liberación de los católicos» (Kaegi). El emperador libró esta guerra «fundamentalmente por razones confesionales» (Kawerau), como «una especie de cruzada» (Diehí), como una «guerra santa contra los arríanos» (Woodward). «El componente religioso fue lo decisivo para Justiniano [...], el factor detonante para una guerra [...] que acabó en el exterminio del pueblo vándalo» (Schmidt). «Al clero católico le corresponde buena parte de la responsabilidad por el desencadenamiento de las guerras de exterminio de la época [...]. La influencia de la Iglesia llegaba hasta la última aldea» (Rubín).[127]

¿Acaso este belicismo del clero (católico) es algo sorprendente o incluso increíble? ¿No hay razones plausibles para ello? ¿No hay ante todo un motivo que vendrá una y otra vez a nuestro encuentro a lo largo de los siglos? Es el motivo aducido en cierta ocasión por el papa Agapito

(535-536) ante el emperador Justiniano al escribir estas palabras: «Doy infinitas gracias a nuestro Dios porque en Vos arde tan profundo celo por engrandecer el número de los católicos; pues allí donde nuestro Imperio extiende sus fronteras comienza también, y de forma inmediata, a crecer el reino eterno». Y justo por aquel tiempo se elevaban preces en la liturgia latina implorando de un solo aliento la aniquilación de los enemigos del Imperio y de la fe: *Hostes romani nominis et mímicos catholicae religionis expugna* [m]

Y precisamente por aquella época, Justiniano reverenciaba a Roma con una profunda inclinación: «Siempre pusimos nuestro empeño en salvaguardar la unidad de Vuestra Sede Apostólica y el rango de las iglesias. Pues en todo cuanto emprendemos nos cuidamos de que aumente el honor y la autoridad de Vuestra Sede». El papa Juan II (532-535) no podía menos de estar encantado de que el soberano, llevado por su celo de creyente e «instruido por el derecho canónico, muestre ante la romana sede el debido respeto, someta todo a su criterio y reconduzca todo hacia la unidad con ella» .[\29]

«¡Os traemos la paz y la libertad!»

En junio de 533 se hizo a la mar por orden del emperador uña flota de 500 barcos de transporte y 92 navios de guerra (dromones) que llevaban a bordo entre 15.000 y 20.000 combatientes. Formaban parte de ellos también hérulos y hunos. El patriarca de Constantinopla, Epifanio, había impetrado en el mismo puerto la bendición del cielo para una empresa tan grata a Dios. Bendijo él mismo a las tropas y pronunció los «rezos habituales» (Procopio) de estas despedidas. El general en jefe era Belisario, buen católico, buen soldado, «un cristiano caballeroso, en quien las enseñanzas de su Salvador habían penetrado no sólo en su cabeza, sino en su sangre» (Thiess). Dios sabe que eso debía de ser verdad tratándose de quien podía abatir a tajos de espada a 30.000 o 50.000 personas, cristianas, católicas incluso (como fue el caso de la «Rebelión Nika»), cual si fueran figuras de cera. ¡Y todo ello para que *un* hombre (bestia sería un eufemismo inapropiado) mantenga su corona! Gozaba de gran estima entre sus tropas carniceras y era el mejor estratega del siglo. Al igual que el emperador, era hijo de campesinos. Cuadro completo: a su lado su esposa Antonina, persona intrépida pero algo malfamada y amiga de la emperatriz, pues Antonina engañaba a su general, que le era fiel con apego casi de esclavo, con el hijo adoptivo de éste, Teodosio. Relación que la pía Teodora toleraba amistosamente. También iban a bordo el jefe del Estado Mayor de Belisario, el eunuco Salomón, severo, conocedor de su profesión y objeto de muchas antipatías, y el historiador Procopio, quien

entre los años 524 y 540 acompañó a Belisario como secretario y persona de confianza en sus campañas persa, africana e italiana. Clásico de la narración histórica no sólo veía, en más de una ocasión, la mano de Dios tras las disposiciones estratégicas del jefe, sino que imaginaba que aquél se las soplaba al oído.[130]

Los bizantinos hallaron el apoyo, como mínimo indirecto, de los godos: su próxima vicuña. No habían olvidado éstos aún el asesinato de la hermana de Teodorico y de sus 6.000 custodios. Y Amalasunta, hija y sucesora de Teodorico, la primera mujer regente de un reino germánico, no sólo permitió manifiestamente a Belisario atracar en Sicilia, convirtiendo la isla en punto de partida de la expedición, sino que, según parece, reforzó sus tropas.[131]

La guerra, que ya en Constantinopla fue conceptuada como guerra de religión contra la «herejía vándala», tuvo no pocos aspectos de tal. En Cerdeña y en Trípoli se produjeron levantamientos populares, pues los católicos intentaban ahora sacudirse el yugo amano. En Salecta, la primera ciudad que Belisario tomó, dos días después de su desembarco (el 30 o el 31 de agosto de 533), fue antes que nadie el obispo quien mandó que le abrieran los portones. También el general buscó primero contacto con el clero católico si bien, por consideración a los aproximadamente mil arríanos del propio ejército, *foederati* en su mayoría, debía proceder con habilidad táctica. Las iglesias fueron tratadas con escrupuloso miramiento. Y en una proclama de Justiniano, ampliamente difundida, se afirmaba incluso que no se combatía a los vándalos, sino únicamente al «tirano» Gelimer. Naturalmente «en el nombre de Dios». «¡No libramos una guerra contra vosotros, sino únicamente contra Gelimer, vuestro cruel tirano, de quien os queremos liberar! ¡Pues os traemos la paz y la libertad!»[132]

Justiniano tuvo más suerte de la que cualquier otro que no fuera él mismo o los obispos se hubiera atrevido a esperar. Cierto que ya durante la travesía murieron unos quinientos soldados (culpable fue el prefecto Juan por escatimar los gastos) a causa del mal estado del pan, sin que el prefecto fuese castigado por el emperador, quien, en definitiva gobernaba gracias a sus exacciones. Y mientras que la poderosa expedición de 468 sufrió un deplorable fracaso, el pequeño ejército de Belisario conquistó África en una campaña relámpago, una de las mayores «proezas» militares desde mucho tiempo atrás. Las tropas desembarcaron a principios de septiembre de 533 a doscientos kilómetros al sur de Cartago, junto a Qábis. La temida flota vándala, dirigida por Zazo, el hermano del rey Gelimer, navegaba rumbo a Cerdeña y transportaba las mejores tropas al objeto de aplastar una rebelión en la isla. El rebelde Godas, que se puso a las órdenes del emperador, fue vencido y ejecutado. Otros contingentes vándalos operaban en el sur contra los moros. Pese a ello, Gelimer, que disponía de un ejército de clara superioridad numérica aunque con mu-

cha menos experiencia de combate estuvo a punto de cercar y exterminar al enemigo el 13 de septiembre, en Decimón, a unos catorce kilómetros de Cartago, si no lo hubiese impedido su indecisión, su aflicción a la vista de su hermano muerto.[133]

Los vándalos contaban con una victoria segura y habían preparado ya un banquete festivo en la fortaleza real de Cartago. Su plan de batalla: el hermano del rey, Ammatas, debía atacar a los bizantinos de frente, junto a Decimón, mientras un contingente de 2.000 hombres acaudillados por Gibamundo, lo haría por el flanco izquierdo, y el rey, con el grueso de las tropas, por la espalda. Belisario fue cogido por sorpresa y sólo se salvó de su ruina por la mala suerte de los vándalos. Ocurrió que Ammatas llegó con seis horas de anticipación, atacó con parte de su tropa a la vanguardia bizantina y fue abatido mientras el resto de su gente era diezmada en la fuga. Casi simultáneamente los 600 hunos de Belisario desbarataron las líneas de Gibamundo, gracias a una embestida por sorpresa, y los degollaron en su totalidad. Gelimer mismo, impulsado por la prisa y el fervor bélico, había sobrepasado sin ser visto el grueso de las tropas de Belisario y chocó ahora, contra lo previsto en su plan, con la cabeza del contingente principal de los bizantinos, un tanto disperso. Ante las oleadas de combatientes vándalos, muy superiores en número, esas tropas de cabeza huyeron hacia el puesto de Belisario, quien contuvo imperturbable su fuga y contraatacó enseguida.[134]

Procopio, que pasó aquel día en el entorno personal más inmediato a Belisario, escribe sobre aquella batalla tan decisiva que fue en el fondo la que precipitó la ruina de los vándalos: «Aquí me hallo ante un enigma. Me resulta incomprensible cómo Gelimer, que tenía ya la victoria en sus manos, la dejó escapar para entregársela por decisión propia al enemigo [...]. Pues si hubiera emprendido inmediatamente la persecución del ya maltrecho adversario, ni el mismo Belisario, en mi opinión, hubiera podido resistir y nuestra causa se habría perdido irremisiblemente. Tan tremenda parecía la superioridad de los vándalos y el espanto que infundieron a los romanos. Y si hubiese acudido rápidamente a Cartago hubiera aplastado sin esfuerzo a Juan y a sus guerreros [...]. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro; descendió a pie desde la colina y cuando vio el cadáver de su hermano prorrumpió en gritos de dolor y se dispuso a enterrarlo, desaprovechando así el instante decisivo, que se perdió para siempre.

»Belisario, en cambio, salió al encuentro de sus soldados en fuga, les gritó "¡Alto!" con voz estentórea, reorganizó sus filas y los increpó durfsimamente. Cuando después oyó lo de la muerte de Ammatas, de la persecución de los vándalos por parte de Juan y se enteró de cuanto necesitaba saber acerca del terreno y de los enemigos, se lanzó al ataque contra Gelimer y los vándalos. Los bárbaros, por su parte, cuyas filas estaban ya desordenadas y no preveían un ataque, ni siquiera esperaron a los atacan-

tes y huyeron a escape perdiendo a mucha gente. La carnicería duró hasta bien entrada la noche».[135]

Belisario entró en Cartago el 15 de septiembre. «Comimos los manjares de Gelimer, y bebimos su vino, atendidos por su servidumbre. El banquete había sido preparado por él la víspera. ¡Ejemplo contundente de cómo el destino juega con los hombres y de cuan importante es la voluntad de éstos cuando aquél se le enfrenta!»[136]

A cuatro jomadas de Cartago el rey reunió a sus maltrechas tropas, recibió nada despreciables refuerzos de los moros y tropas de refresco de parte de Zazo, que regresó apresuradamente de Cerdeña. En cambio no obtuvo ningún apoyo militar de los godos quienes, ya antes de que llegase el legado de Gelimer, se enteraron de la derrota vándala por una nave mercante. Junto a Tricamaro, población no perfectamente localizada, pero situada a unos treinta kilómetros al oeste de Cartago, los vándalos libraron, en diciembre del año 533, una última y desesperada batalla. Al tercer ataque bizantino murió Zazo, el hermano de Gelimer, y los vándalos huyeron tras luchar como leones. Todos los fugitivos fueron abatidos uno tras otro hasta bien entrada la noche. Al final «no quedaban ya vándalos por capturar salvo los que habían implorado protección en los santuarios». Todo, escribe Procopio «fue puesto bellamente en orden [...]». Gelimer mismo se salvó con algunos compañeros de armas hallando cobijo entre moros amigos en las inaccesibles serranías, en los confines de Numidia, donde finalmente se rindió meses más tarde tras ser cercado. Los vencedores católicos, por su parte, no sólo se apoderaron en Tricamaro de los inmensos tesoros, acumulados mediante el pillaje practicado en todo el mediterráneo, sino también de los «cuerpos rozagantes y espléndidamente bellos» de las mujeres y muchachitas vándalas, que enloquecían su lascivia.[137]

«Pues los soldados romanos -informa el cronista y tesügo ocular bizantino-, gente al borde de la indigencia, se vieron ahora en posesión de inmensos tesoros y de mujeres increíblemente bellas. Perdieron el dominio de sus sentidos y parecían insaciables en la satisfacción de sus apetitos: henchidos de la insospechada dicha, iban dando tumbos como borrachos como si cada cual no pensase ya en otra cosa que en poner a buen recaudo sus tesoros aprovechando el camino más próximo hacia Cartago. Toda formación de tropas se disolvió. De uno en uno o de dos en dos, según los impulsaba la esperanza de botín, lo registraban todo en derredor, en hoces, cuevas y otros lugares peligrosos. Ya no había miedo ante el enemigo ni recato ante Belisario. La codicia de botín los dominaba por completo, y esclavizados por ella no se ocupaban de nada más.»[138]

Parabienes papales por la «expansión del Reino de Dios», o «Todos ellos sumidos en la indigencia»

Después de la victoria, la mayoría de los hombres vándalos perdió la vida. Mujeres y niños fueron hechos esclavos. El rey fue llevado a Constantinopla y presentado en el verano de 534 en el hipódromo durante **el** triunfo allí celebrado. Despojado de la púrpura hubo de besar el polvo ante el trono imperial. Acabó sus días como vasallo en una gran propiedad de Galacia. Declinó la conversión al catolicismo, pese a todos los honores que la hacían más apetitosa. A sus compañeros de cautiverio los encuadraron en el ejército romano y fueron a parar en su mayoría a la frontera persa. Se formaron cinco regimientos, los llamados *Vandali lustiniani.* Un regimiento, sin embargo, huyó de nuevo a África después de reducir a la tripulación de la nave que debía transportarlos desde la isla de Lesbos. En África asentaron los bizantinos grandes contingentes de tropas. Reforzaron los puertos y las ciudades con murallas y también levantaron numerosas fortalezas, dispersas tierra adentro.[139]

La Iglesia católica que elogió a Justiniano como liberador de un «cautiverio de cien años» recuperó de inmediato todos sus bienes raíces y también su rango por encima de las restantes religiones, de forma que, de la noche a la mañana se convirtió de perseguida en nueva perseguidora. Pues, obviamente, el clero católico colaboró ahora con los nuevos amos exactamente igual que lo había hecho el amano con los antiguos. Otra vez se adoptaron duras medidas contra paganos, donatistas y judíos a quienes ahora se les expulsó por principio de las sinagogas. Pero el final del Estado vándalo significó ante todo el final de la fe vándala. Justiniano mismo, dispuesto ya a hacer la guerra a los ostrogodos, se inclinaba por una política religiosa moderada, pero el episcopado africano y el papa Agapito le hicieron mudar de parecer. Por decreto promulgado el 1 de agosto de 535 arrebató las iglesias a los arríanos, y prohibió sus oficios divinos, el nombramiento de obispos y sacerdotes. Además los excluyó de todos los cargos. También golpeó duramente a los no católicos restantes.[140]

Lo admite hasta el *Manual de la Historia de la Iglesia:* «Las medidas adoptadas por el decreto en relación con los arríanos, donatistias, judíos y paganos eran sobremanera duras. Tuvieron que cerrar sus templos y suprimir todo acto de culto. Cualquier reunión quedó prohibida; ya era suficiente que pudieran continuar con vida. El papa felicitó al emperador por su celo en la expansión del Reino de Dios».[141]

Pese a todas las degollinas, el arrianismo estaba aún lejos de su erradicación en África, tanto menos cuanto que pudo penetrar en las tropas de Belisario gracias a los godos arríanos. Pero también éstos, que se vieron engañados en la distribución de los lotes de tierra y sojuzgados, desde el punto de vista religioso, juntamente con los vándalos arríanos supervi-

vientes, hubieron de morder el polvo tras duras y largas luchas. Las mujeres vándalas que se habían entretanto casado con ellos fueron deportadas. «De los vándalos que permanecieron en su patria -escribe Procopio- no quedó vestigio alguno de mi época. Al ser pocos, fueron aplastados por los bárbaros limítrofes o bien se mezclaron voluntariamente con ellos de modo que desapareció hasta su mismo nombre.» «De este modo -escribe triunfante el arzobispo Isidoro de Sevilla- fue exterminado, el año 534, el reino vándalo hasta el último retoño, reino que duró 113 años desde Gunderico hasta la caída de Gelimer.»[142]

Pero los tiempos que se enseñorearon de África, también en su aspecto político y religioso, fueron de todo menos de paz. La administración bizantina estaba en gran parte corrompida, la opresión fiscal era tal que la población añoró tristemente la liberalidad de los vándalos. Los colonos fueron mucho peor tratados que bajo el dominio de los «bárbaros». Las propias tropas amanas fueron preteridas. A otras se les pagó muy tardíamente. En una palabra: aumentó el descontento de amplios sectores sociales. Y a los motines y levantamientos interiores vinieron a sumarse los ataques del exterior.[143]

Ya el año 534 las unidades bizantinas dirigidas por el bastante capaz, pero brutal *Magister militum* Salomón, el sucesor de Belisario, se vieron envueltas en luchas contra varias tribus nómadas. Fueron destruidas unidades enteras de caballería. Cierto que al año siguiente Salomón hizo una degollina de, supuestamente, más de cincuenta mil bereberes que habían penetrado hasta la Tunicia central. Pero los años que siguieron conocieron no sólo nuevos ataques de los nómadas, sino también graves y repetidos motines de soldados. «Ese desdichado país -así concluye la *Guerra vándala* de Procopio- no hallaría nunca una calma duradera. Salomón cayó combatiendo contra los moros. Su sobrino y sucesor Sergio se granjeó un odio general y no puede hacerse fuerte allí. Justiniano envía a su propio sobrino Aerobindo para restablecer el orden, pero este príncipe no tiene en absoluto madera de guerrero. Muere víctima de una conjuración militar encabezada por un tal Gontaris, que se encumbra a una brutal dominación. A partir de ahí reina un violento caos: no importa qué oficial cree poder llegar a ser dueño de África. El asesinato alevoso, el arrasamiento y el saqueo están a la orden del día. Finalmente Gontaris, en tomo al cual se han agrupado los últimos vándalos, cae junto con éstos a manos del armenio Artabanes que obtiene de Justiniano el *Magisterium militare* para toda África. Su sucesor Juan apaga los últimos focos de la revuelta... De la población africana sobrevivieron muy pocos. Después de tantas tribulaciones gozaban por fin de paz. Pero ¡a qué precio! Todos ellos sumidos en la indigencia.»[144]

Sobre la «gran batida contra los godos» y otras cuestiones marginales

El reino vándalo había perseguido largo tiempo y en ocasiones de forma atroz a los católicos, una de las razones, sin duda, que provocaron su exterminio. Sin embargo, los arríanos ostrogodos no eran energúmenos religiosos. Cierto que Teodorico se había encumbrado en Ravena de forma harto sanguinaria y rufianesca, pero después se esforzó siempre por mantener la paz en su política exterior. Pese a actuar con total independencia, reconocía la soberanía de la Roma oriental. Y en su política interior puso su empeño en reconciliar a romanos y germanos. Especialmente por lo que respecta a los católicos, el ostrogodo -el año 500 y a raíz de su única visita a Roma, fue recibido por el papa a la cabeza del clero- mostró una tolerancia más que notable. Bajo su reinado, los maniqueos fueron una y otra vez desterrados de Roma y los paganos que ofrecían sacrificios eran, incluso, castigados con la muerte. Los papas, en cambio, tenían plena libertad para relacionarse con los obispos de fuera de Italia. Ellos y su Iglesia gozaban de una autonomía como no se conocía ya desde hacía varias generaciones, superior a la gozada «bajo cualquier emperador ortodoxo» (Pfeilschifter). A despecho de todo eso los ostrogodos sufrieron un exterminio aún más cruel, si cabe. Su reino sólo perduró sesenta años, desde 493 a 553, más de la mitad de los cuales bajo la égida de Teodorico.[145]

Mientras éste se mantuvo en la cima de su poder, la Roma de Oriente y la de Occidente, el emperador Anastasio, el papa y el senado mantuvieron también un buen entendimiento con él. Su apoyo a Roma era continuo. Entre otras cosas le asignó 200 libras de oro anuales para la conservación de sus muros. El papa Símaco recibía, incluso, dinero del tesoro privado del rey. Pero cuando, en los últimos años de éste, Justino y el papa llegaron a un mismo acuerdo y se inició la persecución de los arríanos en el Imperio oriental, se acentuó la tendencia antigoda entre los católicos de Italia. De ahí que en la tradición eclesiástica medieval la memoria de Teodorico sea únicamente la de un «hereje», tirano y demonio y ya para el papa Gregorio I y para Gregorio de Tours quedó sepultado en el abismo de los infiernos.[146]

El rey, que murió sin descendencia masculina, había decidido la sucesión en favor de su nieto Atalarico. Su madre Amalasunta (526-534) asumió la regencia contando Atalarico sólo ocho años de edad, a la par que ordenaba asesinar a tres godos de la alta nobleza, sospechosos de oponerse a ella. Pero cuando, fallecido el joven Atalarico (en octubre de 534), ella se casó con su primo y acérrimo enemigo Teodato (534-536), éste desterró a su esposa, prima y corregente, contraviniendo todos sus juramentos, ya en la primavera de 535, y confinándola en una pequeña isla en el lago de Bolsena, donde mandó estrangularla.'[47]

Todo hace pensar que la mano de Teodora, llevada de celos femeninos y de la astucia, tuvo mucho que ver con aquel crimen sangriento. Justiniano tomó este asesinato como pretexto para erigirse ahora en vengador contra Teodato, como antes contra Gelimer. No vaciló un solo instante «en ordenar desenvainar la espada, que aún goteaba sangre vándala, para dirigirla, empuñada por el mismo general, contra los godos» (lordanes). O digámoslo con las palabras de Grisar, S. J.: se produjeron así «hazañas tan heroicas... como pocas veces en la historia militar».[148]

Con 7.000 hombres, 200 jinetes hunos y 300 moros a los que más tarde se sumaron ciertamente refuerzos considerables, Belisario conquistó Italia en una guerra casi relámpago. Eso al principio, pues las intrigas de la corte le crearon después tantos contratiempos como los celos del mismo Justiniano. Ya a finales del año 435 cayó en sus manos Sicilia, casi sin combates, pues apenas había ocupantes godos. Catania, donde desembarcó, fue tomada sin esfuerzo alguno; después Siracusa y finalmente Palermo. También la invasión del sur de Italia constituyó un éxito. Avanzó hacia el norte sin hallar apenas resistencia pues «el alto clero había sido ganado para la causa bizantina» (Davidsohn). En Tuscia, las ciudades se le entregaron sin esperar siquiera el requerimiento. La única que se defendió enérgicamente fue Ñapóles y fueron los judíoa quienes destacaron en ello, temerosos del fanatismo católico. Sólo fue posible tomarla por sorpresa después que unos seiscientos sitiadores penetraron en ella arrastrándose por un acueducto. Se produjeron horribles carnicerías hasta en las mismas iglesias. Los bizantinos, que luchaban bajo el signo de la cruz, «abatían despiadadamente a golpes de espada -según el testimonio de Procopio- a todo el que se cruzaba en su camino, sin considerar siquiera la edad. Penetraban en las casas y se llevaban como esclavos a niños y mujeres. Lo saqueaban todo». Los hunos mataron incluso a muchos que se refugiaron en las iglesias. (Cuando Tótila reconquistó Ñapóles no solamente tuvo miramientos con la ciudad, sino incluso con las tropas bizantinas.)[149]

En aquellos días de la marcha hacia Roma ocupaba el solio pontificio Silverio (536-537), hijo del papa Hormisdas. El 20 de junio de 536 el rey godo Teodato lo había hecho obispo mediante coacciones y considerables sobornos. A saber, Silverio conspiraba con los godos «heréticos». Al igual que una parte de su clero tenía menos miedo de ellos que del cesaropapismo del emperador católico. Además estaban geográficamente más próximos y eran quienes tenían el poder. Y cuando en noviembre el turbio Teodato fue sustituido por el jefe militar Vitiges (éste ordenó la muerte de Teodato y para legalizar su regencia repudió a su mujer y tomó por esposa, forzando su voluntad, a Matasunta, nieta de Teodorico, a la que llevaba treinta años), el papa Silverio («hombre santo y de firme carácter, según el católico Daniel-Rops) juró también ser fiel al nuevo rey... y en-

vio enseguida mensajeros a Belisario para que acudiera a Roma. Después, en la noche del 10 de diciembre de 536, el santo Silverio, que debía su papado a los godos, abrió, a despecho de su juramento, la porta Asinaria a Belisario, que venía avanzando desde Ñapóles. La puerta estaba en el sur de la ciudad y muy cerca de la basílica laterana. Casi al mismo tiempo la pequeña guarnición goda huyó por la puerta Flaminia hacia el norte. Los romanos saludaron jubilosamente a los bizantinos como liberadores, como exterminadores de la «herejía» amana, abrigando además la esperanza de que se restablecería el Imperio romano.[150]

Pero cuando en la primavera de 537 Vitiges cercó Roma con 150.000 hombres -se supone- mientras que Belisario sólo podía oponerle 5.000, la firmeza de carácter del santo papa pareció acomodarse a un nuevo cambio de poder recordando a todos que él era propiamente papa de los godos. Cuando menos incurrió en la sospecha de querer traicionar ahora a la cercada Roma entregándola a los godos. «Como se sospechaba -escribe Procopio- que Silverio, el sumo sacerdote de la ciudad, urdía una traición con los godos, Belisario lo envió inmediatamente a Grecia y nombró acto seguido a otro obispo con el nombre de Vigilio.»[15].'

El regente de las escuelas. Marcos, y el pretoriano Julián habían presentado unas cartas falsas que Silverio envió a los godos. Y el diácono Vigilio, su sucesor como papa, atizó la sospecha contra su predecesor. Pues en realidad Vigilio, apocrisiario en Constantinopla, había querido ser ya papa en lugar de Silverio, tanto más cuanto que Bonifacio II (530-532) lo había designado ya en una ocasión como su sucesor, debiendo revocar la designación ante la impugnación de un sínodo. Después, Vigilio entró en Roma demasiado tarde, procedente de Bizancio, y halló ya ocupado lo que debía obtener según los planes de Teodora.[152]

La emperatriz había comprado al diácono por 700 piezas de oro (septem centenaria) para que, una vez papa, favoreciese a los monofi sitas. «El trono obispal y el dinero eran sus dos amores», dice de él su colega Liberatus, diácono de Cartago que usa de buenas fuentes para su obra histórica (para hacerse una idea de la suma: con 200 piezas de oro se financiaba entonces la construcción de una gran iglesia). Después que Vigilio, fiel a su encargo, prometiese a Belisario una fracción, 200 piezas de la suma del soborno, el general llamó el 11 de marzo, por vez primera, al papa Silverio a comparecer ante él en el palacio imperial sobre el Pincio. «Entró solo en el palacio y no se le volvió a ver más», informa dramáticamente Liberatus dejando entrever que la caída de Silverio se basó en la acusación de alta traición por connivencia con los godos; algo que confirmaron asimismo otras fuentes como el continuador de Marcellinus Comes y Procopio, de forma que «el hecho resulta incontrovertible» (Hildebrand). «Contestad, papa Silverio -así se expresó el 21 de marzo Antonina en el palacio de Pincio, mientras se recostaba en una almohada

a los pies de su esposo Belisario-, «¿qué os hemos hecho a Vos o a los romanos para que quieras entregamos a los godos?». Acto seguido, Belisario, que había garantizado a Silverio su seguridad personal, lo hizo recubrir de un hábito monacal, lo declaró depuesto y lo desterró a Patara, en Licia. Al día siguiente, el 22 de marzo, Vigilio era elegido papa y el domingo siguiente, el 29 de marzo, consagrado como tal.

Pero cuando Justiniano, desbaratando el plan de su esposa, reenvió a Roma a Silverio -el legado papal Pelagio, otro diácono sobornado por Teodora, intentó vanamente impedirlo por cuenta de Vigilio- su sucesor en el solio, el papa Vigilio, lo capturó durante el camino e hizo que sus sayones lo condujeran a un nuevo exilio en la isla de Ponza. De ahí a pocas semanas, ya el 2 de diciembre del año 537, sucumbió a las insidias de sus carceleros, dos *Defensores vínculi* y un esclavo de Vigilio, los cuales le dejaron morir de hambre «víctima de los tiempos que corrían» (los católicos Seppelt/Schwaiger).[153]

El sufrido y desdichado, el santo Silverio, que poco antes de su muerte renunció, al parecer, a su papado en beneficio de su sucesor y asesino, fue pronto transfigurado por la leyenda. Su tumba fue objeto de peregrinaciones y en ella acaecieron, naturalmente, bastantes milagros. Se pidió su intercesión y de modo especial en aquellas situaciones de grave apuro, como aquellas de las que él mismo no pudo redimirse sino con su muerte. En Roma, donde otrora se vio abandonado por todo el clero que eligió a Vigilio como papa, si bien bajo la enorme presión de Belisario, se inició ahora su rehabilitación y su enaltecimiento como mártir. Tanto más fácil y gustosamente criticaron ahora a Vigilio, redactando incluso un escrito de agravios que le reprochaba la complicidad en la deposición de Silverio.[154]

El papa Vigilio, que aún habría de sufrir lo suyo bajo Justiniano, atestiguaba a éste de entrada -en la primera de las cartas que de él se han conservado- «no sólo sentido imperial, sino también sacerdotal» y lo ensalzaba entusiásticamente como «aquel que había sojuzgado a un sinnúmero de pueblos más con la fuerza de la fe que con la fuerza física de sus soldados». Eso en un momento en que éste libraba una horrible guerrra de exterminio y no precisamente con devocionarios.'[55]

Entretanto Vitiges llevaba ya, hasta marzo de 538, un año largo atacando a Roma con sus godos, con torres rodantes, con escalas de asalto, con arietes. Una y otra vez reiniciaba sus acometidas, y una y otra vez los jinetes hunos y los moros realizaban salidas peligrosas. Los alrededores de la ciudad, granjas, villas y suntuosas construcciones fueron totalmente arrasados. En Roma, las más bellas creaciones grecorromanas, obras maestras irreemplazables, fueron demolidas para matar con sus piedras a los asaltantes godos. A ello se sumaron los estragos del asfixiante calor, el hambre, las epidemias. Los senadores pagaban con oro repugnantes em-

batidos de carne de mulos muertos. Un ejército de socorro venido de Constantinopla reforzó a los asediados. Pero 2.000 jinetes del mismo, al mando del jefe Juan «el sanguinario» (epíteto de los cronistas), se ensañaron en Piceno contra las mujeres y los niños godos, cuyos maridos y padres estaban ante las murallas de Roma. Después de casi setenta asaltos rechazados, Vitiges se retiró en medio de terribles pérdidas causadas por Belisario que, con superioridad táctica y técnica, venía pisándole los talones y ocupó la práctica totalidad del país hasta la llanura del Po.[156]

En el invierno de 538 a 539, cuando los bizantinos expulsaron a todos los godos de Emilia y Vitiges reparó los muros de Ravena, una dura hambruna asoló especialmente la parte norte de Italia central sucumbiendo millares y millares de personas. Procopio, testigo ocular, notifica la muerte de aproximadamente unas cincuenta mil personas tan sólo en el Piceno y de más aún en las comarcas del norte. «Qué aspecto tenían las personas y de qué modo morían es algo que quiero contar más en detalle por haberlo visto con mis propios ojos. Todos estaban flacos y pálidos, pues la carne (de sus cuerpos), según el viejo proverbio, se comía a sí misma por falta de nutrición, y la hiél, que a causa de su excesivo peso tenía ahora poder sobre todos los cuerpos, extendía sobre ellos una palidez verdosa.Y a medida que progresaba el mal los cuerpos humanos perdían todos sus humores de modo que su piel, totalmente reseca, se parecía al cuero, presentando la apariencia de estar firmemente sujeta a los huesos. Su color pálido se iba ennegreciendo de forma que parecían teas que hubieran ardido en demasía. Sus rostros tenían una expresión de horror, su mirada se asemejaba a la de los dementes que están contemplando algo espantoso... Algunos, totalmente dominados por el hambre, llegaron a cometer atrocidades contra los demás. En una aldehuela de Arimino, según parece, las dos únicas mujeres que quedaban en la zona devoraron a diecisiete hombres. Pues los forasteros que venían de paso solían pernoctar en las casas de aquéllas, quienes les asesinaban mientras dormían y se comían su carne... Impulsados por el hambre, muchos se arrojaban sobre la hierba e intentaban arrancarla poniéndose de rodillas. Pero en general estaban demasiado débiles, y cuando les faltaban totalmente las fuerzas caían sobre sus propias manos y sobre la hierba exhalando el último suspiro. Nadie los enterraba, pues nadie se interesaba ya por dar sepultura. No obstante lo cual, ni una sola ave acudía a los cuerpos, pese a que hay muchas especies que los devoran gustosos, y es que no había en ellos nada que picar. Pues, como ya se ha dicho, toda la carne estaba totalmente resecada por el hambre.»[157]

Por aquella misma época Milán atravesaba también una horrorosa penuria.

Dacio, el arzobispo de la ciudad -que según Procopio era, después de Roma, la primera de Occidente por sus dimensiones y número de habi-

tantes y prosperidad-, acudió presuroso a Roma el tercer año de guerra, anunció a Belisario levantamientos antigodos en toda Liguria y la reconquista bizantina del territorio apremiándole para que ocupase Milán. Ocupación que se efectuó aunque supusiera, por cierto, quebrantar el armisticio concluido con Vitiges en abril de 535. Bien pronto, sin embargo, el sobrino de Vitiges, Uriah, cercó Milán con un fuerte ejército apoyado *por* 10.000 bergundios enviados por el rey de los francos Teodeberto. Este deseaba sobre todo sondear en su provecho la situación. De ahí a poco la hambruna asóla espantosamente la ciudad. Los habitantes comen perros, ratas, cadáveres humanos. A finales de marzo de 539 la guarnición romana capituló bajo el comandante Mundilas obteniendo una retirada en seguridad.

Por lo que respecta a la ciudad, escribe Procopio, «los godos no dejaron piedra sobre piedra. Mataron a todos los hombres, desde adolescentes a ancianos en número no inferior a trescientos mil. Convirtieron a las mujeres en esclavas y se las regalaron a los burgundios como premio a su alianza». J. B. Bury califica la masacre de Milán como una de las peores en la larga serie de atrocidades premeditadas en los anales de la humanidad: «La trayectoria vital de Atila no registra una acción de guerra tan abominable». También fueron destruidas todas las iglesias: las católicas a manos de los vándalos arríanos; las amanas a manos de los católicos burgundios. Una cooperación ecuménica realmente progresista: la denominan historia de redención... Las personalidades de la alta jerarquía social, entre ellos el prefecto Repáralo, hermano del papa, fueron despedazados para servir de alimento a los perros. El obispo Dacio, auténtico causante de aquel infierno, había puesto a tiempo pies en polvorosa.[158]

Apenas regresaron a su tierra los burgundios, bien cargados de botín, Teodoberto mismo cayó sobre Liguria, en la primavera de 539, al frente de un ejército.

Ya a comienzos del conflicto, Justiniano había convocado a los francos a la «gran batida contra los godos», como dice en pleno siglo xx el católico Daniel-Rops. Los merovingios Childeberto I, Clotario I y su sobrino Teodoberto prometieron en efecto su ayuda al emperador y aceptaron su dinero, pero también, simultáneamente, 2.000 libras de los godos. Y, a costa de ambas partes, se apoderaron asimismo de la Provence, segregada (formalmente) por Justiniano y fácticamente por Vitiges. A éste le envió Teodoberto un ejército de alamanos, en 537, y otro de burgundios, en 538, ayudándole en la reconquista del país, de Liguria y también de Italia septentrional, al norte del Po. Pero cuando le pareció que los godos se estaban haciendo demasiado fuertes cayó sobre ellos por la espalda, en la primavera de 539, con unos 100.000 francos que cruzaron los Alpes desde el sur de la Galia. Devastó con sus huestes Liguria y Emilia y al cruzar el Po, escribe Procopio, «despedazaron a cuantos niños y muje-

res godos pudieron apresar, y en calidad de ofrenda echaron sus cadáveres al río como primicias de la guerra». Los guerreros godos huyeron como una exhalación hacia Ravena para toparse con las espadas romanas. No obstante, el hambre y las epidemias diezmaron de tal modo al ejército de Teodoberto que tuvo que abandonar Italia tras perder una buena parte del mismo.[159]

Sitiada por mar y tierra, Ravena cayó en mayo de 540 por obra de un traidor. Éste incendió por encargo de Belisario los graneros de la ciudad de modo que Vitiges tuvo que rendirse. Juntamente con Malasunta y Amalaberga, viuda del príncipe de los turingios (ella huyó en 535 al reino godo) y los hijos de ésta, se desplazó a Constantinopla llevando consigo todo el tesoro de la corona. Justiniano le otorgó allí, tras su abdicación, el rango de patricio. A muchos otros godos se les usó como tropas de choque en el frente persa al igual que se había hecho con lo que quedó de los vándalos. Como quiera que Uriah, el sobrino de Vitiges y destructor de Milán renunció a la corona en favor de Ildibaldo, éste se convirtió en rey. Mandó matar a Uriach, pero él mismo murió por mano asesina. También su sucesor, el rey de los rugieres, Erarico halló idéntico final tras unas negociaciones, que entrañaban alta traición, con Justiniano. Le suplantó el comandante de la guarnición de Treviso, el godo Tótila que había hecho de la muerte de Erarico condición previa para hacerse cargo del poder.[160]

La guerra parecía ahora hacerse interminable, tanto más cuanto que la Roma oriental había de atender también el frente persa.

Una y otra vez, prolongando una larga tradición romana y cristiana, Justiniano y Bizancio guerrearon contra los sasánidas. Desde el año 530 a 532, desde 539 hasta el año 562 y más tarde todavía en los intevalos entre 572 y 591 y entre 604 y 628. De darse la más mínima posibilidad, los persas cristianos apoyaban siempre a la Roma de Oriente. Fueron ellos, por ejemplo, quienes alentaron la revolución palaciega de 551 contra el Gran Rey Cosroes I (531-579), eso si no fueron sus autores directos. El Gran Rey, que liberó a los campesinos del yugo de la servidumbre, rompió violentamente con su primogénito Anoschad, que, al parecer, desplegaba bastante más actividad en el harén paterno que en las filas del ejército. Y así, cuando a raíz de una grave enfermedad se dio a Cosroes por muerto y estalló un levantamiento, los persas cristianos, con su *katholikos* Mar Aba al frente, se alinearon con Anoschad, a quien su madre, una de las esposas del rey, había ganado para el cristianismo. Pese a ello, la rebelión se vino abajo, aunque no sin convertir, ciertamente, el sur del país en un infierno de palacios humeantes, con torturas y asesinatos a la orden del día.[161]

La guerra con los persas prosiguió entretanto su curso y también la del oeste con los godos. Guerra que estos últimos nunca habían deseado:

su deseo era que se les permitiese vivir en el país a cambio de prestar sus Servicios al emperador y ése seguía siendo su objetivo. Sus continuos y amistosos intentos de avenencia, mientras aún proseguía la masacre, así lo ponen de manifiesto. Por lo demás ello respondía a cierta tradición goda y a la última instrucción de Teodorico: honrar al rey, amar a los romanos y buscar la gracia del emperador inmediatamente después de la de Dios. Con todo, todas sus ofertas de paz, incluso de sumisión se estrellaron ante la actitud de Justiniano. Las atrocidades aumentaron, tanto por parte de los católicos bizantinos como por parte de los arríanos godos.[162]

Y la suerte, una vez más, se inclinó de parte de éstos, que conquistan de nuevo casi toda Italia, Cerdeña, Córcega y Sicilia incluidas, fundamentalmente gracias a su caballería. En varios años de lucha, Tótila (541-552), hombre de gran sagacidad y extraordinaria energía (Procopío), se apodera, partiendo de Pavía, de una fortaleza tras otra, de una ciudad tras otra. Cae Benevento, cae Ñapóles. La misma Roma, de la que se expulsa a todo el clero amano, y en la que reina nuevamente un hambre atroz, cae por dos veces en sus manos, en 546 y en 550. Derriba todos los muros de las plazas expugnadas para que ningún enemigo pueda encastillarse ya en ellas y sus habitantes se vean para siempre libres de los suplicios del asedio. Los mismos romanos reconocen tras la caída de la ciudad en 546, que Tótila vivió entre ellos como un padre con sus hijos. Hasta los propios soldados bizantinos, a quienes se les había sustraído su paga, se pasan a él y en mayor número aún los campesinos arrendatarios, expulsados de sus tierras, y los esclavos famélicos. Todo ello le granjea el odio de los grandes terratenientes, el de la Iglesia católica que, al igual que hizo otrora en África con los vándalos, propala ahora espantosas historias sobre la crueldad de los godos. La Iglesia hace causa común con los latifundistas tanto más resueltamente, cuanto que ella misma es el mayor de todos ellos. Nada de intervenir como abogada de los esclavos, como nos quisiera hacer creer una y otra vez. Es la compañera de armas de los esclavistas. ¡Los representa! De ahí que no deba sorprendemos en absoluto que el papa Vigilio se afane, a través de su representante y sucesor, Pelagio, por la entrega de los esclavos fugados, que luchan ahora en las filas godas. Cuando Pelagio vino a presentarle sus peticiones, Tótila le aseguró ciertamente un trato de máxima benevolencia, pero se negó a hablar de tres cosas: «De los sicilianos, de los muros de Roma y de los esclavos huidos». Rechazó de antemano cualquier negociación sobre su entrega pues los incorporó a sus filas bajo promesa de no entregarlos nunca más a sus amos. «Es difícil pensar qué otra cosa podría haber atraído a los esclavos a las tropas godas, sino es la anhelada libertad» (Rothenhófer).[163]

Es claro que la Iglesia católica de Italia, y en especial el alto clero -como el clero católico de África durante la guerra vándala-, no podía estar del lado de los «herejes» y «bárbaros». Y si esta afirmación vale ya

para el papa «gótico» Silverio, el hijo de Hormisdas, «siguiendo el consejo del cual -dice el *Manual de la Historia de la Iglesia*- los romanos habían entregado sin lucha su ciudad al general bizantino Belisario», tanto más pertinente resulta referida al papa «bizantino» Vigilio, su asesino. Éste pasó la mayor parte de su pontificado en Constantinopla. Era una dócil criatura de la emperatriz, a la que debía su papado. Y al emperador le prestó sus servicios, durante la guerra gótica, como intermediario entre él y los francos, con quienes Justiniano entabló negociaciones para una alianza antigótica con ánimo de coger en una tenaza y aniquilar a Tótila (quien por su parte respetaba cabalmente las iglesias católicas y sus posesiones). El obispo de Arles, Aureliano, recibió de parte del papa Vigilio, el 22 de mayo de 545, la orden de pronunciar durante la misa oraciones por Justiniano, Teodora y Belisario. Su sucesor, Aureliano, se obligó el 23 de agosto de 546 a «preservar sin cesar y con celo obispal los lazos de purísima amistad entre los clementísimos soberanos (Justiniano I y Teodora) y el glorioso rey Childeberto». Es comprensible que se sepa poco sobre la trama de esas negociaciones. Caspar comenta así este punto:
«Aquí podemos echar un vistazo en el juego diplomático de las negociaciones por una alianza entre Bizancio y el nuevo poder franco para tender la red en tomo al último rey godo favorecido por la fortuna, negociaciones en las que Belisario y el papa hicieron de intermediarios».[164]

En el año 548, el papa Vigilio adquirió incluso «una singular relevancia histórica» (Giesecke).

Batido en Italia por Tótila, Belisario regresó a Constantinopla mientras el emperador casi desesperaba ya de la victoria. En ese momento, informa Procopio, «el arzobispo de Roma» juntamente con otros ilustres fugitivos de Italia, «conjuró al emperador para que arrancase una vez más su patria de las manos de los godos». Con toda energía instó una y otra vez al regente para que prosiguiese la guerra. Tras largas vacilaciones, Justiniano nombró nuevo general a su sobrino Germán de quien sentía envidioso recelo y, tras su repentina muerte, al eunuco armenio Narsés, en 552. Con un fuerte ejército reforzado por tropas germánicas de élite, Narsés acabó con el resto de los godos, cosa que logró tanto más fácilmente cuanto que estaba «bajo la especial protección de la virginal Madre de Dios», la cual vigilaba «todos sus actos» sirviéndole ni más ni menos que de «asesor estratégico» (Evagrio).[165]

De esa asistencia de la casta, de la dulcísima Madre de Dios se beneficiaron por lo demás otros muchos y grandes matarifes cristianos en el curso de la historia. El mismo emperador Justiniano atribuyó a María sus sangrientas victorias que borraron a vándalos y godos de la escena de la historia. Su sobrino Justino II la convirtió en su patrona en su guerra contra los persas. También un monstruo como Clodoveo adjudicaba sus brutales triunfos a María. Carlos Martel y Carlomagno, los reyes españoles,

que libraron gigantescas batallas, el sanguinario Cortés, que sembró el Nuevo Mundo con millones de cadáveres, causando asimismo la desdicha de otros millones, y Tilly, que libró sus 32 batallas victoriosas «bajo el signo de nuestra amada Señora de Altotinga» hasta que en la trigésimo tercera sucumbió vencido por el «hereje» Gustavo Adolfo: todos ellos e innumerables otros eran tan fervientes adoradores de María como buenos perros sanguinarios (con perdón de los perros), al igual que Belisario (quien, al menos, no rezaba aún ningún rosario antes de la batalla como hacía por ejemplo, y no era desde luego el único, el noble caballero, el príncipe Eugenio, que siempre llevaba su rosario junto a la espada -¡ambas cosas se necesitan mutuamente!- y siempre que los soldados lo veían manosearlo por mucho rato y con especial recogimiento, decían: «Pronto tendremos una nueva batalla, el viejo está rezando mucho»).[166]

Como en el caso de los vándalos, la *Catholica* estaba también ahora contra los godos y al lado del emperador. Y al igual que lo espoleó en otro tiempo a la lucha contra los «herejes» norteafricanos, ahora lo apremiaba a proseguir la guerra contra los vándalos. Tótila, que parecía presagiar su destino, y que hizo repetidas ofertas de paz a Bizancio, se vio pronto atacado por todos los flancos. Primero pierde Sicilia, en 551, a manos del general Arlábanos. Después, la flota goda es destruida en Sinigaglia. Y en ese momento aparece en el norte el eunuco Narsés, tan versado en la milicia como en la diplomacia, rival de Belisario y favorito de Teodora, un hombre frío, dúctil como una serpiente. Otro hombre de pío talante que atribuye todas sus victorias a la oración -al menos así lo afirma elogiosa la clericalla de la posteridad- y que se convierte ahora, a sus 65 años y acaudillando, desde luego, un número apropiado de matarifes, en «vencedor y exterminador de la totalidad del pueblo godo» a la par que en «beneficiario de una ingente riqueza en oro, plata y otros objetos valiosos» (Paulus Diaconus). El año 552, en una batalla decisiva junto a Busta Gallorum o en las proximidades de Taginae, Vía Flaminia, al norte de Spoleto, destruye por completo el ejército godo, apoyado también por 3.000 hérulos y 5.500 longobardos. Tótila resulta muerto en la huida y los vencedores exhiben su cabeza agitándola en la punta de una lanza. Y en octubre de 553 el último rey godo, Teya, cae también con el núcleo del ejército tras una lucha desesperada de sesenta días al pie del Vesubio. Y en 554, en Voltumo, junto a Capua, Narsés liquida en una sanguinaria batalla a otras huestes considerables de francos y alamanes que, acaudillados por el alamán Bucelin, querían a su manera sacar provecho de la debacle goda, conquistando Italia para él y para su hermano Lotario. Fueron acuchillados como el ganado. El resto debió de morir en las aguas del río. Se supone que sólo volvieron vivos cinco hombres de entre setenta mil. El castrado Narsés, recibido por el clero con cánticos de gloria en las gradas de San Pedro, se hincó de rodillas a rezar sobre la su-

puesta tumba de san Pedro y exhortó a su desenfrenada soldadesca a cultivar la piedad y el continuo ejercicio de las armas. Una última fortaleza goda resistió en los Apeninos hasta el año 555. En el norte no fue posible tomar Verona y Brescia hasta el año 562 (con ayuda merovingia). A partir de ahora en Ravena residiría un gobernador imperial, el exarca. También los ostrogodos desaparecerían de la historia.[167]

En la fase final de su exterminio, Justiniano aprovechó una querella dinástica en el reino visigodo para iniciar una nueva invasión con tropas acaudilladas por el patricio Liberio, militarmente inexperto y más que octogenario. En España, donde los poderosos y ricos obispos católicos admitían sólo a regañadientes su subordinación a los «herejes» arríanos, el noble Atanagildo se había levantado contra el rey Agila. Y al igual que en África e Italia los católicos saludaron ahora nuevamente la intervención del soberano católico, con lo cual dio comienzo una guerra entre Bizancio y los visigodos, guerra que duraría más de setenta años. En todo caso, Justiniano no consiguió aquí un exterminio total, pero su débil contingente logró conquistar las Baleares y las principales ciudades portuarias y plazas fuertes en el sudeste del país.[168]

La gran beneficiaría de todo aquel infierno: La Iglesia romana

La guerra goda, con sus veinte años de duración convirtió a Italia en una ruina humeante, en un desierto. Según L. M. Hartmann, que sigue siendo probablemente el mejor conocedor alemán de aquella época, las heridas causadas por aquel conflicto al país fueron peores que las sufridas por Alemania en la guerra de los Treinta Años. El tributo de sangre se eleva presumiblemente a millones de víctimas. Comarcas enteras quedaron despobladas, casi todas las ciudades sufrieron uno o varios asedios y sus habitantes fueron en más de una ocasión asesinados en su totalidad. Muchas mujeres y niños fueron apresados como esclavos por los bizantinos y los hombres de ambos bandos murieron al filo de la espada como enemigos y «herejes». Roma, la ciudad millonaria, conquistada y devastada por cinco veces, asolada por la espada, el hambre y la peste, sólo contaba ya con 40.000 habitantes. Las grandes urbes de Milán y Ñapóles quedaron despobladas.

De la mano de la despoblación, un empobrecimiento horroroso se extendió por todas partes, causado principalmente por la desertización de los campos pero también por el frecuente degollamiento de los rebaños. Los acueductos y las termas dañadas cayeron en total abandono. Muchas obras de arte y cultura de valor irrecuperable quedaron arruinadas. Por todas partes el mismo espectáculo de cadáveres y ruinas, de epidemias y

hambrunas que causaban la muerte a cientos de miles. Tan sólo en la región de Piceno -escribe Procopio, quien enfatiza su calidad de testigo ocular-, murieron de hambre en un único año, en 539, unas cincuenta mil personas cuyos cuerpos estaban tan resecos que ni los mismos buitres se dignaron aproximarse a ellos.'[69]

Se había cumplido, eso sí, la «buena esperanza» del emperador de que «Dios tenga a bien en su gracia concedemos que Nos recuperemos nuevamente cuanto los antiguos romanos poseyeron hasta las fronteras de ambos océanos y que perdieron por la desidia posterior». En el año 534 Justiniano pudo darse a sí mismo los ostentosos sobrenombres de «Vencedor de los vándalos, vencedor de los godos, etc.».[170]

Et caetera...

Hasta el jesuíta Hartmann Grisar reconoce que «lo que los bizantinos establecieron en sustitución del régimen gótico no fue la libertad sino la imagen de la misma en negativo [...] equivalía a sojuzgar el libre desarrollo de la personalidad, a un sistema de servidumbre», mientras «que entre los godos la auténtica libertad tenía allí su propia patria».[171]

Los beneficiados fueron, como es usual tras las guerras (y por supuesto también en la paz), únicamente los ricos. La denominada *Sandio pragmática* del año 554 restableció el «antiguo orden», la «mitad occidental del imperio», bajo el mando superior del exarca de Ravena. Todas las medidas sociales de Tótila fueron derogadas, los derechos de los latifundistas parcialmente ampliados, incluso, y ellos personalmente favorecidos en varios sentidos. El país, afectado aún por la devastación, fue esquilmado hasta lo último y el pueblo, sumido ya de por sí en una miseria lastimosa, fue forzado, con brutalidad inmisericorde, al pago de elevados impuestos. Todos los esclavos y colonos fugitivos apartados de las fincas fueron obligados a servir nuevamente a sus amos.[172]

Pero los mayores beneficios de aquel fiasco los obtuvo la Iglesia, como es habitual después de las guerras: incluso, y en mayor medida, en el siglo xx. («Se abrió paso la convicción -confesaba el cardenal Gasquet en el Congreso Católico de Liverpool, después de la segunda guerra mundial- de que la figura que quedó mejor parada en la guerra fue la del papa.»)[173]

La «herejía» amana fue erradicada de África. También desapareció Italia como reino independiente mientras que en aquel caos general iba creciendo como un inmenso parásito el «Estado de la Iglesia». Los antiguos privilegios de Roma fueron restablecidos y Justiniano acrecentó el poder y el prestigio del obispo romano. También en la parte antigua del Imperio privilegió su legislación eclesiástica -y cada vez de un modo más claro- a la Iglesia católica, y en especial al monacato. Y mientras se endurecen continuamente las medidas persecutorias contra los herejes, el papa gobierna un patriarcado cuyas fronteras se adentran profundamente

en Oriente. Es más, obtiene una potestad municipal acrecentada, un amplio control sobre la administración y el funcionarado. Simultáneamente, los obispos obtienen el derecho de intervenir, junto a los notables *(primates)* y por delante de ellos, en la elección de los gobernadores provinciales, y el clero italiano en general se beneficia de todos los privilegios que obtuvo el oriental por medio de la Pragmática Sanción, que también pasó a ser vigente para Italia. Espléndidamente organizado, aquel clero estuvo, antes que cualquier persona privada, en situación de hacer valer sus intereses materiales. El papa obtuvo también, juntamente con el senado, la inspección sobre pesos, medidas y monedas. Y como quiera que los bienes de la Iglesia gozaban de mayor movilidad que los de cualquier persona secular y que no sólo pudo consolidar sino también aumentar sus posesiones, sobre todo mediante el expolio del considerable patrimonio de la Iglesia amana «se convirtió en un poder económico de primer rango y en la única institución de carácter público de marcha ascendente en aquella decadencia general de Italia» (Gaspar), convirtiéndose casi «en el único poder dinerario de Italia (Hartmann) y «el papa en el hombre más rico del país» (Haller).[174]

Pero la Iglesia occidental no sólo obtuvo provecho de los cambios de propiedad y del acrecentamiento de su patrimonio, algo que interesaba personalmente al emperador sino que, como ocurre después de cada gran guerra, los templos se abarrotaban de gente y sobre todo, en aquella época, los monasterios. (Como fue asimismo el caso tras la primera guerra mundial, época en que el clero alemán fundó de doce a trece monasterios como promedio mensual en los años que fueron del 1919 al 1930, con un aumento del número de sus miembros ¡de unos dos mil al año!) Pues el campesino arruinado, el colono hambriento, el funcionario urbano abrumado por los impuestos, todos acudían a ellos. «La Iglesia -escribe Gregorovius- era lo único que quedaba en pie, sola en medio de las ruinas del viejo Estado, única entidad con fuerza para sobrevivir y consciente de sus objetivos, pues a su alrededor todo era desierto.» La tendencia de la época, confirma también Hartmann, «apuntaba en todas partes al aumento del patrimonio sacerdotal [...]. La atmósfera de la época, la decadencia general y la horrible desgracia de aquella guerra de 20 años eran factores propicios a la fe, que barruntaba el próximo fin del mundo, que hacía ver los bienes materiales como insípidos y perecederos y exigía la meditación interior para salvar al menos el alma [...]. En correspondencia con esas propensiones la vida monacal alcanzó entonces y justamente en Italia un espléndido florecimiento [...]. Sólo que una vez más son los colonos quienes sostienen, con sus tributos y el pago de sus rentas, la vida del monasterio [...]. La mayor parte de las rentas derivadas de esa fertilidad sigue redundando, como siempre, no en su beneficio, sino en el de su señor territorial, el monasterio».[175]

La especialmente beneficiada por la guerra fue la iglesia de Ravena, cuyas rentas regulares se estimaban ya por entonces en unos doce mil *solidi* (piezas de oro). Sus posesiones territoriales, que llegaban hasta Sicilia, aumentaban continuamente mediante los donativos y la legación de herencias. Banqueros adinerados construyeron y equiparon muchas, llamémoslas así, casas de Dios. Pero sobre todo el obispo de Ravena se benefició especialmente de la apropiación de las iglesias y bienes arríanos cuyo número era particularmente crecido en los alrededores de la antigua capital goda.[176]

En una ley complementaria de su duodécimo año de gobierno, que afectaba al derecho privado (538/539), Justiniano escribía lo siguiente:

«Todo nuestro empeño consistió en hacer que en nuestro Estado imperen, se robustezcan, florezcan y aumenten las libertades y es ese anhelo que nos llevó a emprender guerras tan enormes contra Libia y Occidente en pro de la «recta fe» en Dios y por la libertad de los subditos».[177]

Pero si bien es cierto que el emperador no libró precisamente sus guerras, de más de veinte años de duración, «por la libertad de los subditos», sí que lo hizo, y no en último lugar, por la «recta fe». En aras de ésta, como consta firmemente, había sacrificado y borrado de la Tierra a dos pueblos. Pues la *recuperatio imperii,* tan asombrosa para muchos contemporáneos y para el mismo Justiniano consistió fundamentalmente en la sangrienta reconquista de África septentrional e Italia en favor del catolicismo. El déspota se convirtió así en «campeón de la Iglesia romana», dando «en primera línea a Roma y al papa, cuanto él podía darles» (Rubin).[178]

A los subditos, en cambio, el emperador no les dio nada nuevo. Pues quien quiera que dé y con tal abundancia a Roma y al papa, tiene, precisamente, que quitárselo a otros. Y casi siempre, además, ha de oprimirlos. Pues precisamente esas largas guerras supuestamente emprendidas por la libertad de norteafricanos, hispanos y, en especial, italianos -juntamente con las guerras persas con sus más de setecientas fortalezas y centenares de iglesias de nueva construcción- devoraron ingentes sumas de dinero. Pero para financiar los ejércitos en Oriente y en Occidente hubo que arruinar las provincias orientales a fuerza de impuestos, y el pueblo, como encarece Procopio, fue exprimido de modo cada vez más implacable. El descontento aumentó paralelamente, tanto más cuanto que la administración era tan corrupta como la justicia, que los generales eran insolentes y la prevaricación y la violencia estaban a la orden del día. De ahí que en aquel Estado policial y sacralizado todos robaban, desde la policía a los ministros, y los sedicentes «cazadores de forajidos» causaban a veces más estragos que los mismos forajidos. Mientras que a los latifundistas, generales y príncipes de la Iglesia «ortodoxos» les iba espléndidamente, tan sólo en la capital se produjeron en el último dece-

nio del gobierno de Justiniano media docena de levantamientos populares. Y el déspota católico, que también oprimía duramente a los colonos con sus leyes, ahogó en sangre todos los alzamientos revolucionarios del pueblo.[179]

El cronista de la época, Procopio, modelo de la historiografía bizantina acusa incesantemente en su *Historia secreta* al emperador de asesinato y robo en la persona de sus subditos así como del más desconsiderado despilfarro del dinero extorsionado. Las acusaciones de Procopio culminan en el capítulo dieciocho, que presumiblemente se atiene en lo esencial a la verdad a despecho de algunas exageraciones, especialmente en lo tocante a las cifras o cuando usa hipérboles como esta: «Sería más fácil contar todos los granos de arena que las víctimas sacrificadas por este emperador [...]». A Libia, de tan dilatadas dimensiones, la sumió en tal ruina que incluso una larga caminata apenas si le depararía a uno la sorpresa de encontrarse con una persona. Y si allí había al principio 80.000 vándalos en armas, ¿quién podría estimar el número de las mujeres, niños y siervos? ¿Cómo podría alguien enumerar la multitud de todos los libios (romanos) que vivían antes en las ciudades o se dedicaban a la agricultura, la navegación o la pesca como yo mismo pude observar a lo largo y lo ancho con mis propios ojos? Y todavía era más numerosa la población númida, que pereció entera con mujeres y niños. Y finalmente la tierra albergaba muchos soldados romanos y sus acompañantes de Bizancio. De forma que quien indicase para África la cifra de cinco millones de muertos se quedaría algo corto respecto a la realidad. La causa de ello fue que Justiniano, una vez derrotados los vándalos, no se preocupó de consolidar el dominio sobre el país. No veló por asegurarse aquel botín mediante la lealtad de los subditos. Lo que hizo más bien fue ordenar súbitamente, sin vacilar, el regreso de Belisario bajo la injusta acusación de tiranía, para hacer y deshacer a su capricho desde aquel mismo momento, expoliando así a toda Libia.

»Envió de inmediato a funcionarios del fisco *(censitores)* e impuso impuestos extremadamente inhumanos e inauditos. Confiscó las mejores fincas e impidió a los amaños dispensar sus sacramentos. Pagó las soldadas sólo con retrasos y por lo demás siempre trató abusivamente a sus tropas. Esa fue la raíz de los levantamientos que acarrearon finalmente grandes males. No podía persistir en lo ya conseguido. Su naturaleza le inclinaba cabalmente a revolverlo y agitarlo todo.

»Italia, tres veces más grande, como mínimo, que (¡la provincia de!) África, queda, en amplias regiones, aún más despoblada que ésta de forma que no resultará muy difícil adivinar el número de los que perecieron en aquélla. Las razones de todo cuanto acaeció en Italia las expuse ya anteriormente (en su historia de las campañas). Todo cuanto cometió de delictivo en África, volvió a repetirlo allí. Aparte, envió a los llamados

logothetes (comisionados del ministerio fiscal) y revolvió y arruinó todo *in situ*. Antes de esa guerra el poder godo se extendía desde la Galia hasta las fronteras de la Dacia, donde está situada la ciudad de Sirmio. Los germanos (¡los francos!) se apoderaron de muchos territorios en la Galia y Venecia, cuando el ejército romano llegó a Italia. Sirmio y sus alrededores estaba ocupado por los gépidos, pero todo, dicho brevemente, está ahora despoblado. Pues a unos se los llevó la guerra por delante, los otros sucumbieron al hambre y la peste subsiguientes a la misma. Iliria y toda la Tracia, desde más o menos el mar Jónico hasta las proximidades de Bizancio, incluidas la Hélade y el Quersoneso, sufrían casi cada año, desde que Justiniano asumió el poder, las correrías de los hunos, los eslavones y los antes, cometiendo las peores atrocidades con los habitantes. Pues creo que cada correría costó la vida o la esclavitud a 200.000 romanos, de modo que todo el país parece un yermo de Escitia. Tales fueron, por tanto, las consecuencias de la guerra en África y en Europa. Pero durante todo este tiempo los sarracenos lanzaron continuamente sus embestidas contra los romanos del este, causando exterminios desde Egipto hasta la frontera persa, de forma que todas las comarcas quedaron despobladas en gran medida, y no creo que haya nadie que pueda dar respuesta si alguien pregunta por el número de personas que perecieron de esta manera. Los persas y Cosroes invadieron cuatro veces los restantes territorios romanos. Destruyeron las ciudades, y en cuanto a los hombres de que se apoderaron en ellas y en las comarcas, a unos los mataron y a otros se los llevaron cautivos de modo que los territorios que ellos asolaron quedaron cabalmente privados de sus habitantes. Desde que también irrumpen violentamente en la Colquida (¡Lazica!), estos mismos habitantes, lacicos y romanos, sufren igualmente exterminios. Pero tampoco los persas, sarracenos, hunos, las tribus o los otros bárbaros salieron incólumes del territorio romano. Sus ataques, y sobre todo los asedios y los numerosos choques armados les dejaron tan maltrechos que también ellos fueron a su perdición, de modo que no sólo los romanos, sino también la mayoría de los bárbaros obtuvieron el pago por el estigma asesino que afeaba a Justiniano. El propio Cosroes poseía mal carácter, pero como ya dije en los correspondientes libros (de la historia de las campañas), Justiniano le dio toda clase de motivos para sus guerras. Éste no recapacitó nunca para obrar en el momento oportuno, sino que actuó siempre inoportunamente. En la paz y en los tratados urdía siempre, de acuerdo con su aviesa índole, motivos de guerra contra sus vecinos. En la guerra, en cambio, flojeaba sin razón, y afrontaba cuanto era necesario con mucha negligencia, debido a su avaricia. En vez de ocuparse de ella escrutaba las nubes y se esforzaba afanoso por investigar la naturaleza de Dios. Como era un asesino alevoso, no quería renunciar a las guerras, pero, por otra parte, no podía vencer a sus enemigos porque su mezquindad le impedía siempre em-

prender lo necesario. De ese modo, durante el tiempo de su gobierno el mundo se empapó hasta la saciedad de la sangre de casi todos los romanos y bárbaros.

»Para decirlo resumidamente: ésos fueron los eventos bélicos acaecidos por esa época y padecidos por doquier en tierras romanas. Pero si yo hiciese cuentas de los levantamientos producidos en Bizancio y todas las ciudades, se deduciría que, en mi opinión, los crímenes causados no serían menores a los de las guerras. Apenas hubo justicia ni castigo ecuánime de los delitos, pues estando el emperador fervientemente inclinado a uno de los partidos, el otro tampoco daba tregua. Ocurría más bien que los unos, por estar en inferioridad de condiciones y los otros, en virtud de su insolencia, propendían continuamente a la desesperación y la locura. Ora se acometían mutuamente en tropel, ora luchaban en pequeño número o se tendían, según las circunstancias, emboscadas individuales. A lo largo de treinta y dos años no concedieron ni un momento de calma, perpetraron alternativamente horribles sevicias y en general padecieron la muerte a manos de la autoridad que preside el *demos (praefectus urbi).* Pero el castigo recaía por lo regular sobre los verdes. Aparte de todo ello, la persecución de los samaritanos y de los denominados heréticos colmó de crímenes el Imperio romano. Todo esto lo comento ahora de forma muy sumaria, porque ya lo traté recientemente por extenso».[180]

Cuando el tirano murió el pueblo no era libre y el Imperio estaba económicamente exhausto, al borde de la bancarrota.

Para el papado, en cambio, la era de Justiniano -aunque sólo fuese por la reconquista, por el exterminio de dos poderosos pueblos arríanos y la disolución del reino autónomo de Italia- mostró ser en extremo ventajosa en lo material y lo jurídico. Eso a despecho de que los mismos papas volvieron a hacerse más dependientes respecto de la esfera de influencia de los emperadores y vieron su poder tan reducido que algunos de ellos sufrieron peligrosas humillaciones. Como contrapartida, el papa sometió a los obispos orientales a la potestad del papa asegurando: «En todos los asuntos procuramos gustosos que todo redunde en el aumento del honor y la autoridad de Vuestra Sede». Pero Caspar comenta así: «Nunca hasta entonces habló un emperador en tono tan reverencial a la Iglesia romana y. sin embargo, nadie obró, simultáneamente, de forma tan autocrática».[181]

Algunas comedias de enredo entre este y oeste, o el papa asesino Vigilio

El papa bajo cuyo pontificado comenzó la guerra gótica fue Agapito I (535-536). Comisionado por los godos, Agapito, que pretendía no tener dinero para los costos del viaje, acudió en 536 a Bizancio, donde debía

detener la ya iniciada guerra de agresión. Pero no consiguió nada para los godos. Presumiblemente no quería conseguir nada: según Gregorovius «parece haber desempeñado su misión ejerciendo de enemigo de los godos». El *Líber pontificalis* informa: «Agapito viajó a Constanünopla y allí fue acogido con toda pompa. Enseguida entabló una polémica sobre la fe con el emperador y augusto Justiniano, pío entre los píos..., y con la ayuda de Dios se hizo evidente que el obispo de Constanünopla, Antimo, era un hereje». ¡Esa cuestión interesaría, en todo caso, al romano más que la paz con los godos! Consiguió asimismo que el patriarca monofisita Antimo fuera depuesto -acerca de ello hay un informe totalmente falsificado en el *Líber pontificalis*- y consagrar al nuevo y ortodoxo patriarca, Menas, el 13 de marzo de 536: «Su actuación allí constituyó todo un triunfo» (H. Rahner, S. J.). Visto desde la perspectiva goda: ¡una visita totalmente frustrada en lo político! En todo caso Agapito murió el 22 de abril de 536, en Constantinopla, de muerte repentina y envuelta en enigmas. El 17 de septiembre, su cadáver llegó a Roma en un ataúd de plomo totalmente cerrado y fue sepultado en San Pedro. Incluso un historiador tan reservado, en general, como E. Caspar se pregunta espontáneamente si la repentina muerte del papa acaeció en circunstancias normales. Pues si Teodora «hubiese querido eliminar al incómodo personaje, conocía de sobra medios y caminos para realizarlo con todo sigilo». Las mayores posibilidades para sueederle las tenía el encargado de negocios romano ante la corte de la emperatriz, Vigilio. Ya el año 532 estuvo a punto de subir a la codiciada silla. Y la emperatriz estaba muy interesada en ello. Con todo, tampoco esta vez le llegó su tumo pues se le adelantó el subdiácono Silverio (536-537), un hijo del papa Hormisdas.[182]

El emperador prohibió a Antimo, destronado «según la sentencia del papa santísimo», la permanencia en Bizancio y sus alrededores y también en otras ciudades grandes. Teodora, sin embargo, ocultó al derrocado hasta el final de su vida en las estancias secretas de su palacio y finalmente consiguió aupar a su candidato Vigilio a la sede romana, no sin superar previamente, y de modo escandaloso, algunas dificultades.

Vigilio (537-555), el asesino de su predecesor y tal vez involucrado también en la repentina muerte de Agapito, era papa mientras se desarrollaba la gran masacre contra los godos. Gracias a su gran versatilidad se mantuvo dieciocho años en la Santa Sede, para lo cual fue bastante menos remilgado en cuestiones de fe que en lo tocante a satisfacer los deseos de su soberano.

Esta servidumbre del clero persistía en Oriente desde Constantino, pues, ya él, el primer regente cristiano, era el señor del Imperio y de la Iglesia. Ya bajo su regencia, el Imperio y la *Catholica* laboraban en estrecha asociación o debían hacerlo así. La línea de «amistad hacia el Estado» seguida por el clero en el siglo v arranca de Constantino y continúa

en sus sucesores hasta culminar en el auténtico «cesaropapismo». Los obispos ejecutaban siempre cuanto el emperador ordenaba. Dóciles como autómatas firmaron a centenares los decretos del emperador Basilisco (476), Zenón (482) y Jusüniano (532), incluso en asuntos tocantes a la fe, por muy contrario que ello fuese a la doctrina general de la Iglesia.

El clero italiano se refería así al oriental en el año 552: «Son griegos, los obispos tienen iglesias ricas y fastuosas y no resistirían ni dos meses, si el gobierno les cortase las prebendas. En prevención de ello obran siempre sin la menor vacilación, siguiendo en todo momento la voluntad del príncipe, se les exija lo que se les exija». Pero ocasionalmente también se sometía algún papa como, por ejemplo, Juan II quien, presionado por el emperador, condenó a los acoimetas, fieles a Roma, y reconoció la fórmula teopasquita, próxima al monofisitismo o el mismo papa Vigilio, quien, en el llamado «Edicto de los Tres Capítulos» condenó por deseo de Justiniano las doctrinas de los teólogos «ortodoxos» Teodoro de Mopsuestia (el profesor de Nestorio, a quien también atacó Cirilo), Teodoro de Ciro e Ibas de Edesa (ambos hostiles a Cirilo, pero rehabilitados en Calcedonia), para retractarse después de esa condena y volver, con todo, a condenarlos posteriormente.[183]

En todo caso Vigilio hizo primero profesión de su fe, si bien a costa de quebrantar sus promesas. En contra de lo que había asegurado no favoreció en modo alguno los propósitos monofisitas de Teodora. Más bien adoptó «desde un principio una actitud íntegramente digna frente a la corte imperial» (H. Rahmer, S. J.): si prescindimos del hecho de que también aceptó su dinero, nada menos que 700 piezas de oro. Pero además, posteriormente, se sometió al emperador en una contienda teológica ulterior, la llamada disputa de los Tres Capítulos, que convulsionó primero Oriente y después Occidente. Para atraerse a los monofisitas, predominantes en las regiones del sudeste del imperio, sin hacer dejación de los principios calcedonenses, el emperador había condenado, a título postumo, de forma plenamente autocrática y sin consultar para nada a ningún sínodo, a través de un edicto (en realidad un tratado surgido hacia 544 y después perdido) a los tres teólogos y obispos del siglo v proclives al nestorianismo: Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibas de Edesa -este último apenas si era conocido- que habían muerto ya hacía mucho tiempo en paz con la Iglesia. Los obispos orientales, totalmente dependientes del emperador, aceptaron en general, aunque tras ciertas renuencias, la condena. Los occidentales, menos expuestos a aquella dependencia, no la aceptaron. El episcopado africano, por ejemplo, cerró filas contra el papa en esta cuestión de los tres capítulos; el italiano y el gálico se le opusieron, cuando menos en su mayoría.[184]

Ni corto ni perezoso, Justiniano -influido seguramente por Teodora- decidió doblegar la opinión de los insumisos e hizo que se llevasen al

papa por la fuerza a un barco que salió rumbo a Constantinopla. Ello sucedió el 22 de noviembre de 545 sorprendiendo al papa en la iglesia de Santa Cecilia, en medio de la misa y justamente cuando daba la comunión al pueblo *(munmera errogantem),* en pleno asalto de los godos a Roma, que cayó en diciembre. (Según el libro pontifical la augusta envió al archivero Antimos con una fuerte tropa y con esta orden: «Ten miramientos con él sólo si se halla en la basílica de San Pedro. Pero si encuentras a Vigilio en el Laterano, o en el *palatium o* en cualquier iglesia, te lo llevas a un barco y lo traes hasta aquí. En caso contrario te haré deshollar vivo».) La pía comunidad romana acababa de recibir la bendición de Vigilio, pero a continuación, escribe incluso el libro pontifical, arrojó piedras, palos y ollas contra él a la vez que lo mandaba al diablo. «¡Llévate tu hambre, llévate tus muertes! ¡Causaste el mal a los romanos. Que halles el mal donde quiera que vayas!»[185]

Vigilio, que ya no volvió vivo a la ciudad, reposó, con el permiso imperial naturalmente, casi un año en la soleada Sicilia (Catania), donde la Iglesia tenía extensísimas posesiones, mientras Tótila tomaba, en 546, la ciudad, mandando demoler la mayor parte de sus muros, deportar a la población y llevarse como rehenes a los senadores, a quienes decapitó después. Vigilio no entró en Constantinopla, donde se le dispensó una triunfal acogida, hasta el 25 de enero de 547. El emperador y el papa se besaron las mejillas entre lágrimas que, de seguro, no eran sólo de alegría, pues poco antes se había recibido la dolorosa noticia de la caída de Roma. Después, el papa excomulgó virilmente a todos los firmantes del Edicto de los Tres Capítulos: el papa Gregorio «Magno» mencionaría posteriormente incluso una excomunión de la emperatriz, ¡algo entremadamente increíble! Y al año siguiente, el mismo Vigilio, en el llamado *Judicatum* del 11 de abril de 548, asintió a la condena de los Tres Capítulos. Más aún: forzó a prestar su firma incluso a los obispos latinos que estaban residiendo de paso en la capital (de Milán y de África). ¡Espléndida demostración del primado doctrinal del papa! En Occidente, particularmente en África, se levantó una ola de indignación. Pero también las personas de su entorno protestaron de tal modo que el papa depuso y excomulgó a algunos de los diáconos que le eran más próximos y entre ellos a su propio sobrino Rústico (que se refugió entre los acoimetas) antes de que un sínodo de obispos africanos le excomulgase a él mismo. Cuando casi todo Occidente elevó su grito unánime y el propio clero romano se rebeló contra él; cuando la Galia, la Italia Septentrional, Dalmacia e Iliria se lanzaron a la secesión, los últimos estertores del cisma por el asunto de los Tres Capítulos se prolongaron hasta finales del siglo vil en Occidente, y especialmente en Italia: Vigilio, en otro arrebato viril, y apoyado en particular por el diácono Pelagio (éste, que sería su sucesor en el solio pontificio, había regresado a Constantinopla), se desdijo de su sentencia. El

papa protestó ahora contra otro edicto impenal relativo a los Tres Capítulos (julio de 551) y amenazó a todos los signatarios con la excomunión, pero después que el emperador redujo a la obediencia al obstinado clero episcopal africano, con sobornos y destierros (al obispo Víctor de Tunnuna, en África, le impuso prisión claustral -eso después de años de destierro- en varios monasterios de la capital, donde escribió su aburrida *Crónica del Mundo)* y conquistó, finalmente, Italia. Vigilio, abrumado por las nuevas tribulaciones, creyó, con cierta razón, que su silla estaba nuevamente en peligro y volvió a mudar de opinión. Hizo todo cuanto exigió de él el cristianísimo emperador, que no se detenía ante nada. Ni ante promesas, fintas o perjurios; ni tampoco ante la violencia policial. El 8 de diciembre de 553, el papa reconoció su «error» en carta dirigida al patriarca de Constantinopla, Eutiquio (552-565), y reprobó los Tres Capítulos juntamente con sus defensores. Ahora bien, Justiniano no se dio por contento con aquel escrito privado del papa. Exigió más, es decir, una condena detallada y pública. Y la obtuvo. En el II Constitutum del 32 de febrero del año 554, Vigilio volvió a condenar los Tres Capítulos. Con ello se aseguró el regreso a casa para la primavera siguiente. Sin embargo, la muerte le sorprendió en el mismo viaje, en Siracusa (Sicilia), a principios de 555 y sólo pudo pisar suelo romano cuando ya era cadáver: el primer papa, desde Pedro, que no fue canonizado.[186]

Vigilio mismo dio a conocer a todo el mundo, o mejor dicho, «al pueblo de Dios en todo el orbe» *(Universo populo Dei)* su calvario, «su martirio» en las garras del emperador católico, «su pía Majestad», como él escribe, en una encíclica redactada ex profeso el 5 de febrero de 552, «en el año 25 del Señor Justiniano, el augusto perpetuo». Su Santidad se desahoga aquí con abundantes gemidos acerca de «las vejaciones», sobre los «suplicios *(multa mala intolerabilia)* a los que Nos estuvimos continuamente expuestos», «cada vez más insoportables». «De nada sirvieron todas las protestas presentadas verbalmente o por escrito si no es para aumentar aún más nuestros sufrimientos día tras día». Y Vigilio describe en un momento dado el colmo de su miseria: «Dos días antes de la fiesta de Navidad pudimos observar personalmente y escuchar con nuestros propios oídos *(aurilius nostrís)* como se apostaban cuerpos de guardia en todos los portones del palacio -ésa era la mísera morada del firme confesor- [...], su desapacible griterío penetraba hasta la estancia donde reposábamos. Los oímos incluso aquella noche en la que huimos [...]. Sólo podemos apreciar la razón y la dimensión de aquel peligro máximo, que el temor nos hizo despreciar, considerando lo siguiente: tuvimos que escurrimos penosamente por la estrecha brecha de un muro que se hallaba justamente en construcción y nos estuvimos allí, como atenazados por los horribles dolores, en lo más oscuro de la noche. De ahí se desprende con claridad en qué miserable situación caímos sólo por amor a la Iglesia

y cuál sería el cautiverio que nos obligó a la fuga en ese momento de máximo peligro».[187]

El papa mártir, que también era, de pasada, un papa asesino, pero que tuvo que escurrirse -«¡expresión del máximo peligro!»- por «la angosta brecha» de un muro y pasó la noche sin más envoltura que su oscuridad, manifiesta abiertamente su deseo de que «ni un solo creyente en Cristo permanezca en la ignorancia» de tal miseria. Ya al término de todas sus lamentaciones se inclina, como es habitual en él, con servil reverencia ante el emperador: «No hay nada que raye más alto en mi aprecio, ni los vínculos del amor y de la sangre, ni no importa qué bienes terrenales, que mi conciencia y mi buen nombre ante su pía majestad».[188]

El jesuíta H. Rahner denomina este escrito «gran encíclica del 5 de febrero a todo el orbe católico» y afirma respecto a Vigilio: «Los sufrimientos del papado le permitieron liberar a su persona de toda la lamentable mezquindad de años anteriores [...]».[189]

Bajo el concepto de mezquindad se pueden subsumir, en el caso de Vigilio, unas cuantas cosas: desde la intriga de gran estilo hasta el asesinato -asesinato de un papa, adviértase-, pasando por la codicia, la venalidad y la apostasía. Y aunque no estuviese, quizás, involucrado de ninguna manera en la misteriosa muerte de Agapito I -esa involucración no es en todo caso muy verosímil- la misma resulta tanto más clara por lo que afecta a la muerte de Silverio. Y del mismo modo que el apocrisiario Vigilio acudió presuroso a Roma, en el intervalo entre ambas defunciones, para convertirse en papa, en «Vicario de Cristo» siguiendo la resolución de la emperatriz Teodora, que tan afecta le era, ahora el apocrisiario Pelagio, una vez muerto Vigilio, acudía presuroso desde Constantinopla a Roma para convertirse también en papa, en «Vicario de Cristo», por encargo, esta vez, del emperador Justiniano, que le era, análogamente, muy afecto. En ambos casos un papa había muerto en Cosntantinopla o en el regreso desde Constantinopla. El sucesor murió asimismo en el camino de regreso de la capital del imperio. Cierto que Vigilio no había podido subir al solio ya en el primer intento y también es igualmente cierto que no feneció, como Agapito, en Constantinopla, sino sólo en el viaje de regreso, en Siracusa. Pero ¿no podría ser que se alteró, ¡qué menos!, el lugar del crimen para no dejar excesivamente clara la duplicidad de los hechos? En todo caso, Vigilio se esfumó tan sorpresivamente en Siracusa como otrora Agapito en Constantinopla. Y cuando Pelagio vino a Roma para ocupar la Santa Sede por el más alto encargo, es decir, por el imperio, buena parte del clero y de la nobleza lo consideraban corresponsable de la repentina muerte de Vigilio: tan corresponsable que tuvo que prestar juramento ante todo el pueblo con el Evangelio en la mano y la cruz de Cristo en su cabeza ¡y a su lado Narsés, el protector bizantino![190]

Después de todo ello, Pelagio redactó un escrito de defensa, pero no

de su difunto predecesor, sino de los Tres Capítulos, escrito en el que hacía al papa Vigilio los más acerbos reproches, pues «su volubilidad y su venalidad estimuló a los enemigos del Concilio de Calcedonia a interminables escándalos y a abusar del piadoso celo de su imperial majestad»[191]

Lo que menos se inspiraba en el celo por la fe propio de su imperial majestad resultó ser lo más duradero -poniendo aparte las leyes contra los «herejes»-, a saber, la codificación del derecho romano, el *Codex lustinianus* (529), cuya influencia pervivió hasta bien entrada la Edad Moderna, y la todavía más importante colección de los Digestos (533), del *quaestor sacrí palatii*, hombre de confianza del emperador y ministro de Justicia, Triboniano. Al igual que ocurre con Constantino (véase vol. 1), también en relación con Justiniano suele celebrarse gustosamente su concepción más humana del derecho, cosa que se atribuye a la influencia del cristianismo. Aun así, si se suaviza la suerte del esclavo, se hace ante todo porque hacía ya mucho tiempo que no era él, sino el colono, quien jugaba un papel esencial en el proceso productivo, especialmente en la agricultura. Pero precisamente frente a este último el derecho justinianeo se mostraba implacable. Por lo demás, ¿cómo puede ser humano un derecho que niega, sin más, cualquier protección jurídica a toda persona que siga otro credo?

El celo religioso de su imperial majestad se pagó -como suele ocurrir con el celo religioso de Estados e Iglesias- con miseria y con sangre: y siendo la ambición universalista de Justiniano apenas menor que la de la dinastía constantiniana, se pagó con tanta miseria y con tanta sangre como no se veían de hacía tiempo. Ese celo religioso se pagó al precio de un continuo estrujamiento, continuamente intensificado, de los subditos, pues el frenesí constructor y las guerras del déspota, con una duración de decenios, devoraban sumas ingentes. El celo religioso se pagó asimismo con un constante conflicto religioso: los sufrimientos de los monofisitas, la persecución de los maniqueos, la opresión de los judíos, el exterminio de los samaritanos. Costó también el riguroso combate contra los paganos, a quienes Justiniano persiguió con un encono más intenso que el mostrado por todos los soberanos a partir de Teodosio y a cuyos restos exterminó prácticamente. El celo religioso costó asimismo la erradicación de los vándalos y de los godos. Y también costó muchas tropas propias.

La lucha de Justiniano en pro del catolicismo, más determinadas, presumiblemente, por sus ofensivas en Occidente que por sus convicciones, condujo también a las acciones separatistas de Egipto y de Siria, a la constitución de dos Iglesias nacionales «heréticas», la sirio-monofisita y la copta. Las grandes guerras de agresión en el África del Norte y en Italia, es decir, la triunfal recuperación de Occidente o de parte del mismo, todo ello se pagó con cuantiosas pérdidas en el este y en el norte. Con entrega de tributos, cada vez mayores, a los persas, cuyos ejércitos estraga-

ban el indefenso Oriente. Pese a ello, éstos arrasaron a fuego Antioquía, quemada hasta sus fundamentos, y masacraron a su población o bien se la llevaron cautiva para esclavizarla. Eso en 540, en plena «paz eterna». Y no sólo eso: los persas penetraron hasta el mar y adquirieron una superioridad cada vez mayor y más manifiesta en el Asia Anterior.

Las violenta expansión en Occidente dejó también desguarnecida la frontera del Danubio. Continuas oleadas de pueblos extraños irrumpían por los Balcanes y muy especialmente los eslavos que lo hicieron ya desde los primeros años del gobierno de Justiniano. Estos se extendieron como una inundación por el Imperio y llegaron hasta el Adriático, hasta el golfo de Corinto, hasta el mar Egeo. Cierto que después retrocedieron como en un reflujo, pero acabaron ocupando hasta nuestros días los Balcanes, mientras que las oleadas de otros «bárbaros» fueron, de momento, transitorias.

Los mismos triunfos obtenidos por el emperador en el oeste gozaron, en parte, de corta duración. Su restablecimiento del Imperio fue una obra inacabada. Ya desde el año 568 los longobardos conquistaron extensas regiones de Italia. Las ganancias territoriales obtenidas en el sudeste de España se perdieron pocos decenios después en favor de los visigodos. Y, finalmente, la acometida de los árabes, del Islam, extinguió la obra justinianea, desde Egipto hasta España, pasando por todo el norte de África. Apenas si quedaron huellas de la misma.

NOTAS

Los títulos completos de las fuentes primarias de la antigüedad, revistas científicas y obras de consulta más importantes, así como los de las fuentes secundarias, se encuentran en la Bibliografía publicada en el primer volumen de la obra *Historia criminal del cristianismo: Los orígenes, desde el paleocristianismo hasta el final de la era constantiniana* (Ediciones Martínez Roca, colección Enigmas del Cristianismo, Barcelona, 1990), y a ella debe remitirse el lector que desee una información más detallada. Los autores de los que sólo se ha consultado una obra figuran citados únicamente por su nombre en la nota; en los demás casos, se concreta la obra por medio de su sigla.

1. La lucha por las sedes obispales del este durante el siglo v y hasta el Concilio de Calcedonia

1. Haller, Papsttum 1162.

2. Steinmann, Hieronimus 275.

3. Schneider, ChristUche Antike 348.

4. WetzerAVelte III 171, Beck, Theologische Literatur 93 s. Heer, Ohne Papsttum 35.

5. Socrat. h.e. 7, 7, 4; 7, 11, 4; 7, 13, 9; dtv Lex Antike, Religión II 45. Beck, Theologische Literatur 65 ss. Dannenbauer, Entstehung I 242, 276 s. Maier, Verwandiung 154 s.

6. Kraft, Kirchenváter Lexikon 489. Baur, Johannes II 10 ss. Seeck, Untergang V 162. Stein, Vom romischen 370 s. Steinmann, Hieronimus 238 s. Dannenbauer, Entstehung 1276 s.

7. Socrat. h.e. 5, 10; 6, 21 s. Soz. h.e. 7, 12; 8, 1. LThK 1, A IX 601, 2; A IX 798. Baur, Johannes II 44 s.

8. Socrat. 6, 2 s; 6, 7. Pallad, dial, 5. Soz. 8, 2; Theod. h.e. 5, 27. Guldenpenning 84 ss. Baur, Johannes II 167, II 12 ss, 177 ss. Caspar, Papsttum I 313 s. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 143 s. Bury, History 1131. Dannenbauer, Entstehung 1405. Chadwick, Die Kirche 216 ss. Aland, Von Jesús 249 s. Stockmeier, Johannes Chrisostomos 125 ss, 130 ss.

9. Bousset, Monchtum 1, ss. Schmitz, Die Weit 189 ss. Cramer 103 ss. Beck,
Theologische Literatur 201. Tinnefeid 349 ss. Van der Meer, Alte Kirche 18. Infor-

mación detallada sobre el ascetismo monacal de la antigüedad, Deschner, Das Kreuz 80 ss.

10. Cod. Theod. 12, 1, 63; Cod. lust. 10, 32, 26; Soz. 8, 9, 4 s. Kyrill. Scythop Vita Sabae c. 19; 35 s. Stein, Vom romischen 450. Ueding 672 s. Bacht, Die Rolle II 292 s; 307 ss. ibíd. sobre Hamack 310 s. Comprobar con nota precedente, Beck, Theologische Literatur 64. Camelot, Ephesus 180. Tinnefeid, 343 ss. Acerca del papel de los monjes en el Estado Ustasha de Croacia, véase Deschner, Mit Gott 223 ss. y especialmente 240 ss. Más reciente y prolija la obra del mismo autor: *La Política de los papas en el siglo xx*, Ed. Yaide, Zaragoza.

11. Pallad, dial 6 s. Isid. Peí. ep. 1, 152. Theophil. ep. 92. Socrat. 6, 7. Soz. h.e. 8, 11. Hieronim. ep. 90; 96; 98; 100. Comp. Anast. I ad Simpl. en Hieron. ep. 95. Wetzer/WeIte VII 844 ss, II 177 ss. Kober, Deposition 347. Güidenpenning 145 ss. Baur, Johannes II 166 ss. Grützmacher, Hieronimus III 49 ss. Stein Vom r. 450. Knopfler 171 s. Stratmann III, 162 ss. Haller, Papsttum I 103 s. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 145 ss. Beck, Theol Literatur 201 s. Steinmann, Hieronimus 239, 262 s. Chadwick, Die Kirche 215 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l 131 s. Tinnefeid 346.

12. Steinmann, Hier. 242 ss. con indicación de fuentes. (En las anotaciones dé Steinmann 14 y 17 b.) Comprobar también con la nota precedente.

13. Neue Zeitung 24 de julio de 1950. Cita de Winter, Die Sowjetunion 263. El texto presenta diferencias mínimas en Spots 213. V. sobre ello Deschner, *La Política de los papas en el siglo xx* II 372 ss. Comprobar también Kirchenzeitung del arzobispado de Colonia del 18 de febrero de 1951.

14. Hieron. ep. 83 s; 86 s. ad Theophil. ep. 94; 99 de nom. Hebr. praef. vir. ill. 54. Fichtinger 116. Grützmacher, Hieron. III 51 ss, 56 s. Baur, Johannes II 176 s. Knopfler 172. Chadwick, Die Kirche 215 s. Handbuch der Kircheng. II/l, 128 ss.

15. Altaner/Stuber 322 s, 3.31 s.

16. Chrisost. Hom. in Mt. 61, 3; Hom. in Jn 47, 5; 69,4; 74, 3. Hom. in Rom. lis Hom. in 1 Tesal. 11, 3 s. Socrat. h.e. 6, 4; Soz. 8, 3; 8, 6; 8, 9. Theod. h.e. 5, 28, 2; 5, 29. Pallad, dial. 8; 13. Ps. Cypr. sing. cler.: Alpf. Antón. 5. Güidenpenning 139, ss. Sickenberger, Syneisaktentum 44. Baur, Johannes 1141, II 53 ss, 134 ss, 142 ss, 161 ss. Mehnert 12, 17 s, 35 s. Gaspar, Papsttum I 313 s. Chadwick, Die Kirche 218 ss. Tinnefeid 344 s. Deschner, Das Kreuz 182. Stockmeier, J. Chrisost. 135 ss.

17. Soz. 8, 9, 4 s. Tinnefeid 344 s.

18. Chrisost. Hom. 3, 2; 7, 2 ad pop. Ant. hom. 4, 4 s. en vidi Dominum hom. 3 Act. Post. Cit. según Güidenpenning 85 y Baur, Johannes II 37 s. Comprobar también con Heilmann, Textos III 39, IV 160 ss, 187 s.

19. Chrisost. sacerd. 1, 8 s; hom. 22 in Gen. Además comentario a carta a **los** Col. 3, 5. Heilmann Textos IV 160 ss.

20. Hieron. ep. 51, 1 ss. Socrat. 6, 7; 6, 10 ss. Soz. 8, 12; 8, 14 ss; 8, 17, 1. Pall. dial. 6, 8; 16. Epiphan. haer. 64 LThK 1. A. III 728 ss, 2. A. III 944 ss. Altaner in RAC V 910. Güidenpenning 147 s. Stein, Vom romischen 371 s. Baur, Johannes II 185 ss, 194 ss, 280. Knopfler 172. Campenhausen, Griech. Kirchenváter 147. Bury, History I 150 s. Stratmann III 162 ss. Steinmann, Hieron. 239, 263, 275. Hamman, Hieron. 237. Chadwick, Die Kirche 214 s, 220. Altaner/Stuiber 315 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 129 s. Stockmeier, J. Chrisost. 136 s. Gilbert Murray cit. en Van der Meer, Alte Kirche 17.

21. Pallad, dial. 8. Socrat. h.e. 6, 14 ss. Soz. 8, 14 ss. Güidenpenning 150 ss. Baur, Johannes II 197 ss. Kirsch 541. Chadwick, Die Kirche 220. Tinnefeid 346 s. Wojtowytsch 216 s,

22. Schneider, Sophienkirche 77 ss. Beck, Theolog. Literatur 156 s. Véase también nota siguiente Steinmann, Hieron, 276. Stockmeier, J. Chrisost. 138. Schneider, Olympias, en Mann 227 s.

23. Hieron. ep. 82,1 s. Heilmann, Textos III 355. Grützmacher, Hieron. ni 88 ss. Steinmann, Hieron. 279 con indicación de mentes. Comprobar también Caspar, Paps-,ttum 1320, especialmente nota 3.

24. Steinmann, ibíd. Comprobar también Grützmacher ibíd.

25. Steinmann ibíd. 280.

26. Pallad, dial. c. 8 ss. Chrisost. hom. ante exilium; cum iret in exil. Socrat. h.e. 6, 16 ss. Zos. 5, 23 s. Theodor. h.e. 5, 34, 4 ss. Soz. 8, 15; 8, 18 ss. Güidenpenning 155 ss. Stein, Vom romischen 372 ss. Baur, Johannes II 200 ss, 226 ss, 233 ss, 244 ss, 258 ss. Caspar, Papsttum 1320 s. Haacke, Rom 37 ss. Stratmann III 162 ss. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 148 ss. Bury, History I 151 ss. Haller, Papsttum I, 104. Langenfeid 149. Gardner 492 ss. Tinnefeid 180, 345. Chadwick, Die Kirche 220 ss. Stockmeier, J. Chrisost. 136 ss. Wojtowytsch 217 s. Holum 72 ss.

27. Pall. dial. 9 ss. Soz. 8, 24. Zos. 5, 23, 4 s. Güidenpenning 163 ss. Baur, Johannes II 262 ss, 344 ss. Haacke, Rom 37 ss.

28. Pallad, dial. c 2; 4. Hieron. ep. 130,16. Inocencio I ep. 12. Soz. h.e. 8,261 ss. Baur, Johannes I 333 ss, II 254 ss, 277 ss. Caspar, Papsttum I 318 s. Dempf, Geistesgeschichte 116. Haller, Papsttum 1104 ss. Denzier, Das Papsttum 19 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 266 s. Wojtowytsch, 219 ss. Stockmeier, J. Chrisostomus 138 s.

29. Dempf, Geistesgeschichte 114.

30. Vita Dom. Styl. 31. Malal. 15, 24. Zon 13, 22. Pauly III 420. Baur, Johannes U 8 s. Chadwick, Die Kirche 199 s. Elbem 130,135.

31. Kyrill. Alex. ep. 75 s. Marcell. Comes a. 428. RAC III 500. Baur, Johannes II 379. BKV 1935, 11. Chadwick, Die Kirche 222 s.

32. Kyrill. Alex. ep. 10; 17. Hergenróther, Kirchengeschichte 451. Güidenpenning 224. Stein, Vom romischen 418. Schwartz, Cyrill 3 s, 7. Ehrhard, Die griechische ünd die lateinische Kirche 62 ss. Caspar, Papsttum 1463. BKV 1935, 86 s. Kirsch 549. De Vries, «Nestorianismus» 91 ss. Gross, Theodor 1, ss. BihImeyer/TüchIe 278 s. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 153, s, 156 s. Kawerau, Alte Kirche 170 s. Dallmayr 148. Haller, Papsttum I 106. Hamman, Kyrillos 261. Young 107. Chadwick, Die Kirche 226 ss. Ritter, Charisma 190. Aland, Von Jesús 257 ss. Wojtowytsch 283. Raddatz 167 ss.

33. Socrat 7, 29 ss. Wetzer/WeIte VII 521. LThK 1. A. VII 885 s. Grillmeier, Vorbereitung 159. Dallmayr 139. Camelot, Ephesus 29 s. Altaner/Stuiber 336. Podskaiskv Nestorius 215

34' Socrat. 7, 29; 7, 31. Marcell. com. 428; 429. LThK 2. A. VII 885 s. Klauser, Gottesgebárerin 1082 s. Hergenróther, Kirchengeschichte, 848. Güidenpenning 287, s. Seeck, Untergang VI 199 s, 435 s. Hamack, Lehrbuch der Dogmengeschichte 4. A. 11 1920 355, cita en Camelot, Ephesus 30. Stein, Vom romischen 450. Kirsch 35 s. Podskaisky, Nestorius, 215 s.

35. Caspar, Papsttum I 390. Seeberg, Dogmengeschichte 220 s.

36. Heilmann, Textos I 130, II 88.

37. Athan. or. adv. Arian. c. 39; adv. Apoll. 1, 10; 1, 12. Hergenróther 410 ss, 447 ss. Ehrhard, Urkirche 220 ss, 230 ss. Del mismo, Die griechische und die lateinische Kirche 56 ss. Hunger, Byzantinische Geistesweit 99 s. Maier, Die Verwandlung 152 s. Brox, Kirchengeschichte 187 ss.

38. Seeberg, Dogmengeschichte 214 ss. Haller, Papsttum, **1, 110.**

39. Camelot, Ephesus 39. Comprobar también la concesión en BihImeyer/Tüchle 278 s, según la cual el modo de proceder Cirilo contra Nestorio «determinó también la rivalidad, en la política eclesiástica, del patriarcado de Alejandría contra el de Constantinopla, que, desde 381, ocupaba el primer lugar en Oriente».

40. Camelot, Ephesus 40 s.

41. Ibíd. 11.

42. Ibíd.

43. Socrat. h.e. 7, 29; 7, 32. ACÓ I, 1, 10 ss; I, 2, 13, 27 ss; 14, 5, 22. Nest. ad Caelest. ep. 1,2; 3, 1 RAC III 500. Klauser, Gottesgebärerin 1082 ss, 1091 s. Altaner 293 s. Altaner/Stuiber 313 ss, 323. Hergenrüther 449 s. Schwartz, Cyrill 4 ss. Caspar, Papsttum 1400. Loofs, Nestoriana 22 ss, 35 ss, 43 ss, 237 ss, 252 s. BKV 1935, 13. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 62 ss. Comprobar también Deschner, Hahn 360 ss, 364 ss. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 158 s. Haller, Papsttum 1108. Dannenbauer, Entstehung 1279 s. Bury, History 1351 s. Seeberg, Dogmengeschichte 214, notas 1 y 221 ss. Dallmayr 138 s, 147. Hamman, Krillos 262, s. Camelot, Ephesus 15 s, 32 ss, 43 ss. Kühner, Gezeiten der Kirche 1137 s. Chadwick, Die Kirche 228. Aland, Von Jesús 258 ss. Grillmeier, Von der apostolischen Zeit 642 ss, especialmente 646. Del mismo, Rezeption 121 ss. Tinnefeid 323. Wojtowytsch 284 s, 288.

44. Sir. ep. 9 (seguramente de mano de Ambrosio). LThK 2. A. II 602 s. Gontard 116. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 265.

45. Le 1, 43. Klauser, Gottesgebärerin 1071 ss, 1091 ss. Camelot, Ephesus 15 s. Delius 97 s. Abramowski, Die Synode 356 ss.

46. Klauser, Gottesgebärerin 1091 ss. Véase también del mismo Rom 120 ss.

47. Klauser, Gottesgebärerin 1080.

48. ACÓ I, 1, 1,25 ss. Camelot, Ephesus 225 ss. Sieben 212 s.

49. Ibíd.

50. Caspar, Papsttum 1401 s. Camelot, Ephesus 46 s. con indicación de todas las fuentes. Comprobar también Dallmayr 149 ss.

51. ACÓ I 2, 12, 20 ss; I 1, 5, 10 ss. Jouassard, Cyrill 510. Aland, Von Jesús 264. Véase también la nota siguiente.

52. Socrat. 7, 29. Kyrill. Alex. ep. 11. JK 372 ss. ACÓ I, 2, 5 ss. Coelestin. I. ep. 11 ss. Coll. Casin. 2, 81. Altaner 243. BKV 1935, 14. Kraft, Kirchenváter Lexikon 385. dtv Lex Antike, Philosophie 236. Klauser, Gottesgebärerin 1083 s. Loofs, Nestoriana 183, 297. Stein, Vom romischen 450 ss. Caspar, Papsttum I 389 ss. Seeck, Untergang IV 207 ss, 437 s. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 158 s. Camelot, Ephesus 38 s, 45 ss. Haller, Papsttum I, 111 s. Mirbt/Aland, Quellen núm. 427, p. 211. Chadwick, Die Kirche 229. Kühner, Gezeiten der Kirche I 138. Tinnefeid 345. Wojtowytsch 283 ss. Podskaisky, Nestorius 216 ss. Dallmayr 154 ss. Hamman, Kyrillos 261. Scipioni 166 ss. Schwaiger, Pápstiicher Primat.

53. AAS XXIII 1931,483 ss. Liébaert IX 753. Beck, Theologische Literatur 41. Camelot, Koncil 59 ss. Del mismo, Ephesus 50 s, 212 s. Schneemelcher, Aufsát**ze** 373. Brox, Kirchengeschichte 169 ss.

54. ACÓ I, 1, 1, 114 ss. Caspar, Papsttum 1401 ss. Seeberg, Dogmengeschichte n 236 s. Camelot, Ephesus 50 s.

55. Coelest. ep. 19, 2 (ACÓ 12, 25).

56. Rahner, Kirche und Staat 215.

57. Kyrill. Alex. ep. 20. Hefele II 165, cit. en Dallmayr 161. Caspar, Papsttum I 403 s. BihImeyer/TüchIe 279. Camelot, Ephesus 53 s, 57. Dallmayr 161, 168.

58. Altaner/Stuiber 286. Stein, Vom romischen 450 ss. Caspar, Papsttum 1402 ss. Camelot, Ephesus 76 s. BihImeyer/TüchIe 1279. El católico Kirsch habla ciertamen-

te del «séquito armado» de Nestorio. En cambio, por lo que respecta a la llegada de Cirilo sólo hace constar los «aproximadamente 50 obispos» que lo acompañaban y su exhortación a los alejandrinos para que «rezasen con el máximo recogimiento», 552.

59. Kyril. Alex. ep. 17 apol. ad Theod. 18. ACÓ I, 1,2, 3 ss. (Die latein. Konzilsakten. ACÓ I, 3, 52 ss) JK 378, coll. Veron. 9. Enchiridion Symbolorum coll. Denzinger-Umberg 1947, 113 ss. Coelest. I ep. 16 ss. Klauser Gottesgebärerin 1084 ss. Liébaert 753 ss. Altaner 244 ss, 293. Altaner/Stuiber 284. Kraft, Kirchenváter Lexikon 158. Stein, Vom romischen 452 ss. Schwartz, Cyrill 12 ss, 28,49. Caspar, Papsttum I 390, 403 ss. BKV 1935, 15. Campenhausen, Gr. Kirchenváter 160. Winowoska 62. Ehrhard, Die griechische und die lateinische Kirche 65 ss. Haller, Papsttum I, 112. Camelot, Ephesus 53 ss. Seeberg, Dogmengeschichte II 237 s, especialmente nota 2. Kühner, Gezeiten der Kirche 1138. Diesner, Der Untergang 129. Kótting, Die abendiándischen Teilnehmer 4 f. Schwaiger, Pápstiicher Primat 33 ss. Hamman, Kyrill 261 s. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 387 ss. Gardner 500 s. Grillmeier, Vorbereitung 160 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 109 s. Aland, Von Jesús 265 s. Holum 162 ss. Wojtowytsch, 289 ss.

60. Kyrill. Alex. ep. 24. Camelot, Ephesus 57 ss. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 109.

61. Kyrill.Alex.ep.24.

62. AAS 23, 1931, 10 ss, 511 s. Camelot, Ephesus 76 ss, 83. Ehrhard, **Die** griech. und die latein. Kirche 169.

63. ACÓ 1,1, 54 ss. Camelot, Ephesus 76 s.

64. Theod. Cyr. ep. 162.

65. Líber Heracl. c. 195. Caspar, Papsttum 1408,415. Camelot, Ephesus 55. Palanque 32. Schwaiger, Pápstiicher Primat 34 s. Wojtowytsch 292 ss.

66. Caspar, Papsttum I 410 s. Haller, Papsttum I 113 ss. Comprobar también la nota siguiente.

67. Haller, Papsttum 1113. Schwaiger, Pápstiicher Primat 33 ss.

68. ACÓ 1,1, 5, 13 ff; I, 5, 5, 119 ss. Socrat h.e. 7, 34. Néstor. Lib. Heracl. 372. LThK I. A. IX 243. Stein, Vom romischen 435 s. Schwartz, Cyrill 12 s. Ehrhard, Die griech, und die latein. Kirche 67. Camelot, Ephesus 62. Haller, Papsttum 1112 ss. Seeberg, Dogmengeschichte 11 237. Kühner, Gezeiten der Kirche I 139. Maier, Verwandiung 156. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 387 ss. Chadwick, Die Kirche 231 s. Schwaiger, Pápstiicher Primat 36 s. Grillmeier, Von der Apostolischen Zeit 642 ss. Aland, Von Jesús 266. Dempf, Geistesgeschichte 133, s. Holum 165 ss. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 110 s. Wojtowytsch 291.

69. Las actas conciliares de esta segunda sesión ACÓ I, 1, 3, 53 ss. Caspar, Papsttum I 408 ss. Haller, Papsttum I 112 ss. Camelot, Ephesus 53 ss. Schweiger, Pápstiicher Primat 34 ss. Wojtowytsch 292 ss.

70. Vita S. Dalmatii. Altaner 243. Altaner/Stuiber 284. Hergenróther 457 s. Caspar, Papsttum I 404 s, 410 ss. Kirsch 554 s. BKV 1935, 12, 15 ss. Ehrhard, Die Griech. und die latein. Kirche 67 s. Seeberg, Dogmengeschichte II 238. Camelot Ephesus 65 ss. Dempf, Gesitesgeschichte 133 s. Aland, Von Jesús 266 ss. K. Rahner, cit. en Ritter, Charisma 198. Schwaiger, Pápstiicher Primat 34. Grillmeier, Einleitung in Grillmeier/Bacht 1245. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 111.

71. Bibl. Casinens. 1, 2, 46. ACÓ I, 4, 222 ss. Seeck, Untergang VI 230 s, 444. Stein, Vom romischen 454 s. Kidd III 259. Caspar, Papsttum 1412 f. Schwartz, Cyrill 12 ss. BKV 1935,17. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 71, quien desplaza a un año posterior, en 433, el acto de soborno mediante regalos y lo bagateliza como signo de «victoria». Campenhausen, Griech. Kirchenváter 160 s. Alföldi, romischen

Kaiserreich 239. Haller, Papsttum 1112 ss. Dannenbauer, Entstehung 280, 393. Kühner, Gezeiten der Kirche 1139 s. Meier, Verwandiung 156. Bury, History 1353 s. Camelot, Ephesus 66. Aland, Von Jesús 266 ss. Chadwick, Die Kirche 232. Grillmeier, Einleitung in Grillmeier/Bacht 1245. Wojtowytsch 287.

72. Euseb. h.e. 5,18,12; 5,28, 10. Stein, Vom romischen 457. Bauer, Rechtgläubigkeit 156 f. Bacht, Die Rolle, 203.

73. Klauser, Gottesgebärerin 1087 s., 1095 ss. Schneider, Geistesgeschichte 1239, n 116. Dallmayr 131 ss. Miltner, cit. según R. Oster 24 ss. (Cit. 29, nota 44). Comprobar también Deschner, Hahn 365 ss.

74. Una versión con interpolaciones del Líber Heraclidis se conservó en un manuscrito siriaco perdido durante la primera guerra mundial en el Kurdistán. El «Libro (Bazar) de Heráclides de Damasco» lo editó P. Bedjan en 1910 en París; versión francesa de F. Ñau; inglesa de G. R. Driver/L. Hodgson 1925. Kyrill. Alex. Dass Christus Einer ist. ACÓ I 1, 7, 71. Néstor. Lib. Heraki. 388. Socrat. 7, 37, 19. Altaner 245, 293 s. Altaner/Stuiber 286. Stein, Vom romischen 450 s, 455 ss. Seeck, Untergang VI 436. Schwartz, Cyrill 161 s. Caspar, Papsttum I 389, 413 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 68, 71 ss. Campenhausen, griech. Kirchenváter 162. Haller, Papsttum I 114 s. Jedin 26. Seeberg, Dogmengeschichte II 238. Anastos 117 ss. Abramowski, 259. Franzen 84. Kühner, Gezeiten der Kirche 1,139 s. Dallmayr 176 s. Camelot, Ephesus 67. Gardner 502 s. Chadwick, Die Kirche 232 s. Antón, Selbstverstándnis 70 s. Handbuch der Kirchengeschichte II/l, 111. Podskaisky, Nestorius 216, 221s.

75. Coelest. ep. 22, 3 (Mansi V 267 E); ep. 23, 1 (Mansi V 270 AB). Haller, Papsttum I, 115. üllmann, Gelasius I, 57 s. mit Bez. aufJK 386 (ACÓ 12, 89).

76. Dtv Lexikon IV 219. Caspar, Papsttum 1410. BiehImeyer/TüchIe 1281. Camelot, Ephesus 68 ss, 81. Duchesne cit. asimismo en Dallmayr 131, 162.

77. LThK. 1. A. III 711 s, 2. A. III 920 s. Dallmayr 186.

78. P. G. 77, 169 ss. ACÓ I 1, 4, 5, ss; 14, 18; I 4, 145 ss. Coelest. I ep. 22 ss. Wetzer/WeIte X 151 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 385. Altaner/Stuiber 284. Kirsch 556 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 69 ss. Seeberg, Dogmengeschichte II 238 ss. Haller, Papsttum I 115. Beck, Theologische Literatur 284. Camelot, Ephesus 244 ss. BihImeyer/TüchIe 1280. Dallmayr 181. Handbuch der Kirchengesch. n/1, 113 ss. Liébaert 754. Comprobar también la nota siguiente.

79. ACÓ 11, 1, 7 ss; 15 ss; 11,4, 25 s; Kyrill. Alex. ep. 38. Sixt. III. ep. 6. Coelest. ep. 4, 1. Joh. Ant. ep. ad Proel. Jouassard, Cyrill 510. Kraft, Kirchenváter Lexikon 298, 385. LThK 1. A. II 824 ss. Dtv Lex. Antike Philosophie 236. Altaner 243. Kühner, Lexikon 29. Wickham 558 s. Hergenróther 454. Lea I 620. Stein, Vom romischen 456. Mingana 9. Heft 297 ss. Harris 110 ss. Kirsch 670 s. Caspar, Papsttum 1415 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 72. Campenhausen, Die griech. Kirchenváter 161 s. Dawson 139. Grillmeier/Bacht 5. Gross, Theodor 1. Sieben 241. Kawerau, Die nestorianischen Patriarchate 119 ss. Seeberg, Dogmengeschichte II 217 ss, 239 ss. Abramowski 259. Dannenbauer, Entstehung I, 280, 400. Oates 38. Franzen 84. C. D. G. Müller, Stellung und Bedeutung 227 ss. especialmente 233 ss. Camelot, Ephesus 87 ss. Anastos, Nestorius 117 ss. BihImeyer/TüchIe 281. Dallmayr 182 s. Kühner, Gezeiten der Kirche I 140. Chadwick, Die Kirche 232 ss. Aland, Von Jesús 268, 284. Frend, Mission 32 ss, especialmente 47 ss. Tinnefeid 323. Beck, Theologische Literatur 284. Wojtowytsch 298 s.

80. ACÓ I 1, 4, 15 ss. PG 77, 173 ss.

81. Ibíd. 11,4, 7 ss. PG 77, 169 ss. Ehrhard, Die griech. und die lateinische Kirche 71.

82. Gróne 123. Comp. con Abramowski 265, quien en relación coa la disputa nestoriana se refiere a Devreesse. Haller, Papstgeschichte 1107. Seppelt/Lofflér 19. Seppelt/Schwaiger 37 s.

83. Schwartz, Cyrill 11,20 ss, 50 s.

84. Kraft, Kirchenváter Lexikon 157. Ostrogorsky, Die Geschichte des bizantinischen Staates 48 s. El católico Camelot, Ephesus 40 no consigue ver en Cirilo ansias de poder ni tampoco intención alguna de «procurar a Alejandría la hegemonía respecto a Constantinopla».

85. Kyrill, Alex. ep. 39. Über den rechten Glauben an den Kaiser 5 s, 10 ss, 15. Adversus nolentes confit. sanct. virg. esse Deiparam 1 s; 6 s; 10 ss; 18; 29 s. Dass Christus Einer ist (BKV 1935,114 ss, 142,146,186) ep. 17 (Migne, 77,105 ss. 3. Brief an Nestorius) BKV 1935, Einleitung 18. Altaner/Stuiber 284.

86. Kyrill. Alex. Über den rechten Glauben an den Kaiser 9; 12; 23. Dass Christur Einer ist BKV 1935,133,156,163. Socrat. h.e. 7,7; 7, 29. Cod. Theod. 16, 5,65. **Ps.** 7, 13. Jouassard, Cyrill 499 s, 508 s. Pauly 411. Dtv Lexikon Antike, Religión II 121. Kraft, Kirchenváter Lexikon 154 s. Stein, Vom romischen 413,418. BKV 1935, Einleitung 17. Caspar, Papsttum I 389. Thiess 294. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 156. Kawerau, Alte Kirche 171.

87. Epiphan. haer. 80,1 ss. Theodor. haer. 4,11. hist. 4,11. LThK 1. A. 1780 ss, VII 114. Kraft, Kirchenváter Lexikon 70. Hergenróther 396 s. Tinnefeid 318 ss.

88. Kyrill. Alex. Dass Christus Einer ist. Adversus nol. confit. sanct. virg. esse Deiparam 1; 6; 10 s.

89. Jouassard, Cyrill 503, 508. Hümmeler 93. Tengo a mi disposición una edición especial del 42.-141. Tausend. «El imprimatur eclesiástico lo concedió el vicariado general del arzobispado de Colonia.» Comprobar también el prefacio que «en una época de profunda mutación [...] considera muy especialmente a las personalidades con cualidades de "Führer" religioso».

90. Kyrill. Alex. Wider die Gegner des Namens «Gottesgebárerin» 10; 15; 17. Socrat. 7, 13 s. Cod. Theod. 16, 2, 42 s. Jouassard, Cyrill 506 s. Pauly III 411. Güidenpenning 225 ss. Stein, Vom romischen 418 ss. Schneider, Das Frühchristentum 15. Del mismo, Geistesgeschichte 1588 s. BKV 1935, 179, 199. Leipoldt, Antisemitismus 16. Thiess 294 s. Daniel-Rops, Frühmittelalter 185. Bury, History I 218. Schopen, Judentum 1960, 113. Kühner, Antisemitismus 37. Müller, Geschichte der Juden 9. Bell, Antisemitism 17 s. Rist, Hipatia 223. Hamman, Kyrillos 261. Tinnefeld285s,310s,347.

91. Socrat. h.e. 7, 14. Philostorg. 8, 9. Synes. ep. 10; 15; 16; 33; 81; 124; 133; 136 s; 154; 159. Güidenpenning 228 ss. Seeck, Untergang VI 76 ss. Stein, Vom romischen 419 s. Thiess 295 s. Schneider, Geistesgeschichte I 613. Del mismo, Die Christen 322 s. Campenhausen, Griechische Kirchenváter 156. Bury, History 1217 ss. Lacarriére 151. Rist, Hipatia 214 ss. intenta exculpar personalmente a Cirilo. «There apears no reason to implícate Cyril in the murder itself [...]» sin resultar convincente. Tinnefeid 285 s. Haehiing, Religionzugehórigkeit 209 s. Hammond/Scu-**llard** 534.

92. Jouassard, Cyrill 504 ss. Altaner/Stuiber 226. Kraft, Kirchenváter Lexikon 459. Güidenpenning 233. Hamman, Kyrillos 261. Tinnefeid 286.

93. Kyrill. Alex. Über den rechten Glauben an den Kaiser, 2. Jouassard, Cyrill 505.

94. Kyrill. Alex. Über den rechten Glauben an den Kaiser, 2. Kraft, Kirchenváter Lexikon 160. Campenhausen, Griech. Kirchenváter 153 ss. Camelot, Ephesus 40.-Pinay 330. Kühner, Antisemitismus 37. L. S. Le Nain de Tillemont, Memoires pour servir a 1'Histoire Ecciesiastique XIV, 1709,541. Cit. por Camelot ibíd. Newman cit.

según Dallmayr 148. Del Anti Julián de Cirilo se han conservado los diez primeros libros.

95. Geffcken, cit. en Tinnefeid 289. Camelot, Ephesus 40.

96. Cit. en Hamman, Kyrillos 262.

97. LThK 1. A. IX 243, 2. A. IX 390 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 451. Altaner/Stuiber 268. Zóckier 271 s. Leipoldt, Shenute 1 s, 39 ss, 47 ss, 62 ss, 92 ss. Stein, Vom romischen 447 s. Dannenbauer, Entstehung 1155. Lacarriére 153 ss.

98. Deuter. 25, 2 s; 16. Syn. Tol. c 2 s. RAC IX 479 s, 485 ss. Jean Paúl im «Wuz», Werke IV 17. Kober, Züchtigung 49. V. Hentig, Die Strafe 1381, 387.

99.Leipoldt.Schenute48s.51.

100. Engberding LThK 1. A. IX 243,2. A. IX 390s. Leipoldt, Schenute 51,140 ss,

101. Leipoldt, ibíd. 63, 145 ss.

102. Ibíd. 113, 138 s.

103. Ibíd. 142 s.

104. Ibíd. 157.

105. LThK 1. A. IX 243, 2. A. IX 390 s. Lacarriére 148 s. Haehiing, Damascius 82 ss. Cita 95.

106. Liban, or. 30, 8 ss; 30, 54. Seeck, Untergang V 220. Brown, Welten 125, 128 s.

107. Ambros. ep. 41, 27. Cod. Theod. 16, 3, 1 s. Liban. Pro templis c. 3. Eunap. Vita Aedes. Dtv Lex. Antike, Philosophie III 59 s. Schuitze, Geschichte I 267 ss. Stein, Vom romischen 321 s. Geffcken, Ausgang 114. Seeck, Untergang V 220. Dannenbauer, Entstehung 1166. Vogt, Niedergang Roms 275. Lacarriére 152.

108. Socrat. 3, 2. Cod. Theod. 16, 10, 15 s; 16, 10, 25. Soz. 7, 15, 3 ss; 7, 20, 3. **RAC** II 1229 s, IV 64. Grisar, Geschichte Roms 22. Stein, Vom romischen 321. Voigt, Staat und Kirche 37. Jones, Social Background 32 s. Wytzes, Kampf 1.

109. Leipoldt, Shenute 176 s.

110. RAC IV 82. Funke, Gótterbiid 812 s. con referencia a Socrat. h.e. 3,15 y a Leipoldt, Shenute 182. Stein, Vom romischen 447. Geffcken, Ausgang 195 s. Lacarriére 158 ss.

111. Leipoldt, Shenute 178 ss.

112. Comprobar ante todo nota 113.

113. LThK 1. A. IX 243. Zóckier 271 s. Stein, Vom romischen 448. Lacarriére 159 s. Brown, Welten 133.

114. LThK 1. A. IX 243. Altaner/Stuiber 268. Stein, Vom romischen 448.

115. Hauck, Theologisches Fremdwórterbuch 107. Grillmeier/Bacht II 4. Tamb. según Ehrhard, Die Griech. und die latein. Kirche 73 s, el monofisitismo «no es otra cosa que la teología alejandrina llevada al extremo».

116. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 74 s. Camelot, Ephesus 94 ss, sobre todo por lo que respecta a la teología de Teodoreto. Schwaiger, Pápstiicher Primat 41 s. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 116 s.

117. Theophan. a. m. 5940. Nikeph. Kall. 14, 17. Steeger XXX. Seeberg, Dogmengeschichte II 255. Camelot, Ephesus 91, 98 s. Aland, Von Jesús 268 ss. Chadwick, Die Kirche 234 s.

118. Comp. Camelot en LThK 2. A. III 1213 s. Kant, Kritik 3, 16 f. El problema **de** Dios lo traté ampliamente en Agnostiker 117 ss. Camelot, Ephesus 98. Bihimeyer/TüchIe 284. Handbuch der Kirchengesch. II/l 117.

119. Grillmeier, Vorbereitung 1196.

120. Theodor. ep. 79 ss. Leo I ep. 20; 28 s; 35; 88, 2. Kraft, Kirchenváter Lexikon 42 ss, 380 s. Dtv Lex. Antike Relig. 1240. Grisar, Geschichte Roms 513. Steeger

XXVIII s. Caspar, Papsttum 1,464 s, 481 s. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 74. Rahner, Leo I 333. Camelot, Ephesus, 89 s, 98 s. Hunger, Byzant. Geisteswelt 99 s. Palanque 32 s. Chadwick, Die Kirche 235 s.

121. Mansi VI 1016 ss. LThK 2. A. III 409 s. Stein, Vom romischen 460. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 75. Haller, Papsttum I 128 ss. Dannenbauer, Entstehung I 242, 393. Maier, Die Verwandiung 154. Bacht, Die Rolle II 202, 243.

122. Theodor. ep. 86. Kraft, Kirchenváter Lex. 215 s, 480 s. Caspar, Papsttum I 466. Bacht, Die Rolle II 203 ss. Camelot, Ephesus 94 ss.

123. ACÓ II 1, 1, 131. Theodor. ep. 85 s. Lib. Heracl. (Ed. Ñau) 294. LThK 1. A. Vffl 650. Kraft, Kirchenváter Lex. 207 s. Seeck, Untergang VI 208,249 ss, 451 ss. Stein, Vom romischen 461. Caspar, Papsttum I 466 s. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 74. Camelot, Ephesus 99 s. Bacht, Die Rolle II 206 ss. Dallmayr 198 s.

124. ACÓ II, 1, 124 ss. Steeger XXIX. Bacht, Die Rolle 206 ss. Camelot, Ephesus 99 ss.

125. ACÓ II 1, 1, 123 ss. Leo I, ep. 21 ss; 28 s; 34 s. Flavian: Migne PG 54, 723 ss. LThK 2. A. IV 161. Steeger XXIX. Stein, Vom romischen 460 ss. Caspar, Papsttum 1467 ss. Klinkenberg, Papsttum 53 ss. Bacht, Die Rolle 206 ss. Cita en 208. Haller, Papsttum 1129 s. Seeberg, Dogmengeschichte II 255 s. Grillmeier, Vorbereitung 195 ss. Camelot, Ephesus 98 ss, especialmente 100. Chadwick, Die Kirche 236. Aland, Von Jesús 271.

126. ACÓ II, 1, 1, 39 f; 1, 1, 175; II, 1, 2, 45 s; II, 4, 143 s; II, 5, 117. Leo I. ep. 21; 24 ad Theodosium; 26; 29, Kraft, Kirchenváter Lex. 215 s. Steeger XXX. Caspar, Papsttum I 267 ss. Stein ibíd. Klinkenberg, Papsttum 56 ss. Bacht, Die Rolle 221 ss. Camelot, Ephesus 101 ss. Handbuch der Kirchengesch. IX/1,118 Wojtowytsch 318 ss.

127. ACÓ II 1,1,69 ss. Mansi conc. Coll VI 605 ss. Leo I ep. 9; 120,2. LThK 1. A. 1989. Kober, Deposition 347. Stein, Vom romischen 463. Caspar, Papsttum 1457 ss, 483 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 75. Honigmann, Original Lists 20 ss, especialmente 34 ss. Bacht, Die Rolle 231. Camelot, Ephesus 107, 117 s, 120. Haller, Papsttum I, 132. BihImeyer/TüchIe 284. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 118s.

128. Kyrill. Alex. ep. 40; 46,2. Leo I ep. 28 (Tomus ad Flavianum). Además ep. 29 ss. Negativa de León a participar personalmente: ep. 31. LThK 1. A. VIII 650. Steeger XXXI s. Caspar, Papsttum 1483 ss. Altaner 270. Camelot, Ephesus 108,118 s. Chadwick, Die Kirche 236.

129. Seeberg, Dogmengeschichte II 256 con indicación de fuentes. Comprobar también nota 130.

130. Mansi VI 905 ss. ACÓ II, 1,1,111; II, 1, 2,116; II, 1,1,191; II, 1, 78; II, 5, 118. Néstor. Lib. Heracl. 494 s. Prosper. Chron a. 448. Comprobar la carta de Hilario, v. 13. 10. 449 a Pulquería ep. 46. Leo I ep. 46. LThK 1. A. IV 29, VIII 650 s. Altaner/ Stuiber 347 s. Lecky II 160 s. Grisar, Geschichte Roms 313 s. Steeger XXXI ss. Stein, Vom romischen 464, duda de que Flaviano muriese a causa de sus heridas. Caspar, Papsttum I 487 s. Haller, Papsttum I 132 s. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 75 s. Diehí 980. Sellers, 70 ss. Camelot, Ephesus 109 ss, 117 ss. Chadwick, The Exil 16 ss. Del mismo, Die Kirche 236 s. Stratmann IV 27 s. Goemans 285. Grillmeier, Einleitung zu Grillmeier/Bacht 249. Andresen, Die Kirchen der alten Christenheit 389 s. Handb. d. Kirchengesch. II/l, 119 s. Aland, Von Jesús 272,278 s. Van der Meer, Alte Kirche.

131. **ACÓ II, 2,** l,79ss.

132. Theodor. ep. 113; 116; 118.

133. Mansi Conc. coll. VI 1009, 1045. Leo I ep. 44, 1; 45; 95, 2. Según Fuchs,

Handb. der Kirchengesch. 91, fueron 135 los obispos que firmaron la «excomunión del ortodoxo Flaviano». LThK 1. A. VIH 650 s. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 76. Caspar, Papsttum I 492 ss, 511, 515. Camelot, Ephesus 124. Seeberg, Dogmengeschichte 256 s. Bacht, Die Rolle 227 ss. Haller, Papsttum I 133. Chadwick, Die Kirche 237. Alnd, Von Jesús 272 s.

134. Leo I ep. 44 (PL 54, 827 ss).

135. Ibíd. Rahner, Kirche und Staat 219.

136. Mansi Conc. coll. VI 1045. Leo I ep. 103. Comprobar Caspar, Papsttum I 492 ss, 497 ss, 525 nota 4, 527.

137. Mansi Conc. coll. VII 495. Valentín, an Theod.: Leo I. ep. 55. Gala Plac. an Theod.: Leo I. ep. 56. Eudoc. an Theod.: Leo I. ep. 57. Leo I. ep. 30 s; 43 s; 54 ss; 62 ss. Socrat. 7, 22. Theodor. h.e. 5, 36, 3. Grisar, Geschichte Roms 314 s. Steeger XXXIV ss. Stein, Vom rómischen 417, 464. Kirsch 564 ss. Caspar, Papsttum I 492 ss, 499 ss. Rahner, Kirchenfreiheit 185. Klinkenberg, Papst Leo 17 s. Del mismo, Papsttum 63 ss. Camelot, Ephesus 126 ss, Bacht, Die Rolle 231 ss. Bury, History I 214. Goemans 252 s. Haller, Papsttum I 132. Schwaiger, Pápstiicher Primat 42 s. Aland, Von Jesús 273 ss. Wojtowytsch 327 ss.

138. Prosper. Epit. Chron. a. 450, Leo I. ep. 73; 75; 78; 80; 89 s. Prokop. bell. vand. 1, 4, Euagr. 2, 1. Marc. comes ad a. 450. LThK 2. A. I 497. Dtv Lex. Antike, Geschichte I 152. Schuitze, Geschichte I 378. Steeger XXXVIII ss. Stein, Vom rómischen 464 ss. Caspar, Papsttum 1502 ss. Klinkenberg, Papsttum 75 ss. Del mismo, Papst Leo 84 ss. Dannenbauer, Entstehung I 282 s. Bury, History I 236. Dallmayr 191 s. Rahner, Kirche und Staat 215. Camelot, Ephesus 129 ss. Haller, Papsttum I 136. Chadwick, Die Kirche 237. Aland, Von Jesús 273 s. Wojtowytsch 329 ss.

139. Leo I ep. 93. Caspar, Papsttum I 509 s. Goemans 257 ss. Dallmayr 193 ss. Schwaiger, Pápstiicher Primat 44 s.

140. Mansi Conc. coll. VI 580 s. (Sitzung 8. Octubre). Leo I ep. 80; 83; 88 ss; 94. Pius XI Lux Veritatis del 25 de diciembre de 1931, AAS 23, 1931 493 ss. Pius XII Sempitemus Rex del 8 de septiembre de 1951, AAS 43, 1951, 625 ss. Caspar, Papsttum 1504 ss. Steeger XL s. Goemans 257 ss, 262 ss. Dannenbauer, Entstehung I 282 s. Dallmayr 196. Hallamos una breve sinopsis sobre «el estado de la investigación» y una amplísima sinopsis de ocho páginas sobre todas las fuentes, de forma muy detallada, en Grillmeier, Rezeption 16 ss, 22 ss. Ortiz de Urbina, Das Symbol 397. Camelot, Ephesus 132 ss, 146 ss, 152 ss. Anders B. Kótting, Die abendiandischen Teilnehmer 7 ss. BihImeyer/TüchIe I 285. Schwaiger, Pápstiicher Primat 43 s. Schneemelcher, Aufsátze 365 ss. Aland, Von Jesús 274 s.

141. ACÓ II, 1, 1, 65 (Cit. por De Vries, Die Kollegialität 86) LThK 1. A. II 822. Koch/Siebengartner, Katholische Apologetik 134. Kirsch 567. Linden 47.

142. Leo I ep. 89, 93, 103 ad Episc. Galliarum. Caspar, Papsttum I 509. Scónmetzer II, 950 ss, especialmente 951. Kirsch 567 ss. Dallmayr 236 s. Respecto a Goemans, véase nota 140.

143. LeoLep.93s.

144. ACÓ II 1, 2, 93 ss. Comp. Schónmetzer, Usta cronol. 951 con indicación de fuentes. Wojtowytsch 336 ss.

145. Mansi. Conc. coll. VI 929, 931, 985. Leo I. ep. 102, 2. Hergenróther 471 s. Grisar, Geschichte Roms 315 s. Stein, Vom rómischen 462 s, 467. Caspar, Papsttum I 515. Ewig, Kónigsgedanken 11. Klinkenberg, Papsttum 84 s. Michel Kaisermacht 5. Seeberg, Dogmengeschichte II 263. Schónmetzer 950 ss. Dannenbauer, Entstehung I 284. Maier, Verwandiung 157. Goemans 261 s. Camelot, Ephesus 136 ss. Chadwick, Die Kirche 237 ss. Schwaiger, Pápstiicher Primat 45.

146. Leo I. ep. 104. ACÓ II, 4, 55. Hofmann, Kampf der Pápste 17 s. Kawerau, Alte Kirche 172.

147. LThK 1. A. III 625 s. De Vries, Syrisch-nestorianische Haltung 606. Ortiz de Urbina, Das Symbol 1391.

148. Hamack, Mission 175. Von Boehn 33. Haacke, Rom 63 s. Lietzmann, Geschichte III102.

149. Ortiz de Urbina, Das Symbol 410. Haacke.

150. Mansi Conc. coll VI 553 ss, 580 ss, 972 s. ACÓ II, 1, 2,69 ss, especialmente II, 1, 2, 81. Leo I ep. 94. Steeger XLI s. Caspar, Papsttum 1511 ss. Camelot, Ephesus 141 ss, 148 ss. Cramer/Bacht II 320. Dannenbauer, Entstehung I 283 s. Klinkenberg, Papsttum 85. Schuitze, Papstakklamationen 211 ss. Chadwick, Die Kirche 240. Schwaiger, Pápstiicher Primat 44 ss. Wojtowytsch 13, 336 ss.

151. Schwaiger, Pápsti. Primat 46 s.

152. Leo I. ep. 28 (Tomus ad Flavianum).

153. Hamack, Lehrbuch 379 ss. Seeberg, Dogmengeschichte (2. A.) 239 s. Acerca de ello véase Caspar, Papsttum 1478 ss.

154. Hieron. ep. ad Nepot. 52, 8.

155. Caspar, Papsttum 1512. Schónmetzer 951. Seeberg, Dogmengeschichte 259. Dallmayr 197. Schwaiger, Pápsti. Primat 46.

156. Caspar, Papsttum I 512 s, 514 s. Dallmayr 236 s. Seeberg, Dogmengeschichte 259 con indicación de fuentes. Comprobar también la nota siguiente.

157. ACÓ II 1, 1, 66 ss. De Vries, Syrisch-nestorianische Haltung 603. Bacht, Die Rolle 238 s. Seeberg, Dogmengeschichte 259, nota 4, 260. Camelot, Ephesus 94 s. 138, 147, 171 ss. Duchesne, Histoire ancienne II 394, citado por Camelot en 94 s.

158. Mansi Conc. coll. VII 49 ss. ACÓ II, 1, 2, 110 ss. Euagr. h.e. 2, 5 ss. Caspar, Papsttum I 516. Bacht, Die Rolle 255. Seeberg, Dogmengeschichte 260. Camelot, Ephesus 147.

159. Dólger, Byzanz 82 s.

160. ACÓ II, 1, 3, 88 ss; 1, 3, 99. Mansi Conc. coll VII 452. Leo I. ep. 104 ss, 115 ss. Stein, Vom rómischen 469 s. Steeger XLIII s. Schwartz, Der sechste nikánische Kanon 611 ss. Caspar, Papsttum I 518 ss, 527 ss. Martín, The Twenty-Eight Canon 433 ss, especialmente 451 ss. Hofmann, Kampf der Pápste 15 ss. Dallmayr 238. Camelot, Ephesus 182 ss. Mirbt/Aland núm. 456, pp. 216 s. Schwaiger, Pápstiicher Primat 29 s, 47 ss. Wojtowytsch 156 ss, especialmente 162, 339 ss.

161. Leo I. ep. 105, 3; 106,1 ss. Kallis 59. Wojtowytsch 167 ss, 343 s.

162. Grillmeier, Rezeption 128 ss.

163. Leo I. ep. 10, 9; 106

2. El papa León I (440-461)

1. Daniel-Rops, Frühmittelalter 131.
2. Gregorovius I 168.
3. Rahner, Leo 324.
4. Haller, Papsttum I 186. Cit. por Rahner en Leo 324 s.
5. Ehrhard, Die Griech. und die lateinische Kirche 334.
6. Ullmann, Gelasius I, 67.
7. Wetzer/WeIte VI 445. Altaner/Stuiber 357. Steeger VIII, XII. Jalland 33 ss.
8. Leo I. ep. 31,4; 119,4. serm. 1. Prosp. Epit. Chron. a. 440. Wetzer/WeIte VI

445. Steeger VII ss. Caspar, Papsttum 1423 ss. Jalland 33 ss. Klinkenberg, Papst Leo 134. Daniel-Rops, Frühmittelalter 130. Haller, Papsttum 1117 s.

9. Leo I. serm. 2 ss. ep. 10, 1 s; 55 ss; 65, 2. Caspar, Papsttum I 427 ss. Klinkenberg, Papst Leo 106, 17 s. Del mismo, Papsttum 43 ss, aunque sobreestime la importancia de León en p. 112. Gontard 131. Ullmann, Leo I. 25 ss. Del mismo, Gelasius 1,61,67 ss, 77 ss. Mirbt/Aland, Quellen núm. 441 s, pp. 206 ss. Haller, Papsttum 1119 s. Vogt, Der Niedergang Roms 488 s. Kühner, Imperium 48 s. Stemberger/Prager 2985 ss. Wojtowytsch 304 ss, 349 s.

10. Leo I. serm. 4,2 ss; 3,1 ss; 5, 1 ss. ep. ad episc. Anast. 14,1 s.

11. Leo I. serm. 1 s. Haendier, Abendiándische Kirche 68.

12. Leo L serm. 37,2 s.

13. Gennad. de vir. ill. c. 84. Altaner 311. Altaner/Stuiber 357. Steeger XLI ss, XLIV ss. Caspar, Papsttum I 462. Silva-Tarouca 386 ss, 547 ss. Haller, Papsttum I 118. Ullmann, Gelasius I, 61 s.

14. Leo I, ep. 4, serm. 5, 4. JE 2796 (MG ep. VI 473). Grisar, Geschichte Roms 309. Rahner, Leo 327. Diesner, Kirche und Staat 11. Haller Papsttum I 118 s. Langenfeid 23. Stemberger/Prager VIII 2987 s.

15. Leo I. ep. 1,1 ss; 6,1; 15; 65,1. Haller, Papsttum 1120 s. Wojtowytsch 310 ss. Stemberger/Prager 2987.

16. Zos. ep. 2 ss. Soz. h.e. 9, 15, 1. Prosper, Chron. a 412 MGA ant, 9, 465 s. August. ep. 175, 1. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 218. Caspar, Papsttum I 288. Langgartner 24, 33 ss. Wermelinger 68 s.

17. Prosper Chron. 412. Chron. Gall. 452. Pauly I 1292, IV 555. Haller, Papsttum 184 ss. Langgartner 26 ss, 61 ss, 188. Duchesne, Histoire 228 según Langgartner p. 33. Comprobar también Von Haehiing, Religionszugehórigkeit 469. Baus in Handbuch der Kirchengesch. II/l 269.

18. Zos. ep. 4 ss. Pauly IV 555 s. Caspar, Papsttum 1288. Haller, Papsttum 185. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 269 s. Ullmann, Gelasius I, 34 ss, especialmente 44 ss.

19. Leo I. ep. 10. JK 407. Rever. Vita Hilar, c. 1 ss. LThK 1. A. V 24, 2. A. V 335. Pauly II 1146. Jalland 116 ss. Caspar, Papsttum I 439 ss. Haendier, Abendiándische Kirche 73 ss. Comprobar también nota siguiente.

20. JK 407. Nov. Valentín III. 17 (8. Juli 445). Vita Hilar 16 ss; 21 ss. Gennad. de vir. ill. c. 70. Leo I. ep. 10 s; 40; 66 LThK 2. A. V 335 s. Stein, Vom romischen 488 s. Comprobar 410 ss. Steeger XII s. Caspar, Papsttum 440 ss. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 336. Jalland 114 ss, 124 ss. Klinkenberg, Papsttum 47. Haller, Papsttum I 123 ss. Langgartner 61 ss, especialmente 67 ss, 74 ss. Vogt, Der Niedergang Roms 489. Prinz, Stadtherrschaft 15 s. Heinzelmann, Bischofsherrschaft 78 ss. Chadwick, Die Kirche 284 s. Wojtowytsch 315 ss.

21. JK 470 (ACÓ II, 4, 102). JK 509 (ACÓ II, 4, 88). Ullmann, Gelasius I, 66, 78 ss.

22. Grisar, Geschichte Roms 315. Schnürer, Kirche I 93. Klinkenberg, Papsttum 47 s.

23. Ullmann, Gelasius I, 84 ss. Comprobar también la nota siguiente.

24. Leo I. ep. 104 s, 156, 162, 3; 165, 1. Caspar, Papsttum I 553 s, 560 s. Ehrhard, Die griech. und die lateinische Kirche 334 ss. Voigt, Staat und Kirche 77 ss. Stockmeier, Leo I. 76 ss, 130 ss, 138 ss. Michel, Kaisermacht 5. Ullmann, Gelasius **I,** 84 ss.

25. Cit. según Grillmeier, Rezeptíon 232.

26. Leo I. ep. 45, 2; 69, 2; 82, 1; 90, 2; 140. Ullmann, Gelasius I, 77 ss.

27. Aponius, Expl. in cant. cantic. PL supptetffi. 1, 1958,799 As. AltaneiTSttíilwr 457. Grillmeier, Rezeption 162 s.

28. Grillmeier ibíd. 159 s, 164 ss.

29. Leo I. serm. 9, 1;16, 3;28, 4;28, 6;30, 3; 30,5; 36, 2; 72, 4; 82, 2;91, 2.

30. Ibíd. 40, 2; 44, 2; 72, 3; 72, 5; 87, 1; 90,1; **90,4.**

31. Ibíd. 74, 5; 95, 8.

32. Ibíd. 30, 5;69,5;77,6;79,2;96,1;96,3.

33. Ibíd. 96, 1; ep. 93; 120,4; 162,1 s; 164.

34. Leo I. ep. 44. Soz. 9, 16, 2. Chron. min. 1, 303; 1, 489. LThK 1. A. I 961 s, IV 265 s, X 481. Pauly IV 876 s. Stockmeier, Leo I. 68 con referencia a ep. 90; 125. Camelot, Ephesus 212. Gregorovius 1,1, 90.

35. Stein, Vom romischen 487 s. Caspar, Papsttum 1555. Seeberg, Dogmengeschichte II 262 s. Haller, Papsttum 1122 s.

36. Leo I. ep. 3 s; 6 ss; 12; 18; 24; 28. serm. 16, 3 s; 28,6; 34,4; 75,4; 77,6; 82, 2; 91, 3; 96,1 ss. Caspar, Papsttum 1431 ss. Rahner, Leo 1327. Stockmeier, Leo I. 6, 11,37. Camelot, Ephesus 211.

37. Leo I. ep. 15; 60; 113; 118 s. Voigt, Staat und Kirche 76 s. Ehrhard, Die griech. und die lateinische Kirche 336. Stratmann IV 18 s, 23. Stockmeier, Leo 1.43 ss, 75,79 ss, 93 ss; III ss. Ullmann, Gelasius I, 80 s. Grillmeier, Rezeption 168 ss.

38. Leo I. ep. 5 s; 13 s; 117. Stockmeier, Leo I. 9 s. Ullmann, Gelasius **I,** 104 ss. Wojtowytsch 313 ss.

39. Leo I. ep. 155.

40. Ibíd. 156.

41. Ibíd. 1, 74; 104. Leo I 242. Stratmann IV 91. Sobre Leo y África véase Jalland 105 ss.

42. Pelag. ep. 3, 82, 30 ss. Valentín. III. PL 54,638 A. Rahner, Leo I 325. Comprobar 337, donde él parlotea acerca «del bello medio de esta moderación» y también Fuchs, Handbuch 90. Comp. «Un papa viaja al lugar del crimen» en Deschner, Opus Diaboli, Ed. Yaide, Zaragoza.

43. Prosper. Epit. Chron. a. 439. Leo I. ep. 134, 2.

44. Leo I. ep. 1, 1 s. JK 398 ep. 2. JK 399. Steeger XIV s. Caspar, Papsttum I 431 s. Jalland, 98 ss, 172 ss. Wojtowytsch 311.

45. Leo I. serm. 16, 4; 24, 5; 76, 6. Comprobar también notas 48 y 50.

46. Cod. Theod. 16, 5. Cod. lust. 1, 5. August. de mor. ecci. cath. et de mor. manich. PL 32,1309 ss. C. ep. Manich. PL 42,173 ss. Para los restantes escritos antimaniqueos de Agustín, v. Altaner/Stuiber 427. Dtv Lex. Antike, Religión II 76 ss. Andresen/DenzIer 383. Con más detalles Jalland 56 ss. Caspar, Papsttum 1432 ss.

47. Leo I. ep. 7, 1; 15, 16. serm. 16, 3 s; 22, 6; 24, 5; 34,4; 42,4 y también Prosper, Chron. ad a. 443 (MG auct. ant. 9,479). Dtv Lex. Antike, Philos. IV 43 s. Grisar, Geschichte Roms 309 s. Steeger XVII ss. Caspar, Papsttum I 432 ss. Jalland 43 ss. Stratmann IV 19. Kawerau, Alte Kirche 51. Brown, The Diffusion 92 ss. Prinz, Stadtherrschaft 15 s. Gregorovius I, 1, 90. Ullmann, Gelasius I, 62 s. Grillmeier, Rezeption 204.

48. Leo I. serm. 9, 4; 16, 6; 34, 5.

49. Ibíd. 12, 3; 39, 5; 42, 6;43,4;49,5;50,3.

50. Ibíd. 22, 6; 24, 4 ss; 34,4 s; 76, 6 ss.

51. Ibíd. 16, 5; 24,4; 24,6. Comprobar también nota 50.

52. Ibíd. 16,4. Sobre la difamación de la mujer por parte de los padres de la Iglesia, véase también Deschner, Das Kreuz 205 ss.

53. JK 405. PL 54, 622 B (Decret. Valent. III). Leo I. ep. 7,1. Con todo detalle:

ep. 8. Steeger XVIII. Caspar, Papsttum I 435. Ehrhard, Die griech. und die latein. Kirche 336. Stratmann IV 19. Rahner, Leo I 334 s. Haller, Papsttum 1122. Ullmann, Gelasius I, 63.

54. Leo I. serm. 39, 5; 45,4; 52,4; 86, 2.

55. Comprobar Caspar, Papsttum 1433 ss.

56. Jalland49.

57. Leo I. ep. 15. Comprobar Idac. Chron. c. 16; 130 (MG auct. ant. 11, 15, 24). El escrito mismo del obispo Toribius no se ha conservado. Steeger XXV s Jalland 152 ss.

58. Haendier, Abendiándische Kirche 72 s.

59. Leo I. ep. 15; 118. Grisar, Geschichte Roms 310. Lea 1241. Steeger XXV ss. Caspar, Papsttum I 433 s. 436 s. Voigt, Staat und Kirche 76 s. Stratmann IV 23. V. Schubert, Geschichte 1181 s. Jalland 152 ss. Baus en el Handbuch der Kirchengesch II7/140 ss.

60. Leo I.serm. 32, 3; 35, 2;54,6;59,1;61,5;68,2;69,4.

61. Ibíd.58, I s;59, I s;69,4.

62. Ibíd. 59, 2 s; 68, 3; 72, 2.

63. Ibíd. 54, 6.

64. Ibíd. 60, 2.

65. Ibíd. 29, 3; 32, 2 s; 35, 2; 54,6; 56,2; 58,4; 59,6; 60,2 s; 61,1 s; 61 5- 62 5; 65, 3; 67, 2; 68, 2 s; 69, 2 s; 70, 1 s; 76,4; 82,4.

66. Krámer-Badoni 27.

67. Leo I. ep. 35, 2; 60, 3; 62, 5. Comprobar al respecto Deschner, Agnostiker 115 ss, especialmente 146 ss.

68. Leo I. ep. 113, 1; Prosper, Epit. Chron. a. 452. Cassiod. Variae 1, 4. lordan. Get. 42. Paúl. Diacon. 14, 12. Kühner, Lexikon 30. Gregorovius I, 92 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 40. Steeger LV ss. Grisar, Geschichte Roms 319 s. Gessel 266^ Stein, Vom rómischen 499. Caspar, Papsttum I 556. Steinmann, Hieronimus 236 s. (Nota 11 en *La Guerra de los Monjes).* Schreiber 275 ss, especialmente 289. Haller, Entstehung 286. Mirbt/Aland 215. Altheim, Hunnen IV 332 s.

69. Comprobar al respecto Schreiber 274 ss.

70. Fuchs, Handbuch 90 ss. O. Berger en: Christiich-pádagogishe Blátter, según el texto de la solapa de la Editorial Kosel.

71. Schreiber 300 s.

72. Ibíd. 301 ss.

73. DeFerdinandy 187, 190, 197.

74. MG gesta poní. 1, 104. Prokop. Bell. vand. 1, 4 s. Prosper, Epit. Chron. a. 455. Pauly ffl 1113 s. Hartmann, Geschichte Italiens 141. Stein, Vom rómischen 540 ss. Caspar, Papsttum 1556. Bühier, Die Germanen, 413. Nota 94. Schmidt, Wandalen 78 ss. Dannenbauer, Entstehung I 221 s. Bury, History 325. Diesner, Der Untergane 61

75. Leo L serm. 84, 1.

76. Ibíd. 3, 3 s. Kühner, Lexikon 30. Donin II 437. Haller, Papsttum I 123 Gessel 267.

3. La guerra en las Iglesias y por las Iglesias hasta la época del emperador Justino (518)

1. Bosl41.
2. Kawerau, Alte Kirche 175.

3. Hamack, Lehrbuch 11 373. Bury, History I 402. Aland, Von Jesús bis Justi-**nian** 286. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 8

4. Haller, Papsttum I 147 s. Dannenbauer, Entstehung 1284 ss. Grillmeier, Rezeption 10

5. Dannenbauer, Entstehung I 285. De Vries, Die syrisch-nestorianische Haltung 610 ss. Handbuch der Kirchengesch. IV2, 5. Podskaisky, Nestorius 223

6. Dtv Lex. Antike, Religión II 99 s. Hunger, Byzantinische Geistesweit 100. Dallmayr 245 s.

7. LThK 1. A. Vffl 563 s, 2. A Vffl 900 s. Grillmeier/Bacht, Einleitung 1,421 ss, U 9 s. Graf, Chaikedon 176,0 ss.

8. Euagr. h.e. 2, 5 ss. Zacharias Mityl. 4,2. Liberal. Brev. 15. s. Theodor. Lect. 1. 8. Zacharias Rhet. h.e. 4, 10. Leo I. ep. 126 s; 129 s. Simplic. ep. ad Zenonem. Coll. Avell. 56. LThK. 1. A. VIII 509, 2. A. VIII 815 s. Kirsch 570 s. Klinkenberg, Papsttum 97. Dannenbauer, Entstehung I 284 s. Rubin 36. Seppeit, Der Aufstieg 205 s. Bacht, Die Rolle II 255 ss. Hofmann, Der Kampf der Pápste 1122 ss, 37 ss. Camelot, Ephesus 201. Haacke, Politik II 109 s. Maier, Verwandiung 159. Chadwick, Die Kirche 240. Grillmeier, Rezeption 120 ss. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 4.

9. Leo I. ep. 80, 3; 109 ad Julianum; 116 ss; 126 ad Marcian; 136; 139. Hieron. Vita Hilar. 25. Zacharias Rhet. h.e. 3, 3. ACÓ II 1, 3, 125; 1, 3, 131 s. Euagr. h.e. 2, 5. Sozom. h.e. 5, 15, 15. LThK 1. A. V 734, IX 504. Stein, Vom rómischen 521 s. Kirsch 570. Hofmann, Kampf der Pápste 18 ss. Caspar, Papsttum I 505, 531, 535 s, 538 s. Dannenbauer, Entstehung 1284. Seppeit, Der Aufstieg 204 s. Grillmeier/Bacht n, Einleitung 8. Comprobar con Bacht, Die Rolle II 258, 291 s. Honigmann, Juvenal 200 ss. Camelot, Ephesus 170 s, 200 s. Rubín, 36. Maier, Verwandiung 160. Tinnefeíd 324 s. Handbuch der Kirchengesch. II/l, 194, 247 s, 372,11/2, 5. Grillmeier, Rezeption 113 ss. Perrone 90.

10. ACÓ II, 1, 3, 119 ss. Leo I ep. 115, 1. Caspar, Papsttum I 531 s. Grillmeier/ Bacht, Einleitung I 421 ss, II 9 s. Camelot, Ephesus 153. Tinnefeid 325. Grillmeier, Rezeption 125 ss.

11. Cod. lust. 1, 11,7; Cod. Theod. 16, 10, 19.

12. Leo. ep. 102, ACÓ II, 4, 53 s.

13. Leo I. ep. 109; 111; 113; 117 s; 125. Seppeit, Der Aufstieg 203 s.

14. Leo I. ep. 134 ad Marcian.

15. ACÓ II 1, 3, 119 ss. Zacharias Rh. h.e. 3, 5. Leo I. ep. 116 ad Pulcher. ep. 117 s. ad Julián; ep. 126, 134, 142 ad Marcian. Caspar, Papsttum 1531 ss. Hofmann, Kampf der Pápste 18 ss. Bacht, Die Rolle II 247 ss. Grillmeier, Rezeption 168 ss. Perrone 89 ss.

16. Leo I. ep. 84. lord. Get. 45. Prokop, Bell. vand. 1,5,7; 1,6, 3. Zacharias, Rh. h.e. 4, 7. Zonar. 13, 25, 33 s. Dtv, Lex. Antike, Geschichte I, 152, II 244 s. Pauly III 561 s. Stein, Vom rómischen 523 ss, 529 ss. Caspar, Papsttum I 547. Dannenbauer, Entstehung I 286 s. Grillmeier, Rezeption 131 s. Von Haehiing, Religionszugehórigkeit 275 s. Demandt RE Suppl. XII 779, cit. según Haehiing ibíd.

17. Leo I. ep. 146, ACÓ II, 4, 97. ep. 162, ACÓ II, 4, 106 s. ep. 164. ACÓ II, 4, 110 s. Seppeit, Der Aufstieg, 207.

18. Leo I. ep. 115; 144 ad Julián. 145 ad León. imp. 146 ad Anatol. 155 ad Anatol. 156 ad León. imp. 157 ad Anatol. 162 ad León. imp. 164 s. ad León. imp. 169 s. Caspar, Papsttum I 554. Hofmann, Kampf der Pápste II 24 ss. Seppeit, Der Aufstieg 206 ss. Haller, Papsttum 1148 s. Stockmeier, Leo 108 ss. Grillmeier, Rezeption 132 ss.

19. Leo I ep. 156, PL 54, 1127 ss.

20. Hofmann, Kampf der Pápste II 14 s.

21. Caspar, Pat>sttum 1531 ss. Dannenbauer, Entstehung 1285 s. 324 s. Dawson 139. Mango 107. Nersenian 76. Maier, Verwandiung 159 s. Chadwick, Die Kirche 240 ss.

22. Leo I. ep. 126.

23. Wetzer/WeIte V 187. Stein, Vom romischen 525. Schwartz, Schisma 173. Caspar, Papsttum 542 ss, 548 ss, 554. Haller, Papsttum I 162. Seppeit, Der Aufstieg 205 ss. Haendier, Abendiándische Kirche 75. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,4 ss. Grillmeier, 131 ss. Tinnefeid 326.

24. **Leol.ep.** 171 ss.

25. Véase al respecto distintos pasajes del cap. 5 y los pertinentes pasajes del 4. Véanse también Caspar, Papsttum 1555 ss. Haller, Papsttum 1150 s.

26. Lib. poní. Vita Hilar. (Ed. Duchesne 242 s; ed. Mommsen 107 s). JK 552; 664, 11. Gregorovius I, 1, 110 s. Caspar, Papsttum I, 483 ss, II 10 ss. Hofmann, Kampfder Papste II 35. Fuhrmann, Propagandaschrift 1 ss. Ullmann, Gelasius 1,109 s.

27. Prokop. Bell. vand. 1,6. Marcell, com. ad a. 468. Kandidos, frag. 2 (FHG IV 137; HGM 1445). Pauly III 561 s. Dtv Lex. Antike, Geschichte I 114. Stein, Vom romischen 530 ss, 573 ss. Cartellieri I 38 s. Karayannopulos, Finanzwesen 3. Dannenbauer, Entstehung I 294 s. Haacke, Politik II 112. Las fuentes hacen evaluaciones distintas de las sumas invertidas en la flota de Basiliskos. Una fuente, p. ej., menciona 47.000 libras de oro; otra 17 libras de oro y 700.000 de plata. Comprobar también cap.4,nota 96.

28. Pauly I 355, 371 con indicación de fuentes. Dtv Lex. Antike, Geschichte I, 114, III 123. Gregorovius I, 1, 112 ss. Haller, Papsttum I 153. Dannenbauer, Entstehung 1291 ss. Comprobar también nota 50.

29. Anón. Vales. 41 ss. Marcell. com. ad a. 476. Malalas 16, 385. Zach. Myth. Chron. 5, 9. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 307. Pauly III 561 ss. Schwartz, Schisma 181 ss, 189 s, 216. Hofmann, Kampf der Papste II 35 ss. Bury, History I 389 ss. Stein, Vom romischen 536 ss. Dannenbauer, Entstehung I 287 ss. Haller, Papsttum I 162 s. Maier, Verwandiung 121. Harrison 27 s. Clauss 161 ss. Ullmann, Gelasius I, 117 ss.

30. Caspar, Papsttum II 14 ss. Haller^ Papsttum 1162 s. Camelot, Ephesus 202 s. Dannenbauer, Entstehung I 314. Frend, The Rise 169 ss.

31. Theodor. Lect. h.e. 1, 20 ss. Euagr. h.e. 1,13. Simplic. ep. ad Acacium, Coll. Avell. 69. Kraft, Kirchenváter Lexikon 419. Schwartz, Schisma, 191 ss. Kirsch 634 s. Caspar, Papsttum II 15, 20. Hofmann, Kampf der Papste II 36. Bacht, Die Rolle 260 s. Camelot, Ephesus 201 ss. Tinneféld 236. Handbuch der Kirchengesch. n/2,7.

32. Van der Meer, Alte Kirche I 8.

33. Coll. Avell. 56, CSEL 35, 124 ss.

34. Liberatus, Breviar. 16 s. Zachar. Rh. h.e. 5, 2; 5, 5. JK 586 (Avell. núm. 69). JK 592. Theodor lect. h.e. 1, 32 s. Cod. lust. 1, 2, 16. Simplic. ep. 3 ad Zenonem. Coll. Avell. 56; 60. Euagr. Hist. ecci. 3, 4 ss. Cassiod. divin. et s. instit. litt. 11. JK 573. Coll. Avell. 56. LThK 2. A. III 155 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 420. Hartmann, Geschichte Italiens I 137 ss. Stein, Vom romischen 537 s. Kirsch 631 s, 634. Caspar, Papsttum I 552 s, II 15 ss, 17 s, 28, 41. (Como fecha de la muerte de Acacio se indica aquí el 26 de noviembre de 488. Con todo, algunas de las obras clave para el tiempo en que rigió este patriarca indican distintas fechas del mismo.) Schwartz, Schisma 189 ss. Haacke, Rom 67 s. Del mismo Politik II 112 ss. Bury, History I 391, 403 s. Hofmann, Kampfder Papste II 36 ss. Seppeit Der Aufstieg 213 ss. Bacht, Die Rolle 262 s, 264 ss. Kótting, Das Wirken 187 ss. Haller, Papsttum I 162 s. Rahner, Kirche und Staat 222 s. Camelot, Ephesus 202 s?. Frend, The Rise 169 ss. Tinneféld,

327. Perrone 116 ss, 133, 136 s. Ullmann, Gelasius I, 116 ss, especialmente 123. Grillmeier, Rezeption 267 ss, 274 ss, 287 s.

35. Euagrios h.e. 3,14; lat. bei Liberat. Breviar. 17; syr. bei Zachar. Rh. h.e. 5, 8. Dort auch zuerst der Ñame «Henotikon». Hauck, Theologisches Wórterbuch 66. Pauly V 1498. Dtv Lexikon VIII 267. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 307. Kraft, Kirchenváter Lexikon 420. Hergenróther 1462. Hartmann, Geschichte Italiens 1138 s. Schwartz, Codex Vaticanus 52 ss. Neuausgabe der lat. Übersetzung auf Grund neuen handschrifti. Materials 54 ss. Bardenhewer, Geschichte IV 82. Kirsch 634 s. Caspar, Papsttum II 22. Haacke, Rom 68 ss. Haller, Papsttum I 161 ss. Ders. Politik 11 120 ss. Bacht, Die Rolle II 266. Dannenbauer, Entstehung I 314. Bury, History I 402 ss. Camelot, Ephesus 203 s. Chadwich, Die Kirche 240 s. Tinneféld 327. Frend, The Rise 174 ss. Gray 28 ss. Ullmann, Gelasius I, 138, 150 ss. Grillmeier, Rezeption 285 ss.

36. Euagrius h.e. 3, 30. Pierer XI 400. Kraft, Kirchenváter Lexikon 218. Bardenhewer III 238. Kirsch 635. Bury, History 1403. Chadwick, Die Kirche 241. Winkelmann, Kirchengeschichtswerk 178 ss. Grillmeier, Rezeption 290 ss.

37. Caspar, Papsttum II 22 s, 35. Dannenbauer, Entstehung I 315. Ullmann, Gelasius 1,450 ss.

38. Simplic. ep. ad Acacium, JK 577; 580. Coll. Avell. 63; 68; 95. Caspar, Papsttum II 14 ss, 36 s. Hofmann, Kampf der Papste II 38 ss. Ullmann, Gelasius I 123 s.

39. Euagr. h.e. 3, 10. Simplic. ep. ad Zenon. ep. ad Acacium. Coll. Avell. 66 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 137. Caspar, Papsttum II 20 ss. Schwartz, Schisma 195 ss. Bury, History I 403 s. Haacke, Politik II 118 ss. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2,6 ss. Ullmann, Gelasius 1128 ss.

40. Beck, Handbuch der Kirchengeschichte 11/2,7 s.

41. Zachar. Rh. h.e. 5, 5. Liberat. Brev. 16 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 420. Hartmann, Geschichte Italiens I 138. Kirsch 634. Camelot, Ephesus 204. Seppeit. Der Aufstieg 214 ss. Bacht, Die Rolle II 264 ss. Bury, History 1403 s. Perrone 133, 136 ss.

42. Euagr. h.e. 3, 15. Hartmann, Geschichte Italiens I 137 s. Kirsch 635 s. Schwartz, Schisma 195 ss. Allí se indican todas las fuentes. Bacht, Die Rolle I 264 ss. Bury, History 1410. Camelot, Ephesus 204. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2. 8 s. Grillmeier, Rezeption 292. Ullmann, Gelasius 1,130 s, 135 s.

43. Gregor I. dial 4,17. Caspar, Papsttum II 25 ss. Ullmann, Gelasius 1,135, con indicación de fuentes. Comprobar también la nota siguiente.

44. JK 591 ss; 599 s; 603. Gelas. I, Testa de absol. Miseni, Coll. Avell. 103. Comprobar también Coll. Avell. 70. Euagr. h.e. 3, 18 ss. Félix III. ep. 1 ss. Liberat. Brev. c. 17. LThK 2. A. I 234 s; IV 68. Kühner, Lexikon 31. Hartmann, Geschichte Italiens 1139. Kirsch 635 s. Caspar, Papsttum II 16; 26 ss, 36, especialmente nota 3, 747. Hofmann, Kampf der Papste II 43 ss, 58 s. Bacht, Die Rolle II 269 ss. Haller, Papsttum 1165 s. Camelot, Ephesus 205. Tinneféld 327 s. Wes. 101 s. Ullmann, Gelasius I, 126, 133 ss, 141 ss.

45. Coll. Avell. 70. JK 601. Félix III. ep. 8 ad Zenon. Caspar, Papsttum II 32 s, 37 ss. Ziegler, Gelasius 1,427 s. Rahner, Kirchenfreiheit 211 ss. Hofmann, Kamp der Papste II 47 ss. Camelot, Ephesus 214. Chadwick, Die Kirche 241. Ulmann, Gelasius I, 145 ss, 153 ss. Antón, Selbstverstándnis 79 ss.

46. JK 601 cit. en Rahner, Kirche und Staat 253.

47. Caspar, Papsttum II 33 ss. Haller, Papsttum I 167 s. Dannenbauer, Entstehung I 316,404. Ullmann, Gelasius I, 145 ss, especialmente 149.

48. Euagr. 3.27. losua Stylit. 12 ss. Pauly II 1366. Schwartz, Schisma 193, 201. Caspar, Papsttum II 23. Rubin 40 s. Clauss, Magister Officiorum 42, 162 s.

49. Joh. Ant. fragm. 214, 2. Liberat. Brev. c. 17. Hartmann, Geschichte Italiens I 138. Schwartz, Schisma 195 ss. Caspar, Papsttum II 21 ss, 30 ss. Haller, Papsttum I 164 ss.

50. Coll. Avell. 95, 61; 100, 13. Sidon. Apoll. carmen. 2, 361 ss. Joh. Ant. fragm. 203; 207; 209; 214 a. Marcell. com. ad a. 461. lordan. Get. 45. Euagr. 2,16. Paúl. Diac.
15,3 ss. Anón. val. 7, 36. Pauly IV 63; 338. Dtv Lex. Antike, Geschichte 1114, II 273,
III 9, 21, 123. Hartmann, Geschichte Italiens I 42 ss, 51 ss. Stein, Vom rómischen 549 ss, 562 ss, 581 ss. Schmidt, Ostgermanen 308 ss, 317 ss. Enssiin, Zu den Grundia-
gen 381 ss. Bury, History 1323 ss, 410. Dannenbauer, Entstehung 1291 ss, 402. Maier,
Verwandiung 122 ss, 137, 140 ss. Stroheker, Germanentum 88 ss, especialmente 90. Bullough, Italien 158, 167. Meyer, Regierungsantritt 5 ss. Bund 175. Ullmann, Gelasius 1,108. Uno de los pocos emperadores occidentales del siglo v que no fue depuesto,
asesinado ni tampoco ambas cosas fue Olibrio, muerto en 472. Comprobar Clover 195.

51. Caspar, Papsttum 1560. Haller, Papsttum 1168 s. Rubin 39.

52. Joh. Ant. fragm. 210 s, 214. Malchus fragm. 11. Pauly V 685 ss. Dtv Lex. XIII 274. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 252 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 63 ss. Stein, Vom rómischen 527 s. Con más amplitud: Schmidt, Ostgermanen 278 ss.
Del mismo Die Bekehrung 316 ss, 323. Giesecke, Ostgermanen 117 s. Bury, History 1413 ss, 421. Vogt, Der Niedergang Roms 492 s. Enssiin, Theoderich 12 ss, 16 ss,
42 ss, 58 ss. Del mismo, Einbruch 119 ss. Capelle 352 ss. Bullough, Italien 167. Von Müller, Geschichte unter unseren Füssen 115 ss. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 28. Rothenhófer, Skiaverei 95. Maier, Verwandiung 138 s, 203.

53. Prokop, Bell. got. 1, 1 ss. Pauly V/685 mit weiteren Quellenhinweisen. Dannenbauer, Entstehung I 300 s.

54. Prokop. bell. got. 1, 1. Marcell. a. 476, 2. Anón. Vales. 11, 49. lordan. Get. 57, 290 ss. Pauly II 1366. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 21, 151 s. Wetzer/WeIte VII 703 ss. Gregorovius I, 1,115 s, 119 ss. Schwartz, Schisma 215. Schmidt, Ostgermanen 335 s. Dannenbauer, Entstehung 1298 ss. Rubin 41.

55. Anón. Val. 49 (MG Auct. ant. 9, 316). Anón. Vales. 53. Joh. Ant. fragm. 214 Marcell. com. (MG Auct. ant. 11, 93). Cassiod. var. 1, 1, 2. lord. Get. 57. Prokop. bell. got. 1, 1 ss. Ennod. paneg. Theodor. 6, 23 ss, 8, 36 ss. Agnellus. Lib. pont. ecci. Ravenn. (MG Spript. rer. lang. 303). Hartmann, Geschichte Italiens 172 ss, 187. Grisar, Geschichte Roms 449. Cartellieri I 43 s. Schmidt, Bekehrung 318 ss. Schmidt, Ostgermanen 287 ss, 297 ss. Giesecke, Ostgermanen 119. Capelle 339 ss. Enssiin, Theoderich 70 ss. Del mismo, Einbruch 119, 123 s. Haller, Papsttum I 169. Bury, History 1422 ss. Vogt, Der Niedergang Roms 493 s. Jones, The Constitutional Position
126 ss. Beck, Burgunderreich 451. Dannenbauer, Entstehung I 300 ss. Maier, Verwandiung 133, 138 s. Bullough, Italien 167 s. Nehisen 123 s. De Ferdinandy, Kaiser 20. Dumoulin 439 s. Haendier, Abendiándische Kirche 24. Bund 175 s.

56. Agnellus. lib. pont. ecci. Ravenn. (MG SS rer. Langob. et Italic. saec. VI-IX, 1878, 334 s, 356 s) Pfeilschifter 50 s. Schmidt, Ostgermanen 336. Enssiin, Theoderich 162 s, 373 con indicaciones de otras fuentes. De Ferdinandy, Kaiser 20.

57. Cass, var. 1, 24, 1. Salvian. de gub. dei 7, 10. Ennod 80. Vita Epiphan. 138 s. Schmidt, Bekehrung 279. Enssiin, Theoderich 193 ss. Haller, Papsttum I 155. Beck, Burgunderreich 447.

58. Cass. var. 1, 3. Caspar, Papsttum II 53 s. Haller, Entstehung, 289. Schmidt, Ostgermanen 296. Von Müller, Geschichte unter unseren Füssen 116. Rothenhófer, Skiaverei 96. Maier, Verwandiung 201.

59. JK 683; 735. Cass. var. 2, 27, 2; 4,43, 2. Anón. Vales. 12, 58 s. Gregorovius I, 1, 133 ss, 146 ss. Pfeilschifter 48 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 222. Caspar, Papsttum II 94 s. Schmidt, Bekehrung 297, 325 s. Schmidt, Ostgermanen 278, 334, 388. Enssiin, Theoderich 99 ss. Von Schubert, Geschichte I 28 s. Voigt, Staat und Kirche 114 ss, 170 ss, 187. Vogt, Der Niedergang Roms 496. Seiferth 74 s. Bosi 48. Maier, Verwandiung 203 s. Ullmann, Gelasius I, 224.

60. JK 622; 632; 650. Davidsohn 145. Caspar, Papsttum II 44 ss, especialmente 71 ss. Schmidt, Ostgermanen 378 s. Bullough, Italien 170. Ullmann, Gelasius **I,** 218 ss. Haendier, Abendiándische Kirche 90.

61. Theophan. Chron. 133. Euagr. h.e. 3, 23. JK 612 s. Dtv Lex. Antike, Geschichte 1110. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 11. Ullmann, Gelasius I, 156 ss.

62. Euagr. h.e. 3, 32 ss. John. Nikiu, Chron. 89. Wetzer/WeIte I 226. Pauly I 333, III 801 s. Schwartz, Schisma 216 ss. La obra conjunta de Grillmeier/Bacht data los años de patriarcado de Eufemio en la p. 51: 490/95, p. 944: 490/96. Pero no es ésa, ni muchos menos, la única diferencia al respecto. Haacke, Politik II 126 ss. Bacht, Die Rolle, II 278 s. Bury, History I 430 ss, 436 ss, 446. Rubín 44 ss. Haller, Papsttum 1170. Maier, Verwandiung 121 s, 160 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, II.Brown,Welten, 189.

63. Eustah. fragm. 6. Joh. Ant. fragm. 211, 4. Dtv Lex. Antike, Geschichte I 110 s. Schwartz, Schisma 216 s. Caspar, Papsttum II 44. Bury, History 1429 ss. Dannenbauer, Entstehung I 312, ss. Rubin 46. Haller, Papsttum 1169.

64. Euagr. h.e. 3, 32. Theodor. lect. h.e. 2, 6; 2, 9 ss. Joh. Nikiu, Chron. c. 89. Caspar, Papsttum 1143 ss. Bacht, Die Rolle II 275 ss. Haller, Papsttum 1169 s. Haacke, Politik 124 ss. Rubin 45 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, lis. Grillmeier, Rezeption 299 ss.

65. JK 632. Anón. Vales. Chron. Theodor. 11, 54 ss. LThK 2 A. IV 630. Altaner/Stuiber 462 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 139. Grisar, Geschichte Roms 456. Caspar, Papsttum II 44 ss. Hofmann, Kampfder Pápste II 51 ss. Ullmann, Machtstellung 36. Del mismo Gelasio 1162 ss. Haller, Papsttum 1170 ss. Acerca de la táctica de Gelasio para exculpar a Zenón a costa de su consejero Acacio (muerto en 489) véase p. ej., JK 611, 37; 622, 2 y otros. Dvomik, Byzanz 64 ss. Wes 67 ss. Capizzi, Anastasio 110 ss. Grillmeier, Rezeption 331.

66. JK 625. Ullmann, Gelasius I, 211 ss.

67. JK 669; 701. Ullmann, Gelasius 1234 ss, 249 ss.

68. JK 622 ss; 664; 701. Caspar, Papsttum 149 s, 61 s, 77 ss. Ullmann, Gelasius 1176 ss. De Vries, Petrusamt 52 s.

69. JK 622; 701. Gottiieb, Ost und West 22 s. Ullmann, Gelasius 1189 ss, 198 ss, 247 s.

70. Ambros, de dign. sacerd. 2. Caspar, Papsttum II 70 ss. Voigt, Staat und Kirche 94, sin los impedimentos allí usuales.

71. Gelasius ep. 1; 26 y otras. Caspar, Papsttum I 206, II 23, 60 ss. Ullmann, Machtstellung 41 s. Del mismo Gelasius 1,184 ss.

72. Caspar, Papsttum I, 136, II 63 s. Ullmann, Gelasius I, 186 ss, 212 ss.

73. JK, 595; 632 c. 2; 664 c. 5. Gelasius I. ep. 12 ad Anast. imp. Comprobar también Félix III. ep. 8, 5. Kühner, Lexikon 31. Schnürer, Kirche I 319. Grisar, Geschichte Roms 456. Caspar, Papsttum II 61 ss. Rahner, Kirchenfreiheit 215 ss. Del mismo Kirche und Staat 254 ss, 262 ss. Comprobar Dvomik, Pope Gelasius III ss. Ullmann, Machtstellung 22 ss. Del mismo Gelasius 1,178 ss, 189 ss. Mirbt/Aland, Quellen núm. 462 s, pp. 222 ss. Voigt, Staat und Kirche 98 ss. Antón, Fürstenspiegel 130. Volz 9. Schieffer, Der Papst 304. Duchrow 328. Tódt 38. Grillmeier, Rezeption 344 ss.

74. Ca'spar, Papsttum 1152,73 ss. Comprobar Haendier, Abendiándische Kirche 90 s. Véase también la nota siguiente.

75. Caspar, Papsttum II 61 ss, 73. Hofmann, Kampf dér Pápste II 52 ss, 65. Haller, Papsttum I 171 ss. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 12, 196. Haendier, Abendiándische Kirche 91.

76. JK 622 s; 664. Caspar, Papsttum II 46 ss, 60 s. Ullmann, Gelasius I 172 ss, 178 ss.

77. JK 620; 664; 669. Gelasius, brev, hist. Eutych. (Avellana 440 ss). Caspar, Papsttum n 44 ss, 56. Ullmann, Gelasius 1,164 ss, 245 s. Comprobar nota 78.

78. JK 625 (Avell. 98). Gelasius I. ep. 3; 11; 18 ad episc. Dardan. ep. 15 ad epp. Orient. de Acacio, ep. ad Faustum mag. Altaner 413 s. Altaner/Stuiber 462. Pfeilschifter 52. Hartmann, Geschichte Italiens 1175. Grisar, Geschichte Roms 455 s. Von Schubert, Geschichte I 83. Caspar, Papsttum II 76 s. Enssiin, Theoderich 104 ss. Dannenbauer, Entstehung I 357. Ullmann, Gelasius I 245 ss, 255 s. Grillmeier, Rezeption 333 ss. Comprobar también nota 77.

79. JK 612; 622; 665. Caspar, Papsttum II 50, 57.

80. La documentación de las fuentes relativas a Pío IX en Deschner, Heilsgeschichte 124, 542.

81. Plut. Quaest. Rom. 68. JK 627. LThK 2. A. VII 65 s, especialmente 67. Dtv Lex. Antike, Religión II 69. Kühner, Lexikon 31 s. Gregorovius I 123 s. Micheis, Kirsopp 35 ss. Ullmann, Gelasius I 252 ss. G. Pomares, Gélase I 1960, 144, cit. en Ullmann, Ibíd.

82. Gelas. ep. 26. Cassiod. var. 1, 26. Ritter, Arianismus 692 ss. Pfeilschifter 48. Enssiin, Theoderich 78 ss, especialmente 104 s. Gottiieb, Ost und West 23. Nelson 145 ss. Hofmann, Kampf der Pápste II 51 nota 128. Ullmann, Gelasius 1,218 ss. Pengo 43 ss. Comprobar también Deschner, Aphorismen 84.

83. Anastas. II ep. ad Anastas. imp. Lib. Pont. (Duchesne) 1, 258. Thiel I 616. LThK 2. A. I 493. Caspar, Papsttum II 82 ss, 130 ss. Seppelt/Schwaiger 48. Haller, Papsttum 1173 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,12 ss.

84. Ennod. ep. 77; 283; 300 (MG Auct. ant. VII 83, 223, 229). Anón. Vales. 12, 65. Dtv Lex. Antike, Philosophie 1140 s. Gregorovius 1124 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 140 ss, 187 ss. Grisar, Geschichte Roms 460 s. Schwartz, Schisma 230 ss. Caspar, Papsttum II 82 ss, 87 s. Haller, Papsttum I 153 s, 174 s, 178. Hofmann, Kampf der Pápste II 66 ss.

85. Kühner, Lexikon 34. Dresdner 37 mit. bez. aufClycerii imp. edict. c. ord. Simón. und Cassiod. var. 9, 15. Meier-WeIcker 63 s. Haller, Papsttum 1162, 178.

86. Gregorovius I 252. Hartmann, Geschichte Italiens I 143. Grisar, Geschichte Roms 460 ss. Giesecke, Ostgermanen 120. Seppelt/Schwaiger 49. Haller, Papsttum I 174 s. Hofmann, Kampf der Pápste II 70. Grillmeier, Rezeption 349 ss.

87. MG. Auct. ant. XII 402. Anón Vales. 65. Ennod. Libell. 29. Fragm. Laurentian. (ed. Duchesne) 44 s. Vita Symmachi (ed. Duchesne) 260. Hartmann, Geschichte Italiens 1144 s. Schwartz, Schisma 232. Caspar, Papsttum II 88 ss. Enssiin, Theoderich 117 ss. Giesecke, Ostgermanen 120. Gontard 137. Haller, Papsttum 1175.

88. Tac. hist. 2, 93. Theoderich, Praecept. Regís III Acta 1, 419. JK 755. Acta Synod. a. 501 (ed. Mommsen) en: MG Auct. ant. XII 416 ss, especialmente 426. Gregoro '-ius I, 1, 148 s. Erbes 133. Hartmann, Geschichte Italiens I 145 ss. Grisar, Geschichte Roms 471 ss. Schwartz, Schisma 232 s. Caspar, Papsttum II 91 ss, 129. Giesecke, Ostgermanen 120 s. V. Schubert, Geschichte I 52 s. Enssiin, Theoderich 119 ss. Haller, Papsttum I 175 s. Gontard 137. Wes, 101. Haendier, Abendiándische Kirche 92.

89. Ennod. Libell. passim. Lib. Pont. Vita Symm. (ed. Duchesne) 260 s. Fragm. Laur. 45 s. Gregorovius I, 1 125 ss, 148 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 148 ss, 189. Grisar, Geschichte Roms 474 ss. Schwartz, Schisma, 233 ss. Caspar, Papsttum II 111 ss, 114, 117. Giesecke, Ostgermanen 120 s. Von Schubert, Geschichte I 53. Enssiin, Theoderich, 127 s. Seppelt/Schwaiger 49 s. Gontard 138. Haller, Papsttum I 153 s, 176 ss.

90. P. Coustant, Epist. Román, pont. 11721, Append. 38 ss. (Contiene las falsificaciones de Summ.). Speyer, Fálschung, literarische 264. Ders Die literarische Fálschung 198. Haendier, Abendiándische Kirche 92 s.

91. LThK 2 A. IX 1218 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 200 ss. Schnürer, Kirche I 319. Caspar, Papsttum II 107 ss. Enssiin, Theoderich 127. Speyer, Fálschung, literarische 298.

92. Caspar, Papsttum II 108. Enssiin, Theoderich 127.

93. Lib. pont. (ed. Duchesne) II 7. Berthold. Ann. ad a. 1076 (MG SS V 282). LThK 2. A. IX 1218 s. Grisar, Geschichte Roms 718. Von Schubert, Geschichte 153. Caspar, Papsttum II 110. Anm. 3. Speyer, Die literarische Fálschung 298.

94. Avit. Vienn. ep. 34. Grisar, Geschichte Roms 474 ss. Caspar, Papsttum U 104. Gontard 137 s. Seppelt/Schwaiger 49. Haendier, Abendiándische Kirche 92 s.

95. Seppeit LThK 1. A. VI 551. Andressen/DenzIer 448 s. Hartmann, Geschichte, Italiens 1201 s. Grisar, Geschichte Roms 727 ss. Von Schubert, Geschichte I 54. Caspar, Papsttum II 315 ss. Krüger, Rechtsstellung 223. Brackmann, Gesammel**te** Aufsátze 383 ss.

96. Marcell. com. ad a. 505. Ennod. paneg. 12. lordan. Get. 48. Hartmann, Gegchichte Italiens 1151 ss. Caspar, Papsttum II, 115 ss. También p. 122 con el título de este apartado. Enssiin, Theoderich 132 ss.

97. Symmach. apol. adv. Anast. imp. Von Schubert, Geschicte I 55. Rahner, Kirchenfreheit 221 ss. Hoffmann, Kampf der Pápste II 70 ss.

98. JK 761. Hartmann, Geschichte Italiens I 150 s. Caspar, Papsttum II 118 ss.

99. Euagr. h.e. 3, 32; 3, 44. Theod. lect. h.e. 2, 28. Zachar. Rhet. h.e. 7, 8. Coll. Avell. 104. Kirsch 639 s. Haacke, Politik 11 130 ss. Hoffmann, Kampf der Pápste n 73. Bacht, Die Rolle, II 283 s. Grillmeier/Bacht II 279. Tinnefeid 186 ss. Cita de la nota 569. Grillmeier, Rezeption 296.

100. Euagr. 4, 10. Macell. com. ad 512 (MG Auct. ant. 11, 97 s). Vict. Tonn. (MG Auct. ant. 11, 195). Coll. Avell. 163 s, 174, 179, 198. Haacke, Politik II 130 ss;
Bacht, Die Rolle II 283. Dannenbauer, Entstehung I 317 s. Bury, History I 436 ss. Rubín 53. Maier, Verwandiung 160 s.

101. Caspar, Papsttum II 130. Dannenbauer, Entstehung 1317 s. Rubin 50 ss, **69.**

102. Theof. 1, 165, 24. Chron. Pasch. 1, 611, 19. Malalas, 410, 9. Const. Porph. de caerimon. 426 ss. Coll. Avell. 116,7 s, 20. Marcell. (Auct. ant. 11, 97 s). Anastas. imp. ep. ad Hormisd. Coll. Avell. 109. Hormisda. ep. 9 ad Caesar Arel. J. W. 777:
Thiel I 758 ss. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 295. Hartmann, Geschichte Italiens I 210 ss. Schwartz, Schisma 249 ss. Enssiin, Theoderich 304 ss, 309 ss. Vasiliev, 109. Hofmann, Kampf der Pápste II 73 ss. Haacke, Politik II 134 ss. Dannenbauer I 317 s. Bury, Hisrory I 447 ss. Bacht, Die Rolle II 286. Rubin 50 ss, 69. Haller, Papsttum I 181 s. Brooks, The Eastem 485 s. Capizzi, Papa Ormisda 23 ss, especialmente 34 ss. Grillmeier, Rezeption 351 ss.

103. Haacke, Politik II 136 s. Bacht, Die Rolle II 285 ss. Grillmeier, Rezeption 297.

104. Lib. Pont. (ed. Duchesne) 100 JK 792 (Coll. Avell. 130). Comprobar también JK 793 ss. (Avell. 131 ss). Hartmann, Geschichte Italiens I 213 s. Schwartz,

Schisma 253 ss. Gaspar, Papsttum II 144 ss. Haller, Papsttum 181 ss. Rahner, Kirche und Staat 281. Wes 103 s. Capizzi, papa Ormisda 40 ss.

105. Caspar, Papsttum II 147.

106. Coll. Avell. 139 s. Bacht, Die Rolle II 288 s.

107. Euagr. h.e. 4, 1 ss. Caspar, Papsttum II 148 s. Komemann, Weltgeschichte II 407. Vasiliev 68 ss. Según el jesuíta Grisar, *Historia de Roma* 478, Justino conocía la necesidad y «el imperioso deseo del pueblo de unidad eclesiástica y no quería oponerse al mismo». Según Haacke, Anastasio murió en la noche del 9 al 10 de julio. Comprobar también las interesantes y totalmente plausibles especulaciones de Rubín acerca de la cuestión sucesoria: pp. 53 ss.

4. Justiniano I (527-565). Un teólogo en el trono imperial

1. Handbuch der Kirchengesch. 11/2 19.

2. Liber. adv. Originem, Praefatio (MG 86,1,945). Mansi IX 488 und Nov. 78 c.4,1.

3. Prokop. hist. arcan. 6. Cit. por Rubin 210.

4. Rubin 73, 142.

5. Mango 84.

6. Euagr. 4, 2. Prokop. hist. arcan. 6, 1 ss. bell. pers. I, 8, 3; 2, 15, 7. Const. Porph. de caerimon. 1, 93. Marcell. com. 519 (Chron. min. 2, 101). Pauly III 19, 21 s. Dtv Lex. Antike, Geschichte 11 171. Grisar, Geschichte Roms 690. Diehí 1. Caspar, Papsttum VII 148 s. Thiess 439 s. Vasiliev 43 ss, 66 ss, 85. Bacht, Die Rolle U 193 ss. Bury, History II 16 ss. Rubin 52 ss, 64 ss, 67 ss, 73, 125. Jones, Román Empire 1267. Grillmeier, Rezeption 359 s, 365.

7. Rubin 58, 68 con indicación de fuentes.

8. Coll. Avell. 141, 147. Caspar, Papsttum II, 148 ss. Vasiliev 103 ss. Rubin 56, 60,68. Grillmeier, Rezeption 359 ss.

9. Avellana 141. Caspar, Papsttum II 149 s. Enssiin, Theoderich 305 s.

10. Justinian. ep. 72, 3. Coll. Avell. 232. A. Enssiin, Gottkaiser 91. Vasiliev 76; Haacke, Politik II 148. Rubin 57 ss, 125. Tinnefeid 192.

11. JK 806 (Avell. 149). Caspar, Papsttum II 154. Bacht, Die Rolle II 289. Rubin 73 s.

12. Prokop. hist. arcan. 11, 16. Hormisda ep. 41 s. Coll. Avell. 141. RAC IV 575. Kirsch 642 s. Vasiliev 213, 221 ss. Grillmeier, Rezeption 365. Rubin 68, 73. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,17. Tinnefeid 86 s.

13. Liberal. Brev. 23. Rusticus diac., C. Acephalos disput. PL 67, 1251 D. Prokop. hist. arcan. 10, 7. Malalas 410, 9. Theoph. 1, 165. Euagr. 4, 2. Sever. ant. ep. **1,** 24. Altaner 416. Altaner/Stuiber 349 s. Kirsch 643. Caspar II 148 s. Vasiliev 135 ss, 226 ss. Haacke, Politik II 152. Bury, History II 20 s. Bacht, Die Rolle II 289 ss. Haller, Papsttum 1184. Rubin 68 ss. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 16 s. Grillmeier, Rezeption 360 ss.

14. Euagr. 4, 4. Coll. Avell. 2, 41 s. LThK 1. A. IX 508 s, 2. A. IX 702 ss. Caspar, Papsttum II 149. Enssiin, Theoderich 308. Vasiliev 235 s. Haacke, Politik II 148. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 18. Brock 87 ss. Speigí 264 ss.

15. Vasiliev 236 s.

16. Ibíd. 211. Cit. en Haacke, Politik II 145.

17. Coll. Avell. 149; 160 ss, especialmente 167; 213; 223. Hartmann, Geschichte Italiens 1215 s. Caspar, Papsttum II 153 s. Enssiin, Theoderich 294, 307. Vasiliev

168 ss. Haller, Papsttum I 185. Rubin 72. Haacke, Politik U 144 ss. Grillmeier, Rezeption 365.

18. Coll. Avell. 159, 167. Comprobar también Coll. Avell. 160 ss, 168 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 216. Caspar, Papsttum II 157. Haller, Papsttum I 186. Rahner, Kirche und Staat 281 s.

19. Coll. Avell. 186, 208 s, 225 ss. Caspar, Papsttum II 165 ss. Enssiin, Theoderich 308. Rubín 72. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 16 ss, 202. Grillmeier, Rezeption 365 ss.

20. Coll. Avell. 140 (CSEL 35, 572).

21. Theoph. Chron. PG 408, 384 A. Zachar. Rhet. h.e. 8, 2. Caspar, Papsttum n 149. Vasiliev 108 ss, 121. Haacke, Politik II 143. Bacht, Die Rolle II 239, 291. Dannenbauer, Entstehung 1218 s. Rubin 69 s.

22. Justin. ep. ad Hormisdam, Coll. Avell. 232. Comp. Coll. Avell. 238. Caspar, Papsttum II, 179. Haacke, Politik II 146. Grillmeier, Rezeption 366 s.

23. Rubin 73 s.

24. Caspar, Papsttum II 184 s. Schmidt, Bekehrung 335 s. Giesecke, Ostgermanen 127. Vasiliev 318 ss, especialmente 323 ss. Rubin 73 s. Maier, Verwandiung 170.
Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 18 s.

25. Greg. I. dial. 3, 2. Annal. Maximian. c. 91. Anón. Val. 2, 31. Schneege 23. Grisar, Geschichte Roms 481 ss. Caspar, Papsttum II 181 ss, 189 ss, 193 s. Schmidt, Bekehrung 335 s. Vasiliev 216 ss. Enssiin, Theoderich 323. Seppelt/Schwaiger 50 ss. Haller, Papsttum I 188 s. Dannenbauer, Entstehung I 320. Gontard 138 ss. Haacke, Politik II 146 s.

26. Cod. lust. 1, 5,12. Haacke, Politik ü 149.

27. Mart. Areth. 28 s. RAC 1579 s. Vasiliev 291 ss. Dannenbauer, Entstehung **I,** 324 s. Rubin 302 ss.

28. **RAC 1**579 s. Vasiliev 296 ss. Rubin 312 ss.

29. Rubin 302.

30. Ibíd. 75, 257 ss.

31. Ibíd. Vasiliev 269 ss.

32. Prokop. hist. arcan. 9, 54. Rubin. 76. Vasiliev 414. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,15.

33. Primer testimonio: Vita Pelag. II (579-590), ed. Duchesne p. 309. Prokop. De aedific. passim. hist. arcan. 13, 28 ss. Cita en 13, 32. Cod. lust. 1, 3, 44; 1, 5, 18. Nov. 6 (a. 535); Nov. 133 (a. 539). Comprobar también Nov. 137 (a. 565). Pauly IV 1165 ss. Schuitze, Geschichte II 311. Stein, Justinian 376 ss. Caspar, Papsttum II 214, ss, 305, 325. Pirenne, Geburt 59 s. Komemann, Weltgeschichte II 436, 446 ss. Hertiing, Geschichte 110 s. Dolger, Kaiserurkunde 239, 246. Dannenbauer, Entstehung I 320 ss, II 1 ss. Maier, Verwandiung 171 ss, 181, 236. Del mismo, Byzanz 55, 63 ss. Haller, Papsttum 1191 s. Rubin 83 ss, 90 ss. Mango 104. Hunger, Byzantinische Geistesweit 89 s. Michel, Kaiserwahí 316. Bury, History I 23 ss. Ullmann, Machtstellung 47 ss, 52 ss. Geanakoplos 167, 181 ss. Diehí, Justinian 2 ss. Del mismo, Govemment 43. Bosi 114. Handbuch der Kirchengesch. 11/2,21 ss, especialmente 23. Brown, Welten 188 s, 193.

34. Dolger, Byzanz 10 ss. Haacke, Politik II 153. Caspar, Papsttum II 214 s. Rubín 141 s, Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 23 s. Acerca de la idea imperial bizantina comprobar también Alexander, The Strength 339 ss, especialmente 348 ss. Acerca de la santidad y similitud entre el emperador y Dios comprobar también Folz 7 s.

35. Caspar, Papsttum II 324. Rubin 129.

36. Cod. lust. 3,41 s.

37. Corpus Juris Civilis (16. 3. 535), ed. Kroll 1912, III 35 s-

38. JustNov. 132.

39. Cod. lust. 3,43, 1. Zonar. 14, 7. RAC 111456 s. Rubín 128 s,

40. Justin. Nov. 123, 5 ss. Von Schubert, Geschichte I 103. Schnürer, Kirche I 322 s. Caspar, Papsttum II 324 s. Voigt, Staat und Kirche 59 ss. Rubín 142. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 21s.

41. Nov. 123. Caspar, Papsttum II 305, 325, 518 s. Rubin 141 s. Handbuch **der** Kirchengeschichte 11/2, 22 s.

42. Rubin 94 s. Wein 84 ss.

43. Rubín 229.

43a. Euagr. 4, 30. LThK 1. A. III 876 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 220 s. Altaner/Stuiber 229. Komemann, Weltgeschichte II 414. Ostrogosrsky, Geschichte des byzant. Staates 55 s. Kosminski/Skaskin 59 ss. Rubin 115, 229. Diehí, Government 42.

44. Zonar. 14, 6. LThK 2. A. X 1402 s.

45. Nov. 8 praef. Rubin 93.

46. Pauly IV 567. Altaner/Stuiber 514. Rubin 168 ss, 233.

47. Ostrogorsky, Geschichte des byzant. Staates 61. Bury, History II 36 ss. Haller, Papsttum 1197. Diehí, Govemment 42. Tiess, 526 ss.

48. Komemann, Weltgeschichte II 452. Schubart, 118. Comprobar también 87 s. Bury, History II 27 s. Rubin 98 ss. Jones, Román Empire 1270.

49. Prokop. hist. arcan. 9, 19; 12, 28. Komemann, Weltgeschichte II 439, 446 s. Thiess 475 ss. Rubin 99 ss, 174,197 ss. Bury, History II 28 s, 421 ss. Diehí, Govemment 25. Acerca de la actitud religiosa de Procopio, comprobar Evans, Chistianity 81 ss.

50. Thiess 477, 482 ss. ve en las relaciones de los obispos con Teodora sólo «la obra transmutadora del alma». Rubín 98 ss, 104 ss. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 24. Prokop. cit. por Rubín.

51. Euagr. 4,10. Prokop. hist. are. 10,14. Holmes II 668 ss. Schubart 50. Komemann, Weltgeschichte II 451. Bury, History 11 31. Rubín 112, 116, 228 s. Jones, Román Empire 1270. Handbuch der Kirchengeschicte 11/2,16.

52. Caspar, Papsttum II 222 ss. Thiess 608 s, 678. Haller, Papsttum 1193 s. **Ru"** bin 113. Handbuch der Kircheng. IV2, 25 s, 49 s, 205.

53. Komemann, Weltgeschichte II 447. Herter 83; 110. Rubin 111. Hyde 74 s.

54. Prokop. hist. arcan. 13, 1 s. Komemann, Weltgeschichte II 439. Rubin **99,** 114 ss, 125,129 ss.

55. Komemann, Weltgeschichte II 450. Rubin 114 ss. Diehí, Govemment 25 ss. Brown, Welten 193.

56. Prokop. hist. arcan. 3, 10; 4, 10; 4, 25. Komemann, Weltgeschichte II 450. Rubin, 115ss,216s.

57. Prokop, hist. arcan. 10,11; 15, 1 ss.

58. Prokop. bell. pers. I, 24. Maecell. com. 532 (Chron. min. 2, 103). Malalas 473 ss. Altaner 51, 204. Altaner/Stuiber 288, 234. Kraft, Kirchenváter Lex. 508. La identificación de Zacarfa Rhet. con el obispo de Mitilene no es segura. Capelle 418. Thiess, 532 ss. Komemann, Weltgeschichte II 416 s. Bury, History II 39 s. Kosminski/Skaskin 60. Rubin 111. Dannenbauer, Entstehung I 320 ss. Maier, Verwandiung 172 s, 186 s. Bosi 114. Kupisch I 135, 138. Jones, Román Empire I 271 s. Irmscher, Widerspiegelung 301 ss. Diehí, Justinian 8 s. Del mismo, Govemment 25. TÍnnefeId 83 s. Sobre las agrupaciones de «verdes» y «azules» véase la amplia exposición de Tinnefeid 181 ss. Sobre la rebelión Nika ibíd. 194 ss.

59. Prokop. hist. arcan. 11.

60. Corp. Jur. Civ. 1,5; 12, 5. **Browe,** Judengesetzgebung 139. Vasiliev 244 ss. Diehí, Govemment 43 s. Roby 108.

61. Diehí, Govemment 43 s.

62. Cod. lust. 1, 5, 18. Nov. 42, 1, 2. Merkel, Gotteslásterung 1201. Dannenbauer, Entstehung I 323 s. Nehisen 95. Diehí, Govemment 43 s. Roby 108. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 21.

63. Dtv Lex. Antike, Philosophie IV 32 s. Cit. según Dollinger 80 s.

64. Cod. lust. Nov. 42. Liberal. Brev. 23. RAC IV 575. LThK 2. A. m 715. Dannenbauer, Entstehung 1321 ss. Haacke II 162 s. Handbuch der Kirchengesch. IV2 26 ss, 50. Grillmeier, Rezeption 370 ss.

65. Dannebauer, Entstehung I 324 s. Rubin 113. Maier, Verwandiung 192 s. Tinnefeid 329 ss.

66. Pierer XI 401. Maier, Verwandiung 238. Tinnefeid 330 ss.

67. Iren. adv. haer. 1, 29 s. Orig. contra Cels. 6, 24 ss. Epiphan. haer. 26; 38. Wetzer/WeIte II 101 s. LThK 1. A. II 472, VII 731 s, 2. A. VII 1178. Tinnefeid 334, 337.

68. Tinnefeid 333 ss, con indicaciones de todas las fuentes y otras adicionales.

69. Prokop. hist. arcan. 22, 25. Tinnefeid 337.

70. Cod. lust. 1, 11, 9 s. Comprobar también 1, 5, 18. Geffcken, Der Ausgang 189, 243. Comprobar también 178 ss, 191 ss. Tinnefeid 278 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 20.

71. Cod. lust. 1, 5, 18. Agamias 2, 30. Funke, Gótterbiid 810. Von Schubert, Geschichte I 104 ss. Dannenbauer, Entstehung I 323. Voigt, Staat und Kirche 51 s. Maier, Verwandiung 191 s. Kawerau, Alte Kirche 105. Handbuch der Kirchengesch. n/2, 19 s. Tinnefeid 279 ss.

72. Schuitze, Geschichte II 291 s. Schnürer, Kirche I 318. Von Schubert, Geschichte I 105. Dannenbauer, Entstehung 323. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 20. Tinnefeld281.

73. Stemberger/Prager VIII 3274.

74. Justin. Nov. 45. Tinnefeid 302.

75. Nov. 37, 8. C. 1, 5, 21. Browe, Judengesetzgebung 126 ss. Comprobar también Seyberlich 73 ss.

76. Cod. lust. 37, 8. Prokop. aedif. 6, 2. Dannenbauer, Entstehung I 324. Tinnefeld 302 s. Diehí, Govemment 44.

77. Christianisierung II (der Monumente) RAC II 1234, donde se indican todas las fuentes.

78. Just. Nov. 146. Tinnefeid 303.

79. Syn. Clermont (535) c. 9; Syn. Macón (583) c. 13. Syn. **Toledo** (589) c. 14. Browe, Jugendgesetzgebung 130, 139.

80. Prokop. de aedif. 5, 7. Malalas, Excerpta de insid. Winkier 451, con indicaciones de fuentes adicionales. Tinnefeid 311.

81. Winkier 448.

82. Cod. lust. 1, 5, 12 ss; 1, 5, 17. Winkier 549 s.

83. Pauly I 1159 z. Cit. en Winkier 440. Comprobar allí mismo 451.

84. Me baso aquí, como en lo que antecede y en lo que sigue, preferentemente a S. Winkier 440 ss. y 455 ss. Allí se indican fuentes. Comprobar también Altaner/Stuiber 235. Kraft, Kirchenváter Lexikon 310. Von Schubert, Geschichte I 106. Poppe 104 Rubín 280.

85. Ibíd.

86. Avi-Yonah 243. Cit. en Winkier 449.

87. Winkier 452 ss.

88. Schródl en Wetzer/WeIte XI 538; Hófler ibíd. V 949.

89. Plin. hist. nat. 4, 14, 9. Aquí se menciona por vez primera a los vándalos: vandilii. Tacit. Germán, c. 2; 43. Orientius, Commonitorium 2, 179 ss. Hydatius Chron. a. 410 (Auct. ant. 11, 17 s). Greg. Tur. 2, 9; 2, 32. Hieron. ep. 123, 15, 2 ss. Salv. de gub. dei 7, 50. Zos. 5, 27; 5, 31 s, 6, 1 ss. Soz. 9,11 ss. Oros. 7, 38; 7,40 ss. Prokop. bell. vand. 1, 3, 1. Sid. Apoll. carm. 5, 399; 423. Junkuhn/Kuhn y otros RAGA I 123. Pauly II 840. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 285 s. Taddey, Lexikon 1258 s. Gautier, Geiserich 95 ss. Schmidt, Bekehrung 348 s. Schmidt, Wandalen. 1 ss, 15 ss, 164 s. Capelle 29 ss, 213 ss. Thompson, Settiement 65 ss. Tüchie I 25. Dannenbauer, Entstehung I 200. Bury, History 1185 ss. Diesner, Das Vandalenreich 17 ss. Maier, Verwandiung 126 s. Vogt, der Niedergang Roms 365 s. Von Müller, Geschichte unter unseren Füssen 117. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 28 s. Bosi 35. Lówe, Deutschiand 18. Claude, Herrschaftsnachfolge 333.

90. Schmidt, Bekehrung 351 s. Schmidt, Wandalen 18 s, 163, 184. Giesecke, Ostgermanen 167 ss. Capelle 39 s. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 28 s.

91. Oros. 7, 40, 8 s; 7, 43, 13; 7, 43, 15. Hydat. Chron. 42; 60; 67 s. Soz. 9, 12 **ex.** Sidon. Apoll. carm. 2, 362 s. Stein, Vom rómischen 398. Gautier 107 ss. Schmidt, Wandalen 21 ss. Ballesteros 35 s. Culican 191. Bury, History I 191 s. Rothenhüfer, Skiaverei 43.

92. Hydat. 89 s. Isid. Sev. hidt. vand. 73. Greg. Tur. 2,2 (con fuertes deformaciones propias de la leyenda). Vict. Vitens. pers. Vand. 1, 1; 2, 14 y otros. lord. Get. 33, 168; Í84. Prokop. bell. vand. 1, 3 bell. got. 3, 1. Sidon. Apoll. carm. 2, 358 s; 5, 57. Possid. Vita August. c. 28. Pauly II 717. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 48 s. Delbrück, Krilegskunst II 300,312 s. Stein, Vom rómischen 476 ss. Gautier 119 ss, 130 s, 149 ss, 186 ss. Schmidt, Wandalen, 27 ss, 96 ss. Schmidt, Bekehrung 350 ss. Giesecke, Ostgermanen 170. Capelle 42 ss. Lówe, Deutschiand 18. Maier, Verwandiung 127 s. Dannenbauer, Entstehung 1209 s. Diesner, Vandalenreich 49 ss. Bury, History 1244 ss. Claude, Herrschaftsnachfolge 333. Barker 409 s. Schmidt, The Sueves 305 s.

93. Schmidt, Wandalen 64 ss.

94. Hydat. 115; 118 ss. Marcell. com. a. 439. Prosper. 1339; 1347. Vict. Vit. 1, 10; 1, 12 ss. Prokop. bell. vand. 1, 5, 18 ss. Sid. Apoll. carm. 2, 348 ss. Pauly II 717 ss. Stein, Vom rómischen 483 s. Gautier 213 ss, 245 ss, 255 ss. Schmidt, Wandalen 66 ss. Sobre la flota vándala comprobar especialmente 166 s. Schmidt, Bekehrung 350. Capelle 66, 72 ss. Enssiin, Einbruch 112 s. Diesner, Untergang 55 s, 62. Lówe, Deutschiand 18.

95. Prokop. bell. vand. 1, 5, 4. Hydat. c. 162; 167. Prosper 1375. Vict. Tonnens. a. 455. Vict. Vit. 1, 24. Chron. min. 1, 304. Paúl. Diac. hist. Rom. 14, 16. Gautier 263 ss. Schmidt, Wandalen 78 ss. Capelle 78 ss. Bury, History 1325. Diesner, Untergang 61. Schmidt, The Sueves 308.

96. Prokop. bell. vand. 1, 6. Prisc. fr. 42. Nicephor. h.e. 15, 27. Hydat. 200; 247. Sidon. Apoll. carm. 5, 441 ss. Dtv Lex. Antike, Geschichte II 48 s, 273. Gautier 277 ss, 286 ss, 299 ss. Schmidt, Wandalen 85 s, 89 s. Capelle 83 ss. Bury, History I 320 ss. Diesner, Der Untergang 66. Barker 426.

97. Possid. Vita August. 28. Vita Fulgent. 1. Prokop. bell. vand. 1, 5. August. serm. 344 s. Salvian. de gub. dei 7, 46; 7, 54; 7, 71. Vict. Vit. 1, 14; 3, 71. Leo I ep. 12, 8. Altaner/Stuiber 498. Kraft, Kirchenvater Lexikon 45 s. Stein, Vom rómischen 476 s. Von Schubert, Geschichte 129 s. Voigt, Staat und Kirche 187 ss. Gautier 196, 235 ss. Schmidt, Bekehrung, 353. Giesecke, Ostgermanen 170 s. Capelle 60 ss, 66 ss.

Bury, History I 247, 259. Helbiing 24 f. Diesner, Der Untergang 47. Del mismo Kirche und Staat 131 ss, 138 s. Del mismo. Das Vandalenreich 31 ss, 46 ss. Vogt, Der Niedergang Roms 437. Maier, Verwandiung 199. Dannenbauer, Entstehung 1210 ss. Kawerau, Mittelalterliche Kirche 29. Rothenhófer, Skiaverei 46 s.

98. Schmidt, Wandalen 61. Schmidt, Bekehrung 353. Diesner, Kirche und Staat 141. Handbuch der Kirchengesch. ü/2, 181 s.

99. Vict. Vit. 1, 14; 1, 17 ss; 1, 22; 1, 35 ss; 1,43 ss; 2, 39 entre otros. Prosper. Epit. Chron. 1327. Gennad. de vir. inl. 74, 78 s. Caspar, Papsttum II 2, s. Schmidt, Wandalen 184 s. Schmidt, Bekehrung 353 ss. Giesecke, Ostgermanen 172. Capelle 68 ss. Vogt, Der Niedergang Roms 443.

100. Altaner/Stuiber 448 s. Kraft, Kirchenvater Lexikon 504. Schmidt, Wandalen 97. Schmidt, Bekehrung 353. Dannenbauer, Entstehung I 387. Comprobar también 212 s.

101. Vict. Vit. 1,6; 1, 9; 1,41. Schmidt, Wandalen 185. Giesecke, Ostgermanen 174 s. Diesner, Vandalenreich 59. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 182.

102. Vict. Vit. 1, 28 s. Prosper. Epit. Chron. 1327, 1329. Kraft. Kirchenvater Lexikon 84. Caspar, Papsttum I 372. Schmidt, Bekehrung 355 s. Schmidt, Wandalen 73 ss, 93 ss, 171. Giesecke, Ostgermanen 171 ss. Capelle 70 s. Bury, History I 259. Diesner, Untergang 50, 182. Handbuch der Kirchengesch. 11/2 182.

103. Schmidt, Wandalen 93 s, 186.

104. Ibíd. 94 s. Giesecke, Ostgermanen 175. Diesner, Ostgermanen 52 s.

105. Según Ludwig, Massenmord 18, el 439 fueron asesinados bajo el poder de Genserico, presumiblemente, cientos de católicos, sobre todo patricios y sacerdotes. Schmidt, Bekehrung 353 ss. Giesecke, Ostgermanen 173. Diesner, Untergang 50. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2,182.

106. Salv. de gub. 7, 85 ss.

107. Vict. Vitens. 1, 1 ss. Possid. 28. Altaner/Stuiber 488 s. Kraft, Kirchenvater Lexikon 504. Gautier 224 ss. Giesecke Ostgermanen 169. Helbiing 24 ss. Sobre cómo la nueva bibliografía refleja la realidad histórica de godos y vándalos, véase allí mismo pp. 53 ss. Capelle 110. Diesner, Kirche und Staat 127 ss. Del mismo Possidius 350ss.Finley218s.

108. Paúl. Diac. hist. Rom. 14, 17 s. Altaner/Stuiber 409. Tusculum Lexikon 194, Gautier 269.

109. Vict. Vit. 2,43. Caspar. Papsttum 1358 ss, 366 ss. Chapman 205 s. Schmidt, Wandalen 53 s, 187. Heiler, Altkirchiiche Autonomie 49. Marschall 161 ss, 197 ss, 204 ss.

110. Vict. Vit. 2, 1 s; 2, 13; 2, 15. Pauly II 406, 1249. Menzel I 157. Schmidt, Wandalen 96, 99 ss. Giesecke, Ostgermanen 176 s. Capelle 113. Dannenbauer, Entstehung I 387. Claude, Herrschaftsnachfolge 334 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2 183.

111. Vict. Vit. 2,1 ss. Schmidt, Bekehrung 357. Handbuch der Kircheng. ü/2,183.

112. Vict. Vit. 2, 6 ss; 2, 26 ss; 3, 1 ss; 3, 19; 3, 27 ss. Greg. Tur. hist. Fr. 2, 3. Prokop. bell. vand. 1, 8. Isid. Geschichte der Wandalen 78. Wetzer/WeIte XI 546. Altaner/Stuiber 494. Grisar, Geschichte Roms 450. Vogr, Der Niedergang Roms 444 s. Von Schubert, Geschichte I 30. Voigt, Staat und Kirche 192 ss. Schmidt, Wandalen 101 s, 106 s, 181 s. Schmidt, Bekehrung 352 ss. Giesecke, Ostgermanen 177 s. Capelle 111. Maier, Verwandiung 200. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 188.

113. Vict. Vit. 1, 8; 2, 7; 2, 26 ss; 2, 33 ss; 2, 52 ss; 3, 2; 3, 10. Vict. Tonnens. a. 479. Vita Fulg. 9. Von Schubert. Geschichte I 29 ss. Schmidt, Bekehrung 358 ss. Schmidt, Wandalen 102 ss. Capelle 111 s. Thompson, The Conversión 27. Kawerau,

Mittelalteriiche Kirche 29. Poppe 106. Kantzenbach, Kirche im Mittelalter 30. Doerries, Wort und Stunde U 93.

114. Vict. Vit. 3,48 ss. Voigt, Staat und Kirche 192 ss. Schmidt, Bekehrung 358 ss. Schmidt, Wandalen 104 ss, 186. Doerries, Wort und Stunde II 95. Véase también nota 113.

115. Detallada indicación de fuentes en Schmidt, Wandalen 170 s.

116. Schmidt, Bekehrung 259. Giesecke, Ostgermanen 178. Thompson, **The** conversión 27. Maier, Verwandiung 200.

117. Vict. Vit. 3, 26; 5, 6. Prokop. bell. vand. 1, 8. Giesecke, Ostgermanen 183.

118. Greg. Tur. 2, 3. Comprobar también Isidor., Geschichte der Wandalen 79. Schmidt, Wandalen 108. Fischer, Vólkerwánderung 211.

119. Isid. 81. Greg. Tur. 2, 2. Vita Fulgent. 41; 44 ss. Prokop. bell. vand. 1, 8. Vict. Tonn. ad a. 497. Schmidt, Bekehrung 360 s. Schmidt, Wandalen 108 ss. Giesecke, Ostgermanen 188 s. Capelle 113 s. Maier, Verwandiung 198. Handbuch der Kirchengesch. IV2,184 s.

120. Prokop. bell. vand. 1,9 s. Vit. Fulgent. 55 ss. Paúl Diac. 16, 7. Vict. om. ad a. 523. Isidor. 82. Pauly II fl46 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 220 s. Schmidt, Bekehrung 361 s. Schmidt, Wandalen 117 s. Giesecke, Ostgermanen 196 s. Enssiin, Einbruch 130. Dannenbauer, Entstehung I 331 s. Handbuch der Kirchengesch. 11/2, 186. Bund 149.

121. Cassiod. var. 5, 16 ss, 9, 1. Prokop. bell. vand. 1, 9, 4. Comp. 1, 8. Hartmann, Geschichte Italiens 1135; 221. Schmidt, Wandalen 114,118 s. Schmidt, Bekehrung 356, 362. Giesecke, Ostgermanen 197. Capelle 115. Vasiliev 330 ss. Bund 153 s.

122. Prokop. bell. vand. 1, 9; 1, 17. Vict. Tonn. ad a. 531. Malalas 18. Schmidt, Bekehrung 362. Wandalen 119 ss, 131. Giesecke, Ostgermanen 197. Schubart 98. Kaegi, Arianism 25. Claude, Herrschaftsnachfólge 329 ss.

123. Prokop. bell. vand. 1, 8. Giesecke, Ostgermanen 195.

124. Jaffé, Regesta 1, 8. Schmidt, Wandalen 115. Giesecke, Ostgermanen 196.

125. Prokop. bell. vand. 1, 10. Schmidt, Bekehrung 362. Schmidt, Wandalen 123 s. Capelle 121.

126. Prokop. bell. vand. 1, 10, 18 ss. Vict. Tonn. ad a. 534. Isid. Geschichte der Wandalen 79; 83. Gautier 348. Schmidt, Wandalen 124. Capelle 121. Schubart 99. Rubín 142. Kaegi, Arianism 25 s.

127. Woodward 89. Schmidt, Bekehrung 363. Kaegi, Arianism 23. Diehí cit. por Kaegi. Kawerau, Mittelalteriiche Kirche 29. Rubín 142.

128. Coll. Avell. 88 (CSEL 35, 335). Sacramentarium Leonianum. Vogelstein 68. Rahner, Kirche und Staat 284 s.

129. Coll. Avell. 84 (CSEL 35, 320; 35, 322).

130. Prokop. bell. vand. 1, 10, 1 ss; 1, 11, 1 ss; 1, 12, 1 ss; 1, 14, 3; 1, 18 s; 2, 7, 20. Pauly V 262. Delbrück, Kriegskunst II 300. Schmidt, Wandalen 125 s. Capelle 123. Thiess 629 ss, especialmente 632 s. Ostrogorsky, Gesch. des ostrómischen Staates 60. Kawerau, Mittelalteriiche Kirche 29. Rubin 142. Kaegi, Arianism 26 s. Bosi 115. Maier, Verwandiung 172, 178, 199. Diesner, Der Untergang 67. Kupisch I 133. Jones, Román Empire I 273. Teall 301 Montgomery 1141 s.

131. Schmidt, Bekehrung 363. Schmidt, Wandalen 124 s. Giesecke, Ostgermanen 129 ss. Capelle 126. Bury, History 11 129.

132. Prokop. bell. vand. 1, 16, 9 ss; 2, 14, 12. Schmidt, Bekehrung 363. Giesecke, Ostgermanen 198. Capelle 128 s, 543. Thiess 622. Diesner, Untergang 67. Kaegi, Arianism 28 ss.

133. Prokop. bell. vand. 1,12 ss; 1,19; 2.4, 3; 2, 8; 2.11 ss; 3, 24. Dtv Lex. An-

tike, Geschichte II 49. Gautier 347 *ss.* Schmidt, Wandalen 127 ss. Giesecke, Ostgermanen 198. Bury, History II 128 ss. Capelle 129 ss. Dannenbauer, Entstehung I 332 s. Kaegi, Arianism 34. Diesner, Untergang 67 ss. Del mismo, Wandalenreich 100. Bund 154 s. Montgomery 1142 s.

134. Prokop. bell. vand. 1,18. Schmidt, Wandalen 131 ss. Bury, History n 132 ss.

135. Prokop. bell. vand. 1, 19, 25 ss.

136. Ibíd.1,21.

137. Ibíd. 2,2 ss. Cartellieri 157. Schmidt, Wandalen 134 ss. Con todo detalle en Capelle 139 ss. Enssiin, Einbruch 131. Bury, History II 136 ss.

138. Prokop. bell. vand. 2,4.

139. Prokop. bell. got. 3, 1, 6; bell. vand 2, 9 ss; bell. pers. 2, 21, 4. Schmidt, Wandalen 141 ss. Giesecke, Ostgermanen 199. Enssiin, Einbruch 131. Diesner, Untergang 69 ss. Maier, Verwandiung 231.

140. Just. Nov. 37. Schubart 102. Diesner, Untergang 70 s. Schmidt, Wandalen 145. Kaegi, Arianism 39 ss.

141. Handbuch der Kirchengesch. IV2 187.

142. Prokop. bell. vand. 1, 22; 2, 14 s; 2, 19, 3. Giesecke, Ostgermanen 133, 198. Diesner, Untergang 74 s. Kaegi, Arianism 42 ss.

143. Prokop. bell. vand. 2, 8,25. Thiess 626 s. Diesner, Untergang 72 ss.

144. Diesner, Untergang 74 s.

145. Bühier 43 s. Schmidt, Bekehrung 326 s, 363 s, 338 s. Pfeilschifter ibíd. cit. Vogt, Der Niedergang Roms 497. Bullough, Italien 158.

146. Greg. I. dial. 4, 31. Greg. Tur. in gloria mart. c. 39. Schneege 25 ss. Grisar, Geschichte Roms 461 ss, 481 ss. Hartmann, Geschichte Italiens 1123 s, 177, 222 ss. Capelle 401 ss, especialmente 404 s. Jones, The Constitutional Position 128 ss. Bury, History II 152 ss.

147. lordan. Get. 58 s. Prokop. bell. got. 1,4. Hist. arcan. 16. Dtv Lex. Antike, Geschichte 1106. Pauly V 682. La noticia de que Theodahad pagó cincuenta mil *solidi* a los parientes de Amalasunta como penitencia por el asesinato de los reyes francos (Greg. Tur 3,31) es muy probablemente falsa. Davidsohn 146 s. Hartmann, Geschichte Italiens 1240 ss, 248 ss. Cartellieri I 57 s. Giesecke, Ostgermanen 131 s. Capelle 413 ss. Bury, History n 159 ss. Bullough, Italien 170. Jones, Román Empire 1274 s. Bund 177 s.

148. lordan. Get. 59 s. Grisar, Geschichte Roms 531. Hartmann, Geschichte Italiens 1151 s. Capelle 416. Rubín 114 ss.

149. Prokop. bell. got. 1, 5 ss; 1, 16; 3, 8, 1. Marcell. com. ad. a. 535 s. Davidsohn I 49. Hartmann, Geschichte Italiens 253 ss, 307 s. Capelle 420 ss. Thiess 642. Enssiin, Einbruch 131. Bury, History n 169 ss, 175 ss. Dannenbauer, Entstehung 1334.

150. Cassiod. var. 10, 32. Lib. Pont. Vita Silber. ed. Duchesne pp. 290 ss; ed. Mommsen pp. 144 ss. Prokop. bell. got. 1,11. Marcell. com. ad a. 536. Euagr. h.e. 4, 19. lordan. Get. 60. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 251, 304. Pauly V 682, 1307 s. Gregorovius I, 1, 171 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 254 s, 264 ss. Cartellieri I 58. Grisar, Geschichte Roms 502. Kraus, Münzen 136 s. Hildebrand 213 ss, 144 ss. Caspar, Papsttum 11229 ss. Giesecke, Osrgermanen 132. Thiess, 642 s. Bury, History n 177 ss. Daniel Rops, Frühmittelalter 225. Wemer, Bajuwaren 240. Jones, Román Empire 1276. Handbuch der Kirchenges IV2, 205. Bund 178 ss.

151. Hartmann, Geschichte Italiens I 383. Hildebrand 246. Caspar, Papsttum II 230 ss.

152. Hildebrand 244 ss. Véase también la nota siguiente.

153. Lib Pont. Vita Silv. Liberal. Brev. c. 22. (PL 68, 963 ss, especialmente 1039 s). JK 909. Altaner/Stuiber 491. Hartmann, Geschichte Italiens I 383 s. Grisar,

Geschichte Roms 502 ss. Hildebrand 213 ss, 223 ss, 232 ss, 243 ss. Caspar, Papsttum 11 231 ss. Poppe 110 s. Según Seppelt/Schwaiger, «Silverio fue llevado, bajo la custodia [!] de los comisionados de Vigilio, a la isla de Ponza» donde murió algunas semanas después «a causa de las privaciones sufridas durante el transporte [!] a su destierro» véase p. 54). Rahner, Kirche und Staat 288 s.

154. Hildebrand 247 ss.

155. JK 910 (Coll. Avell 92; CSEL 35, 348).

156. Prokop. bell. got. 1, 17ss. Marcell. com. ad a. 537 s. Gregorovius I, 1, 172 ss, 183 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 268 ss, 277 s, 354. Grisar, Geschicte Roms 532 ss, 543 ss. Cartellieri 158 s. Capelle 425 ss. Thiess 643. Wemer, Bajuwa-**ren** 241. Teall 302. Bury, History 11180 ss, 191. Bullough, Italien 170.

157. Prokop. bell. got. 2, 20, 15 ss. Hartmann, Geschichte Italiens 1278. Davidsohn 149 s. Werner, Bajuwaren 241.

158. Prokop. bell. got. 1, 12; 2, 7; 2, 10; 2, 21 s; 2, 39. El núm. de 300.000 está, seguramente, muy abultado. Hartmann, Geschichte Italiens I 280 ss. Cartellieri I **59.** Capelle 440 s. Bury, History II 202 ss, 246. Wemer, Bajuwaren 241. Poppe 111 s.

159. Marcell. com. ad a. 539. Prokop. bell. got. 2, 25. Greg. Tur. 3, 32. Hartmann, Geschichte Italiens 1267, 283 ss. Capelle 420,441 s. Daniel-Rops, Frühmittelalter 246. Wemer, Bajuwaren 241. Holtzmann 10 s.

160. Prokop. bell. got. 2, 29 s; 7, 2. Pauly II 342, V 1057. Gregorovius I, 1, 192. Hartmann, Geschichte Italiens I 285 ss, 300 s. Cartellieri I 60. Kraus, Münzen 174. Giesecke, Ostgermanen 134 s. Capelle 442 ss. Thiess 652. Enssiin, Einbruch 131. Bury, History II 205 ss, 209 ss, 226 ss. Bullough, Italien 170. Bund 182 ss.

161. Erben, Kriegsgeschichte 2. Rubín 351 s. Altheim/Stiehí 81 ss.

162. Prokop. bell. got. 3, 21, 23. Caspar, Papsttum II 283 nota 5. Capelle 472, 476. Dannenbauer, Entstehurig I 336.

163. Prokop. bell. got. 3, 16,14 s; 3,16, 25. Rothenhofer, Skiaverei 110 ss.

164. Prokop. bell. got. 3, 22, 8 ss. JK 913 (MG Epp. 3 p. 60, núm. 41). JK 918 (MG Epp. 3 p. 64 núm. 44). Caspar, Papsttum II 236 ss. Giesecke, Ostgermanen 136 s. Handbuch der Kircheng. 11/2 205.

165. Euagr. 4, 25. Prokop. bell. got. 3, 33 ss. Hartmann, Geschichte Italiens I 324 ss. Giesecke, Ostgermanen 137 s. Capelle 457, 471. Poppe 116 s.

166. Comprobar también Opus Diaboli (Ed. Yaide) en su cap. «Antes del asesinato invóquese el dulce nombre de María». Véase también del mismo *La política de los papas en el siglo xx* (Ed. Yaide).

167. Agamias, hist. 1,6 ss; 2,2. Prokop. bell. got. 3,1 s; 3,13,1; 3,22,1 ss; 4, 32 ss. Paulus diac. hist. Langob. 2, 2 ss. lordan. Get. 59 s. Greg. Tur. 4, 9. Comp, 3, 32. Lib. Pont. (Duchesne) 1, 305. Pauly V 902 s. Dtv Lex. Antike, Geschichte III 267. Gregorovius I, 1, 192 ss, 223 s. Grisar, Geschichte Roms 531. Hartmann, Geschichte Italiens I 302 ss, 328 ss, 339 ss. Schuitze, Geschichte II 123. Cartellieri 161 ss. Capelle 449 ss, 477 ss. Thiess 652 s. Komemann, Weltgeschichte II 430 s, 437 s. Tüchie I 35 s. Dannenbauer, Entstehung 1336 ss. Büttner, Alpenpoliük 67 s. Haller, Papsttum I 200 s. Enssiin, Einbruch 132. Bury, History II 229 ss, 244 ss. Maier, Verwandiung 172, 231 s. Bullough, Italien 170 s. Poppe 114 ss. Coler II 11. Kosminski/Skaskin 63 s. Bosi 115. Rothenhofer, Skiaverei, 110 s. Bachrach435 ss. Keller, Spátantike 12. Kupisch I 135 s. Finley 225. Montgomery I 143. Información detallada acerca de las batallas de Busta Gallorum, de Taginae o del Vesubio en Delbrück II 367 ss, 380 ss.

168. Prokop. bell. vand. 2, 5, 6 s. Isid. hist. got. 42. Komemann, Weltgeschichte
ü 431 s. Dannenbauer, Entstehung II 23 s. Maier, Verwandiung 232, 245. Stroheker,
Germanentum 209 ss, 239 s. Mango 103.

169. Prokop. bell. got. 1, 14, 5; 2, 20, 15 ss. Gregorovius I, 1, 225 s. Hartmann, Geschichte Italiens 1353 s. Grisar, Geschichte Roms 586 ss. Caspar, Papsttum II 323. Thiess 643,667. Rubín 203. Bosi 116. Dollinger 104. Seidimayer 44.

170. Cit. porJántere 171. Brown, Welten 194.

171. Grisar, Geschichte Roms 588 s.

172. Hartmann, Geschichte Italiens I 356 ss. Caspar, Papsttum **ü 667.** Komemann, Weltgeschichte II 431. Dannenbauer, Entstehung I 335 s, 340.

173. Ampliamente documentado por cuanto se refiere a la primera guerra mundial en mi obra *La política de los papas en el siglo xx* (Ed. Yaide) I 274 ss, cap. «El Vaticano como beneficiario de la guerra». Para la época posterior a la segunda guerra mundial, véase allí el vol. II pp. 277 ss, 288 ss, 297 ss.

174. Sanct. pragm. c. 12. Gregorovius I, 1, 226. Hartmann, Geschichte Italiens I 367 ss, 374 ss. Grisar, Geschichte Roms 591 ss. Caspar, Papsttum II 323 ss, 667. Komemann, Weltgeschichte II 432 s. Seidimayer 63. Lorenz, Das vierte 93. Haller, Papsttum 1216.

175. Gregorovius I 459 s. Hartmann, Geschichte Italiens 367 ss. Comprobar Deschner, «La política...» 1283.

176. Solidus: véase p. ej. Pauly V 259 s. Hartmann, Geschichte Italiens I 399 ss.

177. CitaenRubin 165.

178. Ibíd. 73, 86 ss, 92. Ullmann, Die Machtstellung 48.

179. Komemann, Weltgeschichte II 432. Dannenbauer, Entstehung 113,1327 ss. Maier, Byzanz 73. Del mismo Verwandiung 181, 185 ss, 234 s. Rubín 94, 115, 203. Kosminski/Skaskin 59, 62. Wein 84 ss. Montgomery I 140 ss.

180. Cita en Rubín 210 ss.

181. Gregorovius 1,1, 228. Caspar, Papsttum II 217 s. Haller, Papsttum 1215 ss.

182. Lib. Pont. Vita Agapeti (PL 128, 551). Gregorovius I 168 s. Caspar, Papsttum II 210 ss, especialmente 221 ss. Seppel/Loffler 32. Rahner, Kirche und Staat 287 s.

183. MGH Epp, 3, 439. Altaner/Stuiber, 286, 319 ss, 339 ss, 347 s. Kraft, Kirchenváter Lexikon 294, 480 s, 485. Voigt 53 ss. Dannenbauer, Entstehung II 1 s. Handbuch der Kircheng. 11/2, 25, 30 ss, 204.

184. Liberat. Brev. 22 (PL 68, 1040 A). Dtv Lex. Antike, Religión II 25. Grisar, Geschichte Roms 505 ss. Caspar, Papsttum II 442 ss. Schwartz, Kirchenpolitik 73 ss. Komemann, Weltgeschichte II 434. Seppelt/Schwaiger 53 ss. Diesner, Untergang 71. Haacke, Politik II 166 s. Rahner, Kirche und Staat 290 s.

185. Lib. Pont. (ed. Duchesne) 297 (PL. 128, 578). Caspar, Papsttum II 245 s. Komemann, Weltgeschichte II 434. Rahner, Kirche und Staat 291.

186. Erstes Constitutum 14. 5. 553 (CSEL 35, 230 ss). Zweites Constitutum 23. 2. 554 (Mansi IX 457 ss.). JK 922, 924, 927. MGH, Epp. 3 438 ss. PL 69, 115 ss; 143, 225. Altaner/Stuiber 233. Kühner, Lexikon 36. Hartmann, Geschichte Italiens I 386 ss. Hildebrand 222, 231. Caspar, Papsttum II 246 ss, 262 ss. Komemann, Weltgeschichte II 434. Gontard 144. Diesner, Untergang 71. Poppe 116 ss. Seppelt/Schwaiger 55 s. Haacke, Politik II 166 ss. Rahner, Kirche und Staat 293 ss. Handbuch der Kirchengeschichte 11/2, 33 ss, 305 ss. Bullough, Italien 171. De Vries, Petrusamt 55 s.

187. Mansi, Coll. Conc. IX 50 ss. PL 69, 53 C ss.

188. Ibíd.

189. Rahner, Kirche und Staat 295 s.

190. Kühner, Lexikon 36 s. Gregorovius I, 1, 229. Caspar, Papsttum n 286 ss.

191. Pelagius, In defensione trium capitulorum 5.